

M. Arrie

HISTORIA
HISTORIA

MILITAR

8

IMPRESA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION

DE

Rafael Gómez-Menor

(ANTES MENOR HERMANOS)

Comercio, 57, y Sillería, 15

Teléfonos 3 y 4

Esta casa se encarga de proporcionar todos cuantos libros se deseen de todos los idiomas.



Se admiten suscripciones á todas cuantas obras se publican en España y el extranjero.

ALFONSO BULLON DE MERDOZA

RAFAEL G. MENOR

(antes Menor Hermanos)

IMPRESOR

LIBRERO Y ENCUADERNADOR

DESPACHO:

57, Comercio, 57



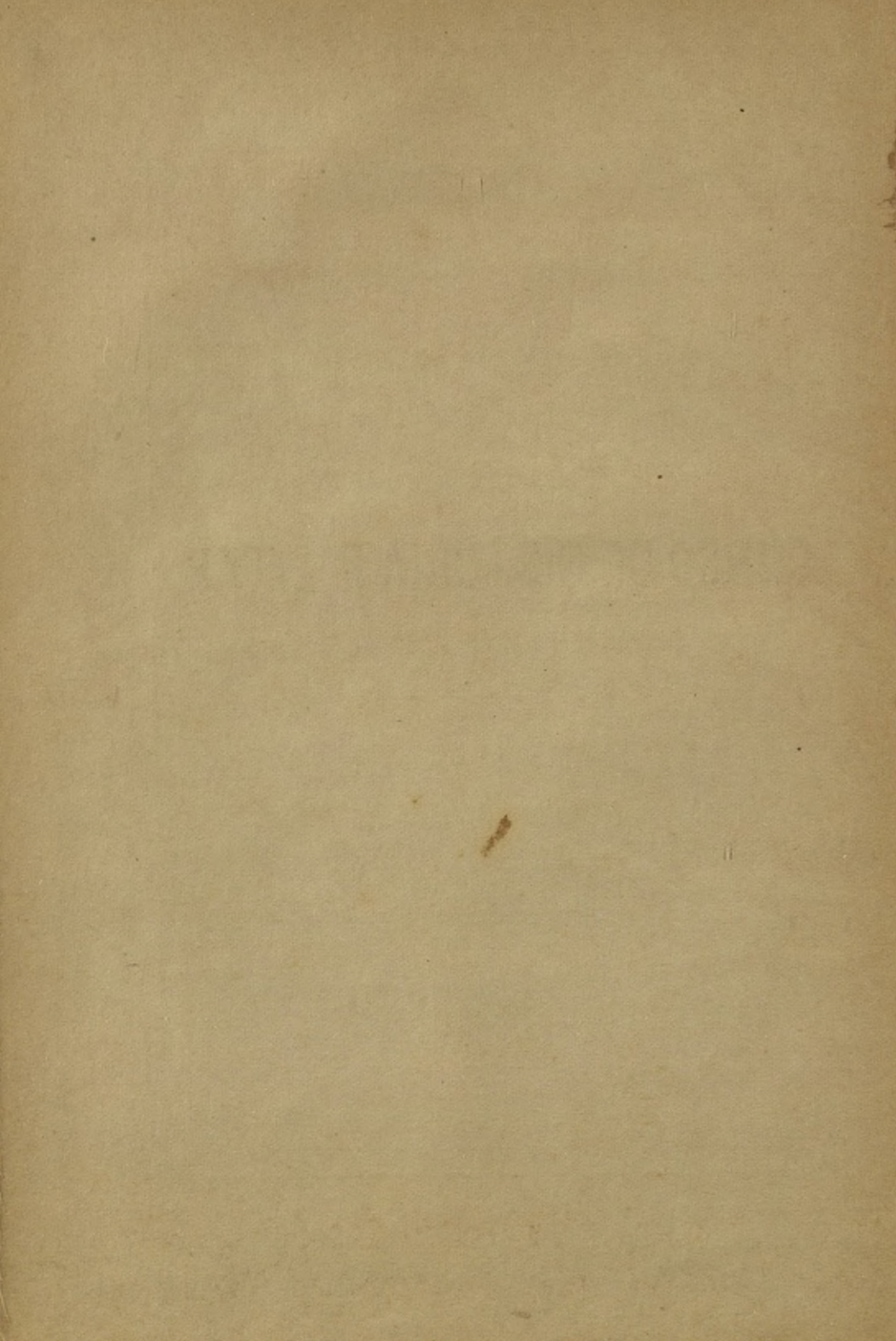
TALLERES:

15, Sillería, 15

TELÉFONOS 3 Y 4

En estuches de papel y sobres, no hay quien pueda competir ni en clase ni variedad.

En esta casa se encontrará *siempre* un magnífico surtido en objetos de escritorio y dibujo.



356

(1)^A

355.48

BM / 486

MD

CURSO DE HISTORIA MILITAR

N. A. 433.174

BC: 113.340

CURSO

DE



CEU

Universidad
San Pablo

Biblioteca Universitaria

HISTORIA MILITAR

POR

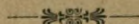
D. FRANCISCO MARTÍN ARRÚE

TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA

CORRESPONDIENTE

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA Y OFICIAL DE ACADEMIA DE LA REPÚBLICA FRANCESA



OBRA DE TEXTO

EN TODAS LAS ACADEMIAS MILITARES

Premiada en concurso que se verificó en la General Militar en 1887, y con medalla de primera clase en la Exposición Universal de Barcelona en 1888.

3.^a edición.

TOLEDO

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN DE MENOR HERMANOS

Comercio, 57.—Sillería, 15.

1897

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FRANCISCO MARTÍN
ARRÚE

CONCEPTO GENERAL DE LA HISTORIA

É IMPORTANCIA DE LA HISTORIA MILITAR ⁽¹⁾

Émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir, llamó Cervantes á la Historia, de la que ya había dicho Cicerón que era la luz de la verdad, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad. Tan profundos conceptos, expuestos en brillantísimo estilo por el príncipe de los ingenios españoles y por el genio de la elocuencia, prueban de manera tal la importancia de la Historia, que sería empeño ridículo añadir una palabra más con tal objeto.

Y, sin embargo, cuando, en épocas tan distantes entre sí, tenían Cicerón y Cervantes tan clara y elevada idea de la Historia, puede decirse que no había llegado ésta á la categoría de ciencia, que ha conquistado desde el momento en que buscó y halló en la filosofía fuerza motriz que la impulsara, abriéndola paso por el, hasta entonces, insuperable cúmulo de fábulas y errores que obstruían su camino, y luz que disipase las densas nieblas que ocultaban á la vista de la Humanidad las divinas y, por lo tanto,

(1) Estas consideraciones son copia del discurso pronunciado por el autor el 8 de Marzo de 1882 en el Casino Militar de Barcelona.

inmutables leyes á que se halla ésta sometida en el orden moral.

De las antiguas crónicas á la moderna Historia hay toda la distancia que media entre la árida narración de hechos, expuestos sin otra ilación que el orden cronológico, y envueltos en fábulas estupendas por lo inconcebibles, y el profundo y concienzudo estudio de esos mismos hechos, compulsados y averiguados con criterio esencialmente filosóficos, que depura la verdad por cuantos medios ponen al alcance del hombre su razón y la ciencia. Los antiguos historiadores y cronistas creyeron cumplir plenamente su misión refiriendo las acciones de los caudillos, reyes y legisladores que parece conducen por determinados derroteros á los pueblos. Con mejor discernimiento hoy día estudia la Historia con preferencia, en todas las diversas manifestaciones del saber humano, las costumbres, creencias y preocupaciones que en cada época agitan é impulsan á la Humanidad, porque á ellas se amoldan las leyes, que son tanto más viables, cuanto más conformes están con las aspiraciones de la masa común de los pueblos, naciones ó razas para que han sido dictadas, y cuya bondad, siempre relativa, depende de esa misma conformidad.

Los gobernantes y caudillos de las naciones, que han obtenido, así en paz como en guerra, por la política ó por las armas, triunfos memorables sancionados posteriormente por la Historia en sus páginas más gloriosas, debieronlo acaso á que, penetrados del espíritu de su tiempo, se pusieron á la cabeza del movimiento progresivo de sus gobernados, y su mérito consistió en que encauzaron la corriente de ideas y aspiraciones del pueblo, nación ó raza, cuyos destinos regían.

Y lo que sucede á los hombres, en mayor escala acontece á las naciones. Mientras sirven á las aspiraciones que en determinado momento histórico representan el progreso, son grandes, poderosas y decisiva su influencia en las demás; pero cuando la doctrina que en sus instituciones encarnaba, por decirlo así, decae visiblemente, entrega el cetro á otra nación ó raza que abriga en su seno el germen de la nueva y más perfecta civilización. Presiente y siembra las nuevas ideas el filósofo; el poeta las populariza en sus cantos; el mártir las riega y fecundiza con su generosa sangre, y por último, intrépido guerrero con la fuerza de las armas lleva triunfante la enseña victoriosa de la nueva civilización hasta los confines más remotos de la tierra. Así han germinado, crecido y muerto todas las fórmulas del progreso planteadas y resueltas por la Humanidad; éste ha sido el jamás interrumpido encadenamiento de las civilizaciones que han mejorado su manera de ser, y se han sucedido merced á una lucha constante de ideas, errores y creencias encontradas, lucha que ha hecho inevitable la guerra, resolvente del problema llamado progreso de la Humanidad ó perfectibilidad del orgulloso rey de la creación.

No es la Historia sencilla narración de los sucesos pasados, que de ser así, ni deleite ni enseñanza se obtendría de su cansado estudio. La Historia es el libro de la experiencia de toda la Humanidad, «el espejo fiel que refleja sus acciones, el juez que las analiza, juzga y sentencia» (1). Para conseguir tales resultados necesita revestir un carácter filosófico que le permita indagar las causas que produjeron tales efectos, investigación en que no pue-

(1) Lamartine, *Histoire des Girondins*.

de despreciarse ningún dato, por insignificante que parezca, porque, lo mismo en que un problema matemático, su ausencia bastaría para no encontrar la verdadera solución. De aquí el que, aparentemente, con la Historia puedan demostrarse la verdad y la justicia de las más opuestas doctrinas sociales y políticas. De aquí también que los sofistas acudan á ella, como á rico arsenal en que han de encontrar armas para defender los mayores absurdos; pero sólo lo consiguen en apariencia, porque no es la Historia, sino una falsificación suya, de lo que se valen. No presentando los datos contrarios á lo que se proponen demostrar y poniendo de relieve y abultados los que favorecen á sus propósitos, fuerzan la solución del problema histórico que presentan en corroboración de sus doctrinas, y consiguen que sea la que pretendían, pero de ningún modo la verdadera.

Aunque tan fácil es sostener el error con pruebas históricas, siquiera éstas sean falsificaciones, no es difícil con un criterio tranquilo é imparcial distinguir la verdad entre las nubes del error que traten de oscurecerla y empañarla. Existen leyes divinas é inmutables que rigen á la Humanidad en el orden moral, como en el orden físico hay otras á que está sujeta la materia. Dentro de su indudable libre albedrío, todas las razas, todos los pueblos, todas las naciones, todos los hombres que están al frente de sus destinos las obedecen, sin darse cuenta de que así lo hacen, y avanzan por la senda trazada por el mismo Dios, y que á Dios, que es la verdad y progreso absolutos, y por lo tanto perfectos, conduce. Por esto todos los hechos históricos acaecidos en una misma época, en medio de su diversidad, forman un todo armónico, y si alguno de ellos es falseado por un cronista apasionado ó sin

conciencia, disuena, por decirlo así, del concierto universal que producen los esfuerzos y trabajos de todos los elementos sociales que, unánimes é impelidos por distintas y á veces mezquinas causas, conspiran al mismo fin, la civilización humana, y esta disonancia acredita la falsedad ó el error por el cronista cometido.

Quizá se dirá: si las leyes históricas son inmutables y de carácter divino, ¿cómo es posible la coexistencia de esta especie de fatalismo con el libre albedrío del linaje humano? Fácil es la respuesta. La tierra, este planeta que habitamos, describe su órbita con sujeción á una ley ineludible, y ¿coarta éste su fatal movimiento que imprime á cuantos seres la pueblan; coarta en lo más mínimo el libre albedrío del hombre para que despliegue en su superficie toda su inmensa actividad?

Como son tan múltiples y variadas las manifestaciones de la actividad del hombre, al reflejar la Historia sus acciones, toma diferentes aspectos, y no es el menos importante el que reproduce los hechos de fuerza mediante los cuales se abre paso aquél por la senda del progreso que á la perfectibilidad, su eterna y sólo en parte realizable aspiración, conduce. He aquí la razón de que la Historia militar figure en primer término en la Historia general del mundo y de todas las naciones.

Las ideas nuevas no se notan hasta que los horrores de las guerras que promovieron hacen fijar en ellas la atención, del mismo modo que no vemos muchas veces la luz hasta que nos abrasa la llama del incendio que ha producido. Napoleón lo ha dicho: la Historia de la guerra es la Historia de la Humanidad.

En todo lo que con la guerra se relaciona entran datos morales y psicológicos que, aun siendo susceptibles de

aumento y disminución, no pueden medirse, y por lo tanto, no son ni serán del dominio tiránico de las matemáticas. Ningún tratado de fortificación expone y demuestra por el cálculo los medios que empleó la invicta Zaragoza, ciudad abierta, para resistir á poderosos ejércitos, ni forma defensores de plazas como el heroico Gobernador de Gerona: que todavía el álgebra no ha podido encontrar la fórmula del heroísmo, del amor á la patria y del sentimiento del honor, y por lo tanto, es á otras fuentes donde hay que acudir para fomentar la enseñanza de estas virtudes, y el conocimiento del corazón humano, que hombres y no máquinas forman en primer término los ejércitos. Tales resultados únicamente pueden obtenerse embebiéndose en los ejemplos que la Historia militar registra en sus páginas.

Mas no es tan sólo desde este punto de vista como se comprueba la importancia de la Historia militar; en todos conceptos, hasta en los más opuestos, se demuestra plenamente que ella es el necesario complemento de la ciencia general de la guerra en los distintos ramos que ésta abraza. Todas las ciencias, hasta las más abstractas, necesitan concretar sus teorías por medio de ejemplos y casos prácticos, necesarios para que sus verdades se hagan asequibles á la inteligencia del que las estudia, porque el hombre necesita la confirmación de los hechos para que en él se arraigue la convicción que llevó á su ánimo el raciocinio. Ninguna ciencia ha conseguido verdaderos y sólidos progresos antes de adoptar métodos de experimentación: pues bien; para la ciencia de la guerra no hay otros anfiteatros, otros laboratorios, que el campo de la historia en que analiza y forma el juicio crítico de todas las campañas antiguas y modernas, porque no le

es posible hacer ensayos *in anima vili*, como la Medicina y Cirugía los efectúan.

Para el desempeño acertado de profesión alguna no hay teoría que baste, si no le acompaña la indispensable práctica, y ésta se obtiene con la experiencia. Cuanto mayor sea, más seguridad habrá en la resolución de los problemas que á los hombres de armas pueden presentarse; pero toda la vida de un hombre es muy corta para adquirirla; la civilización, ya que no puede hacer en absoluto imposibles las guerras, para disminuir sus horrores procura que sean lo menos frecuentes posible, y esto imposibilita más y más la adquisición, hoy día, de esa necesaria experiencia. ¿Dónde buscarla, pues? En la de toda la Humanidad, en el libro de la Historia.

Si observamos los caracteres de la ciencia general de la guerra en su conjunto y lo que distinguen á la Historia militar, nos convenceremos más y más de que recíprocamente se complementan y completan como la síntesis y el análisis, que respectivamente representan en los estudios de la profesión militar. «La ciencia general de la guerra es la coordinación lógica y orgánica de las ciencias todas que tienen por objeto la guerra; y la Historia militar es la coordinación analítica y cronológica, puesto que son hechos y no teorías los que refiere y examina. La ciencia de la guerra sigue el orden lógico de las ideas; la Historia militar el orden lógico de los hechos. Aquélla deduce lo general de lo particular; ésta, por el contrario, generaliza hasta en los casos particulares. Tiende la una á crear una teoría absoluta, y la otra examina esta teoría con relación á una situación determinada y á determinados elementos». ¿Puede, por lo tanto, prescindir de la Historia la ciencia de la guerra? ¿No le es acaso necesaria de toda

necesidad? ¿Pueden refutarse estos conceptos de Marselli? (1).

Si examinamos ahora una por una las distintas ciencias y artes que vienen á constituir en conjunto la ciencia general de la guerra, probaremos fácilmente, con respecto á las partes componentes, lo que hemos demostrado con relación al todo. Es de todo punto imposible separar la Geografía militar de la Historia. ¿Cómo estudiar una campaña sin describir de antemano el teatro de la guerra, los caminos que sirvieron de línea de operaciones y los campos de batalla? Y, por el contrario, ¿cómo formarse idea de las líneas defensivas y de invasión de un Estado; cómo demostrar la importancia estratégica de ciudades determinadas sin el poderoso socorro de los hechos históricos, sin el estudio de las invasiones que ese Estado ha sufrido? La Historia y la Geografía militar son dos hermanas gemelas que, teniendo vida propia cada una de por sí, nacieron unidas, y á manera de esos fenómenos humanos, raros, pero que existen, tienen que marchar siempre unidas, sin poder la una prescindir de la otra.

Únicamente examinando las operaciones militares con relación á situaciones históricas y geográficas determinadas, puede comprenderse la estrategia. Si sus principios son inmutables, la aplicación de éstos es variable según las circunstancias y los medios de acción de que se disponga. Gracias á la Historia adquiere la estrategia condiciones de ciencia positiva. Estudiando una y mil veces las campañas de Alejandro, de Anibal, de Julio César, del Gran Capitán y de Napoleón I y demás famosos Capita-

(1) Marselli, *La guerra e la sua Storia*.

nes, puede lograrse la facultad de reflexionar antes de obrar y de moverse con pleno conocimiento de causa. «La estrategia, dice Marselli, halla en la Historia su aplicación, y de ella recibe su cuerpo científico, y por lo tanto, la ciencia estratégica y la Historia constituyen realmente una sola ciencia» (1).

¿Cómo se llega á las fórmulas tácticas más adecuadas á cada época, á no ser por la dura imposición de los hechos? ¿Y dónde se aprecian éstos sino en el estudio de las campañas en que dicha imposición se verificó? ¿Acaso se ha llegado de otra manera á la fórmula del nuevo orden de combate á que se ajustan hoy día todos los reglamentos tácticos? La deficiencia que en ella notan todos los tratadistas, ¿podrán resolverla sin el estudio de nuevas campañas en que se toquen sus inconvenientes en el terreno de los hechos? ¿En qué consiste que las fórmulas que buscan con empeño todos los escritores militares no llenan este vacío, sino en la falta de medios históricos en que estudiar su desarrollo y apoyar su sanción?

La política de la guerra, que estudia los elementos puramente morales y psicológicos que entran en el planteo del complejo y difícil problema de la guerra, ¿puede, por los mismos caracteres del campo que abraza, apoyarse para la investigación de la verdad en otros fundamentos que los históricos?

Nada mejor que la Historia podrá convencer á los jóvenes militares de que la disciplina, principio de orden que regula la conducta de los que forman parte de una familia, de un cuerpo, de una sociedad entera, é hija del sentimiento del deber, es el más firme apoyo de la libertad, y

(1) Marselli, *La guerra e la sua Storia*.

de que en los pueblos poco disciplinados, la libertad se trueca en anarquía y ruina. Por eso el servicio militar obligatorio conviene especialmente á las naciones en que anda caído y maltrecho el principio de autoridad. Tan sólo en las páginas de la Historia podrá adquirirse por el ejemplo el tacto necesario para emplear los medios coercitivos que para sostenerla son necesarios, sin incurrir en funesta debilidad ni en crueldad que la haga odiosa. Únicamente cerciorados por la Historia de la elevada misión que le incumbe á la milicia, á esa estrecha religión de hombres honrados que dijo Calderón, adquirirán la abnegación y el entusiasmo por la carrera militar, que les ha de tener siempre dispuestos al sacrificio de su propia vida. Solamente considerando cómo la Historia ensalza á los héroes, fortalecerán en su alma el sentimiento del honor, que consiste en la necesidad absoluta de la estimación propia y de la estimación de los demás.

No hay ciencia, arte, ni virtud en la milicia que no necesite, como base ó como apoyo, como causa primera ó como complemento, de la Historia militar. Desmintiendo que la guerra es un mal humano de extirpación posible, la Historia probará que es un fenómeno universal, sin cuya acción resolvente la Humanidad no podría avanzar un solo paso. Una, al parecer, coincidencia, y en realidad ley providencial, hizo que simultáneamente casi se realizaran los admirables inventos de la imprenta y de la pólvora: aquélla hizo volar, hechas añicos, las preocupaciones que obstruían las inteligencias, y ésta los obstáculos materiales al desenvolvimiento de la civilización. Su acción mutua realizó por completo la grande obra.

La Historia militar—dice Almirante—no tiene en realidad más que dos grandes épocas: la antigua, que com-

prende los tiempos anteriores á la invención de la pólvora, y la moderna, que abarca los siglos posteriores á esta invención (1).

El programa oficial á que ha tenido que ceñirse el autor en esta obra, subdivide dichas dos épocas en períodos del modo siguiente:

(1) Almirante, *Diccionario militar*.

PRIMERA ÉPOCA

Tiempos anteriores á la invención de la pólvora.

- I.—Período griego.
- II.—Período romano.
- III.—Edad Media.

SEGUNDA ÉPOCA

Tiempos posteriores á la invención de la pólvora.
Renacimiento del arte militar.

PRIMER PERÍODO.—Los Reyes Católicos.—El Gran Capitán.

SEGUNDO PERÍODO.—Supremacía militar de España.

TERCER PERÍODO.—Desde Gustavo Adolfo á Federico II.

Tiempos modernos.

PRIMER PERÍODO.—Federico II.

SEGUNDO PERÍODO.—La Revolución francesa y el imperio.

TERCER PERÍODO.—Guerras contemporáneas.

PRIMERA ÉPOCA

Tiempos anteriores á la invención de la pólvora.

Luis Bello

PERIODO GRIEGO

Reclutamiento.—Organización de la falange.—Penas.—
Recompensas.—Instrucción.—Sistema de guerra.—
Orden oblicuo.—Batallas de Leuctria y Mantinea.

Ley del mundo la lucha por la existencia, la guerra es tan antigua como la Humanidad y necesaria á su progreso. En los vastos imperios asiáticos de la antigüedad, poblados por razas heterogéneas sin más lazo de unión que la común tiranía de un mismo déspota, las muchedumbres que, sin cohesión, administración ni disciplina, impulsadas por la voluntad de ambicioso conquistador, efectuaban grandes invasiones, más bien que ejércitos, eran hordas tumultuosas de esclavos incapaces para cuanto requiere valor inteligente y dignidad en el primer elemento de toda fuerza armada, en el hombre. Cuando éste adquiere personalidad, y el Estado se constituye con formas definidas, surge el arte de la guerra; Grecia es su cuna.

Conservar la semilla de la civilización que trajo del Egipto y encierra en su seno, y resistir á toda fuerza extraña que venga á destruirla, es la misión histórica de este pueblo, y por ley providencial que siempre se cumple en tales casos, á ella responden en obligado conjunto armónico, por ser las más adecuadas para el sostenimiento de guerras de independencia, su organización social, basada en la autonomía del individuo; su constitución política, que consiste en pequeños Estados independientes, prontos á unirse contra un invasor extranjero y á destrozarse en incasantes luchas entre sí para disputarse la supremacía, cuando se ven libres de peligros exteriores; y su organización militar, esencialmente defensiva, como también lo son su táctica y sus métodos de guerra. Hasta la posición geográfica de Grecia y estructura topográfica de su suelo son á propósito para la guerra defensiva: circúndala el mar por Levante, Mediodía y Poniente; la limitan al Norte elevados montes; cruzan su pequeña extensión superficial otros no menos abruptos; gran parte de ella está poblada de bosque, y la forman una península y multitud de islas. Ruda, austera, educada para la guerra, amante de la fuerza, menospreciadora del trabajo, que deja para los esclavos, y de todas sus manifestaciones, las artes,

el comercio y la navegación, esencialmente aristócrata, la raza dórica puebla la mayor parte de la Grecia continental, y Esparta, su metrópoli, con su monárquico poder ejecutivo confiado á dos Reyes, aspira á la hegemonía de todos los Estados griegos. Por el contrario, la raza jónica, activa é industriosa, dada á los placeres del cuerpo y del espíritu, fomentadora de las artes, de la navegación y del comercio, entusiasta de la libertad y de la gloria, es esencialmente democrática, se extiende por las islas y costas, y su metrópoli, la República ateniense, es la protectora de los Gobiernos populares. Dos razas tan antitéticas tenían que ser rivales forzosamente. Con Atenas y Esparta preponderan alternativamente, y estos dos Estados son los que influyen decisivamente por más tiempo en los destinos de la Grecia. El genio de Epaminondas da momentáneamente la supremacía á la República tebana, y por último, el mísero y septentrional reino de Macedonia es el predominante, y su Rey Filipo tiraniza á Grecia entera que, después de subyugada, con violencia éfmera de su modo de ser se ve convertida en pueblo conquistador por la voluntad de Alejandro Magno.

Recluta-
miento.

En aquellos Estados, pequeños por su extensión, grandes por el amor de sus habitantes á la independencia y libertad, la defensa de la patria era honra á que aspiraban todos los ciudadanos. Nutriáanse con preferencia los ejércitos griegos de lo más selecto de la juventud: el reclutamiento se verificaba unas veces por elección y otras por sorteo, y en caso necesario acudían á defender la patria cuantos hombres había útiles para el manejo de las armas; esta obligación ineludible alcanzaba á todos los ciudadanos hasta los 60 años de edad, desde los 16 en Atenas y desde los 18 en Esparta. Solamente cuando no bastaban los ciudadanos á las necesidades de la guerra, se admitían esclavos y mercenarios en los ejércitos griegos. En Atenas, el ejército activo se componía de hombres de 20 á 40 años. Para que la patria tuviera siempre defensores aptos y robustos, los espartanos daban muerte á los niños que nacían con imperfecciones ó defectos físicos.

El principal elemento de un ejército, el soldado, era en Grecia óptimo, física y moralmente. Los jefes principales eran elegidos por las asambleas populares.

Organiza-
ción de la fa-
lange.

En la *falange* se resumen la organización militar y el orden táctico de los griegos. Reconocía por base el 4, número táctico por excelencia (1), y los múltiplos y submúltiplos del *sintagma*, unidad táctica formada por 16 hileras de á 16 hombres, que daban un total de 256 combatientes, eran los términos de

(1) Villamartín, *Nociones de Arte é Historia Militar*.

una progresión geométrica que, partiendo de la *enotomia* compuesta de cuatro hombres, y teniendo por razón el número 2, llegaba hasta la *falangarquia* ó falange ordinaria, último término de formación compacta sin intervalo alguno entre sus elementos, que estaba constituida por 16 sintagmas con 4.096 hombres. Cada uno de estos múltiplos y submúltiplos del sintagma tenía su nombre especial, que indicaba su composición respecto á sus submúltiplos inmediatos, y también su jefe, cuyo nombre jerárquico era un derivado del que designaba la fuerza á sus órdenes; los jefes de los submúltiplos de la unidad táctica estaban embebidos en fila. Muchas veces, con dos falanges, se formaba la *difalangarquia*, y la mayor agrupación de aquéllas que se llegó á hacer, fué de cuatro, por lo que se la llamó *tetrafalangarquia* (1).

A la falange, formada exclusivamente por *oplites*, soldados de preferencia armados de escudo y casco, y de coraza ó loriga de cuero con mallas sobrepuestas, como armas defensivas, y de la espada corta y la *sarisa*, disforme pica de 10 codos de longitud, estaban anexas fuerzas accesorias de infantería ligera y de caballería, que siempre fué escasa en número en los ejércitos griegos.

Dividíase la infantería ligera en *pelistas* y *psilites*.

Aquéllos tomaban nombre del *pelta*, pequeño y redondo escudo que usaban como arma defensiva, además del casco y de unas placas de bronce sujetas á correas en sustitución de las corazas de los *oplites*, y cuya arma ofensiva era una pica mucho más corta que la *sarisa*. Los *psilites* carecían de armas defensivas, y se batían á la desbandada en extenso enjambre que precedía y rodeaba á la falange, arrojando piedras y dardos al enemigo.

Formaban los *pelistas* en hileras de á ocho, y constituían cuerpos compactos é independientes de infantería ligera, en que la agrupación inferior era la *siptasis*, compuesta de cuatro hileras, ó sean 32 hombres, y la superior, la *epitagma* (2), que llegó á ser de 8.192 combatientes. Las agrupaciones intermedias se formaban de un modo análogo á los múltiplos y submúltiplos del sintagma en la falange, recibían nombres especiales, distintos de los de éstos, pero que también indicaban su composición.

La caballería dividíase en *catafractas*, *griegos* y *tarentinos*. Eran los *catafractas* la caballería gruesa ó pesada; cubrían sus vestiduras con planchas de hierro, cuero y aun madera, y for-

(1) Tetra, en griego, significa cuatro.

(2) Almirante la llama así, y Corsi, en su *Storia Militare*, episenagia.

maban en hileras de á cuatro caballos cada una; su unidad táctica era la *ila*, agrupación de 16 hileras. La ley de formación de los múltiplos de ésta era la misma que la de los del sintagma, hasta llegar á la *epitagma*, que se componía de 64 ilas, ó sean 4.096 caballos. El jefe de la *ila* se llamaba *ilarca*, y el del *epitagma*, *epitagmarca*. Los *griegos* usaban pocas y ligeras armas defensivas, y constituían una caballería intermedia entre los *catafractas* y los *tarentinos*, que eran arqueros á caballo que combatían á la desbandada, sin ningún arma defensiva.

El caudillo de la falange y todas sus fuerzas accesorias se llamaba *estratego*.

Los sueldos en los ejércitos griegos eran muy cortos. Los *oplites* y todos los oficiales de fila percibían un estipendio que, en nuestra moneda actual, equivaldría á 32 pesetas; el de los oficiales de fuera de fila, á 72; y el del *estratego*, á 144. El de los *peltastas* y *psilites* era más corto aún, variable, y muchas veces lo recibían de los *oplites*, á quienes servían de escuderos. Los *oplites* *atenienses* tenían siempre, por lo menos, un sirviente, y los *espartanos* varios *ilotas* (raza de esclavos).

Penas y recompensas.

En su amor á la patria, los griegos consideraban como delitos más graves los que redundaban en perjuicio de ésta y á ella eran atentatorios; por eso castigaban con pena de muerte al caudillo traidor, y á todo el que, cualquiera que fuese su categoría, hacía armas contra su país ó le traicionaba, y con afrenta pública al que perdía su escudo en el combate.

Como pena inmediata á la de muerte, aplicaban la de privación de los derechos de ciudadanía, y la de infamación para castigar, entre otros delitos, el abandono de puesto en el combate y la entrega de las propias armas al enemigo. Estas penas prueban en cuánta estima tenían los griegos su condición de hombres libres y la consideración de sus conciudadanos, cuando poco menos que equiparaban su pérdida con la de la vida.

Celosos, antes que nada, de que por nadie se omitiera en defensa de la patria cuantos recursos hubiera disponibles, terminada una guerra, residenciaban los griegos al que había acaudillado el ejército, para que diese cuenta de su conducta, y, si resultaba que no había sido satisfactoria, le castigaban con multas y aun con el destierro. Era ésta una garantía para la patria, que se convertía frecuentemente en ingratitud con sus defensores.

Considerando la defensa de la patria más bien como una honra que como un deber, las recompensas á los que se distinguían eran honoríficas y consistían, según el mérito contraído, en regalo de armas, declaración por sufragio de los que se habían distinguido, erección de estatuas á los caudillos, é ins-

cripción en monumentos públicos de los nombres de los muertos en el combate, para perpetuar su memoria.

Más bien como satisfacción de un derecho que como recompensa, del botín cogido en el combate, después de apartarse una parte para el Erario público, se adjudicaba otra al caudillo, y otra se distribuía entre los que más se habían distinguido.

La geométrica formación y escasas condiciones de movilidad de una masa tan compacta como la falange, hicieron indispensable, para que ésta pudiera moverse y maniobrar sin confusión ni desorden, una esmerada instrucción táctica, individual y colectiva en los *falangistas*, de los que llegó á ser tal la destreza y agilidad, por efecto de los ejercicios gimnásticos de lucha, salto y carrera, de la ejecución de una danza militar llamada *pirrica*, y de evoluciones de su rudimentaria táctica efectuadas en colectividad y á paso acompasado, en que se adiestraba la juventud griega, que la precisión evolucionista y maniobrera de la falange rayaba en exageración. Pero quienes llevaron al mayor grado de perfección la instrucción táctica de los falangistas, fueron Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro Magno. Fué la base de este perfeccionamiento el haber hecho Filipo permanente la falange, lo que permitió dedicarla á los ejercicios tácticos, manejo de las armas y largas marchas sin interrupción ninguna.

Instrucción.

La estructura montañosa de la Grecia, su organización política en multitud de Estados independientes, el carácter de las guerras métricas que tuvo que sostener para rechazar la invasión de los persas, y los órdenes tácticos, resistentes, compactos y rígidos que sus tropas adoptaron al efecto, contribuyeron á que el sistema de guerra fuese en los griegos defensivo por regla general, y ofensivo por excepción. La falange, síntesis de sus órdenes de combate, es una prueba concluyente de este aserto. Sólida y compacta por su extenso frente y profundo fondo, sin intervalos ni distancias de fracción á fracción, y en la que, si bien cada hombre podía moverse en un espacio de medio metro cuadrado, en el momento del choque, y especialmente contra caballería, se reducía esta extensión á la cuarta parte, para formar el *sinaspismo*, era una muralla humana, erizada de larguísimas picas, poderosa como fuerza resistente y defensiva, poco capaz para la ofensiva, porque en sus movimientos de avance y retirada, únicos que podía efectuar con facilidad relativa, tenía que aprovechar terrenos llanos sin ninguna sinusidad que fuese obstáculo á su marcha.

Sistema de guerra.

Ahora bien; en lucha con un enemigo pasivo ó poco diestro, la falange podía caer sobre él abrumándole con su masa, y el efecto moral y material del choque, aunque únicamente las

sarisas de los hombres de las primeras filas podían ofender á los contrarios, y las de los otros combatientes de las demás, apoyadas por éstos en las espaldas de los que inmediatamente les precedían en las hileras, tan sólo servían para amortiguar el ímpetu de los dardos arrojados por el enemigo que en ellas daban, tenía que ser inmenso, porque las filas posteriores impulsaban á las otras en el ataque y las sostenían en la defensa.

Daban algunas condiciones para la ofensiva táctica á los ejércitos griegos los cuerpos de infantería ligera y caballería adjuntos á la falange; los *psilites*, precediéndola, preparaban el ataque; la caballería, formando el *cúneo*, orden de combate de figura triangular, completaba la victoria y perseguía á los vencidos, y era la falange el núcleo de todas las fuerzas combatientes.

Las condiciones para la guerra ofensiva las mejoró Filipo de Macedonia aumentando la movilidad del ejército por la supresión de bagajes é impedimento inútil, y el alejamiento de las rameras y los sirvientes que antes acompañaban á los soldados, y mejorando la calidad de éstos moral y técnicamente por medio de una rígida y perseverante disciplina y de continuas y largas marchas. Gracias á este mejoramiento pudo el hijo de Filipo, Alejandro Magno, intentar y realizar la invasión de la Persia con unos órdenes tácticos tan poco á propósito para una campaña ofensiva, á cuyo feliz éxito contribuyó principalmente su propio genio, que acrecentó el valor ofensivo de la falange, sabiéndola emplear con oportunidad, y en segundo término el que el orden falangista era menos profundo que el de los persas.

Orden obli-
cuo. La guerra de Tebas con Esparta, en que se destaca gloriosa la personalidad de Epaminondas, es la más importante del período griego de la Historia militar. Todo el interés de su estudio está en el adelanto que el caudillo tebano Epaminondas imprime en el arte de la guerra, al establecer sus fundamentos, que se condensan en el principio axiomático de que «el secreto de la victoria está en ser el más fuerte en el punto decisivo», cuando por hábiles maniobras oblicuas anula la superioridad numérica de su adversario que maniobra poco, mal y con lentitud, siendo así que la táctica se reduce á maniobrar mucho y rápidamente para llegar al objetivo propuesto.

Por estas maniobras se le llama á Epaminondas el inventor del orden oblicuo, y si éste, como dice muy razonadamente el General Almirante (1), «no consiste en la simple inclinación de dos frentes de batalla», sino que abraza «toda combinación táctica que tienda á producir esfuerzo sobre uno ó dos puntos de la

(1) Almirante, *Diccionario Militar*.

línea contraria con superioridad de acción sobre ellos, y para que se constituya, es indispensable que haya una maniobra ó serie de movimientos que desarreglen el orden inicial ó habitual con el intento preconcebido de chocar ó embestir con superioridad visible en un punto señalado del frente enemigo», Epaminondas es algo más que el inventor del orden oblicuo; lo es de la táctica y del arte de la guerra, porque todo lo expuesto se halla en los planes de las batallas de Leuctria y Mantinea, concebidos con rapidez y ejecutados con precisión matemática: como él profetizó al morir, estas dos batallas han bastado para hacerle inmortal.

Era tan desigual la lucha que iba á entablarse entre Tebas y Esparta, que Grecia entera creyó seguro el triunfo de los espartanos y sus aliados. El genio de Epaminondas no tan sólo bastó para equilibrar las probabilidades de éxito entre los beligerantes, sino que inclinó la balanza en favor de su patria.

Batalla de
Leuctria
(371 a. de
J. C.)

Cuádruple del suyo era el ejército enemigo, que se componía de 24.000 infantes y 1.600 jinetes, y en el que la falange espartana, por superar en calidad sus soldados á los de sus aliados, constituía el núcleo principal y el nervio. No obstante, marchó resueltamente en su busca el caudillo tebano, y se avistaron los dos ejércitos en las llanuras de Leuctria, aldea de la Beocia.

El plan de Epaminondas consistía en contrarrestar, con la adopción del orden oblicuo, la superioridad numérica del enemigo, y hacer que la izquierda de su ejército, reforzada, cayese sobre la falange espartana, á la que aventajaría en ímpetu, porque le sería superior en velocidad y masa al chocar con ella. Para conseguirlo aumentó el fondo de su ala izquierda, formando con ella compacto rectángulo constituido por 50 filas de combatientes, y, como escogida reserva, situó tras de éste 300 jóvenes que habían jurado vencer ó sucumbir en la pelea. Apoyaba al ala izquierda de los tebanos su caballería, é inició el combate arrollando á la enemiga que, al retroceder, desordenó á la infantería espartana.

Desde el primer momento empezó la izquierda tebaná á adelantarse al resto de la línea, resultando ésta escalonada y con una oblicuidad, respecto al frente del ejército enemigo, que fué aumentando hasta que en el incesante movimiento de avance de los tebanos, la formidable cuña vino á dar, á manera de martillo, en la falange espartana, desordenada ya por la fuga de su caballería, sorprendida por la novedad de una maniobra cuyo objeto desconocía, y que no obstante sostuvo con firmeza el violentísimo choque con que terminó ésta.

Tropas mandadas por el Rey de Esparta, Cleombroto, intentaron acometer por el flanco el cúneo; pero entonces los jura-

mentados de la reserva tebana le atacaron por el suyo, la derrotaron y dieron muerte á su Rey.

Cejaron los espartanos por un momento, y cuando se rehicían para ganar lo perdido, fueron arrollados por sus aliados, que, al verlos retroceder, se habían declarado en vergonzosa fuga. Persiguieron los tebanos á los vencidos é hicieron en ellos tan espantosa carnicería, que las bajas sufridas por los espartanos fueron mucho mayores que las cuatrocientas que próximamente tuvieron los vencedores.

Batalla de
Mantineia
(363 a. de
J. C.)

Ocho años después vuelve á emplear Epaminondas el orden oblicuo para vencer á los espartanos y atenienses en las llanuras de Mantineia, que ya habían sido teatro de otra batalla en las guerras del Peloponeso, entre los que ahora aliados iban á combatir con los tebanos. Con fuerzas próximamente iguales entablan la lucha los beligerantes. Epaminondas, con su ejército, marcha hacia Esparta; el Rey espartano Agesilao sale con el suyo á su encuentro y le hace retroceder. Al llegar á las llanuras de Mantineia, los tebanos empiezan á subir por las laderas de las alturas que las circundan, se detienen á la mitad, y las disposiciones que toman hacen creer á los aliados que van á acampar; pero de pronto, la única columna en que marchaban los tebanos, verifica una variación, y en orden oblicuo, con la izquierda en vanguardia, formando el cúneo, cae sobre la falange espartana que constituye la derecha de los aliados, en tanto que la caballería y la infantería ligera tiene en jaque á los atenienses. Aunque sorprendidos por el inesperado ataque, los espartanos combaten con tal ardimiento, que Epaminondas tiene necesidad de ponerse al frente de los suyos para evitar que sean rechazados, y cae herido mortalmente; pero consigue la victoria.

Hábil colocación y oportuno empleo de las reservas; maniobras en el campo de batalla para caer sobre el punto decisivo, con el núcleo principal de sus fuerzas, y dando á su ejército posiciones determinadas de antemano por medio de movimientos calculados y ejecutados con precisión matemática; astuto empleo de tropas que oculten el verdadero objetivo á que dirige sus esfuerzos, llamando la atención del enemigo por otro lado; todos los principios fundamentales de la táctica se ven empleados en la batalla de Leuctria y Mantineia por Epaminondas, que supo dar á la pesada falange la mayor movilidad y potencia táctica que eran posibles. También fué el primero en apoyar la caballería con infantería ligera que, disparando flechas y piedras, la preparase el éxito de sus cargas.

PERIODO ROMANO

I

Reclutamiento.—Organización de la legión.—Orden de batalla.—Sistema de guerra.—Reformas de Mario y César.—Administración.—Instrucción.—Penas.—Recompensas.—Atrincheramientos.—Castrametación.—Poliorcética.—Paralelo entre la falange y la legión.

Desde su fundación (753 años a. de J. C.), Roma tuvo que vivir por la conquista y para la guerra: los romanos, como de todo carecían para su sostenimiento y el de la ciudad, hubieron de adquirir por la fuerza los más precisos elementos de vida. En los primeros tiempos su existencia dependió de la victoria; obtenerla fué para ellos cuestión de vida ó muerte, y cuando la conseguían en una campaña, estaban seguros de que, por precisión, habían de emprender inmediatamente otra nueva contienda, y sucedió que, siendo la guerra la normalidad en Roma, por la fuerza misma de las circunstancias los romanos hicieron una guerra metódica en que las campañas se sucedían las unas á las otras, nunca al acaso, siempre como si se efectuaran con sujeción á un plan preconcebido; de este modo consiguieron la dominación absoluta de Italia.

Asegurada la existencia de la ciudad, aquel pueblo joven y vigoroso se encontró con una plétora de vida que necesitaba de más amplio espacio, y aspiró á la dominación universal por una ley de necesidad tan imperiosa, como lo fué la que le había hecho aspirar á la de Italia, y siguió haciendo la guerra tan metódicamente como antes.

Consecuencia forzosa de estas premisas fué una organización

Recluta-
miento.

militar robusta y cimentada en el amor á la patria, por cuyo engrandecimiento y vida arriesgaban diariamente la suya los ciudadanos de la flamante Roma, para quienes el servicio de las armas era una obligación sagrada y una honra que, mientras subsistió la Monarquía y en los tiempos de la República hasta las reformas de Mario (113 años a. de J. C.) no alcanzaban los proletarios, los esclavos, los libertos, los extranjeros, ni los que habían sido degradados por sus delitos. Una sola vez, por excepción, después de la derrota de Cannas, cuando Aníbal se hallaba á las puertas de Roma, fueron admitidos en las filas del ejército antes de la época de Mario.

La organización política, social y económica estaba embebida en la militar, formando un todo homogéneo é indivisible. En la primera Constitución de Roma, atribuída á Rómulo, su primer Rey, los habitantes de la ciudad fueron clasificados en patronos ó patricios y en clientes. Únicamente eran considerados como ciudadanos los patricios que estaban divididos en tres tribus, cada una de las cuales contribuía á la formación del ejército con 1.000 infantes y 100 jinetes, y reunidos los contingentes de las tres se constituía la *legión*.

El Rey Servio Tulio (570 años a. de J. C.) concedió á los plebeyos el derecho de ciudadanía, y dividió á los ciudadanos, con arreglo al censo impunible que poseían, en *equites* (caballeros) así llamados, porque en ellos se reclutaba la caballería, y en seis clases más. En las cuatro primeras se reclutaba la infantería de línea, en la quinta la ligera, y á los proletarios, que constituían la sexta, no se les concedía la honra de pertenecer al ejército. La obligación del servicio militar duraba desde los 17 años á los 45 en el ejército campal, y de los 46 á los 60 dentro de los muros. El ejército se formaba ordinariamente de cuatro legiones.

El reclutamiento se efectuaba por sorteo.

La infantería de línea se dividía en *trarios*, soldados escogidos por su robustez ó valor acreditado entre los de las cuatro clases en que aquélla se reclutaba; *principes*, los de más edad entre los restantes, y los más jóvenes *astarios*. Todos ellos usaban las mismas armas. Las defensivas eran casco ó yelmo de bronce; un peto que en su origen fué de cuero y después de bronce, un botín guarnecido de hierro, que defendía la pierna derecha, y un escudo cuadrangular y convexo, de 1,40 metros de largo y 0,90 de ancho, formado de dos tablas unidas con cola y forrado de cuero.

Las ofensivas, una espada de doble filo y agudísima punta, y de una longitud de medio metro, y dos venablos grandes ó picas cortas de 2 metros de largo, que llamaban *pilos*. Los asta-

rios usaron durante algún tiempo una pica más larga que el pilo llamada *asta*, de la que recibieron el nombre que después conservaron siempre.

Los soldados de infantería ligera llamábanse *vélites*, no usaban más armas defensivas que yelmo sin cimera y una adarga circular, de cuero y 0,05 metros de diámetro; las ofensivas eran la espada, siete jabalinas que arrojaban á mano y hondas con que lanzaban piedras.

Las armas defensivas de los equites eran las mismas que las de los soldados de infantería, con la única diferencia de que en vez del escudo, usaban adarga de cuero (*parma*), igual en un todo á la de los *vélites*; por arma ofensiva adoptaron la lanza de los catafractas griegos.

El espíritu de conquista, alma de la sociedad romana, infundió en ella un carácter eminentemente agresivo, y como el ejército es reflejo fiel de la sociedad de que forma parte integrante, su organización hubo de ser adecuada á la clase de guerra que por precisión tenía que hacer, y sus órdenes tácticos fueron esencialmente ofensivos. Síntesis del estado militar en Roma, la legión fué aún más que instrumento perfecto, por su admirable mecanismo para la ofensiva, la fórmula exacta de ésta. Podía maniobrar y batirse en toda clase de terreno, y era difícil que ataques imprevistos del enemigo la ocasionasen inevitables derrotas, porque los *manípulos*, que eran sus unidades tácticas, no estaban empotrados en ella, é independientes unos de otros en la formación, sin que por eso dejasen de prestarse mutuo apoyo, les era fácil dar frente al adversario por donde quiera que se presentase.

Las tres líneas de manípulos de *astarios*, príncipes y *triarios* en que formaban los legionarios, daban á la legión triple acción táctica. Había en las dos primeras, de manípulo á manípulo, intervalos iguales al frente de uno de éstos, y en la tercera, mayores. Los manípulos de príncipes, ó sea los de la segunda línea, se colocaban frente á los intervalos de la primera, y en igual disposición respecto á aquélla se situaban los manípulos de *triarios*; de modo que el orden de batalla de la legión venía á consistir en tres líneas de columnas con intervalos escalonados, en forma de tablero de ajedrez. De línea á línea la distancia no era fija; variaba entre 15 á 100 metros, según el terreno y las circunstancias lo exigían.

La fuerza ordinaria de la legión era de 4.200 hombres: 600 *triarios*, 1.200 príncipes, otros tantos *astarios* é igual número de *vélites*. Tanto los *triarios* como los príncipes y *astarios*, estaban divididos en 10 manípulos de á 10 filas; en los de *triarios*, formaban cada fila seis hombres; en los príncipes y *astarios*, 12; de

Organiza-
ción de la
legión. Or-
den de ba-
talla.

modo que la fuerza de un manípulo de éstos era de 120 hombres, doble que la de uno de triarios, lo mismo que el frente. De fila á fila había una distancia, y de hombre á hombre un intervalo de 0,85 metros.

El manípulo se subdividía en dos *centurias* y la centuria en *decurias*; cada decuria formaba una fila. Los vélites no tenían colocación fija; cada uno de los 30 grupos de á 40 en que se dividían, estaba agregado administrativamente á uno de los 30 manípulos que constituían la legión. Los verdaderos legionarios eran los triarios, príncipes y astarios.

Los 300 jinetes que constituían la fuerza de caballería de una legión se dividían en 10 *turmas* de á 30, y cada una de estas unidades tácticas en tres decurias. Su formación era en una ó dos líneas, iguales ó mayores que el frente de una turma; unas veces se colocaba en cuarta línea detrás de los triarios, otras en dos mitades iguales, de cinco turmas cada una, á ambas alas de la infantería y á la altura de la línea de astarios. Entre las filas y las hileras de la turma había una distancia é intervalo de 1,45 metros.

Ordinariamente, en tiempo de la República, la milicia constaba de cuatro legiones romanas y otras tantas de aliados ó auxiliares. El número de legiones aumentó en circunstancias extraordinarias; durante las guerras púnicas llegaron á ser 20; de 30 llegó á disponer Julio César, y en los tiempos del imperio su número fué mucho mayor y jamás fijo.

Las legiones aliadas ó auxiliares que formaban los habitantes de las regiones supeditadas á Roma, ó unidas á ella por algún tratado, estaban ordenadas y mandadas como las romanas, con la única diferencia de que la fuerza de caballería era doble, pues se componía de 600 jinetes.

En los tiempos republicanos las tropas se dividían en dos ejércitos *consulares*, compuesto cada uno de dos legiones romanas que formaban en el centro, y dos aliadas ó auxiliares que se situaban en las alas; y llamábanse así porque las mandaban los dos *cónsules* que asumían en Roma el poder ejecutivo. Generalmente los dos ejércitos operaban aislados, y cuando no sucedía así, los cónsules alternaban por días en el mando supremo. Como lugartenientes suyos, tenían á sus inmediatas órdenes dos *delegados*. A estos oficiales sucedían en categoría los *tribunos militares*, que en un principio fueron tres por legión, y de aquí su nombre; y después se aumentaron y fueron seis. Uno de ellos mandaba toda la legión y se llamaba *tribuno militar legionario*.

Los oficiales subalternos eran los que mandaban las centurias y se llamaban *centuriones*; en cada manípulo era el comandante

el centurión más antiguo. En el mando de tropas la jerarquía inferior era la de *decurión*, cabo ó jefe de la decuria.

En la caballería los decuriones eran tres por turma, y uno de ellos la mandaba en Jefe. El comandante de toda la caballería se llamaba *prefecto de los équites*.

Cuando la patria estaba en peligro, asumía la suprema autoridad civil y militar un magistrado extraordinario, á quien se daba el nombre de *dictador*.

Desde los soldados, que eran elegidos por los tribunos en el acto del reclutamiento, hasta el dictador, que era elegido por el Senado romano, todos los cargos de la milicia se obtenían por elección: los cónsules eran elegidos por el pueblo; los tribunos lo fueron por los cónsules, por el pueblo, ó la mitad por aquéllos y la otra por éste, según las épocas; los centuriones lo eran por los tribunos de su legión, y los decuriones por los soldados. A ser la elección la base de su organización, debió la legión su nombre.

Para convéncerse de las excelencias de la organización de la legión, basta fijar la atención en el modo de combatir de ésta y examinarle con criterio imparcial.

Sistema de
combate.

Inmóviles las tres líneas de la legión, los astarios y príncipes, de pie para estar dispuestos á entrar desde luego en el combate, rodilla en tierra y cubiertos con sus escudos los triarios, que con esta actitud de sereno reposo probaban su firme propósito de no cejar ante el empuje del enemigo é inspiraban confianza y ánimo á los soldados de las líneas precedentes, los vélites iniciaban la lucha y acometían á la desbandada al adversario por todo su frente y ambos flancos, arrojando sobre él dardos y piedras. En cuanto el empeño era serio, se retiraban á los flancos de los manípulos de astarios, y desde los intervalos de la primera línea seguían molestando al enemigo, á no ser que, rudamente escarmentados por éste, no pudieran hacerlo así, que, en tal caso, iban á rehacerse detrás de los triarios. Al efectuar los vélites la retirada, los astarios, alentándose con gritos de guerra, lo mismo cuando trataban de rechazar un ataque del enemigo que si la ofensiva partía de la legión, corrían al encuentro de aquél, hacían uso, para ofenderle en los primeros momentos del choque, del *asta* ó del *pilo*, y después echaban mano á las espadas, trabando un rudo combate cuerpo á cuerpo. Les seguían para animarlos con la seguridad de inmediato socorro, y para impedir que el enemigo penetrase por los intervalos de la primera línea á envolver por los flancos los manípulos de ésta, los príncipes que, si fracasaba el ataque de los astarios, apresuraban su movimiento de avance, y solos si no lograban detener á aquéllos en su retirada, ó bien formando con ellos una sola compacta línea, caían sobre los

adversarios, que rara vez resistían con firmeza este segundo ataque, más rudo y violento que el primero.

Si también resultaba fallido, y astarios y príncipes eran arrollados por la pujanza del enemigo, poníanse en pie los triarios, avanzaban, no dejando tras de sí esperanza alguna de socorro, y obligaban á los soldados de las dos primeras líneas á rehacerse y unirse á ellos, formando sólida y profunda masa que marchaba á oponerse al avance de los vencedores, que no podían esperar en aquellos momentos decisivos, cuando ya tenían por suya la victoria, tan violenta reacción ofensiva. Con muy rara excepción, el espanto que les producía el ver que de repente surgía de la superficie de la tierra una tercera línea de tropas de refresco oculta á su vista hasta entonces, y el ser acometidos por mayor número de combatientes que en los dos ataques anteriores trocaba su presunta victoria en desastrosa derrota.

Encargábanse de la persecución de los vencidos la caballería y los vélites que, para marchar con más rapidez, se agarraban á las colas de los caballos, ó se montaban á la grupa de los jinetes, hasta alcanzar á los fugitivos.

Aunque la acción táctica principal era siempre la efectuada por la infantería, algunas veces, para preparar el combate ó decidirlo cuando el enemigo fluctuaba sin que el último y supremo esfuerzo de toda aquélla hubiera bastado para derrotarlo, cargaba la caballería. Si era en los primeros momentos de la batalla, cuando estaba situada detrás de los triarios salía para dar la carga por los intervalos que había entre los mantulos; si había formado en las alas de la legión, ó en el caso extremo ya indicado, verificaba la carga por los flancos. Muy rara vez efectuaron movimientos combinados la caballería é infantería.

Resumiendo: la bondad de la táctica de los romanos consistía principalmente en que reservaban el núcleo principal de sus mejores soldados y la potencia total de la legión para el momento decisivo, y antes empleaban contra el enemigo las menores fuerzas posibles, que iban sucesivamente aumentando en proporción de los esfuerzos de aquél para conseguir la victoria; pero sin que nunca el refuerzo acudiese antes de que los reforzados hubiesen agotado toda su energía. Cuando el adversario se hallaba fatigado y en desorden, á consecuencia de los repetidos esfuerzos hechos para vencer y rechazar, primero á los vélites, después á los astarios y luego á éstos y á los príncipes reunidos, entonces caía sobre él la masa total de los legionarios, de la que eran el alma los triarios, reserva escogidísima de veteranos.

Imposible que tropas fatigadas y desordenadas ya por las vicisitudes de largo y rudo combate, y sorprendidas por un es-

fuerzo que no esperaban del enemigo, pudiesen resistir sin cesar el violentísimo choque de aquella tromba humana que barría cuanto se oponía á su paso, impulsada por el principal agente de fuerza para una agrupación de hombres en luchas sangrientas, la confianza en la victoria.

Sus extensas conquistas desarrollaron en los romanos la ambición, la codicia y el lujo.

A sus enérgicas virtudes cívicas y militares en tiempo de los Reyes, á su austeridad republicana cuando en odio á los tiranos sacrificaron la Monarquía en aras de la libertad, sucedió la corrupción. Ya no combatieron por el engrandecimiento de su patria, que desgarraron y ensangrentaron en continuas guerras civiles, en que las pasiones políticas de los partidos aristocrático y democrático sirvieron, hábilmente explotadas, de escabel á ambiciosos, cuya tiranía mayor y más terrible que la de los Reyes más déspotas, preparó el advenimiento del imperio.

En los tiempos de Mario y Sila vió Roma á sus victoriosas legiones ensangrentar su propio recinto en lucha fratricida, á la que siguieron cruentas é implacables proscripciones. Por el pronto triunfó Mario, que democratizó la legión dando cabida en ella á los proletarios, á los libertos, esclavos y extranjeros por la necesidad de grandes ejércitos para aquellas luchas civiles permanentes, y porque los ciudadanos ricos se retrajeron del servicio militar. Al ejército de ciudadanos sucedió el de mercenarios; el ser soldado no fué ya una honra, sino un oficio, y desde el momento en que así sucede, prueba en muchas de sus páginas la Historia, que germina la decadencia del poder militar, y con ésta la del poder político de los pueblos.

Marselli (1), al ocuparse en las reformas de Mario termina así: «El militar pobre no volvió á ser ciudadano después de terminada la guerra; convertido en soldado de oficio, lo fué de un General, de un Emperador, no ya de la patria».

A esta reforma fundamental en la organización de los ejércitos romanos, que rebajó tanto su valor moral, correspondió otra en su táctica que fué impuesta por aquélla, como aquélla lo había sido por la corrupción de los romanos y decaimiento de sus virtudes cívicas.

Dos causas motivaron principalmente la reforma en el orden de batalla. Una fué puramente moral; la ya apuntada. Al encarnar el espíritu demagógico, que no democrático, en el ejército con la admisión de la plebe en éste y el alejamiento de las clases acomodadas del servicio militar, la igualdad por empeoramiento se introdujo en la legión, y ya los triarios, príncipes y

(1) Marselli, *La Guerra e la sua Storia*.

astarios no formaron en manípulos separados; con tres de éstos, uno de cada clase, se constituyó una nueva unidad táctica, la *cohorte*, más fuerte que el manípulo, y de los 30 manípulos de la legión, resultaron 10 cohortes. La legión ganó en solidez, sin que perdiera en agilidad tanto, que no conservara sus excelentes condiciones maniobreras, de las que supo sacar inmenso partidó en sus campañas Julio César. Las consecuencias más perjudiciales las trajo consigo la amalgama de triarios con príncipes y astarios, que mató el prestigio de aquéllos, la emulación en éstos, y sólo dejó subsistente el privilegio en favor de los primeros, odioso para los demás desde el instante en que no tuvo fundamento.

Fué la otra causa las invasiones de hordas de *cimbros* y *teutones*, primeros pueblos bárbaros que amenazaron á Roma y perturbaron sus dominios con sus correrías. Hubo que pensar en resistirlas y rechazarlas, y desde el momento en que la legión, además de ofender, tuvo que resistir, fué de necesidad aumentar la consistencia del orden de batalla.

Mario formó la legión en dos líneas de cinco *cohortes* cada una. Los intervalos de cohorte á cohorte eran iguales al frente de una éstas; los de segunda línea se situaban dando frente á los intervalos de la primera. La caballería se situó ya siempre en las alas.

Las ventajas é inconvenientes de la reforma de Mario, nadie las ha razonado y expuesto con la concisión, claridad y elocuencia que nuestro insigne tratadista militar Villamartín. He aquí los términos en que lo hace (1): «Mucho se ha discutido sobre las ventajas y contras de la cohorte; para unos, el orden de Mario fué el síntoma de la decadencia del ejército; para otros, disminuyendo el número de claros, dió más consistencia á la batalla, sin perder agilidad, y además el mando se centralizó por la introducción de una nueva unidad táctica entre el manípulo y la legión; por nuestra parte, no dejamos de conceder ventajas á la cohorte sobre el manípulo, considerados una y otro en abstracto como unidades de fuerza; pero están sobradamente destruídas por los males que entrañaba en sí misma esta organización. Es verdad que se redujo el número de claros; pero fué aumentando en tres veces la extensión de cada uno, y sabido es que no por muchos claros se rompe una línea, sino por uno grande».

El mayor inconveniente táctico del nuevo orden de combate le hizo desaparecer Julio César, volviendo á establecer las reservas y la tercera línea. En esta reforma la primera línea resultó

(1) *Nociones de Arte militar*, pág. 167.

la más fuerte, pues la constituyeron cuatro cohortes, mientras que las otras dos se formaban con tres cada una.

Las tres de la segunda línea daban frente á los intervalos de la primera y de las cohortes de la tercera línea, la central cubría á las que ocupaba igual puesto en la línea precedente, y las dos de los extremos á las de los flancos de la primera línea. Nunca supeditó Julio César al rigorismo de este orden de combate las necesidades del momento; cuando las circunstancias lo requirieron y tuvo que luchar con enemigos como los galos, en que lo temible era el número y el ímpetu de su primera acometida, disminuyó los intervalos, hasta reducirlos en algunos casos á una extensión insignificante, formando las legiones en dos líneas y á veces en una sola.

Vagas y pocas son las noticias que pueden darse de la administración en los ejércitos romanos, porque nunca estuvo sujeta á un sistema fijo y determinado, y prevaleció generalmente en su modo de ser la iniciativa del cónsul, dictador ó general que asumía el mando en jefe. Julio César, en las guerras de las Galias, llegó á emplear, según el caso y la oportunidad, todos los sistemas modernos para proveer á sus tropas de cuanto necesitaban, así el de convoyes y grandes almacenes situados en puntos estratégicos de importancia, como el de requisas, derramas y contribuciones en el país que era teatro de la guerra, y también el de contratar con negociantes que se encargaban de proveer á las necesidades de las tropas cesarianas.

Desde los más remotos tiempos la administración de un ejército romano se confió al *cuestor*, que venía á ser lo que hoy día un intendente general, y cuyas atribuciones llegaron á ser en algunas épocas tan latas, que coartaban las de los cónsules que mandaban en jefe las tropas.

El *milite* (soldado) romano no percibió sueldo alguno hasta el consulado de Camilo (396 años a. de J. C.). Fué muy pequeño en un principio, de unos tres *ases* diarios; pero aumentándose en diversas épocas, llegó á ser de diez *ases* (0,51 céntimos de peseta), cantidad muy crecida para aquellos tiempos en que la moneda tenía muchísimo más valor que en la actualidad.

Se le proveía de trigo, que era siempre de la mejor calidad. También se le facilitaba sal, carne de puerco ó carnero, aceite, queso, legumbres y vinagre para mezclarle con el agua que bebían.

Cuando se entraba á saco en una ciudad ó campamento enemigo, vendía el botín el *cuestor*, y del importe de la venta la mitad quedaba en depósito en las cajas y la otra mitad se entregaba á los tribunos de cada legión, que la distribuían por partes iguales entre las cohortes, después de separar una undé-

Administración.

cima parte para costear los funerales de los legionarios muertos en el combate, y para los que no habían asistido á él por estar de guardia en el campamento ó enfermos.

Según aseguran muchos historiadores, en las marchas el soldado romano llevaba consigo víveres para quince días, sus prendas de vestuario y algunas estacas para el atrincheramiento de los campos en que se establecía el ejército.

Disciplina. La más valiosa custodia de un Estado es la disciplina de su ejército, que se basa en dos grandes sostenes: el amor á la patria y la subordinación. Era en Roma disciplinada la milicia, porque la sociedad, que la daba su savia, lo era también y se cimentaba en la ilimitada potestad del padre sobre la familia y en el culto á la patria como sentimiento supremo. Auxiliares eficaces, que arraigaban la disciplina en los ejércitos romanos, eran el hábito de trabajo, la recompensa al mérito y al valor para premiar á los diligentes, los valerosos y los buenos, y el castigo para atemorizar y escarmentar al negligente, cobarde ó malvado.

Instrucción. Prescindiendo de la ejecución, en tiempo de paz, de grandes obras de utilidad pública, en que se empleaba la actividad de los legionarios, es indudable que los romanos procuraban que nunca estuviesen sus soldados entregados á una ociosidad envaneciente.

Al efecto se les tenía en instrucción constante, que era individual ó de conjunto. La individual consistía en ejercicios de carrera, danza, salto y manejo de sus armas ofensivas y defensivas.

La instrucción de conjunto se verificaba por manípulos ó cohortes y por legiones, y abarcaba todos los movimientos de ataque y retirada como un verdadero combate; largas y rápidas marchas de unos 7 kilómetros por hora, en que el legionario llevaba sobre sí todo el peso de armas y víveres que había de llevar en verdadera campaña, y el rápido establecimiento y fortificación de campos atrincherados que levantaban después, destruyendo las trincheras para hacerlas de nuevo. Llevaban este procedimiento al último extremo con los ejércitos que habían sido vencidos, á los que jamás conducían de nuevo á la lucha con el enemigo, sin vigorizarles antes con extraordinarias fatigas y rudos trabajos.

Con esta continua instrucción del legionario se consiguió ponerle en tales condiciones de agilidad, destreza y despejo, que les fué siempre fácil á sus jefes adoptar todo lo bueno que encontraban digno de imitación en los ejércitos enemigos, mejorándolo siempre. Con vigoroso poder de asimilación, perfeccionamiento é inventiva, los romanos adquirieron de los griegos la idea del arte de la guerra que ellos crearon después; de los

cartagineses aprendieron á organizar la marina militar de Pirro, la castrametación y la ciencia de las posiciones; de Aníbal, la estrategia, y de los números, la organización de la caballería.

Las leyes militares eran severísimas y se abusaba de la pena de muerte de una manera horrible. Se observaban con rigurosa equidad, circunstancia que, unida á la ejemplaridad, para el ejército, del castigo infringido al delincuente, por la brevedad en los procedimientos, que eran siempre sumarios, y por la inmediata ejecución de la sentencia, y al gran prestigio que daba á los jueces el ser inapelables sus fallos, vigorizaba y sostenía mucho la disciplina y la autoridad de los oficiales.

Juez supremo, con derecho de vida y muerte respecto á cuantos estaban á sus órdenes, era el dictador ó cónsul que mandaba en jefe el ejército; en las legiones los tribunos constituían los tribunales de justicia.

Ley absoluta, la primera entre todas, que á todos alcanzaba y de la que á nadie se eximía, era la obediencia pasiva. Cuando la insubordinación llegaba á la categoría de sedición tumultuosa ó motín, á los amotinados se les dieztaba, y en aquella terrible lotería de la muerte los designados por el azar sufrían la última pena.

Ese mismo castigo, terrible, bárbaro y sangriento, se aplicaba á las tropas que huían cobardemente del combate; el pánico era para ellas un descuento del diez por ciento sobre la vida. No podía incurrir en más graves delitos que la insubordinación y la cobardía el milite romano, cuyo valor y obediencia no se admitía, por concepto alguno, que se pusieran en tela de juicio. Pero aún más indisciplinable é indigna se consideraba en el ciudadano la exención voluntaria del servicio militar, tanto que solamente se obtenía á costa de la propia personalidad: el exento era vendido como esclavo, y de su infame exención indemnizaba á la patria con el precio vil de su sangre, ya que escatimaba el derramarla defendiendo á aquélla.

Había perfecta gradación de penas, pero escaseaban las leves. Las faltas de poca importancia se castigaban con guardias en el campo, aumentos de fatigas en el servicio, multas y privaciones de sueldo ó de participación en el botín. Para delitos de alguna importancia se imponían el descenso del delincuente á un servicio ó rango inferior, de *équite* ó caballero á legionario, ó de legionario á vélite, la degradación á los oficiales, la expulsión infamante y la flagelación con vara de fresno á los auxiliares y con sarmiento á los ciudadanos. Con pena de muerte se castigaban, además de la insubordinación y cobardía, la promoción de escándalos, comisión de actos torpes y la desertión, que se daba por consumada en cuanto el soldado se ausen-

taba de las filas ó el campo lo suficiente para no oír el toque de los instrumentos de guerra. Se ejecutaba la pena por decapitación, lapidación, crucifixión ó anegación.

Recompensas. Si eran terribles las penas para el que delinquía, las recompensas para el que contraía méritos eran fastuosas, y excepto algunas, como el aumento de paga ó de participación en el botín, tenían un carácter más honorífico que positivo. Las tendencias y el objetivo de las recompensas eran halagar y estimular el amor propio del servidor de la patria, porque no es con premios que mejoren su bienestar material como se obtiene del soldado el desprecio de la vida en defensa de intereses que no le son personales; la consideración pública y signos de distinción respecto al vulgo son el estímulo más poderoso de las acciones heroicas. Los premios de los soldados y oficiales consistían en elogios públicos delante de la legión, en collares, cadenas y brazaletes de plata ú oro, que equivalían á las modernas condecoraciones militares; en armas de honor; en promociones de ascenso á categorías superiores á la del premiado, que algunas veces ascendía rápidamente sin pasar por la inmediata, y en coronas de diversos géneros, según el mérito contraído. Estas eran, entre otras, la vallar, mural ó naval que se adjudicaban al primero en asaltar atrincheramiento enemigo, brecha abierta en el muro de plaza sitiada ó buque contrario; y la cívica, al que salvaba en el combate, con grave riesgo de la propia, la vida de un romano ó aliado. Consistían las de los generales en coronas de oro, como la obsidional al que socorría una plaza ó cuerpo de tropas en peligro; en columnas que perpetuasen la memoria del vencedor y el recuerdo de sus victorias; en apodos ó sobrenombres honoríficos; en el título de *imperator*; en la *ovación*, entrada fastuosa del vencedor en Roma, precedido de los despojos de la victoria y de los prisioneros, y entre las aclamaciones, aplausos y vítores de la muchedumbre; y en el *triunfo*, entrada más solemne y aparatosa que la ovación. El Senado romano era el que decretaba por sufragio los honores de la ovación ó del triunfo, según la importancia de las victorias conseguidas.

Atrinche-ramiento.--
Castrametación. Siempre que un ejército romano hacía alto, á no ser momentáneamente, acampaba y fortificaba el campamento. La disposición y orden de colocación de las unidades orgánicas eran siempre iguales, de manera que el campamento venía á ser siempre el mismo, y únicamente variaba el paraje en que lo situaban.

Con parapetos en línea continua rectangular, sin más solución de continuidad que cuatro puertas de ingreso centrales, una en cada frente, se fortificaba el campamento. Los lados del rec-

tángulo eran de 600 á 700 metros, la elevación de los parapetos de tres, el límite inferior de las dimensiones del foso que los rodeaba, 3 metros de latitud por 2 de profundidad. Coronaba los parapetos una estacada que formaban los soldados con unas estacas que llevaban consigo, de unos 9 decímetros de altura, terminadas en puntas aguzadas por el extremo que se clavaba en el parapeto, y por otro en pequeñas ramas para enlazar unas estacas con otras. Si el campamento iba á ser duradero, se reforzaba su atrincheramiento con torres de madera y máquinas de guerra que se colocaban en los ángulos del rectángulo y junto á las puertas de entrada, y cuando era permanente se levantaban pequeños fuertes en las alturas vecinas que tenían alguna importancia táctica ó estratégica por su situación topográfica; en ambos casos aumentaban las dimensiones del foso de circunvalación.

La disposición interior del campamento era tal que, formando las turmas de caballería y los manípulos de astarios, príncipes y triarios, frente al paraje en que estaban acampados, resultaba cada legión en un orden que difería muy poco del suyo normal de combate.

Al establecer el campamento, una parte del ejército estaba sobre las armas, protegiendo los trabajos en que la otra parte se ocupaba. Terminadas las obras, la caballería reconocía los alrededores del campamento. La vigilancia en éste se encomendaba á numerosas guardias: además de la consular, cada tribuno tenía la suya. Los tribunos hacían rondas nocturnas recogiendo en cada guardia tablillas repartidas de antemano.

De los tiempos de Grecia á los de Roma, insignificantes, por no decir nulos, fueron los adelantos en fortificación permanente é idénticos ó poco menos los procedimientos empleados en el ataque y defensa de las plazas fuertes. Recinto murado, flanqueado de trecho en trecho por torres cuadradas ó circulares; puertas defendidas por otras torres de igual forma; profundo foso al pie de las murallas y un reducto de seguridad en el paraje más culminante de la población, he aquí la descripción general de las plazas fuertes griegas y romanas. Su mayor ó menor fortaleza dependía solamente de su situación topográfica y de las dimensiones del foso y la muralla. Lo rudimentario de las máquinas de guerra hacía perdurables los sitios, y un débil muro bastaba para detener, por muchos meses, ejércitos numerosos y aguerridos.

Las máquinas de guerra eran de percusión ó arrojadizas. Aquéllas se empleaban en la destrucción de las murallas, éstas para desguarnecer de defensores la plaza. Era de percusión el *ariete*, gruesa viga, reforzada en un extremo y suspendida de

Polioreética.

una maroma que, por un movimiento oscilatorio que se la imprimía, chocaba violentamente con la muralla en que se trataba de abrir brecha. El ariete se mejoró montándolo en un artefacto de madera, y produciendo el movimiento de atrás hacia adelante, necesario para obtener el choque, por la tensión y distensión de una gruesa maroma unida á la viga.

Las máquinas arrojadizas eran de tiro horizontal ó de tiro curvo. Era de tiro horizontal la *balista*, canal de madera en que se ponían numerosos y grandes dardos, que eran lanzados con gran velocidad inicial por el violento golpe que recibían de un grueso tarugo, cuando libre éste de la fuerza de tensión de una maroma, que le obligaba á mantenerse en posición violenta, recobraba bruscamente la suya natural. De tiro curvo era la *catapulta*, honda gigantesca en que las piedras se colocaban en un recipiente de forma de cuchara, terminación de una viga, cuya posición se violentaba también por la tensión de una maroma; cuando cesaba esta tensión, volvía á su posición primitiva y estable la viga, y la carga de piedras era lanzada á grandes distancias. En todas las máquinas descritas la tensión de las maromas se obtenía por medio de un torno. Con la catapulta se lanzaban también dardos, y entonces el recipiente en forma de cuchara causaba los efectos del tarugo en la balista.

Conocidas las máquinas que empleaban, se comprende que los griegos y romanos tuvieran que procurar, en la expugnación de las plazas fuertes, la aproximación al recinto de las destinadas á abrir brecha, y la colocación de las arrojadizas á altura suficiente para ofender á los defensores que guarnecían las murallas, sin que éstas le sirviesen de resguardo. Al efecto, se valían de aparatos cubridores y movibles, como eran las *vineas*, las *tortugas* y los *manteletes*. Las vineas eran galerías portátiles, formadas por postes que encajaban en ensambladuras de madera y sostenían techumbres de tablas cubiertas con pieles frescas que las librarán de ser incendiadas por las materias combustibles en ignición que los sitiadores solían arrojar sobre ellas; por los flancos y el frente tejidos de mimbres cerraban las vineas. Las tortugas eran de menores dimensiones que las vineas y estaban más sólidamente construídas con tablas, y tenían á su frente una especie de colchón de pieles que parase las armas arrojadizas asestadas por el enemigo. Los manteletes eran los aparatos cubridores más sencillos y consistían en tablas colocadas formando un plano oblicuo, y únicamente por el frente cubrían á un corto número de soldados. A todos estos aparatos se les hacía marchar sobre rodillos, por el impulso de los mismos soldados á quienes resguardaban.

También se empleaban en los sitios torres de madera movi-

bles, que tenían varios pisos con puentes levadizos que permitían franquear á los sitiadores la distancia que por el foso no podían estrechar.

Los sistemas de ataque se reducían á tres. Consistía el primero en aproximarse á un frente de la plaza que se procuraba fuese el más débil y el más asequible para las vineas, tortugas y torres, y levantar terraplenes hasta una altura conveniente para situar en ellas balistas y catapultas, cuyos disparos alcanzasen á los defensores de las murallas. Para esto se emplean vineas que, unidas unas á otras, formaban una línea continua de galería cubierta, paralela al frente atacado. Para abrir brecha se empleaban los arietes resguardados por las tortugas. Otro sistema se reducía á aproximar desde luego los arietes para abrir brecha sin levantar terraplén alguno. Y en el tercero y más sencillo todo se fiaba al asalto y la escalada. Para llegar los soldados hasta el pie del muro, se reunían en grupos, y uniendo sus escudos formaban el *testuão* ó *tortuga*, que así se llamaba, porque venía á ser también un aparato cubridor improvisado, en el que los escudos de los soldados de las primeras filas cubrían el frente y los de las filas posteriores formaban la techumbre. Cuando lograban los sitiadores acercarse sin ser vistos á un punto desguarnecido del recinto, parte de ellos se agrupaban y ponían sus escudos en alto, á éstos como piso subían otros y así formaban una columna humana por la que trepando los más ágiles iban encaramándose de uno en uno, ó de dos en dos encima de las murallas. Antes de emprender los trabajos de aproximación, levantaban los sitiadores dos líneas paralelas de parapetos, una de *contravalación* que daba frente á la ciudad sitiada y otra de *circunvalación* á retaguardia del ejército, para contener y resistir á las tropas que pudieran venir en socorro de la plaza.

Todos los esfuerzos de los sitiados tenían por objeto impedir ó entorpecer la obra demoleadora de los arietes, y poner fuera de combate á los arqueros y soldados que manejaban las balistas y catapultas. Al efecto les asestaban sus dardos, arrojaban sobre ellos y los aparatos cubridores agua y aceite hirviendo, materias inflamables y grandes piedras.

Como se ve, todos los medios que se empleaban en la defensa y ataque de las plazas eran rudimentarios y primitivos. No podía ser de otro modo, porque ese mismo era el estado de la industria y las ciencias en aquellos tiempos.

Villamartín ha hecho en brevísima frase el paralelo entre la falange griega y la legión romana (1): «la falange era el escudo;

(1) Villamartín, *Nociones de Arte militar*.

Paralelo
entre la fa-
lange «grie-
ga» y la le-
gión romana.

la legión, la espada». Aquélla era eminentemente defensiva; su cualidad táctica era la resistencia y su defecto táctico y estratégico su poca movilidad. Esta, ofensiva por excelencia, era mucho menos resistente que la falange, su bondad estaba en la facilidad con que podía moverse y maniobrar, y en aquella tercera línea que constituía una inmejorable reserva, de que carecía el orden de combate de los griegos. Respondía la falange á las necesidades de la guerra defensiva que la Grecia tenía que hacer, y la legión á las de la ofensiva propia de un pueblo conquistador por esencia. La falange era muro de resistencia para las hordas innumerables de los persas; la legión, elástica máquina de guerra, propia para envolver y romper las líneas enemigas. Cuando los romanos, dueños del mundo conocido, vieron amenazado su vasto imperio por la irrupción de los bárbaros, y en vez de guerra ofensiva se encontraron precisados á hacerla defensiva, la legión fué estrechando sus intervalos y distancias y perdiendo su movilidad en provecho de la resistencia. Las reformas tácticas las impone siempre la necesidad en los campos de batalla, antes de ser adoptadas oficialmente. Entre la falange y la legión hubo la misma diferencia que existió entre Grecia y Roma por la distinta misión que, en el desenvolvimiento del progreso humano, les asignaron las leyes históricas, tan absolutas como las que rigen el mundo físico.

II

Primeros pobladores de España.—Su traje y armamento. Honderos.—Formaciones.—Caballería.—Colonias griegas y fenicias.—Colonias cartaginesas.—Dominación de los cartagineses.—Organización militar.—Caballería.—Elefantes.—Táctica.—Poliorcética.—Sitio de Sagunto.—Segunda guerra púnica.—Estratagema de Aníbal, Tessino, Trebia, Trasimeno y Cannas.—Expulsión de los cartagineses de la Península.—Batalla de Zama.

Los iberos, celtas y celtíberos, primeros pobladores de España, preferían la muerte á la esclavitud, creían bochornoso morir de enfermedad, y gloriosa la muerte en el combate.

Su traje se reducía á túnicas de lana burda y zaleas de piel de carnero. Su arma principal, célebre por su excelente temple, era la espada de dos filos. Usaban además mazas de madera claveteadas, guadañas, tridentes y largas picas. Sus armas arrojadas eran dardos aguzados por ambos extremos y piedras, que disparaban diestramente con sus hondas los cántabros y los baleares. Consistían sus armas defensivas en casco de cobre, escudo de cuero cocido ó de nervios de buey y en loriga de cuero crudo.

Por lo quebrado del suelo patrio y por luchar con ejércitos que les eran superiores en táctica y disciplina, su sistema de guerra hubo de ser una continuada serie de estratagemas, emboscadas y sorpresas, sin otros principios tácticos ni estratégicos que las sugerencias de su astucia y su habilidad natural en aprovecharse de las sinuosidades del terreno. Desde tan remotos tiempos han sido los españoles maestros en la guerra de guerrillas.

Si aprendieron á batirse en orden regular, fué combatiendo al lado de los cartagineses y romanos, sus dominadores. Sin embargo, hay historiadores romanos que aseguran que la for-

Primeros pobladores de España.

Su traje y armamentos.

Formaciones.—Caballería.

mación normal de los españoles primitivos era en dos líneas, por agrupaciones compactas de á 6.000 hombres, y encomían el *cúneo* ó *cuña*, orden de combate en que acometían al enemigo, y del que basta el nombre para comprender en qué consistía.

La caballería española, aleccionada por la nómada, que fué el nervio de los ejércitos de Aníbal, llegó á ser superior á la romana. Formaba á retaguardia de la línea de combate y por los intervalos se lanzaba sobre el enemigo.

Auxiliaba y era eficazmente auxiliada por la infantería. En sus cargas los jinetes llevaban á la grupa de sus caballos soldados de infantería ligera, que en el momento oportuno se deslizaban del caballo, y una vez en tierra, esgrimían la honda ó lanzaban dardos sobre las masas enemigas. A su vez los soldados de caballería se adiestraban en el combate á pie, y cuando la infantería se veía comprometida y el terreno no les permitía cargar, echaban pie á tierra, ataban sus caballos á unas estacas que llevaban consigo, y se batían mezclados con los infantes.

Colonias griegas, fenicias y cartaginesas.

Colonizaron las costas españolas del Mediterráneo y del Estrecho, que después se llamó Gibraltar, griegos y fenicios, y fueron los cartagineses los primeros que efectuaron guerras de invasión y conquista en tierra ibérica, después de apoderarse de las colonias fenicias.

Dominación cartaginesa.

Cartago, república africana, y cuya capital estaba situada cerca de Túnez, era un pueblo de mercaderes sin más política que el engrandecimiento territorial para la explotación tiránica de los pueblos conquistados. En su afán insaciable de conquistas, y siendo, relativamente á su ambición, corta la distancia que las separaba, Roma y Cartago tenían que chocar forzosamente con violencia. De aquí las guerras que sostuvieron y que se llamaron púnicas. La primera fué en Sicilia y venció Roma. Para desquitarse de la derrota sufrida, puso Cartago sus ambiciosas miras en la Península Ibérica, y Amílcar Barca sometió al yugo cartaginés la vertiente oriental hasta las faldas de los Pirineos. Los celtíberos le derrotaron, y en la fuga murió ahogado al atravesar un río. Su yerno Asdrúbal, fundador de Cartagena, se concretó á afianzar las conquistas hechas, murió asesinado, y entonces Aníbal, hijo de Amílcar y joven de 25 años, se dedicó á allegar recursos para hacer la guerra á Roma.

Organización militar. — Caballería. — Infantería. — Elementos.

El ejército cartaginés se componía de soldados mercenarios, que acaudillaban patricios de Cartago elegidos por el Senado. Deleznable tenía que ser la lealtad de tropas, que tenían por únicos móviles de su conducta militar la codicia del botín y el vil precio de la sangre propia vendida á nación extraña. Las deser-

ciones y motines eran, en ejército así reclutado, un peligro para la seguridad de Cartago y para el éxito de las campañas que emprendía. Aparte de este defecto esencial, inherente al sistema de reclutamiento, la calidad de las tropas de Cartago era excelente. Su caballería, compuesta de númidas, buenos jinetes y muy diestros en el manejo de la lanza, y después de su venida á la Península, de númidas y españoles, no tenía rival, y á ella debió Aníbal sus rápidos y decisivos triunfos en Italia. El nervio de la infantería fueron los españoles. Como los griegos en su decadencia, y antes que éstos los pueblos orientales, los cartagineses educaron para la guerra elefantes, en que cabalgaban dos ó tres soldados que lanzaban al enemigo armas arrojadas.

De los griegos aprendieron los cartagineses el arte de la guerra, y sus formaciones tácticas fueron un remedo de la pesada falange. Si á pesar de esto consiguieron movilidad táctica y estratégica, la debieron á su numerosa y magnífica caballería, arma que entre los griegos fué poca y mala generalmente; al empleo de numerosa infantería ligera, que casi siempre se batía en combinación con la caballería; y, por último, á que su sistema de guerra fué un conjunto de estratagemas, emboscadas y sorpresas que preparaba ó ejecutaba la caballería. Sus formaciones en tiempo de Aníbal, que fué cuando la milicia mercenaria de los cartagineses llegó á su apogeo, eran generalmente en dos líneas. En tercera situó el héroe cartaginés, al batirse en Zama con Scipión, sus veteranos y aguerridos soldados de la campaña de Italia.

Táctica.

Tampoco empleó siempre las dos líneas en toda la extensión del frente de combate, y redujo la segunda á dos fuertes cuerpos de soldados escogidos, situados á retaguardia de las alas como reserva para reforzar el punto de la primera línea, en que el enemigo consiguiera ventaja, ó para envolver las del ejército contrario, después de que su caballería arrollaba á la de éste. Porque siempre empezaba los combates con un doble ataque de caballería por las alas, y la suya perseguía á la contraria, hasta que se aseguraba de haberla imposibilitado de volver á la pelea y, entonces, venía á caer por retaguardia sobre la infantería enemiga. Atacado de frente vigorosamente el enemigo por el grueso de las fuerzas cartaginesas, envueltas sus alas por las tropas de reserva, y cargada su retaguardia por la caballería victoriosa, se llegaba á ver encerrado en un círculo de hierro, y era generalmente completa y desastrosa su derrota.

Como se ve en los procedimientos tácticos, y lo mismo sucedía en las operaciones estratégicas, el principal papel estaba asignado á la caballería, y como esta arma es la de los triunfos decisivos é inesperados, Aníbal consiguió en sus campañas éxi-

tos pronto, rápidos y sorprendentes, y su fortuna en las batallas campales no padeció detrimento alguno mientras no mejoró la caballería romana, aprendiendo de la nómida, en las derrotas que ésta la hacía sufrir, el modo de desplegar y de batirse.

En poliorcética, todos los procedimientos y recursos que emplearon los cartagineses, así en lo referente á atrincheramientos y aproximación al recinto, como en máquinas de batir ó tormentaria, no difirieron en nada de los empleados por griegos y romanos. El clásico y famoso sitio de Sagunto lo comprueba así. Por la vigorosa, tenaz y heroica defensa de los saguntinos fué preciso á los sitiadores extremar los medios de obtener la destrucción, que no el rendimiento de la ciudad, y talaron y devastaron las inmediaciones en una gran extensión, para privar de recursos á los sitiados; circundaron la plaza con robustas trincheras, ó mejor dicho, terraplenes; batieron las murallas con arietes para abrir brecha; asestaron contra los defensores balistas y catapultas; procuraron dominar el recinto para mejor ofenderlos con movibles torres de madera; se aproximaron al recinto, resguardados por vineas, tortugas y manteletes; se lanzaron repetidas veces al asalto por las brechas abiertas; intentaron la escalada, y por último, después de larguísimo asedio, fué el hambre la que condujo á los saguntinos á la desesperación, y de la desesperación á la muerte, que prefirieron á la esclavitud y al vencimiento. El sitio de Sagunto fué un arrogante reto de Aníbal á Roma, de quien aquella ciudad era aliada.

Ante el audaz reto de Aníbal, Roma se yergue irritada, exige de Cartago la destitución de aquel caudillo y la da á elegir entre la paz ó la guerra. Desoye el Senado cartaginés intimaciones que son un ultraje, y opta por la guerra. Apresúrase Roma á organizar dos éjércitos que han de ir á combatir á Cartago en España y Africa; pero más activo Aníbal, que con previsión alimentada por su odio há tiempo se prepara para la lucha, muy pronto dispone de numerosas tropas, y con rapidez inconcebible y energía á prueba de obstáculos, lleva á efecto la concepción estratégica más atrevida que admiran los siglos.

Quiere herir á Roma en el corazón y destruirla. Para llegar hasta ella no irá por mar, porque desde la primera guerra púnica, Roma ha conseguido una preponderancia marítima incontestable, y es dueña del Mediterráneo, y como los cartagineses por precisión habrían de establecer su base en Africa ó España, su línea de operaciones, á causa de su longitud y de las estaciones marítimas romanas, se hallaría expuesta á ser cortada, y, si lo fuese, el éjército expedicionario se vería privado de todo el recurso.

Irá por tierra, cruzará el Ebro, someterá tribus indómitas,

Poliorcética.—Sitio de Sagunto (219 antes de J. C.)

Segunda guerra púnica.—Estrategias de Aníbal.

salvará la abrupta cordillera del Pirineo, se abrirá paso con hábil política ó á la fuerza por la Galia Trasalpina, escalará los Alpes, sin que le intimiden abismos, precipicios ni ventisqueros, para descender desde sus heladas cimas á las fértiles llanuras del Pó, y, una vez allí, atraerá con halagos á los pueblos galos de la Galia Cisalpina ó alta Italia, enemigos acérrimos de Roma, y, arrastrándolos en contra de la aborrecida ciudad, pasará los Apeninos. Esta arriesgada marcha en que, á más de tamañas dificultades, ha de vencer los ejércitos que Roma le oponga, la ejecuta con una celeridad, precisión y habilidad asombrosa; si la concepción de plan tan atrevido acusa audacia, su ejecución acredita el genio del que la ha concebido, y justifica su osadía. Preparación anterior, eficaz, premeditada y completa en que nada se ha desatendido, ni la guarnición de Cartago y defensa de las costas africanas, para las que envió 20.000 españoles; ni la seguridad de la España cartaginesa, su base accidental de operaciones, y la custodia de sus costas, confiadas á su hermano Asdrúbal con 16.000 soldados africanos de infantería, 4.000 jinetes númeras, 21 elefantes y una flota de más de 50 naves; ni, por último, la organización del ejército expedicionario con 60.000 infantes africanos y 30.000 españoles, 12.000 jinetes númeras y españoles y 37 elefantes, que reconcentra en las inmediaciones de Cartagena, y con los cuales en la primavera del año 218 antes de Jesucristo, se dirige al Ebro.

Ya en campaña, consigue sorprendentes resultados estratégicos y tácticos por la movilidad que imprime á sus tropas y que le permiten su inmejorable caballería, la agilidad y destreza de su infantería ligera, y la sobriedad y vigor de los soldados africanos y españoles que forman su ejército, por el genio con que sabe desatenderse de una táctica que, al ser imitación fiel de la griega, es imposible para la ofensiva, y que mejora con el oportuno empleo de reservas convenientemente situadas, y eficaz uso de la caballería é infantería ligera; por la invención y uso de esas estratagemas, á cuya idea, según oportuna frase de famoso historiador, va unido su nombre, como si hubieran sido privilegio suyo exclusivo, y que son ingeniosos artificios con que induce á error al enemigo, para aprovechar las disposiciones que éste toma á consecuencia del engaño, así como también las escabrosidades del terreno; por esas estratagemas que á veces llegan á ser grandiosas operaciones estratégicas, como el paso de los Alpes; y por sus admirables recursos tácticos que aseguran la victoria, como la fingida retirada de la caballería, después de iniciada una carga, para atraer á los romanos á emboscada dispuesta de antemano, haciéndoles cruzar las heladas aguas del Trebia, que entumecerán sus miembros debilitando su vigor,

y como el oculto lazo y fuerte círculo de tropas aguerridas, montañas abruptas y lago invadeable en que cae y es encerrado el ejército de Flaminio en Trasimeno. La audacia sí, pero no ayudada de la fortuna ciega, sino de la habilidad estratégica y táctica que acredita tanto ó más en las épocas de adversidad que en otra alguna, dan gloria y muchas veces la victoria á este capitán insigne, que si se equiparaba, por conocimiento de su propio valer, con Alejandro el Magno y Pirro, á él solamente han podido ser equiparados Julio César y Napoleón.

El paso del Ebro no ofrece á Aníbal y su ejército otras dificultades que las consiguientes á ser caudaloso el río; pero en la orilla izquierda hallan seria resistencia en las tribus que pueblan aquellas comarcas y se ven precisados á someterlas por la fuerza, y pronto, porque les interesa ganar tiempo para sorprender á Roma. Aníbal deja en ellas 10.000 hombres para asegurar su sumisión, y toda su impedimenta para que nada entorpezca la rapidez de sus operaciones estratégicas; licencia gran número de soldados españoles que se muestran poco propicios á abandonar su país, porque para empresas como la que va á efectuar, prefiere pocos y decididos á muchos indecisos; y salva los Pirineos con 50.000 soldados de infantería, 9.000 jinetes y unos 30 elefantes.

Ya en la Galia Trasalpina, tiene que forzar el paso del Ródano, que tratan de impedirle los galos llamando la atención de éstos por su frente, mientras que un numeroso cuerpo, en su mayor parte de caballería, remonta el río, lo atraviesa y cae sobre su flanco dispersándolos.

Publio Cornelio Scipión, que se dirigía á España por mar con su ejército, sabe en Marsella la presencia de Aníbal en la Galia Trasalpina. Después de avanzar en su busca por las orillas del Ródano para cerciorarse de su situación, retrocede á Marsella; se reembarca, y va á cerrar á Aníbal la entrada en la Galia Cisalpina (Italia del Norte), cubriendo los pasos de los Alpes marítimos. Su hermano Cneo continúa con parte del ejército á España para tratar de sublevar á los celtíberos contra los cartagineses.

El caudillo cartaginés, en los últimos días del mes de Octubre, aborda el paso de los Alpes por el monte ahora llamado pequeño San Bernardo, sin que le arredre lo desfavorable de la estación. El ascenso á las cumbres de San Bernardo es penosísimo, y el descenso al valle del Doria Baltea no lo es menos. Las nieves cubren y ocultan los senderos, de suyo difíciles en todo tiempo; el frío atormenta á los soldados; los ventisqueros abren á muchos sepulturas de hielo bajo sus plantas, cuando creen pisar terreno firme; aludes gigantescos hacen á otros rodar

al fondo de abismos insondables, y hasta los montañeses unen su inquina al rigor de los elementos y la inclemencia de la estación en aquellas alturas, en daño y perjuicio del ejército de Aníbal. Cinco meses de marchas forzadas y combates frecuentes han invertido los cartagineses en llegar á las orillas del Pó, y tres días en el paso de los Alpes. Tantas han sido las penalidades sufridas por los soldados, que, del ejército con que Aníbal pasó los Pirineos, quedan sólo 20.000 infantes, 6.000 caballos y algunos elefantes. La llegada á su deseado teatro de operaciones le ha costado la mitad de la gente con que penetró en la Galia Trasalpina, y la que ha resistido tanta fatiga se halla en condición tan mísera, que, para que se reponga, se ve forzado Aníbal á concederla un descanso de algunos días. Si en tan críticas circunstancias un ejército romano, por muy reducido que fuese, hubiera estado en el teatro de operaciones conseguido á tanta costa por Aníbal, fácil le hubiera sido exterminar las tropas cartaginesas; pero el de Scipión, que era el más próximo, acababa de desembarcar en Pisa, y su caudillo se preocupaba en cómo iría á situarle en posiciones estratégicas para cerrar los pasos de los Alpes marítimos al enemigo, cuando recibió la noticia de que ya éste había salvado con sus tropas la áspera y elevada cordillera; y el otro, que mandado por Sempronio se aprestaba para llevar la guerra á Africa, se organizaba en la isla de Sicilia.

Justamente alarmado el Senado romano con la inesperada presencia de Aníbal en la Galia Cisalpina, ordena á Sempronio que, con las legiones que ya tiene reunidas, venga por mar á Rimini, para desde aquí ir á marchas forzadas á reunirse á Scipión, que apresuradamente se ha dirigido en busca de Aníbal para oponerse á sus propósitos y operaciones de guerra.

Combate del
Tessino.

El ejército de Scipión llega á la cuenca del Tessino casi al mismo tiempo que el de Aníbal, y ambos avanzan por orillas opuestas en sentido contrario á la corriente del río. Para practicar un reconocimiento armado, Scipión pasa el Tessino con 5.000 vélites y su caballería. Noticioso Aníbal del movimiento efectuado por los romanos, les sale al encuentro con toda la suya y se traba un reñido combate de vanguardia, en que si la caballería del ejército cartaginés es triple en número que los 2.000 caballos de Scipión, éste confía en la destreza y valor de la infantería ligera, que ha de apoyarlos, para conseguir el triunfo.

El plan de Scipión consiste en que los vélites en primera línea con sus armas arrojadas, quebranten y desordenen la caballería enemiga, y cuando se vean acosados por ella, se retiren para situarse en los intervalos de la segunda línea suya, forma-

da por la caballería romana. Desde allí apoyarán la carga de ésta, y seguirán molestando siempre, cuanto les sea posible, á la contraria.

Aníbal ha formado en una sola línea su caballería; en el centro la española y gala, y á los flancos los nómadas, temibles por la destreza con que en el combate avanzaban al galope, lanzaban sobre el enemigo con puntería admirable sus armas arrojadas, y revolvían sus caballos para dispersarse, reconcentrarse de nuevo y de nuevo volver á la carga. A tan excelente caballería ligera confió Aníbal la misión de envolver á los vélites, para que la caballería de línea, como ahora se diría, tuviese que entenderse únicamente con la caballería enemiga.

Empezado el combate, los vélites no se sostuvieron con la tenacidad y decisión que esperaba Scipión de ellos, ni tampoco después de retirarse prestaron desde la retaguardia apoyo eficaz á su propia caballería, porque fueron envueltos, arrollados y destrozados por la nómada. Sin apoyo ni protección, la caballería romana no pudo en modo alguno resistir, en el momento del choque, la pujanza de la enemiga, que le era superior en número y calidad. Las pérdidas que sufrió fueron grandes, y su derrota tan completa, que el mismo Scipión, herido de alguna gravedad, hubiera caído prisionero sin el esfuerzo de su hijo, joven de 17 años, que al frente de algunos jinetes acudió en su auxilio. Los soldados de la brillante vanguardia romana que no perdieron la vida ó la libertad, repasaron el Tessino. Todo el ejército romano se retiró, seguido siempre por el de Aníbal, y á orillas del Pó se atrinchero en Piacenza.

Temeroso Scipión de que la traición de los galos, sublevándose á su retaguardia, coincida con el ataque de los cartagineses, no se considera seguro en las posiciones que ocupa y va á acogerse á la línea defensiva del río Trebia; pero no lo efectúa sin descalabro. La caballería nómada sorprende y destroza la retaguardia del ejército romano antes de que pase el río. Scipión se fortifica en la orilla derecha del Trebia, dispuesto á esperar la incorporación del ejército de Sempronio al suyo. Unense los dos sin que Aníbal intente impedirlo, porque se ve en la precisión de dar algún descanso á sus tropas, que han sostenido rudos combates, y han hecho, para alcanzar al enemigo y batirlo, penosísimas y forzadas marchas.

Batalla de
Trebia.

Sempronio, sediento de gloria, viene decidido á presentar batalla á Aníbal. Aunque su ejército es superior al cartaginés en número, sus propósitos son imprudentes, porque son contrarios al interés que tiene Roma de ganar todo el más tiempo que sea posible para levantar nuevas legiones, y favorables á Aníbal, que, sin arraigo en el teatro de operaciones y con amigos tan

tornadizos como los galos, se halla en situación crítica, que cada día que transcurra lo será más, y desea aumentar su prestigio en el país con nuevas victorias y aprovechar para conseguir las el excelente espíritu que anima á sus soldados por los éxitos conseguidos en las operaciones verificadas y combates reñidos hasta entonces. Así es que provoca la batalla con una fingida carga de la caballería nùmda, que pasa el Trebia para atraer á los romanos á la orilla izquierda, á un terreno que el caudillo cartaginés ha reconocido y es muy ventajoso por lo llano para su caballería, superior en número y calidad á la romana. Tras los matorrales que crecen á orillas de un arroyuelo que va á unirse al Trebia, tiene emboscados 1.000 infantes y otros tantos caballos, todos escogidos.

Al ser acometida la caballería nùmda por la romana, retrocede y repasa el río. Sempronio, que no ha tenido la precaución de efectuar un reconocimiento previo de los alrededores, al situar su campo, y, por lo tanto, está muy ajeno de la emboscada que le han preparado, lanza en persecución de los fingidos fugitivos, no tan sólo su caballería, sino que también su infantería ligera, y después todo su ejército.

Es un riguroso día del mes de Diciembre. Nieva. El Trebia viene muy crecido y fría su corriente. Al pasarlo los romanos con el agua al pecho, es tan terrible la impresión del frío que sufren, que quedan entumecidos y poco menos que inhabilitados para combatir con vigor.

En tan desventajosas condiciones son atacados por el ejército cartaginés, que avanza en una sola línea precedida de otra de honderos mallorquines é infantería ligera, con la caballería en las alas, y reforzado el frente, á derecha é izquierda, por los elefantes.

Los romanos combaten en su orden habitual. Al primer choque los vélites se retiran por los intervalos de las líneas formadas por los manípulos; la caballería romana es arrollada por la cartaginesa, que envuelve por las alas el ejército de Sempronio, y sobre éste caen por retaguardia los nùmdas é infantería africana que estaban emboscados. La derrota es completa; solamente unos 10.000 hombres del centro de la línea romana logran abrirse paso, ganar otra vez la orilla izquierda del Trebia, y retirarse en buen orden á Piacenza. En esta batalla la infantería romana era muy superior en número á la cartaginesa; pero en cambio su caballería era muy inferior en número y calidad á la nùmda, africana y española: á ellas debió el triunfo Aníbal.

Derrotados los ejércitos que Roma ha enviado contra él, Aníbal es dueño de toda la Galia Cisalpina, á excepción de Cremona y Piacenza, á donde se han acogido los restos de las le-

Paso de los Apeninos.

giones de Scipión y Sempronio, que después de la derrota no pasaron inmediatamente los Apeninos. En vano intenta el vencedor apoderarse de Piacenza; carece de elementos para rendirla en pocos meses, porque la celeridad en sus operaciones estratégicas le han impedido en absoluto traer consigo máquinas de batir, sus recientes amigos los galos no las tienen, y su ejército, en el que predominan por su calidad la infantería ligera y la caballería, es inmejorable para batallas campales y operaciones en rasa campaña, pero poco á propósito para guerra de sitios, y prolongar éstos indefinidamente, no lo puede hacer quien de victorias prontas y decisivas, conseguidas tras rápidas operaciones, espera el éxito de su empresa.

La nieve que cierra los pasos de los Apeninos libra á la Italia del Sur de la invasión de Aníbal, y á Roma, que no hubiera podido oponer el más pequeño ejército á la marcha invasora y movimiento de avance del cartaginés, de ver por entonces ante su recinto á su odiado enemigo. La tenaz resistencia de la heroica Sagunto ha salvado á su poco eficaz aliado de un peligro inminente, obligando á Aníbal á un aplazamiento forzoso de su expedición, que ha dado ocasión á que el invierno se eche encima antes de terminarla, y á que detenido ante las nieves de los Apeninos, el ejército invasor tenga que invernar en la Galia Cisalpina.

Esta tregua forzosa que Aníbal le concede, aprovéchala el Senado romano en organizar dos nuevos ejércitos que, á las órdenes de los cónsules Servilio y Flaminio, van á Rímini aquél y á Arezzo éste, para oponerse á la marcha de Aníbal sobre Roma por las dos líneas de operaciones que puede seguir, aprovechando el camino del litoral del Adriático, ó atravesando la Etruria: de este modo han cerrado la Italia del Sur á la invasión cartaginesa. Pero Aníbal es vencedor de imposibles, y, en cuanto el rigor de la estación amengua un poco, aprovechando, como inverosímil línea de operaciones, una pequeña senda, pasa los Apeninos, entre los dos pasos que cubren los ejércitos romanos, por el valle de Taro. La marcha es desastrosa, porque de los pantanos de aquella insalubre comarca se elevan emanaciones de muerte que, unidas al rigor del invierno y á la aspereza del terreno que pisa, diezman al ejército cartaginés. Todos los elefantes, excepto el de Aníbal, sucumben al frío y perecen. Víctima de las fiebres palúdicas que aquejan á todos sus soldados, el mismo Aníbal pierde un ojo. Pero á costa de tantas penalidades ha conseguido su objeto, franquear los Apeninos y ocupar una posición central á retaguardia de los ejércitos romanos, amenazando la línea de retirada del que manda Flaminio.

Al saber Flaminio que tiene á su retaguardia al ejército enemigo que creía del otro lado de los Apeninos, tal es la sorpresa y turbación que experimenta, que únicamente se le ocurre retroceder precipitadamente por el camino de Roma para cubrir á ésta, sin precaución ninguna, ni llevar vanguardia ni flaqueos. Las consecuencias de tanta imprevisión y falta de serenidad son terribles: todo el ejército romano cae en la emboscada que le ha preparado el enemigo junto al lago de Trasimeno. En el fondo de un desfiladero formado por el lago y por una estribación de los Apeninos, ha situado Aníbal el grueso de su ejército con frente perpendicular al camino; en las laderas de la estribación, y oculta por los plantíos, la infantería ligera, y á la entrada del desfiladero ha emboscado la caballería nómida en una arboleda. Penetran los romanos en el desfiladero, sin previo reconocimiento de sus inmediaciones, y van á chocar violentamente con el grueso del ejército cartaginés; la infantería ligera, desde las faldas de las montañas, se precipita sobre ellos; y los nómidas, saliendo de su emboscada, les acometen por retaguardia. Encerrados en un círculo de agua y hierro, al desorden de la precipitada marcha se une la confusión producida por la sorpresa, y la falta de espacio para desplegarse les hace imposible toda defensa seria. En tales condiciones, el combate, más que batalla, es una carnicería. Todo el ejército de Flaminio, con su improvisador caudillo, sucumbe en la pelea; 15.000 romanos murieron y otros tantos quedaron prisioneros.

Batalla de
Trasimeno.

Servilio, que con su ejército venía á unirse á su colega, con buen acuerdo, tan sólo se preocupa en ir á cubrir á Roma, más allá de la Etruria; mas no lo consigue sin sacrificar su caballería, que es destrozada por la enemiga en un combate de retaguardia, que sostiene para proteger la marcha en retirada del resto del ejército.

Toda la Etruria resulta perdida para Roma, que se halla en inminente peligro.

Si la oportunidad del cónsul Servilio en atender á la defensa de Roma la salvó por el momento, la prudente táctica de Fabio, que, como dictador, asumió el mando civil y militar de la República, fué la desesperación de Aníbal. Fabio, siempre á la vista del ejército invasor, le sigue constantemente con el suyo; por medio de hábiles marchas y contramarchas evita toda batalla decisiva, le daña en continuas escaramuzas destrozando los destacamentos que de él se separan para proveerse de víveres, é impide que los enemigos de Roma en Italia muestren sus simpatías á Aníbal. Sin base de operaciones ni confianza en los galos, que reforzaron su ejército antes de pasar los Apeninos, el caudillo cartaginés, con la ira de la impotencia, recorre la Italia

Batalla de
Cannas.

arrasando cuanto encuentra en su camino, amenazado siempre de ver destruído, á la menor imprudencia que cometa, su ejército, que es cuerpo que se desangra por las pequeñas, pero numerosas heridas que continuamente le asestan, y se debilita por la incesante fatiga que le produce tener toda la energía de sus fuerzas todas en constante tensión, sin ocasión ninguna de emplearlas eficazmente.

El deseo que de la pronta destrucción del ejército de Aníbal abriga la impaciente muchedumbre, incapaz de prudencia y calma en momentos de peligro, ocasionan la impopularidad del dictador y de la dictadura. Fabio es reemplazado por los cónsules Paulo Emilio y Cayo Terencio Varrón, que, á la cabeza de 16 legiones, arden en deseos de presentar batalla decisiva á Aníbal, que para proveerse de vituallas, marcha y toma por sorpresa á Cannas, donde tienen los romanos grandes almacenes de víveres, y espera en una extensa llanura, campo de batalla favorable á su caballería, superior en número y calidad á la romana, la llegada del ejército de los cónsules, que aventaja en 30.000 hombres al suyo de 50.000. Cuando en la alternativa del mando que, con perjuicio de la unidad en las operaciones de la guerra adoptan los cónsules, corresponde el mando á Varrón, éste, para dar la batalla, apoya la derecha del ejército romano en la derecha del río Ofanto, imposibilita la retirada, porque deja el mar á sus espaldas, aumenta el fondo y disminuye el frente de los manípulos, disminuye los intervalos entre éstos, y las distancias entre las tres líneas, y convierte así la movable y suelta legión en maciza masa con todas las desventajas de la pesada falange, y se priva de la ventaja que su superioridad numérica le permitía de extender su frente más que el del cartaginés para hacer objeto á éste de un doble movimiento envolvente; la caballería, por mitades, la sitúa en las alas.

Aníbal forma también en las alas su caballería, y el centro de su infantería en convexo arco de círculo para quebrantar el ímpetu de los romanos en la primera acometida. La caballería vence á la romana en un doble ataque por las alas, y cae después por retaguardia sobre la infantería, que ha acometido vigorosamente á la cartaginesa, cuyo centro ha convertido la convexidad que presentaba en concavidad. A ella se precipitan por natural ímpetu los romanos que, envueltos por los flancos, se ven encerrados en círculo que se estrecha por momentos, y llega uno en que es tal el hacinamiento, que ni valerse de sus armas pueden, y el combate se convierte en carnicería.

Todo el ejército romano pereció. Varrón, con reducida escolta, se salvó únicamente.

Sin abatirse por tan inmensa catástrofe, el varonil pueblo ro-

mano se aprestó á la defensa con suma actividad. Aníbal no fué sobre Roma, porque Sagunto le había enseñado hasta qué punto puede extremar la defensa una ciudad sitiada, y por carecer de máquinas de guerra. Recorrió la Italia para sublevarla contra Roma, y el éxito no correspondió por completo á sus esperanzas, ni mucho menos. Este contratiempo, y la adopción por sus enemigos de la táctica de Fabio, le hicieron imposible la gran guerra, y sin aceptarle batalla, pero acosándole de continuo, le obligaron los romanos á hacer guerra defensiva, la peor para un ejército que ha invadido el país en son de conquista. Todas sus esperanzas las cifró en los refuerzos que de España había de traerle su hermano Asdrúbal, que, detenido en la Península por las victorias de los dos hermanos Scipiones, cuando la derrota y muerte de éstos en dos batallas distintintas se lo permitieron, fué á Italia, no obstante de que Publio Cornelio Scipión había ido á España con otro ejército. Antes de que Asdrúbal se uniese á su hermano fué vencido y muerto en la batalla de Metauro, lo que fué el golpe de gracia para los propósitos de Aníbal.

En tanto que Asdrúbal se dirigía á Italia, había Publio Cornelio Scipión conseguido grandes triunfos sobre los caudillos que mandaban los ejércitos cartagineses en España, y que no tenían el genio ni la pericia de Aníbal. Su primer error fué dejar confiada Cartagena á la defensa de escasa guarnición, por la creencia en que estaban de que, protegida por el mar y por elevados muros, era inexpugnable, sin que hubiese un ejército que pudiese acudir en su socorro en menos de diez días. Súpolo Scipión, y desde el Ebro inferior, base de sus operaciones, se dirigió á ella con todas sus fuerzas de mar y tierra para sorprenderla. En pocos días llega y la cerca, y se apodera del istmo que une el promontorio en que está edificada, á la Península. Desde allí, aprovechando la bajamar, sus soldados se acercan á los muros y los asaltan. La guarnición, débilmente auxiliada por los ciudadanos, sucumbe, y Scipión se hace dueño de Cartagena. Su primera estocada, veloz como el rayo, ha herido en el corazón á la dominación cartaginesa en España (210 a. de J. C.) Victorias notables y sangrientas y la defección del nómida Masinisa, que abandona á los cartagineses y se une á los romanos, hacen á éstos dueños de la Bética y les abren las puertas de Cádiz. Suyas Cartagena y Cádiz, la dominación de los romanos en España es un hecho, y la expulsión de los cartagineses definitiva, en el mismo año en que sucedió la batalla de Metauro.

Era de esperar que la terrible coincidencia de estas irreparables catástrofes hiciera vacilar á Aníbal y le decidiera á evacuar

Expulsión
de los cartagineses en la
Península
Ibérica.

totalmente la Italia. Así lo esperaba Roma, y no fué poca su sorpresa, como también su alarma, al ver que persistía en su permanencia en el teatro de sus gloriosas y estériles campañas. Todo se podía temer de aquel audaz genio de la guerra, y Roma, por consejo del victorioso Scipión, se resolvió á hacer un supremo esfuerzo para alejar de sí tan peligroso vecino y hundir por completo el poder de Cartago, enviando al Africa una expedición de unos 30.000 hombres, de las legiones de Sicilia, á las órdenes de aquel caudillo. Partió la expedición y desembarcó en Africa junto al cabo Bueno: Cartago había levantado un ejército de 20.000 hombres, 6.000 caballos y 140 elefantes, y contaba con la alianza de Sifax, rey de la Numidia oriental. Su rival Masinisa se une á los romanos, y Scipión, gracias á su concurso, sorprende los campamentos de los cartagineses y númidas de Sifax, y los incendia: perecen en las llamas unos 50.000 hombres. Sifax reúne nuevo ejército, es derrotado, prisionero, desposeído de su reino, enviado á Roma y reducido á la condición de esclavo.

Cuando Cartago se ve en la última extremidad, justo castigo al culpable abandono en que dejó á Aníbal, negándole recursos para coronar con feliz éxito su atrevida y malograda empresa, llama al héroe cartaginés en su auxilio. Después de 16 años de zozobra y temor por la presencia de su irreconciliable enemigo en Italia, Roma respira. El ejército invasor abandona el teatro de operaciones y se embarca para Africa.

El ataque de Cartago en Africa ha sido la mejor defensa de Roma en Italia. Como ha dicho César Cantú, en este resultado obtenido por la ejecución del plan de guerra propuesto por Scipión al Senado romano, se acredita la verdad del aforismo: «No hay defensa eficaz sin ataque accidental».

Sobre la base de sus aguerridos soldados de Italia, Aníbal organiza un ejército de 50.000 hombres y 80 elefantes que, superior al romano en número, no lo es, en calidad, porque en su mayor parte está formado por ciudadanos cartagineses que, acostumbrados á confiar la defensa de la patria á manos mercenarias, no lo están á los peligros y fatigas de la guerra. Los dos ejércitos beligerantes se avistan en las llanuras de Zama, donde se da la batalla decisiva de la segunda guerra púnica, notable por esta razón, por ser la primera y única vez en que se vieron frente á frente los dos héroes de aquella, y porque puede considerarse clásica, en atención á que en ella hicieron aplicación completa de sus conocimientos tácticos romanos y cartagineses.

Forman ambos ejércitos en tres líneas: el romano con su caballería en una de las alas y la númida en la otra, y con los ma-

nípulos colocados de tal modo, que cada uno de primera línea forma con los dos correspondientes de segunda y tercera una sola columna de eje común, dejando de columna á columna grandes intervalos donde se sitúan los vélites, con objeto de cazar á los elefantes de que dispone Aníbal, y para que hagan creer que forman una compacta línea con los astarios. Aníbal sitúa en las alas la caballería, los elefantes entre ésta y la infantería, de la que la mercenaria constituye la primera línea, la cartaginesa la segunda y como reserva escogida, en tercera línea, ha colocado sus veteranos de Italia, á gran distancia. Los elefantes inician el combate, pronto los vélites dan cuenta de ellos, y á algunos les espanta el ruido de los instrumentos de guerra y se lanzan sobre la caballería de Aníbal, desordenándola. Esta circunstancia aprovecha para vencerla y arrollarla la romana; mas por extremar la persecución cuando aún la infantería enemiga se mantiene firme, compromete el éxito de la batalla. A la primera acometida de los astarios, los mercenarios de Aníbal cejan, y en los cartagineses se produce un gran pánico; pero entonces la reserva arremete con las dos líneas anteriores, las obliga, confundidas con ella en una masa compacta, á rehacerse y á afrontar de nuevo al enemigo. Tan vigoroso es el choque, que la lucha llega hasta los triarios. Con éstos y los príncipes refuerza Scipión los dos flancos, y cuando está indeciso el resultado de tan rudo combate, la caballería romana, que por fin regresa al campo de batalla, carga por retaguardia al ejército de Aníbal, que es entonces completamente destrozado. Cartago tiene que someterse á Roma; Aníbal abandona su patria, y, perseguido en todas partes por la enemistad de Roma, se suicida.

III

Dominación de los romanos en España.—Indíbil y Mandonio.—Viriato.—Numancia.—Rivalidades entre Mario y Sila.—Sertorio.—Rivalidades entre César y Pompeyo.—Batalla de Munda.

Dominación romana.—Indíbil y Mandonio.

Expulsados los cartagineses de la Península, no abandonan los romanos tan rica presa y se enseñorean de ella. Sus pretores y procónsules, llevados de su insaciable codicia, con sus depredaciones y exacciones de todo género hacen odiosa la dominación romana á los indígenas que, en su indómita fiereza, se alzan en armas contra la tiranía de sus nuevos señores; pero, como siempre, el completo olvido de que en la unión está la fuerza, hace que sus esfuerzos sean estériles y que, después de luchas parciales en que aterran á Roma, sucumban ante la persistencia tenaz y el robusto poder de la gran República.

En la sublevación, acaudillada por Indíbil y Mandonio, en las guerras de Viriato y hasta en las mismas del romano Sertorio, se ven los procedimientos de la guerra de guerrillas, en que el conocimiento perfecto del terreno, la audacia para los golpes de mano, la astucia en la invención de estratagemas y preparación de emboscadas, el valor denodado en el momento de la acometida, la serenidad de ánimo en los momentos críticos para evitar la derrota por la dispersión y concentración en lugar más ó menos cercano del paraje en que ha sido el combate, la sistemática conducta de molestar con escaramuzas y alarmas al enemigo, y la movilidad incansable con que, así de día como de noche, se marcha y contramarcha rápidamente las más de las veces por vericuetos y breñales, imposibilitando al adversario el conocimiento ó siquiera remota idea de la situación de los que le combaten, son el todo. Los españoles de entonces prueban su aptitud para esta clase de guerra, aptitud vinculada desde entonces en los hijos de esta noble España.

Indíbil y Mandonio son los caudillos de la primera sublevación de los españoles contra los romanos. Desde los Pirineos á Car-

tagena, toda la Celtiberia y las comarcas vecinas se alzan contra sus opresores, pero el núcleo principal de la insurrección está en Ampurias. Para sofocar alzamiento tan imponente, Roma envía á Marco Poncio Catón con crecido ejército. Dirígese éste al foco de la insurrección, y cerca de Ampurias sorprende, derrota y causa tales estragos en los españoles, que este hecho de armas es el golpe de gracia para la rebelión.

Poco duró la paz en España; la tiranía de los pretores que enviaba Roma á explotarla, más bien que á gobernarla, y el poco ó ningún sufrimiento de los indígenas la hacían imposible. Fueron continuas las insurrecciones tan pronta y fácilmente iniciadas como difícilmente sofocadas, algunas veces por traición, y sin que el sangriento é implacable rigor sirviese de escarmiento á razas valerosas, en que se prefería la muerte á la esclavitud.

Nomancia.

Pero la más formidable de todas, porque al frente de ella se puso un hombre de genio que supo unificar los esfuerzos de todos los insurrectos y centuplicar su fuerza por sus condiciones para la guerra de guerrillas, fué la iniciada por los lusitanos y secundada por los celtíberos (149 al 137 a. de J. C.)

Su caudillo Viriato, prototipo de guerrilleros, humilde pastor, empezó sorprendiendo pequeños destacamentos; luego, cuando el éxito en estas primeras empresas acrecentó su nombradía y sus huestes, asaltó convoyes, sorprendió y pasó á cuchillo guarniciones poco numerosas, y de tal modo fué en aumento su audacia, fortuna y prestigio entre los suyos, y el temor que desde el principio consiguió inspirar á los soldados romanos, que Roma pensó en combatirle seriamente como á un enemigo de consideración. Aguerridas legiones fueron contra él, siendo vencidas, y en tres ocasiones las victorias de Viriato tuvieron la importancia de batallas ganadas contra ejércitos numerosos. La táctica de Viriato, propia de un guerrillero, donde se puso más de manifiesto fué en la victoria que consiguió sobre el cónsul Vetilio, cerca de Tríbola. Puesto en grave aprieto por las legiones que éste acaudillaba, desbandó la mayor parte de su gente y la señaló paraje en que había de concentrarse de nuevo y emboscarse. Con su caballería atrajo sobre sí la atención de Vetilio que, satisfecho de haber conseguido una victoria decisiva, se lanzó impetuosamente á perseguirle y dió en la emboscada que le tenía preparada el astuto Viriato, que entonces le hizo frente. Desbandados y fatigados los romanos por efecto de la persecución hecha á los de Viriato, y sorprendidos, en terreno quebrado, por la violenta reacción ofensiva de los perseguidos y por el inesperado ataque de los que les esperaban en emboscada, su pánico fué grande, y la mortandad que en ellos hicieron los

vencedores, horrible; Vetilio fué uno de los que perecieron en aquel degüello, que no batalla.

La orgullosa Roma, representada por Metelo, se vió obligada á hacer un tratado de paz con Viriato, favorable á la independencia de los lusitanos. Mas, fué con el firme propósito de quebrantarla, en cuanto hallara ocasión y allegara recursos para vencerlos. Así lo hizo, pero en la incertidumbre de la victoria, el nuevo caudillo enviado contra los lusitanos, Quinto Servilio Cepión, sobornó á tres oficiales de Viriato, que le asesinaron traidoramente. La muerte de Viriato lo fué también de la insurrección.

Viriato. Entre las ciudades que habían conservado su independencia se hallaba Numancia, ciudad abierta, situada en las orillas del Duero. Tan perjudicial ejemplo para los pueblos que á duras penas sufrían la dominación romana, era de absoluta necesidad, para que ésta se consolidase, que desapareciera.

Los celtíberos, que habían coadyuvado á la insurrección y campañas de los lusitanos, se acogieron á Numancia para librarse del rigor implacable de los romanos. Los vencedores exigieron que les fueran entregados. Numancia se negó, y éste fué el pretexto de la guerra. Creyeron los romanos que les sería fácil apoderarse de una ciudad abierta, y fué terrible su desengaño cuando en una guerra que duró cinco años, los numantinos rechazaron cuantos asaltos dieron los romanos á la población, y en vigorosas y frecuentes salidas derrotaron á cuatro numerosos ejércitos, sucesivamente enviados contra ellos, obligando por dos veces á los capitanes que los mandaban á aceptar ominosos tratados de paz, que el Senado romano dió por nulos. Fué tal el terror que los numantinos llegaron á inspirar á los soldados romanos, que, en los últimos combates, se declaraban éstos en fuga á la sola presencia de aquéllos. La consternación causada por el valor numantino, llegó hasta la misma Roma, cuyo Senado llamaba á Numancia el terror de la República.

Para vencerla se llegó á creer necesaria la pericia de Scipión el Africano, hijo del vencedor de Zama, y que en la tercera guerra púnica acababa de destruir á Cartago. Se le envió contra Numancia con refuerzos que elevaron el ejército sitiador á 70.000 hombres para expugnar una población abierta y defendida por 8.000. Hubo que sortear las legiones para determinar cuáles habían de ser las que marchasen con Scipión, porque ninguna respondió afirmativamente á la invitación que al efecto se las hizo (134 a. de J. C.)

Los primeros esfuerzos de Publio Emiliano Scipión tuvieron por objeto el restablecimiento de la disciplina quebrantada por tan larga y desastrosa guerra. Expulsó del campo sitiador todos

los vendedores, sirvientas y mujeres públicas de que, en su encerradora molicie, estaban rodeados los soldados romanos. Para vigorizarlos los empleó en el levantamiento de una doble línea de trincheras: de contravalación la una, para encerrar á los sitiados; de circunvalación la otra, para impedir que recibiesen socorro alguno de fuera. Era preciso, según su propia expresión, que se manchasen de lodo manos que no lo habían estado nunca de sangre enemiga. Para acostumarlos á dar la cara á sus enemigos, no les permitió combatir sino resguardados tras de las trincheras, y él se apostó en un campo atrincherado de donde podía acudir con pronto y fácil socorro á los puestos que fuesen atacados por los numantinos. Puede decirse que los sitiadores se habían convertido en sitiados; en vez de ser los romanos los que asaltaban la ciudad, eran los numantinos los que asaltaban las trincheras de sus enemigos. Como no podía menos de suceder, eran siempre rechazados los asaltos, y así logró Scipión que sus soldados se acostumbrasen á la idea de que era posible vencer á los numantinos, á los que hasta entonces jamás habían visto volver las espaldas.

Se había propuesto Scipión rendir por hambre á Numancia, y al efecto no cejó hasta conseguir que el bloqueo fuese absoluto. Había arrasado todo el país en seis leguas á la redonda, y escarmentó, con cruel severidad, á los pueblos vecinos que intentaron introducir en la ciudad sitiada refuerzos ó víveres.

Redoblaron sus esfuerzos los numantinos, procurando en vano forzar las líneas de circunvalación; Scipión rehuyó todo combate de importancia y se circunscribió á rechazar á los asaltantes sin perseguirlos.

No tardó el hambre en hacer estragos en la ciudad; la carne de los muertos en la pelea llegó á servir de alimento á los vivos. En 15 meses de bloqueo se vieron los numantinos reducidos al último extremo. Perdida toda esperanza de salvación, antes que rendirse á discreción, como les exigió Scipión cuando pidieron capitulación honrosa, y después de frustrada una última tentativa para forzar las trincheras romanas y abrirse paso, en la que la desesperación centuplicó el heroísmo, prendieron fuego á la ciudad y se sepultaron en sus ruinas. (143 a. de J. C.) Con la destrucción de Numancia, la pacificación de la España romana fué un hecho.

Viriato y Numancia, ha dicho Almirante, son la prueba más concluyente de que heroísmos aislados no dan el triunfo.

Cayo Mario el frente del partido popular, y Lucio Cornelio Sila, aucaudillando el aristocrático, se disputaron la suprema gobernanación de la República, y su rivalidad produjo sangrienta guerra civil, en que alternativamente obtuvieron la victoria uno y

Rivalidades
entre Mario y
Sila.

otro; pero fué definitiva la de Sila que, proclamado dictador, persiguió de muerte á los partidarios de su rival, con mayor encarnizamiento que el no pequeño mostrado antes por éste en la persecución de los de aquél (87-80 a. de J. C.)

Sertorio.

Entre los proscriptos figuraba Quinto Sertorio, que había gobernado, en época de prosperidades para el partido de Mario, la España ulterior. Para huir de la ferocidad de Sila vino á ésta, y con los lusitanos sublevados contra Roma y otros romanos proscriptos como él, formó un ejército de 8.000 hombres, con el que realizó verdaderos prodigios, y á fuerza de emboscadas y sorpresas, molestando continuamente al enemigo y sin aceptar nunca batalla campal, en dos años conquistó casi toda la España romana. Después de conseguir con sus primeras victorias sobre los pretores y procónsules tan admirable resultado, pudo aumentar sus soldados y consolidar la independencia de lo conquistado por medio de nuevos triunfos conseguidos sobre Metelo y Pompeyo el Grande, que no conocían como él, prácticamente, la índole especial de la guerra defensiva en España.

Por lo dicho, basta para comprender que los procedimientos estratégicos empleados por Sertorio fueron los mismos que había empleado Viriato, los de la guerra de guerrillas, aunque de un modo menos irregular, porque introdujo en su ejército la organización y tácticas romanas.

Tan hábil político como entendido capitán, supo Sertorio granjearse las simpatías y el afecto de los españoles, y fundó en España una república á imagen y semejanza de la romana. Este nuevo Estado, que tenía por único cimiento sólido el extraordinario genio político y militar de su fundador, forzosamente había de morir con él, é inconscientemente Sertorio, al sublevar á los españoles para organizarlos en República enemiga de Roma, afirmó la dominación romana en la Península é hizo la conquista moral y definitiva de ésta para su patria, porque al romanizar á los españoles, introduciendo en sus costumbres, leyes y religión la civilización romana, convirtió á España, de pueblo sometido únicamente por la fuerza y dispuesto siempre á luchar por su independencia, en rebelde provincia que en nada difería de la metrópoli, y de la que solamente la separaban intereses del momento.

Cinco años se sostuvo Sertorio contra el poder de la oligarquía que preponderaba en Roma, siempre victorioso de las legiones romanas, hasta que la discordia, la envidia y la traición entraron en su campo, y el romano Perpenna, su lugarteniente, ambicioso del mando supremo, le asesinó en un banquete que se celebraba en Lérida (72 años a. de J. C.) y tomó la dirección de la guerra. Faltóle al traidor asesino la confianza de los sol-

dados, que le abandonaron en el primer encuentro con Pompeyo, cayó en manos de éste y en infamante suplicio de muerte halló el justo premio de su vil conducta. La terminación de la guerra y la pacificación de la España romana fueron inmediatas á la muerte de Sertorio, circunstancia gloriosa para éste, porque puso de relieve que él únicamente había sido el alma de guerra sostenida tan victoriosamente.

Roma, con sus conquistas, había acumulado inmensas riquezas, que trajeron como inmediata y lógica consecuencia la pérdida de las antiguas virtudes cívicas y una relajación en las costumbres romanas, que debilitaron la fortaleza de las instituciones.

Rivalidad
entre César y
Pompeyo.

Tal era la sociedad romana cuando vino á la vida pública Julio César, joven ambicioso y de conducta disipada, audaz y sin escrúpulo, conocedor profundo de sus conciudadanos, hábil explotador de sus venalidades, escepticismo y corrupción, y adornado de todas las seducciones que sirven para granjearse las simpatías de la multitud, pues fué fastuoso y dilapidador en su vida privada, espléndido y generoso con la plebe, experto en política y tan valeroso soldado como entendido capitán en la guerra. Con tales cualidades pronto supo hacerse lugar, y logró encumbrarse á los más altos puestos. Unido al gran Pompeyo y al opulento Craso, formó un triunvirato que se repartió á su albedrío la dominación de todos los dominios de Roma. Muerto Craso en la guerra contra los sirios, del deseo de César y Pompeyo, natural en los ambiciosos, de obtener el mando único y absoluto, nació la rivalidad que tanta sangre costó al mundo.

En la repartición de los países denominados por Roma, que para su gobierno y mando habían hecho los triunviros, á Julio César le dejaron la Iliria y las Galias, que en su mayor parte aún no estaban sometidas á los romanos. Con gran presciencia política comprendió que este lote, al parecer el más insignificante, era en realidad el más valioso, porque la necesidad de someter la Galia Trasalpina por la fuerza, le proporcionaría ocasión de acaudillar, sin justificada alarma de Pompeyo, un ejército numeroso que el prestigio de la victoria pondría á su completa devoción la conquista de nuevos dominios para Roma, le rodearía de esa aureola de gloria militar que fascina y subyuga á las muchedumbres; y la guerra pondría en sus manos un arma poderosa en las contiendas políticas de su patria, dinero en abundancia, que es más fácil obtener de un país pobre en estado de guerra, que de otro rico en época de paz por muchas que sean las exacciones que se cometan. Otra ventaja conseguida con ser dueño de la Galia Cisalpina: estar á las puertas de Roma, en donde podía presentarse, cuando llegara el mo-

mento preciso de requerirlo su particular interés, con su agueruido ejército, antes de que sus enemigos pudiesen aprestarse á la defensa, como así sucedió.

En varias campañas venció y subyugó á los galos desde la Provenza, que era ya provincia romana, hasta la Holanda; desde la Armórica ó Bretaña hasta el Rhin, venció y rechazó á los germanos que invadían las Galias; y pasó el mar é hizo tributarios de Roma á los habitantes de la Britania (Inglaterra).

Cuando la anarquía, que él fomentaba ocultamente con el dinero que sacaba de las Galias, llegó en Roma al último extremo, y Pompeyo, para enfrenarla, se abrogó poderes dictatoriales y tiránicos, Julio César pasó el Rubicón, límite que separaba su gobierno de la Italia libre, con desprecio de las conminaciones que le hizo el Senado, que sin restricción alguna estaba sometido á su rival. Pompeyo y los suyos, no disponiendo de fuerzas que oponer á sus aguerridas legiones, abandonaron á Roma y la Italia.

Dueño de Italia César, por las Galias se dirige á España, gobernada por los pompeyanos Afranio, Petreyo y Varrón, que disponen de numerosas legiones, y pueden sacar del país cuantiosos recursos con que proveer á las necesidades de su partido. Vencedor en España, irá á Grecia, donde Pompeyo en persona se apresta á la guerra. En concisa frase anticipó el juicio analítico y concreto de las campañas que iba á emprender: «Voy ahora á vencer á un ejército sin general, y después á un general sin ejército».

Antes de salvar la cordillera Pirenaica, pone sitio á Marsella y emplea en él cuantos recursos poliorcéticos se conocen, con perfeccionamiento de algunos, por lo que este famoso asedio es clásico en la historia militar de la época. Mientras Marsella se rinde, ha enviado César su vanguardia á posesionarse de los pasos de los Pirineos orientales, por donde luego entra en el teatro de operaciones con todo su ejército, utilizando como línea de invasión un camino que va por la orilla izquierda del Segre.

Componen las fuerzas invasoras seis legiones, 6.000 auxiliares y 3.000 jinetes galos; y el pompeyano cinco legiones, numerosas cohortes de españoles y 6.000 jinetes. Para César, el objetivo principal de la campaña es Lérida, porque los pompeyanos han hecho de esta importante plaza su base de operaciones. Hostiga continuamente al enemigo sin atacarle de una manera decisiva, porque espera con hábil política atraer á su causa á muchos de los que militan en las filas pompeyanas y á los naturales del país que es teatro de la campaña; y avanza por la derecha del Segre, desde la cual le es más fácil dominar

ambas orillas y vigilar á los montañeses, á fin de que no puedan éstos venir en auxilio de los pompeyanos. También Afranio y su ejército se encuentran en la derecha del río.

Una gran avenida se lleva los puentes que César ha echado sobre el río, y las tormentosas corrientes de éste y del Cinca, de suyo difícilmente vadeables en todo tiempo, y encierra al ejército cesariano, que se ve privado de comunicaciones, y entre ellas, del camino que conduce á las Galias. Aumenta lo crítico de su situación el tener enfrente á Afranio y Petreyo y los suyos, dueños de ambas orillas del Segre, por disponer de un sólido puente de piedra para el paso de este río. En el campo de César llega á haber gran escasez de víveres.

Pero no hay situación comprometida de que no salgan bien un capitán entendido y enérgico y un ejército disciplinado. En pocos días los cesarianos construyen muchas barcas, y con ellas, en el sitio más á propósito del río para conseguirlo, improvisan un puente por donde pasa una legión á la margen izquierda, y quedan de este modo aseguradas las comunicaciones del ejército con las Galias. No contentos con esto, por numerosas zanjias que abren con penoso, rudo é incesante trabajo, desangran el Segre y consiguen que, descendiendo el nivel de sus aguas, sea posible, aunque peligroso, vadearlo.

Afranio y Petreyo, desmayado su ánimo al ver que el enemigo ha salido, por su energía y buen ingenio, del apurado trance en que se hallaba, y en el que ellos habían llegado á fundar todas sus esperanzas, se retiran, dejando fuerte guarnición en Lérida, á salvar la divisoria de la aguas del Segre y el Ebro, para acogerse á la línea defensiva de este último caudaloso río, asegurar el abastecimiento de víveres que ha hecho difícil para los pompeyanos, en las orillas del Segre, la volubilidad de los indígenas, ganados por César, y afirmar sus comunicaciones con la legión que en la Bética espera á Pompeyo, para que dirija éste la guerra contra su rival.

Cree Afranio que no tendrá tiempo César de oponerse al movimiento emprendido por los pompeyanos; pero no es así.

Apenas iniciado se les echa encima la caballería cesariana, que se ha adelantado á la infantería, y que los acosa y entretiene, mientras ésta vadea el Segre con el agua al pecho, entre una doble fila de caballos que en dirección oblicua á la corriente y para aminorar su ímpetu, ha situado César. Con todo el ejército enemigo á la vista, no se atreve Afranio á continuar su precipitada retirada, y, cuando engañado por fingidos movimientos de aquél, cree posible hacerlo, y se dirige de nuevo á salvar la divisoria, la caballería cesariana se le ha adelantado y ocupa los pasos de aquellas montañas.

Retroceden entonces los pompeyanos, siempre acosados por los de César, y toman formidable posición en un monte al Norte de Lérida. Los cesarianos se apoderan de todas las vías de comunicación, impiden al enemigo que vadee el Segre, y finalmente, se hace la paz por capitulación generosa que César concede á los pompeyanos. El vencedor ha conseguido convertir en amigos y partidarios suyos á muchos que lo eran de su rival; ha concluído por su actividad estratégica y habilidad política, unidas en oportuno consorcio, con el ejército más numeroso y aguerrido de que podía disponer éste; se ha hecho dueño del rico país en que más poderoso era, y sin perder más tiempo que el preciso para asegurar á Italia, desde allí se embarca para Grecia, donde vence á Pompeyo en la batalla de Far-salia (45 años a. de J. C.).

El vencido fué asesinado por Ptolomeo, rey de Egipto, á cuya corte se refugió.

Batalla de Munda (45 años a. de J. C.). Los hijos de Pompeyo pusieronse al frente de los partidarios de su padre, que aún conservaban mucho poder en Africa y España. Vencidos en tierra africana, viniéronse á la Península Ibérica y levantaron en armas toda la España ulterior.

Acudió César con su prontitud acostumbrada á destruir este nuevo peligro, y en 27 días vino de Roma á la Bética y trabó batalla con los pompeyanos en Munda, ciudad al Sur de Córdoba, en la cuenca del Betis (hoy Guadalquivir), según unos, y cerca de Málaga, según otros.

Fué la batalla el último supremo esfuerzo de Cneo y Sexto Pompeyo y sus partidarios, y, por lo tanto, decisiva y sangrienta, porque se batieron con el valor de la desesperación, circunstancias á las que debe su celebridad.

El ejército pompeyano, compuesto de 13 legiones, 6.000 vélites, otros tantos auxiliares y mucha caballería, se situó en posición fuerte por la naturaleza del terreno y el amparo de Munda, ciudad fortificada. Al pie de la elevada colina en que había sido ésta edificada, corría un riachuelo que, por sus pantanosas márgenes, dificultaba el acceso á las posiciones de los pompeyanos.

A igual distancia del riachuelo que la ciudad acamparon los cesarianos, que eran 80 cohortes y 8.000 jinetes. Por ser la caballería enemiga superior á la suya, creyó César que los pompeyanos descenderían á la llanura, y en un hermoso día hizo avanzar lentamente á su ejército, siempre recelando la acometida; pero se equivocó, porque el enemigo parecía dispuesto á no abandonar su ventajosa posición defensiva. Llegados los cesarianos al extremo de la llanura, se detuvieron por orden de su capitán, que no queriendo «emprender temerariamente un lan-

ce aventurado» en terreno quebrado, desventajoso para el ataque, había señalado hasta dónde debían avanzar.

Atribuyeron los pompeyanos la detención á falta de ánimo, se decidieron á combatir en paraje menos ventajoso para ellos que el que ocupaban, descendiendo de la colina, y se trabó la batalla con gran encarnizamiento. Fué rudo el choque y tal el desnudo de los pompeyanos, que hubo un momento en que los de César cejaron y tuvo éste que animarlos con su ejemplo. Los cesarianos amagaron con un movimiento envolvente la derecha de la línea enemiga, y cuando Cneo Pompeyo, para reforzar la derecha, sacó una legión del ala izquierda, cargó á ésta la caballería de César.

Ante la reacción ofensiva de los cesarianos, que, dirigidos hábilmente por Julio César en persona, se abalanzaron furiosamente con ímpetu irresistible sobre el enemigo, éste, aniquilado por los esfuerzos anteriores y por el ardor de la pelea, cejó, se pronunció en retirada primero, y luego en fuga. El combate había sido muy sangriento por haberse peleado cuerpo á cuerpo, y usando unos y otros de la espada como única arma con muy raras excepciones, se convirtió en degüello de los vencidos y quedaron más de 30.000 pompeyanos muertos en el campo de batalla.

Dueño el vencedor de Roma y todos sus dominios, fué proclamado dictador vitalicio por el Senado y aclamado «imperator», nombre de donde vino después el de emperador, por el ejército. Grandes eran sus proyectos para el porvenir, y de realizarlos hubiera aumentado considerablemente el poderío y dominios de Roma; pero ilusos republicanos, que no veían la imposibilidad de restaurar la república, muerta, no por la ambición de Julio César, y sí por la corrupción de la sociedad romana, le asesinaron en el Senado (44 años a. de J. C.), y no consiguieron más que 14 años de guerra civil, y ver trocada la clemencia en proscripción, y convertida una dictadura benigna en un imperio tiránico: cambiaron un César por un Augusto.

IV

Decadencia del imperio romano.—Invasión de los bárbaros.—Batalla de los Campos Cataláunicos.—Fin del imperio romano.

Decadencia del imperio romano, Con verdad puede asegurarse que la decadencia del imperio romano empezó con el imperio mismo, porque su creación fué la confirmación pública de la absoluta pérdida, en la sociedad romana, de las virtudes cívicas que tan poderosa habían hecho á la república. A la pérdida de virtudes cívicas acompañaron la de virtudes de todo género y la decadencia moral del pueblo romano, que había precedido á la institución del imperio y héchole posible, cuando no indispensable, porque sociedad en que ha entrado la descomposición, necesita enérgica tiranía política que ahogue, hasta donde sea factible, toda manifestación libre del pueblo ó individual, que no ha de producir otro resultado que sacar á la superficie la podredumbre que corroe á aquélla, y que puesta en contacto con el aire libre ha de aumentar, ocasionando perenne anarquía, en que ni una sola idea noble y digna santifique ó disculpe las continuas revueltas.

Para los que forman juicios de los sucesos históricos examinándolos superficialmente, y, por consiguiente, aprecian como causa primera lo que no pasa de ser efecto resolvente, la anarquía militar, conocida en la Historia con el nombre de *pretorianismo* por ser los *pretorianos* sus principales factores, fué la que produjo y precipitó la decadencia y ruina del imperio romano. Aun siendo así, los gérmenes de la decadencia los implantó Octavio Augusto al constituir, con mercenarios, ejército permanente, y crear las *cohortes pretorianas* para la guardia personal de los emperadores que en ellas hallaron, en vez de custodia, un poder asesino, tirano de tiranos, que les atemorizaba en vida y concluía generalmente dándoles violenta muerte, sin ventaja ninguna para la sociedad infeliz que tenía que soportar las tiranías y los vejámenes de unos y otros.

Aparte de las causas morales ya indicadas antes de ahora,

figura entre las políticas que contribuyeron á la decadencia y ruina del imperio romano, la falta de una ley que regularizase la sucesión en el trono. «La incertidumbre en la sucesión, dice Olivati en su *Storia Romana*, debía naturalmente dar ocasión á las usurpaciones de los más fuertes, que equivale á decir de las legiones, y una vez usurpado por éstas el nombramiento de emperadores, era también natural que proclamasen á sus generales. Pero como ninguno podía alegar títulos de superioridad respecto á los otros, porque, exceptuada la formalidad, muy poco acreditada del reconocimiento que el Senado concedía á uno de ellos, todos tenían en el fondo los mismos derechos, este estado de cosas debía lanzar al país en plena anarquía militar y engendrar con ella la pérdida de toda disciplina», y véase con qué elocuencia y solidez de razonamiento queda probado que la anarquía militar fué más bien efecto que causa.

Consecuencia del prodigioso engrandecimiento de los dominios romanos que requerían para su conservación numerosas fuerzas, fué la institución del ejército permanente; Octavio Augusto tuvo en pie de guerra varios ejércitos de dos legiones. Para completarlas hubo precisión de reclutar soldados en las provincias. Estas legiones, unidas á otras aliadas, guarnecieron en su mayor parte las provincias, donde su residencia generalmente fué fija.

Desde Augusto la profundidad de la cohorte se redujo á ocho hombres, y á la primera se le dió doble efectivo llamándola militar. Los intervalos entre las cohortes y las distancias entre las líneas fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo y adoptar la legión la formación falangista, en que las cohortes se extienden por todo el frente en compacta masa de ocho á doce filas, el armamento completo reaparece, estando armados de *pilo* los soldados de las cohortes de la primera línea; los de las de segunda, de picas; en las últimas filas de la legión forman los soldados armados á la ligera.

Aunque no tanto como en la guardia pretoriana, también cundió la indisciplina en las legiones de provincias, y desde Commodo á Diocleciano (del año 180 al 284 de la E. C.) hubo un período histórico en que la anarquía militar y el despotismo de la soldadesca llegaron al colmo, sin más interregno de relativa disciplina que los trece del reinado de Alejandro Severo (del 222 al 235 de la E. C.). Con este efímero bien coincidió un nuevo peligro para la vida del imperio; empezaron las invasiones de los bárbaros. Alejandro Severo las rechazó victoriosamente y acababa de arrojar á los germanos de las Galias, cuando sus soldados, por no sufrir la disciplina que sostenía con celo y rigor, se amotinaron contra él y le asesinaron.

Invasión de los bárbaros.

Ya no hubo freno para la soldadesca. Los sucesores de Alejandro Severo vieron obligados á hacer la guerra á sus competidores, al mismo tiempo que combatían á los bárbaros. Hubo un breve período en los últimos años del reinado de Galieno, en que fueron proclamados emperadores por sus legiones 19 generales (año 268), y la consecuencia natural de la rivalidad de tantos ambiciosos fué el recrudecimiento de la guerra civil que, como si fuera en él enfermedad endémica, destruía las fuerzas del imperio. Los pueblos confinantes, y especialmente los germanos, aprovecharon la ocasión para renovar con más atrevimiento sus invasiones en las provincias romanas, atacando resueltamente sus fronteras.

Los principales pueblos germánicos eran los anglos, sajones, francos, vándalos, longobardos y godos. El sentimiento predominante en todos ellos era la independencia individual, y su más grata ocupación la guerra. Amantes de la familia y muy hospitalarios, oscurecían tan bellas cualidades con la intemperancia en la bebida y una crasísima ignorancia; pero su energía feroz y su vigor tenían con el tiempo que darles el triunfo sobre los romanos, á quienes el lujo y la corrupción habían quitado el antiguo valor y la antigua disciplina.

A los rudos golpes de los enemigos exteriores, uníase, para la destrucción del imperio, la inestabilidad de los emperadores en el trono. «¡Triste condición la suya!—exclama Gibbon en su *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*.—Una vida de disipación ó virtud, de crueldad ó misericordia, de inacción ó de gloria, conducía igualmente á una muerte prematura; casi todos los reinados terminaban con la misma desagradable repetición de traiciones y asesinato».

Diocleciano (año 285), cruel perseguidor de los cristianos, para atender mejor á la defensa del imperio contra las invasiones de los bárbaros, le dividió en dos: el de Oriente y el de Occidente. Por dos veces se volvieron á unir, y otras tantas se desunieron, hasta que á la muerte de Teodosio el Grande la división fué definitiva.

En tanto la irrupción de los bárbaros iba en aumento, y con ella la desmembración del imperio. Los que venían después empujaban á los que vinieron antes. Imperando en Occidente Honorio, hijo de Teodosio, vándalos, suecos y alanos cayeron como plaga que todo lo arrasa sobre el imperio, y fueron á establecerse en España, al mismo tiempo que los francos en el Norte de las Galias, y por el año 409 llegaron á las puertas de Roma los visigodos y su jefe Alarico; los romanos compraron la libertad de la ciudad á peso de oro. Después invadieron huestes de intrépidos jinetes, que se alimentaban con carne cruda

y leche agria, las comarcas comprendidas desde el mar Caspio y el mar Negro hasta las orillas del Rhin y costas del Océano del Norte. Los hunos, acaudillados por Atila, que se llamaba á sí propio «el azote de Dios» y se jactaba con feroz vanagloria de que donde su caballo blanco ponía la planta no volvía á nacer yerba, se impusieron á todos los pueblos bárbaros que encontraron á su paso.

Después de amenazar á Roma, aquellas hordas feroces se dirigieron á las Galias, rica presa que ansiaban conquistar y devastar. Por iniciativa del activo general Aecio, llamado por los historiadores «el último romano», se unieron á los galo-romanos los francos y los visigodos para hacer frente al enemigo común.

Acababa Atila de rendir á Orleans, después de un largo asedio, cuando fué atacado por los aliados y sufrió el primer descalabro. Ordenó la retirada y fué en busca de un terreno donde pudiera desplegar su numerosa caballería y aceptar en él batalla campal á sus enemigos, y se detuvo en las llanuras llamadas Campos Cataláunicos, en las cercanías de Chalons del Marne.

Seguíanle de cerca los aliados, y hubo un sangriento choque de la vanguardia de éstos y la retaguardia del caudillo de los hunos, y al siguiente día dióse la batalla más sangrienta de aquellos tiempos.

Compuestos ambos ejércitos en su mayor parte de caballería, el estruendo y ardor de la pelea fueron extraordinarios. Desde el punto de vista táctico la batalla se redujo á procurar los beligerantes la ocupación de una altura que dominaba todo el campo de batalla, ocuparla los aliados que rechazaron las huestes enemigas que subían á ella por la pendiente opuesta, reanimar Atila á los suyos para cargar á fondo sobre los aliados, arrollar los visigodos á los ostrogodos que formaban en la derecha del ejército de Atila, y por un brusco cambio de frente caer sobre los hunos y arrancarles la victoria.

Los vencidos se replegaron y rehicieron dentro del recinto que formaban sus carros como trinchera de su campo. Bloqueáronle los vencedores y considerábase Atila sin salvación posible, y estaba decidido á sucumbir antes de entregarse á sus enemigos, cuando quedó agradablemente sorprendido por la retirada de éstos. Había muerto en la batalla Teodoredo, rey de los visigodos, y Aecio, temeroso de que si la ruina de los hunos era completa, la preponderancia de los visigodos llegara á su mayor grado en perjuicio de los romanos, indujo á Turismundo, hijo del rey muerto y su heredero, á que fuese á asegurar en sus sienes la corona, antes de que un usurpador aprovecharse su ausencia del reino visigodo. Los muertos en la batalla se contaron por centenares de miles.

Fin del imperio romano.

Atila se retiró á la Germania, y murió á poco víctima de su incontinencia.

Desde Valentiniano III, en cuyo reinado se dió la batalla de los Campos Cataláunicos, hasta el fin del imperio, hubo nueve emperadores en un transcurso de 21 años, que lo fueron de calamidades y revueltas. Roma fué saqueada por los vándalos y las provincias se rebelaron. Odoacro, ostrogodo de nación, concluyó con aquella vana sombra del imperio, deponiendo á Rómulo Augustulo que, para ignominia, sin duda alguna, tenía por nombres los del primer rey y del primer emperador de Roma (año 476).

La vida militar del imperio duró cinco siglos. En toda ella el arte de la guerra vino en decadencia hasta su completa desaparición, ó poco menos, entre las ruinas del antiguo mundo.

Razas vírgenes y vigorosas vencieron á los romanos envilecidos y afeminados por la molicie. Con desconocimiento completo del arte de la guerra todo lo fiaban al valor individual, y apenas si aprendieron, con el transcurso del tiempo, de sus mismos enemigos los rudimentos de que era capaz su salvaje rudeza, mientras los romanos poseían el arte, pero les faltaba el valor, y en la guerra, el arte sin el valor, viene á ser lo que arma poderosa en mano de quien no puede usarla por falta de ánimo. En vano llevaron los romanos al campo de batalla las máquinas de guerra que antes empleaban únicamente en la expugnación de plazas; en vano disminuyeron los intervalos entre las cohortes de la legión para oponer diques humanos á aquellas oleadas de intrépidos jinetes que, firmes en sus corceles como nuevos centauros, venían al galope á chocar con las compactas masas legionarias, cuya fortaleza resistente era amenguada por la falta de ánimo de los soldados que las formaban.

En tan poco llegaron á tener á los romanos los invasores, que Atila, en la batalla de los Campos Cataláunicos, encargó á los suyos que procurasen arrollar á los visigodos y francos, porque de los romanos poco había que temer. Les faltaban las cualidades esenciales en un ejército: el valor y la disciplina.

EDAD MEDIA

I

Godos.—Reclutamiento.—Organización militar.—Táctica. Armas ofensivas y defensivas.—Atrincheramientos.—Castrametación.—Instrucción.—Penas.—Recompensas.—Administración.—Legislación militar.—Expedición de Wamba á la Galia.

De la absorción completa y absoluta del individuo por la patria y el Estado, que había sido fórmula social de la Edad Antigua, pasó el mundo en transición violenta, con el hundimiento del colosal imperio romano, al individualismo más exagerado, fórmula primitiva de la Edad Media, de que fué manifestación esencial el feudalismo, y que en el transcurso del tiempo fué perdiendo paulatinamente su exageración, hasta llegar á las robustas nacionalidades que surgieron en los albores de la Edad Moderna, como resultado de tan larga gestación.

De todos los pueblos bárbaros que coadyuvaron á la ruina del imperio, los más asequibles á la civilización, los que en más íntimo contacto habían estado con los romanos, y los más adelantados, por consiguiente, fueron los visigodos. Después de haber saqueado á Roma y de hacer grandes exequias á su caudillo Alarico, que murió á poco, regidos por Ataulfo, fundaron en el Mediodía de las Galias y Nordeste de España la monarquía más poderosa y más vasta de aquellos tiempos.

Los pueblos bárbaros, como conquistadores, tuvieron todos una constitución exclusivamente militar, en que todo varón era soldado; por el botín se conseguían riquezas; por el reparto del terreno conquistado, señorío; y por el valor, los altos puestos de aquellas monarquías en embrión y hasta la corona; en resumen: era el valor en los combates la virtud esencial para tener derecho legítimo á todo poderío y grandeza, y el medio más eficaz de conseguirlo.

Godos.

Reclutamiento.—
Organización militar.—
Táctica.

En un principio, sus desordenadas *huestes* todo lo fiaban al valor y al número, pero la resistencia y aun la derrota que hallaron muchas veces al combatir á los romanos, á quienes menospreciaban, les hizo caer en la cuenta de que algo significaba el arte, é imitaron su organización militar, y aceptaron algunos principios tácticos, á los que el feudalismo no dejó tomar arraigo.

Entre los visigodos, todo hombre libre, de los 20 á los 50 años, sin distinción de clase ni jerarquía, pues ni los clérigos se hallaban exentos, era soldado, y al toque de somatén había de acudir á las armas. Así era costumbre que se acataba y cumplía con todo rigor, y no hubo necesidad de dictar leyes que castigasen la desertión, hasta que decadente la raza goda, perdió en gran parte sus hábitos y virtudes militares. Nutriáanse además los ejércitos de siervos que venían á constituir la infantería, y cada señor estaba obligado á acudir, para la formación de las huestes reales, con la décima parte de los suyos. Para el levantamiento de tropas, mensajeros del rey recorrían el reino y efectuaban el reclutamiento.

Todas las dignidades de la monarquía visigoda tenían el doble carácter de civiles y militares, predominando éste. El rey era el jefe supremo de la nación y su caudillo de guerra; la casa real un cuartel general; y el cargo equivalente al de mayordomo mayor de palacio le desempeñaba el *conde de los espatharios*, guardia real que tomaba nombre del arma que usaba con preferencia, y que, con las guarniciones de las fortalezas de la frontera, constituía los únicos elementos de ejército permanente en las huestes visigodas. El *duque*, á la vez que era gobernador de provincia, mandaba ejército en caso de guerra y venía á ser un capitán general de distrito; el *conde* era á modo de comandante militar de la ciudad que gobernaba, y en campaña dirigía y acaudillaba una de las grandes subdivisiones del ejército; y el *gardingo* era á la vez autoridad judicial, política y militar. El *maestro de milicia* venía á ser en la hueste lo que en los ejércitos de hoy día el jefe de Estado Mayor. Al que hoy se llama general en jefe, se llamaba entonces caudillo de la hueste.

Por lo demás, y sin más diferencia que los nombres, la organización militar de los godos estaba calcada en la de los romanos: el *decano* visigodo era el *décursion* romano; el *centenario*, el centurión; el *quingentario* ó jefe de quinientos y el *milenario* ó jefe de mil, venían á ser en la hueste goda lo que los tribunos en la legión romana. Mil jinetes constituían la *tiufadia*, cuyo jefe se llamaba *tiufado*. Al principio, como en todos los pueblos bárbaros que invadieron el imperio, excepción hecha de los

hunos, las huestes de los godos se componían casi exclusivamente de infantería; pero bien pronto preponderó en ellos la caballería, por la superioridad que les dió sobre las legiones faltas ya de disciplina y valor para rechazar victoriosamente sus cargas, y porque para la serie de combates individuales sostenidos en todo el frente de batalla que, por efecto de la independencia individual de los magnates, consecuencia lógica de los feudos, substituyeron á los combates en conjunto, aventajó la caballería á la infantería, y llegó á ser el nervio de las huestes.

El primitivo orden de combate de los godos fué el mismo de todos los pueblos en su infancia, la cuña; pero bien pronto adoptaron la formación en dos líneas y dieron conveniente colocación á la infantería y la caballería. Luego, por efecto de la preponderancia de esta última, la colocaron siempre en primera línea y dejaron en segunda á la infantería. A medida que fueron olvidando lo aprendido de los romanos, fué desapareciendo en sus batallas todo vestigio y reminiscencia del arte de la guerra. En la de los Campos Cataláunicos la unidad de mando y acción hizo posible la brillante maniobra de la caballería visigoda, que dió la victoria á los aliados; en la del Guadalete, hubo muchedumbre de combatientes aglomerada sin orden, concierto ni plan preconcebido: en ella solamente fué uno el campo; pero las batallas fueron tantas como magnates de importancia acaudillaban huestes.

Sus campamentos los atrincheraban los godos con los carros que llevaban consigo, y cuando los establecían por algún tiempo, les circunvalaban con foso y empalizada, y terraplenaban ésta con la tierra que sacaban de aquél. En poliorcética emplearon los godos los mismos procedimientos y máquinas que los romanos, aunque posponiéndolos al asalto. Las murallas y torres con que fortificaban las ciudades en nada esencial diferían de las construídas por los romanos.

El primero de los pueblos bárbaros que fundaron monarquías en Europa, que tuvo un código, fué el visigodo. En él se establecían penas severas para castigar la cobardía, el abandono de puesto y la insubordinación. Los premios consistían en feudos, ó sean donaciones de territorios conquistados al enemigo, que concedía el rey á los que más se distinguían en la guerra.

Entre las penas más severas figuraban las impuestas á los que eludían ó abandonaban el servicio de las armas, y consistían en deposición ó destierro para los altos dignatarios y nobles, azotes y estampación de señales infamantes, y reducción á la condición de siervos á los que no pasaban de ser hombres libres,

Penas.-
Recompensas.
Administración.-
Legislación militar.

Los modernos cargos de intendente y auditor los asumía el *conde de la milicia*; á sus órdenes estaban los *amonarios*, encargados de proveer al sustento y alojamiento de las huestes. Al hacerse el reclutamiento de éstas, los duques y condes procuraban acopiar las vituallas y los pertrechos necesarios para la empresa militar proyectada.

Sus armas ofensivas en los primeros tiempos fueron hachas de piedra y unos chuzos y saetas en que el pedernal y los huesos de pescado hacían las veces del hierro, y las defensivas se reducían á las mismas pieles que les servían de vestidura. Después adoptaron la espada de dos filos, la lanza, el *áclide* ó maza de hierro, el hacha arrojadiza de los francos, el venablo, el puñal y la ballesta para la ofensa. En su defensa usaron, entre otras, para la cabeza el yelmo ó casco de hierro; para el cuerpo la *loriga*, armadura con mangas y capucha, las más de las veces hecha de escamas ó anillas de hierro; para las manos guantes de malla, y además llevaban al brazo el escudo ó adarga; y de este modo, cubiertos de hierro, especialmente los jinetes, no pararon ahí y también hicieron uso de armaduras para sus caballos, que consistió en una especie de careta de hierro que defendía la cabeza del animal. Su instrumento bélico era la bocina ó cuerno.

Expedición
de Wamba á
la Galia.

Como la más notable de las campañas efectuadas por los godos, merece citarse la expedición de Wamba á las Galias, para someter al rebelde conde Paulo, que enviado á sofocar la insurrección promovida por Hilderico, conde de Nimes, se sublevó también con el ejército que acaudillaba, proclamándose rey.

La división del ejército de Wamba en tres columnas de marcha que caminan por tres líneas de operaciones distintas, antes y después de salvar los Pirineos orientales, y que se reúnen al pie de éstos para forzar los pasos de la cordillera, defendidos por tropas del rebelde conde, y luego en la Galia para sitiar á Nimes, objetivo principal de la campaña, así como Barcelona, ha sido la base de operaciones; y el flanqueo que efectúan tropas destacadas del grueso del ejército godo para proteger la marcha de éste por territorio dominado por los rebeldes, prueban conocimientos militares en Wamba, superiores á los de los caudillos de su tiempo, incapaces de disponer marchas combinadas por distintas líneas. Entonces los ejércitos avanzaban unidos siempre por un solo camino. El sitio de Nimes, donde se había refugiado Paulo, y cuya ciudad fué tomada por asalto, fué el término de la campaña.

II

Los árabes.—Su organización militar.—Su invasión en España.—Batalla de Guadalete.—Batalla de Poitiers.

Mahoma, con sus predicaciones religiosas, les inculcó esa fe que mueve las montañas, y aunó sus vigorosos esfuerzos al darles por dogma la guerra santa, que debían hacer sin tregua ni descanso mientras hubiera en el mundo un infiel que, resistiendo la conversión á la religión nueva, no hubiese sido exterminado. En la segunda mitad del siglo VI de la Era Cristiana había empezado Mahoma sus predicaciones, y aún no había transcurrido siglo y medio, cuando los árabes, después de haber conquistado en Oriente la Siria, Fenicia, Mesopotamia y Persia, y en el Norte de Africa el Egipto y la Mauritania, pasaban el Estrecho que separa á España del continente africano. El poder de los califas de Oriente, descendientes del Profeta, era el más colosal del mundo.

Los árabes

Todo creyente era soldado y debía presentarse armado cuando se predicaba la guerra santa; combatía sin más estipendio que la parte del botín que le correspondía en el reparto que se hacía después de la victoria, y volvía á su tribu después de terminada la campaña. Su creciente poderío é increíbles conquistas obligaron á los califas á valerse de ejércitos de esclavos y también de mercenarios en sus empresas militares.

Su organización militar.

El jefe supremo del ejército era el *califa*. Los ejércitos expedicionarios los acaudillaban *emires*, que gobernaban el país que conquistaban. A las órdenes del emir se hallaban los *walies*. Los soldados estaban agrupados en *taifas* de 800 hombres, y el jefe de taifa seguía en autoridad al walí.

Su sistema de guerra consistía en reconocer por medio de correrías (*algaras*) el país que invadían con tanta decisión como dirección hábil. En las marchas dividían sus ejércitos en vanguardia, centro, retaguardia y flancos. Para pasar los ríos improvisaban puentes de caballetes ó puentes flotantes con faginas hechas de leña seca y corcho.

Su táctica consistía en escaramuzas que no pudiesen comprometerlos, y que sostenían durante horas y aun días, hasta que un descuido del enemigo les proporcionaba el momento oportuno y la ocasión fácil de arrollarlo y vencerlo; y sus formaciones eran generalmente en media luna cóncava ó convexa respecto al enemigo, según que pretendían envolver las alas del ejército contrario, ó evitar que éste envolviese las suyas.

Situaban sus campamentos en eminencias y empleaban en su seguridad, por medio de líneas concéntricas de cuerpos de guardia, centinelas y escuchas y de rondas nocturnas la más exquisita vigilancia, virtud militar que tenían en gran estima. En fortificación no introdujeron adelanto notable. Emplearon con frecuencia el fuego griego, y cuando se inventó la pólvora, los árabes españoles fueron los primeros que tuvieron artillería. También lo fueron en acompañar de personal sanitario á sus ejércitos.

Exigíase estricta obediencia á los soldados y se castigaba con severas penas, algunas veces de muerte, la insubordinación.

Sus armas defensivas eran casco semiesférico de cuero ó hierro con pico por cimera, coraza de cuero ó hierro y loriga con mangas; y las ofensivas, la espada recta, la curva ó *alfange*, la lanza, la *azagaya*, lanza pequeña arrojadiza, la *gumia* y las flechas con su arco y carcax (aljaba).

Sus instrumentos bélicos eran los *atambores* y *atabales* (timbales pequeños que usaba la caballería) y los *añafles* y *chirimias*.

Su invasión de España.

La monarquía visigoda era un árbol gigantesco de frondosa copa, pero escaso de raíces en la tierra que con sus jugos había de nutrirlo de savia. Abarcaba toda la Península Ibérica, aquende los Pirineos, y allende conservaba algunos restos de las extensas provincias que la habían arrebatado los francos. Mas por desgracia había en la constitución de tan vasta monarquía gérmenes letales de decadencia, que la corroían interiormente, y ocasionaban el que fuesen más aparentes que reales su vigor y lozanía. Era electiva, sin una ley de sucesión que pusiese coto á la ambición de los magnates que codiciaban, la corona; y de aquí la perpetua división de la raza vencedora en bandos que desgarraban con sus continuas luchas civiles el reino, y perturbaban su tranquilidad y sosiego con sangrientas revueltas, que terminaban muchas veces en regicidio y usurpación. Las razas vencedora y vencida no habían llegado á fusionarse en un solo pueblo con idénticos ideales, leyes, costumbres y aspiraciones. Al dictar la absurda ley que prohibía á los de raza goda enlaces matrimoniales con los naturales del país, para perpetuar el predominio de los godos sobre los hispanos, imprudente legislador, en su fatal egoísmo de raza, había hecho imposible

que el conquistador tomase carta de naturaleza en el país conquistado; y como si esto no bastara para que el godo fuese extranjero en el mismo suelo que dominaba, por mucho tiempo le separó del hispano la diferencia de religión, era éste católico y aquél arriano, y secta hereje el arrianismo de la religión católica, mayor era el odio recíproco, como sucede siempre en casos análogos, entre los que profesaban uno y otra, que si fueran de religiones opuestas.

Recaredo, con su conversión al catolicismo, y Recesvinto con la derogación de la ley prohibitiva de enlaces entre las dos razas, trataron de alejar los peligros que para la monarquía visigoda entrañaban tales diferencias; pero el remedio llegó tarde, porque, antes de que hubiese transcurrido tiempo suficiente para que se verificase la fusión que tan previsores monarcas anhelaban, la invasión de los árabes echó por tierra y redujo á menudo polvo el que parecía coloso de fuertísimo acero.

Las discordias intestinas y la separación absoluta entre vencedores y vencidos, que llegó al extremo de que los hispanos vieran en la dominación árabe y derrumbamiento de la monarquía visigoda nada más que un cambio de señor, fueron las causas de la debilidad de la monarquía visigoda, á que se debió la fácil y rápida conquista de España por los árabes. También les facilitó mucho la conquista el eficaz auxilio que les prestó la numerosa población judía, que había en España, muy vejada de los cristianos.

Hecho este estudio retrospectivo, necesario para que sea comprensible el éxito obtenido por los árabes, y no parezca inexplicable é inverosímil su rápida conquista de España, procede el estudio, á grandes rasgos, de su invasión. La virtud y energía de Wamba habían elevado momentáneamente á su antiguo esplendor al reino godo y contenido su decadencia, pero en el reinado de sus sucesores volvieron á reproducirse las luchas entre bandos rivales.

Hacia poco tiempo que Rodrigo había usurpado la corona á Witiza, cuando algunos partidarios de la familia de éste, cegados por el odio y deseo de venganza, instigaron á Muza-ben-Nowair, emir árabe, que acababa de conquistar la Mauritania, para que emprendiese la de España. Muza, antes de aventurarse en tamaña empresa, envió á Tarik á efectuar un reconocimiento armado por las costas meridionales de la Península. Cerciorado Tarik del abandono en que tenían su defensa los godos, volvió á Africa con la noticia, para cruzar de nuevo el Estrecho con 25.000 hombres que le confió Muza, mientras éste continuaba los aprestos de guerra y reclutaba más soldados para seguirle.

Desembarcó Tarik en Algeciras, y noticioso de que huestes

visigodas se dirigían contra él, se fortificó en el monte que desde entonces lleva el nombre de Gebel Tarik, hoy Gibraltar, derrotó á Teodomiro, príncipe godo, que con fuerzas inferiores á las suyas intentó oponérsele, y se internó tierra adentro sin encontrar ya resistencia alguna.

Por Teodomiro supo Rodrigo la inminencia y gravedad del peligro que amenazaba su reino. Con la febril actividad que requería el caso hizo una leva general de cuantos hombres pudo, y con 90.000, armados muchos de ellos de las guadañas que usaban en sus tareas campestres, otros de arcos, flechas y hondas, y los menos de espada y lanza, loriga y yelmo, fué á marchas forzadas á Andalucía en busca de los invasores. Muchedumbre numerosa y desordenada, más que ejército poderoso el suyo, tenía que luchar con el aguerrido de Tarik, al que éste había puesto, con heroica determinación, en la terrible disyuntiva de vencer ó morir, incendiando las naves en que había cruzado el Estrecho.

Batalla de
Guadalete.

El encuentro de los dos ejércitos se verificó en las márgenes del Guadalete. Tarik vino á situarse con su ejército en el promontorio que se eleva cerca de la confluencia del Majaceite y el Guadalete, y Rodrigo, que se hallaba con el suyo en la margen opuesta de éste, le pasó con el propósito de desalojar al enemigo de sus posiciones. Confió en el número de sus huestes, sin considerar su poca solidez ni disciplina, ni tampoco lo ventajoso de la situación de las taifas mahometanas, que le aguardaban en posición escogida de antemano. En verdad nada concreto se puede asegurar desde el punto de vista táctico respecto á esta batalla, por la carencia de noticias de los movimientos verificados por uno y otro ejército. Debió ser una serie de escaramuzas, según el modo de guerrear de los árabes, en los dos primeros días, y en el tercero y último fué un reñido y sangriento combate sin plan preconcebido, y en que el valor individual de cada uno y todos los combatientes fué la causa determinante del resultado. Historias árabes y crónicas cristianas convienen en que la ventaja estuvo en los dos primeros días por los godos, y que, en el tercero, iba la victoria á decidirse por ellos, cuando, según la versión árabe, Tarik rehizo á los suyos, los animó con su ejemplo, é hirió de muerte con su lanza al denodado Rodrigo, que se batía como un león, y entonces los musulimes arrollaron á sus contrarios, que huyeron y se dispersaron poseídos del pánico más espantoso. Según la versión cristiana, la traición del obispo Oppas y de los hijos de Witiza que mandaban el ala izquierda del ejército visigodo, y en lo más rudo de la pelea se pasaron con los suyos al enemigo, ocasionó la derrota de las huestes de D. Rodrigo. Dedúcese de una y otra versión la ausen-

cia casi absoluta del arte militar de esta batalla, famosa por sus consecuencias históricas.

Tarik dió conocimiento de la victoria conseguida á Muza, que, celoso de la gloria adquirida por su subordinado, le ordenó que no efectuase ninguna nueva operación antes de su próxima llegada. Era esta orden impropcedente é inoportuna, porque interesaba para el buen éxito de la conquista, aprovechar el estupor y el desaliento causados en España toda por la noticia del desastre del ejército godo en las márgenes del Guadalete, y la falta de unidad y concierto en los esfuerzos de los que aún intentaron defenderse, ocasionada por la desaparición del poder central y regulador con la muerte del rey, y no dar tiempo á que los vencidos pudieran rehacerse. De este parecer fueron los wálíes, á quienes dió cuenta Tarik de la orden recibida, y por su consejo la desobedeció y emprendió la invasión y conquista de España, que fué llevada, tanto por él, como después por él y Muza, del modo militar más admirable; si bien es verdad que las líneas de invasión estaban claramente determinadas por las vías romanas, y que algunos cristianos y judíos, muy conocedores del país, les sirvieron de guías con fidelidad. Además, la adhesión completa y decidida de los hebreos españoles á los invasores les facilitó extraordinariamente la conquista, pues no tuvieron que disgregar fuerzas para tener á raya á los habitantes de las comarcas que dejaban á sus espaldas, porque confiaron este cometido á aquéllos, proporcionándoles armas con que imponerse á los vencidos. Contribuyó también á evitar sublevaciones en el país conquistado la hábil política de tolerancia en religión, leyes y costumbres que siguieron ámbos caudillos musulimes.

Tarik dividió en tres su ejército: con el uno fué por Jaén á Toledo; otro que envió en persecución de los fugitivos del Guadalete, se apoderó de Málaga, y sin haber hallado resistencia apenas, se reunió al de Tarik, al pie de los muros de Toledo; el tercero se dirigió á Córdoba, que se negó á abrir sus puertas al invasor. Se habían acogido á la ciudad algunas tropas de las vencidas en Guadalete, y éstas constituían el núcleo principal de los defensores. Mugeif el Rumi, que acaudillaba el ejército detenido ante los muros de Córdoba, supo evitar un largo sitio, que hubiera sido perjudicialísimo para la invasión, por la rapidez con que era conveniente que ésta se verificase, y por el ejemplo que la resistencia de Córdoba, de ser tenaz, había de dar á todas las demás plazas de alguna importancia, y en una obscura noche pasó el Guadalquivir con 1.000 jinetes que llevaban á la grupa otros tantos peones que, en cuanto pasaron el río se apearon, escalaron furtivamente la muralla, sorprendieron la guardia de la puer-

ta más próxima, abrieron ésta y facilitaron la entrada á los jinetes. Sorprendida la guarnición, 400 hombres de ella, con el conde que gobernaba la ciudad, se acogieron á un templo que les sirvió de ciudadela y en él perecieron todos defendiéndose heroicamente.

Pocas ciudades imitaron el ejemplo. Toledo, la capital del reino godo, abrió sus puertas á Tarik.

Muza, en tanto, había desembarcado con 10.000 jinetes y 8.000 infantes y se encaminó á Sevilla que se entregó, y luego pasó á la cuenca del Guadiana y llegó ante los muros de Mérida, que se aprestó á la defensa. La resistencia fué enérgica, los sitiados hicieron frecuentes salidas, y en una de ellas fueron á dar en emboscada dispuesta por Muza, y sufrieron un rudo escarmiento que les hizo más cautos en lo sucesivo. En desquite pasaron á cuchillo á los soldados mahometanos que se habían apoderado de uno de los torreones de la ciudad. Muza se vió en la necesidad de ordenar á su hijo Abdelacid que le trajese refuerzos. La llegada de éstos hizo decaer el ánimo de los sitiados, que se rindieron.

Marchó Muza en dirección de Toledo, y Tarik, que había recorrido todas las comarcas próximas á la capital visigoda y se había apoderado de Guadalajara, vino á su encuentro y se avistó con él en Talavera. Intentó Muza castigar severamente á su desobediente subordinado; pero la actitud de los soldados de éste le obligó á una aparente reconciliación y continuó la invasión por el Norte de España, se internó en la cuenca del Duero, se apoderó de Salamanca y llegó hasta Astorga, en donde cambió de rumbo, y por las márgenes del Duero se dirigió á la vertiente oriental para unirse al ejército de Tarik, que había pasado á la cuenca del Ebro y sitiaba á Zaragoza. A la llegada de Muza capituló la ciudad.

Juntos los dos ejércitos continuaron la invasión por Tarracona, Huesca y Lérida, y después volvieron á separarse, llegando Muza por Barcelona, Gerona y Ampurias hasta los Pirineos, mientras Tarik por Tortosa, Murviedro, Valencia, Játiva y Denia llegaba hasta los confines del pequeño reino tributario de los árabes, fundado en Murcia por el godo Teodomiro, con quien había hecho un tratado de paz el hijo de Muza, Abdelacid, que había sometido toda la vertiente meridional de la Península y el resto de la antigua Bética.

En menos de dos años, la conquista de España por los árabes era un hecho.

Los dos héroes de la conquista fueron llamados por el califa de Damasco á darle cuenta de sus actos y para someter sus desavenencias á su juicio supremo. Gobernaron á España

emires nombrados por el califa, de los que fué el primero Abdelacid.

Dados sus propósitos de invasión y conquista de todo el universo á que los estimulaba su religión, los árabes no habían de detenerse ante la Cordillera Pirenaica. Toda la Europa cristiana estaba amenazada de inminente peligro; los conquistadores de España, en frecuentes correrías ó algaras, devastaron todo el Mediodía de la tierra de Afranc, como ellos llamaban á las Galias. Ya Muza, antes de ser llamado por el califa, había penetrado en la Galia Narbonense; el emir Alhaur la recorrió también y se apoderó de Narbona, á la que otro emir, Alsama, y luego Abderramán el Gafeki, hicieron base de sus operaciones ulteriores. Alsama llegó á hacerse dueño de Carcasona y sitiaba á Tolosa cuando acudió en socorro de la ciudad Eudon, duque de la Alquitania, con numerosas huestes. Trabóse ruda batalla en que pereció el emir y fué derrotado su ejército, que se retiró á Narbona.

No desistieron los árabes de sus propósitos de invadir la Francia; Abderramán el Gafeki hizo á ella dos expediciones. En la primera pasó el Garona, invadió la Septimania, y, sin consolidar sus conquistas, se retiró; y en la segunda invadió la Aquitania, se apoderó de Burdeos después de derrotar al duque Eudon, se dirigió al centro de las Galias, sitió á Tours, y casi á la vista de las huestes cristianas, reunidas á las órdenes de Carlos Martell, hijo de Pepino Heristall, para oponerse á tan formidable invasión, la tomó y la saqueó.

El terror que imponía la inmensa muchedumbre de las taifas mahometanas y sus devastadoras algaras y continuas conquistas, había acallado los particulares intereses feudales, y de todo el centro de Europa habían venido á engrosar las huestes francas muchos señores con sus mesnadas é innumerables caballeros sedientos de gloria. Y no obstante, apreciando únicamente el peligro del momento, no se daban cuenta los cristianos del ejército de Carlos Martell, de los altos destinos que á sus robustas lanzas y cortantes espadas había confiado la Providencia. Vencidos, quedaba destruído todo dique á la irrupción de los árabes en la Europa cristiana, y feudos y monarquías y cuantos Estados nacientes se habían formado con los despojos del imperio romano, desaparecerían bajo los cascos de los veloces corceles de los musulmanes y perecería herida por ellos la civilización cristiana, entonces en germen; vencedores, obligarían á los invasores á repasar los Pirineos, que sería en adelante gigantesca valla á la que les impedirían el acceso los pequeños reinos cristianos que, en las vertientes meridionales de la cordillera, así en el istmo que une á la Península con el continente, como en el

litoral Cantábrico, constituían la fe católica y el amor á la independencia que habían fundido en el crisol de la desgracia común á godos é hispanos, que no querían sufrir el yugo musulmán, para formar el pueblo español.

En las llanuras de Poitiers, por el mes de Octubre del año 732, se avistaron los dos ejércitos; seis días seguidos emplearon los musulmanes en escaramucear con los cristianos, y al séptimo, después de lanzar una verdadera granizada de flechas y venablos, como torrente desbordado que se precipita en la llanura, la caballería de Abderramán cayó sobre las huestes cristianas que, cual muro de inquebrantable acero, sostuvieron el choque sin cejar. Repetidas veces volvió aquélla á la carga, y siempre con el mismo éxito. Cuando más empeñada estaba la batalla, el duque de Eudon con sus aquitanos y vascos envolvió el frente enemigo y atacó el campamento de los árabes, que habían éstos dejado á su retaguardia.

El temor de perder el botín que en sus tiendas guardaban, hizo que gran parte de la caballería musulmana abandonara precipitadamente la línea de batalla por acudir á la defensa de su campamento. En vano Abderramán trató de contener á sus soldados, á quienes la codicia cegaba para su perdición; en vano trató de rehacer sus desordenados escuadrones; no pudo lograrlo, porque los cristianos, aprovechando tan oportuno momento, habían pasado de la defensiva á la ofensiva, y su valeroso y formidable empuje completó la obra empezada por la sordida avaricia musulmana. Los enemigos que no se habían desbandado fueron arrollados. Abderramán sucumbió heroicamente peleando con el valor de la desesperación y la ira hasta exhalar el último suspiro, y la noche cubrió con sus sombras los horrores del combate.

Habían sido arrojados los aquitanos y vascos del campamento musulmán, por los que habían acudido á defenderle, y Carlos Martell creyó imprudente comprometer á sus fatigadas huestes en un ataque nocturno, y aplazó para el siguiente día el asalto del campamento enemigo; mas no hubo ocasión, porque en el silencio y tranquilidad de la noche se hicieron cargo los mahometanos de la situación á que habían venido con la derrota y muerte de su caudillo, y abandonado por ellos miserablemente á impulso de ruín concupiscencia, y se habían retirado del teatro de la perdida batalla.

La victoria de Poitiers puso fin á las invasiones de los árabes por Europa. Sus luchas civiles distrajeron su atención de sus deseos insaciables de conquista, y cuando el califato de Córdoba se constituyó con independencia del de Oriente, los reinos de Asturias y Navarra, que amenazaban con su lento, pero cons-

tante engrandecimiento, el desmembramiento creciente de la España árabe, llamaron sobre ellos todo el poder de los califas. En esta batalla hay algo más que el valor y el número que decida el triunfo: el acertado movimiento envolvente del duque de Aquitania, y la oportunidad con que Carlos Martell sabe pasar de la defensiva á la ofensiva, acreditan rudimentos de arte militar, de que hubo carencia absoluta en la batalla del Guadalete.

Para concluir el estudio de la invasión de los árabes, he aquí el acertado juicio que el emir Muza-ben-Noseir formó de los godos y francos y expuso al califa en la época de la decadencia de aquéllos:

«Los godos son leones en sus castillos, águilas en sus caballos y mujeres en los escuadrones de á pie. Vencidos son cabras, en escapar por los montes, que no ven la tierra que pisan.»

«Los de Afranc, prontos y animosos en el pelear y acometer, pero medrosos y tímidos en la fuga.»

Componíanse los escuadrones de á pie de siervos y villanos mal armados; los señores y cuantos en algo se tenían, constituían la caballería; de la preponderancia consiguiente de ésta resultó el envilecimiento de la infantería y su cobardía, de que pudo juzgar Muza por experiencia propia.

III

Influencia del feudalismo en el arte militar.—Preponderancia de la caballería.—Milicias feudales.—Nulidad de la infantería.—Armas ofensivas y defensivas.—Administración.—Disciplina.—Fortificación.—Influencia de las Cruzadas en el régimen feudal.

Influencia del feudalismo en el arte militar.

En los primeros siglos de la Edad Media, sangrienta anarquía, consecuencia y efecto de la disolución de elementos morales y materiales de la sociedad antigua que se estaba verificando, hizo desaparecer en absoluto la seguridad individual y, como sucede siempre que sobreviene el caos, predominaron la fuerza y la violencia, y sus leyes fueron las únicas acatadas.

Ateniéndose al derecho de conquista, los caudillos de los invasores del imperio romano adjudicaron á sus mejores guerreros algunas de las tierras conquistadas, y á la propiedad de éstas fué unido el señorío sobre los que las cultivaban, que fueron considerados como siervos. También hubo propietarios que voluntariamente aceptaron la servidumbre y se sometieron al señorío de un guerrero esforzado, que les amparase y defendiese de otras violencias que la suya. Estos gérmenes del sistema feudal fueron inmediatos á la caída del imperio romano; pero el feudalismo llegó á ser institución poderosa desde el principio del siglo IX, en que los reyes, unas veces para premiar servicios recibidos, y otras para contentar á súbditos poderosos y díscolos, multiplicaron los feudos, que eran tierras cedidas con la obligación contraída por los agraciados de pagar tributo al monarca y de acudir con un número determinado de *escuderos* y *peones*, y por tiempo también determinado, para hacer la guerra, cuando aquél así lo requería.

Nacido el sistema feudal del individualismo exagerado, dió en el peligro consiguiente á esta exageración el aislamiento, que es la debilidad. En este funesto aislamiento no hubo interés de raza, pueblo ó nación, sino intereses particulares de los señores feudales, que produjeron lucha incesante entre éstos, tan mezquina en sus causas como sangrienta y cruel en sus efectos;

no pudo haber grandes empresas militares por causa y con objetivos ruines; no fué necesaria la estrategia, cuando eran imposibles guerras prolongadas de pueblo á pueblo, ni ofensiva tenaz con huestes formadas por siervos que abandonaban el terruño para seguir el pendón señorial, y que no podían ausentarse mucho de aquél y desatender por largo tiempo el cultivo de las tierras, sin que los campos quedasen yermos con grave perjuicio de los intereses del mismo señor que les había llamado á las armas; no había tampoco posibilidad de resistir una invasión formidable con huestes, que acudían con lentitud al llamamiento del monarca y se dispersaban al menor asomo de acomodamiento con el enemigo; y en los combates no bastaba la débil autoridad del rey para acallar la altivez de los señores feudatarios suyos, armonizar sus esfuerzos y someter á aquéllos á la ejecución precisa de un plan preconcebido, y las batallas no pasaban de ser conjunto numeroso de combates individuales, efectuados simultáneamente en un mismo campo. Con este cúmulo de dificultades para la guerra en grande escala; con este sistema, negación completa de la estrategia y de la táctica; con tan múltiple división de soberanías constituidas por el rey y sus poco sumisos feudatarios, eran de todo punto imposibles métodos de guerra, para los que se quiere unidad de mando, subordinación y disciplina en los ejércitos, ni cómo iba hallarse tampoco en múltiples combates individuales, sin orden ni concierto, la observación, la experiencia y la reflexión, fundamento de todo adelanto militar. En la ruina de artes y ciencias que trajo consigo la invasión de los bárbaros, la del arte y ciencia militar fué la más completa. En la pasión febril por los combates entonces predominante á todo otro sentimiento, se ejercitaban el valor personal y la fuerza muscular con ausencia completa del arte.

Reducido el combate al choque individual de los combatientes, redujose el arte militar á reforzar los caballeros su armadura y cubrir de hierro á sus corceles para aventajar en violencia de impulso á los adversarios. Para resistir el peso de tanto hierro, los caballos tuvieron que ser corpulentos, y por consiguiente, poco ligeros. La caballería se convirtió en máquina de fuerza y perdió su cualidad más ventajosa, la velocidad; pero desde luego anuló por completo á la infantería, que en el choque brutal, inferior en armas defensivas y en ímpetu y masa, se vió imposibilitada de conseguir la victoria. Los peones eran rebaños humanos destinados á caer en el combate bajo las hachas, espadas y lanzas de los caballeros, que eran para ellos invulnerables, mientras no lograban derribarlos de sus cabalgaduras, que entonces por el peso de sus armaduras venían á ser masa inerte á merced del más débil de sus enemigos.

Preponderancia de la Caballería. - Nulidad de la Infantería.

Las proezas exclusivamente personales en combates donde no había combinaciones ni maniobras tácticas, por precisión estaban vinculadas en los caballeros y dependían únicamente del valor individual, destreza del jinete y habilidad en el manejo de las armas. De aquí el consiguiente desprecio hacia la infantería, que solamente se empleaba en hacer frente á la enemiga, custodia de los campamentos, y asaltos y defensas de las fortalezas, único hecho de armas en que eran tan indispensables los peones como inútiles en campo abierto, donde no había fosos ni murallas que los resguardasen del ímpetu irresistible de los hombres de armas.

La preponderancia de la caballería pesada ú *hombres de armas* fué absoluta, y no la disminuyó en lo más mínimo la creación posterior de caballería ligera, á la que le faltaba la fuerza de unión de los modernos escuadrones, y la fuerza de choque de los hombres de armas. Redundó en mayor menosprecio de la infantería, á la que aventajaron, los *ballesteros* á caballo, más ligeramente armados que los caballeros, por combatir de lejos, lanzando como los peones, armas arrojadizas sobre el enemigo.

Milicias
feudales.

Las *milicias feudales* eran heterogéneas, sin uniformidad alguna en vestuario ni armamento. Tenían derecho á levantar bandera los caballeros que podían disponer de un cierto número de hombres de armas ó escuderos, ballesteros y peones; los que no, formaban como hombres de armas en las *mesnadas* del señor feudal de que eran feudatarios ó deudos. Cada hombre de armas llevaba consigo, por lo menos, un paje, un escudero y dos ballesteros y dos caballos de repuesto. Cuando un señor feudal levantaba bandera, todos los otros que eran feudatarios suyos estaban obligados á concurrir con sus mesnadas á la formación de la hueste. Las huestes reales se constituían por la reunión de las mesnadas señoriales, y de los escuderos, ballesteros y arqueros que el monarca tenía á sueldo. Los ejércitos se contaban por banderas ó pendones señoriales, y también por lanzas ú hombres de armas. Se formaban de caballería y turbas de peones.

Armas ofen-
sivas y de-
fensivas.

Armados los peones muy á la ligera usaban como armas defensivas la *capellina*, casco de hierro, semiesférico ó de figura cónico-ogival, y la *rodela*, escudo redondo, ó el *pavés*, escudo triangular ó cuadrado en forma de teja; y las ofensivas, eran la *azagaya*, dardo grande de dos puntas, y la *pica* y *media pica*, chuzos que diferían únicamente en la longitud del asta; también usaban arco y saeta con la correspondiente aljava ó carcax.

Los ballesteros, que siempre fueron pocos, además de la ballesta y los venablos, usaban estoque é iban armados de rode-

la, capellina y loriga, túnica hecha con láminas de hierro sobrepuestas las unas á las otras. Las armas defensivas de los caballeros eran innumerables, siendo las principales: para la cabeza el *almófar*, armadura de malla de hierro en forma de toca de monja y, encima del almófar, el *yelmo*, de figura cilíndrica con una abertura á la altura de la vista, que se llamaba visera; para el cuerpo la *coraza*, jubón desceñido á la cintura, tejido con tiras de cuero crudo, y encima la *loriga*, túnica de triple tela de lienzo, reforzada con planchuelas de hierro en forma de escamas de pez, y también con sortijuelas de hierro entrelazadas formando malla. Resguardaban las piernas con *brafoneras*, calcetas con pie, y las manos con guantes, aquéllas y éstos de malla de hierro. Embrazaban además grandes *adargas*, escudos contruídos con cueros dobles de buey, sobrepuestos y cosidos, ó *broqueles*, escudos de la misma forma que el pavés, y reforzados en el centro por una plancha de hierro, de la que sobresalía un aguzado espolón.

Llevaban también sus caballos cubiertos por lorigas de malla, *paramentos* de tela, y *testeras* y *capizanas* de hierro que defendían la cabeza y el cuello del animal.

Las armas ofensivas eran espadas de dos manos, hacha de armas, lanza y maza de madera gruesa, redonda por la cabeza y guarnecida de punta de acero.

Del siglo XIII en adelante, y coincidiendo con la aparición de las armas de fuego, sin duda para resguardarse mejor del efecto de las *pelotas de fierro* que aquéllas lanzaban, exageraron sus armas defensivas hasta el extremo que el *arnés*, que así se llamó entonces la armadura completa, se componía de innumerables piezas, todas de hierro batido que servían para cubrir las diferentes partes del cuerpo.

A la devastación del país enemigo y muchas veces del propio, se reducía todo el sistema administrativo empleado en los ejércitos de la Edad Media, para su aprovisionamiento y satisfacción de todas sus necesidades. La reunión de las huestes era fácil; el rey llamaba á los señores feudatarios suyos que levantaban bandera, y ciudadanos y campesinos, avezados al manejo de las armas por el continuo guerrear de aquellas épocas de perpetua lucha, tomaban el arco ó pica y concurrían á formar la mesnada de su señor. El rey ó caudillo de una empresa militar, sin rentas para mantener una fuerza militar permanente, atendía á los gastos que los preparativos de la guerra originaban, tomando dinero á préstamo, á veces con hipoteca de sus propios dominios, y aumentando el tributo á sus vasallos. Para él muchas veces, y para los señores feudales que formaban su hueste, siempre la guerra que iniciaban era un pretexto de enri-

Administra-
ción.

quecimiento por expolio con el botín que su rapacidad insaciable y su fortuna en la campaña les procurase, y con el rescate de los prisioneros de valía que en su poder cayesen. Una vez iniciada la campaña, la guerra alimentaba á la guerra, y no era posible otra combinación estratégica ni otro plan que elegir por teatro de la campaña y por objetivos, provincias y ciudades ricas en que el saqueo y el pillaje facilitasen recursos en abundancia para la subsistencia del ejército y seguimiento de la empresa. Cuando estos recursos se apuraban, se dispersaba el ejército en una gran extensión para no perecer de hambre, y lo efectuaban sin peligro, porque á lo mismo y por las mismas causas se veía obligado el enemigo. En cuanto se alejaba, aunque fuese poco, de la provincia ó ciudad que le había servido de acantonamiento, sobrevenía el hambre, y los reyes ó caudillos, por falta de caminos, mal estado de los que había y por carencia absoluta de recursos para hacerlo, no podían allegar víveres para la alimentación de sus huestes.

Complemento del sistema de vivir sobre el país era la destrucción de cuanto quedaba y no podía utilizar el ejército, en la comarca ó ciudad que éste abandonaba, á fin de que no lo aprovechase el enemigo: previsión absurda y contraproducente que con demasiada frecuencia perjudicaba al que la tenía, porque las contingencias de la campaña, más sujetas entonces que nunca á los azares de la suerte, daba muchas veces ocasión á que redundase en daño propio, el que de este modo se quiso hacer al enemigo.

Disciplina.

Era imposible sólida disciplina en ejércitos, en que el pillaje, la devastación y el saqueo eran el verdadero objeto de las empresas militares, y el único medio de efectuarlas, y en que la autoridad del rey ó caudillo sobre los señores feudales que con sus mesnadas formaban las huestes, era poco menos que nula. Al señor feudal que así le convenía, por la menor ofensa real ó imaginaria que recibiese del monarca, por un pretexto baladí cualquiera, abandonaba la hueste con los suyos, ó no concurría á formarla, cuando era llamado, declarándose libre del pleito homenaje á su rey, y éste, aunque fuese ocasión oportuna de imponerle por la fuerza el merecido castigo, no siempre encontraba propicios á los demás señores para ayudarle en contra del rebelde. Ellos, en cambio, como señores de horca y cuchillo imponían severas penas á las gentes de su mesnada, sin otra ley á que atenerse que su caprichosa y tiránica voluntad: dicho se está, conocida la falta de cultura en la Edad Media, que abusaban de la pena de muerte de una manera horrible.

El perpetuo estado de lucha de la sociedad en la Edad Media multiplicó las fortalezas, y, además de los castillos feudales, no

fueron únicamente las poblaciones grandes las que fortalecían con murallas su recinto, sino también las pequeñas y hasta las iglesias, los monasterios y las granjas. Mas no por eso adelantó un paso la fortificación, porque de menores proporciones las fortalezas, situadas éstas en alturas de difícil acceso, y de poco efecto los ingenios que se empleaban para batirlas, bastaba una robusta muralla para que corta guarnición pudiese defenderlas tenazmente.

El castillo feudal consistía en recinto murado, rodeado de ancha *cava* ó foso, flanqueado por torres situadas en sus ángulos y defendiendo la *poterna*, cerrada por *punte levadizo* y *rastrijo*, y en el que sobresalían los *matacanes*, pequeñas torrecitas con aberturas en el suelo para arrojar por ellas sobre el enemigo que llegase al foso, flechas, venablos, piedras, agua y aceite hirviendo. Las murallas estaban coronadas por almenado *adarve*. Al castillo servía de reducto de seguridad una torre central que se llamaba *del homenaje*, en la que ondeaba el pendón señorial.

Fortificación.

No diferían en mucho de las fortificaciones del castillo feudal las de las ciudades y poblaciones. Si por el pie de sus murallas pasaba algún río, los puentes que ponían á la ciudad en comunicación con la margen opuesta, estaban defendidos en ambos extremos por fuertes torreones, que venían á ser lo que las modernas cabezas de puente. Pequeños castillos, situados en sitios elevados y que dominaban los caminos que á la ciudad conducían, constituían las obras exteriores, y el *alcázar*, morada del rey ó gobernador, era la ciudadela.

Para expugnar estas fortalezas y ciudades se empleaban, además de los antiguos arietes, catapultas y balistas, el *fundibalo*, honda gigantesca al extremo de una viga horizontal unida por un eje á un pie derecho clavado en tierra; el *almojaneque*, que servía para arrojar piedras y materias incendiarias, y el *trabuco*, formado por una pieza de metal en forma de bocina, sostenida por un armazón de madera. En la honda del fundibalo se colocaba un gran saco de piedras ó plomo; por el extremo de la viga opuesto á la honda, se asían de cuerdas varios hombres, que tiraban de ellas hasta poner la viga horizontal, y daban después vaivenes vigorosos, hasta que salían las piedras ó el plomo disparados con gran violencia é ímpetu. En el trabuco, por medio de un cabrestante, se volvía la cabeza de la bocina hacia la espalda, se cargaba con piedras ó mixtos, y soltando entonces la amarra, volvía la bocina á su primitiva posición, arrojando á larga distancia su carga.

El almojaneque difería en la forma y en que era de madera todo él, del trabuco; por lo demás, el mecanismo y manejo eran los mismos.

Como ingenios de aproche, se usaban los *manteletes*, parapetos móviles de tablones; las *zarzas*, especie de cestones; las *bastidas de puentes*, torres de varios pisos con dos puentes levadizos, y las *de torno*, que consistían en varios cajones que encajonaban unos en otros, y que subían ó bajaban á impulso de un torno situado en la parte inferior del ingenio. Todos ellos se llevaban sobre ruedas por el empuje de los mismos hombres á quienes guarecían; su marcha era difícil, lenta y hacía necesario un terreno llano, que pocas veces se encontraba en la proximidad de las poblaciones muradas.

Sobre los ingenios que el enemigo empleaba para aproximarse y abrir brecha, los defensores de la fortaleza atacada lanzaban aceite hirviendo, azufre, mixtos incendiados, plomo, piedras y grandes maderas para destruirlos. La breve reseña que de ellos se ha hecho, basta para probar su poca eficacia; así es, que las ciudades y castillos se tomaban por sorpresa y por escala, ó se rendían por hambre como en tiempo de los griegos y romanos.

En los tres últimos siglos de la Edad Media la invención de la pólvora y el empleo de la artillería modificaron y aumentaron notablemente los medios de ataque, al mismo tiempo que concluían con el feudalismo y promovían el renacimiento del arte militar; puede decirse que la primera fortaleza que batieron en brecha fué el ominoso sistema feudal, ya minado por progresos y hechos históricos á continuación expuestos.

Influencia de las Cruzadas en el régimen feudal.

Aquella anarquía, erigida en sistema, y aquella tiranía brutal y sangrienta, que no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza francamente confesado, por el exceso mismo del mal hacían indispensable el remedio, y tenían que provocar una reacción que, lentamente, pero con seguros adelantos, fuese minando y destruyendo el ominoso régimen feudal en beneficio de la monarquía absoluta. En esta evolución el pueblo y el rey coadyuvaban al resultado, prestándose mutuo apoyo porque era común el interés que les impulsaba á combatir el feudalismo, y toda merma en el poder de la aristocracia feudal se traducía en aumento positivo é inmediato de prestigio y autoridad para la corona, y de franquicia y libertades para el pueblo.

Los débiles se unieron para oponer la fuerza de muchos á las tiranías de pocos, y surgió el común ó la comunidad en contraposición al castillo feudal. Esta congregación de fuerzas plebeyas obtuvo desde luego el apoyo eficaz de la corona, favorecida por todo lo que redundase en mengua del poder feudal, que hacía sombra al suyo. Organizadas las fuerzas de las comunidades resultaron las *milicias comunales*, que fueron un elemento nuevo y de importancia en la constitución de los ejércitos de la Edad Media.

Pero esta reacción contra el feudalismo, iniciada por la organización de las comunidades y sus milicias, para que se acentuase, fuese eficaz y se convirtiese en evolución decisiva de la sociedad, necesitaba uno de esos impulsos que surgen de repente, conmueven profundamente á la humanidad, y causan en pueblos enteros una explosión de entusiasmo.

En la Edad Media la única fuerza poderosa y superior á todo era la Religión, y en el sentimiento religioso de aquellas generaciones fanáticas prendió la chispa que había de promover la revolución contra el feudalismo. En 1094, Pedro el Ermitaño conmueve á la Europa cristiana predicando la guerra santa para recobrar los Santos Lugares, que se hallan en poder de los turcos. La predicación del entusiasta monje inflama primero á los humildes; á éstos se unen desde luego los aventureros propicios á toda novedad perturbadora; cunde después la llama del entusiasmo á los barones, en los que la alimenta además un móvil menos puro, el de trocar sus señoríos de Occidente en principados y reinos orientales, y llega, por último, á los reyes; en toda la cristiandad, al grito de «Dios lo quiere», se establece una corriente hacia el Asia Menor, que arrastra á siervos, señores y monarcas, alterando profundamente el estado social. Los siervos se alistán en las huestes de la Cruz sin recabar permiso de sus señores, y sin oposición de éstos; muchos barones venden sus feudos á la corona, ó conceden, á precio de oro, franquicias á las poblaciones enclavadas en sus dominios, para allegar recursos con qué costear el gasto que requieren tan largas expediciones; y los reyes son eje y núcleo de aquella concentración general de fuerzas para contribuir á una misma empresa, y viene á resultar robustecido su poder.

El objeto inmediato de las cruzadas no se logró; las conquistas de los cristianos en Tierra Santa fueron de efímera duración; pero en cambio, por ley providencial que se repite con frecuencia en la Historia, los cruzados resultaron ser obreros inconscientes de la transformación social de la Europa cristiana, á la que no contribuyó poco el haber facilitado y establecido las cruzadas relaciones de comercio entre los países europeos y los de Oriente.

Al influir las cruzadas en el modo de ser de la sociedad, influyeron forzosamente en el estado militar y en el arte de la guerra. Las expediciones á larga distancia, distintas esencialmente de las guerras de señorío á señorío, requerían organización más sólida, aunque rudimentaria todavía, en los ejércitos, unidad y dependencias de mando mejor definidas y una especial atención á las subsistencias de tanto número de hombres y caballos, y para conservar lo conquistado, tropas que no se disol-

vieran al día siguiente de conseguida la victoria. Sucedió, por esto, que si las primeras cruzadas fueron tumultuosas, y las huestes de la Cruz verdaderas hordas indisciplinadas que cayeron como plagas en los países cristianos que atravesaron para llegar á Tierra Santa, las siguientes, y en especialidad las acaudilladas por reyes, se hicieron con mejor método, y en ellas se atendió, aunque imperfectamente, al aprovisionamiento de los expedicionarios; hubo arte en los sitios de plazas y se formaron, por la duración de las empresas, hábitos de disciplina en los soldados.

También se debió á las cruzadas el germen de los ejércitos permanentes; la religión los sancionó instituyendo las órdenes religiosas militares para la defensa de las conquistas de los cruzados en Tierra Santa. Además se hicieron necesarios por el doble y contrario efecto que las cruzadas ocasionaron en los reyes y en los pueblos: en los reyes, despertando un afán insaciable de conquista y la afición consiguiente á guerras largas; y en los pueblos, entibiando su pasión por las batallas, amortiguada al principio, muerta después por los nuevos campos que á su iniciativa abrieron el engrandecimiento de las relaciones comerciales y la inmediata prosperidad de la industria. Aquel afán y esta tibieza se avenían mal, porque á las frecuentes llamadas del rey para empresas militares largas y lejanas respondía de mala gana el pueblo, y tuvo aquél necesidad de mantener tropas á su devoción, siempre dispuestas á ejecutar sus planes de guerra y conquista.

IV

La reconquista y el régimen feudal en España.—Primer período de la Reconquista.—Reclutamiento.—Organización.—Infantería.—Caballería.—Almogávares.—Armadamento.—Fortificación.—Campamentos.—Modo de combatir.—Las leyes de Partidas consideradas como Código militar.—Órdenes militares.—Primera aparición de tropas permanentes en la España cristiana.—Hermandades.—Tropas permanentes de los califas.

En incesante guerra con los moros, durante los ocho siglos de la Reconquista, mancomunaron sus esfuerzos por la ineludible ley de la necesidad reyes, nobleza y pueblo, y esto impidió que el feudalismo tuviese el crecimiento y tomase el arraigo que en el resto de Europa; y de aquí también que el poder real fuese menos débil en los reinos cristianos de la Península, que lo era por el mismo tiempo en Francia y Alemania. Pero no fué tan comedia aquella altiva y valerosa nobleza, que no creara dificultades á los reyes, y éstos, para combatir sus rebeldías, buscaron el apoyo de las clases populares, concediéndolas, en justa recompensa, útiles fueros y preciadas libertades.

Cuando en los reinos cristianos de la Península el rey llamaba á sus vasallos para la guerra, los señores, las ciudades y villas acudían con sus mesnadas á formar la hueste real, y figurando en ésta desde el monarca y los nobles hasta los humildes pecheros, constituía un verdadero ejército nacional. Todos, desde la edad de 20 años á la de 50, estaban obligados á responder al llamamiento del rey para la defensa del reino ú ofensa de sus enemigos, y en el caso de invadir éstos el país bastaba el aviso de la presencia de los invasores, dado por los *atalayeros* encargados de vigilar las fronteras desde las torres llamadas *ata-*

La Reconquista y el régimen feudal en España.

Primer período de la Reconquista-Reclutamiento.

layas y situadas en eminencias dominantes, por medio de grandes humaredas, si era de día, ó de hogueras, cuando era de noche, para que sin más orden se congregasen las mesnadas de los fronterizos. Únicamente se eximían de tan sagrada obligación los impedidos por defecto físico.

Organiza-
ción.-Infan-
tería.-Caba-
llería.

Como se ha visto, la reunión de un ejército era cosa harto fácil; pero esta ventaja no compensaba bastante el peligro que la poca consistencia de aquél entrañaba; era aventurado haber de confiar la suerte del Estado á la fe y la lealtad de los *ricos-homes* casi siempre turbulentos que, con las *lanzas* (jinetes) y peones á que estaban obligados por feudo, debían acudir, so pena de ser declarados culpables de traición, al lugar y en el plazo designados por el rey en su llamamiento; porque de su voluntad pendía el que el rey reuniese ó no las fuerzas suficientes para combatir el enemigo, ó para sofocar una rebelión. Así imponían la ley al soberano muchas veces, y en cambio de su cooperación le arrancaban concesiones onerosas para el rey y para los pueblos. Ilusorio era el predominio de la corona sobre magnates que, con desnaturalizarse del reino, quedaban libres de la pleitesía y fidelidad juradas al rey, y facultados para servir á su enemigo ó declararse en abierta rebelión.

El conjunto de combatientes con que un *rico-home*, una *behetría*, población libre que gozaba de fueros y franquicias, ó una ciudad ó villa realenga, contribuía á la formación de la hueste, se llamaba *mesnada*, y se componía de jinetes y peones en número que difería, según el poder y recursos del señor ó población que la había levantado.

Aunque desde el principio de la Reconquista predominó la caballería, por lo montuoso del país en que iniciaron aquélla los cristianos, fueron numerosos los peones indispensables para la guerra de montañas que por necesidad había que hacer. El que tuvo caballo de que disponer y recursos para mantenerle, fué caballero, sin que el serlo implicara superioridad jerárquica; pero como eran caballeros los más pudientes, esta circunstancia les dió una superioridad de hecho, que después se vió confirmada solemnemente, y para ser caballero ya no bastó tener caballo, y fué preciso para conseguir, lo que ya era jerarquía, haber hecho sus pruebas en varios combates, como escudero ó paje del rey ó de un *rico-home*, y ser por éste armado caballero en en tosca, aunque aparatosa ceremonia.

A los caballeros seguían en jerarquía social los *ijosdalgo* ó *hidalgos* que, como indica su significativo nombre, eran los que de sus padres habían heredado bienes y casa solariega. Estos servían á los *ricos-homes* ó á los caballeros como jinetes de su *mesnada*.

Los peones se reclutaban generalmente entre los *pecheros*, que así se llamaban los villanos por el tributo que pagaban á sus señores, que se decía *pecho*. Fueron los peones españoles muy hábiles en el manejo del arco, y cuando perfeccionado el arco se convirtió en ballesta, la fama de la destreza de los ballesteros españoles fué europea. Los hubo de á pie y de á caballo, según podían ó no presentarse montados; á los de á caballo se les daba mayor ración que á los de á pie.

Llamábase *caudillo mayor* el que mandaba la hueste, para distinguirlo de los *caudillos* que capitaneaban las mesnadas. Desempeñaba cometidos muy complejos, pero en los que predominaban los que hoy día son incumbencia del jefe de Estado Mayor, el *adaliá*, que atendía al avituallamiento y alojamiento de la hueste, al reconocimiento y elección del paraje en que había de acampar, al establecimiento del servicio de vigilancia, á la dirección de los reconocimientos y descubiertas, á la procuración de confidencias en el campo enemigo, y á la organización del espionaje. También se llamaban adalides los lugartenientes de los caudillos de mesnada.

El continuo peligro de invasión mahometana en que estaban los reinos cristianos, dió motivo á que siempre hubiese en las fronteras combatientes en perpetua lucha con los moros. Constituían agrupaciones de hombres robustos, valerosos, sobrios, hábiles y atrevidos en la guerra de guerrilla, y se llamaban *almogávares* y *almocadenes* sus oficiales, que eran elegidos por los que ya desempeñaban este cargo. Eran una inmejorable infantería ligera que prueba con su existencia que, aunque preferida la caballería, no fué en España menospreciada su arma rival como en todo el resto de Europa.

Almogávares.

Cuando los franceses invadieron el reino de Aragón para desposeer de él á Pedro III, puesto en entredicho por el Papa, sus bien armados caballeros miraban con desprecio á los montaraces almogávares, catalanes y aragoneses; pero bien pronto en rudos combates, así generales como individuales, se convencieron de que eran temibles aquellos soldados casi desnudos y desarmados que, calzados los pies con abarcas, trepaban por las montañas como gamos, y se batían en toda clase de terreno con una agilidad que les daba ventaja sobre los caballeros agobiados por el peso de sus armaduras, y con un valor y denuedo que no tenían iguales.

El armamento usado por los cristianos en España, en nada esencial difería del usado en el resto de Europa, y que muy á la ligera se ha descrito ya, con los nombres españoles que tenían, tanto las armas defensivas como ofensivas. Un detalle importante conviene consignar: según reputados escritores, fueron los

Armamento.

almogávares los primeros en resucitar el empleo de la antigua pica con mucha anterioridad á los suizos.

Fortificación.

Lo mismo que del armamento, hay que decir de la fortificación.

Campamentos.

No estaba desprovisto de arte el modo de acampar de los cristianos españoles. El adalid reconocía el terreno, elegía el paraje más á propósito y designaba el sitio que había de ocupar cada mesnada. Se circundaba el campo con parapeto formado de los carros que acompañaban á la hueste, ó con una fuerte empalizada. Los campamentos eran rectangulares ó circulares; en el centro se colocaba la tienda del rey ó caudillo mayor. Hasta que toda la hueste no estaba dentro del campo, las mesnadas, en compacta agrupación, permanecían sobre las armas, y ningún jinete, caballero, adalid, caudillo, ni el rey mismo, se apeaban de sus caballos para entregarse al descanso.

Modo de combatir.

Frente al poder robusto de los emires y de los califas, los cristianos no pudieron al principio efectuar grandes conquistas, y se limitaron á rechazar las invasiones del infiel, á tomar el desquite de ellas con atrevidas correrías que, del nombre que les daban los moros, se llamaron *algaras*, y en las que se internaban por los dominios de los mahometanos, devastando cuanto encontraban á su paso y regresando á sus lares cargados de botín y con numerosos cautivos, y aprovechar las interminables discordias de los moros, para ir poco á poco ensanchando á su costa los reinos cristianos. De este modo reconquistaron los reinos de Galicia y León, y extendieron su dominación hasta las márgenes del Duero, fundando en ellas el que fué primero condado, y después reino de Castilla.

Más poderosos ya, se lanzaron á más grandes empresas, insistiendo en un plan fijo que llegó á darles el triunfo definitivo por la virtud de la perseverancia. Evitaban batallas campales, y cuando se decidían á conquistar una comarca enemiga, empezaban á devastarla en frecuentes *algaras* que, de año en año, eran más importantes, y procuraban tomar por sorpresa ó escalada los castillos que defendían, y determinaban en aquel territorio puntos estratégicos, y cuando dueños de todos ellos, habían arrasado lo que no pudieron conservar, después de algunos años de intermitentes campañas, avanzaban en numerosa hueste á sitiar la capital de la comarca invadida, y algunas veces por asalto ó sorpresa, lo que era muy difícil por las inmejorables condiciones de fortalezas y ciudades para la defensa, ó hasta lograr la rendición por hambre, no cejaban, á no ser que los moros vecinos viniesen á socorrerla en gran número, y no les fuese posible derrotarlos. Para evitar esta contingencia explotaban la constante enemistad que se tenían los reyes moros

unos á otros, procurando obtener la alianza, ó por lo menos la neutralidad de los vecinos del que se trataba de desposeer. Como modelo de este sistema de guerra, puede citarse la que emprendió, para conquistar á Toledo, Alfonso VI en el siglo XI.

Indicado su modo de combatir desde el punto de vista estratégico, falta considerarlo desde el táctico. Por regla general se batían en tropel, ó sea á la desbandada; pero en algunas ocasiones adoptaban formaciones tácticas como el *haz*, que algo se asemejaba á la moderna formación en batalla ó línea, y que empleaban para esperar á pie firme la acometida del enemigo, ó para desbordar sus alas y envolver sus flancos; el *cúneo* de aguda delantera y ancha zaga, y el *muro* ó cuadrado y la *cerca*, en forma de corral, para resistir los ataques de la caballería.

Como detalle importante y en comprobación de que en todo conservaban rudimentos de arte militar, merece citarse el modo de marchar las huestes cristianas. Nunca lo efectuaban sin ir protegidos por flanqueo y descubierta de almogávares, apoyados muchas veces por ballesteros á caballo y acompañados de peones armados de hachas y hoces, para abrir paso en las malezas y bosques que dificultaban la marcha. Estos flanqueadores reconocían y ocupaban las alturas que dominaban el camino por donde avanzaba la hueste.

Hay una prueba escrita é irrefutable de que en la España cristiana de la Edad Media había una organización militar embrionaria, imperfecta, pero que atendía á todas las necesidades inmediatas de la guerra, y ésta es las famosas Siete Partidas de Alfonso X el Sabio. En este código del siglo XII, que es manifestación evidente de un adelanto jurídico, social y político de la España cristiana que no habían alcanzado todavía los otros pueblos de Europa, la segunda partida es un completo código militar que dicta reglas para la guarda y comando de las fortalezas y castillos reales; determina los casos en que el pueblo debe venir en hueste á la defensa del rey; precisa el modo de nombrar los adalides, almogávares y peones, con especificación de las cualidades que han de reunir; fija el ritual y privilegios de los caballeros; define la guerra; expone las razones que ha de haber para moverla y apercebimientos que ha de tener hechos el que la emprenda; determina las cualidades que han de tener y conducta que han de seguir los caudillos; explica las formaciones tácticas y las maneras de guerrear; señala las indemnizaciones que han de abonarse al que se inutiliza en campaña ó pierde en la guerra las armas ó el caballo; y á más de establecer galardones ó recompensas para el que contrae méritos, tiene una parte penal para el que delinque.

Las leyes de Partida consideradas como Código Militar.

El botín de guerra se repartía entre los que habían concurrido al hecho de armas, algara ó campaña. Correspondía al rey la quinta parte, y si había suministrado todos los fondos para los preparativos de la empresa, la mitad. Si en la batalla era apresado el rey ó caudillo mayor del enemigo, era prisionero del rey vencedor, sin que tuviera derecho el que lo había aprisionado á rescate alguno. Las ciudades, villas y fortalezas conquistadas, los alcázares reales, las casas solariegas de los grandes magnates, en las poblaciones que se arrebatában al enemigo, así como también los lugares abiertos, correspondían de derecho al rey. A los tres primeros que en el asalto subían á la muralla, se les daba á elegir, para propiedad suya, entre todas las casas de la ciudad ó villa, que no fuesen edificios públicos.

Las indemnizaciones á los heridos se valuaban y satisfacían en dinero, abonando al lesionado una cantidad de maravedises mayor ó menor, según la importancia de la lesión sufrida. Se destinaba á sufragios por el alma de todo caballero que moría en el combate, determinado número de maravedises.

Los premios eran positivos. Al que salvaba al rey, se apoderaba del estandarte enemigo ó defendía al suyo, cautivaba, hería ó mataba al caudillo enemigo, si era siervo, se le manumitía; si pechero, se le elevaba á la categoría de fijodalgo, y si fijodalgo, se le hacían grandes mercedes y en ocasiones se le armaba caballero. Los premios é indemnizaciones pasaban en herencia á los hijos y viuda del que se había hecho acreedor á ellos, si éste perecía en la refriega ó á consecuencia de heridas recibidas en ella.

Era severa y terrible la penalidad para los traidores, confidentes del enemigo, desertores, prófugos al bando contrario, subordinados, ladrones, promovedores de motines, y para los que no custodiaban bien los víveres ó los consumían sin mandato superior antes de tiempo. La gradación de las penas variaba entre la multa y la muerte.

Las Ordenes militares religiosas tuvieron más razón de ser en España que en el resto de Europa, por la lucha incesante de los cristianos con los moros, y coadyuvaron poderosamente á la Reconquista. Sujetos los caballeros de las Ordenes á una regla religiosa, á la vez que militar, era entre ellos severa la disciplina y omnímoda la autoridad de sus *grandes maestros*, que así se llamaban sus jefes. Había en sus milicias un núcleo permanente de fuerzas constituido por sus esforzados caballeros y por escuderos fijodalgo; pero la mayoría de los combatientes con que entraban en campaña, se reclutaban en los grandes señoríos que llegaron á poseer, lo mismo que en los feudos de los ricos-homes, y venían á ser muchas mesnadas que se reunían

y dispersaban de la misma manera que otra cualquiera mesnada señorial. Pero esta acumulación de fuerzas, la rígida disciplina de los caballeros de las Ordenes, la existencia en ellas de jerarquías bien definidas, la autoridad única, incontestable y sin rival de los grandes maestros, las dieron militar y legítima preponderancia en las huestes cristianas de la Reconquista. La circunstancia de ser fronterizos muchos de sus dominios señoriales, motivaba un mayor ejercicio de sus hombres de guerra, que el de casi todas ó todas las mesnadas de los señores ajenos á las Ordenes, en campear por tierra mahometana y resistir las algaras de los infieles.

Llegaron á ser tan poderosas, que, constituyendo un Estado dentro del Estado, su poder superó al de los más encumbrados ricos-homes, é igualó, cuando menos, al de los reyes, á cuya autoridad hacía contrapeso su influencia.

En España fueron muchas, pero la mayor parte tuvieron una existencia efímera. Entre las que consiguieron arraigo, figura la de los Templarios. Aunque su poder, que se extendía por toda Europa, fué también grande en España, no puede considerársela como Orden militar genuinamente española.

Sus riquezas, poder y consiguientes soberbia y altanería les granjearon la enemistad de todos los grandes señores, de los reyes y del Papa mismo, que en los primeros años del siglo XIV consiguieron la extinción de aquella Orden.

Las Ordenes genuinamente españolas que prestaron valiosos servicios á la causa de la cristiandad y de la patria, fueron las de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. La fundación de las tres primeras, que se verificó en los reinos de Castilla y León, datan de la segunda mitad del siglo XII, aunque la de la Orden de Santiago, sin fundamento sólido, se la haga remontar al 23 de Mayo del año 844, en que se dice ocurrió la fabulosa batalla de Clavijo y la aparición del Santo Apóstol, patrón de España. La de Montesa fué creada en Aragón por el rey Jaime II en 1319, con los bienes de la extinguida Orden de los Templarios.

A no considerar tales, por el núcleo permanente que en ellas formaban los caballeros profesos, las milicias de las Ordenes religiosas, y los hombres de guerra, escasos en número, que, para la guarda de su persona, tuvieron á sueldo los reyes, y fueron, citándolos por su orden cronológico: los *monteros de Espinosa*, creados por Sancho García, Conde de Castilla, que aún subsisten, pero ya sin carácter guerrero y convertidos en meros palaciegos; *maceros* del rey Pedro I de Castilla; los *arqueros* de Enrique II y los *continuos*, escuderos á caballo de los últimos reyes de Castilla; en la España cristiana de la Edad Media no existieron verdaderas tropas permanentes.

Primera aparición de las tropas permanentes en la España cristiana.

Hermandades.

Pudiera considerarse como tales las formadas por el Estado llano, reunido en *hermandades*, con el objeto de velar por la seguridad pública y oponerse á la rapacidad insaciable de los señores feudales y de los malhechores vulgares, que infestaban y assolaban el país. Las primeras hermandades se organizaron en Asturias al principio del siglo XII, rápidamente tomaron incremento y se multiplicaron por todo el reino de León y Castilla, y en la primera mitad del siglo XIV, Alfonso XI, que vió en ellas un elemento poderoso y valiosísimo para coadyuvar á su tenaz empeño de tener á raya á la turbulenta nobleza, las reglamentó.

Debilitado el poder real en los reinados de sus sucesores por efectos de las continuas revueltas que perturbaron á Castilla, las hermandades vinieron también á menos; pero recobraron su vigor, cuando aquél volvió á robustecerse en tiempo de los Reyes Católicos, que las reorganizaron en 1476, dándolas nueva constitución y ordenanza. La facilidad de su concentración les permitió emplearlas como organizadas tropas veteranas en la conquista del reino de Granada.

Tropas permanentes de los califas.

Antes que los Reyes cristianos y más numerosa tuvieron los califas guardia personal asalariada. Alhakem I la instituyó, sus sucesores la aumentaron, y llegó á constar de 4.000 infantes y 8.000 jinetes. La infantería, menospreciada siempre por los árabes, la formaban esclavos cristianos comprados por ellos, ó cautivados en las algaras que verificaban por tierra cristiana. Único núcleo de tropas permanentes en las desorganizadas huestes musulimes, consiguió la guardia de los califas extraordinario poder é influencia, perjudicial por lo excesiva, y contribuyó mucho á las discordias civiles que en los reinados de los últimos califas terminaron con la ruina del califato.

Estas agrupaciones de fuerzas permanentes, ni en los cristianos ni en los moros pueden considerarse como germen de los ejércitos permanentes, por ser insignificante su número para imprimir carácter á huestes, en que predominaban las mesnadas señoriales con todos sus vicios de organización; porque no respondió nunca su creación á un fin determinado de organización militar, sino al particular de velar por la seguridad personal del monarca unas, y á la pública otras, y porque ninguna tuvo vida sin soluciones de continuidad.

En la mesnada señorial, como elemento constitutivo, y en la hueste como resultado total de la aglomeración de muchas mesnadas, está resumida toda la organización de los reinos de la Península Ibérica en la Edad Media.

V

Algunos sucesos militares de la Reconquista.—Covadonga.—Roncesvalles.—Calatañazor.—El Cid.—Alfonso VIII. Batallas de Alarcos.—Batalla de las Navas de Tolosa. Empleo de la reserva.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Empleo de la artillería en el sitio de Algeciras.—Batalla de Aljubarrota.

Último baluarte de la independencia de un pueblo las montañas, á las de Asturias se acogieron los cristianos que no quisieron someterse á la dominación musulmana. En aquellas ásperas fragosidades, pocos en número, pero ya sin distinción entre godos é hispanos por la fusión de ambas razas en una sola, verificada en el crisol de la desgracia del común vencimiento, emprendieron la obra magna de la Reconquista.

Algunos
sucesos mi-
litares de
la Recon-
quista.—Co-
vadonga.

Preparaba el emir Alhaur, en el año 718, una expedición á la Septimania, cuando supo que Pelayo enarbolaba la cruz, como enseña de independencia en las vertientes septentrionales de las que fueron después llamadas Peñas de Europa, y al mismo tiempo que él traspasaba los Pirineos para efectuar su proyectada invasión en el Mediodía de Francia, creyó suficiente, para sofocar en germen el levantamiento cristiano, enviar un poderoso ejército á las órdenes de Alkamah y Suleimán, expertos y valerosos caudillos. Contra ellos empleó Pelayo el recurso del débil contra el fuerte; rehuyendo todo encuentro, se encastilló en las elevadas montañas que forman áspero y estrecho desfiladero, por donde desciende el Deva del monte Auseva en torrencioso curso, sin que su tortuoso y sombrío valle, cerrado hacia la parte en que nace el río por alta peña en la que se halla á unos 20 pies de altura la cueva de Covadonga, tenga más anchura que cuanto el Deva tiene de cauce.

En la cueva se apostó Pelayo con algunos de los suyos, y los demás se situaron en las faldas del monte Auseva y de las montañas que forman el desfiladero. Con temeraria imprudencia los moros, confiados en su número, se comprometieron en la subida de aquella cañada, estrechura de breñas donde poca

gente podía pelear por igual y muy á su ventaja con grande ejército» (1). Forzosamente encajonado; sin poder desplegar con un frente más extenso que el de los refugiados en la cueva, y «con sus flancos expuestos á los ataques de los apostados en las vertientes de las montañas», todo resultó en contra suya; las flechas y piedras que disparaban, rebotaban en las peñas, y volvían á caer sobre ellos, confundidas con las saetas y los enormes peñascos que arrojaban los cristianos. La mortandad fué horrible, y Suleimán uno de los que sucumbieron sin gloria. Entonces Alkamah ordenó la retirada y procuró ganar las faldas del monte Auseva; pero una horrorosa tempestad, acompañada de una lluvia torrencial que por la tarde descargó sobre el valle, puso tan resbaladizo el terreno, que los moros que gateaban por la pendiente, rodaban, á pesar de sus desesperados esfuerzos, hasta el valle, y arrastrando en su caída á los que apiñados se encontraban en él, iban á perecer en el fondo del río. Pocos ó ninguno fueron los moros que se salvaron de tan espantoso desastre. En el entusiasmo de tan completa victoria los cristianos proclamaron rey á su caudillo.

Entre los reyes de Asturias y León que á Pelayo sucedieron en los tres primeros siglos de la Reconquista, los tres primeros Alfonsos marcan en la Historia las más brillantes etapas de aquélla; Alfonso I el Católico consolida el reino fundado por Pelayo y le agranda dentro de los límites de Asturias; Alfonso II el Casto extiende su dominación por toda Galicia y por las vertientes meridionales de los Pirineos oceánicos, y en sus algaras va más allá del Duero hasta llegar, por la parte de Portugal, hasta las márgenes del Tajo; y Alfonso III el Magno toma á Zamora, la socorre cuando por dos veces se ve sitiada por numerosos ejércitos moros, consiguiendo dos sangrientas victorias en que la mortandad de los musulimes excede á toda ponderación, y conquista de un modo permanente las comarcas de la margen derecha del río Duero, línea fronteriza, por bastantes años, entre cristianos y musulmanes, y que se llamó Castilla por los muchos castillos que el mismo Alfonso fué el primero en edificar para asegurar sus conquistas.

El carácter predominante de todas estas guerras es el de algaras, en que las comarcas devastadas y las ciudades entradas á saco son muchas más que las conquistas definitivas, y las batallas más reñidas é importantes se verifican al regresar moros ó cristianos para ganar la frontera, de algaras efectuada por tierra enemiga, cargados de botín y con muchedumbre de cau-

(1) Gómez Arteché.—*Geografía histórico-militar de la Península Ibérica.*

tivos. Las maniobras tácticas se reducen, todo lo más, como en la batalla de Lutus ó Lodos (794), ganada por Alfonso II, á retirarse á la vista del enemigo é internarse en las montañas, para atraerle á campo de batalla elegido convenientemente en terreno quebrado, que facilite la victoria al que simuló la retirada.

La derrota del ejército del famoso Carlo-Magno en el paso de Roncesvalles, carril usual de las invasiones en España por los Pirineos occidentales, como ha dicho el general Gómez Ar- Roncesvalles.
teche, consignada en la Historia y ensalzada por la poesía y la leyenda, ha conseguido la celebridad perdurable de los hechos históricos que, por su importancia y transcendencia, hieren vivamente la imaginación del pueblo y se graban de un modo indeleble en su memoria.

Apreciado el hecho histórico desde el punto de vista militar, resulta ser el desastre de un ejército que verifica temeraria invasión, sin las circunstancias de territorio, tiempo y oportunidad, necesarias para el éxito de empresas tan audaces; que despechado ante los obstáculos insuperables que imposibilitan el logro del objetivo propuesto, se retira arrasando cuanto á su paso encuentra y excita con tal proceder la animosidad de los naturales del país; y que, al empeñarse en el paso, siempre peligroso para huestes numerosas, de angosto desfiladero, perece en gran parte aplastado por las peñas que, arrancadas de su natural asiento y arrojadas por los montañeses, ruedan desde las altas cumbres por las laderas de las montañas hasta caer sobre él, que no puede oponer defensa fructuosa á la mortífera agresión de sus enemigos, guarecidos tras riscos inaccesibles.

He aquí los precedentes de tamaño desastre: Carlo-Magno, fundador del efímero imperio de Occidente, al ver solicitada su alianza contra el califa de Córdoba Abderramán I, por el walí rebelde de Zaragoza Ibn-al-Arabi, creyó llegada la ocasión propicia de extender sus conquistas por la Península Ibérica, hasta las márgenes del Ebro. Al efecto, penetró en España por Roncesvalles; entró en Pamplona, y, desde allí, se dirigió á Zaragoza, donde con gran sorpresa suya halló cerradas las puertas y dispuestos los moradores á la defensa. Ibn-al-Arabi había comprendido á tiempo la imprudencia por él cometida al demandar auxilio á tan poderoso aliado, y le recibía como á enemigo. Imposibilitado Carlo-Magno de castigar al voluble y falaz walí por la fortaleza de los muros de Zaragoza y por los aprestos de los gobernadores moros de las comarcas vecinas para hostilizar al ejército franco, vióse obligado á regresar á sus Estados, y fué cuando en Roncesvalles halló el castigo de su imprudencia, con el exterminio completo de la retaguardia de sus huestes (778).

De no malograrse la empresa, la influencia de Carlo-Magno en España hubiera sido decisiva, y contrariado el crecimiento y la fundación de los reinos cristianos españoles.

Calatañazor. En los reinados posteriores al de Alfonso III el Magno, paralizaron la Reconquista las revueltas promovidas por los pretendientes al trono, y las discordias de los reyes de Asturias y León con los de la naciente monarquía navarra, y los condes de Castilla que se emanciparon de toda dependencia de los monarcas leoneses en tiempo del famoso conde Fernán-González. La coincidencia del período álgido de estos disturbios con la gobernación del califato cordobés, en el reinado de Hixem II, por el insigne caudillo Mohamed-ben-Abdallah, apellidado Almanzor, vocablo que, en lengua árabe, significa el victorioso, puso á los reinos cristianos en peligro de muerte, y hubiera perecido, sin la vitalidad que por encima de errores humanos tenían, y sin la circunstancia de que el enérgico vigor desplegado por el entonces ya ruinoso califato, como efecto de la personal grandeza de un hombre, hubo de durar lo que la vida de éste.

La figura histórica de Almanzor es la personificación del sistema de guerra de los moros, llevado á su mayor grado de perfección. A partir del año 977, verifica, periódicamente, dos expediciones anuales por tierra de cristianos, y hasta el momento preciso de invadirlo, guarda completa y absoluta reserva de cuál es el Estado cristiano que ha elegido para víctima de la furia musulmana en la expedición emprendida. En todas ellas, más que la consolidación de conquistas definitivas, lo que procura es llevar lo más lejos posible su obra de desolación, y fia en que la periódica pertinencia de sus grandes algaras ó *gasúas* dará por resultado seguro el exterminio, que ha jurado, de los reinos cristianos. De este modo, y dejando, á su paso, profundo rastro de sangre y ruínas, se apodera de la capital del condado barcelonés; entra en Pamplona y reduce á proporciones exiguas el reino de Navarra; entra á sangre y fuego en la ciudad de León, heroicamente defendida por el conde Guillén González, que muere en la demanda, y llega, en una de sus excursiones, hasta Santiago de Compostela.

El defecto capital de su plan de guerra está en las soluciones de continuidad, porque en los meses que median de expedición á expedición, hay tiempo para que los cristianos se repongan en lo posible del daño sufrido y cobren ánimos, y sus reyes, apremiados y hostigados por el peligro común é inminente, aunen sus esfuerzos. Así sucede en el año 1002; el conde Melendo González, gobernador del reino de León por el rey niño Alfonso V, Sancho el Mayor, rey de Navarra, y el conde de Castilla, Sancho García, reúnen sus huestes y las oponen á

los taifas de Almanzor en Calatañazor, cerca de las márgenes del Avión, pobre subafluente del Duero. De los movimientos anteriores á la batalla, y de los incidentes y desarrollo de ésta, poco ó nada substancial dicen crónicas é historias. Técnicamente considerada, por lo que se refiere á los cristianos, la batalla fué defensiva; divididos por naciones en tres grandes masas, sin que su línea se rompiera, resistieron y rechazaron las recias y continuas acometidas de la caballería, de que, casi en su totalidad, se componía el ejército musulmán. A la noche, Almanzor, herido en la refriega, con sus mermadas y maltrechas huestes abandonó sigilosamente el campo de batalla, se retiró y murió en el camino de Medinaceli.

En tierra ya el firme puntal que le sostenía, el ruinoso califato cordobés se fué desmoronando en los primeros años del siglo XI, siguientes á la muerte del insigne caudillo que en 25 gloriosas campañas y 50 batallas, únicamente en Calatañazor fué vencido.

En todos los hechos de armas más notables de los reinados de Fernando I, Sancho II y Alfonso VI de Castilla, Ruiz Díaz de Vivar, apellidado el Cid, figura en primer término, con excepción de las derrotas que, en los últimos años del reinado de éste, empañaron la gloria de las armas castellanas. Asiste al sitio de Coimbra conquistada por Fernando I, que le arma caballero; hace estragos en los moros de Andalucía y Extremadura, en las *algaras*, que efectúa bien por cuenta del monarca, bien por suya propia; influye en las victorias de Sancho II sobre sus hermanos García y Alfonso, con sus acertados consejos, gran pericia y heroico valor; con digna altivez toma juramento á Alfonso VI de que no ha sido parte en el asesinato de su hermano Sancho, antes de rendirle *pleitesia*; ofendido por el enojo hacia él, que este acto produce en D. Alfonso, se desnaturaliza del reino, y al frente de sus deudos y mesnaderos hace la guerra á príncipes moros y cristianos, sin distinción y según á sus propósitos conviene; acompaña á Alfonso VI á la conquista de Toledo en 1085 y es el primer gobernador de la ciudad y sus alcázares; otra vez aliado con Al-Mutamín de Zaragoza consigue nuevas victorias sobre los enemigos de éste, entre los que figuran Sancho Ramírez de Aragón y Ramón Berenguer II, conde de Barcelona; y por último, unido al señor de Albarracín Abu-Meruaq-el-Melek, y á los emires de Murviedro y Denia sitia á Valencia, derrota el rey moro de Badajoz que viene en socorro de la plaza que se rinde por capitulación, y la gobierna hasta su muerte.

Los procedimientos de guerra del Cid Campeador son los de la época en que vive. Una crónica árabe califica sus empresas

El Cid.

guerreras de «correrías atrevidas, rápidas como el relámpago y abrasadoras como el rayo».

Alfonso
VIII—Batallas
de Alarcos.

Más poderoso el reino castellano que todos los musulmanes de la Península, las únicas amenazas serias para su existencia fueron las irrupciones de los moros de Africa. Los almoravides, tribu oriunda de la Arabia feliz, dueños del vasto imperio de Almagreb y llamados por los emires españoles contra Alfonso VI, habían derrotado completamente á los castellanos en las batallas de Zalaca (1086) y de Uclés (1108); pero no habían sacado partido de tan importantes victorias, por el fatal sistema de guerra de los moros, en que se echaba siempre de menos la perseverancia y continuidad de esfuerzos.

Más temible que la de los almoravides, fué la irrupción de los almohades. Jacob-ben-Jusef, con innumerables taifas, vino al encuentro de las huestes castellanas. En 19 de Julio de 1197 se verificó el choque junto á Alarcos. Era cuádruple en número el ejército mahometano; los caballeros castellanos, con su rey á la cabeza, por tres veces acometieron, y á la tercera arrollaron á la caballería africana; pero acometidos á su vez y envueltos por la reserva andaluza, los alarabes, caballería ligera y la chusma de á pie, se vieron precisados á ceder y aun á huir. El oportuno empleo de esta reserva de los musulmanes, compuesta de caballería ligera y de peones, y en que éstos se hallaban en mayoría, anuló la pujanza y arrojo de caballeros armados de punta en blanco.

La fortaleza de Alarcos cayó en poder de los vencedores, que, como siempre y por las causas de siempre, no se aprovecharon de la victoria. Sus consecuencias no pasaron de algaras por tierra castellana.

Batalla de
las Navas de
Tolosa.

Transcurren 15 años. Alfonso VIII, ansioso de tomar desquite, obtiene del Papa Inocencio III la publicación de la Santa Cruzada contra los infieles. Mahomed-ben-Jacob, sucesor de su padre, el vencedor en aquella batalla, hace predicar la guerra santa. Todo el poder musulmán va á chocar con todo el poder cristiano para decidir en definitiva cuál de los dos ha de preponderar en España.

Concéntranse los cruzados en Toledo y se dirigen hacia Sierra-Morena para entrar en Andalucía. Van en tres cuerpos—vanguardia, centro y retaguardia. Manda la vanguardia D. Diego de Haro, y la forman las mesnaías concejiles de las comunidades de Castilla y los cruzados extranjeros; constituyen el centro ó cuerpo de batalla la caballería y mesnaderos de las Ordenes militares y las huestes aragonesas que acaudilla su rey Pedro II el Católico; y va al frente de la retaguardia, compuesta de la flor y nata de los caballeros castellanos y muchedumbre

de peones, el rey Alfonso VIII, á quien acompaña el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez de Rada, famoso y reputado cronista.

En su marcha rinden el castillo de Malagón, después de tres días de asedio; entran por asalto en Calatrava; se apoderan de Alarcos, donde abandonan el ejército los cruzados extranjeros, que no pueden sufrir el rigor del clima, acostumbrados á otros menos cálidos, y también porque ven desde el primer momento que van á ser mayores las penalidades que el botín; y se incorpora en cambio el rey Sancho VII el Fuerte, de Navarra, con sus huestes. En número de 100.000 llegan los cristianos al pie de Sierra-Morena, para intentar el paso de sus desfiladeros, el 12 de Julio de 1212.

Mahomed-ben-Jacob, con un ejército de 400.000 hombres. ha acudido á cerrarles la entrada en Andalucía, ha sentado sus reales cerca de Baeza, y ocupa el paso de Despeñaperros, y los de Muradal y Lora que le flanquean.

Reúnense los caudillos cristianos en consejo de guerra, que rechaza por inoportuno el retroceder para invadir la Andalucía envolviendo la sierra sin forzarla, porque esto no es otra cosa que aplazar las dificultades para más adelante, cuando el ejército se halle en peores condiciones de entusiasmo á consecuencia de la retirada, que siempre había de ser confesión explícita de inferioridad. Igualmente desechan el plan de esperar el ataque de los moros, porque en ejército tan heterogéneo y numeroso será difícil conservar la disciplina y todavía más proveerle de víveres, problema insoluble en aquella época en que no existía administración. Por último, se deciden á forzar el paso de Lora, flanqueándole por el de Muradal.

Ataca vigorosamente D. Diego de Haro con la vanguardia el paso próximo del Muradal, y aunque llegó á apoderarse del Ferral, puesto de alguna importancia, trepando por las faldas de los montes, como no pueden desplegar las huestes cristianas en aquellas angosturas, ni emplear la caballería, que es el nervio de sus fuerzas, y están las alturas inmediatas cubiertas de moros almohades que hostilizan á los asaltantes, tiene que retirarse convencido de la imposibilidad del éxito en terreno tan accidentado y fragoso, y reforzado además por fortalezas que amenazan su retaguardia.

En tal apuro, un pastor se presenta á Alfonso VIII ofreciéndose á guiar á los cristianos por una vereda que les conducirá á las cumbres en que el moro tiene su campo. De la peligrosa empresa de reconocer militarmente el paso se encargan los adalides D. Diego López de Haro y D. García Romeu, caballero aragonés, con tropa de almogávares y caballería ligera.

El resultado del reconocimiento es favorable, y entonces casi á la vista del enemigo, que la cree marcha en retirada, el 14 de Julio, efectúa todo el ejército cristiano una de flanco, en que, trepando por la Sierra, atraviesa el paso del Emperador ó del Rey y se presenta en la meseta llamada hoy día de Santa Elena, frente á los campos de las Navas de Tolosa, con gran sorpresa de los moros. El día 15 lo dedican unos y otros á los aprestos para la batalla que se da el 16. Los castellanos forman en tres líneas: vanguardia, centro y reserva, y los aragoneses y navarros en las alas.

Ataque verificado por las huestes de la primera línea que manda López de Haro, es rechazado por los moros que, en cinco cuerpos, forman extensa media luna, y amenazan envolver aquéllas. Nuevo ataque de la primera línea cristiana, reforzada por la caballería de las Ordenes militares que constituyen la segunda línea, coincide con doble acometida de los aragoneses y navarros por los flancos. Llegan los cristianos hasta la quinta línea de las apretadas haces musulmanas, y de nuevo retroceden en desorden. Alfonso VIII, que hasta este crítico momento ha presenciado con ánimo sereno los incidentes y desarrollo del combate, cree con acierto que ha llegado la ocasión de emplear la reserva, y al frente de ella, diciendo á D. Rodrigo: «Arzobispo, vos é yo aquí muramos», se lanza á la pelea, rehace á los combatientes de las dos primeras líneas, y con todo su ejército cae sobre el musulmán que, quebrantado por los esfuerzos anteriores, y amilanado por aquella vigorosa acometida que ya no espera, y sin reserva alguna, porque los 10.000 negros del Sudán que, formando reducto humano, y unidos los unos á los otros por medio de cadenas, defienden al emir Almumenín á retaguardia del centro, están incapacitados por su forzada inmovilidad, para todo lo que no sea defensa pasiva, huye.

El rey de Navarra es el primero en romper esta muralla humana que sucumbe acuchillada por los caballeros cristianos, en tanto que el emir huye montado en veloz yegua.

Fué tal el furor de los vencedores, que no hubo cuartel hasta el extremo de no hacerse cautivos. No es, por lo tanto, extraño que murieran 100.000 musulimes en una batalla, en que perecieron muchos menos cristianos» (1).

Planes preconcebidos y tratados en consejo de guerra; tentativas de la vanguardia para forzar el paso, antes de comprometerse todo el ejército en tan difícil empresa; reconocimiento militar del camino que flanquea las posiciones enemigas; difícil

(1) Los cronistas cristianos dicen 25, número inconcebible habiendo sido tan reñida la batalla.

marcha de flanco; orden de batalla en tres líneas; movimiento sucesivo de ataque y empleo acertado y decisivo de la reserva, forman un conjunto, cuya sola exposición basta para demostrar que el arte militar contribuyó poderosamente al triunfo de los cristianos.

Después de la batalla de las Navas de Tolosa, la conquista de las Baleares (1234) y del reino de Valencia (1238) por Jaime I de Aragón, y la de los reinos de Córdoba (1236) y Sevilla (1242) por el rey castellano Fernando III, puede decirse que fueron virtualmente la terminación de la Reconquista, pues si los sucesores del rey Santo en el trono de Castilla hubieran empleado su poder en la expulsión de la morisma, muy efímera hubiese sido la vida del reino de Granada. Contiendas civiles impidieron la perseverante continuación de la Reconquista en serie no interrumpida de esfuerzos, hasta que un monarca de extraordinaria energía, figura militar de ingente grandeza, enfrenó con mano fuerte á la turbulenta nobleza, y después, en las orillas del Wadacelito ó Salado, y en el sitio de Algeciras, consiguió triunfos decisivos, á que puso fin la peste, dándole muerte traidora en el sitio de Gibraltar.

Batalla del Salado.

En la batalla del Salado, Alfonso XI desarrolla un plan hábil y preconcebido, en cuya ejecución son notables: la marcha en que las huestes cristianas avanzan al encuentro del enemigo apostado en ventajosas condiciones, el despliegue de los castellanos en tres líneas, preparado de antemano por el orden de marcha; el enlace de las fuerzas castellanas con las portuguesas por un numeroso cuerpo de infantería, que en momento crítico para estas últimas, con oportuno auxilio y por un movimiento envolvente y ataque de flanco, produce la derrota de la caballería granadina; el acierto con que el rey de Castilla saca partido de la imprudencia temeraria de las mesnadas que destacó á vanguardia, y de los errores del enemigo, para venir á efectuar un ataque de frente combinado con otro de flanco y retaguardia y con una salida de los sitiados de Tarifa, que formaba parte del plan de combate, y estaba preparada de antemano por el envío de refuerzos á la plaza, mediante la feliz realización de una operación preliminar. En resumen, el conjunto de movimientos tácticos da la victoria más completa á los cristianos. Y esto sucede de la siguiente manera:

Abul-Hassan, emperador de Fez y de Marruecos, se ha apoderado de Gibraltar, es dueño de Algeciras, está aliado con Yussuf-Abul-Hajjab de Granada, y tiene, por lo tanto, franca la entrada en la Península. Confiado en el número de sus soldados y naves, sueña con renovar para su gloria los laureles que orlaron las sienas de Muza y Tarik, y con una escuadra de 250 bu-

ques, pasa el Estrecho de Gibraltar, destroza la flota aragonesa y castellana que encuentra al paso, y va á desembarcar en las playas de Algeciras con un numeroso ejército. Pierde un tiempo precioso en sitiar á Tarifa, cuando ha podido efectuar rápida invasión en el territorio castellano, sin dar ocasión á que Alfonso XI allegue fuerzas y recursos para oponérsele con alguna probabilidad de éxito. El rey de Castilla aprovecha este error del enemigo, y con asombrosa actividad improvisa una flotilla, toma á sueldo 12 naves genovesas, consigue del rey de Aragón 15 galeras, y de su aliado Alfonso IV de Portugal una escuadra, y al mismo tiempo reúne á toda prisa las mesnadas, así señoriales como concejiles de su reino, que, unidas á la hueste portuguesa con que viene á Sevilla su aliado, forman un total de 40.000 peones y 18.000 jinetes, ejército numeroso en sí, pero pequeño para contrarrestar el esfuerzo de los 140.000 combatientes á que ascienden las huestes marroquíes y granadinas.

Tarifa se defiende con tesón; el ejército de socorro, acaudillado por los reyes de Castilla y Portugal, parte de Sevilla á los quince días del mes de Octubre de 1386, y en catorce jornadas llega á la vista de la ciudad sitiada.

Los moros levantan el cerco y toman posición en unos cerros, á los que sirve de foso el Salado, río de corto curso, que nace en el término de Tarifa y muere á tres kilómetros de ésta. Sus puentes y vados los guardan fuertes destacamentos de caballería. Un recodo que forma el río en curva convexa hacia las posiciones de los moros, deja una estrecha margen por única comunicación fácil entre los marroquíes y la caballería granadina que, á la derecha de la línea, ocupa la parte más ancha del valle.

Al amanecer del 30 de Octubre la hueste castellana en tres columnas, vanguardia, cuerpo de batalla y retaguardia que van una en pos de otra, desciende al valle. Á su izquierda marcha la portuguesa, formada casi exclusivamente de caballería, y reforzada por 3.000 jinetes castellanos, y uné ambas huestes un cuerpo de peones armados de ballestas y picas. Por la noche Alfonso XI ha enviado de refuerzo á Tarifa un destacamento que, ahuyentando á un cuerpo de caballería africana que trató de oponerse á que verificase el paso del río, se ha incorporado á los defensores.

Una vez en el valle el ejército castellano, despliega en tres líneas. Por desobediencia del caudillo que la manda á las órdenes del rey Alfonso XI, no pasa el río la primera línea; pero lo hace por un puente próximo á la angostura del valle, la vanguardia de la segunda, luego la caballería ligera que el monarca envía á reforzarla, y por último las mesnadas de la pri-

mera línea, que así que se enteran de la cobarde negativa de su jefe á cumplimentar las órdenes del rey, se desentienden de él. Todas estas fuerzas arrollan los destacamentos moros que defienden los pasos del río, y aprovechando la angostura del valle suben rápidamente á la cumbre, y atacan por la derecha el campamento marroquí, que los moros han dejado á sus espaldas, al mismo tiempo que lo atacan también por la izquierda y por retaguardia la guarnición de Tarifa.

Alfonso XI, que con la segunda línea ha pasado ya el río, se halla frente á frente del grueso de las *taifas* africanas que le envuelven y acosan. El oportuno auxilio de la reserva las obliga á retroceder; al mismo tiempo los defensores del campamento, desalojados de él por la vanguardia castellana y la guarnición de Tarifa, descienden al valle precipitadamente. Acosada la hueste africana por el frente, flancos y retaguardia, se retiró en desorden por el camino de Algeciras, y al chocar con la caballería granadina que, después de rechazar las cargas de la portuguesa, ha retrocedido ante un vigoroso ataque que por su flanco derecho le ha dado el cuerpo de infantería castellana, que servía de apoyo á la caballería portuguesa, la retirada se convierte en fuga, y el combate en matanza de moros.

Si la batalla del Salado es notable como prueba de los adelantos de los cristianos españoles en el arte militar, no lo es menos el sitio de Algeciras, por ser en él donde primero se empleó la artillería: esta gloria corresponde á los moros españoles.

Fué el sitio una brillante operación de guerra que duró más de dos años, y en el que Alfonso XI demostró una vez más su inquebrantable tesón y enérgica perseverancia. El empleo de la artillería por los moros en la defensa de la ciudad, está comprobado por las siguientes palabras de la crónica del monarca sitiador: «Et los moros de la cibdad lanzaron muchos truenos contra la hueste, en que lanzaban *pellas de fierro* muy grandes, tan lejos de la cibdad, que pasaban allende de la hueste algunas de ellas».

Temerario é imprudente arrojó de los caballeros castellanos, que sin considerar el cansancio del ejército después de una penosa jornada en caluroso día de estío, y la proximidad de la noche, á las seis de la tarde, van á estrellarse en posiciones, fuertes por naturaleza y fortalecidas por el arte, que los portugueses han escogido para esterilizar la ventaja del número que tienen sus adversarios; hábil disposición de la hueste portuguesa en línea quebrada, cuyo centro ocupa angosta meseta accesible únicamente por el frente, y cuyas alas, en ángulo casi recto, efectuando una pequeña variación sobre los vértices, acometieron por los flancos á los castellanos en el momento decisivo del

Batalla de
Aljubarrota (14 de
Agosto de
1385.)

combate; é influencia de los arqueros ingleses en el éxito de éste, al disparar sus flechas desde el parapeto en que están atrincherados, y preparar con los efectos de su certera puntería la derrota de la hueste castellana, que deciden las brillantes cargas, con que los hombres de armas portugueses responden á la furiosa acometida de los enemigos; tal fué en síntesis la batalla de Aljubarrota, que imposibilitó la unión á la de Castilla de la corona de Portugal, inutilizando los derechos á ésta, de la esposa del monarca castellano Juan I, hija del portugués D. Fernando, que había fallecido sin dejar sucesión masculina, y afirmando en el trono al maestre de Avis, hermano natural del difunto, y proclamado rey con el nombre de Juan I por sus compatriotas, que en sus dotes de hábil político y entendido capitán encontraron méritos suficientes para no tener en cuenta su bastardía.

La invasión la habían efectuado los castellanos, partiendo de la plaza fronteriza de Ciudad-Rodrigo por la cuenca del Duero y valle de Mondego, y para caer sobre Lisboa, objetivo principal de su campaña, se dirigían á salvar la divisoria de aguas del Tajo y Mondego, por el camino de Leira á Torres Vedras, cuando avistaron al ejército portugués que los esperaba atrincherado entre dos arroyos. La fatiga de catorce días de marcha y el terreno fueron condiciones desfavorables para los invasores. Para atacar al enemigo en posición tuvieron que dar un rodeo y avanzar por monte bajo con un frente de 400 caballos á lo más, por limitarle los dos arroyos. Por esto no pudieron tomar parte activa en el combate las dos alas de la hueste castellana, y ofrecieron seguro blanco á las flechas de los arqueros ingleses la vanguardia y el centro, que en el período decisivo resistieron solos el empuje de todo el ejército portugués. Las posiciones ventajosas del enemigo y las armas arrojadas de la infantería consiguieron el triunfo sobre el número y la bizarría: ya no eran éstos los elementos primordiales de la victoria en las guerras de la Edad Media.

SEGUNDA ÉPOCA

Tiempos posteriores á la invención de la pólvora.

Renacimiento del arte militar.

PRIMER PERÍODO

Los Reyes Católicos.—El Gran Capitán.

I

Primeros anuncios del Renacimiento del arte militar en el siglo XIV.—Alfonso XI iniciador de los ejércitos permanentes.—Arqueros ingleses en Crecy y Poitiers.—La infantería de los husitas alemanes.—La infantería suiza en Grandson y Morat.—Expedición de Carlos VIII á Italia.

Las causas determinantes del Renacimiento del arte militar fueron la resurrección de la infantería, como elemento esencial de combate, la creación de ejércitos permanentes y la invención de la pólvora; las dos primeras fueron á su vez consecuencias inmediatas de la organización del poder real y robusta vida adquirida por los municipios á expensas del feudalismo. El Renacimiento, que puede considerarse como un hecho cumplido en las campañas de Italia, efectuadas por los españoles y su caudillo el Gran Capitán á principios del siglo XV, no surgió de repente, sino que fué resultado, como todas las grandes transformaciones de las instituciones de las artes y de las ciencias, de lenta y trabajosa evolución que empezó en España antes que en parte alguna, pero que también hubo de manifestarse de una manera patente en los principales reinos y repúblicas de Europa, en los dos segundos tercios del siglo XIV.

El germen de la infantería, como arma principal del combate, son las milicias comunales ó mesnadas concejiles, que buscaron su fuerza en las cualidades opuestas á los vicios radicales de la caballería feudal, esto es: en la disciplina, en el mutuo apoyo y reciproca protección que traen consigo la unión y movilidad

Primeros
anuncios del
Renacimiento
del arte mili-
tar en el siglo
XIV.

bien concertadas, de que provinieron la ordenación y maniobras tácticas; y en el empleo de armas arrojadizas.

Desde el momento en que el poder real se robusteció y se afirmó en el interior de cada reino, se despertó en los reyes la afición á grandes conquistas que hacían imprescindibles largas y pertinaces guerras ofensivas; pero éstas no eran posibles con las milicias feudales y concejiles de que se formaban las huestes reales. Por otra parte, abiertos desde las Cruzadas nuevos horizontes á la actividad humana en el comercio y la industria, decreció en los pueblos el espíritu guerrero, en contraposición y en las mismas proporciones, por lo menos, que había aumentado en los reyes, que ya no tuvieron en las milicias comunales un elemento de fuerza para las guerras duraderas y expediciones lejanas, como antes le habían tenido para combatir á los señores feudales y comarcas vecinas. Estas causas les impusieron la necesidad de mantener tropas asalariadas y permanentes, con las que pudieran contar para la ejecución de sus empresas militares, cualquiera que fuese su duración.

Más que ninguna otra causa influyó la invención de la pólvora por el fraile alemán Bertoldo Schwartz, en el siglo XIV, en la completa transformación de los procedimientos de combate, y por consiguiente en la de la organización de los ejércitos y estado militar de los pueblos. Aplicado el nuevo invento á la guerra, en poliorcética introdujo con la artillería nuevos elementos de expugnación y defensa de plazas, y en fortificación varió por completo las dimensiones de las obras de defensa, que disminuyeron de elevación lo que aumentaron en espesor; con la artillería y las armas portátiles de fuego hizo que variasen en táctica los órdenes de combate, al dar el golpe de gracia á los hombres de armas como fuerza resolvente; y en la organización de los ejércitos influyó por la introducción de tropas armadas de arcabuz. Y al influir de un modo decisivo en el sistema de ataque y defensa de plazas y en la fortificación, eficazmente en la táctica, y de una manera notoria en la organización de los ejércitos, cambiados todos los caracteres y procedimientos de la guerra, hubo la invención de la pólvora de cooperar á infundir nueva vida á la olvidada estrategia, que había recibido extraordinario impulso de la resurrección de la infantería como elemento importante de combate, y mayor aún de la creación de los ejércitos permanentes.

Pero la presencia de estas causas, impuestas como elemento de transformación por la necesidad, según sucede siempre en tales casos, no dejaron sentir sus efectos inmediatamente, y sí con el transcurso del tiempo; y su influencia no fué notada ni sirvió de enseñanza á los hombres de guerra, hasta que en mo-

mentos críticos fué decisiva en hechos de armas, con admiración muchas veces del mismo caudillo que las empleó por repentina inspiración, y á quien dieron la victoria.

Tal sucedió con la resurrección de la infantería y el empleo de tropas permanentes y asalariadas que venía efectuándose lentamente, hasta que la presencia de los arqueros ingleses en las batallas de Crecy, Aljubarrota y Poitiers dió á aquellos hechos la importancia verdadera que tenían, y que no fué reconocida hasta que no se tradujo en sangrientos y ruidosos ejemplos. Del mismo modo la influencia de la aplicación de la pólvora á la artillería y á las armas portátiles no se comprobó, sino cuando la victoria de Ceriñola, conseguida por el Gran Capitán y los españoles sobre la gloriosa y afamada gendarmería francesa con el fuego de los arcabuces y lombardas, la hizo patente, y confirmándose después, cuando, según la feliz expresión del general Almirante, «el arcabuz español concluyó de plantear el complicado problema de la táctica en el terreno moderno» (1).

En los primeros anuncios del Renacimiento del arte militar, aparece siempre España como precursora. Respecto á táctica y estrategia, ya se ha visto al estudiar las batallas de las Navas de Tolosa y del Salado. En lo referente á ejércitos permanentes, el vencedor del Salado, puede considerarse como su iniciador, cuando da nueva organización y reglamenta las hermandades, y la misma tendencia manifiesta cuando recaba de las Cortes del reino, desde 1341 hasta su muerte, en Burgos y Alcalá, alcabala para mantener tropas, por su exclusiva cuenta y á su completa devoción, primeramente con el objeto de atender á los gastos del sitio de Algeciras; en 1349, por seis años, para el sostenimiento de tropas que guarnezcán esta plaza y los castillos de la frontera, y, por último, en 1349, con destino al mantenimiento del ejército con que trató de apoderarse de Gibraltar.

Anuncio del Renacimiento del arte militar, fué la influencia decisiva de los arqueros ingleses en las batallas de Crecy, Poitiers y Aljubarrota, y ya se ha visto cuál fué ésta. Mayor aún y de más significación en la Historia del arte militar, la ejercieron en las otras dos, y muy especialmente en la de Crecy, acontecimiento extraordinario de la Edad Media, que destruyó la importancia de la caballería feudal, é hirió de muerte su preponderancia.

A la muerte de Carlos el Hermoso, sin sucesión varonil, Eduardo III de Inglaterra había pretendido la corona de Francia, que adjudicó una asamblea de prelados y señores á Felipe

Alfonso XI
iniciador de
los ejércitos
permanentes.

Los arque-
ros ingleses
en Crecy y
Poitiers.

(1) Almirante, *Diccionario militar*.

de Valois (1328), sexto de este nombre; roto con un pretexto cualquiera las primeras hostilidades de una guerra entre Inglaterra y Francia, que duró 126 años; y después de varias campañas y treguas, invadido la Francia, desembarcando en las costas de Normandía, que la escuadra y el ejército inglés arrasaron.

Internóse éste, siempre llevándolo todo á sangre y fuego, en el corazón de la Francia, y llegó, por la orilla izquierda del Sena, hasta Poissy, á seis leguas de París. Sorprendido Felipe VI, no pudo oponerse inmediatamente á la invasión; pero se apresuró á llamar en su auxilio á todos sus vasallos y aliados. Acudiendo á porfía al llamamiento, concurrieron á Saint-Denis la nobleza con sus mesnadas, el Estado llano con sus milicias comunales, y el rey de Bohemia, su hijo Carlos, electo emperador de Alemania y el duque de Lorena con sus huestes, y formaron un ejército numeroso, prototipo de los ejércitos reales en la Edad Media, porque contribuyeron á su formación todos los elementos que habitualmente los constituían.

La situación de Eduardo III con un ejército enfrente, doble del suyo, y que engrosaba de día en día; teniendo á su retaguardia comarcas devastadas por él, y cuyos habitantes le odiaban; sin poder lanzarse sobre París, ciudad populosa y apoyada por el ejército francés; é imposibilitada su retirada á los Estados Flamencos, porque el enemigo había cortado todos los Puentes del Sena, y vigilaban todos los pasos de este río fuertes destacamentos, era muy crítica y presagiaba que su imprudente y audaz invasión iba á tener un funesto desenlace.

No obstante, logró el inglés forzar el paso del Sena, y, luego, el del río Somme por un vado practicable á las horas del reflujo del cercano mar.

Llegó el francés en el momento en que los ingleses le habían pasado, el flujo ó pleamar le impidió pasarle á su vez, y tuvo que retirarse á Abbeville, por cuyo puente, al despuntar la aurora del 25 de Agosto de 1346, atravesó el Somme en la creencia de que el enemigo continuaba su retirada; no era así, le esperaba en posiciones escogidas de antemano.

Para asegurar la ventaja del terreno y anular la de la superioridad en caballería y número, que no podía quitar á los franceses, situó Eduardo III su ejército en una altura poblada de bosques y de difícil acceso para la caballería, y convirtió sus hombres de armas, excepto 1.200 que, montados, colocó en las alas como refuerzo, en infantería pesada que sirviera de escogida reserva á los arqueros. Dividido el ejército en tres cuerpos escalonados, y cada uno de éstos en tres líneas: la primera de arqueros, la segunda de peones, y, la tercera, de hombres de

armas desmontados; resultaba en nueve líneas curvas de figura de media luna. Apoyada en Crecy su derecha, cubierta por obras de tierra y árboles cortados y tendidos, y su izquierda en el bosque, presentaba un frente despejado, pero angosto, para que los asaltantes no pudieran sacar partido de su numérica superioridad; y allá, en el bosque que coronaba la cúspide de la colina, estaba su último atrincheramiento, y en él seis lombardas puestas en batería.

No tardó en presentarse el ejército francés que avanzaba rápidamente en confusión y tumulto, que formaban contraste con la calma y regularidad del inglés, que, sentado en tierra, esperaba tranquilo. Eduardo III, conocedor del enemigo con quien se las había, contaba con el excesivo arrojo de éste para el logro de la victoria, y prohibió á sus soldados que bajo pretexto alguno rompiesen las filas.

Felipe VI hizo que 15.000 ballesteros genoveses que venían en la retaguardia pasasen á vanguardia para iniciar y preparar desde luego el ataque de las posiciones inglesas; pero bien aconsejado por algunos de sus caballeros, desistió de su primer propósito, y, para que el ejército se repusiese de las fatigas de la marcha, y dar tiempo á que se incorporasen los rezagados, dió el orden de alto. Obedecida por los genoveses, se vieron atropellados éstos por el conde de Alençon, hermano del rey, y los 4.000 hombres de armas que formaban el primer cuerpo de ejército francés, y tan pernicioso ejemplo fué seguido por el cuerpo de batalla, por el de retaguardia, compuestos ambos exclusivamente de caballería, y por la innumerable infantería que desperdigaba por el campo, obstruía los caminos y embarazaba la marcha de las tropas regulares; con espantoso vocerío y blandiendo las armas los 129.000 hombres á que ascendía el ejército francés, se agolparon, empujaron y oprimieron en un reducido espacio.

Son las tres de la tarde del 26 de Agosto, cuando Felipe VI, en la imposibilidad de contener á los suyos, ordena á los genoveses que emprendan el ataque. Estos corren hacia el enemigo y lanzan sobre él sus flechas que, faltas de impulso, porque la humedad ha aflojado las cuerdas de las ballestas, caen sin fuerza á corta distancia.

Los arqueros ingleses se ponen en pie, sacan sus ballestas de las bolsas en que previsoramente las han resguardado de la lluvia, y despiden sobre los genoveses saetas en tal número, que éstos se ven acribillados y se batan en retirada. Entonces los hombres de armas del conde de Alençon arremeten con ellos con igual furia que si fueran enemigos, y alanceando igualmente á los arqueros genoveses que retroceden, y á los arqueros ingleses que avanzan, llegan hasta la segunda línea del primer

cuerpo enemigo que manda el príncipe de Gales, la rompen y desordenan, y chocan con la tercera, en que pie á tierra é inmóviles los esperan, lanza enristre, los caballeros ingleses. El choque es terrible, el cuerpo de batalla y la retaguardia de los franceses se incorporan á su vanguardia en el momento en que ésta empieza á cejar, y se renueva la acometida con mayor ímpetu.

Súbitamente resuena el estruendo de las seis lombardas inglesas al disparar sobre los franceses; es la primera vez que la artillería se emplea en batalla campal, y el efecto moral que produce es mucho mayor que el material.

Los hombres de armas franceses, en el corazón mismo de las profundas masas de peones y caballeros de primer cuerpo enemigo, se ven envueltos y acorralados por todas partes, y cuando van cayendo derribados de sus corceles de guerra, quedan á merced de sus contrarios, porque el mismo peso de sus armaduras les impide valerse y levantarse. La mortandad es horrible. Son muchos los que perecen, bastantes los que huyen, y pocos los que se salvan. El rey de Francia no cae prisionero porque los ingleses, asombrados de su victoria, no avanzan. La noche, que se echa encima lluviosa y oscura, favorece su retirada. El triunfo de la infantería sobre la caballería feudal sorprende á los mismos que le han preparado con la elección para campo de batalla, no de llanuras á propósito para la lucha de los hombres de armas, encarnación y representación clásica del feudalismo, y sí de terreno quebrado, favorable á los peones que, despreciados hasta entonces, han visto pelear á su lado y á pie como ellos, á los más orgullosos barones del rey de Inglaterra.

Un ejército de 30.000 hombres ha vencido á otro cuádruple en número y formado de valerosísimos combatientes que han peleado con heroísmo caballeresco. A los arqueros se debe la victoria; la artillería les ayudó á conseguirla; los caballeros, como infantería de reserva, la completaron.

Confirmación de la supremacía de la infantería es la batalla de Poitiers. En ella, como en la de Crecy, es entre ingleses y franceses la lucha; el héroe de la jornada el príncipe de Gales, que ahora manda en jefe el ejército inglés; á los arqueros de esta nación se debe el éxito favorable para sus armas, y el vencedor escoge campo de batalla ventajoso para su ejército. El desarrollo de la campaña á que la batalla de Poitiers da fin, es casi idéntico al de la que ha precedido á la de Crecy, y si ambas campañas son de invasión, ambas batallas son defensivas por parte de los ingleses.

Igual marcha atrevida y audaz invasión de los ingleses, que ahora descienden de la Normandía al Sur de la Francia, para

efectuar una diversión en favor de sus aliados los navarros, y retroceder después, atravesando de Sur á Norte el reino hasta refugiarse en la Guyena; igual saqueo y devastación de las comarcas por que pasa el invasor; igual sorpresa del monarca francés, que lo es por este tiempo Juan II; igual apresuramiento é iguales resultados en la convocatoria y reunión de las huestes francesas; igual apurada situación de los invasores por detenerse delante de Romorantín, para sitiarla; é igual resultado para los franceses en la campaña y en la batalla, ó peor si se tiene en cuenta que su rey cae prisionero en la de Poitiers. Una diferencia hay digna de mención, la de no emplear los ingleses la artillería en Poitiers, no obstante de lo útil que su empleo ha sido en Crecy.

El Príncipe Negro, así llamaban al de Gales por el color de su armadura, da un rodeo para evitar el acercarse á Poitiers, y este movimiento permite al rey de Francia, avanzando por la línea más corta, atajarle. Los ingleses toman posición en una colina plantada de viñedo, á la que se sube por un desfiladero dominado desde ambos lados por las cercas de los plantíos. Imposible en este sitio toda maniobra de la caballería, el príncipe manda á la suya echar pie á tierra, y formando con ella un cuerpo de infantería, la colocó en la cúspide de la colina, no sin dejar montados un número respetable de hombres de armas, para atender á cualquier contingencia en que sea necesaria alguna fuerza á caballo. Delante sitúa una línea de arqueros cubierta por trincheras, fosos y empalizadas, y más á vanguardia otras parapetadas detrás de las cercas de las heredades. En otra colina, que avanza por la derecha de las posiciones ocupadas por su ejército, embosca el príncipe 300 hombres de armas y otros tantos arqueros á caballo.

Con los 40.000 hombres que componen el ejército francés, hubiera podido el rey Juan bloquear á los 4.000 arqueros, 2.000 hombres de armas y otros tantos peones que forman el ejército inglés, que escaso de víveres, se habría visto obligado á rendirse por hambre; pero prefiere atacarlo y vencerlo por la fuerza de las armas, y en vez de desplegar su numerosa fuerza en extensa línea, sin reconocer el terreno ocupado por el enemigo, las divide en tres grandes masas que sitúa muy cerca unas de otras.

Al amanecer del día 19 de Septiembre de 1356 los franceses abordan de frente al enemigo. Para abrir paso al ejército, 300 hombres de armas á caballo avanzan por el desfiladero; todos los demás, excepto un escuadrón que permanece montado para apoyar á los de vanguardia, cerca de la entrada de aquél, han echado pie á tierra, cortado sus lanzas para convertirlas en pi-

cas de cinco pies de longitud, y por el camino que les despeje la vanguardia, y unidos á los peones, han de ir al asalto de las trincheras y cercas en que están parapetados los arqueros.

La vanguardia francesa llega por un refuerzo de heroico valor hasta el frente del ejército inglés, pero allí los dardos que les asestan los arqueros concluyen de desordenarlos. Detiéndense los que van á la cabeza, y los atropellan los que vienen detrás; la confusión es espantosa. Entonces los hombres de armas ingleses que no han echado pie á tierra, cargan á los franceses que, en retirada, se precipitan con sus caballos sobre el cuerpo de ejército francés mandado por el Delfín, al que acometen en aquellos momentos de consiguiente desorden, por su flanco izquierdo, los arqueros y hombres de armas emboscados, desde antes de empezar la batalla, tras de inmediata colina. A la sorpresa producida por tan rudo é inesperado ataque, siguen las dispersión y la fuga; el duque de Orleans, con su cuerpo de ejército que ha permanecido intacto á la derecha, y algo más á vanguardia del mandado por el Delfín, aterrado por la derrota de éste huye también, y queda únicamente en el campo de batalla el cuerpo de reserva y á su frente el rey Juan II. El príncipe de Gales hace que todos sus hombres de armas monten á caballo; y con todo su ejército desciende á la llanura, arrollando el único escuadrón montado de que disponen los franceses. Ya en el llano, la ventaja sigue siendo, aún más que antes, de los ingleses, porque ahora luchan á caballo con los enemigos desmontados, que los que no caen al filo de las espadas de los caballeros, son alcanzados por las flechas de los arqueros.

El rey de Francia, con una hacha de armas en sus manos, hace prodigios de valor. Herido y rendido de fatiga, cae prisionero.

Tal fué la batalla de Poitiers.

En el siglo XV, la infantería da pruebas de su importancia táctica, y de que puede luchar ventajosamente con la caballería, no ya en la defensa de posiciones escogidas y mediante el empleo de armas arrojadas, sino acometiendo denodadamente, y luchando cuerpo á cuerpo en rasa campaña con los hombres de armas. Sucede así por vez primera en la guerra de religión, sostenida por los husitas, sectarios de la herejía predicada por Juan Hus, contra el rey de Bohemia y el emperador de Alemania.

La infantería de los husitas alemanes.

Iniciada la guerra por la sublevación de los bohemios, adeptos en su mayor parte á la nueva doctrina, para vengar el suplicio de su apóstol, como sucede en todo movimiento popular, las primeras fuerzas rebeldes se redujeron á bandas desorganizadas de infantería, que ha sido y es siempre el arma de las mu-

chedumbres. Su caudillo Juan, apellidado Zizcka, las organizó y las dió resistencia y empuje, resucitando para ellas, como orden de combate, el falangista, y dotándolas del arma propia para éste, la pica de gran longitud.

Desde el momento que tuvo organización y órdenes tácticos, la husita consiguió las ventajas que toda la infantería lleva á la caballería, y son: movilidad mayor para efectuar largas y continuadas marchas, lo mismo por los ásperos senderos de la montaña, que por los anchos caminos del llano; aptitud para batirse en toda clase de terrenos; fácil sostenimiento con escasos recursos; y facilidad para convertirse, en corto tiempo, peones recién reclutados en soldados inmejorables.

En un principio se concretó Juan Zizcka á la guerra de estratagemas, sorpresas y emboscadas, y le sirvió de punto de partida para sus expediciones, y de refugio cuando las terminaba, un monte, en que estableció un campo atrincherado, y que con nombre bíblico llamó Tabor. Después se lanzó á mayores empresas, y la infantería de los husitas, desmontando con sus largas picas á los hombres de armas, después de resistir sus falanges, como firme roca, las acometidas de éstos, derrotaron hasta tres ejércitos enviados contra ella por el emperador de Alemania y el rey de Bohemia, y se hicieron dueños, casi en absoluto, de todo este reino. Después de 19 años de guerra (1415-1434), y cuando, ya hacía años que había muerto su héroe Zizcka, no pudiendo vencer por la fuerza de las armas á los husitas, aquellos monarcas tuvieron que emplear la diplomacia para desunirlos y someterlos.

País pobre la Suiza y sin ganado caballar, no pudo sostener nunca hombres de armas; país montuoso, tampoco se prestaba á combates de caballeros contra caballeros; país constituido federalmente, no podía arraigar en sus habitantes espíritu de conquista, sus guerras tenían que ser defensivas, y la caballería no es arma á propósito para la defensiva; país democrático, su fuerza en los combates tenía que estar en la infantería, arma de las muchedumbres. Precisados los suizos á defender su independencia, para combatir con los hombres de armas de los príncipes que querían subyugarlos, adoptaron como orden táctico la formación en masas profundas, erizadas de picas y alabardas, terribles por su agrupación ordenada y compacta para las desorganizadas milicias ó huestes de la Edad Media; y murallas vivientes, impenetrables para la caballería feudal, incapaz de destruir columnas apiñadas que, al acometer, avanzaban con lento y seguro paso, y con impulso formidable por la densidad de la masa, ya que no por la velocidad.

Estos órdenes tácticos exigían armas adecuadas á ellos y de

La infantería suiza en Grandson y Morat.

gran longitud, y usaron los suizos largas espadas y fuertes alabardas, terribles para los jinetes que llegaban á sus primeras filas; pero el arma por excelencia de aquella valerosa infantería, fué la pica de longitud desmesurada (18 pies), el arma de la falange griega, resucitada como ésta en los albores del Renacimiento del arte militar. Su fuerza estaba en la solidez de sus cuadros, que se componían de 3.000 á 4.000 hombres, de los que una tercera parte estaban armados de arcabuces.

Carlos el Temerario, duque de Borgoña, quería constituir el antiguo reino de Borgoña, del que había de formar parte, entre otras comarcas, la Suiza.

Con un ejército de 40.000 hombres la invadió en Enero de 1476, sitió la ciudad de Grandson, situada á la derecha del lago de Neufchâtel, la rindió, y ejecutó despiadadamente á los 800 hombres que la habían defendido con heroísmo.

Para vengar á sus hermanos, avanzan desde Neufchâtel 20.000 suizos por campos cubiertos de nieve y lodo. Sale á su encuentro el borgoñón por un camino estrecho entre las montañas y el lago, con notable imprudencia, porque no le es posible desplegar sus numerosas fuerzas y artillería, ni emplear con ventaja la caballería que constituye el núcleo principal y el nervio de su ejército; chocan violentamente sus hombres de armas, seguros de la victoria con los profundos escuadrones de la infantería suiza, y se ven obligados á retirarse. Con menosprecio del mortífero fuego de la artillería borgoñona avanzan resueltamente los suizos á apoderarse de ella. Carlos el Temerario, volviendo á la carga con su magnífica caballería, los detiene, y aunque ellos se sostienen con firmeza, la victoria está indecisa; intenta el borgoñón extender su frente para envolverlos, y aquella maniobra imposible en el desfiladero en que ha aglomerado su ejército, aumenta en éste la confusión y el desorden (3 de Mayo); y en aquel momento caen impetuosamente sobre su flanco izquierdo numerosos destacamentos suizos, que han envuelto la línea de combate enemiga, caminando por senderos abruptos, entre bosques de abetos, y que de repente descienden como un alud desde lo alto de la montaña; este inesperado ataque produce espantoso pánico en los borgoñones, que se dispersan y huyen.

Lleno de ira por su derrota y ansioso de pronto desquite, reorganiza Carlos el Temerario su ejército, y en el mes de Junio sorprende con nueva invasión á los suizos, y va á visitar á Morat, plaza fuerte junto al lado de Friburgo, y próxima á Berna.

Mil quinientos habitantes de esta ciudad lograron reforzar la guarnición de aquélla, antes que la cerque el invasor. Los defensores de Morat rechazan victoriosamente á los borgoñones, y

dan tiempo para que llegue en su auxilio un ejército de socorro, compuesto de 11.000 piqueros, 10.000 alabarderos, 10.000 arcabuceros y 4.000 jinetes.

Avanza el ejército de socorro, dividido en tres cuerpos mandados por los magistrados populares de Berna, Lucerna y Zurich, y se avista con el ejército sitiador que había establecido dos campos para el bloqueo de la plaza. Mientras algunas tropas ligeras tienen en jaque á los borgoñones, la vanguardia suiza, al medio día del 22 de Junio, ataca el mayor y es rechazada por tres veces, al tratar de salvar el foso que cubre el frente atrincherao y artillado de los enemigos; pero el cuerpo de batalla desfila á lo largo de las trincheras borgoñonas y las envuelve por la derecha, al mismo tiempo que la vanguardia renueva el ataque, la guarnición de Morat efectúa una salida y acomete por la espalda á los soldados de Carlos el Temerario, y el cuerpo de retaguardia despliega hacia la izquierda enemiga para cortarlos la retirada. No lo consigue, pero el ejército borgoñón se dispersa en completa derrota, dejando más de 8.000 muertos sobre el campo de batalla. Con perjuicio para el éxito del combate, aminoró el ímpetu de las cargas de la caballería borgoñona el que los caballos resbalaban por estar húmedo el piso, á consecuencia de las lluvias de aquellos días. Tal resonancia tuvieron estas victorias de los suizos, y tal fama alcanzaron, que los reyes y príncipes de Europa procuraron tener á sueldo infantería suiza, considerada como la primera del mundo, hasta que la española le arrebató la primacía.

La expedición de Carlos VIII á Italia, aunque considerada políticamente fué una empresa descabellada, militarmente fué notable por la organización del ejército expedicionario, que difirió totalmente de las huestes de la Edad Media, por la preponderancia numérica y por el armamento de la infantería, por la instrucción de la artillería como arma de batalla y elemento constitutivo del ejército, y por la importancia estratégica de las operaciones.

Para efectuarla tuvo el rey de Francia que renunciar á la convocatoria de las milicias feudales y comunales, porque no podía disponer de ellas por todo el tiempo necesario para la conquista del reino de Nápoles que proyectaba, y para su ocupación después de conquistado; y procuró crear un ejército que estuviese siempre á su disposición, y al efecto, reclutó para su infantería mercenarios asalariados, suizos, alemanes y franceses. En la ponderación de fuerzas de infantería y caballería resultó aquélla con un total de 12.000 hombres, mientras ésta no pasó de 11.000, superioridad numérica de infantería organizada sobre su arma rival, que por primera vez ocurrió. Fué la

Expedición
de Carlos
VIII á Italia
(1494-95)

infantería armada á la ligera, llevando por armas ofensivas, picas, ballestas y arcabuces, éstos en bastante número, aunque inferior al de picas. El tren de artillería era soberbio; jamás se había visto otro tan lucido, y nunca se había empleado, sino en muy contados casos y en corto número de piezas, esta arma nueva en otros hechos de armas, que en sitios de plazas, ni tampoco se había llevado á expediciones lejanas en tan gran número. Se componía aquél de 140 falconetes, cañones y culebrinas, fundidos en una sola pieza, según nueva invención del inventor de la pólvora, que habían substituído á las primitivas lombardas de duelas cinchadas. Todas estas piezas eran de bronce y estaban dotadas de suficiente número de artilleros y conductores (1.000) para su servicio, de carros para su difícil arrastre, y de afustes perfeccionados por invenciones que se aplicaban por primera vez.

Considerada la expedición estratégicamente, era la primera efectuada por un ejército francés á un país lejano, y la invasión de Nápoles, la retirada de los expedicionarios, el movimiento efectuado por los italianos para cortarla impidiendo el paso de los Apeninos á los franceses, y el modo admirable con que éstos supieron abrirse paso en Fornovo, á través de un ejército que les era muy superior en número, anuncian ya en los caudillos el instinto de la estrategia, ya que no su completo dominio. Fué también la primera guerra que tuvo carácter europeo, por interesarse en ella, no ya dos príncipes, sino todos los que influían en la política de Europa. Contra el rey de Francia se coligaron, para obligarle á evacuar la Italia, el Papa, el rey de Aragón, el emperador de Alemania, la señoría de Venecia y el duque de Milán.

La sorpresa y el asombro producidos por la presencia en Italia de tan lucido ejército y formidable tren de artillería, convirtieron la invasión francesa en rápida marcha triunfal, que terminó con la fácil conquista del reino de Nápoles por Carlos VIII. Pasados los primeros momentos de estupor, no tardó en formarse estrecha alianza entre los principales Estados, y Príncipes italianos y los monarcas extranjeros, más ó menos directamente interesados en los destinos de Italia, y enemigos de la preponderancia francesa.

Temeroso Carlos VIII de verse acorralado en el conquistado reino (1495), se encaminó á los Apeninos para ganar la Lombardía. Su ejército, muy mermado por las numerosas tropas que dejó en el reino de Nápoles, no pasaba de 9.000 hombres. Las tropas venecianas y milanesas, mandadas respectivamente por el marqués de Mantua y el conde de Caiazo, podían evitar todo combate é ir tras del ejército francés en su azarosa marcha en

retirada, hasta que la fatiga y la falta completa de víveres y de toda clase de recursos diesen cuenta de él, ó abrumarlo desde luego en decisiva batalla con el peso de su numérica superioridad. El marqués de Mantua adoptó el segundo plan, y segura y pronta hubiera sido la destrucción de los franceses, si hubiera cuidado con más solicitud de cerrarles el paso de los Apeninos, que efectuaron con gran fatiga y teniendo que llevar en hombros los cañones, falconetes y culebrinas, descendiendo á Fornovo en el valle del Taro. De este modo ambos ejércitos se hallaron uno cerca de otro en la margen derecha de este río. El día 6 de Julio de 1475 pasaron los franceses á la margen izquierda para continuar su retirada. Los movimientos efectuados por venecianos y milaneses para acorralarlos fueron hábiles; aquéllos, mandados por el marqués de Mantua, fueron á ocupar á Fornovo, de donde acababan de salir los enemigos, y vinieron tras ellos para caer sobre su retaguardia, al mismo tiempo que la caballería ligera debía acometerlos de flanco, y el conde de Caiazo con los milaneses, que al efecto habían pasado el río, les cerraba el paso. El éxito no correspondió á lo que era de esperar de tan bien combinado plan, porque su ejecución fué desdichadísima. La caballería ligera, en vez de atacar por el flanco á los franceses, se desbandó para saquear sus ricos bagajes que se alejaban del campo de batalla, y su conducta fué imitada por gran parte del ejército aliado; cuando los pesados hombres de armas venecianos, rechazados por los compactos escuadrones de la infantería suiza y francesa, veían venir sobre ellos á todo el cuerpo de batalla del ejército de Carlos VIII, que había retrocedido á reforzar su retaguardia, la reserva de los aliados permaneció inmóvil esperando órdenes que no llegaron, y no socorrió al marqués de Mantua, y los milaneses, después de un ligero combate con la vanguardia enemiga, repasaron el río y dejaron expedito el camino á los franceses.

Sin embargo de tan brillante victoria, el resultado final de la expedición fué desastroso; Carlos VIII volvió á Francia con su ejército reducido considerablemente, y viendo sus propósitos frustrados. En esta expedición la artillería, aparte del efecto moral, sirvió de estorbo por la dificultad de su arrastre. Entorpeció el paso de los Apeninos, y en Fornovo no fueron sus fuegos, sino las picas de la infantería, las que abrieron paso al ejército francés. Predominaba sin rival la infantería en los campos de batalla; la artillería era todavía ineficaz para decidir la victoria é influir notablemente en su logro.

II

Reyes Católicos.—Estado militar de España en su reinado.—Medidas que tomaron para robustecer el poder real.—Influencia de estas medidas y de la guerra y conquista de Granada en el Renacimiento del arte militar.

Reyes Ca-
tólicos.

España, en el feliz reinado de los Reyes Católicos, llegó al apogeo de su esplendor y de su gloria. En amigable consorcio los monarcas y el pueblo habían puesto término á las demasías de una nobleza turbulenta, á la cual, en las continuas revueltas ocasionadas por sus encontradas ambiciones, había servido de vil juguete el cetro real en manos tan débiles como las de Juan II y Enrique IV, que á Isabel I precedieron en el egregio trono castellano.

Refrenada la anarquía que tantas veces fué rémora sangrienta, que impidió en España la completa expulsión de los moros; unidas las poderosas monarquías de Aragón y Castilla, y cobijados bajo el estandarte real pueblo y nobleza, la toma de Granada coronó dignamente el glorioso y épico poema de la Reconquista.

Estado mi-
litar de Es-
paña en su
reinado. Me-
dida que
tomaron pa-
ra robustecer
el poder real

La organización de la Santa Hermandad en 1476 fué la primera medida de los Reyes Católicos para robustecer el poder real y establecer un sólido Estado militar. Aunque para no despertar desconfianza en la nobleza, el objeto ostensible de la Santa Hermandad fué la persecución de los malhechores que infestaban el reino al advenimiento al trono de Castilla de Isabel I, tenía el más transcendental de imponerse con fuerzas permanentes á las mesnadas señoriales y anularlas, lo que no pasó inadvertido para los nobles, sobre todo cuando la creación de las fuerzas permanentes de caballería, con el nombre de Guardia vieja de Castilla, dejó ver claramente cuáles eran los propósitos de los monarcas. De buen grado ó de malo tuvieron que tolerar

que las cuadrillas de la Santa Hermandad se formaran y desempeñaran su ostensible cometido, porque el elemento popular apoyó decididamente en Cortes, por medio de sus procuradores, esta institución, que redundaba también en su beneficio.

Comprometiéronse todos los vecinos de ciudades, villas y aldeas, á sostener estas fuerzas, eligiendo por capitanes á hombres valerosos y expertos en la guerra, y de reconocida probidad é intachable conducta. Más adelante fueron éstos de nombramiento real, y desde entonces la influencia del rey fué omnímoda en esta institución, cual se habían propuesto los Reyes Católicos al organizarla.

Consecuentes en su propósito de rodearse de fuerzas adictas á la corona, tomaron á sueldo en 1480, piqueros suizos, arqueros ingleses y hombres de armas franceses, entonces reputados respectivamente como la mejor infantería de línea, infantería ligera y caballería de Europa, á fin de que sirviesen de modelo á la organización de tropas españolas, y en 1493 crearon las Guardias viejas de Castilla, cuerpo de caballería compuesto de 25 compañías de cien plazas.

El poder de los Grandes Maestres de las Ordenes militares, que disponían de inmensas riquezas, de multitud de villas, castillos y fortalezas, y de huestes tan bien organizadas como selectas por la calidad de caballeros que en ellas militaban y de los hombres de guerra que, con carácter de permanencia, servían en sus mesnadas, emulaba y á veces superaba al poder real. Aprovecharon los Reyes Católicos la favorable coyuntura de la expulsión total de los moros, para pedir y obtener del Sumo Pontífice en 1493 la perpetua unión de los tres maestrazgos á la corona de Castilla. De esta manera se convirtió en elemento de fuerza para el poder real, el que lo era de rebeldía.

Pensamiento admirable, conducente también al mismo objeto, fué su proyecto de armamento nacional, por la obligación de todo vecino pudiente, de estar provisto de armas blancas ó de fuego, según sus haberes.

Pero la prueba más inconcusa del esplendor á que llevaron el estado militar en España, con sujeción á los más severos principios de la disciplina y á las necesidades tácticas y administrativas impuestas por los nuevos métodos de guerra, fueron la organización dada á las *gentes de su guarda* y las sabias y rígidas ordenanzas, dirigidas en 1503 á sus capitanes, así generales como particulares y *gentes de su guarda*, en que se establecen reglas fijas para el alistamiento de soldados, reclamación, percibo y distribución de haberes y administración de justicia.

Estaban las tropas reales ó *gentes de su guarda*, como los Reyes Católicos las llamaban, repartidas en distritos ó provin-

cias mandados por *capitanes generales*, cargo cuya creación data de aquella fecha. Tanto en infantería como en caballería, era la *capitanía* ó compañía la *unidad táctica y administrativa*, de cuyos soldados percibía los sueldos el capitán que la mandaba, *haciendo antes alarde* de la fuerza de la compañía ante los *veedores* que, con los contadores mayores y particulares y los oficiales de sueldo, desempeñaban las funciones hoy encomendadas al cuerpo de Administración militar, cuales son el abono y ajuste de las cantidades invertidas por los reyes en el sostenimiento de sus tropas, y presenciaban, á más del alarde, la distribución de haberes entre los soldados.

La fuerza de la capitanía ó compañía era variable, no habiendo excedido de 150 hombres en caballería, ni de 200 en infantería en ningún tiempo, y estaba mandada por un capitán que tenía facultades para elegir su lugarteniente; pero había de ser aprobada la elección por el rey.

Desde 1503, al empezar una campaña, se reunían varias compañías á formar las que se llamaban *colonellas* y después *coronelias*, y sus jefes *colonellos* ó *coroneles*; pero no tenían estas coronelias más duración que el de las campañas en que tomaban parte.

Se castigaba en las ordenanzas citadas con pena de muerte la traición, el incitar á sedición á las tropas, el no dar cuenta á los capitanes y jefes cuando se tuviera noticia de que algún otro trataba de promoverlas, y el tener inteligencia con los enemigos sin conocimiento y orden de los que acaudillasen el ejército.

Se autorizaba, no sólo á los capitanes, sino á cualquiera de los soldados, para dar muerte inmediata al que, con su cobardía al frente del enemigo, pudiera causar pánico á sus compañeros.

Por ningún motivo podía abandonar su compañía individuo alguno de ella sin obtener licencia, que podían conceder los capitanes generales y particulares en tiempo de paz, y únicamente el rey en tiempo de guerra.

No hallándose en guerra las compañías, en caso de vacar plazas en ellas, no debían cubrirse hasta haber transcurrido un plazo de treinta días, para que se llevase á cabo con el mejor acierto.

Los que entraban á cubrir las ocurridas en las compañías de caballería, debían presentarse con su caballo, armadura completa y todas las armas correspondientes, ó por lo menos las más indispensables, proporcionándole el resto y descontándosele el importe de su sueldo.

En todas las faltas militares les correspondía juzgar al delincuente al capitán general de la provincia, al capitán de la compañía, ó en su defecto á su lugarteniente.

No es necesario gran esfuerzo para probar que estas medidas, al poner á disposición de un poder único y respetable todas las fuerzas vivas de Castilla y Aragón, convenientemente organizadas en tropas permanentes y milicias numerosas, y al dar cohesión, disciplina y unidad de mando á todos los elementos de guerra de ambos reinos, concluyeron definitivamente en los combates con sus duelos de caballero á caballero, de hombre á hombre, que, por verificarse muchos en una limitada extensión de terreno, llegaban á constituir batallas; y nõ siendo ya los ejércitos reales aquellas antiguas huestes, que, agrupadas en un momento dado ante la presencia de un peligro común á reyes y nobleza, se deshacían en cuanto éste se alejaba ó desvanecía, fueron de necesidad la adopción de una táctica adecuada á la clase de guerra, y la sujeción á principios estratégicos que convirtieron las algaradas en operaciones militares.

La guerra y conquista de Granada, que por diez años tuvieron á huestes numerosas empeñadas en una lucha tenaz contra un enemigo poderoso, con objetivos determinados y precisos, y bajo el poder único de los reyes, pusieron á los españoles en inmejorables condiciones para llevar á efecto la revolución en el arte de la guerra, que la invención de la pólvora reclamaba. Además en ella hicieron su aprendizaje notables caudillos, entre ellos Gonzalo Fernández de Córdoba, que fué el genio poderoso que dió impulso y echó las bases del Renacimiento del arte militar en la Edad Moderna de la Historia.

Influencia
de estas me-
didas y de la
guerra y con-
quista de
Granada en
el Renaci-
miento del
arte militar.



III

Campana del Gran Capitán en Italia.—Operaciones.—Primera campana.—Toma de Ostia.—Segunda campana. Batalla de Ceriñola.—Batalla de Garellano.—El Gran Capitán establece los cimientos del arte militar moderno.—Organización de sus tropas.—Adelantos que hizo en estrategia, en táctica y en fortificación.

La expedición de Carlos VIII á Italia fué el prólogo de las campanas en que el Renacimiento del arte militar llegó á la categoría de hecho consumado.

Al abandonar á Nápoles el rey de Francia, á las órdenes del duque de Montpensier y de Everardo Stuard, señor de Aubigny, dejó en aquel reino un lucido cuerpo de ocupación de 6.000 infantes suizos, otros tantos gascones, muchos hombres de armas y gran parte del tren de artillería con que había entrado en Italia. Fernando II de Nápoles, en quien había abdicado la corona su padre Alfonso V, al verse desposeído de ella por el monarca francés, emprendió la reconquista de su reino con la cooperación de tropas españolas que, en número de 5.000 soldados de á pie y 600 jinetes, enviaron los Reyes Católicos á las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba. En Messina, donde el rey napolitano y el capitán español acordaron el plan de campana que había de seguirse, disuadió Gonzalo al rey de sus propósitos de ir en derechura á la capital de su reino, por ser expuesta á un descalabro operación tan atrevida, y le decidió á llevar la guerra á la Calabria, donde los franceses tenían las plazas mal guarnecidas y municionadas, y que está próxima á la isla de Sicilia, base natural de operaciones de los aliados para la reconquista proyectada.

Pasaron, en efecto, á la Calabria los españoles el 14 de Mayo de 1495, y se unieron á 6.000 calabreses reclutados por el rey

de Nápoles. En esta primera campaña hizo Gonzalo Fernández de Córdoba la guerra de guerrilla ó en pequeña escala, en que marchas y contramarchas rápidas, estratagemas, alarmas y sorpresas lo son todo. En poco tiempo la fortaleza de Reggio y las plazas de Santa Agatha y Seminara cayeron en poder de los aliados, sin que los franceses lograran impedirlo. Aubigny, que mandaba las tropas francesas que ocupaban las Calabrias, reforzado por parte de las que se hallaban en la Basilicata, reconcentró todas sus fuerzas, y decidido á concluir de una vez con enemigo que era inferior en número, y cuyos triunfos, por lo mismo, le enojaban aún más de lo que le perjudicaban, se dirigió á Seminara para presentarle batalla. Aferrado al sistema de guerra emprendido, Gonzalo Fernández de Córdoba la hubiera rehuído; pero el rey de Nápoles fué de opinión de que se aceptase, y así se hizo (21 de Julio de 1495). Un riachuelo separa á los dos ejércitos beligerantes; los españoles á la derecha tienen enfrente á los hombres de armas y caballería ligera de los franceses, y los calabreses á la izquierda han de haberse las con la infantería suiza y gascona. Pasan los hombres de armas el riachuelo, son rechazados por la caballería española y secundan la carga. Un movimiento de retirada de los jinetes españoles para rehacerse y volver á cargar, hace creer á los calabreses que sus aliados van de vencida, y se desbandan. Quedan solos los españoles en el campo de batalla contra todo el ejército francés; se mantienen en sus posiciones por algún tiempo, y después efectúan una de esas retiradas que acreditan la cohesión, solidez, disciplina y valor de un ejército, y honran más que señalada victoria.

El rey de Nápoles se refugia en la isla de Sicilia, después de la derrota. La inacción de Aubigny, que cree á los españoles reducidos á la impotencia, los da tiempo para que se rehagan en Reggio y reanúden la campaña con el sistema de guerra, de que la batalla de Seminara fué forzada solución de continuidad, y se apoderen de las dos Calabrias, excepto de la comarca más montuosa de la alta, en que Aubigny prepondera y son muchos los barones partidarios del rey de Francia.

Por este tiempo Fernando II ha ido á la capital de su reino, llamado por los habitantes de ella, y el duque de Montpensier y los franceses que guarnecíán los castillos los han evacuado, se han retirado al interior y refugiado en Atella, donde son alcanzados y sitiados por las tropas del rey de Nápoles que, para conseguir su redención é impedir que se les incorporen refuerzos que Aubigny les envía desde la Calabria, llama en su auxilio á los españoles. Para acudir al llamamiento sin que se malograra totalmente el feliz resultado de su campaña en la

Calabria, Gonzalo de Córdoba había de arrollar á los barones, partidarios del rey de Francia que se reunían para salirle al encuentro, y había de atravesar ásperas sierras en que éstos predominaban. Todos los obstáculos los venció por su intrepidez, actividad y pericia. Empezó por asegurar su base de operaciones en la Calabria alta con la toma de Coenza, la que, para no dar tiempo á que la socorriese Aubigny, rindió en un solo día por medio de tres asaltos. Después, en rápida marcha nocturna, cayó por sorpresa sobre los barones que se habían reunido en Laino, y destrozó sus fuerzas. Desembarazado ya el paso, llegó á Atella, y al primer reconocimiento comprendió que la rendición de la ciudad estribaba en la de unos molinos que surtían de harina á la ciudad, y de la fortaleza de Ripa. A conseguirla dirigió todos sus esfuerzos y, en cuanto lo hubo logrado, el duque de Montpensier y los 7.000 hombres que mandaba, se entregaron mediante una capitulación.

Volvió á la Calabria Gonzalo, y en poco tiempo obligó á Aubigny á abandonarla por completo. Esta brillante campaña valió á Gonzalo Fernández de Córdoba el sobrenombre de Gran Capitán.

Toma de
Ostia.

Un nuevo timbre de gloria unió Gonzalo Fernández de Córdoba á los adquiridos en tan notable campaña. En aquellos tiempos, atrevidos piratas desolaban las costas del Mediterráneo. El más temido de todos ellos, el vizcaíno Menaldo Guerra se había apoderado de Ostia, puerto pontificio en la desembocadura del Tiber, é impedía desde ella la subida de víveres á Roma, si no le pagaban crecidos impuestos. Se necesitaron la pericia de Gonzalo Fernández de Córdoba y el valor de los soldados españoles que acababan de batirse en el reino de Nápoles, y á petición del Papa acudieron en auxilio de éste, para recuperar después de un prolongado asedio, en que fué tenaz y heroica la resistencia de los defensores, la plaza de Ostia y aprisionar á Menaldo Guerra.

Segunda
campana.

Con el pretexto de auxiliar á los venecianos contra los turcos, envió el Rey Católico un reducido ejército acaudillado por el Gran Capitán, para que estuviese pronto á ocupar el reino de Nápoles, cuyo reparto negociaba secretamente el monarca aragonés con Luis XII de Francia. Hecho el convenio y llegada la ocasión de efectuarlo, á fines de Julio de 1501 las tropas españolas partieron del puerto siciliano de Messina á desembarcar en la Calabria.

En poco tiempo el joven rey de Nápoles se vió desposeído de su reino. Entre sus expoliadores surgieron desavenencias con motivo del reparto, que ocasionaron el rompimiento de hostilidades entre ellos, antes de lo que conviniera á los españoles. La

situación de su caudillo era muy crítica. Sin recursos metálicos, con unos 3.000 infantes, 350 hombres de armas y 600 caballos ligeros tenía que hacer frente á numeroso ejército francés, que acababa de ser reforzado y de recibir cuantiosas sumas de dinero.

Retiróse á las costas orientales de Nápoles para esperar los refuerzos que por mar esperaba, decidido á mantenerse á la defensiva en tanto que llegaban, y se hizo fuerte en Barleta con el grueso de sus tropas, distribuyendo las restantes en los inmediatos puntos estratégicos. Se proponía entretener al ejército enemigo con una continuada serie de sitios de plazas, para dar tiempo á que le llegase al suyo el refuerzo que esperaba. La defensa heroica de la guarnición de Canosa, que rechazó 14 asaltos de los franceses antes de rendir la plaza por capitulación honrosa; las frustradas tentativas del enemigo para sorprender á Tarento; la entrada en Castellaneta de soldados españoles, á quienes abrieron las puertas de la ciudad, amotinada contra la guarnición francesa, que sucumbió toda; la sublevación de varias ciudades contra la dominación de Francia, y el asalto de Rubo, plaza de que se apoderó en 14 horas el Gran Capitán con tropas que sacó de Barleta, mientras el ejército enemigo sitiaba á Castellaneta para recuperarla, quebrantaron la moral de los soldados franceses, desprestigiaron á su caudillo el duque de Nemours, que tuvo que desistir del sitio de Castellaneta y, desalojando las poblaciones ocupadas por sus tropas, reconcentró su ejército en Canosa. Este movimiento de concentración provocó otro análogo de los españoles.

La derrota de Aubigny en la Calabria por tropas españolas que mandaba Andrade, y la de la escuadra francesa por Lezcáno en las aguas de Otranto, la superioridad moral que su ejército ha conseguido sobre el francés, y los refuerzos que recibe del emperador Maximiliano de Alemania, deciden al Gran Capitán á acentuar la ofensiva, de que ha sido el primer acto la toma de Rubo. Sale de Barleta y en penosa marcha va á situarse, para esperar á los franceses, en una eminencia de suave pendiente, plantada en parte de viñedo, en cuya cima se halla Ceriñola, y á cuyo pie hay un barranco que, foso natural, se extiende por casi todo el frente de las posiciones que ocupa el ejército español. El Gran Capitán, á la derecha, junto á Ceriñola, establece parte de la infantería española, en el centro los alemanes, y en la izquierda, por la que es más fácilmente accesible la posición atrincherada, coloca otro escuadrón de infantería española que proteja la artillería que manda Pedro Navarro, y que coloca en batería en aquella ala, por ser el flanco izquierdo el punto más débil de la línea de batalla. Los hombres de armas espa-

Batalla de
Ceriñola.

ñoles mandados por García de Paredes, flanquean por este lado el ejército.

El 29 de Abril de 1504 llega el ejército francés, ya por la tarde, á la vista del español, y se ordena en tres escalones, con el derecho á vanguardia: el primero le forma la gendarmería francesa, el segundo la infantería suiza y gascona, y el tercero y de retaguardia, la caballería ligera. Carga el duque de Nemours, con la gendarmería, la izquierda enemiga; pero el fuego de la artillería y de los arcabuceros españoles siembra la muerte en los hombres de armas franceses, y la carga es rechazada. Un fatal incidente está á punto de infundir pánico en los soldados del Gran Capitán; el polvorín de la artillería vuela con estrépito: «son las luminarias de la victoria», exclama Gonzalo de Córdoba, y esta frase feliz devuelve el ánimo y la confianza á los suyos.

Empieza á anochecer. Los hombres de armas franceses atacan de nuevo, con el mismo desgraciado éxito que antes, aunque ahora es solamente el fuego de los arcabuceros el que sufren. Viendo que no es posible abordar de frente la izquierda enemiga, para buscar un punto más débil por donde acometer á los españoles, el duque de Nemours efectúa una desatinada marcha de flanco con la gendarmería, bajo el mortífero fuego de los arcabuceros, y él mismo es uno de los muchos que perecen víctimas de su imprudencia. Sus hombres de armas se retiran, pero se rehacen para intentar nuevas cargas. La infantería suiza y la gascona acometen el centro enemigo, y abrasadas por el fuego de flanco que las hacen los arcabuceros españoles, son rechazadas por los piqueros alemanes. Repetidas veces vuelven á intentar el asalto de las posiciones del adversario, y siempre en vano. Su jefe sucumbe en el combate. Desordenadas la infantería y caballería del ejército francés, cae sobre éste todo el ejército español que, al efecto, abandona sus trincheras y consigue completa victoria. Únicamente la caballería ligera del enemigo escapa intacta del campo de batalla; en el resto de sus tropas las bajas han sido muchas.

Una marcha forzada, con el fin de atraer el ejército francés á posiciones ventajosas para el español; elección inteligente de éstas, no en alturas abruptas que le impidan maniobrar, sino en ondulaciones de terreno con sólo la pendiente necesaria para inutilizar los esfuerzos de la caballería francesa; oportuno empleo de trincheras que acrecientan la fortaleza de la línea ocupada por los españoles; hábil emplazamiento de la artillería, que siembra la muerte y el desorden en tres columnas de ataque antes del momento de choque; la arcabucería, colocada de modo tan conveniente que diezma á mansalva los hombres de armas, ner-

vio del ejército enemigo; é impetuosa acometida en cuanto en éste entra la vacilación: he ahí, en resumen, la batalla de Ceriñola. Queda efectuada la revolución táctica, que varió por completo el modo de ser de la guerra, dando á la infantería la supremacía que las armas de fuego la señalaban sobre la caballería, hasta entonces tenida por los más entendidos caudillos como la fuerza principal de su ejército.

Campaña modelo fué ésta en que se prueba el partido que un hábil general, con escasas fuerzas y frente á un enemigo poderoso, puede obtener empleando una defensiva activa, en que la rapidez de los movimientos estratégicos y la oportuna concentración de tropas en momentos dados suplan la desventaja numérica.

En Mayo de 1504 el Gran Capitán entraba en Nápoles. Los franceses la habían evacuado, pero dejaron en su ciudadela é importantes castillos numerosa guarnición, con orden de sostenerse lo más posible, para tener en jaque gran parte del ejército español y dar tiempo para que se rehicieran los vencidos de Ceriñola.

*Campaña
de Garellano.*

El Gran Capitán confió á Pedro Navarro la rendición de la ciudadela y los castillos. El famoso ingeniero empleó con éxito su invención de las minas de pólvora.

Ya el Gran Capitán se había dirigido á sitiar á Gaeta, plaza fuerte y marítima, á que se habían acogido los restos del brillante ejército con que el duque de Nemours había empezado la campaña.

Llegó al puerto de Gaeta una flota francesa con 5.000 hombres, mandados por el marqués de Saluzes, y los sitiadores levantaron el cerco y se retiraron lentamente á Mola y Castiglione, donde hicieron alto.

Vacante por entonces la Sede Pontificia, entre otros medios que Luis XII empleó para procurar la elección de un Papa francés, fué uno la presencia de un ejército en las inmediaciones de Roma. Frustrados los deseos del monarca francés, este ejército, acaudillado por el marqués de Mantua, y compuesto de 1.000 hombres de armas, 2.000 caballos ligeros, 9.000 infantes y 36 piezas de artillería, se dirigió por el camino de la costa á Gaeta, para tomar parte en la guerra de Nápoles.

Al solo anuncio de la entrada de este nuevo ejército en campaña, de Castiglione y Mola, donde su situación iba á ser insostenible, se retiraron los españoles á San Germano, ciudad fuerte en las faldas accidentadas de una estribación de los Apeninos. Entre las posiciones que ahora ocupaban y las de Mola y Castiglione corría el Garellano. Gaeta, Castiglione y Mola se encuentran entre la orilla derecha del río y los Estados Pontificios.

Desde la primera, por todas ellas, iba un camino que, cruzan-

do el Garellano por un puente, llegaba á Sezza, y desde aquí continuaba hasta terminar en Nápoles. Otro camino desde Mola iba hacia el N.E., salvaba el mismo río en Ponte Corvo, pasaba por Aquino y terminaba en San Germano. Al N. de San Germano se halla Monte Casino, y más al N. aún, junto á Melfi, afluente del Garellano por la izquierda, Roca Seca.

Al llegar á Gaeta, el marqués de Mantua supo que el ejército vencido en Ceriñola había ido á esperarle junto al puente de Sezza. Dirigióse entonces al Garellano, y en el camino se le incorporaron las tropas que habían salido de Gaeta.

Juzgó oportuno el Gran Capitán, teniendo enfrente fuerzas enemigas tan superiores en número á las suyas, mantenerse á la defensiva, y á este fin eligió como línea de defensa el Garellano, situándose en la orilla izquierda. Hábil estuvo en situarse en San Germano con el grueso del ejército, en razón á que hallándose así á corta distancia del río, podía acudir rápidamente á evitar que los franceses lo pasasen, cualquiera que fuese el punto por donde lo intentasen, y aun en el caso de lograrlo éstos, amenazaría su flanco y retaguardia desde las ventajosas posiciones que ocupaba. Tenían las de Roca Seca y San Germano un padrastró en el convento y castillo de Monte Casino, situados entre las dos. Pedro de Médicis los defendía con guarnición francesa, reforzada por gente del país, y había mejorado notablemente sus fortificaciones.

Era preciso apoderarse á toda costa de Monte Casino, antes de que el ejército francés pasara el Garellano. La empresa era difícil; Pedro Navarro fué el encargado de llevarle á feliz término; y, en efecto, subiendo trabajosamente la artillería á unas alturas que dominaban á Monte Casino, en cuanto logró ésta abrir brecha en los muros del convento y del castillo, Navarro tomó ambos en poco tiempo.

Desde el momento que Monte Casino fué suyo, pudo el Gran Capitán considerarse dueño de la orilla izquierda del río, y para mayor seguridad, reforzó la guarnición de Roca Seca y tomó una fuerte torre, próxima al puente de Sezza. En las inmediaciones de éste dejó á Pedro de Paz con 350 caballos y 500 infantes que impidiesen por allí el paso á los franceses, si acaso lo intentaban, en tanto que él acudía á sostenerle contra ellos desde San Germano, á donde volvió de nuevo para vigilar el camino de Ponte Corvo.

El marqués de Mantua, sin plan ni concierto, intentó varias veces en malas condiciones el paso del río, exponiéndose á un desastre por su falta de previsión. Cuando lo procuró con elementos bastantes era ya tarde, entre otras causas, por el temporal de aguas que inundó el teatro de la campaña.

Causó por de pronto fatal efecto en sus soldados la pérdida de Monte Casino, que tomaron los españoles casi á la vista del boyante ejército francés. Después, pasando el río por el vado de Ceprano, cayó sobre Roca Seca, cuando ya había dado tiempo á que fuese su guarnición reforzada. Al verla el Gran Capitán amenazada, envió en su socorro á Pedro Navarro, y á García Paredes con infantería por la montaña, y por el llano á Próspero Colonna con los hombres de armas. Zamudio, Pizarro y Villalba, que defendían á Roca Seca, conociendo la importancia estratégica de la fortaleza confiada por el Gran Capitán á su valor y pericia, resistieron y rechazaron los asaltos de los franceses, que desistieron de su intento al aparecer en las alturas inmediatas los soldados de Pedro Navarro.

Dirigese entonces el marqués de Mantua á la ciudad de Aquino, y al saber este movimiento del enemigo, el Gran Capitán sale apresuradamente de San Germano para posesionarse del camino de Aquino á Ponte Corvo y encerrar al ejército francés entre el suyo, el río y las plazas de Roca Seca, Monte Casino y San Germano. Comprende el caudillo de los franceses el peligro en que se halla, y con el mayor desorden corre con su ejército para llegar á Ponte Corvo antes que los españoles. Aún está pasando el río la retaguardia de los franceses, cuando llega á Ponte Corvo el Gran Capitán con sus tropas, que causan muchas bajas al enemigo. El marqués de Mantua se fortifica en la orilla derecha del Garellano; el Gran Capitán vuelve á San Germano.

Va de Ponte Corvo el ejército francés á Roca Guillerma para sitiaria, y al mismo tiempo destaca algunas compañías para que, bajo la protección de Roca Andria, echen un puente sobre este río.

Pero García de Paredes, á quien envía el Gran Capitán contra Roca Andria, la toma en un solo día, y los franceses encargados de echar el puente en sus inmediaciones, viendo que ya era imposible, se unen al grueso de su ejército, que levanta el sitio de Roca Guillerma y se dirige hacia el puente de Sezza (cortado por los españoles) para ver el mejor modo de pasar el río.

Pedro de Paz, con las pocas fuerzas de que dispone, le hace frente y da tiempo á que lleguen, primero Navarro y después el Gran Capitán con todo su ejército, que sienta sus reales en paraje próximo al sitio en que los franceses construyen un puente de barcas. Concluído éste, no sin trabajo, gracias á la protección de la artillería, que tienen ventajosamente situada, pasan por él los franceses y se apoderan de una trinchera que los españoles han levantado á corta distancia de la margen del Ga-

rellano. García de Paredes la recobra y les obliga á repasar el río.

La audacia, cada vez mayor, de los españoles y la poca fortuna propia desalientan á los franceses que, además, soportan mal las privaciones y molestias que las continuas lluvias ocasionan en ambos campos, convirtiéndolos en inmensos lodazales. El marqués de Mantua ha perdido, con sus vacilaciones, todo prestigio entre sus soldados, que le odian por su dureza en el mando. Los demás caudillos le obedecen con visible disgusto, y sus discordias con él, ocultas al principio, llegan á ser públicas. Todas estas causas contribuyen á que el abatimiento de los franceses sea tal que, cuando el Gran Capitán abandona la trinchera inmediata al puente para dejarles franco el paso del río con ánimo de acometerles en cuanto lo hayan realizado, continúan inmóviles en su campo.

La falta de pagas y las muchas penalidades que sufre, amotinan al ejército español contra su general. Con entereza y energía apacigua á sus soldados Gonzalo de Córdova, y les convence de que los franceses cejarán, indudablemente, con gran mengua, en cuanto se vean acometidos con decisión.

En efecto, cree llegado ya el momento de tomar la ofensiva, para destruir el ejército enemigo que ha perdido la paciencia, el ánimo y la disciplina, al ver frustradas cuantas tentativas ha hecho para efectuar el paso del río. Agua arriba del puente de barcas francés, se decide á improvisar otro, por el cual, trasladándose á la orilla derecha del Garellano, caiga sobre el campo contrario y le sorprenda. A cargo de Bartolomé de Albiano queda la ejecución de este proyecto, y ya están todos los preparativos hechos, cuando una tempestad horrorosa obliga al ejército á recogerse en San Germano y Sezza, en donde esperan los españoles á que cese la lluvia torrencial que encharca ambas orillas del Garellano.

A todo esto el marqués de Mantua ha entregado el mando al de Saluzes, que se dispone á retirarse á Gaeta y esperar allí que pase el invierno para continuar la campaña. No puede presumir que, con aquel piso y aquel tiempo, lleven á cabo ninguna operación de guerra los españoles, porque lo cree imposible. Así que es grande su admiración cuando ve llegar fugitivos á los normandos, acantonados en Suio, y sabe por ellos que el enemigo ha pasado el río y les ha sorprendido y acuchillado.

Efectivamente, la vanguardia española que manda Albiano y se compone, en su mayor parte, de caballos ligeros, después de echar el puente, ha cruzado el Garellano; la siguió Navarro con la infantería española; después Próspero Colonna con los hombres de armas, y, por último, el Gran Capitán con el resto del

ejército. Con la mayor velocidad posible, en cuanto sorprendieron á los normandos y á la caballería francesa en Sufo, han continuado su marcha. Llegan al campo enemigo Albiano y Pedro Navarro; los franceses le han abandonado, y, con gran precipitación y desorden, se retiran hacia Gaeta. Antes de emprender la retirada ha embarcado Saluzes la mayor parte de la artillería para salvarla, llevándola por el río hasta el golfo de Gaeta, ya que por tierra, lo enfangados que están los caminos, no permite conducirla sin entorpecer la precipitada marcha del ejército francés.

Albiano y Colonna, con 200 caballos ligeros de la vanguardia, se adelantan á la infantería y encuentran á los franceses empeñados en el paso de un puente, que había sobre un río de corto curso, una media legua antes de llegar á Mola. Oblíganles á que les den frente y les entretienen hasta que llega el Gran Capitán con el resto del ejército. Navarro y García de Paredes atacan tan impetuosamente con la infantería al enemigo, que éste pasa, en desordenada fuga y como puede, el puente, y se acoge á Mola, donde se hace fuerte y se defiende de la vanguardia española, y pernocta en la ciudad.

Al ver que los franceses se han detenido en Mola, con el ánimo de cortarles la retirada y caer su flanco y retaguardia, envía en seguida y por fuera del camino á Navarro y García de Paredes con la infantería española. Todo sucede como lo tenía previsto; al amanecer sale de Mola el enemigo; en seguimiento va el ejército español, que le alcanza, y, cuando está ya empezada la lucha, aparecen Navarro y García de Paredes con su gente por el flanco de los franceses, que se dispersan y huyen á Gaeta. Los caudillos del ejército vencido determinan que la mayor parte del ejército se embarque en las galeras, y nada más queden, guarneciendo la ciudad, las fuerzas necesarias para defenderla. Entonces envía el marqués de Saluzes algunas compañías á ocupar la posición de Monte Orlando, llave de las fortificaciones de Gaeta.

En los primeros momentos de confusión y desorden se olvidaron de hacerlo los franceses, y, las que ahora envían, llegan tarde, porque el Gran Capitán se ha anticipado, y encuentran en la posición infantería española que las rechaza cuando quieren apoderarse de ellas.

Estrechada entonces la ciudad por el ejército vencedor, los franceses se acogen unos á las naves con el marqués de Mantua, y otros con Ibo de Alegre y Saluzes al castillo. Desde éste entran en tratos con el Gran Capitán, y capitulan.

El 13 de Octubre pasó el marqués de Mantua el Garellano para caer sobre Roca Seca, y el 1.º de Enero de 1504 Gaeta se

rendía á los españoles por capitulación. Menos de tres meses bastaron al Gran Capitán y á sus soldados para dar cuenta de aquel brillante ejército, de que tanto esperaban el rey de Francia y sus partidarios de Nápoles.

El Gran Capitán establece los elementos del arte militar moderno.

En esta campaña el Gran Capitán, utilizando las recién inventadas armas de fuego como poderosa palanca, removi6 y aniquil6 anejas preocupaciones y dificultades que reducían antes los combates á duelos personales, que sólo diferían entre sí en el mayor ó menor número de contendientes y en los que la superioridad numérica, la fuerza bruta y el valor individual lo eran todo, y nada ó poco menos el orden y el impulso combinado hábilmente de la colectividad. En ella llevó á efecto Gonzalo Fernández de Córdoba una completa y transcendental revolución en el arte de la guerra, renaciendo por su iniciativa la estrategia y la táctica, reducidas en la Edad Media á mezquinas y rudimentarias proporciones.

Aquella hábil y bien combinada serie de movimientos estratégicos, en que el Gran Capitán saca partido hasta de las variaciones atmosféricas, que tantas penalidades ocasionan á los dos ejércitos beligerantes; aquel acierto en pasar, siempre en tiempo oportuno, de la defensiva á la ofensiva y viceversa; aquella entereza con que igualmente se impone á sus soldados en abierta rebelión, como resiste á los contrarios cuando más pujantes le acometen, son una revelación del genio que ha encontrado las fórmulas estratégica y táctica en que, entrando como datos las nuevas armas de combate y la organización de nacionalidades que han substituído á los señoríos feudales, se resuelven todos los problemas, y se satisfacen todas las necesidades históricas de la guerra en las primeras épocas de la Edad Moderna.

Organización de sus tropas.

Doscientos piqueros, otros tantos soldados armados de capete, rodela y espada corta y cien arcabuceros, constituían la *capitanía, batalla ó batallata*, que era la unidad táctica; 10 de estas capitanías y dos de *picas extraordinarias* en que los 500 hombres eran piqueros escogidos, la *coronelía*, y dos coronelías, 300 soldados de caballería ligera y 300 hombres de armas, el *escuadrón*. De la coronelía, era jefe el coronel; de la capitanía el capitán; de las cinco *centurias* en que se dividía ésta, otros tantos *cabos de batalla*, y también se llamaban *cabos* los que mandaban grupos de á 10. Cada capitán tenía su bandera que llevaba el alférez, dos tambores y un píffano. La dotación de artillería para un ejército de 12.000 hombres era de 34 piezas pequeñas.

Antes de las campañas del Gran Capitán se habían verificado algunos adelantos en el arte militar y preparado poderosos elementos para su Renacimiento; pero á Gonzalo Fernández de

Córdoba le corresponde la gloria de haber reunido esos elementos dispersos en cuerpo de doctrina. Antes que él, los suizos dieron la preferencia en los ejércitos á la infantería; pero no cualidades maniobreras que se la asegurasen para siempre, porque el orden falangista por ellos adoptado, muy á propósito para rechazar y arrollar á la caballería y á las desorganizadas bandas de peones de las huestes feudales, no se prestaba por su pesadez á evoluciones tácticas en el campo de batalla, ni á rápidas operaciones estratégicas en el teatro de la campaña. El Gran Capitán, tomando por modelo la legión romana para la organización de sus tropas y su formación en tres líneas, adoptando órdenes de marcha que hicieran que fuese ésta desembarazada, y desde los cuales se pudiera pasar rápidamente al de combate, y combinando en cada unidad táctica piqueros, *rodeleros* y *arcabuceros*, de modo que la acción tanto defensiva como ofensiva de las picas en el momento del choque con el enemigo, unida á la irresistible eficacia de la espada corta en la lucha, cuerpo á cuerpo, de los *rodeleros* ó *rodelas*, que de ambos modos se les llamaba, y precedida de la acción preparatoria del fuego de arcabuz, diese por resultante la aplicación simultánea en unánime esfuerzo de las tres cualidades tácticas, fundamento de la supremacía de la infantería, efectuó y terminó la revolución iniciada por los suizos de Grandson y Morat.

Adelantos
que hizo en
estrategia,
táctica y for-
tificacón.

Estratégicamente el Gran Capitán basó sus planes de campaña y todas las operaciones de guerra en el principio fundamental de que solamente se debe aventurar batalla cuando hay muchas probabilidades de triunfo, ó sea preciso para evitar mayores males, no dando tiempo á que ocurran. Para la concepción y ejecución atendió siempre á las circunstancias del lugar, tiempo y elementos de combate, tanto del enemigo como propios. En la guerra defensiva nunca se circunscribió á hacerla pasivamente, sino de un modo activo, y en ella, como en la ofensiva, empleó acertada combinación de marchas y contramarchas para conseguir la ocupación de los puntos estratégicos y resultar el más fuerte en el momento de la acción táctica, preparó ésta y aseguró su éxito.

Todos estos principios que preconizó y aplicó, siempre con oportunidad, habían sido olvidados en la Edad Media.

Las evoluciones tácticas y las formaciones de combate en que adiestró á sus tropas, eran sencillas y su tendencia obtener, gracias á esa sencillez, rapidez en las maniobras, porque para él era ya axioma táctico que en iguales condiciones estratégicas, vence siempre el ejército más maniobrero. Para demostrar cumplidamente esta aserción, basta un ligero examen de sus órdenes de marcha y de combate.

Marchaban las capitanías en columna por centurias y cada una de éstas en hileras de á cinco hombres, en cada centuria las cinco hileras de vanguardia y las dos últimas eran de piqueros, y de las del centro tres de arcabuceros y 10 de rodeleros. Para pasar de este orden de marcha al profundo de combate, las hileras se doblaban por dos veces, hasta que resultaba una masa compacta formada por hileras de 20 hombres ó también la primera centuria hacía alto y las otras cuatro, en movimiento progresivo, venían á colocarse cada una á la derecha de la anterior, y todas, por lo tanto, á la derecha de la que sirvió de base.

Otras veces las centurias de las capitanías iban formadas exclusivamente: de piqueros la primera y cuarta, de rodeleros la segunda y tercera, y de arcabuceros la quinta. En este caso el orden de combate se obtenía haciendo alto la centuria de vanguardia y avanzando á cerrar en masa sobre ella y por su derecha todas las demás, excepto la de arcabuceros, que quedaba fuera para cubrir el frente.

El orden de combate era en tres líneas; en cada escuadrón las cinco capitanías de una de sus dos coronelías formaban la primera, y la segunda y la tercera, tres y dos respectivamente de la otra, de modo que los intervalos de capitanía á capitanía eran mayores en cada una de las tres líneas que en la anterior, siendo en la primera de cuatro pasos. Los escuadrones se colocaban unos al lado de otros. Desde la primera á la tercera línea cubrían los flancos del ejército las picas extraordinarias en hileras, cuyo frente era de siete hombres. Los arcabuceros y la caballería no tenían puesto fijo; pero generalmente aquéllos cubrían el flanco izquierdo de las picas extraordinarias, ó divididos en bandas formaban el costado de las capitanías á que pertenecían; la caballería ligera, dividida en tantas secciones como líneas, se situaba en el flanco izquierdo del ejército, y los hombres de armas, también en tres secciones, en el flanco derecho.

La adopción de los rodeleros por el Gran Capitán, introdujo en su ejército una clase más de infantería; pero respondió á una necesidad de la época. En Grandson y Morat se había visto la impotencia de la caballería para romper los compactos escuadrones de la infantería, erizados de picas; la imperfección de los arcabuces y de la artillería no permitía aún, que con estas nuevas armas se les combatiese con ventaja; los rodeleros ó rodelas, ágiles y fuertes, se aproximaban á los piqueros, y metiéndose debajo de sus picas, que resultaban de este modo inofensivas, les obligaban á luchar cuerpo á cuerpo, muy desventajosamente.

Si en táctica se debieron al Gran Capitán tantos adelantos, no fueron menos los que introdujo en fortificación. Supo utilizar los atrincheramientos en los campos de batalla para conseguir victorias como la de Ceriñola, y fué partidario, en fortificación permanente, de que la elevación de los muros no fuese tanta que sirvieran de seguro blanco á la artillería, y de que su espesor aumentase para que ofreciese mayor resistencia á los proyectiles de ésta. Prefirió para el flanqueo del recinto los torreones cuadrados ó rectangulares á los circulares, y combatió la rutina de elegir para el emplazamiento de las fortalezas los sitios más eminentes. Su sistema de fortificación consistía en doble muro, con doble foso, y como obras interiores, casamatas dominantes y artilladas.

Tres fueron sus principales campañas, y las tres fueron modelos en las tres clases de guerra que puede hacer un ejército; de guerrilla ó en pequeña escala la de Calabria; defensiva, con audaces reacciones ofensivas y eminentemente táctica, la de Ceriñola, y esencialmente estratégica la del Garellano. En las tres empleó procedimientos de marcha, combinación de tropas y combate, nuevos y en consonancia con las necesidades de las nuevas armas de fuego. Méritos son éstos suficientes para considerar como iniciador de la guerra moderna al Gran Capitán.

Descubrimiento de América.

Hernán Cortés.—Conquista de Méjico.—Batalla de Otumba.—Francisco Pizarro.—Conquista del Perú.

Por cuenta de la corona de Castilla y León, bajo la protección y por la exclusiva iniciativa de Isabel I, Cristóbal Colón descubrió un Nuevo Mundo en el opuesto hemisferio, y pudo decirse con verdad que el sol no se ponía en los dominios españoles. Se facilitaron al ilustre genovés tres carabelas que el 3 de Agosto de 1492 zarparon del Puerto de Palos de Moguer, en la provincia de Huelva, y el 11 de Octubre llegaban á la isla de Guanahani, del archipiélago de las Lucayas, y á la que su descubridor dió el nombre de San Salvador. Colón descubrió después las islas de Cuba y Española (Santo Domingo), estableció en ésta un fuerte que dejó guarnecido, y regresó á Europa, desembarcó en Lisboa, cruzó en triunfo la Península Ibérica, y fué recibido con gran solemnidad y agasajo en Barcelona por los Reyes Católicos. Otros tres viajes hizo, en uno de los cuales llegó á Tierra Firme, y después de haber vuelto del último, murió en Valladolid el 10 de Mayo de 1506.

El espíritu aventurero de los españoles llevó al Nuevo Mundo á cuantos ambicionaban gloria, poder y riquezas, y fueron muchos los que continuaron los descubrimientos empezados por Cristóbal Colón. A los descubridores siguieron los conquistadores, y entre ellos descollaron, por la importancia de sus conquistas, y por su genio, audacia y valor, dos extremeños: Hernán Cortés, natural de Medellín, conquistador de Méjico; y Francisco Pizarro, natural de Trujillo, conquistador del Perú.

Juan de Grijalva había descubierto á Méjico en viaje de exploración dispuesto por Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, que inmediatamente organizó una expedición que fue á conquistar el país descubierto, y de ella confió el mando á Hernán Cortés.

Ni estratégicas ni tácticas se obtienen grandes enseñanzas del

estudio de una guerra á que los españoles se aventuraron sin conocimiento alguno del territorio que invadían y en que lucharon con razas belicosas, pero de inferior cultura y desconocedoras por completo del arte de la guerra. Aparte del heroísmo inconcebible de aquellos antepasados nuestros que, en número insignificante, se lanzaron á la conquista de un vasto imperio, la empresa verificada por Hernán Cortés es admirable, examinada desde el punto de vista de política de la guerra, por el acierto con que aprovechó las supersticiones de los mejicanos, que creían á los españoles seres sobrehumanos, dueños del trueno y del rayo por el cañón y arcabuz, y para quienes los caballos, animales desconocidos entonces en América, eran monstruos espantables; la habilidad con que supo convertir en fieles aliados á los pueblos enemigos más resueltos, después de vencerlos; el tacto con que explotó el odio de los pueblos sometidos á los mejicanos, contra el tirano emperador Motezuma, para atraerlos á su causa; la conducta ingeniosa con que aprovechó la doblez del monarca mejicano que le suscitaba dificultades y ponía obstáculos á su marcha, sin declararse abiertamente contra él, para llegar hasta la misma capital del imperio; la oportuna audacia con que aprisionó al emperador en la misma capital de sus Estados, para que le sirviera de garantía de seguridad en su arriesgada situación en medio de un pueblo hostil, valiente y ofendido por el atropello de que sus leyes, religión é independencia eran objeto; y por la energía de que dió pruebas en la famosa *noche triste*, al retirarse de la capital, después de muerto Motezuma por sus mismos vasallos al interponerse, por exigencia de Hernán Cortés, entre ellos y los españoles para poner fin á un combate sangriento.

No fué menos audaz y hábil la política observada por Hernán Cortés con los suyos para que no fracasase la empresa. Supo que Velázquez estaba arrepentido de haberle confiado el mando de la expedición y partió de improviso de Cuba, antes de que tuviese tiempo de quitárselo; le mermaba fuerza moral y prestigio entre los expedicionarios esta desobediencia á la autoridad de que dimanaba la suya, y logró afirmar una y otro, cuando al renunciar el mando ante el ayuntamiento de la villa rica de la Veracruz, fundada por él, fué aclamado por sufragio universal jefe indiscutible de la expedición; las vacilaciones de los expedicionarios y el germen de insubordinación que entre ellos cundía, propagado por los que le eran desafectos, podían dar al fraste con la empresa, y destruyó las naves para que no les quedase otro recurso que seguir adelante; descubrió una conspiración fraguada contra él, en la que eran muchos los comprometidos, y como no pudiera privarse de sus servicios, por lo mermado y

pequeño de su hueste, fingió desconocer quiénes eran, á fin de conseguir que, porque no incurriese en sospecha de ellos, cumpliesen con más afán sus órdenes; envió Velázquez con hueste relativamente numerosa á Pánfilo Narváez para que le substituyese en el mando de la expedición, y le sorprendió, venció é hizo prisionero, y atrajo á su bando á los soldados que éste traía, convirtiendo de este modo en refuerzo la hueste que venía contra él.

Los hechos de armas más notables de la conquista de Méjico fueron: la victoria conseguida contra más de 40.000 zempoales el 25 de Marzo de 1519; la que obtuvo después sobre los valientes Tlascaltecas, acaudillados por el intrépido Xicotencal, en Septiembre del mismo año, y cuyo portentoso resultado fué la alianza con Tlascala, que hizo posible la conquista de Méjico; la retirada de la capital, efectuada en la noche triste (1.º de Julio de 1520) por la calzada que, á través del lago, ponía á la ciudad en comunicación con las provincias limítrofes con Tlascala, y que había sido cortada con zanjas por los mejicanos, que desde las canoas que flotaban en el lago disparaban sobre los españoles innumerables flechas; la batalla de Otumba (14 de Julio de 1520), en la que, al encontrarse cerrado el camino de Tlascala por más de 40.000 enemigos, con sus jinetes y el núcleo principal de sus fuerzas, se lanzó contra el grupo en que ondeaba el estandarte mejicano, porque sabía que sus enemigos creían que el ser derribado éste era señal de que los dioses les abandonaban en la contienda, y en efecto, apoderándose de él, logró el caudillo español una victoria que de otro modo hubiera sido imposible conseguir.

Rehecho en Tlascala, después de esta victoria, volvió sobre la capital de Méjico, logró bloquearla, botando al lago que circundaba á la ciudad una improvisada escuadra, y el 13 de Agosto de 1521 consiguió que se rindiese. En menos de tres años había conquistado un vasto imperio, siendo los elementos con que había principiado tan difícil empresa 11 naves tripuladas por 110 marineros, que llevaban á bordo 14 cañones y 513 soldados, de ellos 13 arcabuceros y 16 jinetes. A estas fuerzas se unieron después 1.400 hombres que vinieron con Narváez y otros tantos soldados que, poco después de la victoria de Otumba, llegaron casualmente en tres navíos españoles á Veracruz.

El descubrimiento del Perú en 1528 por Francisco Pizarro fué consecuencia del descubrimiento del Océano Pacífico, hecho por Vasco Núñez de Balboa, que vió recompensado con un cadalso tan importante servicio á su patria. Dos aventureros, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y un rico sacerdote,

Fernando Luque, habían organizado la expedición, y después que Pizarro vino á España, y en una entrevista con Carlos I, consiguió autorización de éste y algunos auxilios, se decidieron á conquistar el vasto imperio peruano. A principios de 1531, desde el istmo de Panamá, en tres pequeñas naves que llevaban á bordo 183 soldados, fué Pizarro á desembarcar en las costas de Túmbez, cerca de la desembocadura del río Piura. Francisco Pizarro se propuso por modelo á Hernán Cortés; pero su falta de cultura, pues era un soldado que ni escribir sabía, aunque tenía extraordinario talento natural y su carácter violento, hicieron que no llegase en habilidad política al conquistador de Méjico. Dispuso de menos medios que éste, y le igualó, si no le superó, en audacia y arrojo; pero tuvo en su favor que los peruanos no eran tan valerosos como los mejicanos.

De noche sorprendió y derrotó un ejército peruano mandado por el cacique de Túmbez, entró en tratos con el emperador del Perú, Atahualpa, y convino con él en tener una entrevista, á la que asistió dispuesto para la batalla que trabó con los peruanos (Noviembre de 1532), en la que los venció é hizo prisionero á Atahualpa. Poco después dió muerte en cadalso á éste. Aterrados los peruanos, la conquista del Perú fué rápida. Estallaron disensiones entre Almagro y Pizarro, que venció y dió muerte á su rival; pero á su vez fué asesinado en Lima, ciudad por él fundada, por los partidarios que habían sido de Almagro. La guerra civil entre los conquistadores fué larga y sangrienta y hubiera ocasionado la pérdida del Perú para la corona de España, sin la prudencia de un humilde clérigo, Pedro Lagasca, que sin más arma que su breviario, envió Felipe II á apaciguar aquellas vastas comarcas en que uno de los hermanos de Francisco Pizarro había llegado á gobernar con completa independencia de la metrópoli.

El cardenal Cisneros.—Reclutamiento de las tropas.—Milicias provinciales.—Conquista de Orán.—Liga santa.—Batalla de Rávena.—Papel importante que hicieron en ellas la infantería y artillería.—Invasión del Milanésado. Infantería suiza.—Batalla de Marignano.

El engrandecimiento de España en África fué el pensamiento político predilecto del más eminente hombre de Estado de que nuestra patria puede gloriarse. El amor patrio y la profunda fe religiosa, que predominaban por igual en el alma de fray Francisco Jiménez de Cisneros, fueron el germen de sus vastos proyectos de conquista en el continente africano.

Cuando regentó á Castilla el cardenal Cisneros, terminó la organización del ejército permanente, desarrollando de este modo un elemento de fuerza favorable al poder real, que habían empezado á cimentar con sólidas bases los Reyes Católicos, y así pudo, al exigirle la nobleza los poderes en virtud de los cuales gobernaba el reino, imponerse á ella y acallar sus injustas reclamaciones, diciendo: *ahí están*, y mostrándole desde el abierto balcón de su cámara numerosas tropas formadas en la plaza.

Llevó su organización al mayor grado de perfeccionamiento posible en aquellos tiempos, disponiendo que en todas las ciudades, villas y aldeas hubiese designado un número de jóvenes útiles para la guerra, que en caso necesario acudiesen á formar numerosas tropas de infantería dentro de cada distrito, y que, para armarlos, hubiese en los puntos señalados para su reunión suficientes espingardas, picas y coseletes costeados por los vecinos de la comarca, proporcionándoseles un sencillo y uniforme vestuario por cuenta del Erario real. De esta suerte podía disponer la corona de 31.800 infantes armados y pertrechados de todo lo necesario para entrar en campaña en un momento dado.

Conquista
de Orán.

La primera empresa de importancia que los españoles llevaron á efecto en el litoral africano, fué la conquista de Orán, que

se debió únicamente á la iniciativa y al tesón del cardenal Jiménez de Cisneros.

El Rey Católico nombró lugarteniente del cardenal á Pedro Navarro. El ejército expedicionario se embarcó en Cartagena.

El 16 de Mayo de 1509 zarpó la escuadra de este puerto, y al día siguiente, después de anochecido, entró en el de Mazalquivir. Orán, situada á un tiro de piedra de Mazalquivir, asienta por el Norte en un llano, y por el Mediodía en las faldas de áspera sierra. Rodeada de robustos muros, fortalecida por dos castillos, con poca gente podía defenderse bien. Quedó dentro de su recinto la necesaria para el caso, y más de 10.000 moros se situaron en una estribación de la sierra que, en pendiente hacia Mazalquivir, terminaba muy cerca de la costa. Desde su cumbre esperaban con los disparos de sus espingardas y balistas detener en su marcha á los cristianos y destrozarlos ú obligarlos á retroceder á Mazalquivir.

Antes de amanecer había desembarcado la infantería española. La caballería y la artillería tardaron más, y ya después de medio día, empezaron á subir los españoles por empinada ladera de la sierra, protegidos por el fuego de seis cañones que Navarro puso en batería en sitio conveniente. Iban en cuatro columnas que, sin arredrarse por la nube de piedras, saetas y balas que disparaban los moros, antes de ponerse el sol llegaron á la cumbre. Pedro Navarro, con una de las columnas, desalojó á los moros de las alturas inmediatas á Orán; los soldados de las otras tres llegaron hasta el pie de los muros, y haciendo hincapié con las picas los unos, y los otros por escalas, asaltaron la ciudad. Muchos entraron por la puerta del mar. Defendieronse valerosamente los moros que estaban dentro de la ciudad; mas no pudieron resistir el empuje de los cristianos, y los que no murieron ó quedaron cautivos, se precipitaron desde los adarves fuera de la plaza.

El desacuerdo entre el cardenal y Navarro llegó á tal extremo después de la victoria, que no fué posible que continuasen por más tiempo juntos al frente del ejército expedicionario. Por evitar mayores males y su propio desprestigio, Cisneros regresó á Cartagena, elevó al trono las quejas que tenía de Navarro y no fué atendido por Fernando el Católico. Pedro Navarro continuó al frente de la armada y del ejército expedicionario.

Para esta expedición de Orán organizó Cisneros compañías de escopeteros á caballo, que fueron las primeras tropas de caballería con armas de fuego que ha habido desde la invención de la pólvora.

A la conquista de Orán siguieron las de Bugía y Trípoli; pero después de tan gloriosos triunfos, los soldados de Pedro

Navarro sufrieron un terrible descalabro en la isla de los Gelves. Al avanzar hacia el interior de la isla, después de haber desembarcado sin encontrar resistencia, la fatiga y la sed, ocasionadas por un sol abrasador, desordenaron la vanguardia. Sorprendida por los moros que la esperaban emboscados, fué destrozada completamente. Las tropas de Pedro Navarro, con el mayor desorden, se acogieron á los buques. Una horrible tempestad hizo naufragar á muchos y dispersó la escuadra que fué á acogerse con los vencedores de Bugía y Trípoli á los puertos de Italia.

Así terminó la expedición al África. Las tropas expedicionarias fueron empleadas por el Rey Católico en la campaña á que puso fin la batalla de Rávena.

Liga Santa.
Batalla de Rávena.
La batalla de Rávena y la sangrienta campaña de que fué el más importante hecho de armas, encierran provechosa enseñanza para los que se dedican al difícil estudio de la ciencia de la guerra. Prueba aquélla de una manera palmaria, cuán poco es el fruto de los éxitos tácticos, si la política y la estrategia no coadyuvan á ellos, mediante una meditada y hábil preparación por parte de los caudillos que mandan el ejército y del monarca ó jefe de Estado que apeló á la guerra para el logro de sus proyectos. Igualmente acredita hasta qué punto tropas disciplinadas y valientes pueden, en una retirada bien dirigida, anular, ó por lo menos reducir á las menores proporciones la victoria del enemigo.

El monarca aragonés, Fernando el Católico, formó el 4 de Octubre, con el Papa y la señoría de Venecia, la liga, que se llamó Santa, porque el rey de Francia había provocado cisma en la Iglesia católica, y contra él y los cismáticos iban á combatir los coligados.

La toma de Bolonia por los franceses puede considerarse como el principio de esta campaña, y recuperarlas fué lo primero que intentaron los aliados. Unidas las tropas españolas á las del Papa, tomó el mando de todas ellas D. Ramón de Cardona, virrey de Nápoles.

Aunque por el *ningún esplendor de su linaje*, tan sólo obtuvo el mando de la infantería, y no el de todo el ejército, como sucede siempre en los momentos de inminente peligro, fué el primero quien debía serlo, Pedro Navarro.

Gastón de Foix, que acaudillaba á los franceses, verdadero genio de la guerra, á los 22 años se había conquistado ya merecida reputación de grande estratégico.

Nueve mil soldados españoles y 4.000 italianos y bisoños de infantería: 1.000 hombres de armas y doble número de caballos ligeros y 24 piezas de artillería, constituían el ejército

aliado. El francés, unido á las tropas y á la entonces famosa excelente por su número y calidad, artillería del duque de Ferrara, podía presentar en línea de batalla 24.000 infantes italianos, franceses y alemanes, iguales fuerzas de caballería que sus enemigos y 50 cañones. Desde el punto de vista estrictamente militar, todas las ventajas estaban de parte de los franceses; pero las corrientes políticas en Italia les eran desfavorables.

He aquí una breve descripción del teatro de la campaña. El Bolognesado, una de las provincias más septentrionales de la Iglesia, confinaba al N. con el ducado de Ferrara, al O. con el de Módena, al S. con Florencia y al E. con la Romanía. Corren á rendir tributo al Po, y á bastante distancia de Bolonia, por la parte oriental de las cercanías de ésta, el río Savona, y por la occidental, el Reno, que de los dos es el que está más próximo á la ciudad. Romanía linda á su vez al N. con el ducado Ferrara y Venecia, al NE. y E. con el Adriático y al S. con las demás provincias orientales de la Iglesia. Al penetrar desde éstas en Romanía, siguiendo la costa, el primer puerto de importancia es el de Rímini, y más al NO. la ciudad de Rávena, á un cuarto de milla del mar. Una antigua vía romana enlazaba Rímini, yendo por Serena, Forli, Faenza, Imola y castillo de San Prieto con Bolonia, y desde esta ciudad por Castelfranco iba á Módena.

Reunido todo el ejército se dirigió sin pérdida á Bolonia por el Abruzzo, las marchas de Ancona y Umbría y la Romanía. Esta marcha, hecha en el rigor del invierno, fué penosísima. Además no fué posible conducir por tierra la artillería y hubo que embarcarla, para llevarla á Rímini, por la vía romana á Imola, en cuya ciudad é inmediaciones estableció Cardona su campo.

Mientras los cañones llegaban, Navarro se dirigió á Bastia, fortaleza tenida por inexpugnable y situada en los confines de Ferrara junto al Po. Dotada de buena artillería, su numerosa guarnición impedía que por este caudaloso río avanzasen buques venecianos; era, en una palabra, la llave del Po. A últimos de Diciembre de 1511, en cinco días y á escala vista, la asaltaron y tomaron los españoles con su acostumbrado heroísmo.

En cuanto llegó la artillería, el ejército aliado se dirigió á Bolonia, y el 16 de Enero de 1512 se puso á la vista de la ciudad. Siguiendo los consejos de Pedro Navarro, el virrey se situó con todo su ejército al SO. de la ciudad y en el camino de Florencia plantó la artillería que batió sin descanso el recinto de la plaza.

Para abrir brecha empleó las minas, y para facilitar el asalto

preparaba faginas con que cegar el foso y puentes de madera; pero aquéllas no dieron resultado por la precipitación con que se hacían los trabajos, y porque la nieve que empezó á caer en abundancia los entorpecía, y ocasionaba además muchas penalidades á los soldados que, á la intemperie, sufrían todo el rigor del frío. No obstante, los sitiados enviaron emisarios al joven duque de Nemours, Gastón de Foix, anunciándole que, si muy pronto no los socorría, estaban decididos á capitular.

El caudillo de los franceses, que no había venido ya en socorro de Bolonia, por temor á que los venecianos se apoderasen de Brescia, no vaciló más. En una obscura noche en que la nieve cubría la tierra y caía en grandes y abundantes copos, caminó hacia Bolonia, y con tal sigilo y tanta fortuna efectuó la marcha, que entró con todo su ejército en la plaza sin que los aliados se enterasen. Por un prisionero que al siguiente día hicieron éstos, supieron con asombro lo sucedido; y como era un absurdo intentar el asalto de una ciudad defendida por todo un ejército, se retiraron de las inmediaciones de ella, también de noche.

Los temores de Gastón de Foix se realizaron; los habitantes de Brescia abrieron las puertas de la ciudad á los venecianos, que se apoderaron de ella sin que la guarnición francesa lograra impedirlo. No se apura por esto el animoso duque de Nemours; sale de Bolonia, marcha con celeridad increíble sobre Brescia, vence bajo sus muros á los venecianos, entra en la ciudad y la saquea. El 9 de Febrero había levantado el sitio de Bolonia y el 19 recobraba á Brescia; estas fechas prueban la rapidez con que operaba el joven duque, desorientando de este modo al enemigo.

Para continuar su enérgica ofensiva, Gastón de Foix intenta apoderarse de Rávena, á fin de impedir que de la costa de la Romanía reciban víveres los aliados; pero antes presenta batalla á éstos, y como la rehusen, se dirige á aquella ciudad, la sitia y sus soldados la asaltan sin que logren rendirla.

Rávena se encuentra á la orilla izquierda del río Ronco, entre éste y el Montone que, á corta distancia de la ciudad, unen sus aguas y juntos van á morir en el Adriático. En la llanura que existe entre los dos ríos había establecido su campo el francés, y por la derecha del Ronco se acercan los aliados á la ciudad para levantar el sitio. A su aproximación, Gastón de Foix deja frente á la plaza 3.000 hombres y dos piezas de artillería, y con el resto de su ejército espera al enemigo en posiciones escogidas por él.

En unas alturas se sitúa la infantería aliada; á su izquierda los hombres de armas en tres líneas, lo mismo que aquélla; y á retaguardia y más á la derecha se colocan los caballos ligeros

á las órdenes del marqués de Pescara. La artillería gruesa está delante de los hombres de armas, y la de poco calibre y unos treinta carros con largos cuchillos, que tienen por objeto destrozarse al enemigo en el momento del choque, delante de la infantería: Pedro Navarro es el que ha ordenado así las tropas aliadas.

Los franceses inician la batalla pasando el Ronco, y avanzan, pero hacen alto á unos ciento cincuenta pasos de sus contrarios, al ver que éstos se mantienen firmes en sus atrincheradas posiciones, en las cuales no se decide Foix á atacarlos. Trae á la izquierda su infantería, la caballería á la derecha y la artillería en el centro. De una y otra parte empieza un vivo cañoneo que dura largo tiempo, hasta que viendo el duque de Nemours que su infantería recibe gran daño por la acertada disposición y emplazamiento de las piezas enemigas, saca del centro la mayor parte de su artillería, que lleva á su extrema derecha, la cual prolonga lo suficiente para rebasar la izquierda de los aliados, y amenazar su flanco y retaguardia, formando al efecto una especie de media luna. Realizado este movimiento, rompe la artillería francesa un nutrido y certero fuego sobre el enemigo, y como sus disparos enfilan en sentido diagonal los escuadrones de hombres de armas, que en la primera línea de los aliados manda Fabricio Colonna, los desordena y causa muchas bajas. Los hombres de armas no pueden sufrir sin moverse los proyectiles que lanzan sobre ellos los cañones del enemigo, y sin aguardar á que el virrey lo ordene, carga á su frente Colonna á la caballería francesa. Esto era lo que deseaba conseguir el hábil caudillo de los franceses, atraerlos á la llanura en donde su caballería más numerosa, mejor é intacta, porque aún no ha sufrido daño alguno, espera que dé cuenta de ellos. Así sucede, aunque reforzados por los de la segunda línea y por los caballos ligeros, después de un terrible choque, son arrollados; Fabricio Colonna y el marqués de Pescara caen prisioneros y, al ver este principio de derrota, huyen el virrey y Alonso de Carbajal; toda la tercera línea que mandan, y aún no ha sufrido nada, imita su vergonzoso ejemplo.

Sólo quedan en su puesto la infantería española, que forma la primera línea, y la italiana en la segunda. Los infantes españoles se han librado del mortífero fuego de la artillería enemiga, echándose en tierra tras unas sinuosidades del terreno que les ocultan á la vista de los artilleros franceses. Ven impasibles la fuga de la caballería, y cuando agotadas las municiones de las piezas, avanza sobre ellos todo el ejército enemigo, á una voz de Navarro salen á su encuentro y chocan violentamente con un cuerpo de *landsquenets* alemanes. Los españoles, cuya formación ha

padecido bastante en el momento del choque, se rehacen, arrojan los de vanguardia las picas y, agachándose por debajo de las de los alemanes, espada en mano arremeten á éstos y los arrollan; igualmente desordenan la infantería francesa y del duque de Ferrara, y van á asaltar la artillería, cuando la infantería italiana, que, á pesar de las muchas bajas que le hicieron los disparos de los cañones enemigos, se ha mantenido firme en su puesto, acosada por un cuerpo de infantes franceses y una compañía de hombres de armas, empieza á cejar. Navarro envía en su auxilio parte de sus soldados, y con los demás contiene á los alemanes y franceses que se han rehecho y se les vienen encima. Viendo que la caballería acude también á cargar á los valientes soldados que manda, ordena la retirada, que efectúan en la más correcta formación al frente del enemigo que les acosa sin quebrantarlos. Furioso Gastón de Foix al ver á aquellos valientes sosteniendo impertérritos la acometida de todo el ejército vencedor, con lo más granado de su caballería carga cual *león rabioso* á los españoles, que vuelven caras á los hombres de armas franceses. El valeroso joven cae en tierra, un soldado le hunde en el pecho la espada, y acribillado á estocadas, muere el idolatrado caudillo de los franceses. Los españoles, aprovechando la confusión que en el ejército vencedor causa su muerte, se alejan del campo de batalla sin ser molestados ya por nadie; pero han muerto casi todos sus coroneles y capitanes, y Pedro Navarro ha caído herido y prisionero al emprender la retirada. Se dió esta batalla el 11 de Abril de 1512.

Quedaron también prisioneros de los franceses, además de Navarro y Colonna, el marqués de Pescara, el cardenal Médicis, legado del Papa y otros jefes del ejército vencido. Las pérdidas fueron muchas de una y otra parte; pasaron de 11.000 los muertos y los heridos, figurando entre los primeros el famoso Ibo de Alegre, segundo del duque de Nemours, y el jorobado Pedro de Paz, que se había distinguido mucho en las guerras de Nápoles á las órdenes de Gonzalo de Córdoba.

Para que la heroica infantería española cambiase en victoria la derrota, hubiera bastado que el virrey, en vez de huir con la tercera línea, conteniendo á los fugitivos de las otras dos, hubiese vuelto en su auxilio. Con su hábil política consiguió el Rey Católico para los aliados el triunfo que no habían conseguido por las armas. Logrando que el emperador Maximiliano rompiese su alianza con Luis XII, trastornando el orden de cosas en Florencia y Génova en contra de los franceses, y obteniendo de Enrique VIII de Inglaterra que se decidiese á intentar en Francia la reconquista de los Estados que á los ingleses habían pertenecido en la Edad Media, puso en grave apuro al

monarca francés. El ejército vencedor en Rávena, más abatido con la muerte de su caudillo que si hubiera sufrido una derrota, indisciplinado y sin dinero, tuvo que abandonar la Italia; ganando todas las batallas, había perdido la campaña.

A la muerte de Luis XII de Francia, su sucesor Francisco I, deseoso como él de avasallar la Italia, invadió el Milanesado. Por vez primera entre franceses se dió á la infantería la merecida importancia. Confió su mando el nuevo monarca francés al prisionero de Rávena, Pedro Navarro, á quien la tristeza de una larga prisión y el ingrato olvido del Rey Católico habían hecho traidor á su patria. Con reclutas gascones y vascos formó compañías de infantería que en Marignano vencieron á la famosa infantería suiza.

Invasión del
Milanesado.-
Batalla de
Marignano.

También en la artillería introdujo Francisco I notables mejoras. A costa de grandes desembolsos organizó compañías de artilleros instruidos en el servicio de los cañones, y dotó á la artillería de caballos para su arrastre, mientras en los demás ejércitos no había aún personal experto en su manejo, y para conducirla se valían de bueyes, razones por las cuales casi siempre más servía de estorbo que de otra cosa.

Se habían aliado contra el rey de Francia el Papa, el emperador de Alemania, el Rey Católico y el duque de Milán: los venecianos estaban de su parte.

Por no haber el debido concierto entre los aliados en las primeras operaciones de la campaña, cuando el ejército francés en penosa marcha de cinco días salvó con su numerosa artillería los Alpes, solamente se encontraban al pie de esta cordillera los hombres de armas que, con Próspero Colonna, se habían destacado de las tropas del Rey Católico, que con su caudillo el virrey de Nápoles, D. Ramón Cardona, se hallaban acampadas en las inmediaciones de Verona. Sorprendidos en Villafranca por el enemigo, casi todos ellos con su jefe cayeron prisioneros el 15 de Agosto de 1515.

Los invasores se apoderaron de Pavía y Novara y se dirigieron á Milán. Cardona creyó comprometida su situación entre los franceses por un lado y el ejército veneciano que avanzaba por el otro, y dejando bien guarnecidas á Verona y Brescia, pasó á la orilla derecha del Po. La infantería suiza, á sueldo del duque de Milán, en número de 30.000 hombres, con poca caballería y menos artillería, cansada de esperar inútilmente á los españoles, se decidió á atacar á los franceses y se dió la batalla de Marignano en los días 13 y 14 de Septiembre. A su acometida en tres grandes masas resistieron las tropas del rey de Francia, situadas en una línea formada por escuadrones numerosos de infantería, entre cuyos intervalos se hallaba la caballe-

ría, gracias al fuego de su numerosa artillería, emplazada tras de fosos y trincheras, que tuvo á raya á los suizos. Quedó el combate indeciso á la caída de la tarde; por la noche no cesó el fuego de la artillería, aunque incierto por la obscuridad, y al amanecer del 14 volvieron los suizos á atacar las fuertes posiciones de sus adversarios; pero con la ayuda eficaz de su caballería, los detuvo en el centro el nutrido fuego de la artillería francesa y, en el resto de la línea de batalla, los disparos de los arcabuceros y ballesteros, á quienes Pedro Navarro había resguardado tras improvisada muralla de grandes escudos hincados en tierra y atados por sogas, para que disparasen con más tranquilidad de ánimo y certera puntería. Ya en el último tercio, por mandato de Navaro, arcabuceros y ballesteros dispararon una tras otra con tal orden y continuidad que, arrojando perpetua lluvia de balas y saetas, lograron desordenar los compactos escuadrones suizos.

No obstante, aún seguía indecisa la victoria, cuando la llegada de Bartolomé de Albiano con algunas compañías de hombres de armas, hizo creer á los suizos que se les venía encima todo el ejército veneciano que aquél acaudillaba, y se retiraron á Milán con tal orden, que en su partida no hubo cosa alguna que pareciera huida.

En Rávena y Marignano intervino por vez primera la artillería como arma principal de combate, y acreditó sus cualidades esenciales de arma defensiva ó de resistencia, y de arma preparatoria para la lucha de las otras. La francesa en Rávena preparó la derrota de la caballería aliada diezmándola, desordenando sus escuadrones y obligándola á combatir cuándo y donde no quería; y en Marignano contuvo á los valientes suizos, y probó que, con ella, iban á ser perjudiciales los ataques de la infantería en grandes masas.

La retirada de los españoles en Rávena y la de los suizos en Marignano acreditaron que la infantería, en tanto que permanezca ó marche unida, compacta y obediente á la voz de sus Jefes, se hará respetar del enemigo y patentizará su superioridad sobre su eterna rival, la caballería. Además, en Marignano se vió á la infantería francesa emplear con éxito el fuego de la arcabucería y los disparos de los ballesteros contra los ataques al arma blanca de la suiza. Revelación fué ésta de la poderosa fuerza de resistencia que había de encontrar la infantería en el perfeccionamiento de las armas arrojadizas, y muy especialmente, en el de las portátiles de fuego. El empleo de lo que después se llamó fuego graneado ó por hileras, y del que, en Marignano, Pedro Navarro fué el inventor, constituyó otro adelanto notable y favorable á la supremacía de la infantería.

SEGUNDO PERÍODO

Supremacía militar de España.

I

Causas que la produjeron.—Reclutamiento.—Tercios.—Composición de los ejércitos españoles.—Capitán general.—Maestre de campo general.—Otros empleos.—Caballería pesada y ligera; infantería y artillería; armamento; formaciones.—Orden de marcha.—Orden de batalla.—Ejercicios.—Gonzalo de Ayora.—Sistema de guerra.

Es un hecho comprobado por la Historia en todas sus páginas, que al engrandecimiento de una nación acompaña su preponderancia militar. Así sucede en España, donde las primeras señales de esta supremacía coinciden con los momentos históricos de la Edad Media, en que las monarquías castellana y aragonesa consiguen extraordinario grado de vida, solidez y poderío.

Llega esta preponderancia militar de España á su apogeo, pocos años después de la Reconquista, en los campos de Ceriñola y Garellano.

Luchando á todas horas, en toda clase de terrenos y en fronteras cada vez más dilatadas, con una raza inteligente y valerosa cual la árabe lo era al invadir la Península, tan pronto individualmente en parciales combates, como unidos entre sí los convecinos en tenaz defensa de sus hogares, villas y ciudades, amenazados por las frecuentes algaras de los moros, ó en natural y justo desquite corriendo y talando el territorio enemigo;

afrontando unas veces, en crecidas huestes, las terribles invasiones de las no menos numerosas de los califas cordobeses y Almanzor, de los almoravides, almohades y benimerines, que inundaron con frecuencia tanta las nacientes cristianas monarquías cual desbordado torrente, poniéndolas al borde de la ruina; y otras llevando á cabo expediciones en que realizaron las importantes y difíciles conquistas de reinos tan poderosos cual los de Valencia y Mallorca, y los de Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada, habían adquirido aptitudes los españoles, durante la Reconquista, para toda clase de guerra.

En una alarma constante ante un enemigo incansable, y siendo teatros de sus combates así las elevadas montañas como las vastas llanuras, esta guerra de estratagemas, sorpresas y emboscadas había fortalecido hasta rayar en heroísmo el valor de las huestes españolas, y las había dotado de firme perseverancia, de astucia é iniciativa en los combates cuerpo á cuerpo, de prudente vigilancia en la guarda de los campamentos y ciudades, y de cohesión y solidez en las grandes batallas, que con la rapidez en las marchas y la sobriedad que siempre le fueran propias formaron un conjunto de virtudes militares que hiciera del soldado español el primero del mundo; y sabido es, que el primer elemento en la guerra para constituir un buen ejército, la base para que éste lo sea, es el soldado aguerrido, disciplinado y valiente.

En un país montañoso, cruzado por elevadas cordilleras, que se disputaban palmo á palmo huestes numerosas, no podía desdeñarse la infantería en tanto grado como lo fuera por los demás pueblos en la Edad Media, y esta arma, núcleo de todo ejército, aun en los tiempos anteriores á la invención de la pólvora, fué numerosa, valiente y atendida.

La aplicación de la pólvora á las armas de fuego, fueron los árabes de los primeros en llevarla á cabo, y aleccionando por consiguiente á los cristianos en el manejo y fabricación de éstas, les transmitieron todos sus adelantos en artillería, arma que tan importante papel iba á representar en las guerras de la Edad Moderna.

Puede asegurarse por lo tanto que, al principiar ésta, daban los demás pueblos los primeros pasos en todos los ramos de la ciencia de la guerra, cuando ya los españoles habían recorrido bastante camino, y que, en mejores condiciones que ningún otro pueblo para llevar á efecto la revolución en el arte de la guerra que la invención de la pólvora reclamaba, la realizaron por el impulso del poderoso genio del Gran Capitán, y obtuvieron de esta suerte innegable preponderancia, asegurada y sostenida mientras los primeros reyes de la dinastía austriaca ocuparon el

trono por el valor de los tercios españoles y por la ciencia é inteligencia de Leiva, Alarcón, el duque de Alba, Alejandro Farnesio y otros, y que tuvo su ocaso en los campos de Rocroi.

En esta época los ejércitos se nutrieron de aventureros que hicieron oficio de la honrosa profesión militar. Cuando el Rey trataba de levantar un ejército, nombraba capitanes, con quienes contratava la formación de compañías ó banderas de determinado número de plazas en una cantidad dada. El capitán, provisto de real cédula de nombramientos y de una instrucción á las autoridades de las comarcas en que iba á *hacer gente*, para que no pudiesen inconveniente á la recluta, nombraba alférez y sargentos que le ayudasen á la recluta, nombraba primero, y después en el mando y administración de la compañía, y formaba con los soldados contratos, en que éstos se comprometían á servir al rey mediante el cobro del sueldo estipulado, por tiempo que se determinaba y generalmente era todo el que durase la campaña. Con mucha frecuencia, por no decir siempre, al mismo tiempo que en el propio país, se reclutaban también compañías en algún país extranjero, previo beneplácito de su monarca. Si el alistamiento de voluntarios no bastaba á formar el ejército, se hacía una leva de gente maleante. Con estos procedimientos de recluta la moralidad de los soldados tenía que ser deficiente.

Reclutamiento.

La calidad de los soldados españoles fué mejor, porque muchos nobles é hidalgos de escasa fortuna se alistaban en las filas del ejército.

Imitación de las antiguas legiones romanas, los famosos *tercios*, que tanta gloria alcanzaron con su heroico valor y hazañosos hechos en Flandes y en Italia, se efectuó su organización en 1534, reinando Carlos I. Aunque su fuerza fué variable, generalmente constaba cada uno de 3.000 hombres divididos en doce compañías, de las cuales dos eran de arcabuceros, llamándose maestre de campo su jefe principal y sargento mayor el segundo. La organización de los tercios era permanente, así en paz como en guerra.

Tercios.

Al empezarse la guerra, sin preparación anterior, se organizaba el ejército de operaciones que, por sistema, se componía de tropas de distintas naciones para evitar que los motines ó sediciones fuesen unánimes, y disminuir en lo posible las deserciones que, en tropas exclusivamente del país, eran muy frecuentes y numerosas.

En los ejércitos españoles el servicio de la artillería estuvo generalmente confiado á soldados alemanes; de infantería había muchos regimientos ó coronelias de *landsquenets* alemanes, excelentes como piqueros, pero muy inferiores como arcabuceros

Composición de los ejércitos.— Capitán general.—Maestre de campo general.—Otros empleos.

á los españoles, que no tenían rivales en el manejo del arcabuz; la caballería pesada se componía en su mayor parte de *reitres* alemanes, y eran numerosas las *cornetas* ó compañías de italianos en la caballería ligera.

Felipe II organizó presidios fijos, guarniciones que ahora decimos, para la guarda y defensa de las plazas fuertes, y también pudo conseguir que llegase á ser un hecho la organización de milicias decretadas, antes que por él, por el cardenal Cisneros.

El jefe supremo del ejército se llamaba capitán general, y su segundo era el *maestre de campo general*, que asumía las funciones del moderno jefe de Estado Mayor general, y que en algunas ocasiones tuvo un lugarteniente que le ayudase en el desempeño de su cometido. Al aposentador general se le decía entonces *furriel mayor*.

La moderna Administración militar estaba representada en aquellos tiempos por *contadores* y *veedores* ante quienes *hacían alarde*, lo que traducido al lenguaje actual equivale á pasar revista, las compañías.

Para la administración de justicia cada maestre de campo, que era juez supremo en su tercio, tenía un asesor letrado que se llamaba *auditor*, y para el mantenimiento del orden en los campamentos, persecución y castigo de los delincuentes, había *alguaciles* y *barracheles*, ó sea capitanes de alguaciles, y en cada tercio un verdugo.

Caballería
pesada y
ligera.—
Infantería.—
Artillería.—
Armamento y
formaciones.

Se hallaba dividida la caballería en pesada ú *hombres de armas*, que vestían armadura completa, montaban caballos de gran alzada, encubertados, como ellos, de hierro, y que usaban espada, daga, lanza de armas y otra de mano, yendo cada uno acompañado de un paje de lanza, también montado; y en ligera ó *jinetes*, cuya armadura, que fué siendo cada vez más sencilla, era más ligera y que montaban caballos más pequeños, usando espada, daga ó puñal y una lanza corta que se llamaba *jineta*.

En la expedición á Orán organizó Cisneros compañías de escopeteros á caballo, que más adelante se convirtieron en arcabuceros y posteriormente se formaron algunas compañías de *estradiotes*, que eran soldados de caballería ligera, que además de lanza y espada, llevaban una especie de maza, llamada martillo de armas. Hubo un tiempo en que se amalgamaron la caballería pesada y la ligera, formándose de fuerza de ambas cada compañía; pero esta amalgama duró poco por el mal resultado que dió en los combates.

La invención de las armas de fuego hizo que fueran desapareciendo en la infantería las ballestas, siendo substituídas por las *espingardas* primeramente, y después por los *arcabuces*; pero la imperfección, poca seguridad en la puntería y demasiado peso

de éstos, y la dificultad y el excesivo coste de su fabricación, unidos á que carecerían de las condiciones necesarias para la acción resolvente de la infantería, en el momento del choque con el enemigo, fueron causa de que sólo la menor parte, que no pasó de la cuarta, por entonces, de la infantería, estuviese armada con ellos, y el resto, ó sea la mayor parte, lo estaban con picas. Hallábase, por consiguiente, la infantería dividida en *piqueros* y *arcabuceros*, y las fuerzas de éstos, por formar en los flancos de las agrupaciones tácticas á que pertenecían, recibieron el gracioso y expresivo nombre de *mangas*.

La artillería no tenía en un principio, ni podía tener, la importancia que después adquirió, por la imperfección de las piezas sujetas á las cureñas con cadenas, teniendo recámaras positizas y formadas de duelas unidas entre sí por cinchos de hierro; la dificultad en los arrastres y poca certeza en la puntería, hacían que no fueran muy notables las ventajas con que compensaran el embarazo que causaban en las marchas y maniobras, tanto por su excesivo peso como por no tener dotación de ganado para arrastrarlas, que se obligaba á facilitar á los pueblos del teatro de la guerra, y carecía de condiciones para hacerlo fácilmente la mayor parte de las veces, así como también el atalaje que traía, casi nunca era á propósito para el caso.

Puestas las piezas en baterías en una ventajosa posición, sucedía que, al alejarse de ellas las fuerzas enemigas por las peripecias del combate, no siendo fácil trasladar con prontitud aquéllas de un punto á otro, eran inútiles para conseguir la victoria. No obstante, por su hábil colocación decidió muchas veces la artillería el resultado de los combates y, perfeccionándose, fué aumentando de día en día su importancia.

Es cierto que al principiar la Edad Moderna de la Historia se habían hecho notables progresos en artillería, fabricándose cañones con recámaras fijas y que ya no estaban formados por duelas cinchadas; cierto es también que se había mejorado el cureñaje y que, especialmente en tiempo de Carlos I, recibió un gran impulso la artillería, gracias en parte á la marcada predilección con que procuró mejorarla el César, como lo prueba el lucido tren de artillería que en Nuremberg adquirió cuando fué á oponer un dique á la invasión, en sus Estados de Oriente, de los turcos mandados por Solimán el Magnífico, y los célebres *doce apóstoles*, cañones de gran calibre que figuraron en las numerosas baterías emplazadas contra la Goleta en la conquista del reino de Túnez: pero esto no obstante, todavía dejaba mucho que desear la artillería, muy especialmente por la gran diversidad de calibres, y, en muchas ocasiones, aun servía en los combates más bien de embarazo que de poderosa ayuda.

Con el tiempo, á los arcabuceros substituyeron los *mosqueteros*. El duque de Alba, en las guerras de Flandes, fué el primero que dotó de mosqueteros las compañías. La caballería llegó á adoptar con preferencia las armas de fuego, y hasta la pesada abandonó la lanza por los *pistoletes*, que no eran otra cosa que arcabuces cortos, y con ellos y las espadas cargaban al enemigo. La consecuencia inmediata fué dejar de cargar á galope, y lo hicieron al trote menospreciando la velocidad, que es donde estriba la fuerza táctica de la caballería. Tanto la gruesa como la ligera se paraban á corta distancia del enemigo para hacer fuego con sus *pistoletes* ó arcabuces, y luego, en el momento del choque, hacían uso de las espadas.

Entre los españoles, sobre los hombres de armas que eran buenos en calidad, pero pocos en número, preponderó la caballería ligera, que generalmente se batía á la desbandada.

La infantería se agrupaba para batirse en *escuadrones*, formación eventual en quince ó veinte filas.

Las formaciones eran muchas y consistían siempre en el escuadronamiento en forma rectangular y cuadrada. El centro del escuadrón se componía de piqueros reforzados en los flancos con mangas de arcabuceros, que se batían en tres, cuatro ó cinco hileras.

Orden de
marcha. Caminaba siempre el ejército en una sola columna, en vanguardia iban arcabuceros de á pie y de á caballo, después los *gastadores* para arreglar los malos pasos, luego la caballería en tres escuadrones y con el mayor frente posible, y seguidamente la infantería dividida en vanguardia, *cuerpo de batalla*, y retaguardia: en las distancias que mediaban de la vanguardia á la batalla, y de ésta á la retaguardia iban respectivamente la artillería y los bagajes. Los cañones se conducían en carros y separados de sus afustes. Dentro de cada escuadrón las mangas de arcabuceros abrían y cerraban la marcha. Cuando estaban lejos del enemigo los ejércitos españoles pernoctaban en las poblaciones; cerca de él, acampaban y atrincheraban sus campos.

Orden de
combate. Para combatir, la vanguardia y retaguardia de infantería formaban los *cuernos* diestro y siniestro de la línea de combate, dejando en el centro el cuerpo de batalla, la artillería iba en los intervalos ó se situaba en posición que dominase el campo, la caballería gruesa se colocaba en las alas y los caballos ligeros y arcabuceros cubrían el frente. Ellos eran los que iniciaban el combate, la artillería preparaba con sus fuegos, al mismo tiempo que los arcabuceros con sus descargas, el choque de los piqueros y la caballería pesada, que eran los encargados de decidir el éxito de la pelea. Las batallas generalmente se daban en orden paralelo; por excepción, los españoles en Pavía, Mook y

Alcántara emplearon el orden oblicuo. Se concedía mucha importancia á las posiciones y á los campos atrincherados.

Gonzalo de Ayora, á quien se debió principalmente la organización que los Reyes Católicos dieron en 1503 á las *gentes de su guarda*, y que fué el jefe de las tropas de la casa real, fué el primero en adiestrarlas en ejercicios tácticos. Tanto en su tiempo como en todos los que duró la supremacía española, las evoluciones fueron rudimentarias y se circunscribieron á marchar de frente y en retirada, y aumentar y disminuir el frente y el fondo.

Al ser el rey absoluto, el ejército fué suyo más que de la nación, y las guerras tuvieron por objeto aumentar los dominios de la corona, defender los propios de las agresiones extrañas ó someter comarcas en rebelión, y por consiguiente, se redujeron á una serie interminable de sitios de plazas. Muy contados fueron los capitanes de aquella época que se aventuraron á ninguna operación, dejando á retaguardia la más insignificante plaza guarnecida por tropas enemigas. Como no se les exigía como ahora la victoria pronta, sino simplemente la victoria, los más expertos preferían obtenerla por operaciones estratégicas, á comprometer el éxito de una campaña en frecuentes batallas campales.

Ejercicios.
Gonzalo de
Ayora.

Sistema de
guerra.

II

Carlos V y Francisco I.—Batalla de Pavía.—Nuevas guerras de Italia.—Asalto y saqueo de Roma. Sitio de Nápoles.

Carlos V y Francisco I. Incapacitada su madre D.^a Juana la Loca para reinar, á la muerte de su abuelo Fernando el Católico, Carlos de Gante ciñó sus sienes con las coronas de los dos reinos más poderosos de Europa: Castilla y Aragón.

Por este tiempo, y apenas llegado á España Carlos I, vacó la corona electiva del imperio de Alemania por muerte de su abuelo Maximiliano, y avivando esta ocasión oportuna su ambición, la pretendió y obtuvo.

El inmenso poder que adquirió Carlos I de España y V de Alemania al reunir bajo su cetro tan ricos y vastos dominios, despertó los celos del rey de Francia, que veía amenazadas casi todas las fronteras de su reino por tan peligroso vecino. La rivalidad entre los dos monarcas de España y Francia se tradujo bien pronto en sangrientas guerras. Fué de todas ellas la más importante, la que terminó con la batalla de Pavía.

Batalla de Pavía. Habían los imperiales invadido la Provenza y sitiado á Marsella; pero con tan desgraciado éxito, que tuvieron que levantar el sitio y retirarse á Italia, ante la aproximación del rey de Francia con su poderoso ejército.

Para confirmar su triunfo Francisco I, en menos de 15 días franqueó los Alpes, invadió el Milanésado y se dirigió á Milán. Tan rápida marcha desconcertó á los caudillos del ejército imperial, mermado por las bajas sufridas en el sitio de Marsella y en la retirada, desmoralizado por el fracaso que acababa de experimentar y por la falta de pagas, y muy inferior en número al francés. Los imperiales evacuaron á Milán, dejaron guarnición en su fortísimo castillo, y al mismo tiempo que Antonio de Leiva con 6.000 soldados españoles y alemanes se acogía á los muros de Pavía, se establecieron en la línea defensiva del Adda, fortificándose en Lodi.

Grave error cometió el rey de Francia al emplear parte de sus tropas en el asedio del castillo de Milán, y el grueso de ellas en el de Pavía, en vez de abrumar con todo el peso de su ejército á los imperiales refugiados en Lodi, concluyendo de este modo y pronto con el núcleo principal de resistencia que á sus planes de conquista podría hallar. Vencido el ejército imperial en Lodi, el castillo de Milán y la ciudad de Pavía hubieran caído pronto en poder de Francisco I, porque no hay fortaleza ni plaza que se sostenga mucho sin esperanza de socorro.

Verdad es que creyó el monarca francés que la rendición de Pavía era cuestión de un golpe de mano; pero no fué así. Su artillería abrió brecha en los muros de la plaza, sus soldados se lanzaron al asalto y fueron rechazados. Para rendirla por hambre destruyó unos molinos que la surtían de harina; Leiva remedió el daño con molinos de mano. Derribó los edificios próximos á la plaza y arrasó sus alrededores para ahogarla en estrecho bloqueo; las frecuentes y victoriosas salidas de la guarnición le hicieron en parte ilusorio. Trató de variar el cauce del brazo de Tessino que baña los muros de la ciudad, para privar de agua á los sitiados; una avenida hizo inútiles los trabajos emprendidos con tal objeto. Fomentó cautelosamente la indisciplina en los soldados alemanes que se amotinaron reclamando sus pagas devengadas y no satisfechas; el motín fué sofocado y pagados los alemanes en moneda acuñada con la plata de las iglesias. La poderosa artillería del duque de Ferrara y la francesa hicieron estragos en el recinto de la plaza; Leiva reparó, mejoró y acrecentó sus fortificaciones. Si era tenaz el empeño del rey de Francia en rendir á Pavía, su gobernador era Antonio de Leiva. Si numerosas tropas se esforzaban en estrecharla y reducirla al último extremo, soldados españoles constituían el nervio de su guarnición.

En los últimos días de Noviembre sale el ejército imperial de la inacción en que ha permanecido en Lodi, y empieza una campaña de sorpresas nocturnas en que afrontando los obstáculos que á su penosa marcha oponen el reinante temporal de nieve, el lodo de los caminos y la obscuridad de la noche, y aprovechando el mal tiempo y las tinieblas para hallar desprevenidos á sus defensores, se apodera de poblaciones inmediatas á Pavía y guarnecidas por tropas enemigas, que aprisiona. A estas audaces empresas bautizan los españoles con el gráfico y gracioso nombre de *encamisadas*, porque llevan, al efectuarlas, puesta la camisa sobre sus vestidos para reconocerse mutuamente y distinguirse de los enemigos á pesar de la obscuridad de la noche.

En tanto que incurriendo en nuevos errores estratégicos, el monarca francés desmembra su ejército y envía cuerpos expe-

dicionarios á Cremona, Génova y Nápoles, el condestable de Borbón refuerza el imperial con 12.000 alemanes, que ha reclutado. Pero si logran refuerzos los imperiales, andan escasos de víveres y dinero, y tan apremiante necesidad obliga á sus caudillos á emprender resueltamente una campaña decisiva, que tiene mucho de aventurada, para que el hambre y la falta de pagas no concluyan con la endeble consistencia de sus tropas y las disuelvan. La mejor prueba de cuán fundados son sus temores, es el motín en que antes de efectuar operación ninguna, los alemanes reclaman tumultuosamente sus pagas. Acude Pescara al patriotismo de los españoles para salir del conflicto, y aquellos aventureros de corazón duro se desprenden generosamente de su peculio propio y lo depositan en manos de su general, á fin de sacarlos del apurado trance en que se halla.

El 24 de Enero, dejando guarnición en Lodi, el ejército imperial se pone en movimiento y simula una marcha hacia Milán para ver si logra sacar de sus trincheras al ejército del rey de Francia, amenazando á aquella ciudad. No lo logra, y entonces francamente se dirige á Pavía, pasa el Lambro, afluente del Tessino, por un puente de barcas, toma por asalto á Santangelo, villa murada, y se atrinchera en sus inmediaciones, en expectativa de un ataque del enemigo; como no sucede así, con las precauciones que le impone su proximidad, marcha lentamente, y el 7 de Febrero se presenta á la vista de Pavía sin que gracias á las frondosas arboledas de aquellos parajes, consiga hacerle daño considerable la artillería francesa con los disparos que le asesta.

La guarnición de Pavía anda escasa de pólvora y dinero, y así lo avisa por medio de señales convenidas. Soldados españoles, por medio de hábiles estratagemas, la proveen de una y otro; de dinero en cuanto lo permiten los pocos recursos con que cuentan los caudillos imperiales.

Francisco I aprieta más el cerco, y sus tropas se extienden en prolongado arco de círculo que apoya sus extremos en el Tessino. La línea es á propósito para el bloqueo, pero débil por su extensión en todos los puntos en que el ejército de socorro ataque. Este emprende una batalla nocturna de rebatos, falsas alarmas y verdaderas y sangrientas sorpresas contra los sitiadores, clase de guerra para que tan apto es el soldado español y que hace terrible y desastroso efecto en el francés que es objeto de ella; pero si bien molesta, causa numerosas bajas y demoraliza á los sitiadores, no basta en la ocasión presente para obligarles á levantar el cerco. Pavía va á tener que rendirse por hambre; el ejército de socorro, débil para atacar en sus posiciones al sitiador, no basta para libertar la plaza. Se piensa en la

retirada., pero ésta concluirá con el prestigio de las armas imperiales, y será la señal de general deserción en las filas del ejército. El marqués de Pescara, con buen acierto, cree llegado el instante de una resolución desesperada; es preciso acometer al enemigo con el ánimo resuelto á sucumbir con gloria ó vencer, tomando todas las disposiciones posibles para conseguir la victoria, y ninguna para asegurar la retirada, que sería más fatal que la más completa derrota.

Corroboran el acierto de su parecer los consejos de los generales franceses á su rey, de que levante el cerco de Pavía y rehuya todo combate con el enemigo, puesto que es una locura arriesgarlo, cuando éste lleva la muerte en su seno, sin que sea menester esfuerzo alguno para conseguirla ni precipitarla.

El amor propio, perjudicial más que en nadie en un general en jefe, es causa de que Francisco I desatienda los consejos que le dan: cree una mancilla poner fin al sitio de la plaza sin rendirla.

En la mañana del 24 de Febrero de 1525, los imperiales incendian su campamento para que crea el enemigo que se retiran, y con el propósito de sorprender á éste, se ponen en marcha mucho antes de amanecer. Para reconocerse mutuamente en la obscuridad y no confundir al amigo con el adversario, encima de sus vestidos se ponen camisas. Van en vanguardia alguna caballería y arcabuceros á pie, detrás la infantería en una sola columna dividida en cuatro escuadrones, y en retaguardia 2.000 infantes italianos que escoltan cuatro piezas de artillería y la impedimenta. Flanquea á todo el ejército la caballería. De los cuatro escuadrones de infantería, manda el primero el marqués del Vasto, que lleva consigo dos cañones, y acaudillan respectivamente los otros tres el marqués de Pescara y los duques de Lannoy y Borbón.

Empleando como improvisado ariete gruesa viga, los imperiales abren brecha en la tapia del parque y, cuando ya de día, entran en éste, ha advertido el enemigo su presencia y formado en una sola línea, oblicua á la dirección que traen, de modo que resultan presentándole el flanco izquierdo y caminando hacia su extrema izquierda que carece de apoyo inmediato. No así la derecha que apoya el ejército francés en las tapias del parque. El rey de Francia ha dispuesto su infantería en tres grandes escuadrones, de suizos el de la izquierda, de alemanes el del centro, y de italianos y franceses el de la derecha; su caballería en otros tres, dos en los intervalos que median entre los de infantería, y el tercero mandado por el duque de Alençon en el ala derecha de toda la línea; y su artillería, compuesta de 50 piezas, delante, agrupada en tres baterías.

El duque de Alençon, con su caballería y el escuadrón de infantería próximo á ella, viene á caer sobre la retaguardia de los imperiales para envolverlos, apoderarse de la brecha por donde han entrado en el parque, y cortarles la retirada y después de rechazado tres veces por los italianos, á la cuarta acometida los desordena y pone en fuga; la caballería los acuchilla y la infantería vuelve contra los fugitivos las cuatro piezas que escoltaban y han abandonado. Quedan muy quebrantadas las tropas del duque de Alençon por lo rudo del combate que acaban de sostener, y acosadas por los arcabuceros españoles, pide refuerzos su caudillo, no se los envían, y entonces se retira para reorganizarlos á retaguardia del ejército. Con tan inoportuna retirada pierden los soldados del rey de Francia la ocasión de conseguir completa victoria, pues de seguir la derecha francesa el movimiento envolvente empezado con tanta fortuna, se hubieran visto los imperiales cortados y acorralados.

Mientras tanto, tras rápida carrera y breve, pero sangriento combate, la vanguardia imperial y los soldados del marqués del Vasto se apoderan del palacio de Mirabello, punto central, aunque avanzado, de la línea francesa. El marqués de Pescara con su escuadrón de infantería se apresura á unirse á ellos. Los arcabuceros rompen el fuego por la derecha, á fin de separar el grueso del ejército enemigo de los 8.000 hombres que Francisco I ha dejado frente á Pavía guardando las trincheras. Todo el ejército imperial da frente á la izquierda, y resulta en orden oblicuo con la derecha adelantada y la izquierda retrasada, y así avanzará contra el centro del ejército del rey de Francia, para romper la línea en dos trozos y batir aisladamente cada uno de éstos.

El ejército imperial sufre mucho por efecto del fuego de la artillería enemiga; de prolongarse la situación, se verá obligado á desistir de su movimiento de avance y tendrá que retirarse; pero el rey de Francia, á impulsos de imprudentísimo y fatal ardimiento, al frente de los caballeros que le rodean y de la gendarmería, carga á los imperiales, é interponiéndose entre ellos y su propia artillería, obliga á ésta á suspender el fuego. Al encuentro de la caballería francesa salen los hombres de armas del ejército imperial. Los españoles del marqués de Pescara y los alemanes del cuerpo de batalla secundan el movimiento de avance de la caballería. El choque de la caballería francesa con los hombres de armas imperiales es violentísimo. No lo es menos el de la infantería imperial con las bandas negras alemanas que, en número de 14.000 soldados, constituyen el nervio del ejército de Francisco I. Tal es el empuje de los contrarios, que los imperiales empiezan á ceder. Sus caudillos emplean

entonces todas sus reservas, su infantería alemana y alguna española, para contrarrestar la furia del enemigo, y le envuelven por su flanco izquierdo. Contribuyen principalmente á quebrantar el ímpetu de la caballería francesa, los arcabuceros imperiales que, en grupos de 15 á 20, han interpolado los caudillos imperiales en los intervalos que deja la propia caballería. Con puntería certera diezman á los jinetes enemigos que distinguen de los amigos, no obstante de estar mezclados unos y otros en confusa pelea, por las camisas que éstos llevan puestas encima de sus vestidos y armaduras.

Destácase por la derecha una banda de 300 arcabuceros que hace huir á los 10.000 suizos que, con 5.000 italianos, otros tantos franceses y los piqueros alemanes, formaban el cuerpo de batalla del ejército del rey de Francia. No muestra la infantería suiza, en esta ocasión, su acostumbrado valor; los disparos que por la espalda la ha asestado la artillería de la plaza, la ha desordenado, y el certero fuego de arcabucería que ahora sufre por vanguardia, la desmoraliza por completo y la pone en fuga. Es perseguida hasta las orillas del Tessino por los sitiados, que acaban de efectuar una salida de la plaza.

El cuerpo de tropas francesas que delante de Pavía estaba en observación, desordenado por los fugitivos y acosado á la vez por los soldados de Leiva y los del marqués del Vasto, sucumbe casi por completo.

En extensa línea avanzan los 300 arcabuceros españoles para caer sobre la artillería francesa; cubiertos por las sinuosidades del terreno, matan á mansalva los hombres de armas del duque de Alençon que la protegen, y á los que no, los ahuyentan; ponen fuera de combate á los artilleros y toman las piezas. El duque de Alençon, con todas las tropas á sus órdenes, las recobra y trata de retirarlas á otra posición más á retaguardia; pero no puede lograrlo, porque los arcabuceros españoles desjarretaron todo el ganado de arrastre y ahora vuelven á tomarlas. Resguardándose tras ellas mismas y tras de los parapetos de que acaban de apoderarse, dispersan á los arcabuceros de Alençon, que se batían á pecho descubierto. Todo el cuerpo de tropas de Alençon se retira acosado por los arcabuceros y la infantería que á éstos ha venido á reforzar.

También la gendarmería francesa empieza á ceder, y entonces parte de los arcabuceros, que en grupos la hacían blanco de sus disparos, puesta en tierra la rodilla, los asestan á las bandas negras y obligan á aquella firme muralla humana, erizada de picas, á retroceder. Solamente combaten ya el rey Francisco I y los caballeros que le rodean. También tratan de ponerse en salvo cuando una *pelota de fierro*, disparada por un arcabuz,

mata el caballo del monarca, que cae en tierra, es hecho prisionero por Juan de Urbieta, rodeado por otros hombres de armas que le despojan de sus preseas y piezas de armadura, y entrega su espada á Lannoy, que acude presuroso en cuanto sabe que está en poder de los suyos tan ilustre prisionero.

La carnicería en los vencidos fué espantosa, los muertos fueron 16.000. Lo más selecto de la nobleza de Francia cayó prisionera con su rey. Las bajas de los imperiales no llegaron á 800. La guerra terminó con tan insigne victoria. El predominio del emperador en Italia por nadie fué contrarrestado en algunos años.

Los errores estratégicos del rey de Francia en esta campaña y los tácticos en que incurrió durante la batalla, de manifiesto se han puesto al narrar una y otra. Pero conviene llamar la atención en el acierto con que los caudillos de los imperiales hacen uso de la infantería, y especialmente de la que está armada de arcabuces. Su empleo contra la caballería ha sido citado con encomio por todos los que han escrito estudios histórico-militares; pero aún es más digna de él la manera de apoderarse de la artillería enemiga y ahuyentar á las fuerzas que la protegían avanzando los arcabuceros, en los que ahora llamáramos línea de guerrilla ó línea desplegada.

Marcan estas formaciones para el combate progresos tácticos que, con los estratégicos que se han puesto de relieve, confirman con hechos que el Renacimiento del arte militar no empezó con Mauricio de Nassau, como en su afán de no reconocer en todo su valor nuestras glorias militares, se empeñan los tratadistas extranjeros, siguiendo en esto á los franceses, sino que arranca de las campañas de Ceriñola y Garellano y se confirma en ésta.

Nuevas guerras en Italia.

La mucha extensión dada al estudio de una campaña tan importante como la anterior, que es una de las más indiscutibles glorias militares de España, y una de las pruebas más concluyentes de su supremacía militar, nos obligan á tratar en breves líneas de las guerras que después ocurrieron en Italia.

Asalto y saqueo de Roma.

Fué una de ellas la promovida en 1527 por el Papa Clemente VII al coligarse con el rey de Francia, república de Venecia y el duque de Milán contra Carlos V. Brevemente la puso término el duque de Borbón dirigiéndose en rápida marcha sobre Roma, para herir á los enemigos en el corazón, y lanzando al asalto de la Ciudad Eterna su ejército. Pereció en el asalto, pero sus soldados vengaron su muerte; la capital del orbe católico fué tomada y saqueada y el Papa encerrado en el castillo de Santangelo. Poco duradera fué la paz que con este hecho de armas se consiguió. Bien pronto el Papa formó nueva alianza en contra del emperador.

Acaudilló Lautrec el ejército aliado, que se apoderó fácilmente de toda Italia, sin que los imperiales contasen con fuerza para impedirlo, é invadió el reino de Nápoles. Las tropas imperiales que en él había, sin comprometerse en imprudente batalla, que de perderse, como era lo más probable, hubiera concluído con el dominio de España en este reino, se refugiaron en la capital, que, bloqueada por mar y tierra, llegó á verse en el último extremo, y su guarnición á perder toda esperanza de socorro, cuando fué vencida la armada imperial por la de los Dorias, famosos marinos genoveses de aquella época.

Sitio de
Nápoles.

El príncipe de Orange, que acaudillaba á los imperiales, asesorado por Hernando de Alarcón, se cubría de gloria en la obstinada defensa de la ciudad. El tiempo vino á acreditar la previsión de estos caudillos al rehusar toda batalla y ganar tiempo defendiéndose tenazmente en Nápoles. Pasáronse los Dorias al servicio del emperador, abandonando la causa de los aliados, y, franco el puerto, mejoró notablemente la situación de los sitiados; luego la peste que se desarrolló en el campo francés y mató á Lautrec, diezmo y desmoralizó á los sitiadores. Levantaron, por último, el sitio, y, al retirarse de noche, fueron acometidos por los imperiales, que los derrotaron é hicieron prisioneros á la mayor parte. Cuatro meses, próximamente, había durado el sitio que terminó el 24 de Agosto de 1528. La constancia de los imperiales, españoles casi todos, dando largas á la campaña, redujo á la nada el inminente peligro en que se vió la dominación española en Nápoles y su preponderancia en Italia.

No menos gloriosa fué la campaña en que Antonio de Leiva, con fuerzas muy inferiores á las de los franceses, logró recobrar por completo el Milanesado, y que terminó el 21 de Julio de 1529.

III

El emperador Carlos V.—Guerra contra los protestantes en Alemania.—La artillería en esta guerra.—Campaña del Danubio.—Cañoneo de Ingolstadt.—Campaña del Elba.—Batalla de Muhlberg.—Reinado de Felipe II.—El Duque de Alba en Nápoles.—Guerras con Francia hasta la paz de Cateau-Cambressis.—Batalla de San Quintín. Batalla de Gravelinas.

El emperador Carlos V.—Guerra con los protestantes en Alemania.

Las doctrinas heréticas predicadas por Martín Lutero desde 1517, conmovieron profundamente el imperio de Alemania. Los príncipes y ciudades protestantes de éste formaron la liga de Smakalde para defender los intereses del protestantismo.

Sin tropas que viniesen en su apoyo, era por demás difícil la situación del César en Ratisbona, donde acababa de reunir la dieta del imperio, y ciudad enclavada en un país que ya podía llamar enemigo. Así es que envió á distintas partes de Alemania coroneles de su confianza á reclutar soldados y organizar regimientos con la mayor actividad; dispuso que viniesen á Ratisbona las tropas españolas que estaban en Hungría al mando de D. Alvaro de Sande; ordenó que los aguerridos tercios españoles que se hallaban en Nápoles y Lombardía acudiesen inmediatamente en su apoyo, y confió al conde de Buren la misión de reunir tropas en Flandes, todo con la premura que lo apurado del caso exigía. Lo supieron los protestantes y apresuraron la sublevación que proyectaban y la concentración de tropas, que en poco tiempo estuvieron dispuestas para entrar en combate.

Fué teatro de la primera y más importante campaña de esta guerra la región superior de la cuenca del Danubio, y algunas de las operaciones efectuadas durante ella por uno y otro ejército

se verificaron en las cuencas del Necker y Mein, caudalosos ríos que afluyen al Rhin por su orilla derecha.

En ambos ejércitos fué numerosa la artillería, y especialmente en el protestante, que llegó á disponer de 130 piezas, número exorbitante en aquel tiempo. El escaso resultado que de ella se obtuvo, acreditó que, por su poca movilidad y certeza en los disparos, era insignificante su importancia para la consecución de éxitos definitivos.

Al empezar la guerra, Carlos V disponía tan sólo de 1.000 soldados, que pocos más, pocos menos, eran los que había en Ratisbona, cuando ya sus contrarios tenían en Ausburgo 15.000 infantes, 500 caballos y 28 cañones; y si bien los 1.200 españoles del tercio de D. Alvaro de Sande se hallaban cerca de Ratisbona, en cambio las huestes del Elector de Sajonia, del Landgrave de Hesse y de casi todos los príncipes y ciudades libres de la liga, en número de 65.000 infantes, 10.000 jinetes y un formidable tren de artillería, caminaban por la Franconia para entrar en la cuenca del Danubio y unirse á las tropas que había en Ausburgo.

Dos fines podían proponerse los coligados: ó atacar resueltamente á Ratisbona, obligando al emperador á retirarse de Alemania con grave detrimento del prestigio de su nombre, ó á sucumbir con la plaza ante el número de los sitiadores; ó de lo contrario, ocupar las ciudades que cerraban la entrada en el Tyrol á las tropas procedentes de Italia, mientras el grueso del ejército protestante impedía el paso del Rhin á los flamencos conducidos por el conde de Buren. De todos modos les convenía á los confederados obrar con prontitud y resolución. No lo hicieron así, porque sus tropas adolecían de falta de cohesión y solidez y no había unidad en el mando.

En condiciones diametralmente opuestas las tropas del emperador, y á la cabeza del ejército el duque de Alba, lo que faltaba en el campo de los rebeldes se hallaba con creces entre los imperiales y viceversa. Si á los confederados les convenía llevar adelante la campaña con la mayor rapidez, por el contrario le interesaba al emperador ganar tiempo. Por eso el duque de Alba redujo su plan de campaña á mantenerse á la defensiva y facilitar por medio de hábiles y rápidas marchas y con la ocupación de las plazas fuertes, que por su posición pudieran favorecerla, la incorporación de los refuerzos que el ejército imperial esperaba; vigilar de cerca al enemigo y entretenerle, á fin de que no pudiesen entorpecer ni impedir la marcha de aquéllos, rehusando siempre todo combate, que no podía menos, por entonces, de efectuarse en condiciones para él desventajosas. Una vez reunidas fuerzas de alguna consideración, pensaba no dejar mo-

La artillería en esta guerra.

Campana del Danubio.

mento alguno de reposo á los contrarios, pero sin aceptar ni mucho menos presentar batalla que pudiera ser decisiva, por conceptuarla innecesaria para conseguir el triunfo, pues confiaba para obtenerlo en las vacilaciones y disensiones de los jefes de la liga, y en que, con sólo alargar la campaña, fatigado el país de la guerra y desalentado al ver que no era fácil y sí todo lo contrario, y menos aún cuestión de poco tiempo, como él pensaba, vencer al César, las huestes protestantes se disolverían como la sal en el agua, porque los partidos populares, ú obtienen pronta victoria, ó por su natural impaciencia pueden considerarse vencidos.

Empezaron las hostilidades las fuerzas del duque de Wurtemberg y de la ciudad libre de Ausburgo. Reunidas en ésta, marcharon rápidamente al Tyrol á ganar los pasos de los Alpes, antes que salvaran esta cordillera los italianos y los españoles, que avanzaban con no menos premura y con igual intención por el camino de Trento. Después de apoderarse de dos plazas fuertes en el camino de la Suabia é Inspruck, hicieron inútiles esfuerzos para apoderarse de ésta, y se retiraron para unirse á las tropas de la Alemania del Norte que habían entrado en la cuenca del Danubio. Todas las huestes protestantes se concentraron y ampararon en las inmediaciones de Donawert, ciudad situada en la confluencia del Danubio. El César tan sólo disponía de unos 11.000 infantes y 1.600 caballos. Todavía era tiempo de acorralarle en Ratisbona.

Los confederados avanzaron en dirección á esta ciudad; pero de repente cambiaron de ruta y se dirigieron á Landhurt, situada en el camino de Inspruck á Ratisbona, para impedir que llegasen al campo imperial los refuerzos que de Italia habían de venir por el Tyrol. El duque de Alba se les anticipó yendo á Landhurt con el César y el ejército imperial y estableciendo en sus inmediaciones un campamento fortificado.

• A mediados de Agosto todos los refuerzos esperados en el campo imperial habían llegado, excepto el de los flamencos reclutados por el conde de Buren. El ejército de la liga se volvió á las orillas del Danubio, se apoderó de Neuburgo y estableció sus reales entre esta ciudad é Ingolstadt. No convenía á los imperiales que esta plaza cayera en poder del enemigo, porque entonces, en las márgenes del Danubio no les quedaría otra de consideración que Ratisbona, y porque dueño aquél de Ingolstadt, no había camino posible que no estuviera dominado por él, para que viniera desde la Franconia á unirse al emperador el conde de Buren, si lograba pasar el Rhin. Para evitar estos inconvenientes y peligros los imperiales pasaron á la izquierda del Danubio por cerca de Neustadt, aprovechando los

puentes que había, y dos más que echaron á fin de abreviar la operación, y se establecieron en campo atrincherado delante de Ingolstadt.

El río Danubio, en que la izquierda del campamento se apoyaba, imposibilitaba todo movimiento envolvente del enemigo para tomarle por este flanco; el frente que se extendía en dirección perpendicular al río, se atrincheró, así como también el flanco derecho, dejando bajas, en algunas partes, las trincheras para que fácilmente pudiera salir por ellas la caballería. Fiando sin duda en su multitud, los rebeldes no molestaron lo más mínimo los trabajos de los imperiales.

Había, tanto en la orilla del río, como en el flanco derecho del campamento imperial, espesos bosques que llegaban hasta el enemigo, y los aprovechó el duque de Alba para molestar durante la noche á los rebeldes con repetidas sorpresas, que les tenía en constante alarma y les causaban numerosas bajas, amedrentando á los soldados protestantes.

Tras larga inacción, los rebeldes decidieron desalojar al ejército imperial de su campo, y creyeron que les bastaría para conseguirlo los nutridos disparos de la numerosa artillería que tenían. Una vez fuera de sus trincheras los imperiales, los rebeldes darían fácilmente cuenta de ellos en aquellas extensas llanuras, por serles muy superiores en caballería.

Al amanecer del 30 de Agosto, en extensa media luna, con los cañones en vanguardia protegidos por la caballería, formada en lo que ahora se llamaría línea de columnas con grandes intervalos, y marchando detrás la infantería en la misma forma, pero con intervalos menores, salieron de su campo los rebeldes. A muy corta distancia del enemigo hicieron alto y su artillería rompió el fuego, al que contestaron las 40 piezas de que disponían los imperiales.

En tanto todo el ejército imperial permanecía arma al brazo y sufría impasible el fuego sin abandonar ninguna de sus posiciones, esperando el ataque que era de creer efectuarían los luteranos, cuando hubiesen batido las trincheras con los disparos de su artillería. Viendo las pocas bajas sufridas en relación con lo nutrido del fuego que hacía la numerosa artillería luterana, cobraban las tropas mayores ánimos y se acostumbraban á despreciarla.

A las nueve horas de un incesante cañoneo los luteranos se retiraron á su campo. Esta jornada quebrantó mucho la moral de los soldados protestantes. Escaramuzas victoriosas para los imperiales y continuas sorpresas nocturnas los abatieron más y más. Volvieron á cañonear el campo imperial con resultado idéntico ó peor que el 30 de Agosto.

Cañoneo de
Ingolstadt.

Mientras el grueso del ejército luterano se hallaba detenido

delante de Ingolstadt por las trincheras del campo imperial, el conde de Buren con las tropas flamencas logró pasar el Rhin, continuó marchando rápidamente, y, para entrar en la cuenca del Danubio desde la Franconia, simuló avanzar por el camino, é internándose por los bosques llegó al campo imperial con 20.000 hombres de refresco.

El ejército rebelde se retira de las inmediaciones de Ingolstadt. Toman la ofensiva los imperiales. Todas las plazas fuertes de la Alemania del Sur van cayendo en su poder, siendo muchas las que les abren sus puertas sin resistencia. Tropas italianas, destacadas del grueso del ejército, sorprenden, asaltan y saquean los arrabales de Donawerth, y esta ciudad se rinde á discreción. El ejército imperial sigue, como la sombra al cuerpo, al ejército rebelde, pica su retaguardia y le molesta continuamente con escaramuzas y encamisadas, pero sin empeñar con él batalla alguna. El frío que empieza á sentirse aumenta las penalidades y fatigas de los luteranos. Sus propósitos son pasar á la Alemania del Norte; pero los imperiales, para no dilatar más el fin de la campaña, se dirigen á Rothemburgo, ciudad de la Franconia, que defiende la entrada de toda esta comarca. Con esta marcha estratégica consiguen resultados que quizás no hubieran obtenido alcanzando una importante victoria.

Muertas las esperanzas de llegar la guerra á la Franconia, esquilmado el país en que la sostenían, y cansado además el ejército de la liga de una campaña en que podía decir que era siempre vencido sin combate, la ocupación de Rothemburgo fué la señal de disolución de los coligados en Smakalde. Los principales caudillos de la liga se fueron apresuradamente á sus Estados.

Campana de Elba.
Mientras que, terminada la campaña del Danubio, se sometía al emperador la Alemania del Sur, tomaba incremento la rebelión en la del Norte. La presencia del Elector y de su ejército en Sajonia fué la causa.

A sus inmediatas órdenes tenía solamente el Elector unos 10.000 infantes y 2.000 caballos; pero sus fuerzas aumentaban de día en día y esperaba refuerzos considerables.

El ejército que al mando de Carlos V salió de Nuremberg para ir á Sajonia, se componía de unos 20.000 infantes y 3.000 caballos, á los que debían unirse con escasas fuerzas el rey de Bohemia y Mauricio de Sajonia. Era de absoluta necesidad obrar con la mayor rapidez, aprovechando la momentánea superioridad numérica, caer sobre el ejército del Elector, obligarle á aceptar una batalla, y derrotando el núcleo principal de las tropas enemigas, desconcertar sus planes, impedir su concentración y atajar, con la fama de una brillante victoria, la creciente rebelión de los bohemios.

La ciudad de Egra fué el punto de reunión de las tropas del duque Mauricio y del rey Fernando con los imperiales. Una vez reunidas, el duque de Alba se adelantó con la vanguardia, expugnó las plazas que defendían el acceso á los pasos de los Erzgebirge, y derrotó los destacamentos que el Elector había colocado en la entrada de los desfiladeros para impedir la entrada del ejército imperial en Sajonia. Todo éste avanzó con muchas precauciones por entre aquellos ásperos montes, entró en Sajonia sin ningún contratiempo y, en menos de once días, se encontró en la orilla izquierda del Elba.

Sorprendido el Elector por la llegada del enemigo, no creyó prudente presentarle batalla y se situó en la orilla derecha del Elba, cubriendo los vados que existen frente á Mulhberg.

Este río constituía una inmejorable línea defensiva que fortalecían en la izquierda Meissen y Torgau, y en la derecha Wittenburgo.

El emperador estableció su campo frente á Meissen. Por consejo del duque de Alba, se decidió á pasar con su ejército el Elba por Mulhberg, para batir al Elector, empresa que los demás caudillos imperiales conceptuaban imposible por lo caudaloso que era el río. Por noticias que le facilitó gente práctica en aquel terreno, supo el duque de Alba la existencia de vados frente á Mulhberg.

Avanzó el ejército á la orilla del Elba, envuelto en una densa niebla que se disipó ya tarde, y el duque situó en una arboleda inmediata arcabuceros españoles que, con la artillería, batiesen con sus fuegos la orilla opuesta, y desalojaran á los enemigos de sus trincheras para facilitar el paso de la caballería. Al mismo tiempo formaba un puente de barcas para que por él pasase el río la infantería. Tan grande fué el daño que los enemigos recibieron del nutrido fuego de la artillería y de los arcabuceros, que á todo trance intentaron hacerles abandonar sus posiciones, y con numerosas barcas vinieron sobre los españoles que, á pecho descubierto, los rechazaron causándoles gran mortandad.

Para concluir el puente en construcción eran necesarias más barcas que las disponibles en el campo imperial, teniéndolas el enemigo en abundancia: nada más fácil á valerosos soldados españoles que apoderarse de ellas ó perecer en la demanda. Diez pasan á nado el Elba con las espadas en los dientes, llegan á la orilla opuesta, asaltan las barcas, matan á los defensores, y con gran número de ellas, soportando una granizada de balas, vuelven con vida y gloria inmarcesible, trayendo como trofeo tan inestimable presa.

Conclúyese el puente, y mientras por él se dispone á pasar

Batalla de
Mulhberg (24
de Abril de
1547).

la infantería, los húsares, caballería húngara del aguerrido ejército imperial, reconocen el vado y son rechazados, y hubieran sufrido grandes daños si los arcabuceros, con el agua al pecho, no hubiesen avanzado por el río á escarmentar á los sajones, como lo consiguen, pues desalentados éstos, empiezan á abandonar sus trincheras. Se aprovecha esta ocasión oportuna, pasa la infantería por el puente y vuelven los húsares y caballos ligeros á vadear el río, llevando á la grupa arcabuceros españoles, para que una vez en la orilla opuesta protejan con sus fuegos el paso del resto de la caballería, que avanza con este objeto en el mayor orden.

Descuidado estaba el Elector, cuando le avisan que todo el ejército imperial pasa el Danubio y viene sobre Mulhberg; se niega á creerlo por juzgarlo imposible; en cuanto se cerciora, se retira precipitadamente para acogerse á la plaza de Witemburgo. El duque de Alba, después de que la caballería ha pasado el río, se adelanta con la vanguardia en persecución del enemigo, mientras el emperador se detiene á esperar la infantería, que se ha retrasado.

Alcanza el duque al enemigo, le obliga á darle cara, y viendo que Juan Federico trata de ganar una selva que tiene á sus espaldas para internarse en ella, dificultar la persecución que sufre y llegar á Witemburgo, ruega con insistencia al César que sin esperar nada, venga en su auxilio. La impaciencia del duque crece por momentos, la noche se echa encima, el enemigo se le escapa de entre las manos y el emperador no viene. Por fin llega al lugar del combate y envuelve la derecha y retaguardia del contrario, mientras Mauricio de Sajonia deshace su ala izquierda. Acosado por todas partes, la derrota del sajón es completa; más de 2.000 enemigos quedan tendidos en el campo, muchos caen prisioneros y el mismo Elector sufre tan triste suerte.

Esta victoria fué decisiva y puso fin á la campaña. Todas las ciudades de Sajonia se rindieron inmediatamente.

Reinado de
Felipe II.

Abandonado Carlos V por la fortuna, su fiel aliada en los primeros años de su azaroso reinado, deseó un reposo de que no había gozado ni un instante, y con este fin abdicó en su hijo Felipe la soberanía de los Países Bajos el 25 de Octubre de 1555, y la corona de España el 16 de Enero de 1556, retirándose después al monasterio de Yuste, en Extremadura. Transcurrido un año, renunció la corona imperial de Alemania en su hermano Fernando, y poco después murió.

El duque de
Alba en Ná-
poles.

Latente la rivalidad con Francia, bien pronto se rompió la tregua que entre el rey de esta nación y el de España se había concertado. Fué el monarca francés, Enrique II, quien suscitó

la guerra aliándose con el pontífice Paulo IV para expulsar á los españoles de Italia, y he aquí cómo, por un raro capricho del destino, los soldados del rey que había de ser el más acérrimo campeón del catolicismo, con quien primero sostuvieron guerra, fué con el Papa. Tropas pontificias unidas á un ejército francés que había de enviar el rey de Francia, debían invadir el reino de Nápoles; pero era virrey de éste el duque de Alba, á quien la guerra contra los protestantes y las campañas del Danubio y del Elba, sostenidas contra ellos victoriosamente en el reinado y bajo el inmediato mando de Carlos V, habían acreditado de experto capitán, y nada temió por este lado el prudente Felipe II. En efecto, no padeció error al confiar así, porque el virrey de Nápoles frustró los propósitos de los aliados en dos campañas; una ofensiva, en que aprovechando la superioridad numérica de su ejército sobre el pontificio, sin dar tiempo á que se aprestase á la defensa ni á que llegasen los franceses al teatro de operaciones, invadió los Estados del Papa, se apoderó de las plazas fronterizas, y con la toma y ocupación de las poblaciones de la campiña romana y de la plaza fuerte de Ostia, llave del Tíber, en cuya desembocadura está situada, bloqueó y puso en tal estrecho aprieto á Roma y á Paulo IV, que éste se vió en la precisión de pedir una tregua; y otra defensiva, en la que cuando el francés duque de Guisa, atravesando la Italia del Norte, vino á unirse á los aliados de su rey con un ejército considerable, organizó la defensa del reino confiado á su pericia, reparando las plazas fronterizas, excitando hábilmente la animosidad antigua de los napolitanos contra los franceses y levantando milicias del país, y consiguió primero que, al invadir Guisa el territorio napolitano, se viera detenido ante Civitella del Tronto, plaza fronteriza, por la tenaz resistencia de los habitantes y de la guarnición, y luego obligarlo á levantar el sitio y retirarse ante la presencia amenazadora del ejército de socorro con el que operó hábilmente el duque de Alba acosando al enemigo sin cesar, y rehusando el empeñar batalla campal, que el de Guisa ansiaba para salir de su desairada y crítica situación, y no verse, como se vió, derrotado sin combatir.

En una de estas ocasiones en que el duque rehusó empeñar batalla con los franceses, sus oficiales manifestaron descontento, y entonces les dirigió la palabra en términos tan instructivos y elocuentes, que sus conceptos fueron un resumen de ciencia estratégica. He aquí los más notables:

«Siempre he pedido á Dios que inspire á mis soldados valor decidido y ánimo esforzado para que, sin discurrir, arrosten la muerte y se expongan á los mayores riesgos cuando se lo manden; pero he pedido para los oficiales mucha prudencia y calma,

para moderar la impetuosidad del soldado: éste es el medio de llegar á ser grandes capitanes.

»Una batalla sólo debe darse para socorrer á una plaza reducida á la última extremidad y que es el sostén de una provincia; cuando se sabe que el enemigo ha de recibir auxilios que le harán superior, ó á lo menos igual; cuando al principio de una guerra se quiere adquirir reputación, asegurar la fidelidad vacilante de los súbditos, conservar aliados é impedir que enemigos encubiertos se declaren; cuando favoreciéndonos la fortuna, se hallan tan consternados los enemigos, que no se atreven á sostenerse ante nosotros; en fin, cuando estrechados por el hambre ó las fatigas y cerrados por todas partes tengamos que vencer ó morir. Un gran capitán no debe aventurar acción considerable, si no está seguro de obtener grandes ventajas ó no se ve precisado á ello.»

Poco después el duque de Guisa tuvo que abandonar la Italia para ir en socorro de su patria, amenazada por inminente peligro de invasión á consecuencia de la batalla de San Quintín. Entonces el Papa se apresuró á hacer la paz con el monarca español.

Guerra con Francia.
Para devolver á Enrique II daño por daño, el rey de España hizo invadir la Francia por un ejército de 60.000 hombres, organizado en Flandes y mandado por Filiberto, duque de Saboya, que simuló invadir la Champagne, y cuando el enemigo acumuló en ella sus fuerzas, en rápida marcha estratégica por la frontera, después de hacer una falsa demostración sobre la plaza de Guisa, en la cuenca del Oisse, para seguir ocultando sus verdaderas intenciones, vino á sitiarse la de San Quintín, situada á orillas del río Somme. En tal apuro puso á su guarnición, que el almirante Coligny, que había logrado en los primeros momentos introducir algunos refuerzos en la plaza y se había encargado de su defensa, pidió socorro al condestable de Montmorency que, con un ejército muy inferior al invasor, se mantenía á defensiva y cubría el camino de París.

Batalla de San Quintín.
Al saber que San Quintín está próximo á sucumbir, Montmorency avanza hacia el Somme para atraer la atención del ejército sitiador, mientras un cuerpo respetable de tropas que de su ejército ha destacado, intenta por otra parte el paso del río por un vado para dirigirse á la plaza; pero las defensoras de aquel punto del Somme han sido reforzadas oportunamente por algunos centenares de arcabuceros, y solamente algunos soldados franceses logran entrar en la plaza. Frustrada la operación, Montmorency trata de retirarse; pero Filiberto, que no quiere perder aquella ocasión de derrotar al enemigo con que la imprudencia del condestable le ha brindado, ha hecho pasar el

río á la caballería ligera para que le entretenga y entorpezca su retirada con escaramuzas, en tanto que los hombres de armas, la infantería y la artillería pasan también el río. Cuando lo han conseguido, rompe ésta el fuego y después todo el ejército del rey de España, excepto las tropas que han quedado en observación de la plaza, acometen al enemigo, y á su ataque de frente vigoroso sucede otro de flanco llevado á efecto por el conde de Egmont que, para verificarlo, ha dado un rodeo con algunas fuerzas. El desorden en las filas enemigas es espantoso, la dispersión completa, y contribuye á que así sea, la oportuna persecución de los fugitivos por la caballería. La mortandad es horrorosa, el número de prisioneros muy crecido, y uno de ellos es el condestable; toda la artillería francesa cayó en poder del vencedor; en resumen: el número de bajas del ejército enemigo ascendió á más de la mitad de su fuerza total, calculada en unos 28.000 hombres; las de las tropas del rey de España fué insignificante. La derrota de los franceses se debió, más que á la habilidad táctica innegable de los caudillos de los vencedores, á la imprudente y arriesgada operación estratégica de Montmorency que, al pasar de la defensiva á una ofensiva momentánea sin fuerzas bastantes para que ésta fuese eficaz, en vez de lograr lo que se proponía, precipitó la rendición de la plaza que trataba de librar, y dejó indefensa á Francia y expedito á los invasores el camino de la capital.

La batalla de San Quintín, acaecida el 9 de Agosto de 1557, causó en Francia la mayor consternación. En los primeros momentos, dispersos por todas partes los restos del ejército vencido, atónitos los franceses con tan inesperado desastre, sin un caudillo de reputación y popularidad bastantes para reanimar su abatido espíritu, fácil hubiera sido á los vencedores internarse en Francia sin encontrar apenas resistencia, y así lo hiciera, á guiarse por los consejos de sus generales, Felipe II, que se incorporó al ejército victorioso después de terminada la batalla; pero éste creyó muy arriesgado invadir la Francia dejando á retaguardia en poder del enemigo plazas fuertes de consideración que, si el ejército sufría un contratiempo en el camino de París, ó era rechazado por los parisienses al atacar dicha ciudad, serían fatales para él, y se contentó con estrechar el cerco de San Quintín.

El almirante Coligny, defensor de San Quintín, cumplió como bueno, sosteniéndose en la plaza cuanto le fué posible, y al fin tuvo que entregarla á los sitiadores el 26 de Agosto. Más fácil le fué á los soldados de Felipe II apoderarse de las plazas de Chatelet, Han y Noyon, que á pesar de su fortaleza se rindieron pronto.

Enrique II reunió con la mayor prontitud soldados suizos, alemanes y franceses; el duque de Guisa, llamado por su rey, acudió en socorro de su patria con el ejército que á sus órdenes había combatido en Nápoles y los Estados Pontificios, y reuniendo á éste gran parte del que operaba en el Piamonte, llegó á Copiegne; París y todas las plazas francesas hicieron grandes preparativos para defenderse.

La situación precaria del Erario español á consecuencia de tan continuadas guerras, obligó á Felipe II á contentarse con las plazas fronterizas conquistadas, y se retiró á los Países Bajos, licenciando á gran número de soldados alemanes, que casi todos se alistaron en el ejército del duque de Guisa. Esto, y algunos combates favorables á los franceses, dejaron reducidas á muy cortas proporciones las ventajas obtenidas en la batalla de San Quintín.

Al año siguiente los franceses, mandados por Guisa, se apoderaron de Thionville, y el anciano mariscal francés Termes, gobernador de Calais, con unos 14.000 hombres y mucha artillería, invadió el territorio flamenco y se hizo dueño de Dunkerque, Saint-Orne y Gravelinas.

Batalla de
Gravelinas.

Iba á continuar sus conquistas cuando fué á su encuentro el conde de Egmont con fuerzas próximamente iguales á las suyas. Trató entonces Termes de retirarse y acogerse á la plaza de Calais; pero Egmont, prescindiendo de la artillería y la impedimenta para que no entorpeciesen su marcha, avanzó en busca del enemigo tan rápidamente, que éste, bien á su pesar, se vió obligado á darle frente en posiciones fuertísimas, pero muy peligrosas en el caso de una retirada, por tener el ejército francés el mar á su retaguardia. Seguro Termes de que por la derecha no había que temer movimiento envolvente de sus adversarios, porque el río Aa que, muy caudaloso, desembocaba á muy corta distancia del campo de batalla en el canal del Norte, lo hacía imposible, fortificó la izquierda de su línea de combate con un resistente parapeto, y colocó en batería en el centro su poderosa artillería, pareciéndole que ésta bastaría para rechazar á un enemigo que no disponía de ninguna. En efecto, el impetuoso ataque de los hombres de armas y de la infantería de Egmont fué rechazado; los franceses dan la victoria por suya; la caballería persigue á la de Egmont, y se aleja del campo de batalla, en vez de volverse contra la infantería ya desordenada y aniquilada. El conde de Egmont aprovecha el tiempo, rehace su infantería, y con ella apoyada por la caballería ligera que antes de empezar la batalla colocó á los flancos, vuelve á la carga, pero procura principalmente que algunas compañías de arcabuceros se apoderen del parapeto en que

apoyan su izquierda los franceses. Consíguenlo, y con sus certeros disparos baten por el flanco la línea enemiga. Desde el momento en que los españoles las han flanqueado, las posiciones que ocupan los franceses son insostenibles. La presencia en el campo de batalla de la caballería francesa, que vuelve de su imprudente carga, da algún respiro á las tropas de Termes; pero en esto la escuadra española que ha oído el fragor del combate, se acerca á la costa, y su artillería rompe el fuego sobre ellas por retaguardia. Envueltos en un círculo de agua, fuego y hierro, sin retirada posible, son muy pocos los soldados que logran salvarse, y éstos son pasados á cuchillo por los habitantes.

Puede decirse, por lo tanto, que todo el ejército francés sucumbió en esta batalla, incluso su caudillo, que cayó prisionero. Otra batalla en que debieron el triunfo las armas españolas á la impericia de los caudillos franceses.

Después de esta victoria, y fatigado Felipe II de tan larga y costosa guerra, la paz fué inmediata, y con ventajosas condiciones para él se concluyó el 5 de Abril de 1559 el tratado de Cateau-Cambressis.

IV

Guerra de los Países Bajos.

Su carácter especial.—Descripción del teatro de la guerra.—Adelantos en fortificación.—Ingenieros italianos. Ciudadela de Amberes.—Recursos empleados en estas guerras para el ataque y defensa de las plazas.—Las inundaciones como medio de defensa.—Sistema de guerra.—Disciplina.—Marcha del duque de Alba desde Italia á los Países Bajos.—Campaña contra Luis y Guillermo de Nassau.—Batalla de Gemmingen.—Sitio de Harlem.—D. Luis de Requesens.—Batalla de Mook.—Sitio de Leyden.—Expedición á la isla de Douweland.—D. Juan de Austria.—Batalla de Gembloux.—Alejandro Farnesio.—Sitio de Maestricht.—Sitio de Amberes.—Expedición de Alejandro Farnesio á Francia.—Enrique IV y Alejandro Farnesio.—Consideraciones militares sobre las campañas de Flandes.—Adelantos hechos por Mauricio de Nassau.—Batalla de Nieuport.

Celoso de su autoridad y del esplendor de la religión católica Felipe II, amantes de sus franquicias y libertades los naturales de los Países Bajos, y prosélitos, muchos de ellos, de las doctrinas heréticas de Lutero y Calvino, por precisión hubieron de surgir entre el señor y los súbditos antagonismos, que empezaron á manifestarse por reclamaciones de la nobleza, se tradujeron en revueltas populares, llegaron á ser abierta rebelión cuando el duque de Alba vino con un ejército á reemplazar en

el gobierno á doña Margarita de Austria y á imponer á pueblo y magnates la voluntad de su soberano, y terminaron en guerra separatista y religiosa, cuando la política del terror, adoptada por el nuevo gobernador, y la imposición de contribuciones onerosísimas concluyeron de hacer odiosa la dominación del severo monarca español en sus Estados de la Germania inferior.

Al frente de los rebeldes y como su principal caudillo figuró desde luego Guillermo de Nassau, príncipe de Orange.

El teatro de la guerra le limitaban el mar del Norte por el O. y N., Francia por el S. y por el E. Alemania. Era muy fácil la entrada en los Países Bajos por las cuencas de sus más caudalosos ríos desde Francia y Alemania, en que éstos nacen, á un ejército invasor; y de la misma manera por el mar á un enemigo que contase con numerosos buques, sin que pudiese ser obstáculo insuperable á los invasores una frontera militar poco determinada, en razón á que las ciudades que se hallaban fortificadas en las 17 provincias, lo fueron para la defensa de cada una de éstas independientemente de las demás, antes de verse unidas en tiempo de Carlos V y Felipe II.

Entre todas las plazas fuertes descollaban por su importancia Groninga, situada cerca de las costas septentrionales de los Países Bajos, y que, siendo la primera importante que se encontraba al atravesar el Ems desde Alemania, era la llave de la frontera oriental de la región septentrional de los Países Bajos; Maestricht en las orillas del Mosa, cuyo río, al pasar por ella, constituye la primera línea defensiva de las provincias del Centro y Mediodía en la misma frontera oriental; Mons al Mediodía, en la cuenca del Escalda, y por la parte en que es más fácilmente aseQUIBLE desde Francia; Flesinga, situada en la desembocadura del brazo occidental del Escalda y en la isla de Walcheren y que defiende las bocas del Mosa y del Escalda, ríos navegables hasta el mismo corazón de los Países Bajos; y Amberes en el Escalda que, por ser la ciudad comercial más rica de todas las 17 provincias, era, á no dudar, la primera de los Países Bajos desde el punto de vista militar.

Tres eran las más notables líneas de defensa, formadas por plazas fuertes, en las costas y fronteras de los dominios de Felipe II en estas ricas comarcas. Se extendía una por la frontera oriental desde Groninga hasta Luxemburgo por Maestricht; otra al Sur y en la frontera francesa desde Luxemburgo á Dunkerque por Mons; y por último, la tercera por el litoral del mar del Norte desde Dunkerque hasta Groninga, comprendiendo á Flesinga.

Por el carácter especial de la guerra que, como ya se ha di-

Descripción del teatro de la guerra.

Adelantos
en fortifi-
cación.--In-
genieros
italianos.--
Ciudadela de
Amberes.

cho, fué de guerra de independencia para los naturales del país, y por consiguiente, puede decirse que de conquista para los españoles, fueron muy frecuentes los sitios de plazas. Esta sola consideración basta para probar que, como natural consecuencia, la fortificación tuvo que recibir en ella un gran impulso, y muy especialmente la permanente. Los adelantos fueron muchos y se debieron á los ingenieros italianos que en los ejércitos del rey de España figuraron entre los principales caudillos. En tiempo del duque de Alba, Pacciotti ó Pacciotto, á quien entonces se llamó inventor de la fortificación moderna, por haberlo sido del sistema abaluartado que recibió el nombre de italiano, y de que fué el primer modelo la ciudadela de Amberes, cuyo trazado hizo y construcción dirigió tan famoso ingeniero bajo la inspección de Cervelloni; y durante el mando de Alejandro Farnesio, Plati y Barocis, que construyeron el formidable puente fortificado que tanto ó más tenía de fortaleza que de puente, ideado y mandado hacer por Farnesio para cerrar el río Escalda en el sitio de Amberes, y contra cuyo puente emplearon los sitiados barcas incendiarias, rudimentaria iniciación de los torpedos modernos. Fueron estas dos obras las más notables de fortificación que en esta guerra se hicieron, y en ellas acreditaron los ingenieros italianos ser los más expertos y de mayor inventiva en aquella época.

Recursos
empleados en
esta guerra
para el ata-
que y defensa
de las plazas.

Empleáronse desde luego cuantos recursos eran ya conocidos de antemano, tanto en el ataque como en la defensa: trabajos de aproche consistentes en trincheras prolongadas, hasta el foso que se cegaba con tierra, y reforzadas de trecho en trecho con rebelines ó fuertes que á la vez servían para proteger á los trabajadores y para batir las otras defensas de los sitiados; minas de pólvora; batería de cestones, en las que entre cestón y cestón se dejaba hueco para que por él asomara la boca de la pieza de artillería; y parapetos de más ó menos elevación. Para la defensa, y en el momento del asalto, aceite y agua hirviendo que se arrojaba sobre los asaltantes; levantamiento de barricadas protegidas por la artillería para obstruir las brechas abiertas; contraminas para destruir los trabajos de aproche del sitiador; y construcción de caballetes de trinchera allí donde era menester. Como recursos nuevos, hasta estas guerras no empleados, pueden citarse las trincheras en línea recta á la plaza, abiertas por D. Fadrique, el hijo del duque de Alba en el sitio de Harlem, desenfiladas de los fuegos y vista de la plaza por caballetes construídos groseramente con maderas sin labrar, colocados de trecho en trecho y sobre los cuales, unos sobre otros, ponían los sitiadores lechos de sacos de tierra; el empleo de palomas mensajeras y el de señales por medio

de banderas para comunicarse con el ejército de socorro; la conducción de convoyes en trineos por la helada superficie de canales, ríos y lagos usados por los defensores de Harlem; y el de barcas incendiarias para la destrucción de fuertes de barcas que emplearon los defensores de Amberes.

Pero lo extraordinario en los recursos empleados para la defensa, se debe en esta guerra á las condiciones topográficas especialísimas de su teatro, que influyen también en el sistema de guerra. La campiña está más baja que las numerosas corrientes fluviales, contenidas por diques y desangradas por canales que en todos sentidos cruzan el país. Este laberinto de corrientes acuáticas entorpece las operaciones estratégicas de un ejército, que no encontrarían ciertamente obstáculo alguno en un país donde no hay esas líneas defensivas formadas por elevadas cordilleras, si los grandes ríos no fuesen á su vez otras líneas defensivas no menos importantes; así es que puede decirse de esta región, que es en ella el agua el principal medio de defensa, como lo es también de comunicación. Muchas veces la rotura de los diques, ó el levantamiento de las compuertas de los canales ha ocasionado la inundación de una campiña, rodeando de un inmenso foso importantes ciudades sitiadas, y haciendo inútiles los esfuerzos, perseverancia y arrojo de los sitiadores, y en alguna ocasión ha convertido en combate naval, puede decirse, el que empezó siéndolo terrestre.

Las inundaciones como medio de defensa.

Como los diques son en muchas partes las principales, cuando no únicas, vías de comunicación terrestres, el sistema de guerra está supeditado á esta estructura especial de las líneas de operaciones, que impide frecuentemente el uso de la caballería, da la preponderancia á la infantería, y hace imposible casi siempre el despliegue en líneas extensas. Otra consecuencia lógica é inmediata es que los puntos estratégicos importantes sean los de encuentro de estos diques y los sitios en que están las compuertas de los canales, y que á su ocupación tiendan todos los esfuerzos de los que se batan á la ofensiva, y á su defensa y en algunos casos á la apertura de las compuertas y al rompimiento de los diques para entorpecer las maniobras del enemigo ó destruir sus líneas de operaciones y retirada, los del que se bate á la defensiva. En una guerra de esta índole, en que el terreno está erizado de obstáculos naturales, el mejor sistema para vencerlos es el de estratagemas, golpes de mano que sorprendan al enemigo y encamisadas ó sorpresas nocturnas.

Sistema de guerra.

Uno de los más decididos mantenedores de la disciplina fué el duque de Alba. Pero no obstante sus esfuerzos y los hechos por sus sucesores en el mando del ejército y gobierno de los

Disciplina.

Países Bajos, la disciplina tenía que ser muy deficiente en soldados que lo eran por oficio, y á quienes casi siempre se les debían las pagas. En más de una ocasión tenían que no darse por entendidos de sus saqueos y tropelías, y lo que es más lamentable todavía, entrar en tratos con ellos, para que se viniesen á partido después de formidables motines en que, perdida toda subordinación á sus oficiales y sargentos, pedían tumultuosamente sus pagas, y entraban como en país conquistado por ciudades y comarcas imponiendo contribuciones, como sucedió después de la batalla de Mook, siendo gobernador de los Países Bajos D. Luis de Requesens. Como encomio de los soldados españoles, dicen los historiadores que no se amotinaban en reclamación de sus pagas hasta después de dada la batalla y conseguida la victoria, mientras que los de otras naciones que pertenecían al ejército real lo hacían antes. Cuando esto se dice como cosa digna de elogio, fácil es suponerse cuán débiles serían los lazos de disciplina. En corroboración de lo dicho, basta recordar que en el sitio de Audenarde y en el momento mismo de efectuar una operación militar, se amotinó un cuerpo de 1.000 alemanes, y tuvo Alejandro de Farnesio que hacer uso de toda su influencia y exponer su vida con arrojo extraordinario, para lograr que volviesen á su deber.

Marcha del
duque de Al-
ba desde Ita-
lia á los Paí-
ses Bajos.

Se cita siempre como modelo de marcha la que efectuó al venir á encargarse del gobierno de los Países Bajos el duque de Alba, desde Lombardía por la Saboya, el país de los grisones, la Suiza, la Lorena y el Franco Condado de Borgoña, para entrar en Flandes con los tercios españoles de Lombardía, Nápoles, Cerdeña y Sicilia, que sumaban 8.800 soldados, y con 1.000 jinetes de caballería ligera, 100 lanzas escogidas y 150 arcabuceros á caballo.

Explorando el camino y para preparar alojamientos y víveres caminaban delante Gabriel Cervelloni y D. Francisco de Ibarra con algunos caballos ligeros y arcabuceros á caballo; y detrás el ejército dividido en tres trozos: el de vanguardia, á cuyo frente iba el duque, compuesto de 3.000 infantes españoles y 400 caballos que reconocían minuciosamente el camino, los bosques, ríos y desfiladeros durante la marcha, y las inmediaciones del sitio señalado por Cervelloni para acampar; el cuerpo de batalla, en que iban el tercio de Milán y la mayor parte de la caballería á las órdenes de D. Fernando de Toledo; y el de retaguardia, al mando de Vitelli, que le formaban las restantes fuerzas del ejército. Adoptó en la marcha el mismo sistema que siguiera reinando Carlos I, en la guerra de Alemania contra los protestantes: no levantaba el campo la vanguardia hasta que llegaba el cuerpo de batalla, y éste aguardaba en él á la retaguardia: de

este modo acampaban sucesivamente en un mismo paraje los tres cuerpos. Las ventajas que así se conseguían eran: ordenar y metodizar la marcha de modo que los tres cuerpos caminaran lo mismo, y nunca más de lo que conceptuaba conveniente el duque, conservándose siempre á igual distancia uno de otro; que era más fácil proveer de víveres al ejército sin vejaciones para los pueblos dejando preparados víveres y alojamientos la vanguardia al cuerpo de batalla, y éste á la retaguardia, así como á su vez Cervelloni é Ibarra con los exploradores se los dejaban dispuestos á la vanguardia; que era imposible al enemigo sorprender todas las tropas en marcha, pues siempre había por lo menos un cuerpo de ejército acampado en paraje fuerte, á cuyo amparo podían acogerse los demás; que todos los sitios donde se acampaba eran escogidos á satisfacción del general en jefe, y reconocidas hasta la saciedad sus avenidas é inmediaciones; y por último, que no era posible quedarse atrás ningún rezagado, pues de recoger los de la vanguardia se encargaba el cuerpo de batalla, y los de ésta la retaguardia. Llegó el duque á Thionville con su ejército á fines de Agosto.

Si como político puede ser susceptible de severa crítica el duque de Alba en su gobierno de los Países Bajos, como hombre de guerra y principalmente como estratego tan sólo elogios y admiración merece. Nada más notable, desde el punto de vista estratégico, que su campaña, en oposición á la triple invasión de fuerzas rebeldes, con que empezó la guerra.

Los nobles que habían emigrado huyendo de su rigor, reclutaron en Alemania un ejército para entrar en los Países Bajos á promover guerra y rebelión contra la dominación del rey de España. Los proyectos del príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, eran invadirlos simultáneamente por el Norte, Centro y Mediodía, valiéndose de las tropas reclutadas que, divididas en dos cuerpos principales, penetrarían, el uno mandado por sus hermanos Luis y Adolfo de Nassau en los señoríos de Frisia y Groninga, provincias septentrionales, y el otro á sus órdenes en el Brabante, corazón del teatro de la guerra, mientras le ayudaban en su empresa los hugonotes franceses entrando por el Artois y el condado de Namur. De este modo llamaban la atención por puntos, muy distantes entre sí, de la dilatada frontera al duque de Alba, que se vería obligado á debilitar las ya reducidas fuerzas de su ejército, dividiéndolas para defender las provincias amenazadas, y entonces una sublevación del país facilitaría el avance de los cuerpos de ejército invasores, de los cuales, el de Orange, se daría la mano con los hugonotes y caería sobre Bruselas, capital del Brabante y de todos los Países Bajos, y su

*Campaña
contra Luis y
Guillermo de
Nassau.*

objetivo principal, mientras tanto que el de Luis de Nassau trataría de apoderarse de la ciudad de Groninga.

La escasez de recursos metálicos y la premura con que obligaba á los rebeldes la situación política del país á empezar las operaciones, fué la causa de que la entrada del príncipe de Orange en campaña no coincidiese con la de sus hermanos en Frisia y la de los hugonotes en Francia. Solamente envió unos 3.000 hombres que le abriesen el camino de Brabante, sorprendiendo algunas plazas situadas á orillas del Mosa, en las cuales mantenía inteligencias secretas con partidarios suyos que habían de facilitar la sorpresa; pero los expedicionarios fueron alcanzados y poco menos que exterminados por tropas españolas, mandadas por Sancho Dávila.

Más afortunado Luis de Nassau en su invasión de la Frisia, obtuvo una importante victoria sobre el conde de AreMBERG, en la batalla de Heyligerlhee, por el imprudente arrojó de los soldados españoles de infantería, que atacaron una posición dominante ocupada por el enemigo, avanzando por terreno pantanoso, hundiéndose en el fango que había en el campo, hasta el extremo de no poder avanzar ni retroceder, y de modo que los rebeldes les arcabucearon á boca de jarro, sin que ellos pudieran responder á su fuego, por atender al peligro que corrían de sepultarse en el lodo. Rechazaron los rebeldes una carga dada por la caballería realista con el objeto de evitar que aquéllos cortasen la retirada á la infantería alemana, que había seguido á la española en su movimiento de avance, antes de internarse en los pantanos, y con el de amagar, si salía victoriosa, á la infantería rebelde con una carga por el flanco y sacar de esta suerte á los españoles del mal paso en que se habían metido; pero muerto en el combate el conde de AreMBERG, la mayor parte del ejército realista fué copada por los rebeldes.

Urgía hacer un escarmiento en los vencedores de Heyligerlhee. Vacilantes los naturales de los Países Bajos entre el temor á la severidad del duque de Alba y sus simpatías por los rebeldes, era preciso aumentar aquél con victorias rápidas y decisivas sobre el enemigo, y evitar que éste lograra ventajas que por pequeñas que fuesen, serían de un efecto moral grandísimo y muy desfavorable á la dominación de Felipe II en Flandes. Si se daba tiempo á que Luis de Nassau recibiese refuerzos, y á que el príncipe de Orange, organizado del todo su ejército, penetrase en el Brabante, de ir el duque de Alba á oponerse á la invasión de las tropas del príncipe, tendría que desatender el socorro de Groninga, llave de las provincias del Norte, que se hallaban en inminente peligro de caer en manos de Luis de Nassau; y de acudir en socorro de Groninga, Orange penetraría

sin gran dificultad en el corazón de los Países Bajos, sublevando comarcas enteras á su paso; y en cuanto á tratar de hacer frente á los dos ejércitos á la vez, era un absurdo intentarlo, porque sería presentarse débil en las dos partes y sin esperanzas de éxito en ninguna. El duque de Alba se decidió á emprender rápida y activa campaña contra Luis de Nassau, para obligarlo á batirse en plazo breve y desbaratar por completo su ejército, antes que su hermano Guillermo hubiese organizado el suyo.

Extremando su actividad el duque de Alba, aumentó su ejército con tres tercios de soldados católicos de las provincias del Mediodía, un nuevo regimiento de alemanes, ocho compañías de jinetes italianos y albaneses, 100 arcabuceros á caballo y 1.500 *reitres* alemanes. Los nuevos tercios walones, 10 compañías de aguerridos soldados alemanes y los *reitres* marcharon inmediatamente á socorrer á Groninga. Hábilmente mandados por Chipiano Vitelli, experto maestre de campo general del duque, si bastaron para asegurar á Groninga de un golpe de mano, no consiguieron librarla por completo del bloqueo que sufría de los rebeldes.

Con tres tercios españoles, dos regimientos walones, 1.000 caballos borgoñones recientemente reclutados, las compañías á caballo italianas y albanesas, una española y 16 piezas de artillería que reconcentró en Bois-le-Duc, ciudad que por su situación intermedia entre las provincias del Norte y las del Mediodía eligió por base principal de operaciones, emprendió éstas el duque, el 2 de Julio de 1568. Envió por delante parte de su caballería ligera á reunir barcos y reparar los puentes para el paso de los ríos, y también los caminos, y al mismo tiempo para recoger en las comarcas del tránsito cuantos cereales hubiere, con objeto de facilitar recursos al ejército propio y privar de ellos al enemigo. El día 13 se hallaba en las inmediaciones de Groninga el duque con todas sus tropas. A su llegada, Luis de Nassau reconcentró las suyas en su campo, que había atrinchado. Se proponía entretener á los realistas, quemar los puentes de madera, únicos que había sobre un canal que servía á aquél de foso natural y emprender la retirada con la seguridad de que el duque no podía impedirla ni molestarlo en ella. El caudillo español no le dió tiempo á realizar su plan; hizo que la caballería ligera le entretuviese con escaramuzas, mientras los arcabuceros de una coronelia pasaban el canal y se apoderaban de una casa que dominaba el campo rebelde, y situada en el flanco izquierdo de éste, y entonces 400 arcabuceros españoles atacaron por el frente al enemigo, le desalojaron de las trincheras que su vanguardia defendía en la margen del canal, en que se hallaba

el ejército realista, y pasaron los puentes cuando acababan los rebeldes de incendiarlos. Las tropas de Luis de Nassau abandonaron apresuradamente su campo, y después de tener muchas bajas en el combate, se retiraron desordenadamente, siendo perseguidos por la vanguardia del ejército realista hasta que la noche se echó encima.

Batalla de
Gemmingen.

En cuanto el duque de Alba reunió los elementos necesarios para reponer los puentes quemados y construir otros nuevos de barcas sobre el canal, continuó las operaciones, y marchó en dirección oriental hacia el río Ems, porque suponía que las intenciones de Luis de Nassau eran pasar este río fronterizo por el puente de Reydem é internarse en el Hannover; pero el caudillo rebelde se había dirigido al Norte del señorío de Groninga, cometiendo la imprevisión de no ocupar á Reydem, llave de la frontera alemana, por cuyo puente le hubiera sido fácil el paso del río.

Cuando el duque lo supo se apresuró á ocupar á Reydem, y con esto no temió ya que se escapase el enemigo sin poderle obligar á combatir. Los rebeldes habían establecido su campo en Gemmingen, muy cerca de la extremidad septentrional de una pequeña península que, con el golfo de Dollart, forma el río Ems, que estaba surcada de numerosos canales, y resguardada de la inundación de las aguas del mar por un dique. Los caminos que la cruzaban eran otros tantos diques más interiores que el primero, y los canales tenían compuertas en éste que, abiertas, dejaban franco paso á las aguas del golfo durante el flujo ó pleamar, é inundaban, no tan sólo la campiña, sino también los caminos. Si Luis de Nassau hubiera con oportunidad abierto estas compuertas, habría hecho imposible que los realistas avanzasen un solo paso á su encuentro; pero cuando lo hizo, fué ya tarde.

El duque de Alba, en cuanto se cercioró, por medio de varios reconocimientos, de la situación y posiciones del enemigo, fué á atacarlo con todo su ejército. En vanguardia iba su discípulo predilecto, Sancho Dávila, con una compañía de arcabuceros á caballo y 500 de á pie, todos españoles; detrás los mosqueteros y arcabuceros de los cuatro tercios españoles, apoyados por dos compañías de caballería ligera, y á retaguardia venían los piqueros de dichos tercios y todo el resto del ejército. Como no era posible salir del camino sin hundirse en el fango, tampoco lo era chocar en grandes masas con el enemigo, siendo, por lo tanto, de poco provecho los piqueros para aquel lance, y por esta razón los colocó el duque de Alba á retaguardia del ejército. Según iba éste avanzando, guarnecía el duque con arcabuceros las casas del camino y, muy especialmente, las de las encrucijadas. No

daba, por consiguiente, un paso el cuerpo de vanguardia sin que se afirmara en él todo el ejército.

Sancho Dávila, con los arcabuceros á caballo, cayó oportunamente sobre las fuerzas rebeldes, que estaban abriendo las compuertas de los diques para inundar la campiña, y ahuyentó á aquéllas y cerró éstas cuando ya el agua había formado grandes charcos, en que los arcabuceros á pie se hundían en fango hasta las rodillas. También ocupó la vanguardia española los puentes que en el camino había sobre los canales más próximos al enemigo. Trató éste de recobrarlos, los arcabuceros á caballo se apearon, y como las fuerzas rebeldes, aunque numerosas, no podían avanzar con más frente que la anchura del puente ó poco más, lograron aquéllos contenerlas, y, dando tiempo á que llegaran al sitio del combate todos los arcabuceros y mosqueteros españoles, acometieron á los enemigos y los metieron en su campo.

El ejército rebelde ocupaba unas eminencias que desde la aldea de Gemmingen iban en suave pendiente á terminar en un terreno pantanoso. Apoyaban su izquierda en el río, á sus espaldas estaba el pueblo, á la derecha tenían apostada la caballería, y por su frente fortalecían su campo elevadas trincheras. A 500 pasos de éstas había tanto fango, que únicamente eran accesibles tan formidables posiciones por el estrecho camino por el que tan trabajosamente habían avanzado los realistas. Como este camino y dique eran la única entrada de su campo, los rebeldes habían colocado en él cinco piezas de artillería y levantado á los dos lados dos reductos en que pusieron guarnición de arcabuceros.

Había el duque de Alba situado el grueso de su ejército á la izquierda del camino, de modo que éste le ocultaba completamente á la vista del enemigo; gran parte de los arcabuceros estaban dentro de las casas del camino; así que los rebeldes creyeron que tenían que habérselas únicamente con la vanguardia aislada de las tropas realistas, y para abrumarla y aniquilarla, antes de que pudiera ser socorrida por el grueso de éstas, formando dos columnas profundas, avanzaron en direcciones convergentes sobre la posición en que se habían hecho fuertes los arcabuceros españoles, que con nutrido y certero fuego de arcabucería y mosquetería les rechazaron y obligaron á volver á su campo, y al ver lo quebrantados que se habían retirado, cayeron como un alud sobre la artillería que defendía el acceso de las posiciones de los rebeldes, y en un momento se apoderaron de las piezas y de los reductos próximos. Las dos compañías de caballos ligeros que inmediatamente apoyaban á mosqueteros y arcabuceros, se adelantaron al galope para completar la derrota de los rebeldes, y penetrar en el campo enemigo por

la puerta que les había abierto el valor de la infantería española.

Los rebeldes, atónitos y desconcertados ante el heroísmo de los españoles, cuando se vieron acosados por la caballería, huyeron en todas direcciones.

La matanza fué horrible: 7.000 rebeldes perecieron en la batalla; de los españoles murieron pocos, pero fueron bastantes los heridos. El gravísimo error de Luis de Nassau al situar su ejército de manera que el Ems hacía imposible la retirada, contribuyó á que la derrota fuese tan completa.

El 2 de Julio de 1568 había emprendido las operaciones el duque de Alba, y el 21 consiguió la victoria de Gemmingen. En una campaña de menos de un mes, había librado la Frisia occidental de la presencia de los rebeldes. Logró lo que se había propuesto: vencer pronto y por completo.

Libre ya de cuidados en las provincias del Norte, acudió el duque de Alba á oponerse á la invasión de las centrales y meridionales por el ejército de Guillermo de Nassau. En esta segunda campaña, á no ser que el enemigo le atacase, pensaba rehuir el combate, y siguiendo á aquél como la sombra al cuerpo, no permitirle un momento de reposo, sino picarle continuamente la retaguardia; caer, para desbaratarlas, sobre las fuerzas que destacase con cualquier objeto, y guarnecer con numerosas tropas todas las poblaciones de importancia que el enemigo encontrase á su paso, á fin de que no pudiera conseguir una base sólida de operaciones. Sin ésta y escaso de recursos, el cansancio, el hambre, la sed y el desaliento habían de deshacer poco á poco el ejército rebelde.

Así acaeció que, cuando el príncipe de Orange, sin que el duque de Alba pudiera impedirlo, por medio de una hábil operación estratégica logró pasar el río Mosa y penetrar en el Brabante, no pudo internarse en los Países Bajos ni tomar arraigo en parte alguna, porque tenía siempre encima al ejército realista molestándole en continuas escaramuzas, operando siempre por líneas interiores, estableciendo siempre su campo en buenas posiciones, y sin mostrarse nunca dispuesto á aceptar batalla, como no fuera en posiciones muy ventajosas. Dirigióse el príncipe hacia el Mediodía, para unirse á las tropas de hugonotes que habían penetrado por la frontera francesa en los Países Bajos, y su retaguardia fué destrozada por los soldados del duque al pasar un río, antes de que verificase su unión con aquéllos. Después de verificada, con el aumento de soldados aumentó la escasez de recursos y la dificultad del sustento. En la imposibilidad del menor éxito, retrocedió el de Orange con ánimo de repasar el Mosa y regresar á Alemania; pero el duque de

Alba se adelantó y envió fuertes guarniciones á ocupar las poblaciones situadas en el curso del río. Dieron entonces vuelta los rebeldes hacia la frontera francesa, y también hallaron cerrado el paso. La desertión entonces se hizo general, y Guillermo de Nassau retrocedió de nuevo, y con unos 500 hombres, todo lo más, consiguió al fin internarse en Alemania.

Esta campaña honra sobremanera al duque de Alba por el talento con que supo aprovechar los errores del enemigo y su escasez de recursos; cubrir todas las plazas de importancia sin debilitar el ejército, ocupando éstas oportunamente con numerosas guarniciones, merced al cuidado con que marchó siempre á corta distancia de los rebeldes; evitar que los habitantes del país se sublevasen al paso de éstos; impedir al ejército enemigo la adquisición de víveres, empleando para lograrlo campos volantes; fatigarle continuamente con incesantes escaramuzas, y por último, conseguir el triunfo con economía de la sangre de sus soldados.

Tan admirables triunfos no aseguraron la dominación de Felipe II en los Países Bajos. En 1572 estalló una sublevación formidable; buques armados en corso por los partidarios del príncipe de Orange, caudillo de los enemigos del rey, se apoderaron de la ciudad y puerto de Brielle en la Zelanda, provincia marítima surcada por los brazos del Mosa; los orangistas emigrados en Francia, con soldados hugonotes, se apoderaron de Mons y Valenciennes, ciudades importantísimas en el Mediodía; y la insurrección cundió por las provincias marítimas de Zelanda y Holanda, hasta el punto de que sólo quedaron por los realistas las ciudades que tenían guarnición española.

A la verdad, la situación del duque de Alba con estos sucesos era por demás desesperada. Si no acudía inmediatamente á pacificar la Holanda y la Zelanda, los rebeldes aunarían en ella sus esfuerzos, y constituirían un núcleo de resistencia que haría muy difícil á los realistas su recuperación; y si desatendían las provincias del Mediodía, cundiría en ellas la insurrección, fomentada por la presencia de un nuevo ejército, que el príncipe de Orange organizaba en Alemania para invadir otra vez los Países Bajos.

El duque se decidió á emprender la campaña en las provincias del Mediodía, porque siendo la principal fuerza de que disponía el ejército terrestre, y aventajándole, por el contrario, los rebeldes en fuerzas navales, y habiendo en las provincias meridionales muchos católicos partidarios decididos del rey, mientras que en las del Norte la mayoría de los habitantes era protestante, y enemiga, el éxito de la campaña parecía casi seguro en el Mediodía, y muy dudoso en Holanda y Zelanda.

El ejército realista, casi en su totalidad, fué á sitiar á Mons; los rebeldes defendieron con energía la plaza, en la esperanza de que vendría á socorrerlos el príncipe de Orange. Así fué: apenas organizó su ejército, invadió los Países Bajos, entró en muchas ciudades que le abrieron sus puertas y avanzó hacia la plaza sitiada. Derrotado por los sitiadores, se estableció en un campo atrincherado á la vista de Mons, y fué sorprendido por una *encamisada* que efectuaron los españoles con extraordinario éxito. El ejército rebelde, poseído del más espantoso pánico, se retiró en desorden y se acogió á las provincias del Norte. Mons capituló el 19 de Septiembre de 1572. Valenciennes se había rendido antes de empezar el sitio de Mons, sin que los realistas tuvieran que hacer grande esfuerzo para conseguirlo. Las operaciones de la campaña en el Mediodía duraron tres meses, y el sitio de Mons 23 días.

En tanto la insurrección había hecho progresos considerables en las provincias del Norte. Aunque difícilísima la campaña que emprendieron los realistas, empezó con fortuna para éstos. En las provincias limítrofes con Holanda, bastó su presencia para ahuyentar de ellas á los rebeldes, y en la misma Holanda, fué el hijo del duque de Alba, D. Fadrique, apoderándose de fortalezas y ciudades de importancia al primer asalto de sus tropas; pero al llegar á Harlem no sucedió así. Al asaltar la brecha abierta por la artillería resultó que no estaba practicable, y después de insistir en el asalto con heroísmo inútil, tuvieron los realistas que fiar la rendición de la ciudad á un sitio en regla. Le hicieron notable muchas circunstancias que contribuyeron á su larga duración: la habilidad de los habitantes de Harlem en el manejo del arcabuz por existir entre ellos una hermandad que, en épocas de paz, se ejercitaba en el tiro al blanco; la organización de las mujeres en compañías para atender al municionamiento de los defensores, conducción de heridos al hospital y reparo de las fortificaciones; el empleo de banderas, como señales, por los sitiados y de palomas mensajeras por el príncipe de Orange, que se disponía á socorrerlos, para entenderse mutuamente; y las dificultades para el bloqueo con que tropezaron los sitiadores á causa de la existencia, al E. de la ciudad, de un extenso lago, hoy desecado, que se conocía con el nombre de mar de Harlem, en comunicación con ésta por un ancho y profundo canal. Por este lago y canal, mientras estuvieron helados, en trineos, y cuando llegó la época del deshielo, en grandes barcas, llevaban los rebeldes del campo á los sitiados cuanta vitualla necesitaban.

Desalentado D. Fadrique, quiso levantar el sitio; pero se opuso el duque de Alba, porque de hacerlo recibiría el golpe de

gracia el prestigio de las tropas españolas, en que estaba el secreto de su fuerza y el único apoyo firme de su autoridad, y por lo peligroso que sería para el ejército retirarse por una comarca erizada de obstáculos, con la moral quebrantada y dejando á retaguardia una ciudad como Harlem. Hicieron, por otra parte, efecto en D. Fadrique las palabras de su padre, que le envió á decir: *que si alzaba el campo sin rendir la plaza, no le tendria por hijo; que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltaban los dos, iria de España su madre á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor ó paciencia para hacer su hijo.*

Para estrechar el bloqueo, los realistas emplearon un recurso extraordinario: improvisaron una flota en Amsterdam, para que fuese al lago de Harlem, puesto en comunicaci6n con el mar por la rotura de un dique. Vencida en el mar de Harlem la flota rebelde por la realista, y rendido un fuerte que defendía la entrada del canal, el bloqueo llegó á ser completo, y la situaci6n de los sitiados desesperada. El príncipe de Orange les envió, con palomas mensajeras, avisos escritos de que al amanecer del 8 de Julio de 1573 unos 5.000 hombres irían con un convoy á sorprender á los sitiadores, romper la línea de bloqueo y entrar en la plaza. Algunas de estas palomas fueron cazadas por los arcabuceros españoles, que hacía tiempo habían descubierto este especial y entonces nuevo sistema de correos, y D. Fadrique se enteró, al mismo tiempo que los sitiados, del propósito del príncipe de Orange, y preparó una emboscada á los del convoy. Dieron en ella y salieron destrozados, perdiendo los de Orange 3.000 hombres, toda la artillería y banderas, y hasta 300 carros de municiones. Remota ya toda esperanza de salvaci6n, Harlem se rindió el 14 de Julio de 1573. El famoso sitio y defensa de Harlem duró más de ocho meses, y si es ejemplo vivo del ataque más porfiado y de la más obstinada defensa de una plaza, no lo es menos del encarnizamiento con que allí se peleaba.

A la rendición de Harlem siguieron sucesos adversos á la causa del rey de España, que fueron el levantamiento del sitio puesto á la ciudad holandesa de Alkmaer por D. Fadrique, que se vió obligado á desistir de tal empresa, ante el peligro de que inundaran los alrededores de la ciudad los rebeldes con la rotura de un dique; el motín de los soldados españoles que se habían quedado en Harlem, originado por la falta de pagas, que hacía muchos meses que se les adeudaban, y la derrota y destrucci6n de la escuadra que hacía poco había improvisado en Amsterdam el duque de Alba, por la rebelde, en las aguas del golfo de Zuyder-Cée.

El motín de los españoles y la derrota de la escuadra convencieron al duque de Alba de que la falta de pagas á los soldados y la de buques en los mares, serían las únicas dificultades de importancia que había de encontrar para someter y pacificar las provincias rebeldes. El rey Felipe II, que atribuyó al excesivo vigor que el duque había empleado en la gobernación de los Países Bajos el estado en que se hallaban, que ya había enviado para reemplazarle al duque de Medinaceli, á quien no entregó el mando el de Alba, por creer caso de honra continuar dirigiendo las operaciones cuando acababa de estallar la rebelión, le relevó ahora por D. Luis de Requesens.

Al principio del año 1574 se encargó del gobierno de los Países Bajos el nuevo gobernador.

Don Luis de
Requesens.

Con hábil política en que la benignidad y la energía se equilibraban, sin que una se perjudicase á la otra, consiguió mejores resultados para la pacificación de los Países Bajos que el duque de Alba con sus rigores y con sus empresas militares; y apoderándose de la isla de Duiweland y de las márgenes del Escalda, llegó á aislar de las demás las provincias en que predominaban los partidarios del príncipe de Orange. Tres fueron las operaciones de guerra de más importancia que efectuaron las tropas realistas: la campaña que terminó con la batalla de Mook (14 de Abril de 1574), el sitio de Leyden y la expedición á la isla de Duiweland.

Batalla de
Mook.

Luis de Nassau había reclutado en Alemania un pequeño ejército de unos 6.000 infantes y 300 caballos, con tan pasmosa rapidez, que coincidieron las noticias de su reclutamiento con las de su aproximación al río Mosa y plaza de Maestricht. Se proponía pasar el río para unirse á su hermano Guillermo, príncipe de Orange, que con 6.000 hombres vendría de Holanda á invadir el Brabante. Envió Requesens, para socorrer á Maestricht y frustrar los planes de los rebeldes, con 8.000 infantes y 400 jinetes, á Sancho Dávila, que, con una serie de reconocimientos armados, escaramuzas y *encamisadas*, obligó á las tropas de Nassau á abandonar las inmediaciones de aquella plaza. Luis de Nassau se dirigió entonces por la derecha del Mosa y agua abajo del río, para verificar su unión con su hermano, que había de salirle al encuentro; pero Sancho Dávila, para ganarle la delantera, caminó á marchas forzadas por la orilla izquierda del río, pasó éste por un puente de barcas y fué á cerrar el paso á los rebeldes que, al llegar y chocar su vanguardia con las avanzadas de los realistas, tomaron posiciones en la aldea de Mook, situada cerca del río y en sus inmediaciones. Al día siguiente se dió la batalla. Los rebeldes en una línea, ocupaban posiciones atrincheradas delante de Mook y en una

colina inmediata, detrás de la cual se hallaba á cubierto su caballería en la extrema derecha de su frente de combate.

Los realistas también en una sola línea apoyaban la derecha en un dique del Mosa, que servía de camino para ir á la aldea, y en la izquierda tenían su caballería. La infantería española de la izquierda avanzó hacia la colina, y en ésta desalojó de sus trincheras á nueve banderas de infantería rebelde. Reforzadas éstas por una columna que vino desde Mook en su auxilio, recobraron las posiciones perdidas. Nuevos refuerzos de españoles y nuevo asalto á las trincheras de la colina. La caballería de Nassau descendió de la colina á la llanura para cargar á la infantería realista, y fué rechazada por los enemigos. Se rehizo, volvió á cargar y de nuevo fué puesta en fuga. Al mismo tiempo la infantería española se hizo dueña definitivamente de la colina y sus trincheras en un último ataque, combinado con otro á Mook, que efectuó una columna que avanzó al efecto por el dique. La victoria fué completa; la mortandad de los rebeldes horrible; su caudillo, Luis de Nassau, pereció en el combate. Los ataques insistentes de la izquierda del ejército real sobre la derecha enemiga, en la que fué reforzada por tropas del centro, mientras el resto de la línea se mantuvo retrasada hasta el último momento, hicieron que la batalla de Mook pueda citarse como una aplicación, tal vez inconsciente, del orden oblicuo por los españoles.

El motín de éstos, después de la victoria, en reclamación de sus pagas, la malogró y entorpeció y paralizó las operaciones por algún tiempo. Cuando á costa de grandes sacrificios pudo Requesens pagarlos, los envió á sitiar á Leyden. Tanto estrecharon el bloqueo, que los sitiados se vieron reducidos al último extremo, y Valdés, que mandaba á los sitiadores, confió en que el hambre los rendiría; pero los rebeldes rompieron los diques de los ríos Issel y Mosa y los canales inmediatos, la campaña se inundó y subió el agua hasta las fortificaciones de los sitiadores, quienes después de enterrar su artillería efectuaron de noche una penosa retirada, acosados incesantemente por improvisada flota de los de Leyden, que navegaba por campos convertidos en mares con la rotura de los diques.

La expedición á Duiweland es uno de los mayores timbres de gloria de la infantería española. Se trataba de recobrar las islas que en las desembocaduras del Escalda y del Mosa constitúan á la provincia de Zelanda. Los expedicionarios partieron de Amberes embarcados, y ocuparon una isla inmediata á la de Duiweland, primera de las que habían de reconquistar. Un brazo de mar las separaba, y á las horas del reflujo quedaba en él un vado muy peligroso. Los rebeldes habían atrincherado y artillado la costa de Duiweland, y encallado algunos buques provistos de

Sitio de Leyden.

Expedición á Duiweland.

artillería junto al vado, para mejor defensa de éste. Por tierra tropas considerables defendían el acceso á la isla, y por mar la escuadra rebelde. A la vista de Requesens y del resto del ejército real, unos 3.000 españoles, divididos en vanguardia, centro y retaguardia, desnudos de cintura abajo, con las armas y municiones en alto para que no se mojen, antes de amanecer el día 29 de Septiembre de 1575, aprovechan el reflujó de las aguas del mar, se lanzan al vado, y afrontando el fuego de artillería que les hacen desde la costa y buques encallados, avanzan con decisión. Al amanecer sube la marea; los buques de la escuadra rebelde pueden irse acercando á ofender á los españoles; el centro de éstos perece casi en su totalidad á consecuencia de la subida de las aguas, y la retaguardia se ve precisada á retirarse; pero la vanguardia, despreciando el fuego de arcabuz y cañón de los enemigos, asalta y toma los reductos y trincheras de la costa con un heroísmo sin ejemplo en la Historia. El efecto moral que tan atrevido hecho de armas causó en los rebeldes, facilitó el feliz resultado de la empresa. La provincia de Zelanda fué en gran parte recuperada.

D. Juan de Austria.
La muerte de Requesens, acaecida en 5 de Marzo de 1576, fué fatal á la soberanía del rey de España en los Países Bajos. De las 17 provincias, 15 estaban totalmente sometidas á la obediencia de Felipe II, y Holanda y Zelanda ocupadas en parte por tropas españolas. Si una mano enérgica hubiera empuñado las riendas del gobierno, el vencimiento completo de los rebeldes habría sido un hecho en poco tiempo; pero la debilidad del Consejo de Estado que se encargó de la gobernación de los Países Bajos, la indisciplina general del ejército por falta de pagas, la reacción en contra de la dominación española que las exacciones y tropelías de la soldadesca amotinada produjo en los naturales del país, y la destitución del Consejo de Estado por los descontentos, que designaron otro á su gusto, dieron ocasión á que cuando D. Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe II y vencedor de Lepanto, nombrado gobernador en reemplazo del difunto Requesens, llegó á Luxemburgo el 3 de Noviembre de 1576, únicamente la provincia de que era capital esta ciudad permaneciese fiel á Felipe II.

El temor á los soldados españoles, que conservaban muchas plazas de importancia en su poder, obligó á los del Consejo de Estado á entrar en negociaciones con D. Juan de Austria, que, para apaciguar á sus gobernados, accedió á la petición de éstos de que hiciera salir de las provincias á los soldados extranjeros. No tardó en arrepentirse; desconocida su autoridad, tuvo que salir secretamente de Bruselas, y fué á refugiarse al castillo de Namur. Disponía solamente de unos 4.000 soldados alemanes,

y el ejército rebelde que tenía enfrente pasaba de 15.000 hombres; pero con su inacción dieron tiempo á que regresasen á los Países Bajos las tropas españolas é italianas, que hacía poco tiempo habían salido de ellos. A su frente vino Alejandro Farnesio, á fines del año 1577.

Ante las ahora respetables fuerzas de que disponía D. Juan de Austria, el ejército rebelde se retiró hacia Gembloux por el camino de Bruselas. Lo supo D. Juan, y al amanecer del 31 de Enero de 1578 se adelantó á su ejército con 1.000 jinetes y 2.500 infantes y fué en seguimiento de los enemigos, que marchaban lentamente con la infantería á la cabeza y la caballería á retaguardia. Alcanzados por los realistas cuando su caballería marchaba por un recodo del camino presentando el flanco, aunque protegida por un barranco cenagoso y un seto, detrás del cual se habían emboscado algunos arcabuceros, Alejandro Farnesio, que en la fluctuación de las lanzas conoció que iba en desorden, salvando barranco y seto con algunas compañías á caballo, la cargó por el flanco descubierto y la derrotó completamente. Atropellada la infantería por su propia caballería, cuando cayó sobre ella la contraria, apenas intentó la resistencia, y los pocos soldados rebeldes que escaparon con vida, se refugiaron en Gembloux. Aquellos nutridos escuadrones de infantería que con sus picas y flanqueados por los mosqueteros y arcabuceros, desafiaban en orden de combate, por muchas horas, el ímpetu de fuerzas superiores, sorprendidos en marcha, no pudieron resistir el ataque, y el número les fué más bien perjudicial que ventajoso, porque yendo en una sola columna, por un solo camino, el desorden de las primeras filas se propagó rápidamente hasta las últimas. Hubo gran consternación en Bruselas, y si el ejército real, después de la victoria conseguida en la batalla de Gembloux, hubiera continuado su marcha, habría entrado en esta ciudad; pero no lo hizo así, y se diseminó para expugnar varias plazas fuertes. A fines de Junio, además del Luxemburgo y del condado de Namur, el Limburgo y una parte del Brabante estaban en poder de D. Juan de Austria.

El ejército rebelde se rehizo y fué reforzado por tropas alemanas y francesas. Cerca de Malinas, en su campamento de Rymenan, le atacó el ejército real; pero contenido por el fuego de la numerosa artillería de los rebeldes, tuvo éste que retirarse y se situó en unas alturas inmediatas á Namur. El 1.º de Octubre de 1578 murió D. Juan de Austria, y le sucedió en el mando del ejército real y gobierno de los Países Bajos su sobrino el príncipe Alejandro Farnesio, duque de Parma.

Con grande habilidad política, aprovechando las disensiones ocurridas entre los rebeldes, logró atraer á la causa del rey to-

Batalla de
Gembloux (3
de Febrero de
1578).

Alejandro
Farnesio.

das las provincias meridionales. Contribuyó al buen éxito de las negociaciones la toma de Maestricht. En la imposibilidad de poner en ejecución un vasto plan de bloqueo general de todas las provincias rebeldes por falta de una escuadra indispensable para bloquear las marítimas, lo aplicó en detalle y sucesivamente á las comarcas que una por una fué haciendo objetivo inmediato de sus campañas, y el éxito correspondió á sus esperanzas.

Sitio de
Maestricht.

Para la ejecución de este plan, Maestricht, que por su posición estratégica sobre el Mosa era la llave de las fronteras de las provincias meridionales y centrales con Alemania, hubo de ser el objetivo de su primera campaña, porque dueño de ella se dificultaría la entrada en ésta de tropas alemanas. Sus primeras operaciones tuvieron por objeto desalojar de la comarca en que se hallaba situada Maestricht, los núcleos de fuerzas rebeldes que pudieran entorpecer los trabajos del sitio, y cuando lo consiguió, trató de apoderarse por un golpe de mano de ella; pero los habitantes y la guarnición rechazaron los asaltos de los españoles, por haberlos dado sin preparación conveniente, y sin batir antes las torres que dominaban y flanqueaban los puntos por donde se verificaron: hubo necesidad de recurrir á las lentitudes de un sitio en regla. A los cuatro fortines que al empezar el bloqueo había construídos, se añadieron 17 más. Este número de fuertes, que impedía el acceso de tropas de socorro, rodeaba en estrecho círculo á la plaza sitiada, y permitía operar libremente sin los entorpecimientos de una línea continua de parapetos, fué un notable adelanto en fortificación, y quitó al príncipe de Orange toda esperanza de poder socorrer la plaza.

Un triple baluarte, obra exterior que cubría una de las puertas de la ciudad, fué el objetivo principal de los trabajos y operaciones de los sitiadores. Con cestones rellenos de tierra levantaron dominante batería, revestida por zarzos entretnejidos, desde donde con nutrido fuego de cañón y arcabuz obligaron á los defensores de aquella obra exterior á abandonar su primer recinto, destruyéndolo antes por medio de fogatas, y cuando se estaban retirando, se vieron acometidos por los españoles, que se apoderaron de toda la obra, y desde ella echaron un improvisado puente sobre el anchísimo foso para pasar con la artillería á batir, desde la brecha abierta en el recinto mismo de la ciudad, las obras interiores levantadas apresuradamente por los sitiados. La principal, una gran trinchera en arco de círculo, fortalecida por ambos flancos con traveses, batida que fué por la artillería y minada en su base por los gastadores (zapadores que se diría hoy), cayó hacia la parte de la ciudad y la asaltaron

los sitiadores; después escalaron éstos, aprovechando el descuido de los centinelas, en tregua á que obligó la fatiga, otras obras interiores. Hubo sangrienta pelea en calles y plazas, y al conseguir la victoria los sitiadores, dieron rienda suelta á la ferocidad propia de los soldados de aquella época; el sitio había durado cuatro meses. Aterradas por la triste suerte de Maestricht, muchas ciudades de las provincias orientales y hasta provincias enteras se sometieron al rey.

La más notable aplicación que hizo Alejandro Farnesio del sistema de bloqueos parciales, fué para rendir á Amberes y ciudades próximas á ella. Con fáciles comunicaciones por el Escalda y sus afluentes y canales con las demás ciudades de la comarca y con las provincias marítimas del Norte, rodeada por fuerte recinto y guarnecida por un regimiento de ingleses, algunas compañías de caballería y 20.000 hombres de milicias comunales, Amberes era difícil de rendir. Farnesio vino á bloquearla con 10.000 hombres, é hizo atacar dos fuertes exteriores que, situados respectivamente en la orilla izquierda y en la derecha del Escalda, defendían el paso de este río agua abajo de la ciudad. El de la izquierda fué tomado por asalto, y los defensores del de la derecha, ocasionando una inundación por la apertura de las compuertas de los diques, obligaron á los realistas á desistir de su empeño.

En aquel tiempo, por falta de caminos, eran los ríos en los Países Bajos vías de comunicación más importantes que en la actualidad. El que fuera dueño del Escalda lo sería del país, y como Alejandro Farnesio no disponía de una flota para guardarlo, á fin de cerrar su curso con barrera infranqueable que impidiese la comunicación entre Amberes y las ciudades de Termonde, Malinas y Gante, y con las provincias del Norte, concibió el proyecto de construir un puente que había de ser al mismo tiempo fortaleza. Eligió al efecto un paraje en que el río estrechaba su cauce y formaba un recodo, y empezó por levantar uno frente á otro, en las opuestas márgenes, dos fuertes que habían de ser cabezas del puente, y se hizo dueño por asalto ó capitulación, de Termonde, Vilverde y Gante. Para conducir al paraje elegido desde Gante barcos y materiales con que construir el puente, agua arriba de Amberes rompió el dique é inundó la campiña, y cuando los de la ciudad se apoderaron de la brecha y edificaron cerca de ella un fuerte que impidiera el paso, improvisó un canal que enlazó uno que iba á Gante con el río Escalda. Vencidas tamañas dificultades, el puente se terminó. Tenía 720 metros de longitud, era de barcas en el centro y de pilotaje junto á las márgenes del río; en ambas extremidades formaba dos plazas de armas artilladas; sus pretiles esta-

Sitio de
Amberes.

ban hechos con tablones á prueba de tiro de mosquete, sus barcas tenían guarnición y dos cañoncitos; lo resguardaban agua arriba y agua abajo almadías amarradas de tres en tres y armadas de vigas terminadas en puntas de hierro, y, finalmente, vigilaba su acceso por el río una flotilla de 20 galeras.

Los de Amberes lanzaron contra él brulotes, invención de un ingeniero italiano; uno de éstos estalló abriendo brecha en el puente y causando muchas víctimas. Alejandro Farnesio hizo que con la mayor premura se reparase el destrozo, para impedir que por la brecha se abriese paso á Amberes la escuadra holandesa que había venido á socorrerla.

Ya que por el río no podía avanzar la escuadra, los rebeldes, tanto hacia la parte del mar como á la de la ciudad, rompieron el dique del Escalda, y, convertidos en mar los campos inmediatos, por ellos avanzaron la escuadra holandesa por un lado, y la flota de Amberes por otro, hasta un contradique que se extendía perpendicularmente al río, y que era necesario romper para que se uniesen ambas. Defendidos sus puntos más importantes con pequeños reductos y guarnecidos por fuertes destacamentos realistas, los soldados de la escuadra que desembarcaron en el contradique para abrir boquete en él, fueron rechazados.

En una segunda intentona los rebeldes lograron desalojar á las tropas reales de algunos parajes, abrir brecha en el contradique y rechazar tres ataques de los españoles, que quisieron arrojarlos de éste; pero no resistieron el cuarto, desalentados al ver que el reflujo obligaba á los navíos holandeses y barcos de Amberes á retirarse: había durado el combate siete horas. Cuatro navíos rebeldes se fueron á pique, y 28 quedaron en seco y cayeron en poder de los realistas con toda su artillería. A los pocos días, el 17 de Agosto de 1585, capituló Amberes. Las operaciones del sitio habían empezado el 10 de Julio de 1584. Al finalizar el año, eran ya nueve las provincias sometidas á la autoridad de Felipe II; y ocupaban otras cuatro, por partes iguales, realistas y rebeldes. A no distraer su atención y lo mejor de su ejército en las expediciones que por orden del rey efectuó á Francia, Alejandro Farnesio hubiese pacificado los Países Bajos por completo.

Expedición
de Alejandro Farnesio
á Francia.

Felipe II se decidió á intervenir en la guerra civil que ardía en Francia entre Enrique IV y el partido católico acaudillado por los Guisas, y ordenó á Farnesio que, con las mejores tropas del ejército real de los Países Bajos, fuese á unirse á las de los Guisas para socorrer á París, sitiado por el monarca francés con un ejército de 28.000 infantes y 7.000 jinetes.

Para cumplimentar lo mandado, Farnesio empezó por enviar á Francia tres regimientos walones, uno italiano, un tercio es-

pañol y 32 banderas de caballería, que atravesaron la frontera por distintos caminos para que la fuese más fácil proveerse de víveres y aparentar mayores fuerzas de las que en realidad eran. El 19 de Julio de 1588 se hallaban en Guisa 5.000 infantes y 800 caballos, y más al interior, entre Laon y San Quintín, 1.000 caballos. Farnesio concentró en Valenciennes el grueso de su ejército, y fué á Guisa, primera plaza francesa que se encontraba más allá de la frontera de la provincia de Hainaut, para reunirse á su vanguardia. Continuó después á Laon, donde se le incorporó, procedente de Meaux del Marne, el duque de Mayenne con las tropas del partido católico francés, y el ejército aliado resultó con un efectivo de 18.000 infantes y 5.000 jinetes. Para estrechar á París, Enrique IV ocupaba en sus alrededores una densa red de puntos fortificados, de la que era la parte más débil la de Levante, donde no existía más plaza fuerte en su poder que la de Lagny á orillas del Marne. Este río era el único de los que convergen en París, cuya cuenca dominaba los partidarios de los Guisas, y era preciso conseguir su libre navegación y, por lo tanto, la expugnación de Lagny, para avituallar á París.

El ejército aliado hizo de Meaux su base de operaciones. De esta ciudad á París hay unos 45 kilómetros que salvaba, casi en línea recta, un camino que pasaba por Claye y Bondy. En Claye se separaba de éste otro que por la orilla derecha del Marne iba á Lagny y luego por Chelles á París, y que en su trayecto de Claye á Lagny venía á ser la cuerda del arco de círculo que en violento recodo describía el río Marne en su curso, obligado por una serie de colinas. Claye y Chelles estaban enlazados directamente por un tercer camino.

El nudo estratégico de todas estas líneas de operaciones era Claye. Si el ejército sitiador venía á ocuparlo, cerraría el acceso á París el ejército de socorro. Para evitarlo, Farnesio vino apresuradamente á posesionarse de él. Entonces Enrique IV levantó el cerco de París y se situó con su ejército desde Bondy á Chelles, interceptando de este modo todos los caminos, por donde los aliados podían dirigirse á París.

De avanzar resueltamente los aliados por el camino de Bondy para atacar á su enemigo, desplegarían á su vista para empeñar batalla en campo escogido por éste, y que le era muy ventajoso. Si por el camino de travesía intentaban envolver su derecha, y avanzar después sobre París por la margen del Marne, se exponían á que el destacamento que ocupaba á Chelles, resistiese el tiempo suficiente para que todo el ejército de Enrique IV se les viniese encima por su flanco derecho, y en ese caso podían considerar segura su derrota y cortada por completo.

su línea de retirada. Y finalmente, atrincherarse en Claye y esperar la acometida del adversario, sería fatal para el prestigio de un ejército que había avanzado con tanto aparato para intentar la liberación de París. En vista de tales dificultades, Farnesio hizo á Lagny objetivo de hábil operación estratégica que, por maniobras no menos hábiles, se efectuó con éxito completo.

Finge que quiere empeñar batalla, y avanza hacia el enemigo en tres líneas. En la primera figura casi la totalidad de la caballería, que simula con escarceos y maniobras que va á descender de las colinas á la llanura en que la espera el enemigo impaciente por llegar á las manos, y que achaca á temor la lentitud de la marcha, y tanta y tanta maniobra como ejecuta la vanguardia farnesiana. El objeto del príncipe de Parma se consigue: esta primera línea oculta las maniobras de las otras dos que, protegidas y cubiertas por ellas, ejecutan una marcha de flanco hacia su izquierda, de modo que, después de ejecutada, el cuerpo de batalla resulta vanguardia, la retaguardia cuerpo de batalla ó centro, y queda la primera línea en retaguardia. Para cubrir su retirada, después de haber tenido en expectación al enemigo, ha emboscado en los viñedos cinco compañías de arcabuceros. De toda esta maniobra son el principal objetivo los arrabales de Lagny, situados en la orilla izquierda del Marne, que caen en poder de las tropas de Farnesio, y si no cae también Lagny, que está en la margen opuesta, es porque el gobernador de esta plaza ha quemado el puente de madera que la enlaza con los arrabales, y así deja por foso entre la ciudad y los farnesianos el caudaloso río Marne. Cuando Enrique IV advierte el engaño, viene de nuevo á presentar batalla; pero de nuevo la rehusa Farnesio, que fortifica su campo, y, para conseguirlo, hace que la caballería entretenga al enemigo con escaramuzas los tres días que en ejecutarlo se emplean.

Para hacer un puente de barcas por donde pasar á la margen opuesta, y principalmente la caballería, para batir á Lagny, 80 soldados, desnudos y armados únicamente de espada, se lanzan al río, y se apoderan de seis buques que, cargados de hierro, pasaban el río, creyéndose seguros de todo peligro. Hácese el puente y por él pasan la artillería y los tercios de infantería. Con objeto de distraer la atención del enemigo de la expugnación de Lagny, simula Farnesio dirigirse contra él con el grueso del ejército. No se logra el engaño esta vez, y Enrique IV refuerza la guarnición de Lagny inmediatamente, y poco después envía 14 compañías más con igual objeto; pero éstas, en su mayor parte, son acuchilladas por la caballería de Farnesio. Lánzanse al asalto de la plaza los soldados de éste, y en el primero son rechazados; pero al segundo se apoderan de la ciudad.

Era llave del Marne, y desde el momento en que estuvo en manos del ejército de socorro, París se vió libre del hambre que padecía, pues llegaron á ella por el Marne cuantos víveres necesitó.

Con el afán de ruidoso desquite, Enrique IV asaltó los arrabales de París; pero sus tropas fueron rechazadas, y tuvo que desistir de su propósito de hacerse dueño de la capital de su reino por asalto, como antes de rendirla por hambre. En su retirada fué molestado por el ejército de socorro. Rindiéronse á los de Farnesio muchas plazas de las inmediaciones, y únicamente se resistió la de Corbeil, que fué tomada por asalto.

Conseguida la liberación de París, objeto principal de la expedición, después de expugnar á Corbeil, Alejandro Farnesio emprendió la retirada á Flandes, seguido por el ejército de Enrique IV, que era inferior al suyo en infantería, pero superior en caballería. Por esta circunstancia, y por llevar consigo 300 cañones y 1.500 carros en que conducía más de 1.000 enfermos y municiones de boca y guerra, no podía apresurar la marcha. Para evitar que el enemigo le picase continuamente la retaguardia, hizo que su ejército, dividido en cuatro escuadrones, marchase siempre en orden de combate. La artillería iba entre escuadrón y escuadrón, la caballería en su mayor parte flanqueaba la vanguardia y la retaguardia, y á todo el ejército los carros en dos columnas que marchaban á uno y otro lado. De este modo supo convertir los carros que entorpecían su marcha, en insuperable fuerza defensiva para resistir y rechazar las repentinas acometidas de la caballería enemiga. Cuando era necesario, la vanguardia se adelantaba á ocupar un punto importante, ó la retaguardia se detenía y tomaba posiciones para proteger el desfile del ejército. Sin experimentar contratiempo el ejército traspasó la frontera por cerca de Guisa. Esta admirable retirada ha sido muy encomiada.

Hace esfuerzos extraordinarios Alejandro Farnesio para emprender vigorosa campaña contra los rebeldes, cuando por segunda vez recibe orden de volver de nuevo á Francia en socorro de los católicos, á quien Enrique IV trae á mal traer, pues les ha tomado varias plazas de la Normandía y ha puesto sitio á Rouen, capital de ésta.

Entra en Francia Farnesio por Landrecies y se incorpora á su ejército el de la liga católica de Amiens y marcha en dirección de la ciudad sitiada. Deja Enrique IV su infantería sitiando á Rouen, y él con 6.000 caballos y 2.000 soldados de á caballo armados de mosquetes, y que fueron el primer cuerpo numeroso de dragones que se empleó en guerra alguna, viene á entorpecer la marcha del ejército de socorro. El 5 de Febrero de 1592 carga y derrota á los escuadrones enemigos que vienen

explorando el camino. Preséntase á su vista todo el ejército de Farnesio y los católicos franceses, que caminan en el mayor orden; embisten á la caballería francesa cuatro bandas de arcabuceros á caballo, que salen de un hondo valle; también van contra ella dos cuerpos más de caballería que se separan con este objeto de los flancos del ejército en marcha, y para apoyar esta carga avanza rápidamente una columna de piqueros y arcabuceros á pie.

Enrique IV y su caballería se retiran, sus enemigos se detienen creyendo que trata de llevarlos á una emboscada, y cuando se persuaden de que no es así, la caballería de Farnesio carga á la francesa, y en la lucha que se empeña el rey de Francia es herido por una bala de arcabuz. Los franceses huyen conduciendo á su rey, y por orden de éste 400 dragones han echado pie á tierra, y parapetados en las ruinas de una casa, con los disparos de sus mosquetes contienen por algún tiempo á la caballería vencedora; casi todos perecen, pero han salvado á la suya y á su rey. Fué éste el primer hecho de armas en que se comprobó una de las ventajas de los dragones, en compensación de las muchas contras que indudablemente tienen por no ser ni caballería ni infantería, en fuerza de querer que sean las dos cosas á la vez.

Aún tarda el ejército de socorro en llegar á la vista de Rouen, tanto por dificultades que la opone el enemigo en Chateau-neuf como por disensiones entre Farnesio y los caudillos de la liga, producidas por el impolítico deseo de ser elegido protector de la Francia el rey Felipe II. Enrique IV levanta el cerco y se retira. Farnesio, con gran acierto, quiere ir en su seguimiento y concluir de una vez con su quebrantado ejército, no dejando que aquél se le vaya de entre las manos; pero prevalece la opinión de los franceses, de ir á tomar á Caudebec, plaza que por su situación impide á los habitantes de Rouen todo comercio por mar. Dirigióse el ejército aliado á Caudebec, que está en la desembocadura del Sena en el mar. La vanguardia arrolla los destacamentos de la guarnición que han salido á cerrarles el paso por los caminos que conducen á la ciudad. Al llegar el ejército á las inmediaciones de ésta, hace fuego sobre él una escuadra holandesa. Contesta á él la artillería y arcabucería de los aliados con tal éxito, que algunas naves van á pique, y los de Farnesio se apoderan de la capitana. Alejandro Farnesio es herido por una bala de arcabuz al reconocer el campo para establecer las baterías de sitio.

Exacerbados los españoles por la herida de su caudillo, juran que han de pasar á cuchillo á los habitantes de Caudebec cuando den el asalto: la ciudad se rinde á discreción.

Apartado el ejército vencedor de toda línea de retirada y sin una base de operaciones, Farnesio quiere pasar á la otra orilla del Sena, porque de lo contrario podrá fácilmente Enrique IV acorralarlo entre el suyo propio, el mar y el Sena. Se oponen tenazmente los caudillos de la liga, que juzgan necesario, para la seguridad de Rouen, seguir en el campamento establecido delante de Caudebec. Por temor de que las tropas de la liga se separen de las suyas y el peligro sea mayor, tiene que ceder Farnesio.

No desperdicia la ocasión Enrique IV y acude con su ejército á bloquear al enemigo. Después de sangrientos combates, se fortifica en posiciones que hacen completo el cerco del ejército aliado, y seguro ya del triunfo, por saber que en éste escasean los víveres, espera con fiadameute que el hambre le obligue á rendirse.

Para salir de tan crítica situación, Farnesio concibe el proyecto de pasar con todo su ejército á la orilla del Sena. Al frente del enemigo y próxima á una escuadra holandesa parece imposible tal empresa por un río tan ancho como profundo, sin la flota necesaria para efectuarlo. Alejandro Farnesio la improvisa, recogiendo cuantas barcas pudo hallar en Rouen y pueblos inmediatos á las márgenes del Sena, y construye dos reductos, uno hacia la parte del mar para tener á raya á la escuadra holandesa, y otro en el interior de la estrechura en que se halla para contener al ejército enemigo, si trata de impedir que se efectúe tan grandiosa operación estratégica. Ya después de empezada se da cuenta de ella Enrique IV, que sale de su sorpresa para enviar tropas que, si no la impidan, la entorpezcan; á ellas se oponen las mandadas por Raniero, hijo del príncipe de Parma, á quien su padre ha confiado la misión de proteger y cubrir el paso del ejército católico por el Sena. Cúmplela el mancebo con denuedo y fortuna, sin dejar en poder del enemigo ni un solo cañón, y cuando todo el ejército, con todo el material de guerra é impedimenta, se halla en la opuesta margen del Sena, se acoge á las barcas que para él y los suyos ha dejado su padre, y se incorpora á las tropas aliadas que se dirigen hacia París y á Chateau-Tyerri.

Después de haber regresado de la segunda expedición á Francia, y cuando se disponía á efectuar una tercera, murió Alejandro Farnesio el 2 de Diciembre de 1599.

Fué Alejandro Farnesio la más notable personificación de la escuela militar hispano-italiana que empezó con el Gran Capitán, y que en el siglo XVI efectuó el renacimiento del arte de la guerra y abrió el camino á la estrategia moderna. En organización no hizo reforma alguna. Su infantería siguió distribuída en regimientos ó tercios, desiguales en fuerza y compuestos de

piqueros, arcabuceros y mosqueteros. Su caballería no tuvo unidad táctica ni administrativa superior á la *corneta, bandera* ó compañía; pero supo emplearla, como nadie antes que él, especialmente en los servicios de exploración y flaqueo. Se le deben los adelantos siguientes: en artillería, aumento de rapidez en el tiro, aumento de efectivo, desde la proporción de un cañón por 1.000 hombres hasta la de tres por 1.000, y su división en artillería de campaña y de sitio; en poliorcética, el uso de los cestones rellenos de tierra en las obras de aproche, el de las bombas explosivas, y la aplicación de la brújula, nivel y plomada para la construcción de las minas. Según reconoce Brialmont en su *Fortificación del campo de batalla*, fué Farnesio, y no Mauricio de Nassau, el primero que empleó en los tiempos modernos la fortificación de campaña.

Adelantos hechos por Mauricio de Nassau.

La pérdida de Alejandro Farnesio fué tanto más funesta para Felipe II, cuanto que éste no disponía de un general capaz de hacer frente á Mauricio de Nassau, que caudillaba las tropas holandesas y que había aprovechado las ausencias del duque de Parma, con motivo de sus expediciones á Francia, para recuperar algunas de las plazas tomadas por los realistas.

Historiadores extranjeros le designan como el iniciador del renacimiento del arte militar, borrando de una plumada la historia militar del siglo XVI. Educado en las guerras de Flandes y uno de sus mantenedores, no usó otro procedimiento estratégico ni poliorcético que los de la escuela hispano-italiana, y no aventajó al duque de Alba como estratego, ni á Alejandro Farnesio en poliorcética y fortificación de campaña. Reemplazó los compactos escuadrones por agrupaciones de 500 hombres, que apareó ó acoló para el combate; dividió cada una de estas agrupaciones en dos partes, una de 300 piqueros que formaba delante, y otra que cubría á ésta y se componía de 200 mosqueteros que, para ofender con su fuego al enemigo, salían al frente por los flancos de los piqueros, y cuando se acercaba el momento del choque, se replegaban volviendo á su puesto; formó á los mosqueteros y piqueros en diez filas; restableció el orden ajedrezado y la formación en tres líneas de los romanos; fraccionó las líneas en el sentido de la profundidad, constituyendo con un par de agrupaciones ó batallones de la primera, dos de la segunda y otro de la tercera una gran unidad táctica, equivalente á la moderna brigada, y que figuraba un rombo del que cada par de batallones era uno de los vértices; enlazó entre sí las brigadas inmediatas por dos escuadrones de caballería, uno situado en segunda línea y otro en tercera; con independencia de la brigada de infantería colocó el resto de la caballería en los flancos de la segunda y tercera línea, también en orden ajedrezado; é igualó

la fuerza de los escuadrones de caballería formándolos en cinco filas de 40 caballos. Con las reducciones en el efectivo y profundidad de las unidades tácticas consiguió aumento en la extensión del frente de orden del combate, y la movilidad é independencias de aquéllas; con la formación en tres líneas, triple acción táctica y la disponibilidad de una línea de reserva parcial en la tercera del orden de combate; con el orden ajedrezado, el fácil paso de la línea de batalla con intervalos á la continua, tan sólo por el avance de las agrupaciones ó batallones de segunda línea á ocupar los intervalos de la primera; y con la división de la caballería en divisionaria como se ha dicho después y en caballería de batalla, fuerza de esta arma que prestase inmediato apoyo á las grandes unidades tácticas y grandes reservas disponibles para los momentos críticos. En resumen: á la táctica española de grandes masas de infantería y caballería ordenadas en una ó dos líneas sin reserva, opuso la suya, que subdividía las fuerzas en pequeños grupos, en los que las armas se prestaban mutuo apoyo y recíproca protección sin amalgama entre ellas, y en que por la formación en tres líneas había siempre reservas disponibles.

Una de las batallas en que debió la victoria á su táctica especial fué la de Niewport (2 de Julio de 1600).

Mauricio de Nassau, aprovechando la ocasión de hallarse diseminados los españoles desde las bocas de Mosa hasta la frontera francesa, vino con 15.000 hombres á desembarcar en Ostende, y caminó á lo largo de la costa escoltado por su escuadra hasta llegar á Niewport, plaza á la que puso sitio. El archiduque Alberto, que tenía el mando supremo de Flandes, vino á socorrer la ciudad.

Mauricio le esperó con sus tropas formadas, en tres líneas, con la izquierda apoyada en el mar y el centro y la derecha en dunas, montecillos de arena muy frecuentes en aquellas playas. Reforzó su izquierda con alguna artillería, pero la mayor parte la colocó en el centro y á la derecha. Una vanguardia numerosa cubría el frente de su orden de combate.

Los españoles avanzaron en una sola línea y con la caballería á la derecha, arrollaron la vanguardia enemiga, y siguieron su movimiento de avance con mucha fatiga, porque se sepultaban sus pies en la arena de la playa. Para mayor comtratiempo, el flujo de la mar hizo que las aguas de ésta, al inundar la playa, obligasen al centro y derecha de los españoles á agolparse sobre la izquierda, con lo que se produjo la natural confusión. Su caballería, mal dirigida, fué desbaratada por la artillería holandesa. No obstante todos estos contratiempos, la infantería española, siempre valerosa, chocó impetuosamente con la primera línea de

Batalla de
Niewport.

los holandeses y la obligó á retroceder. Reforzada ésta por la segunda, fueron ambas arrolladas por los españoles. Acudió entonces Mauricio de Nassau con la reserva que estaba en tercera línea, y la infantería española sostuvo con firmeza la acometida; pero en esto los navíos holandeses dispararon sobre ella los proyectiles de su artillería que, enfilándola por el flanco, la destruyeron por completo, y quedó la victoria por Mauricio de Nassau. Al poco tiempo capituló Newport. En esta batalla es de admirar, á más del buen orden de combate en que dispuso sus tropas Mauricio de Nassau, la habilidad con que hizo entrar en sus cálculos las condiciones topográficas del campo de batalla para conseguir el triunfo.

V

D. Juan de Austria.—Batalla de Lepanto.—Incorporación de Portugal á España.—Batalla de Alcántara.

Antes de que D. Juan de Austria fuera á gobernar los Países Bajos tuvo la dicha de que su nombre fuera unido á una de las batallas navales que más resonancia han tenido en la Historia, á la batalla de Lepanto, en que el poder marítimo de los turcos recibió un terrible golpe.

D. Juan de
Austria.—
Batalla de
Lepanto.

Nicosia (1) había caído en poder de los turcos que, con el creciente y prodigioso poder de sus fuerzas navales, eran una amenaza continua y terrible para las potencias marítimas del Mediterráneo y, muy especialmente, para su recelosa y mercantil vecina, la república de Venecia. Urgía, no solamente atajar por entonces el mal que de los inquietos y belicosos turcos podía venir para los Estados cristianos, sino dar además, de una vez para siempre, el golpe de gracia á su poder marítimo y, de este modo, devolver la tranquilidad perdida á los habitantes cristianos de las islas y costas del mar Mediterráneo, y asegurar por éste al comercio la nevegación, sin riesgo inminente de que sus bajeles fuesen presa de las galeras turcas.

Bajo la protección de Pío V se formó con este objeto la Liga Santísima, en que entraron, á más del Papa, el rey de España y las señorías de Venecia y Génova. Venciendo las potencias aliadas no pocas dificultades que surgieron de sus mutuas rivalidades y antagonismo, y después de una primera campaña marítima de resultado casi nulo, reunieron por fin una formidable escuadra en que figuraban marineros tan expertos como Juan Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz y que sumaba un total de 208 galeras, seis galeazas y 22 navíos, sin contar con las fragatas, bergantines y demás buques de menor calado. A su bordo llevaba 20.231 soldados españoles, italianos y alemanes.

(1) Plaza fuerte de la isla de Chipre.

De tan numerosa escuadra pertenecían al rey de España 81 galeras y 20 naves, y figuraban bajo sus banderas la casi totalidad de la infantería, así española y alemana, como italiana; los soldados españoles eran 8.160 de los tercios de D. Miguel Moncada, D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Padilla y D. Diego Enríquez. Por ser el rey de España el que con mayores fuerzas había concurrido á la formación de la escuadra cristiana, á él le correspondió designar quién había de acaudillarla y nombró á su hermano bastardo, D. Juan de Austria, que desde España se dirigió á Génova, en cuyo puerto desembarcó á mediados de Julio de 1571.

El 9 de Septiembre de 1571 zarpó la escuadra aliada del puerto de Mesina, y en busca de la enemiga se dirigió hacia el Cabo de Otranto y después á la isla de Cefalonia, desde la cual hizo rumbo al golfo de Lepanto. Marchaban á la cabeza las galeras venecianas, en el centro las españolas, y formaban la retaguardia las genovesas; en descubierta iban á vanguardia ocho galeras de D. Juan Cardona, y flanqueando 30 que mandaba el marqués de Santa Cruz. Se retrasaron las de éste y D. Juan de Austria acababa de enviar las de vanguardia á la costa para que reconociesen un puerto, cuando á la vista de la cristiana apareció la armada turquesa que, formando media luna y con los *cuernos* ó alas más avanzados que cuerpo de batalla, navegaba viento en popa.

En esto calmó el viento, lo que hizo que la armada turca caminara con más lentitud, dando tiempo á que la cristiana desplegara en línea de batalla, formando las galeras venecianas, que en vanguardia venían, el *cuerno* izquierdo; las del rey de España el centro ó *cuerpo de batalla*, como entonces se decía, y el *cuerno* derecho las genovesas.

Llegaron, en tanto, D. Juan de Cardona y el marqués de Santa Cruz, y este último con las galeras á sus órdenes caminó á retaguardia del centro, constituyendo la reserva de la escuadra cristiana.

Cuando las dos se encontraban ya á tiro de cañón, ordenó D. Juan de Austria que todos los bergantines y fragatas se alejasen para que los soldados y marineros que iban á bordo de las galeras y naves, perdida la esperanza de acogerse á aquéllos, se viesen en el caso extremo de vencer ó morir. Destacó á vanguardia seis galeras que venían bien artilladas, para que el fuego de sus cañones quebrantase la unión de las galeras turcas; enarboló sus crucifijos y estandartes; recorrió en un esquife la escuadra, arengando á los marineros y soldados; vuelto á la capitana, se arrodilló sobre cubierta, ejemplo que imitaron, no sólo los que en esta galera venían, sino que también los que

tripulaban todas las demás de la escuadra, y después de una corta plegaria hizo la señal del combate.

Chocaron con furia las galeras de una y otra escuadra, el cuerno derecho de la turca intentó separar el izquierdo de la cristiana del cuerpo de batalla, y causó bastante estrago en las galeras venecianas. En tanto la capitana de la armada cristiana, ayudada por las galeras que á su lado venían, mandadas por Marco Antonio Colonna y Santiago Vernier, almirantes de las naves del Papa y de Venecia respectivamente, acometió á la que conducía el almirante turco Alí-Bajá, que fué auxiliada por siete de las suyas. El combate fué rudo y la oportuna ayuda de la reserva que mandaba el marqués de Santa Cruz, dió el triunfo á D. Juan de Austria, que fué en seguida á socorrer el cuerno derecho, donde la lucha andaba muy empeñada, aunque todavía muchas galeras turcas del ala izquierda no habían tomado parte en ella. La presencia de tantas galeras, victoriosas ya, en centro de la línea, bastó para que los turcos cediesen, y entonces D. Juan acudió en auxilio del cuerno izquierdo, donde las galeras venecianas se veían muy comprometidas desde el principio de la batalla. Vencidos también aquí los turcos, fué completo el triunfo de la cruz sobre la media luna. Alejandro Farnesio combatió denonadamente en la batalla y se apoderó de dos galeras turcas que tomó al abordaje, mereciendo que su tío D. Juan de Austria hiciera honrosa mención de él en la relación que de tan importante victoria escribió á Felipe II. Acaeció la batalla de Lepanto el 7 de Octubre de 1571.

Por disidencias entre los aliados, promovidas en primer término por los venecianos, no se sacó todo el fruto que se hubiera podido de tan completa victoria; pero no obstante ella señala en la Historia el punto de partida de la decadencia de Turquía.

En el reinado de Felipe II se verificó también la unión ibérica, si bien por desgracia é ineptitud del rey Felipe IV y de su favorito el conde-duque de Olivares, tan inmenso bien duró poco tiempo. A este notable hecho histórico va unida una no menos notable campaña de invasión, última del experto, y entonces anciano ya, duque de Alba.

Por muerte del rey D. Sebastián en la desgraciada batalla de Alcázar-kibir ó de Lucos que, en el día 4 de Agosto de 1578, puso término á la más temeraria y descabellada expedición que á Africa se ha hecho, pasó la corona de Portugal á su tío el cardenal D. Enrique, y por fallecimiento de éste, ocurrido al poco tiempo, quedó vacante. Entre los pretendientes á ella, con más derecho que ninguno figuraba Felipe II; pero muchos portugueses daban la preferencia á D. Antonio, Prior de Crato é hijo natural de un difunto infante portugués.

Incorporación de Portugal á España.

Felipe II se decidió á hacer valer sus derechos, por medio de las armas, con un ejército que á prevención había reunido en la frontera de Portugal, y á cuyo frente puso al duque de Alba. En combinación con aquél debía emprender la guerra una escuadra de 60 buques, organizada en la costa de Andalucía á las órdenes de D. Alvaro de Bázán, marqués de Santa Cruz. El ejército se componía de 20.000 infantes y 1.500 caballos.

Muchas dificultades tenía que vencer el anciano general en esta campaña, cuyo objetivo principal iba á ser Lisboa. Concentrado el ejército en la cuenca de Guadiana, la base de operaciones no podía ser otra que la importante ciudad de Badajoz, ni la línea de operaciones otra que el camino que, salvando la cordillera Mariánica por el paso de Extremoz, penetraba en la cuenca del Tajo é iba á Monte Mor, villa situada á orillas del río Almanzor ó Canha. Para un ejército que sólo contase con sus propias fuerzas, la natural continuación de esta línea de operaciones era el camino de Monte Mor á Lisboa, que cruzaba el Tajo Frente á Santarén; pero como la escuadra del marqués de Santa Cruz debía ser un poderoso auxiliar de las tropas invasoras, á éstas les convenía ir á encontrarla á un puerto de la costa del Océano.

El rey aprobó el plan del duque de Alba, que consistía en avanzar por el camino de Lisboa hasta Monte Mor, desde allí fingir una demostración sobre Santarén y dirigirse á Setubal, á cuyo magnífico puerto se había de encaminar también la escuadra desde el de Santa María. Esta llevaría á Setubal gran parte de los víveres y municiones de que necesitaba el ejército invasor, que solamente traería consigo las indispensables para su sostenimiento hasta llegar á dicha ciudad. No obstante de hacerlo así, miles de carros entraron con los invasores en Portugal.

Reforzado por 6.000 hombres que debían venir embarcados en la escuadra, podía desde Setubal trasladarse embarcado el ejército en aquélla, á la derecha del Tajo sin pasar este río, para lo cual no tenía el duque el tren de puentes necesarios.

Así se hizo. El 25 de Junio de 1580 el ejército invasor pasó la frontera. Elvas y Extremoz cayeron fácilmente en poder de los invasores que entraron en la cuenca del Tajo: el 9 de Julio se hallaban en Monte Mor y el 17 se presentaron ante Setubal, que les abrió sus puertas, y allí esperaron á que llegase la escuadra detenida por vientos contrarios.

Cuando se supo en Lisboa que el duque de Alba se encontraba ante las murallas de Setubal, fué grande la sorpresa del Prior de Crato y los suyos que, creyendo iban los invasores á dirigirse desde Monte Mor á Santarén, habían enviado la mayor

parte de sus tropas á tomar posiciones en los alrededores de esta ciudad, para impedir al ejército del rey de España el paso del río Tajo. Con gran prisa embarcaron cuanta gente pudieron para ir en socorro de Setubal, y cuando la improvisada flota iba á hacerse á la vela, llegó una falúa de aquella ciudad con la nueva de su rendición y de la llegada á su puerto de la escuadra española.

En tanto que el enemigo se manifestaba cada vez más irresoluto, el duque de Alba estudiaba el mejor medio de pasar con su ejército á la margen derecha del Tajo sin grandes pérdidas.

Por último, el duque resolvió embarcarse con parte de la infantería en los buques de la escuadra é ir á desembarcar en uno de los puertos de la costa que se extiende desde la derecha del río hasta el Cabo de Roca. Lo peligroso de esta operación era el desembarco, porque los pocos sitios de la costa donde se podía efectuar con comodidad, estaban fortificados y defendidos por numerosas guarniciones. Para engañar al enemigo fingió el duque dirigirse á Santarén, y embarcando sus tropas con la mayor prontitud, fué á desembarcar al pie de la montaña en que se halla Cascaes, paraje de la costa áspero y conocido con el nombre de Marina Vieja. Antes desorientó á los portugueses dirigiendo la proa de los buques de la escuadra á la playa llamada de San Antonio, sitio el más á propósito para hacer un desembarco y que, por consiguiente, estaba defendido y fortificado, y cuando D. Diego de Meneses, capitán general de las tropas de D. Antonio, que se hallaba en Cascaes, acudió inmediatamente á esta playa con las mayores fuerzas posibles, la escuadra española varió de rumbo y en la Marina Vieja desembarcaron los soldados del rey de España sin hallar resistencia y sin contratiempo alguno.

Cuando todos los soldados estuvieron en tierra, formados en una sola columna, empezaron á subir la asperísima pendiente que á continuación de la playa había.

El enemigo vino á situarse donde aquélla terminaba, sin duda con intención de impedir la subida de las tropas del duque; pero era tal su desaliento que, en cuanto se adelantaron á la vanguardia algunos arcabuceros españoles y le hicieron con sus disparos algunas bajas, se retiró desordenadamente á Cascaes, y abandonó esta ciudad, refugiándose en su castillo. Los habitantes de Cascaes huyeron á los pueblos inmediatos, y las tropas del duque, sin hallar resistencia, entraron en la población.

Cuando se vió dueño de un puerto seguro el duque de Alba, envió de nuevo la escuadra á Setubal para que trajese el resto de la infantería, los hombres de armas, la caballería ligera y la artillería que desembarcaron con toda comodidad y sin riesgo

alguno. Sitió el ejército el castillo y la artillería empezó á batir sus débiles muros con tal acierto, que á los pocos disparos fué grande la ruina de éstos y los defensores abrieron las puertas, al tiempo que los españoles asaltaban la brecha y ocupaban sin resistencia el fuerte.

El duque de Alba no tardó en rendir los fuertes inmediatos á la costa y los que defendían la desembocadura del Tajo. La escuadra española entró en seguida en este río y con esto quedó cerrada la entrada del mar para los de Lisboa.

Batalla de
Alcántara.

No quedaba ya más obstáculo entre los dos ejércitos que el Alcántara, en cuya orilla izquierda estaba acampado el portugués.

La rápida y poco caudalosa corriente de este río atraviesa un terreno montuoso, lo que hace que las dos márgenes de aquél se eleven mucho sobre su lecho, muy especialmente entre su desembocadura y la aldea que le da nombre, frente á la cual tiene un puente de piedra. Al dar sus aguas al Tajo, forma con éste ángulo recto, y cerca del puente hay un molino que ocupaban soldados portugueses. En la orilla izquierda había establecido su campo el Prior, con ánimo de mantenerse á la defensiva detrás de tan magnífica línea de defensa, que había fortalecido con trincheras y baterías. El profundo cauce del torrente dificultaba el que el duque de Alba pudiese forzar las posiciones de los portugueses, pues sólo era posible que lo intentase con esperanzas de éxito por el puente de Alcántara, y su defensa la había confiado el Prior á sus mejores soldados.

Al día siguiente, 25 de Agosto de 1580, apenas hubo amanecido, avanzó el duque de Alba con su ejército en orden de batalla y dividido en tres cuerpos, dos de infantería y uno de caballería. Esta, mandada por su hijo D. Fernando, formaba la extrema izquierda; en el centro iba el duque al frente de la infantería española y parte de la alemana, y á la derecha Próspero Colonna con los italianos y el resto de los alemanes. Este tercer cuerpo apoyaba su derecha en el Tajo, por cuyo río avanzaba, á la misma altura que el ejército, la escuadra del marqués de Santa Cruz, compuesta de 60 galeras y 21 navíos, que de esta suerte venía á constituir el ala derecha de la línea de batalla. La artillería, mandada por D. Francisco de Alava, ocupó al amanecer las colinas que hay entre el Tajo y la derecha del Alcántara. El cuerpo de caballería avanzaba formando en cuatro líneas: en la primera venían los arcabuceros á caballo, en la segunda las compañías de lanzas, detrás seguían los caballos ligeros y constituían la última los hombres de armas. Los soldados de infantería caminaban en línea de columnas, cuyos intervalos aumentaban á medida que el terreno iba presentán-

dose más despejado, con objeto de facilitar la ejecución del plan de ataque.

Simultáneamente debían atacar la escuadra española á las galeras enemigas y los italianos y alemanes de Próspero Colonna el puente, á una señal que se daría, cuando 2.000 arcabuceros españoles mandados por Sancho Dávila y la caballería hubieran pasado el Alcántara y acometiesen por el flanco derecho al ejército portugués. Para conseguirlo, debían marchar dando un rodeo los arcabuceros hasta el punto por el cual, agua arriba del torrente, pudieran pasar éste por ser allí bajas sus orillas, y la caballería hasta el sitio en que no tenían elevación ninguna.

Empezó la batalla rompiendo el fuego la artillería sobre las huestes portuguesas para desordenarlas. Antes de que los arcabuceros de Sancho Dávila y la caballería efectuaran el movimiento envolvente que les había ordenado el duque, llegaron los italianos y Próspero Colonna al puente; pero fueron rechazados, contribuyendo á este contratiempo el terrible fuego que les hicieron los arcabuceros enemigos desde el molino próximo. Reforzadas las tropas de Colonna por los alemanes, lo primero que hizo éste fué enviar por la presa del molino soldados que se apoderaran de él desalojando al enemigo, y en seguida acometió con toda su gente á los defensores del puente, les arrolló y logró pasar á la orilla izquierda del Alcántara, en donde se trabó una lucha encarnizada, porque el Prior de Crato acudió en socorro de los suyos con la mayor parte de sus mejores tropas.

Estaba impaciente el duque de Alba, porque temía que Sancho Dávila, al ver comprometidos á los italianos en el paso del puente, no tuviese calma suficiente para continuar su marcha hasta envolver por el flanco las posiciones del enemigo, y las asaltara de frente, lo que era peligroso. «Si mi hijo Fernando y Sancho Dávila cumplen mis órdenes, la victoria es nuestra», dijo al observar la marcha del combate. Así fué, porque los portugueses, sorprendidos por un ataque del flanco que no esperaban, sin hacer apenas resistencia, huyeron á la ciudad. El duque hizo entonces la señal convenida á la escuadra, que empezó á disparar su artillería sobre las galeras portuguesas, que sin esperar su acometida, emprendieron la retirada; pero esto no evitó que fueran en su mayor parte apresadas por las españolas.

D. Antonio combatió valerosamente hasta que, viéndolo todo perdido, se retiró á la ciudad. Herido al entrar en sus arrabales, cruzó á galope las calles de Lisboa seguido de los restos de su ejército y se dirigió á Santarén.

Esta batalla puso la corona de Portugal en las sienes de Fe-

lipo II, porque si bien los partidarios del Prior hicieron alguna resistencia en la cuenca del Duero y aprovechando este río como línea defensiva, Sancho Dávila, con algunas tropas, en breve y facilísima campaña, supo vencerlas y entró en Oporto, de donde salió el Prior y fué á Viana, y allí se embarcó y se dirigió á Francia.

«La campaña de 1580, dice el general Arteche en su *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, es indudablemente la más sabia é instructiva de cuantas han tenido posteriormente por objeto la conquista de Portugal, pues que las de 1807, 1809 y 1810 (1) no pueden compararse ni en el pensamiento, ni en el acierto de la ejecución, ni en la energía, ni en fin, en el éxito pronto y durable que caracteriza aquélla.

»El camino de Badajoz á Lisboa por el Alentejo y el de Ciudad Rodrigo por el valle del Mondego en la Beira, son los únicos seguidos en las invasiones generales (de Portugal), imposibles por el Algarbe á causa de lo escabroso del sistema de montañas que cubren al S. el reino y á su distancia á Lisboa, objetivo principal de aquéllas.»

(1) Guerra de la Independencia.

DE GUSTAVO ADOLFO. Á FEDERICO II

I

Gustavo Adolfo.— Reformas que introdujo en la infantería, en la caballería y en la artillería.—Su orden de batalla.—Movilidad de su ejército.—Sus procedimientos tácticos y estratégicos.—Organización y táctica de los ejércitos de Tilly y Waldstein.—Batallas de Breitenfeld y Lutzen.

En la guerra de los 30 años (1619-1648), llamada así por su duración, y en que los protestantes de Alemania llegaron á recabar la libertad religiosa, y en la que Francia, por intereses políticos, contrarios á los del Austria y la dinastía austriaca de España, á pesar de ser católica, estuvo de parte de los protestantes, Gustavo Adolfo, rey de Suecia, personificó el adelanto del arte militar.

Gustavo
Adolfo.

Aunque no puede considerarse como época en el progreso del arte militar un período, que todo lo más fué de transacción entre el renacimiento de aquél, verificado por los españoles en el siglo de oro de nuestra historia militar (siglo XVI), y la guerra moderna tal como ha llegado á nosotros, puesto que la organización y reclutamiento de los ejércitos se verifica por los mismos defectuosos procedimientos de los tiempos de la supremacía militar de España, exagerados hasta el extremo de que, como dice el general Almirante, Felipe III de España en los Países Bajos y el emperador Fernando II de Austria en Alemania llegan á contratar la guerra con Spínola y Waldstein respectivamente, tomando alquilados los ejércitos que éstos reclutan, organizan y dirigen con completa independencia de mando, no puede negarse que descuella en la guerra de los 30 años una gran figura militar, la de Gustavo Adolfo, á quien en todo caso corresponde exclusivamente, sin compartirla con Mauricio de Nassau, el ca-

lificativo que á ambos conceden los historiadores y tratadistas militares extranjeros, de iniciadores de la guerra moderna.

Reformas que introdujo en la infantería, en la caballería y en la artillería. Movilidad de su ejército.

La base de los triunfos de Gustavo Adolfo de Suecia fué la maravillosa disciplina de los soldados suecos, originada por el fervor religioso que les animaba á la defensa de la causa del protestantismo, y que su rey tuvo especial cuidado en vigorizar. Esta disciplina contrastaba de un modo extraordinario con el desfrenado de la soldadesca imperial. En los grandes progresos que el arte militar debe al héroe sueco, cuatro fueron los objetivos que éste se propuso alcanzar, y alcanzó en efecto; la mayor movilidad posible táctica y estratégica de sus ejércitos, la preponderancia y útil empleo del fuego de la infantería, la transformación de la artillería en arma maniobrera, y la útil combinación de las tres armas para que se prestasen mutuo apoyo, en ventaja especialmente de la ofensiva. Los medios que empleó para el logro de tales propósitos fueron: aligerar el armamento y equipo de los soldados disminuyendo el peso de los mosquetes, armas que habían substituído por completo á los arcabuces, quitando la coraza ó coselete á los mosqueteros, amenguando el peso de la que usaba la caballería, acortando la pica, inventando el cartucho, tanto para las armas portátiles de la infantería como para las piezas de artillería, que antes de él se cargaban con cuchara, y dotando á los mosqueteros de cartucheras en substitución á las bandoleras que usaban antes; disminuir la fuerza de las unidades tácticas, tanto de la infantería como de la caballería, fraccionarlas y crear la brigada compuesta de dos regimientos de á ocho compañías ó banderas, por mitad de piqueros y mosqueteros, pero de los que eran más nutridos, en total de fuerza, los de éstos, que venían á ser los dos tercios de toda la infantería del ejército; disminuir el número de filas en las formaciones de la infantería y caballería, en esta arma á tres y en la otra á seis, pero de modo que podían reducirse á tres cuando la infantería se hallaba bajo el fuego del cañón enemigo; aligerar la artillería, dotarla de carros de municiones, dividirla en artillería regimental que se distribuía entre los regimientos de infantería y caballería y los acompañaba en sus maniobras, y artillería de posición que se situaba en las alas de los órdenes de combate y en el centro, y agruparla en fuertes baterías en vez de esparcirla, como antes se hacía, por el frente de la línea de batalla, y establecer con ella reservas que, de esta arma, él fué el primero en emplear; convertir en la infantería las armas de fuego de auxiliares en principales, y por el contrario, dar la preferencia en la caballería al arma blanca sobre las de fuego, y avivar el aire de la carga; y por último, disminuir á las mínimas proporciones posibles, la impedimenta. Marselli dice, en *La gue-*

rra é la sua Storia, que Gustavo Adolfo fué el primer capitán que en sus campañas supo fusionar la movilidad con el choque.

Otra de las mejoras notables que hizo Gustavo Adolfo en su ejército fué la introducción de divisas y de uniformes.

Para el reclutamiento no empleó el sistema de levas que traían al ejército la hez del pueblo, impuso la obligación del servicio militar á un mozo por cada determinado número de hogares ó habitantes. Las necesidades de la guerra en un campo tan vasto como Alemania le obligaron á admitir en las filas de su ejército soldados voluntarios y mercenarios; pero impuso á todos los suyos la más severa disciplina, castigando de muerte las trope-lías cometidas con los habitantes del país en que se hacía la guerra.

Estimuló en sus soldados el sentimiento religioso, en la persuasión de que está más propicio para afrontar peligros de muerte el que confía en obtener otra vida mejor, y evita la comisión de delitos el que teme ofender á Dios; procuró que tuviesen interior satisfacción con la exactitud en el abono de sueldos, la concesión de premios en metálico y ascensos reglamentados, en que la escala de empleos estaba abierta para todo el que se hacía acreedor á ellos; y evitó que permaneciesen en la inacción adiestrándolos continuamente en maniobras tácticas y marchas estratégicas: en su campo alternaban las plegarias religiosas que fortalecen el espíritu, con los ejercicios que vigorizan el cuerpo.

Gustavo Adolfo empleó habitualmente en sus órdenes de combate dos líneas y una reserva, y fraccionó el conjunto por medias brigadas ó cuartos de brigada. La primera línea la constituían dos escalones, el primero lo formaba un batallón de piqueros, y el segundo, si la formación era por medias brigadas, un pelotón de mosqueteros que cubría al primero, y si era por cuartos de brigada, cuatro pelotones de mosqueteros unidos de dos en dos y situados frente á los flancos del batallón de piqueros. La segunda línea la constituía un solo escalón de batallones de piqueros y mosqueteros interpolados. En ambos órdenes resultaban tantas cabezas de columna como medias brigadas ó cuartos de brigada, y la línea de batalla venía á ser una serie de humanos frentes abaluartados, en los que cada media brigada ó cuarto de brigada era un baluarte, cada primer escalón de piqueros un saliente, y la cortina, una línea mixta de piqueros y mosqueteros que enlazaba cada mitad ó cuarto de brigada con el inmediato ó inmediata, fortalecida por las baterías de artillería regimental situadas en los intervalos.

Para la ofensiva la línea avanzaba y los batallones de piqueros, salientes de aquella fortaleza humana, rompían y atravesaban

Su orden de batalla. Sus procedimientos tácticos y estratégicos.

ban la formación del adversario, y después se desdoblaban á derecha é izquierda para abrir paso á los mosqueteros del segundo escalón de la primera línea. Estos venían á colocarse á retaguardia del enemigo, que era entonces objeto de un doble ataque de frente y revés, dado respectivamente por la segunda y primera línea sucas.

En la defensiva, ó cuando fracasaba un movimiento ofensivo, en los salientes del frente de combate de los suecos veía el adversario dislocada á trozos su línea, y al internarse en los entranes, se colocaba bajo la acción de una doble línea de fuegos, y si éstos lo quebrantaban, era atacado resueltamente por los piqueros.

Semejantes órdenes de combate, franca imitación de frentes fortificados, acusan ausencia de maniobras en cuanto se aborda al enemigo, continuación de la preponderancia del orden paralelo y de las batallas simétricas en que masas de infantería se oponen á masas de infantería, y escuadrones de caballería á escuadrones de caballería, y el predominio de la fortificación de campaña, cuando á los moldes de su regularidad geométrica se ajustan, las órdenes de combate. Efectivamente, Gustavo Adolfo abusó de la fortificación de campaña con notable perjuicio de la movilidad táctica que había conseguido con sus reformas.

Los conceptos estratégicos de Gustavo Adolfo fueron vastos, pero sus operaciones resultaron desconcertadas en conjunto, á consecuencia de «la imposibilidad de unificar un proyecto y de marchar directamente á un fin», en el dédalo de heterogéneos y pequeños Estados que formaban la Alemania, y en los que había tan múltiples y encontrados intereses políticos. Efectuó rápidas marchas estratégicas, supo cambiar oportunamente de bases de operaciones, estuvo acertado en su elección y en el de las líneas; pero esto manifiesta su genio sin acreditar un progreso definitivo, una revolución efectuada que ampliase los horizontes estratégicos á que habían llegado los caudillos españoles, ó al servicio de España, en el período español de la Edad moderna de la Historia militar.

De los cuatro períodos en que se considera dividida la guerra de los 30 años y que son el bohemio palatino (1618 á 1625), el dinamarqués (1625 á 1630), el sueco (1630 á 1635) y el franco-sueco (1635 á 1648) cuyos apelativos indican qué pueblos ó naciones imprimieron carácter á la guerra, ó influyeron más decisivamente en su desarrollo, el más brillante é instructivo fué el sueco, personificado en el rey Gustavo Adolfo. Como dice el general Almirante en su *Diccionario militar*, al intervenir en la guerra de los 30 años el monarca sueco, su «idea estratégica era defenderse atacando; conservar su país y su coro-

na, amedrentando con movimientos rápidos y audaces, despertando estímulos en el protestantismo alemán, inglés y holandés; y derrumbar la causa de Austria» en Alemania.

Procuraba hacerse dueño de las líneas estratégicas del país en que operaba, siguiendo en sus marchas las márgenes de los ríos para apoderarse de las plazas fuertes que junto á ellos encontraba. Trató ante todo de asegurar á Suecia de toda tentativa invasora de los imperiales, cerrándoles el Báltico, y después que lo hubo conseguido, fué quitando aliados al enemigo y afirmando la adhesión de los suyos para aislar y cercar el Austria, antes de herirla en el corazón.

Al principio del período sueco, el conde de Tilly y después Waldstein mandaron en jefe los ejércitos imperiales que hicieron frente á las tropas de Gustavo Adolfo. Fué Tilly un caudillo experto aunque rutinario, probo y moral, pero severo y cruel; y Waldstein un aventurero sin conciencia, contratista de ejércitos mercenarios, lo que ha perjudicado con sus inicuas exacciones y crueldades la justa fama de su genio militar, digno de competir con el de Gustavo Adolfo.

El reclutamiento de los ejércitos imperiales se efectuaba por levadas forzosas, que nutrían las filas de gente desalmada, ó por contrata de cuerpos enteros de mercenarios; procedimiento que daba al servicio de las armas un carácter de mercantilismo reñido con las virtudes que deben enaltecer la profesión militar. El dinero era el único elemento eficaz de organización; Waldstein llegó á contratar con el emperador, en el período danés de la guerra de los 30 años, el levantamiento de un ejército de 40.000 hombres, en el que nadie había de tener más que su caudillo ingerencia alguna; y no fueron más suaves las condiciones que le impuso, cuando vencido y muerto el conde de Tilly, se vió Fernando II obligado á echarse en sus brazos y contratar un nuevo ejército para poner coto á las victorias de Gustavo Adolfo.

En un ejército de esta naturaleza solamente se castigaban con rigor la cobardía y las faltas á lo estrictamente inherente al servicio de campaña; fuera de esto, á aquellos bandidos, que no soldados, se les permitía la comisión de toda clase de horrores.

Así el conde de Tilly como Waldstein tenían por sistema la devastación y el terror para imponerse á los habitantes del país en que operaban. Waldstein no distinguía entre amigos y enemigos; todos eran iguales ante la rapacidad y ferocidad de sus soldados; tenía por máxima de guerra que los ejércitos debían ser numerosos, porque no siéndolo, no podían aterrorizar á los pueblos, y estaban expuestos á su venganza. La disciplina de los suecos formaba contraste con el desenfreno de los imperiales.

Organización y táctica de los ejércitos de Tilly y Waldstein.

En la infantería imperial eran tantos los mosqueteros como los piqueros, y su formación táctica era en grandes cuadrados de piqueros, reforzados en los ángulos por cuatro cuadrados pequeños de mosqueteros. Para rechazar á la caballería, la esperaban á pie firme, adelantando el pie izquierdo, y con la pica en la mano izquierda y la espada en la derecha. Los regimientos tenían un efectivo de 1.500 á 2.000 hombres.

La caballería la constituían coraceros completamente cubiertos de hierro y armados de espada y pistola; dragones, infantería montada que usaba mosquete y espada sin ningún arma defensiva; y los croatas, que eran magníficos jinetes y constituían inmejorable caballería ligera.

La artillería era muy inferior á la de Gustavo Adolfo. En las marchas las piezas eran conducidas en carretas; cuando estaban en batería las cargaban sacando con pala la pólvora de los barriles, y para su arrastre empleaban las caballerías de los naturales del país.

El orden de batalla de los imperiales era en una sola línea, con la infantería en el centro y la caballería en las alas.

Batalla de
Breitenfeld ó
Leipzig.

Cuando Gustavo Adolfo de Suecia desembarcó con 15.000 hombres en la Pomerania el 12 de Junio de 1630, la corte de Viena no se apuró por la entrada en campaña de un rey de nieve, según ellos, que se derretiría pronto al calor del Mediodía; pero al ver que el rey de nieve, con la llamada del genio en la mente y el fuego del heroísmo en el corazón, se había hecho dueño en poco tiempo de la Pomerania, envió contra él al conde de Tilly con sus tropas. Avanzó el caudillo imperial, hasta Francfort del Oder, y convencido de que las posiciones defensivas que ocupaba el enemigo no era posible forzarlas, se dirigió al Elba, tomó á Magdeburgo y lo saqueó. Gustavo Adolfo, á quien se le reunieron los sajones, hasta entonces vacilantes, con un ejército de 37.000 soldados, de ellos 13.000 de caballería, tomó la ofensiva y fué al encuentro del ejército imperial, cuyo efectivo era de unos 32.000 hombres. Se avistaron los dos ejércitos al Norte de Leipzig. El de Tilly, desplegado en una sola línea sobre el camino de la ciudad, estaba situado en la pendiente suave de una pequeña altura, desde cuya cresta su artillería podía ofender al adversario y protegía á la infantería formada en los grandes cuadros que era su formación normal, y con los flancos cubiertos por la caballería colocada á ambas alas del frente de combate. De los aliados, los sajones estaban á la izquierda en tres líneas de grandes masas, y á la derecha los suecos en su acostumbrado orden de batalla, y entre unos y otros mediaba un gran intervalo.

Inició la batalla (7 de Septiembre de 1631) un largo cañoneo,

al que siguieron repetidas cargas de la caballería del ala izquierda imperial, rechazadas por la sueca, que acabó de arrojarla del campo de batalla. Por su derecha el grueso de las tropas de Tilly se replegaron para caer sobre los sajones, á los que arrollaron, y entonces se volvieron para atacar por el flanco izquierdo á los suecos; pero Gustavo Adolfo contrarrestó el ataque con la segunda línea, en tanto que en la primera ganaba la altura en que se hallaba la artillería imperial, se apoderaba de ésta y asestaba sus propios cañones contra las tropas de Tilly que, no pudiendo resistir el fuego cruzado de su perdida artillería y de la sueca, que fortalecía la segunda línea del ejército de Gustavo Adolfo, se desbandaron dejando en el campo de batalla 12.000 hombres entre muertos y prisioneros. La victoria de los suecos fué completa, produjo la inmediata evacuación de la Sajonia por los imperiales y abrió al vencido los caminos de Viena por la Bohemia, y de la Alemania del Sur. El ejército vencido fué casi totalmente exterminado en su dispersión por los aldeanos sajones, que aprovecharon la ocasión para vengarse de las crueles tropelías de los imperiales: ejemplo saludable para los ejércitos que abusan de su fuerza, haciendo víctima de sus exacciones á los naturales del país en que combaten.

Descendió como un torrente desbordado el ejército de Gustavo Adolfo á la cuenca del Rhin, la recorrió toda, pasó después á la del Danubio, cruzó este río por Donawerth y forzó el paso del Lech, que trató de cerrarle el conde de Tilly, que acudió presuroso á cubrir el camino de Viena. Simuló al efecto el rey de Suecia que iba á intentar el paso del río, por un punto determinado, con el grueso de sus fuerzas, en tanto que un destacamento atravesaba el Lech por otro distante, y echaba un puente que facilitase la ejecución de operación tan atrevida á todo el ejército protestante. Sin embargo de este primer éxito, tal vez hubiera fracasado la operación á no haber caído herido de muerte el conde de Tilly al oponerse á ella con tenacidad.

Gustavo Adolfo de Suecia se apoderó de Augsburgo; pero su buena estrella, se anubló ante los muros de Ingolstadt, que no logró tomar. Asustado Felipe II, llamó á Waldstein y suscribió cuantas condiciones le impuso el audaz aventurero, que improvisó en poco tiempo un ejército de 40.000 soldados, cuya mitad era de caballería. Gustavo Adolfo, comprendiendo que había perdido la ocasión de llegar hasta Viena, se retiró á la Franconia y estableció su campo atrincherado al pie de los muros de Nuremberg. Waldstein se dirigió á bloquearlo, pero evitando empeñar batalla que hiciese fracasar su proyecto de acorralar al enemigo hasta que le faltasen los medios de subsisten-

Batalla de
Lutzen.

cia. Cerca de cuatro meses, desde Junio á Septiembre de 1632, estuvieron frente á frente los dos ejércitos, hasta que Gustavo Adolfo, comprendiendo los peligros que entrañaba para él aquella inacción, se dispuso á atacar á Waldstein que, como no entraba en sus planes dar una batalla en aquellos momentos, no sostuvo el ataque y se encaminó á Sajonia para obligar al rey de Suecia á que fuera á socorrerla, librándola de la devastación que la amenazaba. Así fué, desde Baviera, á donde había ido después de partir de Nuremberg; le faltó tiempo para acudir á la defensa del reino sajón, y aprovechando la ocasión de que Waldstein, que no lo esperaba tan pronto, había destacado á su teniente Pappenhein con numerosa caballería, se presentó en la noche del 5 de Noviembre de 1632 frente á las posiciones que ocupaba el ejército imperial. Al día siguiente se dió la famosa batalla de Lutzen.

El frente de combate de los imperiales, fortalecido por una batería central de siete cañones, era el camino de Leipzig á Lutzen, cuyas cunetas habían convertido en profundos fosos. Detrás del camino dos líneas de mosqueteros y una tercera de croatas iban á constituir una triple línea de fuego de mortífero efecto. A la izquierda ocupaban los imperiales una aldea, junto á ella la caballería estaba en dos líneas, y más hacia el centro el grueso de la infantería en cuatro grandes cuadros llenos con sus apéndices de mosqueteros en los ángulos, formaba tres escalones; el primero de un solo cuadro, el segundo de dos, y el tercero de uno solo como el primero, y cubriendo á éste, de modo que resultaba en conjunto un cuadro con un vértice avanzado hacia el enemigo. En la derecha había otro cuadro lleno, y algunos escuadrones de caballería; y en una altura dominante una batería que barría con sus fuegos las llanuras por donde avanzaron los suecos.

Sufriéndole terrible de mosquetería y artillería, se lanzaron resueltamente al ataque; después de haber arrollado Gustavo Adolfo con su caballería la de los imperiales, asaltaron los fosos, se apoderaron de los cañones de la batería central, la volvieron contra el enemigo, acometieron á los cuatro grandes cuadros de su infantería, destrozaron dos de ellos, y hubieran dado cuenta de los otros dos, á no verse los suecos cargados por Waldstein al frente de tres regimientos de caballería que los rechazaron y recuperaron el camino y los cañones. Gustavo Adolfo acudió con un solo regimiento de caballería á restablecer el combate, saltó por encima de los fosos, seguido de muy pocos de los suyos, se lanzó contra los escuadrones enemigos y fué herido y muerto.

No se amilanaron los suecos; antes por el contrario, acaudi-

llados por Bernardo de Welmar, de nuevo conquistaron el camino y los cañones, y recuperaron éstos otra vez por los imperiales, gracias á la llegada, al sitio del combate, de Pappenhein y su caballería; la segunda línea de los suecos, que aún no había intervenido en la pelea, avanzó denodadamente y logró hacerse definitivamente dueña del campo de batalla, del que fué retirado Pappenhein mortalmente herido.

Victoria tan costosa pudo ser fatal á los protestantes sin la doblez de Waldstein, á cuyo interés y ambición no convenía que concluyese la guerra.

II

Decadencia militar de España.—Sus causas.—Organización del ejército á mediados del siglo XVII.—Infantería, organización.—Armamento, formaciones.—Caballería, organización.—Trozos, compañía, carabinos, dragones, armamento, formaciones.—Artillería.—Adelantos que se han hecho en este arma.—Escuelas de Artillería.—Insurrección de Cataluña.—Insurrección de Portugal.—Guerra en la Valtelina y Alemania.—Sucesos en los Países Bajos.—Batalla de Rocroi.

Decadencia
militar de
España.—Sus
causas.

Con las grandes conquistas hechas en América, durante los reinados de Carlos I y Felipe II, se habían ensanchado hasta lo increíble los vastos dominios de la monarquía española, en cuyos horizontes no se ponía el sol; pero este mismo engrandecimiento la había convertido en un coloso de gigantescas proporciones, fuerte en apariencia, débil en realidad, porque no podía bastar la energía vital de España, por mucha que fuese, para conquistar y colonizar la América, y sostener guerras continuas en los Países Bajos, Alemania é Italia, sin extraordinarios esfuerzos que forzosamente habían de aniquilarla. Esta debilidad real, mientras sostuvieron la inmensa pesadumbre de la gobernación de tan heterogéneos Estados, como eran los que formaban la monarquía española, los robustos hombres de Carlos I y Felipe II, pudo disimularse; pero cuando recayó en los débiles de Felipe III y Felipe IV y Carlos II, no; y rápidamente fué desplomándose poderío de tan poca solidez.

A partir de los últimos años del reinado de Felipe II, empezó á manifestarse la decadencia militar de España por la ausencia de nombres españoles en los que acaudillaban nuestros ejércitos, por la supremacía de nuestros eternos rivales los franceses, y por la insignificancia de los pocos éxitos conseguidos en nuestras empresas militares. Se acentuó la falta de espíritu militar

que se acababa de iniciar en los españoles, en el reinado de Felipe III y en el de Felipe IV, y llegó al colmo en el de Carlos II. El reclutamiento de tropas se hizo punto menos que imposible, como se vió patentemente con ocasión de las guerras motivadas por las sublevaciones de Portugal y Cataluña, y la deserción alcanzó proporciones increíbles.

El espíritu aventurero de los españoles los llevaba á América, vasto campo para satisfacer su ambición, codicia y afán de gloria, y los alejaba de los campos de batalla europeos y de los de cultivo de España, y esta constante emigración, unida á trascendentales errores económicos, produjo triple mal: la despoblación de España; su empobrecimiento, porque como en ella se trabajaba poco, el dinero que venía de América no quedaba en la Península, reducida á ser *pueblo de plata* por donde pasaba ésta para ir á enriquecer á pueblos más industriosos que nos surtían de todo; y el alejamiento de soldados españoles de los ejércitos del rey de España, que si ya en los tiempos prósperos contaban casi tantos soldados italianos y alemanes como españoles, llegó el día en que se compusieron casi exclusivamente de tropas extranjeras, alemanas en su mayor parte.

Una nación pobre, despoblada, sin industria, empeñada continuamente en grandes guerras, forzosamente ha de hallarse en el período de su decadencia militar; porque sin dinero, recursos ni hombres, no es posible obtener éxito en difíciles campañas.

Aquella llegó á ser en aquella época que nuestros soldados se batieran sin pagas, y la indisciplina consiguiente á esta causa perenne de disgusto, perjudicaba al desarrollo de las operaciones y al éxito de las campañas, y no hubo siempre caudillos de la talla y energía del duque de Alba, Requesens y Alejandro Farnesio que, á la vez que sofocaban motines de la soldadesca, pudieran sostener con gloria la reputación militar de las armas españolas.

Además de estas causas, muy poderosas de por sí, hubo otras decisivas que hicieron inevitable la decadencia militar de España, y fueron: la fatal política de la Casa de Austria, que comprometió quijotescaamente las fuerzas vivas y el poderío del reino en guerras, lejanas casi siempre, á que no nos llevaba ningún interés inmediato, y la mayor parte de las veces ni aun remoto; las interminables guerras de los Países Bajos, sangría suelta para nuestra patria, en la que se hizo proverbial la dificultad de *poner una pica en Flandes*; el cansancio consiguiente á la eterna contienda con la Europa entera, en que se malgastó tanto heroísmo y tanto ingenio, y sobre todo la inveterada costumbre de verificar empresas militares aventuradas sin preparación alguna, sin los elementos más indispensables y sin

dinero. Con la decadencia militar coincidió, como siempre sucede, la decadencia política.

Organización del ejército español á mediados del siglo XVII.—Infantería, su organización, armamento y formaciones.

En la segunda mitad del siglo XVII, la infantería española conserva incólume la gloriosa tradición de los tiempos de nuestra supremacía. Hasta cuando es vencida, deja muy alta su reputación. Sigue organizada en compañías y tercios. En los últimos años del siglo empieza á introducirse en su armamento el fusil con bayoneta, y se organizan compañías de granaderos á imitación de los que ya existen por entonces de los ejércitos extranjeros. La organización de tercios fijos en las provincias, como reserva, aunque se inicia, no llega á ser un hecho consumado que produzca verdaderas reservas.

Las formaciones de la infantería son en dos líneas generalmente, y en nada esencial difieren de las empleadas en el siglo de oro de nuestra Historia militar.

Caballería; organización, trozos, compañías, carabinos, dragones.

La caballería, que, en España, nunca ha rayado á la altura de la infantería, llega á ser, al mediar el siglo XVII, de ínfima calidad; lo que es natural siendo caro su sostenimiento y escaseando el dinero. A ella se deben en primer término muchas de las más importantes derrotas sufridas por los ejércitos del rey de España en aquella época. Se puede decir que no es genuinamente española, pues es en su mayor parte, cuando no en su totalidad, italiana ó alemana. Contribuye á su completa decadencia la inestabilidad de su organización, pues tan pronto se agrupan sus compañías por tercios, como por regimientos, y últimamente por trozos, nombre que se da á unidades orgánicas formadas por la agrupación de las compañías, que aún existen sueltas; á sus jefes se les da el nombre de cabos. Sigue la caballería dividida en pesada y ligera; esta última comprende institutos de la más variada nomenclatura. En los jinetes que usan armas de fuego se empieza á reemplazar el antiguo arcabuz por la carabina y se organizan compañías de *carabinos*, primitivos dragones, de invención española según algunos tratadistas militares, que por primera vez se emplearon en el Piamonte para sorprender, en los pueblos pequeños, ó en las inmediaciones y arrabales de los grandes, á las compañías de á caballo enemigas que se destacaban del grueso del ejército; que ejecutaban pie á tierra la mayor parte de sus facciones, de las que lo más importante era la defensa de pasos ó desfiladeros, y cuando no, se empleaban como caballería ligera. A últimos del siglo existen también dragones en los ejércitos españoles, al modo que en los extranjeros.

Nuestras fundiciones, establecidas en la Península y en los países dominados por el rey de España, como son, entre otras, las de Burgos, San Sebastián y Barcelona, son excelentes y al-

canzan justa fama. Se crean escuelas de artillería, entre las cuales figuran las de Burgos y Valencia. Aumenta la diversidad de piezas hasta un extremo increíble, siendo diferentes unas de otras, tanto por sus calibres como por su forma, y se clasifican en tres grupos según que se emplean en campaña para ofender al enemigo, en los sitios para abrir brechas en las murallas, ó en el mar contra las naves.

Artillería; adelantos hechos en esta arma. Escuelas de artillería.

Fué, por decirlo así, un episodio de la guerra de los 30 años. La Valtelina, valle alto del Adda en Italia, colinda con la Suiza y el Tyrol, y sus vertientes las constituyen los Alpes. De importancia estratégica capitalísima por su situación entre los dominios españoles en Italia y el Austria, natural aliada, entonces, de España, interesaba mucho á ésta dominar en ella, y lo procuró aprovechando la sublevación de los habitantes, que eran católicos, contra los grisones, que eran protestantes y á quienes habían cedido la Valtelina los antiguos duques de Milán. Aliadas contra Austria y España, por iniciativa de Francia, casi todas las naciones de Europa, en lo concerniente á Italia acordaron imposibilitar la dominación española en la Valtelina, y para conseguirlo, mientras un ejército de franceses y saboyanos invadía desde el Piamonte el Milanesado, el duque de Rohan, con un cuerpo francés, después de una falsa demostración sobre el Rhin para ocultar al enemigo sus verdaderas intenciones, atravesó la Suiza y con 4.000 infantes y 400 jinetes se unió á 1.400 grisones que habían ocupado ya á Chiavenna y Bormio, se hizo dueño de todo el valle alto del Adda, y estableció su base de operaciones en Tirano, punto estratégico que era núcleo de las difíciles comunicaciones de aquel país montañoso, desde el que podía acudir con igual prontitud al encuentro de las tropas imperiales que viniesen del Tyrol, que al de los españoles que habían de venir del Milanesado. Entraron los imperiales primero y fueron derrotados en Mazzo y en Torrè di Fraela. Vinieron después los españoles y sufrieron igual suerte en Morbegno. Rohan consiguió tan admirable resultado en su habilísima campaña, fiándolo todo al fuego de la infantería, renunciando casi totalmente el empleo de la artillería y caballería que le hubiera obligado á descender al llano, operando con pequeñas columnas sueltas que por largas, rápidas y convergentes marchas efectuaba movimientos envolventes y sorpresas, y «combinando, dice Corsi, de cuya *Storia militare* son extracto las anteriores líneas, la estrategia ofensiva con la táctica defensiva, para obligar á sus enemigos á atacarle en posiciones fuertes, en tanto que él procuraba envolverle y atacarle por los flancos y por retaguardia». La campaña de Rohan en la Valtelina es un modelo de guerra de montaña.

Guerra en la Valtelina (1620).

Monteverde, en su refundición española del ensayo de geografía estratégica del general italiano Sironi, dice acerca de ella: «El duque de Rohan, en su brillante campaña de la Valtelina, en 1635, hizo de Tirano el centro de sus operaciones y pudo impedir la unión de los españoles, que subían el Adda, con los austriacos, que venían del Inn y del Adigio y batirlos separadamente. A conseguir este resultado contribuyó el hallarse en posesión de Chiavenna, pues de lo contrario los españoles, ocupando el valle de Bregaglia, hubieran cortado sus comunicaciones en Suiza y Francia».

Insurrección
de Portugal y
Cataluña.

En 1640 la doble insurrección de Portugal y Cataluña motivan una doble guerra que pone de manifiesto nuestra decadencia militar, que ninguna enseñanza nueva encierra en táctica ni estrategia, que duran la de Portugal 26 años y da por resultado la independencia de este reino, y la de Cataluña 12 y termina con la pacificación del Principado. Ambas guerras las fomentó Francia, que interviene en primer término en la de Cataluña.

Guerra en
Alemania.--
Batalla de
Nordlingen (6
de Septiembre
de 1634).

Muerto Gustavo Adolfo, continuó viva la guerra en Alemania con manifiesta ventaja de la causa protestante, hasta que la derrota sufrida en Nordlingen por Bernardo de Weimar, concluyó con la influencia y nombradía de los suecos y ocasionó, por entonces, la sumisión de Alemania al gobierno imperial. Proporcionaron tan decisivo triunfo á las armas imperiales el valor, la cohesión y la disciplina de la infantería española que, al habérselas en campal batalla con la sueca, puso muy por encima de la justa fama que ésta había alcanzado, la suya propia. Vencedora de la suiza allá en la época de la supremacía militar de España, y ahora en la de decadencia, de la sueca, tenidas ambas en sus respectivos tiempos por las mejores, dió la infantería española gallarda muestra de que así en los buenos como en los malos de nuestra historia militar, nunca hubo en ella rivalidad posible.

En la imposibilidad de hacer extenso relato y detenido estudio de la batalla de Nordlingen, á continuación se transcriben extractados los principales conceptos de los que la ha dedicado el general Almirante en su nunca bastante ponderado *Diccionario militar*.

Nombrado gobernador de los Países Bajos, por su hermano el rey Felipe IV, el cardenal infante, D. Fernando, á quien «los bríos de la juventud, templados con la prudencia y el saber, dieron un elevado carácter militar», «juntando á un pequeño cuerpo español, levantado en Milán, las reliquias de otro que llevó á Baviera el duque de Feria (muerto en Munich en 24 de Febrero de 1634) y al ejército de unos 12.000 hombres del duque de Lorena, que lo alquilaba tan pronto al Austria como á España, toma desde Italia la vuelta de los Países Bajos con

aquella militar gallardía de Alba en el siglo anterior». «Tan escaso de dinero como rico en esperanzas» en su atrevida marcha por territorio alemán, pasa en Lech, cerca de Rain, el Danubio por Donawerth y en 1.º de Septiembre se halla ante los muros de Nordlingen, plaza sitiada por los imperiales, y defendida con firmeza por su guarnición en la esperanza de ser socorrida pronto por Bernardo de Weimar que, en efecto, no tarda en llegar y no vacila en presentar batalla: ignoraba lo que era habérselas con infantería española bien mandada». Llave de la posición era una altura que dominaba el campo imperial. Ambos ejércitos procuran ocuparla; pero la penosa conducción de su artillería al campo de batalla es causa de que se retrasen los suecos, que la encuentran ocupada y atrincherada por los españoles. Los esfuerzos que hacen los suecos para desalojarlos de ella son vanos; hay regimiento que carga siete veces y otras tantas es rechazado, sin que haya logrado, ni por un momento, que los españoles pierdan una pulgada de terreno. Quebrantados por tan rudo como inútil empeño, una oportuna reacción ofensiva de los españoles los derrota, y huyen dejando en el campo 12.000 muertos, y en poder del vencedor muchos prisioneros, entre ellos algunos de sus principales capitanes. Al logro de tan completa victoria los imperiales no han hecho más que coadyuvar; la acción táctica principal la efectuaron los españoles.

Ya en los Países Bajos, el cardenal infante, no obstante la falta de recursos tradicional en los que acaudillan tropas españolas, y de hallarse incomunicado casi siempre con Madrid, y rodeado siempre de enemigos, encubiertos los unos y declarados los otros, sostiene con gloria en la frontera francesa campañas defensivas con audaces reacciones ofensivas, y muere en 9 de Noviembre de 1641.

Le sucede en la gobernación de los Países Bajos, D. Francisco de Melo, portugués de nación, que sostiene la lucha con los franceses sin desventaja y aun consiguiendo éxitos, ya que no decisivos, de alguna importancia, como la toma de Lens y la victoria de Honnecourt, conseguidas en 1642, que le dan reputación, y al siguiente año invade la Francia y sitia á Rocroi. Viene en socorro de la plaza el joven príncipe de Condé, duque de Enghien, con un ejército de 14.000 soldados de infantería y 7.000 jinetes. El sitiador le es superior en número, su efectivo llega á 26.000 hombres. Para desembocar en la llanura donde asienta Rocroi, tienen que pasar un desfiladero en el que, por la imprevisión de Melo en no guardarlo bien, no encuentran resistencia, y según le van pasando despliegan en batalla apoyando la derecha en unos bosques, la izquierda en un pantano

Batalla de
Rocroi.

y dejando á retaguardia, bien defendido, el desfiladero para tener asegurada la retirada en caso de derrota. Melo viene con sus tropas á ocupar una colina, frente á la que han ocupado los enemigos, y despliega en el mismo orden que éstos. Ambos ejércitos forman en dos líneas con la infantería en el centro y la caballería en las alas. Constituyen la reserva del ejército de Melo 6.000 infantes españoles de los famosos y aguerridos tercios.

El 18 de Mayo se entabla un combate de artillería en que la española, que es más numerosa, acredita su superioridad. El afán del general La Ferté Secnetère, que manda el ala izquierda del ejército francés, de hacer suya exclusivamente la gloria de la liberación de Rocroi, hubo de poner á los suyos en peligro de una derrota. Al atacar temerariamente al enemigo con su caballería y cinco batallones de infantería, debilita el ala izquierda y deja descubierto el flanco izquierdo del ejército francés. Melo procura aprovechar la imprudencia del general francés, desligando por completo del grueso del ejército contrario las tropas de éste y cortándolas la retirada, y avanza al efecto con todas las suyas; pero no logra su propósito, porque Condé acude á tiempo para impedirlo, y aquéllas, aunque no sin rudo escarmiento, pueden retroceder y ocupar de nuevo su primitiva posición.

Pernoctan en las suyas respectivas los ejércitos beligerantes, y Melo oculta en el bosque que hay á su izquierda 1.000 mosqueteros para que, cuando avance el enemigo al siguiente día, lo ataquen por su flanco derecho. Esta emboscada es funesta para el que la ha preparado, porque Condé la descubre antes de empeñar la batalla, acuchilla y dispersa á los emboscados, y con un doble ataque por el frente y el flanco izquierdo, sorprende y arrolla las tropas del centro y de la izquierda del ejército de Melo, cuando no lo esperan, por creer que las resguardan los mosqueteros emboscados, cuyo descalabro todavía ignoran.

Vencedor en la derecha y centro de su frente de combate, Condé vuela en auxilio de sus tropas del ala izquierda, á las que ha puesto en apurado trance Melo, que ha rechazado, con parte de la suya, una carga de caballería francesa, se ha apoderado de parte de la artillería enemiga y ha perseguido á los escuadrones rechazados, hasta que la oportuna intervención, en la pelea, de las tropas que en reserva dejó el príncipe, le obliga á detenerse. En este crítico momento la acaudillada por éste acomete por retaguardia á la de Melo, que entonces se dispersa y huye.

Únicamente permanece en su puesto la aguerrida infantería española, que situada en reserva por Melo, aún no ha intervenido en el combate. Forma en apretadas filas compacto escuadrón, y

asaltada cual fortaleza humana por todo un ejército vencedor, al que irrita su fiero heroísmo, abre sus filas para dejar en el centro ancho portillo por donde una batería de ocho cañones siembra la muerte, y con pasmosa serenidad las cierra después para aguantar á pie quieto la furiosa acometida de la infantería y caballería francesas. Por tres veces la rechazó y al fin sucumbe con tanta gloria que al contemplar el cadáver del conde de Fontaine ó de la Fontana que la mandaba y ha muerto en la pelea, á la que por sus dolencias se hizo conducir en litera, el caudillo vencedor exclama: «á no ser mía la victoria, hubiera querido sucumbir tan gloriosamente como él».

Dicen escritores franceses que preguntado uno de aquellos valientes: «¿cuántos érais antes de la batalla?», contestó con española arrogancia: «contad los muertos y los prisioneros».

Tal importancia dan los historiadores franceses á esta victoria, que la consideran como el principio de la supremacía militar de su nación y la muerte de la infantería española. El general Almirante protesta de semejante aserto en su *Diccionario militar*, y dice:

«En Rocroi hubo lo que hay en toda batalla perdida: conocimiento falso de los sucesos; presunción excesiva; destacamento inoportuno la víspera; imprevisión, atolondramiento, incoherencia, desórdenes, falsas maniobras, ó por mejor decir, carencia absoluta de maniobras, flojedad en la caballería y tropas auxiliares; desaprovechamiento inconcebible de terreno. En tales condiciones hasta el valor suele ser perjudicial y la firmeza desastrosa. Los viejos tercios españoles apelonados y fieros, batidos como una muralla, nada pueden hacer más que sellar con sangre su reputación. Aunque el hecho táctico es indiscutible, aunque en Rocroi, efectivamente, se marque el primer escalón descendente en la gloria de las armas españolas, ni la derrota causó por entonces grande impresión en España, ni en realidad tuvo las consecuencias estratégicas y políticas que suelen traer de suyo las grandes catástrofes. Todo se redujo á una rápida punta del vencedor de Bruselas, y á la pérdida de Thionville.»

«Los franceses están en perfecto derecho de ensalzar su victoria de Rocroi; pero ni allí murió nuestra vieja infantería, que vive y vivirá eternamente, mientras se la lleve con acierto al combate, ni en la Historia general del arte de la guerra es, como ellos pretenden, final del capítulo que corresponde á España.»

III

El ejército francés en el último tercio del siglo XVII.—Reclutamiento.—Organización.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Fortificación.—Vauban.—Sistema de guerra.—Turena.—Adelantos que hizo en el arte de la guerra.—Batalla de las Dunas.—Turena y Montecucculi.—Operaciones en el Schutter y en el Renchen.

El ejército francés en el último tercio del siglo XVII.—Reclutamiento.

Con el príncipe de Condé y con Turena, el ejército francés adquirió la supremacía entre todos los de Europa. Y sin embargo, en el reclutamiento y organización no llevaba gran ventaja á los demás, y sus victorias, más las debió al genio y habilidad de sus generales, que á sus cualidades intrínsecas. Se componía en su mayor parte de mercenarios reclutados por los capitanes de las compañías, coroneles de los regimientos y por el mismo rey, que se valían todos de reclutadores ó *ganchos* que no reparaban en los medios para obtener buen resultado en su comisión, empleando procedimientos nada edificantes, en que la seducción, el engaño, y desde luego el dinero, representaban el principal papel. También se empleaba el procedimiento de levas que se efectuaban caprichosamente. No es de extrañar que la desertión fuera frecuente, aunque se castigaba de muerte. A Turena se le desertaron 12.000 hombres, cuando iba á emprender una campaña.

Organización. La oficialidad se nutría de la nobleza, sin más ley de ascensos que la intriga y el favor de la corte, á que muy rara vez se anteponía el mérito, y era excesiva para ejércitos siempre pequeños por la dificultad de los reclutamientos y la escasez de dinero. La mayor categoría en el ejército era la de mariscal de Francia, y la inmediatamente inferior la de mariscal de campo, y á ambas se llegaba con más facilidad por la adulación y servilis-

mo en las antecámaras reales, que por el mérito y el valor en los campos de batalla, y más veces se debían al nacimiento ilustre que á servicios de guerra. A pesar de su gran número, fueron muy pocos los capaces de dirigir un ejército con inteligencia y pericia. Por su soberbia y presunción era la sucesión de mando, en el ejército francés, semillero de discordias muy perjudiciales para el éxito de la campaña emprendida. El jefe supremo del ejército era el rey. El absolutismo y los privilegios que constituían el estado político del país, se reflejaban acrecentados en el estado militar.

Aún se componía la infantería de piqueros y mosqueteros, no obstante haberse inventado el fusil, que representaba un adelanto respecto al mosquete, porque en él se prendía fuego á la carga por las chispas que saltaban de un pedernal al ser herido por el martillo, pieza nueva en las armas de esta especie, y la bayoneta, inventada en 1670, que unida al fusil, iba á producir el adelanto de que hubiese una sola clase de infantería, que sirviera á la vez para combatir al arma blanca y herir de lejos con sus proyectiles al enemigo, y que emplease una sola táctica. Alguna parte de la infantería usaba bayoneta; pero los soldados desdennaban esta última, porque aún no perfeccionada como lo fué después, terminaba en un mango que se introducía en el cañón é impedía pasar de la carga al fuego con rapidez.

Las compañías eran á lo más de 50 hombres, y había en cada una de ellas cuatro fusileros y también cuatro granaderos, que lanzaban granadas de mano, proyectiles explosivos de reciente invención. Desde 1672 se reunieron los granaderos en una compañía por regimiento. Con dos batallones, y á veces con uno sólo, se formaba el regimiento; el batallón tenía desde 10 á 16 compañías, y dos regimientos constituían la brigada. Formaba la infantería en ocho ó seis filas, de las cuales la mitad ó las dos terceras partes eran de mosqueteros, y las restantes filas de piqueros. Las evoluciones se reducían á doblar y desdoblar las filas é hileras, á marchar por el flanco y por secciones, á aumentar y disminuir el frente, disminuyendo ó aumentando las filas. Para adiestrarse en ellas los soldados tenían ejercicios diarios. Como reserva escogida, pero con los inconvenientes que para la disciplina y satisfacción interior en el ejército tiene la existencia de tropas privilegiadas, las había de la casa real. Eran en infantería el regimiento de guardias franceses que, divididos en cuatro batallones, se componía de 20 compañías, y el de guardias suizos que, con el mismo número de batallones, solamente tenía 12.

Había en caballería dragones, gendarmes, carabineros y caballería de línea. Los soldados de esta última iban armados de espada ó mosquete, ó fusil; formaban compañías de 36 ó 60 ji-

Infantería.

Caballería.

netes con tres ó cuatro oficiales cada una; cuatro compañías componían el escuadrón, y dos ó tres escuadrones el regimiento. En cada compañía de línea había dos carabineros. Los gendarmes eran tropa escogida y privilegiada, y de ellos había 16 compañías de ordenanza. Las armas de los dragones, mejores como infantes que como soldados de caballería, eran el fusil y la bayoneta. Y, por último, las tropas reales de caballería llegaron á ser cuatro compañías, una de ligera, otra de gendarmes y dos de mosqueteros; sus soldados se reclutaban entre la nobleza pobre y de provincias. Evolucionaba la caballería moviéndose por hileras y filas; usaban de las armas de fuego avanzando para dispararlas, y retrocediendo para cargarlas al paso. En las cargas ponían al trote á sus caballos á corta distancia del enemigo y las terminaban al galope. Una de las evoluciones favoritas de la caballería francesa era el escarceo, que consistía en desfilar los soldados por hileras delante del enemigo, disparar sobre él sucesivamente sus armas de fuego y volver á su puesto en el escuadrón.

Artillería. Se introdujo en esta época el frecuente uso de los morteros, obuses y proyectiles explosivos é incendiarios en los sitios, y se organizó en el ejército francés un regimiento real de artillería, destinado á la defensa y protección de los cañones y en el que los soldados estaban armados de fusil y bayoneta.

Fortificación.—Vauban. Al predominar en el reinado de Luis XIV la guerra de sitios, tomó mucho vuelo la fortificación, y el famoso ingeniero francés Vauban sintetizó, aún más que Turena, el arte de la guerra en la segunda mitad del siglo XVII, por su invención de los tres sistemas que llevan su nombre, y son perfeccionamientos del sistema abaluartado, en el que aumentó la importancia de las obras exteriores, agrandó las plazas de armas y medias lunas, puso delante de las cortinas tenazas enlazadas á las medias lunas por caponeras, y concluyó por convertir el recinto en doble línea de obras defensivas, que supo adaptar como ninguno á los accidentes del terreno, sin que nadie le aventajase en conseguir la desenfilada; y por la aún más notable invención de sus sistemas regulares de defensa y ataque de las plazas fuertes, y especialmente por la del último, en que combinó el empleo de la artillería con las zapas para abrir camino á las columnas de asalto, distinguiendo en aquéllas las baterías destinadas á facilitar la aproximación de las tropas sitiadoras al recinto, de las empleadas para abrir brecha, inventó el tiro de rebote para las piezas de sitio, hizo preceder un reconocimiento preventivo á los trabajos de zapa y perfeccionó la construcción de faginas, cestones y sacos de tierra. Además de las muchas plazas fuertes que reformó, hizo treinta y cinco nuevas y dirigió más de cin-

cuenta sitios. La triple línea de plazas de la frontera septentrional de Francia, tal como se hallaba hasta la guerra franco-alemana de 1870, fué obra suya.

La postración y estancamiento de todo progreso positivo en el arte de la guerra, por la errónea organización de los ejércitos, fué un hecho que no pudieron evitar el talento de generales tan entendidos y expertos como Condé Turena y Montecucculi. La anarquía y la ignorancia en las clases elevadas del ejército, la disciplina exagerada, absurda, cruel, que convirtió al soldado en autómeta, la pequeñez de los ejércitos de operaciones y la escasez de recursos para mantenerlos á larga distancia del propio país, eran medios muy mezquinos para el eficaz resultado de grandes problemas estratégicos. Se efectúan atrevidos movimientos, rápidas marchas, se amenazan las líneas de retirada del enemigo; pero la grandeza del plan estratégico se empequeñece en la ejecución, y resultan operaciones de guerra más aparatosas que positivas en resultados. Aquellos ejércitos pequeños, si bien se mueven con facilidad relativa, no se afirman en el terreno conquistado, ni extreman las consecuencias ventajosas de la operación felizmente realizada, porque no pueden dejar impunemente á su retaguardia plazas fuertes que no expugnaron por carencia de recursos, ni pudieron dejar bloqueadas por otras tropas de segunda línea, y porque la falta de fuerzas para la protección de convoyes, y la falta misma de provisiones y pertrechos de combate les obligan á terminar todas las campañas tomando cuarteles de invierno.

Sistema de guerra.

Las operaciones brillantes y rápidas, pero sin éxitos concluyentes, son meteoros luminosos que cruzan velozmente el espacio sin dejar rastro, porque todo se reduce á marchas y contramarchas, y se rehuyen en lo posible batallas decisivas, á no darse en condiciones extraordinariamente ventajosas. Divorciada la velocidad del choque, éste no produce acción resolvente, y la guerra viene á circunscribirse á la defensa de posiciones hábilmente escogidas y fortificadas con esmero, y á su ataque por medio de movimientos prolijamente estudiados y ejecutados con minuciosa precisión hasta en sus más mínimos detalles.

Con insignificantes hechos de armas, entre fuerzas insignificantes también por su número, no se originan grandes catástrofes, pero la guerra se prolonga eternamente y es por su duración más desastrosa que si se resolviese en una batalla que fuese verdadera hecatombe humana, después de una campaña breve por la misma potencia destructora de las tropas beligerantes y lo terrible y abrumador del choque.

Después de la paz de los Pirineos (1660) que dió tregua á la incesante lucha entre España y Francia en la mayor edad de

Luis XIV, los ejércitos aumentaron considerablemente en número y se dió principio á la guerra de sitios que, según la feliz expresión del general Almirante, fué «efecto y causa de aumento rápido y embarazoso del efectivo de los ejércitos que, por su constitución y organización y falta de resortes administrativos, no podían moverse sino con mucha lentitud y dificultad».

Turena.— Adelantos que hizo en el arte de la guerra.— El límite supremo de los adelantos y perfección del arte de la guerra en aquella época, le determina la personalidad de Enrique de la Tour d' Auvergne, vizconde de Turena, que hizo su aprendizaje militar como soldado en el ejército de su tío materno Mauricio de Nassau, cuando era un adolescente, y después al servicio de la Francia llegó por sus méritos, cosa rarísima entonces, á los primeros puestos de la milicia.

Se dió á conocer ventajosamente en una de las últimas campañas de la guerra de los 30 años, en la que después de haber sido batido por el enemigo, reparó este descalabro con una magnífica retirada que salvó á la Alsacia de la invasión de los imperiales. En la guerra civil de la Fronda, en Francia, demostró su superioridad sobre el príncipe de Condé, general francés de mucho mérito. Tomó parte en la guerra de Holanda, combatió contra el gran elector Federico Guillermo y contra Montecucculi, notable y astuto general de los imperiales; y su última campaña fué contra éste, á quien el emperador de Austria había encomendado la reconquista de la Alsacia. La experiencia y el estudio le hicieron capitán insigne. Audaz por cálculo, que no por temperamento, su audacia era mayor ó menor según quién era el caudillo del ejército enemigo. Profundo conocedor del corazón humano, adivinaba en seguida las cualidades y el pensamiento, tanto de los amigos como de los enemigos, y este perfecto conocimiento del hombre lo explotaba en beneficio de sus empresas, y le daba gran influencia sobre el soldado. Tan buen táctico como estratego, preparaba la victoria con hábiles maniobras, y el éxito de las campañas con acertados movimientos y marchas. Espléndido, generoso, hombre de honor y bondadoso, fué tan perfecto y honrado caballero como hábil capitán. En su tiempo se inició la táctica lineal debida á la mayor potencia del fuego. El escritor italiano Corsi dice de él que «si no ejecutó grandes empresas, puede atribuirse á los pocos é imperfectos medios de que dispuso; hizo mucho con poco». En una época en que la guerra se reducía á hechos de armas insignificantes y se empezaba á hacer la de sitios, él hizo una guerra activa de rápidas y bien combinadas operaciones.

Dió extraordinario impulso á la gran táctica rompiendo con los métodos simétricos, entonces predominantes, y maniobrando en los campos de batalla; y empleó el orden oblicuo, con la adop-

ción del cual consiguió luchar ventajosamente contra ejércitos enemigos, superiores en número al suyo.. Por la subdivisión de la línea de batalla en fracciones de cinco ó seis batallones, bajo la dirección de un jefe, dió una gran facilidad á sus tropas para maniobrar.

En estrategia prefirió operar á combatir, é hizo la guerra efectuando movimientos atrevidos, marchas rápidas y amenazas á las líneas de retirada del enemigo, en vastos teatros de operaciones; pero como empleó aquéllas con exclusión casi absoluta del choque, redujo la guerra á marchas y contramarchas, combates de escasa importancia y casi ninguna batalla decisiva.

Nadie antes de él supo adaptar tan perfectamente los movimientos y órdenes de combate al terreno. «Ejércitos pequeños, movimientos estudiados, posiciones escogidas y fortificadas con esmero, y pequeños hechos de armas sin ningún acto resolvente», dice Corsi en su *Storia militare* que fueron la síntesis de la guerra en tiempo de Turena.

La oportuna maniobra que dió la victoria á los franceses en la batalla de las Dunas es de las que más han contribuído á la reputación táctica de Turena. En las fronteras de Flandes, franceses y españoles sostenían una guerra poco animada, en que éstos llevaban la mejor parte. Pactada una alianza entre Francia é Inglaterra, Oliverio Cromwell, dueño entonces de los destinos de su patria, envió en auxilio de los franceses 6.000 hombres. Con este refuerzo Turena, que acaudillaba el ejército francés, se decidió á dar más actividad á la guerra, y sabedor de que las plazas marítimas de Flandes se hallaban mal provistas, pertrechadas y guarnecidas, puso sitio á Valenciennes. Acudió á socorrerla el infante bastardo de España D. Juan de Austria, que únicamente en el nombre era igual al vencedor de Lepanto, con tal precipitación que, desoyendo los consejos del gran Condé que, por ser uno de los jefes de Fronda, partido rebelde al gobierno de su patria la Francia, en guerra civil entonces, se había acogido á las filas españolas, se dejó la artillería y el repuesto de municiones, excepción hecha de tres ó cuatro cañones, para acelerar la marcha. No se descuidó Turena en aprovechar tan inconcebible imprudencia, y se apresuró á ir al encuentro del ejército de socorro que avanzaba por la costa del mar. Al empeñarse la batalla, los franceses tenían éste á su derecha y los españoles á la izquierda. La infantería española ocupaba unas dunas, montecillos de movediza arena muy frecuentes en aquellas costas, y sus dos flancos los protegía la caballería, mucho más numerosa en el ala izquierda que en la derecha. Para dar tiempo á que el reflujo del mar se verificase,



CEU
Universidad
San Pablo

Biblioteca Universitaria

Batalla de
las Dunas
(14 de Junio
de 1658).

Turena avanzó lentamente con su infantería en dos líneas y la caballería en las alas. Su numerosa artillería preparó con nutrido fuego el ataque de la primera línea, que por tres veces fué rechazado por la infantería española, no obstante de que los arcabuceros tenían que economizar los disparos por la falta de repuesto de municiones. La caballería española del ala izquierda cargó al enemigo, pero sin ímpetu ni vigor, porque la naturaleza del terreno, unos prados surcados de hendiduras, hacía imposible otra cosa. En este momento se verificó el reflujo y, por la playa que el mar al retirarse dejó en seco, lanzó Turena contra el flanco derecho del enemigo los escuadrones de caballería que tenía prevenidos al efecto. Tan acertada maniobra, apoyada por el fuego de la artillería de la escuadra inglesa, introdujo el desorden en el ejército de D. Juan de Austria, y fué tan completa la derrota, que los vencidos fueron á refugiarse á Bruselas, sin que pudieran impedir que Turena se apoderase fácilmente de casi todas las plazas fuertes flamencas. La paz de los Pirineos (1660) puso fin á campaña tan desdichada para las armas españolas.

Turena y
Montecuculi.
Operaciones
en el Schutter
y en el Rea-
chen.

Del mismo modo que la batalla de las Dunas se cita como la mejor prueba de la habilidad táctica de Turena, de todas sus campañas, las que hizo en la Alsacia y el Rhin se consideran muy fundadamente como las más notables desde el punto de vista estratégico.

Aliados el imperio, la Holanda y España contra Luis XIV de Francia, Turena tuvo que habérselas con los imperiales en la Alsacia, y cuando, como entonces sucedía siempre, con la retirada á cuarteles de invierno se daba ya por terminada la campaña, evacuó la Alsacia, pasó los Vosgos y fingió acantonarse en la Lorena; pero en vez de hacerlo así, emprendió secreta, larga y penosa marcha por las montañas, para descender á las llanuras alsacianas desde el desfiladero de Belfort, y sorprender al enemigo diseminado que, vencido en dos combates, no tardó en ser arrojado á la orilla derecha del Rhin.

Para reparar el desastre y recuperar la Alsacia, vino Montecuculi á tomar el mando de los imperiales. Era modenés de nación y digno competidor de Turena; como él hizo el aprendizaje de soldado, y como él se encumbró rápidamente á los más altos puestos de la milicia. Distinguíase por el profundo estudio que, antes de concebir sus planes, hacía de los recursos y cualidades del enemigo, y por su acertado criterio político; para él los grandes ríos eran las mejores líneas de operaciones; exageraba como casi todos sus contemporáneos la importancia de las plazas fuertes y de los campos atrincherados; prefería la guerra ofensiva y la creía más fácil de hacer que la defensiva; procu-

raba por sistema desorientar al enemigo y apartarlo del verdadero objetivo de sus operaciones con demostraciones falsas; fué partidario de los ejércitos permanentes, y consideraba el arma blanca como la principal para el combate, y los dragones eran para él más bien infantería montada que caballería; su orden normal de batalla era el mismo de Gustavo Adolfo, en dos líneas, ambas con reserva.

La célebre campaña entre Montecucculi y Turena tuvo por teatro ambas márgenes del Rhin en las inmediaciones de la ciudad libre de Strasburgo, las cuencas de los ríos Schutter y Kinsig que juntos afluyen á aquél por la derecha, y la del Renchen que es también afluente suyo. Montecucculi, de acuerdo con algunos de sus habitantes, se proponía entrar en Strasburgo y su principal objetivo era apoderarse del puente que de esta ciudad va á desembocar en Kelh, población pequeña en la derecha del gran río.

La presencia del ejército de Turena malogró el proyecto de Montecucculi, que para alejarlo de la ciudad pasó el Rhin por Spens, agua abajo de aquélla; pero Turena no cayó en el lazo que astutamente le tendía su adversario; y en Ottennein, á corta distancia y agua arriba del Strasburgo, echó un puente en el Rhin y pasó á su margen derecha para amenazar los almacenes y base de operaciones de los imperiales. Con objeto de cubrir el puente de Kelh destacó fuerzas á las orillas del Kinsig, y resultó excesivamente extensa la línea francesa.

Montecucculi repasó el río, y convencido de la dificultad de abordar de frente las posiciones del enemigo, creyó más fácil envolverlas para acometer á aquél por retaguardia y apoderarse del puente de Ottennein. Con sólo reconcentrar sus tropas y trasladar el puente á Altenhein, lugar más próximo al Kinsig, frustró Turena los propósitos del general del imperio, que fué á atrincherarse en la orilla derecha del Renchen. Tomó entonces Turena la ofensiva, avanzó hasta la izquierda del Renchen, imposibilitó con estacadas la navegación de los brazos del Rhin, y, conseguido esto, por un vado de aquel río fué á atacar por el flanco derecho á los imperiales. Montecucculi comprendió el peligro que corría, y se retiró por el camino de Offemburgo. Se anticipó Turena y le cerró el paso de los montes de Schwarts-Wald, y cortándole sus comunicaciones con su base de operaciones, se aprestaba á arrojarlo sobre el Rhin, cuando una bola de cañón le quitó la vida en el momento de efectuar un reconocimiento (27 de Julio de 1575). El efecto moral que causó en sus soldados la muerte de Turena y las inoportunas disensiones de sus lugartenientes, por la sucesión de mando, salvaron á Montecucculi que, aprovechando la inacción de sus adversarios, des-

tacó fuerzas á tomar el puente de Altenhein: los franceses se apresuraron entonces á retirarse.

Oportunidad de Turena en pasar de la defensiva á la ofensiva, y adivinación de los verdaderos propósitos del enemigo por el perfecto conocimiento del valor estratégico de las líneas de operaciones del teatro en que opera, son los rasgos culminantes del desarrollo estratégico de éstas. Con una concentración evitó Turena un movimiento envolvente del enemigo; y cuando frustrando sus tentativas para hacerse dueño de ambas márgenes del Rhin, obligó al enemigo á retirarse, calculó con toda precisión el tiempo y la distancia para adelantarse á él y cortarle la retirada: es cuanto se puede exigir de un estratego.

Después de su muerte el arte militar sufrió un notable retroceso, y se volvió á la lentitud de la guerra de sitios y posiciones, en que toda una campaña y á veces una guerra tenía por único objetivo la rendición ó liberación de una plaza fuerte.

IV

El ejército español en tiempo de Felipe V.—Reformas que hizo en la organización de las tropas.—Infantería.—Supresión de los tercios.—Regimientos de provinciales.—Formación de la infantería.—La caballería se organiza como la de Francia.—Artillería.—Guerra de sucesión en España é Italia.—Batalla de Almansa.—Batalla de Villaviciosa.

Muerto Carlos II el Hechizado, último rey de la dinastía austriaca, el 1.º de Noviembre de 1700, y abierto su testamento en el que reconoció por legítimo heredero de su corona al nieto de Luis XIV de Francia, Felipe de Anjou, fué proclamado en Madrid el nuevo rey el 24 del mismo mes y año.

Al nuevo monarca le faltó tiempo para organizar el ejército español á la francesa. En 1703 los mosquetes, arcabuces y picas eran substituídos por el fusil con bayoneta en toda la infantería, como se había hecho en el ejército francés por iniciativa del famoso ingeniero Vauban; en 1704 á los antiguos tercios de gloriosa tradición, agrupaciones que eran de compañías para la guerra, se les convirtió en regimientos, unidades orgánicas y permanentes de un solo batallón con doce compañías, una de ellas de granaderos, y en 1709 se aumentaba un batallón á cada regimiento. Las nuevas unidades orgánicas estaban mandadas por coroneles, de quienes recibieron nombre, hasta que en 1707 se le dió á cada uno fijo é independiente del de su jefe. El vestuario se costeaba con el descuento que de sus haberes se hacía á los soldados, y con éste se formaron los fondos de gran masa y de masita. Se nombró un director general para inspeccionar la infantería.

En los últimos años completó Felipe V la organización del ejército con la creación de regimientos de milicias provinciales, á los que las poblaciones costeaban el vestuario y el Estado daba el armamento. Formaban cada regimiento unos 700 hombres, y para su instrucción tenfan anualmente tres días de asamblea,

El ejército español en tiempo de Felipe V.—Reformas que hizo en la organización de las tropas.—Supresión de los tercios.

Regimientos de provinciales.

Formación
de la infan-
tería.

La invención y adopción de la bayoneta como arma complementaria de las portátiles de fuego, que daba á éstas la doble condición de armas blancas y de tiro, proporcionó la ventaja de unificar la infantería, de modo que toda ella podía emplearse en el combate á distancia é igualmente en el combate cuerpo á cuerpo. Esta ventaja no se aprovechó, hasta mediados del siglo XVIII, por ningún ejército, en beneficio del choque, porque adaptándose la bayoneta al fusil por un mango en que terminaba, y que se introducía en la boca de éste mientras estaba armada, hacía perder al fusil su carácter de arma de fuego para convertirlo exclusivamente en arma blanca, y de aquí resultaba entorpecimiento para pasar del fuego al ataque; y después que se inventó el cuello de la bayoneta para ajustarla al fusil, sin que impidiera el uso de éste como arma de fuego, por esa rutina que hace inútiles los más prodigiosos inventos, hasta que hay un hombre superior que rompe con ella y da á éstos la aplicación conveniente, siguió dándose absoluta preponderancia en los combates al fuego de la infantería y artillería, que influyó en la adopción de la formación casi exclusiva de batallones en línea desplegada, con tres filas de fondo y colocados los unos al lado de otros, llegando á mediados del siglo hasta el tacto de codos entre los soldados, y dejando intervalos muy pequeños de batallón á batallón: no obstante de que fué en este período cuando la infantería y la caballería empezaron á hacer aplicación de las conversiones, para pasar de la línea desplegada á la columna y viceversa; y de la formación de cuadros aquélla, para resistir y rechazar las cargas de la caballería.

Predominantes las batallas de posiciones; formados los ejércitos en orden paralelo y en dos líneas ambas desplegadas y continuas, que por lo extensas dificultaban el avance y la retirada á no ser en trayectos sumamente cortos, y estaban faltas de consistencia, tanto para atacar como para rechazar al enemigo, y confiado el éxito á la acción del fuego, que no tenía la eficacia que hoy por la imperfección de las armas, las batallas se prolongaban sin que llegaran á decisivas, á no ser por excepción. El abuso del orden desplegado y del fuego exigían larga preparación para empeñar el combate, invitaba á la inmovilidad y quitaba vigor á los ataques.

En táctica apenas se maniobraba, en las operaciones estratégicas la lentitud era extraordinaria, y en arte militar no resultaba ningún progreso esencial, cosa inconcebible si en los tiempos de Mauricio de Nassau, y los de Gustavo Adolfo y Turenna hubiera habido adelantos de tanta importancia respecto al período de la supremacía militar de España, que determinarían el principio de una época nueva, el de la guerra moderna. En rea-

lidad no pasa de ser una época de transición, en que se preparan los elementos necesarios para la transcendental revolución que en táctica y estrategia exigían las nuevas armas. El progreso militar del siglo XVII y primera mitad del XVIII se verificó en armas, fortificación y artillería; los nuevos órdenes tácticos y la nueva estrategia surgieron á impulsos del genio de Federico II de Prusia y de Napoleón I, en la segunda mitad del siglo XVIII y primer tercio del XIX.

Suprimidos húsares y coraceros, la caballería se organizó en 1707 en regimientos de línea, y de dragones, compuestos unos y otros de cuatro compañías; en 1715 se elevó el número de compañías de cada regimiento á 12, distribuidas en tres escuadrones. Los dragones que, al aparecer por vez primera en los ejércitos europeos, en tiempo de Gustavo Adolfo, eran más bien infantería montada que caballería, habían ido poco á poco convirtiéndose en verdaderos soldados de caballería. Se creó el cuerpo de guardias de Corps en 1704, y en 1705 con compañías de carabineros se organizaron brigadas de carabineros reales, así como con los regimientos de dragones se constituyeron brigadas de granaderos reales.

Las brigadas, tanto en infantería como en caballería, fueron importación francesa de esta época, y su organización no estuvo sujeta á reglas fijas.

En 1711 se creó el real cuerpo de artillería por la organización de un regimiento de tres batallones, compuesto cada uno de tres compañías de artillerós, una de minadores, y ocho de fusileros, siguiendo en esto el ejemplo de toda Europa, de agrupar y organizar por compañías el personal destinado al servicio y manejo de los cañones.

Suprimido el capitán general de artillería, por algunos años inspeccionó esta arma el director general de infantería; pero luego se creó el cargo de inspector general de artillería.

En Sevilla y Valencia se establecieron fundiciones de cañones; la última subsistió poco tiempo, y en 1710 existían las de Sevilla y Barcelona, superiores á todas las extranjeras.

Al advenimiento de Felipe V al trono español, el emperador de Austria Leopoldo I quiso hacer valederos, por la fuerza de las armas, los pretendidos derechos de su hijo el archiduque Carlos á la corona de España, y principió la guerra de sucesión. Por celos del engrandecimiento de la Casa de Borbón se aliaron con Austria, Inglaterra y Holanda, y más adelante Portugal. Desde luego Francia defendió eficazmente la causa de Felipe V.

Empeñadas en la guerra de sucesión casi todas las naciones europeas, el teatro de la guerra abarcó poco menos que toda la Europa; pero los teatros de operaciones fueron las comarcas ita-

La caballería se organiza como la de Francia.

Artillería.

Guerra de sucesión en Italia y España.

lianas y flamencas, dominio de la corona de España, y España misma. Empezó la guerra en la Lombardía, que fué invadida por un ejército austriaco, el cual logró ventajas en la acción de Carpi y batalla de Chiari. El nuevo rey de España pasó á Italia con un ejército francés, que unido á tropas españolas, verificó una campaña, de que fué el más brillante hecho de armas la batalla de Luzara, ganada por Felipe V, el día 15 de Agosto de 1702, y que, como todas las deposiciones, no resultó decisiva.

La alianza de Portugal con los enemigos de los Borbones abrió las puertas de la Península Ibérica al archiduque de Austria que, el 7 de Mayo de 1703, desembarcó en Lisboa con tropas holandesas é inglesas. Tuvo que venir á España Felipe V para oponerse á la invasión de las tropas de su rival y de las portuguesas, se internó en Portugal, se apoderó de algunas plazas y conjuró por el momento el peligro que se le venía encima.

Desgraciadamente en 1704 los ingleses ocuparon á Gibraltar, plaza que estaba mal guarnecida, y que *todavía* conservan en su poder.

La guerra tomó extraordinarias proporciones en España, en 1705. Los catalanes, aragoneses y valencianos se declararon decididos partidarios del archiduque y le pusieron en posesión de casi toda la vertiente oriental. Dueño de ésta su rival, amenazadas las Castillas por los portugueses en la occidental, en 1706, la situación de Felipe V llegó á ser poco menos que desesperada. Tropas enemigas llegaron á ocupar la cuenca del Tajo y á Madrid, y las evacuaron para posesionarse del reino de Murcia.

Batalla de
Almansa.

Tampoco había sido favorable la fortuna á las armas borbónicas en Italia por su inacción incomprensible enfrente del enemigo y por la precisión de acudir á España, donde el peligro era inminente, pues se jugaba aquí de modo más decisivo la posesión del trono español. En tanto que llegaban á España las tropas francesas y españolas, que se vieron en la precisión de evacuar á Italia, el único ejército, y ese de tropas bisoñas en su mayor parte, que podía oponerse á las del archiduque, era el mandado por Jacobo Stuardo, duque de Berwick, acantonado en Almansa y pueblos inmediatos, para cerrar la entrada de Castilla la Nueva al ejército enemigo.

Los aliados, que mandaba en jefe el general portugués, marqués de las Minas, considerablemente reforzados por tropas desembarcadas en Alicante para batir al duque de Berwick, antes de que á sus tropas se incorporasen las que había traído de Italia el duque de Orleans, avanzaron hacia Castilla, llegaron á las inmediaciones de Almansa por Caudete, sorprendieron en su cantón uno de los destacamentos del ejército enemigo, y fácil les hubiera sido concluir con todo éste, si no hubiesen dado

tiempo á su general para reconcentrarlo y situarlo en orden de combate delante de Almansa, por haberse entretenido en rendir á Villena, con el mismo empeño que si las débiles tapias de esta villa fuesen los robustos muros de importantísima plaza fuerte. El ejército aliado descendió de una colina, que había hacia Caudete, al campo de batalla, y desplegó en orden paralelo respecto al borbónico. Ambos tenían igual fuerza, próximamente unos 30.000 hombres, y estaban formados en dos líneas al iniciarse la batalla, que empezó con sujeción al patrón rutinario de entonces, con un largo é ineficaz cañoneo. Lord Galloway, general inglés, que mandaba la izquierda del ejército aliado, compuesta exclusivamente de caballería, cargó con su primera línea la derecha enemiga. Rechazado, volvió á la carga con sus dos líneas reunidas en una sola, y arrolló la primera de las tropas borbónicas; pero recibidos sus escuadrones con firmeza por la segunda de éstas, ante el mortífero fuego con que los fusilaba la infantería y una carga de flanco de un regimiento de caballería, fueron completamente derrotados. En tanto el centro aliado rompió por mitad el contrario; pero entonces los dos trozos en que éste quedó dividido, verificaron una conversión, el de la derecha á la izquierda, y el de la izquierda á la derecha, al mismo tiempo que la caballería vencedora de la de Galloway, cargó por retaguardia á los aliados, los cuales, acorralados contra las tapias de Almansa, quedaron allí batidos. La derecha de los aliados atacó á la izquierda española y fué también rechazada. La caballería vencedora persiguió al enemigo, y cortándole la retirada por el camino de Alicante obligó á capitular á 13 batallones de los aliados. Esta victoria, conseguida el 25 de Abril de 1707, produjo la sumisión inmediata del reino de Valencia á Felipe V. Nótase en el desarrollo de esta batalla falta de unidad en el conjunto; no fué uno solo, sino que fueron tres los combates que á un mismo tiempo se sostuvieron. En ella lo digno de admiración es la serenidad de aquella bisoña infantería española que, con una sencilla maniobra, convierte en victoria lo que principiaba á ser derrota.

Las últimas campañas de esta guerra en España y las decisivas fueron las de 1710. Reforzadas las tropas del archiduque y acaudilladas por Starhemberg, desde Cataluña como base de operaciones, avanzaron hacia Aragón, vencieron á las de Felipe V en Almenara (27 de Julio) y en Zaragoza (20 de Agosto). Sin entretenerse en sitios de plazas, cosa inaudita en aquellos tiempos, continuó Starhemberg las operaciones con tal rapidez, que el 21 de Agosto había entrado el archiduque en Zaragoza y el 28 de Septiembre entraba en Madrid, y sus tropas ocupaban la cuenca del Tajo, y como base de operaciones, á Toledo.

Batalla de
Villaviciosa.

El éxito decisivo dependía de que las tropas de Starhemberg se enlazasen con las portuguesas, poniéndose en comunicación directa con Portugal por el camino real de Extremadura. Para impedirlo, Felipe V con su ejército vino por Plasencia á las orillas del Tajo, ocupó el puente de Almaraz, en el camino citado, y el del Arzobispo. Interpuestas de este modo entre el ejército del archiduque y las tropas portuguesas las del rey, hicieron de aquel río una barrera infranqueable para los enemigos. Starhemberg procuró inútilmente atraer á sí al ejército contrario para que desamparase el puente de Almaraz, y no lo pudo conseguir. La presencia de aquél en la cuenca del Tajo, la falta de recursos en la comarca para el sostenimiento de numerosas fuerzas, y la hostilidad de los castellanos, obligaron al archiduque y á los suyos á evacuar á Castilla. El archiduque volvió á Barcelona, Starhemberg y el ejército se retiraron lentamente por el camino real de Aragón. La retaguardia, que la componía una división inglesa, caminaba á gran distancia del grueso del ejército. Felipe V, que se había lanzado á perseguirle con el suyo, por medio de su caballería comunicó á los ingleses con las tropas de Starhemberg, y cuando lo hubo conseguido, de tal modo estrechó á la división inglesa, que su general Stanhope se vió en la precisión de acogerse con ella á Brihuega, con ánimo de defenderse en esta villa hasta que Starhemberg retrocediese á salvarlo. Para impedir que éste acudiera á tiempo, las tropas de Felipe V atacaron con tal decisión á Brihuega que, después de tres días de tenaz combate y de haber entrado dentro del recinto, lograron rendir á los ingleses, que capitularon, no sin haber antes consumido el último cartucho. Cuando Starhemberg venía en socorro de Stanhope, le sorprendió desagradablemente encontrar al adversario, que en la llanura de Villaviciosa le esperaba en orden de combate.

Frustrado su propósito de socorrer á Stanhope, no interesaba á Starhemberg el empeñar batalla, y decidido á rehusarla, trató de entretener á sus enemigos con prolongado fuego de artillería hasta que llegara la noche, para emprender la retirada protegido por la obscuridad. Felipe V conoció sus intenciones, y no le dejó realizarlas atacándole con sus tropas decididamente.

El orden de batalla de las tropas de Starhemberg resultaba oblicuo al de las borbónicas. La izquierda era la avanzada y la derecha la más retrasada. La derecha del ejército de Felipe V, compuesta de caballería, cargó y arrolló la izquierda enemiga, sin que bastaran á evitarlo un movimiento de flanco verificado por alguna fuerza de la infantería del centro y los refuerzos que Starhemberg envió desde la derecha. Si el marqués de Valdecañas, que manda la caballería vencedora, en vez de engolfarse

en la persecución de los vencidos, hubiese arremetido con el centro enemigo por su flanco izquierdo, que había quedado al descubierto, la victoria hubiera sido inmediata; pero no lo hizo así y fué muy disputada.

La caballería del ala opuesta también hizo retroceder á la que tenía enfrente; pero las tropas del centro enemigo, acaudilladas por el español Villarroel, la acometieron de flanco, formando, para efectuarlo, martillo, la obligaron á retirarse en desorden, rechazaron además el centro borbónico y se apoderaron de una parte de la artillería de Felipe V.

Rehechas todas las tropas del centro é izquierda del ejército borbónico, atacaron lá derecha y el centro del enemigo, y aunque este último llegó á verse envuelto por ambos flancos, maniobró para formar un ángulo saliente, consiguiendo de esta manera no ser rebasado, y se sostenía con firmeza, cuando la presencia y acometida por su izquierda de un cuerpo de caballería española, destacado días antes del grueso de las tropas de Felipe V, y que llegó muy oportunamente al campo de batalla, y el ataque por retaguardia que sufrió de la caballería de Valdecañas, que regresaba de la inoportuna persecución en que se había engolfado al principio del combate, hicieron inútil su heroísmo y la pericia de su jefe Villarroel, y fué completamente destrzado.

Las tropas de la derecha, mandadas por Starhemberg aún resistieron denodadamente, y la infantería formó los cuadros para rechazar á la caballería enemiga en sus repetidas cargas; pero ya de noche logró ponerse en salvo, acogiéndose á un bosque inmediato, y continuó la retirada (11 Diciembre de 1710).

En esta batalla las fuerzas beligerantes estaban equilibradas, pero la caballería era superior en número y calidad á la del archiduque, y á ella le corresponden los honores del triunfo. Lo mismo que en la de Almansa, tanto la acción de las alas como la del centro resultó dislocada é independiente, así en uno como en otro ejército. La batalla de Villaviciosa es un ejemplo de que entre una ofensiva enérgica y una defensiva pasiva, la victoria es del que emplea aquélla; y lo es también del peligro que hay en engolfarse en la persecución de tropas enemigas que huyen, mientras queden en el campo de batalla otras que se mantengan firmes. Valdecañas, al regresar al campo de batalla, pudo encontrarse con que era de los vencidos, cuando se consideraba vencedor.

La batalla de Villaviciosa aseguró la corona en las sienes de Felipe V que, después de conseguida tan decisiva victoria, de grado ó por fuerza quitó á los imperiales cuanto poseían en la vertiente oriental hasta las cercanías de Barcelona.

El advenimiento del archiduque Carlos al trono imperial de Alemania, vacante por muerte de su hermano José que le había heredado, hacía poco tiempo, de su padre, consolidó el triunfo borbónico, porque tuvo el nuevo emperador que retirarse á su país, y sus aliados se separaron de su alianza, considerando cuánto más peligroso y funesto era para el equilibrio y la tranquilidad de Europa el que un mismo monarca rigiese á la vez los destinos de las vastas monarquías alemana y española, que no el reinado de un Borbón en España.

Inglaterra y Portugal convinieron en una suspensión de armas con España y Francia, y el tratado de Utrech en 1713 hubiera puesto fin á la guerra, sin la incomprensible é inoportuna tenacidad de mallorquines y catalanes, y especialmente de los barceloneses en no someterse á Felipe V. Sitiada Barcelona por tropas francesas y españolas, se defendió con lamentable valor; pero tuvo al fin que sucumbir. Rendida la ciudad condal, rápida y fácil fué la pacificación de Cataluña y Mallorca.

TIEMPOS MODERNOS



PRIMER PERIODO

Federico II.

Federico II de Prusia.—Reclutamiento.—Mejoras que introdujo.—Infantería: su organización táctica.—Acción del fuego y de la bayoneta.—La caballería deja de hacer fuego.—Sus progresos.—Seydlitz.—Artillería.—Federico establece la montada.—Orden de batalla.—Maniobras. Establecimiento de la escuela de Estado Mayor.—Consideraciones que tenían los oficiales en Prusia.—Batallas de Rosbach y de Leuthen.—Orden oblicuo.—Los ejércitos europeos imitan al prusiano.

El secreto del engrandecimiento de Prusia, de la conversión del modesto Electorado de Brandeburgo en reino pequeño en extensión y poder, y del aumento creciente de la potencia é influencia política de esta nación joven, hasta que llega á realizar en nuestros días la unidad de Alemania y la constitución del vasto imperio, que hoy influye de un modo decisivo en los destinos de Europa, está en la preparación constante de todos sus organismos sociales y políticos para las guerras á que tiene que fiar la resolución definitiva de los problemas internacionales, que sucesivamente plantea ó son planteados por otras naciones; y en la creación de un estado militar robusto y fuerte por su penetración con los estados social y político, que en conjunto armónico con él forman la nación: constante y mejor preparación para la guerra que las demás naciones, perfeccionamiento continuo de la organización del ejército y de cuanto á él se refiere y un estado militar bien constituido, fueron los firmísimos sostenes de la Prusia y lo son hoy del imperio alemán.

En el momento de subir al trono Federico II, la Prusia, conjunto de provincias dispersas é interiores, sin fronteras bien definidas y rodeada de vecinos poderosos, era débil por su situación geográfica: debilidad á tal causa debida, sólo podía reme-

Federico II
de Prusia. -
Recluta-
miento.-Me-
joras que in-
trodujo.

diarse con la adquisición de otras provincias; estas provincias únicamente por conquista era posible arrancarlas á las naciones que las poseían, y para efectuar conquistas, el único medio es la guerra. Tanto Federico II como su antecesor Federico Guillermo I dirigieron sus esfuerzos á hacer de Prusia lo que tenía que ser para existir, una nación militar por excelencia. Federico I organizó el ejército disciplinado, instruído hasta la exageración y la minuciosidad, es decir, fabricó el instrumento con el que Federico II había de resolver el arduo problema de afirmar y robustecer la vida de Prusia como nación poderosa.

El efectivo del ejército prusiano, en tiempo de Federico II, fluctuó entre 76.000 y 200.000 hombres; mas por regla general rara vez bajó de 80.000 ni excedió mucho de 100.000. La infantería se reclutaba casi toda en el país, eligiendo soldados cada regimiento en una zona determinada, y se completaba con mercenarios y desertores extranjeros.

La caballería se reclutaba toda ella en el país.

Federico II fué más bien táctico que estratego, porque su talento militar era más bien analítico y detallista, que sintético y generalizador. No inventó una nueva táctica, sino que hizo mejor aplicación de la táctica lineal, entonces predominante, por los siguientes procedimientos: haciendo maniobrar á sus tropas en presencia y bajo el fuego del enemigo, lo mismo que fuera de su alcance y en los campos de ejercicio; desplegando con una prontitud admirable para pasar del orden de marcha al de batalla; acelerando la carga y el fuego de fusil por el perfeccionamiento de esta arma y continuo ejercicio de los soldados en su manejo; disciplinando el fuego en los combates y creando la táctica de fuegos, que se llevó á la exageración como todo invento nuevo; resucitando, por decirlo así, el choque táctico, el ataque que resuelve y que se había desterrado casi en absoluto de los combates, en que todo se confiaba á un tiroteo prolongado é ineficaz; combinando acertadamente la acción preparatoria del fuego con la resolvente de los ataques á la bayoneta, arma de que fué el primero que supo hacer útil empleo; devolviendo á la caballería con las cargas al galope en grandes masas la importancia que la había hecho perder el desconocimiento de que sus propiedades esenciales residen en el choque y no en el fuego, en el combate al arma blanca y no en el empleo del arma de tiro, en el ataque en formación densa y no en orden disperso, y por último, en la rapidez de movimientos y no en los aires acompasados; y creando la artillería á caballo, como auxiliar eficaz de la caballería, á la que acompañaba para protegerla con sus fuegos, favorecer sus despliegues y preparar su vigorosa acción ofensiva.

El progreso en estrategia no correspondió al que había efectuado en táctica general y elemental. El aumento en el efectivo de los ejércitos trajo consigo dificultades logísticas y de administración que dificultaron el problema estratégico. El sistema de establecer grandes almacenes en puntos determinados para proveer á la subsistencia del ejército, seguido en las guerras de todo el siglo XVIII, cuando los ejércitos crecieron en número, aumentó el inconveniente que siempre había tenido, y era que á lo accesorio se subordinaba lo esencial, á la necesidad de cubrir los almacenes las operaciones de la campaña. Federico II abandonó desde luego la guerra de sitios é hizo la guerra campal; en sus campañas de la guerra de Silesia, y en la primera campaña de la de los siete años hizo guerra ofensiva de operaciones rápidas; después, por la inferioridad de su ejército respecto al de sus enemigos, se vió en la precisión de concretarse á la guerra defensiva-ofensiva; pero siempre empleó la guerra de maniobras con preferencia á la de posiciones, entonces predominante.

Aunque no llegó hasta la concentración de sus tropas sobre el punto decisivo en el teatro de operaciones, empleó ya líneas de operaciones convergentes, cuando los generales de todos los demás ejércitos empleaban las divergentes, pues en consonancia con la táctica lineal mal aplicada, su tendencia en estrategia era á cubrir muchos puntos estratégicos á la vez, lo que también dimanaba de la preferencia que daban á la defensiva sobre la ofensiva; y la pasividad erigida en sistema producía extraordinaria lentitud estratégica. Por eso, aunque Federico II cometió con frecuencia errores estratégicos como los de dejar al descubierto su base de operaciones y línea de retirada, incurrió algunas veces, al hacer guerra defensiva, en la falta de diseminar sus tropas, y se aventuró imprudentemente en largas líneas de operaciones sin base de bastante solidez para internarse tanto en territorio dominado por el enemigo; aventajó como estratago á todos sus adversarios, porque supo aprovechar las lecciones de la experiencia y subsanar sus errores, cuando no con operaciones estratégicas, por grandes aciertos tácticos, y sus enemigos no supieron aprovechar aquéllos; y sobre todo, porque resolvió con prontitud y operó con actividad. Pero si en concepto estratégico estuvo en ocasiones desacertado, en logística únicamente Napoleón puede igualársele: las marchas las efectuaba su ejército con una rapidez y precisión extraordinarias.

La disciplina y la instrucción táctica de sus tropas, que fueron la base firmísima de sus triunfos, se llevaron á la exageración, sobre todo por sus imitadores. En táctica se descendió á minuciosos y pueriles detalles, y las evoluciones y maniobras se some-

tieron á la rigidez matemática de la Geometría, buscando una precisión, regularidad y acompasamiento, que si exigen la imposición de mortificaciones inútiles al soldado en el campo de ejercicios, son imposibles, ó por lo menos contraproducentes, en el de batalla. En disciplina hubo la misma rigidez que en táctica y se basó en el rigor del castigo y la severidad, procurándose, como bello ideal, que el soldado temiese más la vara del cabo que las balas del enemigo. La interior satisfacción no podía existir cuando se preconizaba como axioma incontrovertible, que al soldado había que darle prest, pan y palo. Así es que la desertión causaba más bajas en los ejércitos que el fuego del enemigo. Al soldado se le convirtió en un autómatas, en una máquina cuya fuerza motriz era el temor al castigo. Conviene, sin embargo, insistir en que estas exageraciones fueron obra de sus imitadores, no de Federico II, que tenía por norma de su conducta que, para vencer, es menester elevar el espíritu del propio ejército, no despreciar al adversario y operar con rapidez. A la indisciplina de los ejércitos beligerantes, con excepción del sueco, en la guerra de los 30 años, había reemplazado férrea disciplina, y la reacción, como todas las reacciones, tuvo que ser violenta y extremada.

Infantería:
su organiza-
ción táctica.
Acción del
fuego y de la
bayoneta.

La infantería prusiana se componía de 55 regimientos de línea, cuatro de ligera, doce de guarnición y algunos batallones sueltos; 120 hombres formaban la compañía; seis compañías, una de ellas de granaderos, el batallón, y dos batallones el regimiento. La compañía de fusileros se dividía tácticamente en dos alas, cada una de éstas en dos secciones, y cada sección en dos pelotones. Formaba la infantería en tres líneas y sus evoluciones se reducían á los medios giros, las contramarchas por batallones y medios batallones, y los cambios de frente por medio de conversiones completas, por pelotones y por hileras, las que ejecutaba sobre su propio terreno; á las formaciones en columna, desde la línea desplegada, y viceversa; al despliegue y repliegue, para pasar del orden de marcha al de combate y recíprocamente; á las marchas en batalla, marchas en línea con dirección oblicua, y los ataques y retiradas por escalones; y á las conducentes á la ejecución de maniobras de varios batallones, en dos líneas.

La bayoneta, después de perfeccionada por el general prusiano Dessau, permitió hacer fuego con el fusil sin desarmarla, lo que hizo desaparecer en absoluto la pica de las filas de los ejércitos. Aunque más apreciada ahora la bayoneta que lo había sido hasta entonces, su acción no fué muy eficaz, porque la preponderancia casi absoluta que se dió en la infantería al fuego, hizo que los ataques á la bayoneta no se empleasen sino

cuando era de todo punto indispensable para desalojar al enemigo de una aldea ó de un fuerte, y no se había conseguido por el fuego que se retirase, y aun entonces se efectuaba en pequeñas fracciones.. La acción de la bayoneta no era por lo tanto solamente, sino complementaria del efecto causado en el adversario por el fuego de fusilería; del mismo modo que ella era nada más que el complemento del fusil. Esta escasa importancia concedida á la bayoneta era inherente á la táctica lineal, en que las columnas no eran más que un orden de marcha y de maniobra para la ejecución de movimientos envolventes.

Toda la fuerza decisiva de la infantería, excepción hecha de su movilidad maniobrera, estribaba en el terrible fuego de fusilería que se procuró fuese nutrido y rápido, aun en perjuicio de la precisión, y á conseguirlo contribuyeron poderosamente las invenciones de la baqueta de hierro y de la chimenea de forma cónica, que facilitaron mucho la carga y el fuego. Los soldados prusianos eran diestros como ningún otro en la ejecución de los fuegos, que hacían por descargas en masa, poniendo los soldados de la primera fila rodilla en tierra; por pelotones, que lo efectuaban avanzando ó en retirada con precisión extraordinaria; y de dos en dos hileras, fuego que, por emplearse generalmente en la defensa de atrincheramientos, se llamaba de parapeto.

Reducida la acción de la infantería á la de fuego, la acción resolvente quedó vinculada en la caballería que, por esta circunstancia, fué el arma de las victorias. Para llegar á este resultado, Federico II desterró de la suya las cargas al trote y la preferencia dada á las armas de fuego, cuando la principal de la caballería, por el empleo táctico de ésta, ha sido y es el arma blanca, porque no la priva de la rapidez en los movimientos é ímpetu en el choque.

El general Seydlitz fué el alma de esta verdadera resurrección de la caballería; antes de él las evoluciones de ésta se reducían á marchar de frente, al trote, por escuadrones, disparar sus mosquetes, arcabuces ó carabinas sobre el enemigo cuando llegaba á corta distancia suya, y efectuar después el choque, que por precisión resultaba poco impetuoso y arrollador. El famoso general prusiano, prototipo del jefe de caballería, hizo á la prusiana maniobrera, adiestrándola en efectuar variaciones por pelotones ó secciones á todos los aires del caballo, y en efectuar las cargas al trote, al iniciarlas, y luego al galope. La precisión y rapidez con que llegó á evolucionar, no ya por escuadrones y regimientos, sino por divisiones enteras, facilitó á la caballería prusiana caer sobre el enemigo en el punto más débil de su línea, sorprendiéndole las más veces.

La caballería deja de hacer fuego.

Seydlitz.

Se componía de 13 regimientos de coraceros, 12 de dragones y 10 de húsares. Cinco escuadrones de dos compañías, con 70 soldados y tres oficiales cada una, formaban el regimiento de coraceros ó dragones, y 10 el de húsares. El escuadrón estaba subdividido en secciones, pelotones y escuadras, y la base de la subdivisión era el número 2. Su formación normal fué en tres filas con sus oficiales á vanguardia, á los flancos y á retaguardia.

Artillería. La artillería prusiana contaba cuatro regimientos. Empleó antes que otra los obuses de campo y la metralla. Federico II creó en la guerra de los siete años la artillería montada para que acompañase y protegiese en sus evoluciones y maniobras á la caballería que, al prescindir de las armas de fuego, y al cargar en grandes masas, había quedado más expuesta á ser ofendida por el fuego de la infantería y la artillería. Estas reformas y la destreza de los artilleros dieron á la artillería prusiana una superioridad sobre la de las otras naciones, que puede decirse que en ella ha llegado á ser tradicional, pues todavía la conserva.

Había un cuerpo de ingenieros reducido y mediano, porque Federico II, que prefería la guerra ofensiva, le dió poca importancia.

Orden de batalla. — Maniobras. Nadie aventajó á Federico II en acomodar el orden de batalla al terreno. Acampaba y combatía en dos líneas; la primera era doble en fuerza numérica que la segunda, y los intervalos entre los batallones eran en ella tan pequeños, que casi resultaba continua; no así la segunda, en la que esos intervalos eran mayores, pero no superaban al frente de las unidades tácticas que separaban: de una á otra línea mediaba generalmente una distancia de 200 pasos. Las baterías de artillería se situaban en los claros, y la caballería, también formada en dos líneas, en las alas; los regimientos de húsares no tenían puesto fijo y formaban en columnas con distancia igual al frente; y los granaderos, agrupados en batallones, se colocaban en los flancos de la infantería para cerrar los claros que en sentido del fondo quedaban entre las dos líneas.

«El orden de batalla, en aquellos tiempos—dice Renard en su *Curso de táctica general*—era estereotípico; la infantería en tres filas y desplegada en dos largas líneas; la artillería diseminada por todo el frente; la caballería en las alas y en dos líneas también, formando así parte integrante del orden de batalla. Por toda reserva algunos escuadrones de húsares y rara vez un par de batallones». Y añade Marselli en *La guerra y su historia*: «Este mismo orden normal produce en manos de Federico II sus mayores frutos, porque hace uso de la batalla-maniobra. El

resucitó en el campo táctico las operaciones de los grandes capitanes, y dió batallas reforzando una parte de la línea y rehusando la otra, tendiendo con aquélla á producir el mayor esfuerzo en el punto más débil, y con ésta, estudiando la manera de converger oportunamente y por sorpresa, á envolver al enemigo; en resumen, maniobró según el terreno ocupado por el enemigo y la manera de ocuparlo éste. Tal fué el orden vulgarmente llamado oblicuo».

Para efectuar los desbordamientos y movimientos envolventes por un flanco del enemigo, ejecutaba al frente de éste marchas de flanco, que unas veces procuraba ocultarle, bien por medio de otras tropas situadas á vanguardia, ó bien aprovechando las sinuosidades del terreno, y otra las efectuaba al descubierto. Estas peligrosas marchas en que para envolver un flanco del enemigo, presentaban á éste sus tropas el suyo en los momentos siempre críticos de efectuar una maniobra, y abandonando voluntariamente la línea de operaciones, le daban el triunfo sobre adversarios que presenciaban inactivos sus movimientos. El maniobraba; ellos no: él atacaba; ellos esperaban á que los atacase dónde y como mejor le convenía: ¿de quién había de ser la victoria?

En tiempo de paz se adiestraban las tropas prusianas en la ejecución de maniobras de conjunto en el campo de Postdam. Había además en Prusia otros campos de instrucción.

Bajo su inmediata inspección creó Federico II con doce oficiales escogidos una Academia en que formó el cuerpo de Estado Mayor, cuya necesidad le había hecho comprender la falta de buenos aposentadores que notó en sus campañas. Aprendieron en ella el levantamiento de planos, trazado de campamentos, fortificación de aldeas, atrincheramientos de alturas, ordenamiento y distribución de las columnas de marcha y sondeo de pantanos y ríos. Además instituyó una Academia militar en Berlín para los jóvenes de la nobleza y un casino para los oficiales, aristocracia en la que figuraba la nobleza de su reino en primer término, y como el prestigio del superior aumenta para el inferior cuando le ve objeto de las consideraciones de todas las clases sociales, para que la sociedad se las guardara á los oficiales del ejército, daba el ejemplo distinguiéndolos con su atención y concediéndoles privilegios. Sin embargo, la humildad de nacimiento no cerraba al mérito y al valor el acceso á los altos puestos de la milicia; se consideraba aptos para el ascenso á oficiales, á los sargentos que llevaban tres años de empleo y habían demostrado condiciones para el desempeño de otros superiores, y aunque rara vez lograban pasar del de capitán, dábanse por muy satisfechos, porque la capitanía era una im-

Establecimiento de la escuela de Estado Mayor.— Consideraciones que guardaban á los oficiales en Prusia.

portante jerarquía social. Federico II comprendió que sin dinero, con exiguos sueldos, no hay dignidad posible, y retribuyó bien á sus oficiales; el sueldo del capitán equivalía en moneda española á 20.000 reales.

Guerras
sostenidas
por Federico
II.

Las primeras guerras que sostuvo Federico II fueron con el Austria, y tuvieron por objeto la anexión de la Silesia á sus Estados. Con habilidad política, tan necesaria para constituir la guerra con solidez y garantía de éxito, aprovechó las complicaciones en que se veía el Austria con la disputada sucesión al trono imperial, vacante por muerte de Carlos VI, y la elevación á él de María Teresa.

En la primera guerra (1740-42) procuró que ninguna lentitud diplomática se interpusiese entre la resolución y la acción; y aún no había su embajador alegado sus pretendidos derechos á la Silesia en Viena, cuando invadía la Silesia, y tomaba la ofensiva con fuerzas suficientes para ocupar un país sin defensa, porque la mayor parte del ejército austriaco se hallaba en Hungría. Fácil fué á los prusianos ocupar á Breslau, capital de la Silesia (2 de Enero de 1741), y enseñorearse de toda ésta, con excepción de algunas plazas fuertes. Los austriacos concentraron en Olmutz (Moravia) un ejército para internarse en la Silesia y caer en medio del ejército enemigo imprudentemente diseminado. Parte de éste se hallaba en la baja Silesia, y otra en la Alta; Federico II, en vez de concentrarlo en aquélla, cerca de su base de operaciones, lo efectuó en ésta, con lo que se exponía á que los austriacos cortasen su línea de operaciones. Al intentar éstos, ambos ejércitos beligerantes resultaron separados de sus bases de operaciones, y se dió la batalla de Molwitz (10 de Abril de 1741). La derrota del vencido, en tales condiciones, tenía que ser completa. Los prusianos debieron la victoria á tres batallones que en la derecha se sostuvieron con firmeza contra la caballería austriaca, y á una conversión del ala izquierda, ejecutada con éxito para envolver la derecha enemiga. El acierto táctico de sus generales y la disciplina de sus soldados subsanaron los errores estratégicos de Federico II.

En la campaña de 1742, que tanto por causas políticas como por errores estratégicos, resultó poco decisiva, mientras sus aliados de ahora los franceses, sostenían guerra en Bohemia con los austriacos, avanzó rápidamente por la Moravia, y el objetivo principal suyo parecía ser Viena; pero como sus fuerzas eran insuficientes para proteger su línea de operaciones demasiado larga, y su frente de operaciones demasiado extenso, ante la resistencia que halló en la plaza de Brünn y la amenaza del ejército austriaco, mandado por el príncipe Carlos de Lorena, á sus comunicaciones con la Silesia, desistió de su temeraria empresa

á Viena, recogió sus diseminadas fuerzas, á lo que dió tiempo la acostumbrada lentitud austriaca, y emprendió la retirada hacia la Bohemia para hacer converger sus operaciones con las del ejército francés del duque de Broglie, y ponerse en condiciones de aceptar la batalla con segura retirada. Seguido su ejército por el de Carlos de Lorena, junto Czaslau, en el camino de Praga, le venció (17 de Mayo de 1742). Después de esta victoria hizo la paz con María Teresa, emperatriz de Austria, consiguiendo la incorporación de los ducados silesianos á Prusia.

En la segunda guerra (1744-45) la primera campaña se redujo á una invasión imprudentísima de la Bohemia por Federico II, en la que el monarca prusiano diseminó el ejército, expuso sus flancos, dejó al descubierto su línea de operaciones. Así fué que bastó la presencia del ejército austriaco en el teatro de la campaña, para que tuviese que evacuar precipitadamente todo el territorio invadido. En la campaña de 1745, el ejército prusiano se hallaba acampado en Frankenstein, cerca de la frontera de Bohemia, y el ejército de Carlos de Lorena venía de Kœniggratz por Trautenau con ánimo de caer sobre su retaguardia. Federico II fingió retirarse á Breslau, las columnas austriacas avanzaron sucesivamente y chocaron con las tropas prusianas que las esperaban en orden de batalla, cuando aquéllas creían sorprenderlas en su marcha en retirada. Federico II efectuó su clásico movimiento envolvente y cayó sobre la izquierda y retaguardia de los enemigos, y con 18.000 hombres consiguió sobre 40.000 la victoria de Hohenfriedberg (4 Junio 1745). Su inferioridad numérica le impidió destruir por completo el ejército austriaco, que se retiró á Bohemia y convirtió su base de operaciones en frente de defensa: fué entonces Federico II el que tuvo que retirarse. Alcanzado por Carlos de Lorena en Sohr, volvióse contra él, y un cambio de frente á retaguardia, briosamente apoyada por la caballería y artillería, le dió la victoria (30 de Septiembre de 1745). El tratado de paz de Dresde (25 de Diciembre de 1745) le aseguró el perfecto dominio de la Silesia y del condado de Glatz.

La guerra de los siete años (1756-63) fué una serie de campañas, tan difíciles como gloriosas, en que consolidó Federico II su reputación militar. Tuvo que luchar con Austria, Rusia, Francia, Suecia, Polonia y Sajonia, aliadas contra él. Rijnó 17 batallas, fué vencido en algunas, fueron las otras señaladas victorias, y tuvo en jaque á sus adversarios, hasta que los cambios políticos ocurridos en Rusia por la muerte de la emperatriz Isabel, influyeron en la terminación de la guerra.

La primera campaña de Federico II fué ofensiva. Antes de que todos aunaran sus esfuerzos, le convenía batirlos aislada-

mente, y por de pronto deshacerse de los sajones, que eran los más próximos, para no dejar á sus espaldas un peligro en la Sajonia al invadir la Bohemia y batir en ella á los austriacos. Por líneas convergentes fué á bloquear á los sajones en el campo de Pylna, derrotó á un ejército austriaco que vino de Bohemia á socorrerlo (batalla de Lobositz, 1.º de Octubre de 1756) y aquéllos capitularon.

Invadió en seguida la Bohemia por líneas convergentes en Praga, y al efecto marchó por dos líneas de operaciones con dos ejércitos separados entre sí por más de 300 kilómetros, y que debían reunirse á unos 200 del punto de partida, bajo los muros de una plaza fuerte y en presencia de un ejército enemigo mandado por Carlos de Lorena. Sin la inacción de éste no hubieran verificado los prusianos la concentración. Pudieron los austriacos, que ocupaban una posición estratégica central, batirlos aisladamente y arrojarlos de la Bohemia. No lo hicieron así, fueron batidos en la batalla de Praga (6 de Mayo de 1757) y se hicieron fuertes dentro de los muros de la ciudad, que Federico II cometió la imprudencia de bloquear, cuando otro ejército austriaco venía de la Moravia á socorrer á los vencidos. Salió á su encuentro y quiso efectuar sobre la derecha austriaca su acostumbrado movimiento envolvente; pero esta marcha de flanco verificada al descubierto, frente á un enemigo en posición que ocupaba alturas, por cuyo pie tenía que desfilar, le ocasionó una derrota (batalla de Kollin, 18 de Junio de 1757) que le obligó á levantar el bloqueo de Praga y á evacuar la Bohemia.

Ocho días perdidos por el general vencedor Daun en transportar sus almacenes más á vanguardia, permitieron á los prusianos efectuar la evacuación sin contratiempos. Bien lo necesitaban, porque un ejército ruso había entrado en territorio prusiano y otro francés en Sajonia, al cual se unieron tropas alemanas que elevaron su efectivo á 63.000 hombres.

Batalla de
Rosbach. El ejército austro-francés mandado por el general Soubisse, se dirigió á Leipzig, camino que había dejado descubierto Federico, porque había tenido que acudir á la derecha del Elba, al ver amenazada la capital de su reino por tropas austriacas.

El rey de Prusia volvió apresuradamente al Saale, río que resultó línea defensiva del enemigo, que ocupaba á Messelburgo y también á Halle, de donde le desalojaron algunos batallones prusianos que, componiendo el puente que estaba cortado, pasaron el río, y esto bastó para que los franceses y austriacos abandonaran el Saale y se replegaran á una aldea próxima.

El ejército de Federico II habilitó los puentes cortados por el enemigo, atravesó el río y, en tres columnas, por líneas convergentes, fué á reunirse frente á uno de los flancos de las posicio-

nes ocupadas por el enemigo. Cuando el 4 de Noviembre iba á emprender el ataque, éste había abandonado sus posiciones de la víspera situándose en una altura de difícil acceso, inabordable por los flancos, y que Federico II no creyó prudente atacar de frente. Ordenó la retirada y condujo sus tropas á la derecha de la aldea del Rosbach, en donde las situó en tres líneas, la tercera de caballería.

El ejército franco-austriaco emprendió una marcha de flanco por la derecha para envolver la izquierda del prusiano, cortar su línea de retirada al Saale y atacarlo por retaguardia. El general francés Soubisse quería emplear contra Federico II el movimiento, que á éste tantas veces le había dado la victoria. Para ocultar sus propósitos dejó frente á los prusianos su retaguardia; pero no consiguió su objeto, porque Federico II, que en un principio creyó que el enemigo se retiraba, al notar que en su marcha variaba á la izquierda y rebasaba su línea por el flanco izquierdo, comprendió de lo que se trataba, y á la amenaza de flanco de sus adversarios decidió oponer un ataque de flanco. Resguardado el suyo por pantanos profundos que se extendían desde Rosbach hasta el Monte Jano que á su espalda tenían, las tropas prusianas, libres de un ataque de flanco, no podían temer tampoco el ataque por retaguardia con que se trataba de sorprenderlas, porque efectuando análogo movimiento que el adversario, como su marcha iban á hacerla por una línea interna, respecto á la que seguía aquél, se le anticiparían, darían la vuelta á los pantanos, y envolverían y atacarían las cabezas de las columnas franco-austriacas sin darlas tiempo para desplegar. Con la mayor parte de la caballería á vanguardia emprendió el ejército prusiano la variación y marcha de flanco por la izquierda. Los dos ejércitos, separados por los pantanos, se flanqueaban mutuamente, y aproximándose cada vez más, marchaban el prusiano por una altura y el franco-austriaco por el llano. Una batería situada por Federico II en Monte Jano enfilaba de flanco las columnas enemigas, causando en ellas terrible efecto; las que situaron enfrente de los franceses no hicieron gran daño por disparar de bajo á alto.

Adelantóse el general Seydlitz con la caballería, bordeó el pantano, envolvió á la enemiga antes de que ésta lo advirtiese, la arrolló y la persiguió avanzando en dos líneas por la derecha de los franceses. No tardaron en llegar los primeros batallones de infantería, y según fueron llegando, desplegaron y rompieron el fuego sobre el enemigo, que continuaba marchando con sus batallones en columna la mayor parte, y algunos desplegados en línea. Cuando toda la infantería estuvo en el sitio del combate, avanzó en dos líneas, haciendo fuego la primera.

Ante la combinación de las tres armas en el ataque, la resistencia de franceses y austriacos fué muy débil. Abrasados por el fuego que por su frente les hacía la infantería, por el flanco izquierdo la artillería de Monte Jano, y por el derecho algunos batallones de granaderos que al abordarlas las envolvieron efectuando una variación á la derecha, las columnas franco-austriacas se agolparon hacia la izquierda hasta formar una compacta masa humana en que no se desperdiciaba ni un proyectil prusiano. Con una pérdida de 8.000 hombres se retiraron los franceses y austriacos á Friburgo; las bajas de los vencedores no pasaron de 500 hombres.

Batalla de
Leuthen.

Aunque la victoria de Rosbach dió libertad á Federico II para abandonar la Sajonia, no había mejorado su situación. Continuaba amenazado por varios ejércitos, y los austriacos mandados por el príncipe Carlos de Lorena habían invadido la Silesia, vencido el ejército prusiano, hecho prisionero á su general, y rendido la guarnición y plaza de Breslau. En vez de amilanarse por estos contratiempos, únicamente pensó en ellos para buscar el remedio, y como para salir de tan apurado trance no había instante que perder, y si no atacaba á los austriacos y los arrojaba de la Silesia podía dar por perdida para siempre esta provincia, se jugó el todo por el todo, y pronto en la resolución, y veloz y enérgico en la ejecución, recogió los restos del ejército vencido, reanimó su espíritu y con 30.000 hombres fué al encuentro de los 80.000 de Lorena que, junto á Weistritz, con la infantería en dos líneas, y en tercera, detrás de ambas alas, la caballería, apoyada fuertemente la derecha en un bosque y la izquierda en la aldea de Sagschuts y un montecillo inmediato poblado de abetos, habían tomado posiciones detrás de la aldea de Leuthen.

Al amanecer del 5 de Diciembre se puso en marcha el ejército prusiano, en cuatro columnas, las del centro de infantería y las de las alas de caballería, y precedido de una vanguardia de 60 escuadrones y 10 batallones que sorprendió y derrotó junto á Bona, un cuerpo sajón de caballería, destacado de la derecha enemiga, y ocupó unas alturas que limitaban el que iba á ser campo de batalla y ocultaban á la vista de los austriacos los movimientos de las tropas prusianas. Desde aquélla Federico II reconoció el terreno y situación del enemigo, y desde la primera inspección se persuadió de que su derecha era difícil de envolver, que en un ataque al centro se expondría á que los austriacos, atravesando el bosque de Leuthen, cayesen sobre el flanco izquierdo de sus tropas, y determinó efectuar un movimiento envolvente sobre la izquierda de los austriacos, porque además de ser el ala peor apoyada, la aldea de Sargschuts y el monte-

cillo inmediato que domina la llanura eran la llave táctica del campo de batalla; y pues era indispensable atacarlos, convenía aprovechar el primer ímpetu del soldado en ejecutar la operación más importante, difícil y expuesta.

Al ver rechazada de Bona su vanguardia, Carlos de Lorena creyó amenazada su derecha y la reforzó con las reservas. Federico II, para que persistiese en su error, simuló continuar avanzando de frente, y de repente, en dos columnas, con la caballería á vanguardia y retaguardia, marchando por el flanco derecho, condujo su ejército sobre la izquierda del enemigo y cayó sobre él, rehusando la izquierda propia, mientras avanzaba la derecha reforzada para vencer la resistencia, á que las condiciones topográficas de la posición austriaca se presentaban, verificó una conversión á la derecha sin que los imperiales advirtieran el movimiento hasta el instante mismo de romper el fuego. El general Daun, que mandaba la derecha del ejército austriaco, cuando antes de iniciarse el combate notó que los prusianos no insistían en su fingido movimiento de avance contra sus tropas, creyó que se retiraban, y, como dice Marselli, empleó el peor procedimiento en la guerra, el de dejar hacer, y permaneció inactivo sin aprovechar las grandes ventajas que da el natural crecimiento de los soldados que atacan sobre los que se retiran. Cierta es que en esta ocasión no fué verdad la retirada del enemigo; pero al tratar de molestarlo en ella y perseguirlo hubiera advertido oportunamente su movimiento, habría sido posible frustrarlo y hasta vencer á los prusianos, porque no hay mayor peligro para un ejército, que verse atacado cuando ejecuta maniobras preparatorias para el combate.

En hábil combinación las tres armas, mientras la infantería prusiana, venciendo toda clase de obstáculos, asaltaba el puente y el monte de Sagschuts, la artillería de la vanguardia y una batería de cañones de grueso calibre batían de enfilada á los austriacos, y la caballería rechazaba una carga de la austriaca y completaba la derrota del ala izquierda de las tropas del príncipe de Lorena. Siguió avanzando la artillería á medida que el ejército acentuaba su movimiento envolvente de conversión, y avanzaba en escalones con la derecha á vanguardia, reforzada por 10 batallones.

Viéronse obligados los austriacos á efectuar un cambio en el orden de batalla para no ser envueltos; su izquierda hizo un cambio de frente á retaguardia por la izquierda, la derecha avanzó y formaron un ángulo del que Leuthen fué el vértice y resultó ser la nueva llave táctica del campo de batalla. Un arroyo cubría el frente de combate. Fué tenaz la resistencia que hicieron los austriacos; pero tal vez la hábil combinación de las

tres armas del enemigo los anonadó. Con ímpetu irresistible la infantería prusiana del ala izquierda siguió combatiendo obstinadamente y ganando terreno por la derecha enemiga, y la caballería, apoyada y protegida por la artillería, cargó y dispersó á los coraceros austriacos. También en la derecha austriaca los dragones de Federico II vencieron y ahuyentaron á la caballería enemiga. Entonces el rey de Prusia atacó resueltamente, con sus tropas del centro, el vértice del ángulo que constituía la línea austriaca. Desde el centro de ésta á su izquierda el ataque de los prusianos se concentró sobre Leuthen, posición dominante reforzada por una batería de 20 cañones. Fué sangrienta la lucha, supremo el esfuerzo de los austriacos, pero tuvieron que retroceder y retirarse con ánimo de tomar nuevas posiciones más á retaguardia y sostenerse en ellas. No les fué posible, porque la derecha prusiana había terminado su movimiento envolvente, y amenazaba el flanco izquierdo y retaguardia de la línea, en que intentaban establecerse, y aseguró la victoria por completo. Con gran trabajo y en precipitada fuga pudieron los austriacos retirarse del campo de batalla.

Fueron las pérdidas de los vencidos 6.500 muertos y heridos, 21.500 prisioneros y 134 cañones; las de los vencedores 3.000 hombres fuera de combate.

El juicio crítico de esta batalla le ha hecho Napoleón I con su precisa concisión habitual: «La batalla de Leuthen es una obra maestra de movimientos, maniobras y resolución; Federico II ataca un ejército más fuerte que el suyo con tropas que, en parte, acaban de ser derrotadas, y obtiene victoria completa sin comprarla con grandes pérdidas desproporcionadas con el resultado».

En esta campaña y las siguientes hasta la terminación de la guerra, el empleo de líneas de operaciones convergentes sobre un objetivo determinado en la ofensiva, y la adopción de líneas interiores para acudir con el grueso del ejército á los puntos amenazados, acusaron un grande adelanto en los procedimientos estratégicos de Federico II.

La guerra continuó; y Federico II, con perseverancia y ánimo heroicos, siguió sosteniendo una lucha titánica, imposible para otro que no hubiera sido él. Consiguió señaladas victorias, sufrió también derrotas de consideración, y cuando ya su situación era desesperada, la neutralidad á que se vió obligada Rusia por la muerte de la emperatriz Isabel y el asesinato del czar Pedro III, le dió un respiro que aprovechó para conseguir nuevas victorias, y al firmarse la paz de Hubertsburgo en 15 de Febrero de 1763, no perdió Prusia una sola pulgada de su territorio. Esta fué la obra admirable del genio militar de Federico II.

Como las más señaladas victorias de Federico II las obtuvo por la adopción del orden oblicuo, se le considera por muchos como su creador. He aquí lo que dice Corsi en su *Historia militar* al hacer consideraciones sobre las guerras de Federico II: «Si con el nombre de orden oblicuo se designa el arte por el cual se produce deliberadamente en ventaja nuestra un desequilibrio de fuerzas sobre un punto dado ó determinada parte del orden de combate del enemigo, de modo que con fuerzas inferiores en el campo de batalla se llegue á ser el más fuerte en el punto decisivo y se apremia sucesivamente á las tropas enemigas con prevalecimiento de fuerza progresiva, podemos decir que el orden oblicuo es tan antiguo como el arte de la guerra. Epaminondas fué, no nos atreveremos á decir que el inventor, pero sí el que más hábilmente le empleó».

Orden oblicuo.

«El ataque oblicuo se ejecuta en escalones, por conversión y por variación, mediante la combinación de aquéllos ó convergiendo separadamente, y se dirige contra el centro, un ala, un flanco ó un ala y un flanco del adversario. Los ataques sobre las dos alas y los de retaguardia ó revés entran en la combinación del orden oblicuo, si se refuerza la parte que ataca y se deja más débil la otra. Federico II prefirió al principio los ataques de ala que conducen á los ataques de flanco; después, en la necesidad de obtener éxitos más decisivos, procuró verificar ataques directos de flanco y retaguardia; pero no con la misma fortuna». Haremos observar que en las batallas de Pavía y Mook, los españoles hicieron aplicación del orden oblicuo.

Las victorias de Federico II y sus admirables campañas produjeron en Europa una verdadera prusomanía. Todos los ejércitos de Europa calcaron su organización y su táctica en los moldes prusianos. De todas las naciones se enviaron comisiones á estudiar las maniobras de las tropas prusianas en el campo de Postdam, y como sucede cuando se admira por moda y se copia sin discernimiento por sistema, creyeron encontrar el secreto de las victorias del gran rey en los detalles, defectuosísimos en su mayor parte, de las evoluciones; en la precisión absurda y abrumadora para el soldado, de su ejecución: en la cadencia del paso, en la cruel y rígida disciplina que deprimía al hombre y convertía al soldado en autómeta; en el color y hechura de los uniformes; en mil muciosidades ridículas, y en las maniobras teatrales de Postdam.

Los ejércitos europeos imitan al prusiano.

SEGUNDO PERIODO

Revolución francesa y el imperio.

I

Revolución francesa.—Levas en masa.—Organización de la infantería, caballería y artillería.—Organización del ejército en divisiones y brigadas.—Táctica.—Sistema de guerra.—Batallas de Valmy y Jemmapes.—Campaña en la frontera española.—El general Ricardos.—Napoleón Bonaparte.—Reformas que introdujo.—Campaña de Italia en 1796.—Montenotte.—Millesimo.—Dego.—Mondovi.—Campaña de Marengo.

La revolución francesa.—Levas en masa. La revolución francesa, al transformar por completo la sociedad, tuvo forzosamente que transformar también el estado militar. Se hallan con éste en íntima é indestructible relación el organismo político y el estado social de los pueblos como partes integrantes que son los tres de un mismo todo, y de aquí la influencia recíproca que entre ellos existe. Cuando en los pueblos sobreviene una gran revolución, á la edificación de lo nuevo precede por ley natural la destrucción de lo antiguo, y en los primeros momentos todo es ruina y sangre, desolación y lágrimas, desencadenamiento de odios, represalias y venganzas: el caos reina en absoluto. En el ejército francés, al impulso de la revolución triunfante, vinieron á tierra organización, táctica y disciplina; pero como estaban basadas en el privilegio y la rutina, y no en la justicia y sabia experiencia, á la verdad no se perdió gran cosa en el hundimiento de aquella balumba abigarrada, monstruosa y hueca, reflejo fiel de la monarquía absoluta con sus leyes dictadas por el capricho de soberanos, que como

base de todo derecho con egoísta soberbia afirmaban: «El Estado soy yo». Lo nuevo que viniera no podía ser peor que lo que de tan violento modo desaparecía en el ejército. Al substituir la revolución al vasallo por el ciudadano, reemplazó en el ejército al soldado-máquina que se batía por oficio, ó por temor á la vara del cabo, el soldado-hombre que en cumplimiento de obligación sagrada se batía en defensa de su patria y de su libertad; al establecer una igualdad absurda por lo exagerada é imposible, entre todas las clases sociales, desaparecieron en el ejército privilegios irritantes, y ya el acceso á la categoría de oficial y á los más altos puestos de la milicia no fueron vínculos de la nobleza ni se dieron exclusivamente al favor é intriga cortesana; el más humilde soldado podía abrigar la esperanza de llegar á Mariscal de Francia.

En Julio de 1791 la Asamblea legislativa decretaba el levantamiento de 170 batallones; en el mismo mes del siguiente año declaraba la patria en peligro, elevaba la cifra del ejército á 45.000 hombres, disponía la incorporación de los guardias nacionales y gendarmes á las tropas y se hacía alistamiento de voluntarios. En 1793 la convención, más enérgica que la asamblea, ordenaba levas en masa de todos los jóvenes que hubieran cumplido 18 años y no pasaran de 25, y establecía la inscripción como base de reclutamiento, aumentaba en 300.000 hombres el ejército, número que se elevaba después á 1.200.000. La parte más sana de la juventud francesa nutría de buen grado y hasta voluntariamente las filas del ejército, porque prefería la lucha con el extranjero en defensa de la patria, á la interior y odiosa de los partidos que inundaba de sangre la Francia. Aquella aglomeración de guardias nacionales y concriptos sin instrucción táctica, sin disciplina, constituían en su más perfecta expresión un verdadero ejército nacional: su entusiasmo les daba una fuerza moral que aventajaba en mucho á la material de los ejércitos enemigos; el soldado, por amor á la patria, por obligación sagrada de su defensa, superaba al soldado por oficio ó por imposición violenta.

Dividida la infantería en ligera y de línea, en una y otra la unidad táctica fué el batallón de nueve compañías y 700 hombres. Desapareció el regimiento y con tres batallones se formó la media brigada, y llegó á haber 196 medias brigadas de línea y 30 de infantería ligera. En cada batallón de línea había una compañía escogida de granaderos, y éstos en la guerra se agrupaban en batallones independientes; en los batallones de infantería ligera la compañía de preferencia era de carabineros. La fuerza total de la infantería de línea llegó á 475.000 hombres, y la de la infantería ligera á 73.000.

Organización de la infantería, caballería y artillería. -- Organización del ejército en divisiones y brigadas.

En caballería subsistió el regimiento que, si era de caballería pesada, se componía de unos 680 caballos, distribuidos en cuatro escuadrones de á dos compañías cada uno. El número de regimientos de línea era 29, todos uniformados y armados de la misma manera, y resultaban en total unos 20.000 jinetes próximamente. La caballería ligera la componían 20 regimientos de dragones con cuatro ó seis escuadrones, 11 de húsares de seis escuadrones, y 23 de cazadores, que en total daban una fuerza de 70.000 jinetes.

La artillería, que en un principio estuvo distribuída por baterías de á seis piezas en las medias brigadas de infantería, se compuso después de ocho regimientos de á pie con 20 compañías ó baterías de á seis piezas, y otros tantos á caballo con seis compañías ó baterías también de seis piezas. Entraban á formar parte de la artillería algunas compañías de operarios y un batallón de pontoneros. En 1800 se organizó el tren de artillería por batallones al mando de capitanes. La artillería á caballo superó en mucho á la de á pie.

Con ingenieros civiles y paisanos que acreditaban determinados conocimientos científicos se organizó el cuerpo de ingenieros militares; el personal de tropa se distribuyó en un batallón de minadores de seis compañías y 12 de zapadores de á ocho compañías.

En todas las armas y cuerpos se ascendió por antigüedad y elección desde soldado á jefe de media brigada; á la antigüedad se daba una tercera parte de los ascensos y las otras dos se obtenían por el sufragio de los inferiores. Este procedimiento, muy liberal, pero contrario á la buena disciplina, duró hasta los últimos tiempos del consulado. A generales de brigada y división se ascendía en la misma proporción por antigüedad ó por elección del Ministro de la Guerra. El nombramiento de general en jefe incumbía al poder ejecutivo, y tenía que ser confirmado por el legislativo.

En los ejércitos de la revolución fué un hecho la organización por brigadas, de que eran elementos los batallones sueltos y submúltiplos las medias brigadas y, á imitación de la legión romana, se creó una gran unidad táctica compuesta de tropas de todas las armas. Fué un gran adelanto, pues como dice Almirante, «la división dió soltura táctica al ejército y rompió las barras de hierro ó líneas ofensivas de Federico II». Pero si esta ventaja del fraccionamiento de las líneas, que facilitaba mucho las maniobras y evoluciones, mejoró la táctica, no produjo adelanto en la estrategia. La división formada de todas las armas era muy á propósito para la guerra de operaciones parciales, porque llevaba en sí todos los elementos necesarios para batirse sola, y era

un ejército en pequeño; pero no para la gran guerra y aplicada á grandes ejércitos. Ordinariamente se compuso de cuatro medias brigadas de infantería de línea, una de infantería ligera, dos regimientos de caballería, una batería de artillería á pie, y otra de á caballo, con un total de 12.000 hombres.

Aquella táctica prusiana, imitada por todos los ejércitos de Europa y por el francés principalmente, que consistía en evoluciones complicadas y precisas hasta la exageración, y en minuciosos detalles, y que exigía en el soldado una instrucción lenta y metódica, no era aplicable á batallones y regimientos de reclutas; las maniobras, que estribaban en marchas de flanco, ó de flanco y retaguardia, no eran posibles en el campo de batalla con ejércitos improvisados que no habían tenido tiempo para ejercitarse en maniobra alguna; los fuegos metódicos y acompasados que requerían una gran disciplina en las tropas que los ejecutasen, no podían ser el procedimiento principal de combate en soldados que acababan de empuñar las armas y no estaban duchos en su manejo: impuso la necesidad una nueva táctica, y, como siempre sucede, ésta se inició en el campo de batalla antes de precisarse en reglamentos.

La cualidad predominante en los soldados de la revolución era el entusiasmo, en él se cifraba su fuerza moral, y en él tenía que basarse su fuerza táctica. El entusiasmo que es exuberancia de calor y vida del espíritu, crece con el movimiento y no es compatible con la quietud que requiere serenidad y tranquilidad del espíritu; razón por la cual en los ejércitos de la revolución no eran posibles los procedimientos tácticos defensivos, sino los ofensivos de ataque resuelto. En las agrupaciones con el tacto de codos parece que se establece una corriente eléctrica en que todos los impulsos del ánimo se comunican y acrecientan, y por eso en los ejércitos de la revolución, la columna profunda y cerrada reemplazó á la táctica lineal, el ataque al arma blanca al fuego de fusilería, y la bayoneta predominó en absoluto sobre las demás armas. Aun siendo así, fué necesario el fuego de fusilería, como preparación para el ataque en columnas; pero en tropas en que sobraba iniciativa y faltaba disciplina, no había que pensar en fuegos por secciones, ni por hileras, ni que éstos se hicieran á pie firme y en formación correcta, y vinieron á encargarse de la preparación del ataque enormes bandas de tiradores que avanzaban ó retrocedían según las circunstancias. Y véase cómo se desarrollaron á impulso y por la presión de la necesidad, impuesta por la nueva organización del ejército francés, que á su vez lo había sido por las circunstancias y acontecimientos políticos y sociales, la nueva táctica y el nuevo sistema de guerra, que Napoleón I elevó después á su mayor

Táctica.--
Sistema de
guerra.

grado de perfección. Iniciaban el combate numerosas bandas de tiradores que reconocían el terreno y fuerzas del enemigo, ponían fuera de combate los sirvientes de las baterías, y ocultaban los movimientos de las columnas que, protegidas por la artillería de campaña y la caballería, se lanzaban al asalto de las posiciones que ocupaba el adversario. El nuevo sistema fué el triunfo del desorden metodizado; del movimiento sobre el orden rígido; de la movilidad del soldado que se lanza contra el enemigo, tanto por propio impulso como en obediencia del mandato de su jefe, sobre el soldado empotrado en fila y privado de voluntad por férrea disciplina.

Batallas de
Valmy y Jem-
mapes.

Por ser las primeras victorias que consiguieron los ejércitos de la revolución, por el inmenso efecto moral que causaron en Francia, por el golpe fatal que con ellas recibió el prestigio de la táctica y de los ejércitos alemanes, y porque fueron la terminación de la primera campaña de la república, que no por su intrínseca importancia militar, merecen citarse las batallas de Valmy y Jemmapes.

Al declarar la asamblea legislativa (20 de Abril de 1792) la guerra á Prusia y Austria, los franceses tomaron la ofensiva; el general Lafayette, con 40.000 hombres, debía operar en Bélgica contra los austriacos, y el general Lubkner efectuar una expedición al Rhin por la Alsacia. Ni la invasión de Bélgica ni la expedición al Rhin tuvieron éxito. Torpemente conducidas las tropas francesas de Lafayette, volvieron las espaldas al enemigo, y desconfiando de su general, á quien no creían satisfecho con la proclamación de la república, que acababa de verificarse en París, en completo estado de indisciplina, degollaron á algunos de sus oficiales. A Lafayette y Lubkner substituyeron Dumouriez y Kellermann, como generales en jefe de los ejércitos del Norte y Este, y ambos tuvieron que desistir de la ofensiva y limitarse á cubrir la frontera.

Un ejército prusiano, reforzado por tropas austriacas y mandado por el duque de Brunswick, con un efectivo de 80.000 hombres, avanzó desde Coblentza á invadir la Francia. Su plan consistía en romper la dilatada línea francesa por el centro y obligar á las tropas de Dumouriez y Kellermann á reunirse á retaguardia para cubrir el camino de París, operación difícil y que los invasores podían hacer imposible, porque operarían por una línea interior respecto á las que habían de seguir los franceses, y estaban en disposición de anticiparse á ellos. El plan era bueno, pero la lentitud en la ejecución malogró todas sus ventajas.

El 19 de Agosto pasaron los aliados la frontera, á los pocos días tomaban la plaza fronteriza de Longwy, y marchaban á ganar la cordillera del Argona, línea divisoria de las aguas del

Mosa y Aisne. Dumouriez, comprendiendo la importancia de esta línea defensiva, se les adelantó acudiendo con sus 30.000 hombres desde Sedán, donde se hallaba cubriendo la frontera belga, á defender y cerrar los pasos de la cordillera. Los aliados se hicieron dueños de Verdún, pasaron el Mosa y se propusieron efectuar un movimiento envolvente por la izquierda de los franceses, y al mismo tiempo, como Dumouriez se descuidara en enviar tropas á posesionarse del desfiladero de la Cruz de los Bosques (*Croix aux bois*) que al establecerse en la línea de Argona quedó á la derecha de su ejército, la vanguardia austriaca le ocupó; y una división francesa enviada contra ella fué rechazada. Desde este momento la situación de Dumouriez era insostenible, con el grueso de su ejército (unos 16.000 hombres) en el paso de Prado Grande (*Grand Pre*), tenía enfrente á las tropas austriacas, y la vanguardia de ésta desde la Cruz de los Bosques amenazaba su retaguardia y sus comunicaciones con París, en tanto que los prusianos maniobraban para efectuar su proyectado movimiento envolvente. La calma de los aliados dió tiempo á Dumouriez para librarse del inminente peligro de destrucción de su ejército que le amenazaba. Aprovechando la noche, que fué obscura y de tempestad, abandonó el Argona, pasó el Aisne, y apoyándose en la aldea de Saint-Menehould se situó con frente paralelo al de invasión de los aliados delante del camino de París. La división, rechazada por el enemigo, de la Cruz de los Bosques, se retrasó en el movimiento de retirada y fué acuchillada por un regimiento de húsares austriacos.

Los prusianos persistieron en su movimiento envolvente y pasando el río Aisne le terminaron, viniendo á establecerse en el camino de Saint-Menehould á Chalons, con frente al Rhin, cuando los franceses efectuaban su movimiento de concentración, uniéndose en Valmy al ejército de Dumouriez el de Kellermann. Desde el principio de la invasión, al ver rebasado su flanco izquierdo y amenazada su retaguardia, se había retirado Kellermann de la línea de los Vosgos y puesto en contacto con las tropas de su colega, que para entonces había retrocedido á la de Argona.

En la convicción de que hallaría poca resistencia, atacaron los prusianos las posiciones de los franceses (20 de Septiembre); pero éstos se sostuvieron en ellas con firmeza contra los débiles ataques del enemigo, y en su último período la batalla vino á reducirse á un cañoneo que obligó á los invasores á desistir de sus propósitos. Este contratiempo influyó mucho en el ánimo de los prusianos que comprendieron no iba á ser empresa fácil la de llegar á París, como al principio creyeron, y al ver diezmadas sus filas por las enfermedades se arrepintieron de la iniciada in-

vasión. Todo el ejército aliado se retiró y repasó la frontera. La timidez y consiguiente lentitud con que efectuaron la invasión los aliados, dieron tiempo á los franceses para aprestarse á la defensa, y éste fué el origen de los obstáculos que convirtieron aquélla de fácil en difícil.

Fué reforzado el ejército victorioso para que operase á la ofensiva en Bélgica, ocupada por los austriacos que, cubriendo la plaza de Mons, se extendía por la frontera, desde Jemmapes á Cuesmes en posiciones que constitúan una línea formidable, pero demasiado extensa, que formaba martillo en ambas alas, y estaba fortalecida por reductos.

Pudo Dumouriez operar sobre la izquierda de los austriacos para cortar su retirada á Maestrich y Lieja y separarlos de los prusianos. Tal vez, aunque el número de sus tropas era suficiente para emprender esta operación, su calidad le indujo á no intentarla, y se concretó á efectuar un ataque combinado sobre el centro y las alas de la línea enemiga que le permitió efectuar la numérica superioridad de su ejército sobre el enemigo, pues no pasaba éste de 28.000 hombres y el suyo llegaba á 100.000, si bien en la batalla no tomaran parte activa más que 40.000.

Principió la batalla (6 Noviembre) por el doble ataque de los franceses á ambas alas de la línea austriaca. En la izquierda de ésta el fuego de la artillería de los reductos contuvo por bastante tiempo á las columnas de ataque, y la confusión entre los franceses fué tan grande, que su caballería se desordenó al ver que era el blanco, tanto de las baterías enemigas, como de las amigas. Acudió Dumouriez en persona á remediar tamaño desbarajuste, rehizo su caballería, rechazó con ella una carga de la austriaca, y con la infantería, poniéndose á la cabeza de apiñadas columnas de batallón, se lanzó al asalto de los reductos defendidos por el enemigo, y los tomó por la gola.

En la derecha austriaca las tropas del ala izquierda del ejército francés se apoderaron desde el primer momento de una aldea, y luego, en combinación con las columnas del centro, atacaron á Jemmapes, que era la llave del campo de batalla y de las posiciones austriacas. Hubo en el ataque, bajo el fuego de la artillería enemiga, momentos terribles de desorden y vacilación; pero animadas y rehechas las columnas por sus jefes, en compacta masa cayeron á la bayoneta sobre Jemmapes y se hicieron dueñas de él. La victoria fué completa, porque los franceses ni cortaron la retirada á los vencidos ni los persiguieron con decisión, á causa del desorden en que quedaron después del combate; pero el efecto moral, unido al de la victoria de Valmy, fué inmenso. Los ejércitos bisoños de la novel república habían ganado una batalla defensiva y otra ofensiva á los aguerridos ejércitos

alemanes. Francia había medido sus fuerzas con las naciones extranjeras y había adquirido el convencimiento de que podía contrarrestar victoriosamente el esfuerzo de sus tropas. Aunque Dumouriez no quiso ó no pudo sacar todo el partido posible de la victoria, Bélgica entera y el territorio comprendido entre los ríos Mosa y Rhin quedaron por la Francia.

El suplicio de Luis XVI, acaecido el 20 de Enero de 1793, exacerbó la irritación de los monarcas europeos contra la república, y Francia se vió amenazada y acometida por todas sus fronteras. En todas ellas lograron sus ejércitos ventajas positivas sobre sus enemigos, excepto en la española, donde el general D. Antonio Ricardos, al frente de un ejército de 20.000 hombres, mal pertrechado y peor atendido por el gobierno, hizo una campaña tanto más notable, cuanto que la efectuó con escasez ó falta absoluta de los recursos más indispensables.

Declarada la guerra por España á Francia el 23 de Marzo, el ejército español tomó la ofensiva para invadir el Rosellón. En esta campaña el objetivo principal iba á ser la plaza fuerte de Perpignán, y las líneas defensivas de los franceses, los Pirineos orientales, el río Tech y el Tet, en cuya margen derecha se encuentra situada aquella ciudad. Para franquear los Pirineos no había que pensar en intentar el paso por el Coll de Portús, único puerto practicable, ni por el Banyuls en el camino de la costa que con algún esfuerzo podía conseguirse que lo fuera, porque estaban defendidos respectivamente por las fortalezas de Bellegarde y San Telmo, y no disponía Ricardos de material de artillería para conseguir su expugnación inmediata.

No pudiendo abordar de frente tan formidable línea defensiva, la forzó por la izquierda de su frente de operaciones, para envolver la derecha de las posiciones de los franceses y amenazar sus comunicaciones con el interior. El 17 de Abril, con 3.500 hombres, mientras que el resto de su ejército llamaba la atención del enemigo por el Coll de Portús y demás desfiladeros de la cordillera, atravesó ésta por las fuentes del río Muga; se apoderó de San Lorenzo de Cerdá, tomó de flanco las posiciones enemigas; entró en Ceret, después de un combate victorioso; habilitó en tres días el Coll de Portell, que se halla al O. del de Portús, para el paso del grueso de su ejército; sitió á Bellegarde, y Fort-les Bains en el Tech; y dueño de la cuenca de este río, continuó las operaciones para desalojar á los franceses de la línea del Tet, á que se habían acogido. El 19 de Mayo tomó á viva fuerza los campos atrincherados de Thuir y Masdeu, frente á Perpignán; rindióse después Bellegarde, y tropas del ejército invasor bloquearon en el camino de la costa á San Telmo, Port-Vendres y Collioure. Como directamente nada pudo inten-

*Campañas
en la frontera
española.— El
general Ri-
cardos.*

tar Ricardos contra Perpignán por falta de material de sitio, en los meses de Julio y Agosto desalojó en combates victoriosos á los franceses de la línea del Tech, sin que entorpeciese sus operaciones la diversión practicada por el general Dagobert en la Cerdaña, aunque éste llegó á apoderarse de Puigcerdá. Los franceses, dejando bien guarnecidas las plazas de Perpignán y Peirestortes se replegaron á la cuenca del Agly.

Para detener y rechazar en su movimiento ofensivo á los españoles, el ejército francés recibió considerables refuerzos; Dagobert se incorporó á las tropas que mandaba Deflers, y con 24.000 hombres amenazó la izquierda de la línea de posiciones que los españoles desde Villafranca por Thuir y Truillas hasta las alturas del Reart ocupaban en el Tet, para atacar el centro. Ricardos no se dejó engañar por las demostraciones del enemigo sobre su izquierda y reforzó el centro. Rechazado un ataque á Thuir, Dagobert en persona efectuó otro ataque al centro de la línea. La defensa fué enérgica y Ricardos tuvo tiempo de traer de la izquierda cuatro regimientos de caballería que, divididos en dos columnas, amagaron una doble carga por el flanco de las columnas francesas que se retiraron entonces lentamente, pero no sin que dejasen prisioneros de los españoles tres regimientos que fueron copados. El completo éxito obtenido en esta batalla (22 de Septiembre) no produjo grandes resultados, porque, aumentando de día en día el ejército francés con los importantes refuerzos que recibía, y no recibiendo el español ni los indispensables para cubrir las bajas de la campaña, Ricardos dispuso la retirada al Tech y vino á atrincherarse con sus tropas en Boulou, posición admirablemente escogida, porque desde ella cubría sus comunicaciones con Cataluña por el Coll de Portús, y protegía á las tropas que sitiaban las fortalezas próximas á la costa.

Envalentonado el enemigo con la retirada de los españoles, avanzó decidido á apoderarse de los Pirineos orientales, amenazando la retaguardia de las tropas de Ricardos; pero rechazados sus enérgicos ataques á las posiciones de éstos en los días 13 y 14 de Octubre, gracias á la pericia táctica del general español y al denuedo de sus soldados; rechazado igualmente el de un cuerpo en su diversión á Camprodón, población situada á retaguardia y á la izquierda de la línea española, y escarmentadas las tropas francesas en una expedición ó correría, que pasando por Coll de Banyuls hicieron aquende el Pirineo, como enfilara Dagobert con sus baterías el puente de Ceret, siempre con el propósito de cortar la retirada á los invasores, le acometieron éstos con tal bizarría que fué completa su derrota. Perdieron los franceses todas sus posiciones, la mayor parte de su

artillería, y, abandonando de nuevo la cuenca del Tech, repasarón la corriente de Tet. Las plazas todas de la costa cayeron en poder de los españoles que quedaron dueños de todo el Rosellón, excepción hecha de su capital.

Al año siguiente murió en Madrid, el 13 de Marzo, el general Ricardos.

Desde su muerte la suerte nos fué adversa. La paz de Basilea puso fin á la guerra.

Esta campaña es notabilísima como guerra de montaña.

El paso de los Pirineos, forzando la frontera por la izquierda de su frente de operaciones y tomándola de revés para cortar las comunicaciones de las plazas fronterizas con el interior de Francia, constituye una operación estratégica brillantísima que honra al general Ricardos.

La revolución francesa había transformado por completo y mejorado moral y materialmente la manera de ser de los ejércitos; las tropas republicanas por imposición de la necesidad habían empleado una nueva táctica de evoluciones, movimientos resolventes y ataques á la bayoneta en columnas profundas, precedidas de bandas de tiradores, contra la vetusta táctica lineal; pero estos adelantos en organización y táctica eran no más que la preparación de elementos para la gran revolución que en la estrategia requerían la vasta extensión de los teatros de la guerra en que la Francia republicana se batía con las naciones monárquicas, y la combinación consiguiente de las operaciones de los grandes ejércitos que habían improvisado. Había llegado el momento en que, para satisfacer esta necesidad de amplio desarrollo de la estrategia, se presentase el hombre que supiera aunar los nuevos elementos de guerra y procedimientos de combate para crear con la fuerza poderosa del genio la gran estrategia, como Federico II había creado la gran táctica, y Gustavo Adolfo de Suecia había sembrado los gérmenes de una y otra, al dar la preferencia, en sus maniobras tácticas y operaciones estratégicas, á la ofensiva que resuelve, sobre la defensiva que paraliza y aplaza.

Napoleón Bonaparte, en sus campañas de Italia en 1796, concretó la fórmula de la estrategia moderna. Ni concentración sistemática á lo Federico II, ni diseminación á la austriaca para cubrir muchos puntos á la vez, y sí rápidas operaciones por líneas divergentes ó convergentes, dividiéndose las tropas ó concentrándose según convenía para obtener la superioridad numérica en el campo de batalla, ó sea en los puntos decisivos, y dar el ataque en dirección que le hiciera resolvente, prefiriendo operar con fuerzas reunidas contra el centro enemigo, á efectuarlo por las alas con fuerzas separadas.

Napoleón
Bonaparte.

Campaña
de Italia en
1796.

El 23 de Febrero, cuando aún no tenía 28 años de edad, fué nombrado general en jefe del ejército de Italia.

La situación de éste era poco satisfactoria. Sus 30.000 hombres, mal vestidos y alimentados, se hallaban en las ásperas vertientes meridionales de los Apeninos, diseminados por divisiones entre las que no había otra comunicación fácil que el camino del litoral del golfo de Génova, y poco menos que acorralados por el ejército austro-sardo que se extendía desde Gavi, donde apoyaba su izquierda en el camino de Génova al interior de la Lombardía, hasta el Coll di Tenda, en el que une á Niza con Turín, y se componía de 34.000 austriacos mandados por Beaulieu y 22.000 piemonteses á las órdenes de Colli. El grueso del ejército sardo se extendía de Ceva á Mondoví; la izquierda austriaca ocupaba además de Gavi á Ovada, y más á retaguardia á Novi, en el valle del Orba; el centro á Sassello, y entre los dos brazos del Bórmida á Millesimo, donde un fuerte cuerpo servía de enlace á las tropas austriacas y sardas.

La derecha francesa se hallaba en Sabona, puerto del golfo de Génova; el centro en Final, también puerto de mar, y las otras poblaciones próximas al camino de Alejandría, y la izquierda ocupaba á Ormea en la entrada del valle del Tanaro.

Una ofensiva enérgica y rápida, precedida de una concentración de fuerzas, podía mejorar la situación estratégica de los franceses. Las líneas de operaciones que por los Apeninos podían dar salida ofensiva al ejército de Napoleón, eran por el Este los dos caminos ya citados, el que desde Génova por el desfiladero de la Bocheta va por Gavi á Novi, á Tortona y Placencia, y el de Turín, que atraviesa la cordillera por el Coll di Tenda. Las centrales partían respectivamente de Savona y Final; iban, una por Dego y Acqui á Alejandría, y otra por Millesimo y Ceva á Mondoví, y estaban enlazadas por el camino transversal de Carcare á Millesimo, que flanqueaba la más occidental, por el que de Ormea, por Garesio, siguiendo el valle alto del Tanaro, termina en Ceva.

Por la breve descripción anterior del teatro de la campaña se ve que abarcaba las cuencas de los primeros afluentes y subafluentes del Po por la derecha de este río, y que los aliados ocupaban los puntos estratégicos más importantes allende los Apeninos, y vigilaban todos sus pasos.

Uno y otro ejército emprendieron la ofensiva simultáneamente. El plan de los austriacos era envolver al enemigo por la derecha de éste, atacarlo al mismo tiempo por los caminos de Final y Savona para separar su centro de su izquierda, interceptar el camino de la costa, y poniéndose en contacto con la escuadra inglesa, que dominaba en el golfo de Génova, aco-

rralar por completo las tropas francesas del centro y de la derecha, mientras que á las de la izquierda las tenían en jaque los sardos. El de Napoleón consistía en concentrar pronto sus tropas del centro y derecha, y por líneas centrales de operaciones pasar los Apeninos para romper con un respetable núcleo de fuerzas el centro de la extensa y, por lo tanto, débil línea austro-sarda, volverse después, primero contra los austriacos y en seguida contra los piemonteses con tal rapidez que no pudieran auxiliarse unos á otros, y que los esfuerzos que hicieran para reunirse de nuevo, redundaran en su perjuicio. Una de las garantías de éxito era que ignorasen los aliados los movimientos de los franceses hasta que tocasen sus resultados, y para desorientarlos, hizo Napoleón que la vanguardia de su derecha avanzase hasta Voltri, por el camino del litoral, en dirección á Génova.

Para ejecutar el plan de Beaulieu, la izquierda austriaca avanzó desde Gavi por el camino de Génova, once batallones pasaron los Apeninos por el desfiladero de la Bochetta y desalojaron de Voltri á la vanguardia francesa; y tropas del centro intentaron forzar el paso de la cordillera, ocuparon á Montennotte y se vieron detenidas por la heroica defensa del destacamento francés que guarnecía un reducto, frente á aquella población, en Monte Legino. Mientras la izquierda francesa se había adelantado desde Ormea hasta Garesio por el camino de Ceva para llamar la atención de los sardos, la derecha se reconcentró detrás de Monte Legino, una división del centro vino por el desfiladero de Cadibone á flanquear las posiciones conquistadas por los austriacos, y otra se adelantó á Carcare, para apoyar el ataque combinado de las anteriores fuerzas citadas al frente y flanco de la posición de Montennotte. Envueltos los austriacos por el flanco y retaguardia fueron desalojados de ella y perseguidos en su retirada á Dego (12 de Abril).

Montennotte.

Al siguiente día la división que había apoyado el ataque en Montennotte, forzaba los pasos de Millesimo y se apoderaba de esta población. Una división austro-sarda quedó cortada y envuelta en las alturas fortificadas de Corsaria, inmediatas á Millesimo.

Millesimo.

Desde este momento, imposibilitado el movimiento envolvente de los austriacos, y roto el centro de la línea austro-sarda, era preciso anonadar á las tropas que se habían hecho fuertes en Dego y poblaciones inmediatas antes de que la izquierda austriaca, que se había reconcentrado ya, allende el Apenino, junto á Ovada, en el valle del Orba, enviase fuerzas en apoyo de las del centro, y para volver pronto las tropas francesas contra los sardos, que habían destacado algunas fuerzas á vanguardia hasta

Dego.

Monte Temolo, con objeto de socorrer á la división que estaba cercada en las alturas de Corsaria y tratar de restablecer el enlace con los austriacos.

El 13 habían forzado los franceses los pasos de Millesimo, y el 15 la división que había constituido su derecha atacaba en tres columnas por el frente y los flancos á los austriacos, que ocupaban á Dego; y, aunque de un pueblo inmediato acudieron algunos batallones de refuerzo, no pudiendo resistir éstos el ataque, por el flanco, de la división francesa que se había adelantado á apoyar á la otra en su triple ataque, la victoria quedó por las tropas de Napoleón, y las austriacas se retiraron en desorden á Acqui por el camino de Alejandría, dejando en poder de los vencedores muchos prisioneros sueltos, 20 cañones y cinco batallones que fueron copados. En el mismo día los sardos eran rechazados hacia Monte Temolo por otra división francesa, y la austrosarda, cercada en Corsaria, se rendía por falta de municiones.

Dueños los franceses de la línea central de operaciones, en la creencia de que nada podían temer por entonces de los austriacos, iban á dirigir todos sus esfuerzos contra los sardos, cuando algunos batallones de la izquierda enemiga sorprendieron á los franceses que habían quedado en Dego después de la victoria; pero el íntimo enlace de las divisiones francesas y su concentración, que las permitía auxiliarse mutuamente con gran prontitud, evitó que este contratiempo se convirtiese en fracaso de las operaciones tan felizmente efectuadas hasta entonces; las tropas de una división vinieron sucesivamente á reforzar á las sorprendidas y arrojadas de Dego por los austriacos, y Napoleón, que acudió en persona, dispuso un ataque sobre el flanco izquierdo de los enemigos, que con gran pérdida de hombres y cañones huyeron á Acqui.

Mientras que ocurría este sangriento combate en Dego, una de Mondovi. las divisiones del centro del ejército francés, para proteger el movimiento de avance de la izquierda sobre Ceva, desalojó de Monte Temolo á la vanguardia sarda, y con esta doble victoria, conseguida en un mismo día, se completó y agrandó la rotura por el centro de la línea de los aliados; los austriacos se retiraron maltrechos y desmoralizados hacia Tortona, y la mayor parte de las tropas vencedoras en Dego fueron á reforzar á la división que se había apoderado de Monte Temolo, y en combinación con la del ala izquierda continuaron hasta más allá de Ceva, cuyo campo atrincherado habían evacuado los sardos por el temor de verse envueltos, y se verificó la reunión de la casi totalidad del ejército francés. La división de la izquierda acometió á los sardos en Mondovi (22 de Abril) mientras Napoleón con todas las demás tropas amenazó las comunicaciones del enemigo con

Turín, y entonces se retiró éste en buen orden, cubriendo y protegiendo la retirada la caballería piamontesa. El rey de Cerdeña se vió obligado á solicitar un armisticio que se firmó en Cherasco el 27 de Abril, comprometiéndose á romper su alianza con los enemigos de la Francia.

En 18 días de operaciones, aquel ejército que en situación desesperada se hallaba diseminado entre los Apeninos y el golfo de Génova, había derrotado en Montenotte, Dego, Millesimo y Mondovi á enemigos muy superiores en número total, y que sin embargo en los combates todos se batieron con inferioridad numérica, impuesto la paz al rey de Cerdeña, y arrojado á los austriacos más allá de Mondavi: toda esta serie de victorias había constituido una sola batalla estratégica. Desde los tiempos de Aníbal, puede asegurarse que no se había efectuado una campaña estratégica tan brillante y rápida. La hábil combinación de las operaciones hizo siempre á los franceses más fuertes que el enemigo en los puntos decisivos y en los momentos precisos de los combates, asegurando el triunfo antes de iniciarse éstos, y anulando por la acertada protección y el mutuo apoyo de las divisiones las ventajas tácticas conseguidas alguna vez por el adversario. La táctica resultó supeditada á la estrategia en esta campaña, y no hizo más que terminar y completar con hechos de armas decisivos los distintos períodos de la ejecución del plan de operaciones. A la guerra interminable que se eternizaba en las fronteras, había reemplazado la guerra de breves y decisivas campañas.

Esta de 1796 tuvo una segunda parte no menos brillante en que el ejército francés, persiguiendo á los austriacos en su retirada, los alcanzó y venció en Lodi junto al Adda (10 de Mayo) y en las orillas del Mincio consiguió también la victoria en una serie de acciones que constituyeron otra segunda batalla estratégica. En dos meses el ejército de Napoleón se había hecho dueño absoluto de la Italia del Norte desde los Alpes al Mincio, con gran sorpresa y admiración de Europa entera, no acostumbrada á presenciar tan rápidas campañas y tan grandes éxitos.

Aún más notable que la de 1796 fué la campaña de Marengo. El general Almirante la califica de «modelo de audacia y precisión estratégica» y también de «modelo táctico y logístico de pormenores y detalles de ejecución». Aunque los errores cometidos por Napoleón á su terminación la deslucen algún tanto, y aunque la victoria definitiva fué más bien fortuita que alcanzada por el acierto de las maniobras tácticas en el campo de batalla, y operaciones que precedieron inmediatamente á la de Marengo, el plan de campaña es una concepción estratégica,

Campaña
de Marengo
(1800).

grandiosa y admirable. Su estudio completa la idea del desarrollo de la estrategia en las guerras de la república, por haber sido la última de Napoleón, antes de proclamarse emperador.

Primer cónsul de la república en 1800, tuvo que hacer frente á la coalición de Inglaterra y Austria contra Francia. Un ejército de 100.000 hombres, á las órdenes de Moreau, cubría la Alsacia y la Suiza, y otro de 35.000, mandados por Massena, tormaba una extensa línea curva y cóncava en Italia, en que las tropas de la derecha y centro entre los Apeninos y el golfo de Génova, extendiéndose desde Génova hasta Tenda, se mantenían á la defensiva, y la izquierda, que no pasaba de 5.000 hombres, guardaba los Alpes desde las fuentes del Var hasta el lago de Ginebra. Los ejércitos franceses tenían enfrente otros dos austriacos.

Mandaba el de Italia Melas, y era su efectivo de 100.000 hombres. El general en jefe austriaco, dejando 25.000 hombres en la Lombardía, se había dirigido á los Apeninos con el grueso de su ejército para emprender la campaña contra Massena en los primeros días de Abril. La situación estratégica en que éste se encontraba era casi la misma de Napoleón al empezar la campaña de 1796; pero ahora los austriacos y no los franceses fueron los que rompieron por el centro la línea enemiga; avanzando por Montenotte y por el camino de Sabona, arrojaron la mitad de la izquierda acaudillada por Suchet á las orillas del Var y la mitad de la derecha hacia Génova, plaza que sitió un cuerpo de tropas austriacas que vino de Gavi por el desfiladero de la Bochetta. En tal estado se hallaba la guerra en Italia cuando intervino en ella Napoleón Bonaparte.

Dos eran los teatros de la guerra: la Alemania del Sur y la Italia del Norte, y estaban separados por los Alpes. En uno y otro los ejércitos franceses habían de operar por líneas internas, apoyando una de sus alas en la cordillera y alejando de ella á las dos austriacas para efectuar sobre ellas movimientos envolventes, que las separasen cada vez más entre sí, y cortasen sus comunicaciones con Viena. Así lo dispuso Napoleón, y tomando Moreau la dirección de la campaña en Alemania, se encargó él de destruir en Italia el ejército de Melas. Eran sus propósitos concentrar á retaguardia de éste en pleno teatro de la guerra un ejército de 60.000 hombres por la concurrencia de dos divisiones destacadas del ejército de Moreau, que descenderían del Monte de San Gothardo y vendrían por entre los Lagos Mayor y de Lugano á colocarse á retaguardia de la línea del Tessino, guardada por 10.000 austriacos; de otra que salvaría los Alpes por el Monte Simplón; y del ejército de reserva que, desde las inmediaciones del lago de Ginebra, se dirigía á atravesar el Gran San Bernardo para bajar al valle del Doria Baltea; en

tanto que 4.000 hombres salvarían el Pequeño San Bernardo y en combinación con la que había sido izquierda del ejército de Massena y ahora iba á ser derecha del de Napoleón, avanzaría desde el Monte Cenis á Suze, y amenazaría á Turín para desorientar al enemigo. Como las dificultades del paso de los Alpes entre el Monte Cenis y el de San Gothardo se tenían por insuperables para un ejército; como las tropas que iban á constituir el ejército de operaciones iban á acudir de tan diversos puntos, que no era posible conjeturar que se preparaban á una acción común; y como al organizar con el mayor sigilo y premura al principio en Dijón y luego en Suiza, el ejército de reserva, se creía por los mismos franceses que iría á reforzar el de Suchet en la línea del Var, no es extraño que á Melas le sorprendiera tan audaz concentración de fuerzas considerables en el corazón de Italia.

Del 17 al 25 de Mayo, el ejército de reserva con Napoleón á su frente pasó el Gran San Bernardo, y con innumerables penalidades y fatigas se apoderó de Aosta, arrolló un destacamento austriaco que encontró al paso y se vió detenido por la tenaz resistencia del fuerte de Bard, que dominaba el sendero, más bien que camino, por donde marchaban los franceses. No fué posible rendirlo por asalto, y por la noche, cubriendo de estiércol el camino y forrando con paja las ruedas, pudo pasarse la artillería sin que los defensores del fuerte lo advirtieran; la infantería y la caballería siguieron adelante dando un difícil rodeo. Siguió todo el ejército á Ivrea y desde allí la vanguardia avanzó sobre Turín hasta Chivasso para cubrir la marcha de aquél que, por Vercelli y Novara, fué á cruzar el Tessino, de donde se retiraron los austriacos, que lo guardaban, al ver amenazada su retaguardia por las divisiones que habían pasado el San Gothardo, y se replegaron al Mincio. Todo el ejército francés reunido ya, entró en Milán el 2 de Junio, excepto la vanguardia que por Casale vino á apoderarse de Pavía.

Cuando tuvo noticia Melas de la entrada de este ejército en Italia, creyó que las tropas que habían avanzado hasta Suze eran la vanguardia, y las que habían atravesado el San Bernardo un cuerpo de diversión, y acudió desde los Apeninos á cubrir á Turín; y al verse con el enemigo á su retaguardia interceptando sus comunicaciones y separándole de su base de operaciones, se dirigió á Alejandría dispuesto á dar una batalla que le era inevitable para salir del trance en que se hallaba.

Había llamado en auxilio suyo á las tropas que bloqueaban á Génova y á las que habían seguido á Suchet en su retirada al Var. Acometidas éstas por Suchet, en cuanto Melas abandonó los Apeninos, y derrotadas en varios combates al dirigirse á

Savona, se dispersaron en su mayor parte y solamente 5.000 hombres por Ormea, Cova y Asti llegaron á Alejandría; Génova se había rendido á las tropas sitiadoras, sin que Massena pudiera evitarlo, y éstas vinieron en seguida á incorporarse á Melas por el camino de Tortona y sufrieron un pequeño descalabro en Montebello (9 de Junio) al chocar con la vanguardia de los franceses, que habían pasado ya á la margen derecha del Po.

Batalla de
Marongo (14
Junio).

Napoleón había destacado parte considerable de sus fuerzas para ocupar ciudades importantes de la Lombardía y vigilar la línea del Mincio; así es que al habérselas con el austriaco, el suyo, debilitado por tan numerosos y crecidos destacamentos, le era muy inferior en número, pues no llegaba á 30.000 hombres, mientras los austriacos eran unos 50.000. En la creencia de que el enemigo trataba de retirarse por el camino de Génova, cometió Napoleón un nuevo error al destacar momentos antes de la batalla una división al mando de Dessaix hacia Novi, para interceptar á los austriacos la línea de retirada y acercarse á las tropas de Suchet que debían venir sobre Alejandría por el camino de Acqui.

Cuando supo que no era cierta la noticia de la retirada del enemigo, que le había dado su vanguardia, avanzó hacia Marengo con su ejército por el camino de Tortona á Alejandría y se vieron acometidas por los austriacos que habían pasado el Bórmida por el puente de Alejandría y dirigieron sus mayores esfuerzos contra la derecha francesa, con ánimo de romper la línea en Marengo y envolverla por Castell-Ceriolo. La derecha austriaca que había iniciado el combate, le sostenía con la vanguardia francesa que, al desplegar el ejército de Napoleón, constituyó el ala izquierda.

Rebasada y envuelta la derecha del ejército francés, tuvo que dar frente á Castell-Ceriolo, y Napoleón envió á prolongarla una división, de la que una brigada se apoderó de dicho punto, donde sostuvo con vigor la acometida de numerosas fuerzas austriacas. Mientras tanto la izquierda empezó á retirarse por el camino de Tortona hacia San Giuliano y el resto del ejército inició también un movimiento de retirada. Napoleón pensaba en ganar por Sale la línea de operaciones que había seguido en la invasión para recorrerla en sentido contrario.

Los austriacos dieron por suya la victoria, y su vanguardia en columna de marcha avanzó hacia San Giuliano; pero en este momento la división del general Dessaix llegó al campo de batalla con la mayor oportunidad para restablecer el combate. Dessaix desplegó sus tropas, parte en columna y parte en línea, perpendicularmente al camino, y colocó en segunda línea su caballería.

A la derecha, enfilando el camino, situó una batería de 18 cañones que disparó metralla contra la columna austriaca. Al abrigo de la división Dessaix, se rehizo y constituyó la tercera línea la izquierda francesa, y á la derecha del camino, en línea oblicua, respecto al frente de las otras, se rehicieron las que se habían batido entre Marengo y Castell-Ceriolo.

El general Dessaix cayó muerto al primer encuentro con la columna austriaca; pero ya las tropas francesas, reanimadas por el inesperado refuerzo, habían recibido vigoroso impulso. La artillería, en combinación acertada con la caballería, decidió el triunfo en favor de los franceses. Ametralló aquélla á la columna austriaca y la cargó la caballería por su flanco derecho, y 3.000 granaderos enemigos cayeron prisioneros, y muerto el general que los mandaba.

Todo el ejército francés avanzó y recobró las posiciones perdidas. La retaguardia austriaca cubrió la retirada del ejército de Melas, que repasó el Bórmida.

Después de la batalla la incorporación de Suchet á Napoleón concluyó de hacer imposible el sostenimiento del ejército vencido en el teatro de la guerra, y el pobre señor de Melas, como llamaba Napoleón al general en jefe enemigo, se vió precisado á firmar una convención, por la que se obligaba á pasar á la orilla izquierda del Mincio y á evacuar todas las plazas que ocupaba en la derecha de este río.

Corsi ha hecho el juicio crítico de esta campaña en pocas palabras, diciendo que en ella la fortuna ayudó á los audaces.

II

Guerras del imperio.—Organización de los ejércitos imperiales.—Cuerpos de ejército.—Grandes reservas.—Guardia imperial.—Causa de los triunfos de Napoleón.—Armonía entre la estrategia y la táctica.— Campaña de 1805.—Batalla de Austerlitz.

Guerras del imperio. Elegido emperador Napoleón en 1804, como la base de su encumbramiento al trono habían sido sus victorias, y como el origen de su inmensa popularidad en Francia era la gloria militar, su monarquía tuvo que responder á sus fundamentos y origen, y fué esencialmente militar: las instituciones que á la milicia se refieren, forman su esencia y con ella tienen inmediata relación, llegaron con el imperio á su apogeo. Fué el imperio la guerra, porque tuvo Napoleón necesidad de ella para mantener viva y esplendente la aureola de gloria que le daba prestigio entre sus súbditos.

Organización de los ejércitos imperiales.—Cuerpos de ejército. En estas guerras que, cuando no tuvieron por teatro la Europa toda, abarcaron considerable parte de ella, las concepciones estratégicas y los planes de campaña de Napoleón se agigantaron, y la estrategia llegó á la plenitud de su desarrollo. Para su ejecución se requerían elementos también gigantesco.

Aumentó el número de combatientes en los ejércitos, y como sus subdivisiones tenían que operar esparcidas en vastas extensiones, sin que perdieran el enlace entre sí, ni dejaran de concurrir al fin común con oportuna concentración, habían de ser fuertes y estar organizadas de modo que se bastasen para afrontar y vencer toda clase de obstáculos. La división, suficiente como gran unidad táctica en las guerras de la república, no lo fué en las del imperio, en que el ejército francés no se concretó á luchar en sus acostumbrados teatros de la guerra, la Italia del Norte y la cuenca del Rhin y valle alto del Danubio, y fué substituída por el cuerpo de ejército, cuyo efectivo variaba entre 20 y 50.000 hombres, y estaba compuesto de tres ó cuatro divisiones de infantería, una ó dos de caballería y regimientos enteros de artillería.

Como se ve, las divisiones no estaban ya constituidas por tropas de todas las armas, sino de una exclusiva. Siete, ocho y hasta 12 cuerpos de ejército constituyeron generalmente los ejércitos imperiales.

Para acudir, tanto en el teatro de la campaña como en el campo de batalla, á los puntos decisivos y ser en éstos el más fuerte, independientemente de los cuerpos de ejército tuvo siempre Napoleón I disponibles grandes reservas de caballería, que formaba hasta con siete divisiones. Esta masa de jinetes inundaba de improviso, en algunas ocasiones, vastos territorios, se apoderaba de los puntos estratégicos, sorprendía convoyes y almacenes, y trastornaba con su inesperada presencia los planes del enemigo. También tuvo siempre dispuesta Napoleón I una considerable reserva de artillería que empleaba sobre el punto decisivo para preparar el ataque de las columnas de infantería con la facilidad, oportunidad y precisión de quien maneja una ligera pistola. La organización del tren de artillería, conjunto material de esta arma que facilitó mucho su empleo, se verificó por primera vez en la campaña de Marengo.

Sobre la base de la pequeña guardia consular de los últimos tiempos de la república, organizó la guardia imperial, cuerpo privilegiado de tropas escogidas de todas armas que vino á ser una magnífica reserva. Guardia imperial.

En Napoleón, el estratego aventajó al táctico. Sus triunfos los debió á su habilidad y prontitud en la preparación para la guerra; á su facilidad en abarcar de una ojeada el mapa de Europa para la concepción estratégica de sus admirables planes de campaña; al vigor, rapidez y precisión en la ejecución de éstos; á su actividad, que le daba siempre la iniciativa sobre el adversario; al inmejorable uso que hacía de grandes masas de hombres que movía por vastos territorios con tal concierto y mutuo enlace, que en 24 horas podía reconcentrar todo su ejército, llegada la ocasión oportuna, en el que iba á ser campo de batalla; al oportuno empleo de las reservas; á su diligencia en sacar el mayor partido posible de una victoria y aprovecharla para la consecución de otras por la acumulación pronta de grandes fuerzas en el punto decisivo, y por la persecución inmediata y tenaz de los vencidos: y á que siempre empleó procedimientos ofensivos, aun en los casos en que se vió precisado á guerrear á la defensiva. Causa de los triunfos de Napoleón.

Entre sus procedimientos estratégicos y tácticos hubo siempre gran armonía y semejanza; en estrategia como en táctica procuró tomar la ofensiva; operó y maniobró en grandes masas. Su tendencia fué siempre dominar la línea de retirada del adversario: ó rompiendo el centro de su línea de combate, si era Armonía entre la estrategia y la táctica.

ésta demasiado extensa, para volverse á acometer una tras otra las dos mitades; ó rebasando y envolviendo una de sus alas, si las tropas enemigas estaban concentradas, para atacarlas por el flanco y retaguardia.

En lo referente, no ya á la gran táctica, sino á la táctica propia dicha, supo Napoleón combinar como nadie la acción de las tres armas en un común esfuerzo, hacer uso de las reservas y asestar con la velocidad del rayo el golpe decisivo al adversario en el punto llave del campo de batalla.

Campaña
de 1805.

Con la campaña de 1805 empiezan las guerras del imperio y el período más brillante de la historia militar de Napoleón. Concepción, preparación y ejecución, todo en esta campaña es perfecto, y ni una vacilación, ni un solo error deslucen el conjunto de las operaciones estratégicas.

En guerra declarada con Inglaterra, en el continente Napoleón tiene que habérselas con Austria y Rusia, y en la neutralidad vacilante de Prusia trasciende una enemistad próxima á declararse. El teatro de la guerra abarca toda la Alemania, excepto Prusia, y toda la Italia del Norte; pero las operaciones principales se circunscriben á las cuencas del Rin y de su afluente por la derecha el Mein, y principalmente á la del Danubio. Las líneas estratégicas naturales determinadas por aquellos dos ríos y especialmente la del Rin van á ser la extensa base de operaciones de los franceses. No es posible que los austriacos presuman que antes de que se les incorporen los rusos, ha de caer sobre su retaguardia un ejército, que ha de formar cuerpos de ejército que están uno en Hannover al Norte y más allá del Mein; otro en Holanda, bastante lejos de la confluencia del Rin y el Mein; y los restantes diseminados por Flandes y el Norte y Oeste de Francia, entre el canal de la Mancha y el curso del Rin.

El efectivo del ejército austriaco es de 200.000 hombres, y el del ruso de 120.000. Sin esperar la incorporación de éste, Mack, que es el inspirador del archiduque Fernando, general en jefe del austriaco, emprende las operaciones; 50.000 hombres se dirigen á la Lombardía para arrojar de ella á Massena; 80.000 invaden la Baviera y toman posiciones entre Ulm, junto al Danubio y el lago de Contanza, con frente al Rin y á la Selva Negra; 30.000 ocupan el Tyrol para servir de enlace entre éstos y aquéllos; y otros 30.000 quedan en reserva junto á Viena. Aunque estas grandes masas de soldados austriacos ocupan un frente poco extenso proporcionalmente á su fuerza, están incapacitadas para efectuar una concentración rápida en plazo breve por estar escalonadas con un fondo de gran profundidad, y por dificultar los Alpes las comunicaciones entre ellas.

Como en Marengo, Napoleón va á concentrar su ejército en pleno teatro de operaciones, á retaguardia del ejército austriaco que ocupa la Baviera. El acceso á aquél es más fácil, porque no es una cordillera abrupta la que tienen que salvar las tropas francesas, sino dos ríos, el Mein y el Rhin, cuyos pasos no están guardados inmediatamente por el enemigo. El cuerpo de ejército que está en Hannover constituirá la extrema izquierda del ejército francés, y avanzará hacia el Danubio pasando el Mein en Wurtzburgo, en donde se le ha de unir el que viene de Holanda y pasará el Rhin por Maguncia, y juntos, violentando la neutralidad de la Prusia, seguirán su marcha por Anspach, en dirección SE., para ocupar á Neuburgo é Ingolstadt en la margen izquierda del Danubio. Otros cuatro cuerpos de ejército pasarán el Rhin por Manheim, Spira, Carlsruhe y Strasburgo, marcharán por líneas convergentes que les aproximen entre sí y al curso del Danubio, en cuya margen izquierda vendrán á situarse entre Ulm y Donawerth.

El ejército francés verifica con asombrosa precisión esta gran conversión á la derecha, en la que sirve de eje el cuerpo de ejército de la derecha que ha pasado el Rhin por Strasburgo, es la línea central de operaciones la de Spira á Donawerth, y constituye un movimiento envolvente de la derecha del enemigo, que se halla, cuando menos lo piensa, á todo el ejército francés sobre su flanco, concentrado entre Alberk é Ingolstadt amenazando su retaguardia y comunicaciones con Viena.

Han contribuído al éxito de este conjunto admirable de operaciones un cuerpo de ejército que, desde Huninga en el Rhin, avanzó directamente hacia el Tyrol para desorientar al enemigo, y Massena que, oportunamente reforzado, entretiene á las tropas austriacas de Lombardía.

Mack, en vez de retirarse, repasar las líneas constituidas por los ríos Iller y Lech, amenazadas de flanco y retaguardia por los franceses y acogerse á la de Ynn, afluente, como aquéllos, del Danubio por la orilla derecha, verifica un cambio de frente á retaguardia y á la derecha pasando el Iller, y se sitúa á lo largo del Danubio apoyando la que antes era izquierda de su ejército, y ahora resulta derecha, en el río Lech, y su izquierda, antes derecha en Ulm. De las operaciones estratégicas verificadas por los franceses son continuación las maniobras de gran táctica que ahora emprenden, y que acentúan el movimiento envolvente sobre la derecha austriaca. Un cuerpo de ejército permanece en la izquierda del Danubio frente á Neuburgo y Ulm y es el eje del movimiento, los otros pasan el Danubio, y mientras dos de la extrema izquierda separan del centro de los austriacos á su derecha y la obligan á retirarse hacia Munich, los

restantes llegan al Lech y de nuevo amenazan á Mack por su flanco derecho y retaguardia. Ejecuta éste un nuevo cambio de frente á retaguardia, en el que sigue apoyando su izquierda en Ulm, y prolonga su derecha hasta Memmingen, situado entre el Lech y el Iller. Las tres posiciones en que se han establecido las tropas de Mack en el transcurso de la campaña, son radios de una circunferencia en la que el centro es Ulm, y, al situarse en la última, resulta con el frente donde en la primera línea tenía la retaguardia.

Debía Mack, al ver al enemigo sobre su línea de retirada á Viena, intentar abrirse paso por el camino de Bohemia, cayendo con todas sus fuerzas sobre el cuerpo de ejército francés que se le cerraba. Un error de los franceses cometido por Murat, que manda la caballería francesa y que tiene á sus órdenes ese cuerpo de ejército, le facilita á Mack esta salida de su falsa situación. Murat, en la falsa creencia de que el enemigo se retira hacia el Tyrol, no deja en la margen izquierda del Danubio más que una sola división, que es arrollada por la vanguardia del ejército austriaco. Mientras ésta sigue su marcha, Mack con el grueso del ejército ocupa las alturas de Elchingen en la izquierda del río para protegerla. Acude Napoleón á remediar el daño con tropas que trae de la derecha del Danubio, y arroja á los austriacos de Elchingen sobre Ulm. La izquierda francesa que antes de este contratiempo había arrollado á la derecha enemiga en Memmingen, y derrotado después otro cuerpo austriaco más allá del río Iller, continúa y termina el movimiento envolvente, y el ejército austriaco, acorralado en Ulm, se rinde por capitulación. Todos los combates y maniobras de los franceses en las inmediaciones de Ulm constituyen una batalla estratégica iniciada, desarrollada y terminada con precisión matemática (20 de Octubre).

Únicamente se salvaron del desastre un cuerpo de caballería, que logró abrirse paso por el camino de Elchingen, y la derecha austriaca que se retiró hacia el Ynn, cuando los franceses pasaron el Danubio y se incorporaron á los 30.000 hombres que en reserva habían quedado en Viena. Estas tropas austriacas y un ejército ruso de 50.000 hombres, mandados por Kutusof, que acababa de llegar de la Moravia y se hallaba junto al Ynn, eran las que cubrían á Viena.

El ejército francés, sirviéndole de base el río Lech, avanza hacia el Ynn, le pasa, y en contacto continuo con el ejército ruso que se retira y sostiene rudós combates de retaguardia, marcha en dos columnas por la derecha del Danubio en dirección á Viena, que es la misma que parece siguen los enemigos. Napoleón cree que presentarán batalla en la margen derecha del

río, y hace pasar á la izquierda por Lintz un cuerpo de ejército que, marchando á la misma altura de las otras dos columnas, irá á cortar las comunicaciones de Kutusof con la Moravia; le enlaza con el grueso del ejército una flotilla de 150 barcos. Mas no sucede lo que creía Napoleón; los rusos dejan descubierto el camino de Viena, pasan el Danubio por Krems, destruyen el puente, sostienen un combate victorioso con las tropas francesas que caminaban por la izquierda del río, y se encaminan á la Moravia.

Viena abre sus puertas (13 de Noviembre) á la vanguardia francesa que pasa después el Danubio, avanza rápidamente con ánimo de cortar la retirada al ejército de Kutusof en el camino que éste sigue de Krems á Olmütz, y alcanza á la retaguardia rusa, con la que sostiene ventajosa lucha, pero sin conseguir el objeto que se proponía; las tropas de Kutusof se unen en Vischau, más allá de Brün, con el otro ejército ruso que viene de Polonia, y á ellos se incorporan 20.000 austriacos, resto del vencido ejército de Mack en los alrededores de Olmütz: el total de fuerzas de los aliados se eleva á 90.000 hombres.

Necesita Napoleón con un hecho de armas decisivo asegurar su situación en el corazón del territorio enemigo, y terminar pronto la guerra, porque la diseminación de sus cuerpos de ejército, que ha sido precisa para guardar á Viena, vigilar al ejército austriaco que ha evacuado la Italia donde operaba y se halla en Hungría, y á las tropas del de Mack que se refugiaron en Bohemia, y para asegurar su línea de comunicaciones con Francia por el Tyrol y la Baviera, es peligrosa. Con tres cuerpos de ejército, Napoleón ha avanzado hasta las inmediaciones de Vischau, y espera la incorporación que ha ordenado de otros dos más.

La falta de viveres y la confianza de los rusos en la victoria deciden á los aliados á ir al encuentro de los franceses con ánimo, al principio, de maniobrar por su derecha. El ejército de Napoleón frente á Austerlitz, apoya su derecha en la colina del Santnn, última estribación de los montes de Moravia, y posición que ha sido fortificada y artillada con 18 cañones; al centro le sirve de foso el arroyo de Goldbach y su derecha se apoya en los pantanos de Satschan y Menitz. Napoleón, que desea separar á los aliados de su base de operaciones y que prolonguen su izquierda, aparenta ser débil él en la derecha de su frente de combate, cuando realmente no lo es desde la incorporación de los dos cuerpos de ejército que esperaba. Consigue su objeto; los aliados, con el núcleo principal de sus fuerzas, deciden de pronto maniobrar por su izquierda sobre la derecha francesa, para envolverla y cortar las comunicaciones de Napoleón y su ejército con Viena.

Batalla de
Austerlitz (2
de Diciembre).

La disposición de los tropas francesas para el combate es el siguiente: la izquierda, en dos líneas, corta perpendicularmente el camino de Olmütz á Bün, se encuentra apoyada por la reserva de caballería, y cubierta por dos brigadas de caballería ligera; el centro también en dos líneas ocupa varias aldeas en las orillas del arroyo Goldbach; y la derecha, diseminada en destacamentos, vigila los pasos de los pantanos y guarnece las aldeas de Sokolnitz, Telnitz y Menitz. Detrás de ella se encuentra un cuerpo de ejército y además en tercera línea á retaguardia del centro, como reserva general, tiene concentrados Napoleón 10 batallones de granaderos y toda la guardia imperial.

La derecha de los aliados avanza por el camino de Brün para tener en jaque á la izquierda de sus enemigos, mientras el grueso del ejército en cuatro columnas se dirige hacia la derecha de la línea francesa para envolverla. Tres de estas columnas atacan con tenacidad las aldeas de Sokolnitz y Telnitz, pero sin resultado. Este doble ataque á los extremos de la línea francesa, separa cada vez más las dos alas de los aliados, debilita su centro, y es causa de que se hallen poco guarnecidas las alturas de Pratzen, que son la llave del campo de batalla. Dos divisiones francesas se apoderan de ellas con impetuosa acometida, y una vez roto de ese modo el centro de la línea enemiga, reforzadas por un cuerpo de ejército y apoyadas por la reserva general, efectúan un cambio de frente á la derecha, y se dejan caer sobre el flanco y la retaguardia de las columnas rusas que se baten en Telnitz y Sokolnitz.

La izquierda francesa ha rechazado el ataque de la derecha enemiga y ha contribuído á la rotura, por el centro, de la línea de los aliados, avanzando contra aquélla y separándola cada vez más del resto del ejército austro-ruso por medio de una brillante maniobra de la caballería y la infantería en combinación. La infantería, apoyada siempre por la caballería, ha marchado á vanguardia en línea de columnas, y cuantas veces se ha visto acometida por la caballería austriaca, formó en cuadros, y después de rechazarla continuó adelante hasta llegar á una extensa llanura, en que la caballería francesa, una vez despejado el camino por la infantería, ha desplegado sus grandes masas y ha destrozado por completo á la enemiga. Después de esta brillante carga de caballería la izquierda francesa efectúa un rápido cambio de frente á la izquierda, que aísla por completo á la derecha enemiga del resto del ejército aliado. Opone ésta tenaz y heroica resistencia en grandes masas, pero la segunda línea de los franceses refuerza á la primera ocupando sus intervalos, la artillería siembra la muerte é introduce el desorden en las co-

lumnas austro-rusas, la infantería las rompe y la caballería las acuchilla y dispersa.

En el extremo opuesto del campo de batalla una de las columnas rusas y gran parte de otra caen prisioneras. La tercera se retira por la superficie helada del pantano de Satschan, pero el peso de tanto hombre y los disparos de las baterías francesas rompen el hielo, y la mayor parte de los soldados se hunden en las aguas del pantano y perecen.

Fué tan completa la derrota de los aliados que, de sus 90.000 hombres, murieron, fueron heridos y se dispersaron 20.000; 19.000 cayeron prisioneros de los franceses, que además se apoderaron de 184 cañones.

Las pérdidas de los vencedores no llegaron á 5.000 hombres. Esta decisiva batalla, llamada también de los tres emperadores, porque á ella asistieron los de las tres naciones beligerantes, puso término á la guerra. Los aliados pidieron un armisticio, y entre Francia y Austria se hizo el tratado de paz de Presburgo, por el que Napoleón consiguió la cesión de casi toda la Italia del Norte á su imperio, ventajas territoriales para sus aliados los bávaros, y el Austria se separó de la coalición.

III

Guerra de la Independencia en España y Portugal.—Invasión francesa.—Organización del ejército español.—Batalla de Bailén.—Primer sitio de Zaragoza.—Junot en Portugal.—Napoleón en España.—Segundo sitio de Zaragoza.—Campaña de 1809 y 1810.—Lord Wellington.—Batalla de Talavera.—Expedición de los franceses á Andalucía.—Massena en Portugal.—Líneas de Torres-Vedras.—Operaciones de los ejércitos franceses en Aragón y Cataluña.—Sitio de Gerona.—Sitio de Badajoz.—Batalla de Albuera.—Batalla de los Arapiles.—Batalla de Vitoria.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de la guerra de la Independencia.—Sus caracteres excepcionales.—Partidarios.—Procedimientos tácticos de Lord Wellington.—La columna de ataque y el orden desplegado.

Guerra de la Independencia.—Invasión francesa.

A fines de 1807, con el beneplácito del gobierno español, un ejército francés de 25.000 hombres entraba por los Pirineos Occidentales en la Península Ibérica; por Burgos, Valladolid y Salamanca se dirigía á cruzar la Cordillera Carpetana, pasaba de la cuenca del Duero á la del Tajo; y por la margen derecha de este río invadía el reino lusitano para cerrar sus puertos á Inglaterra, contra cuya nación había decretado Napoleón I el bloqueo continental, esperando que, cerrados todos los puertos europeos á su marina, el comercio, y poderío de su encarnizada y odiada enemiga se arruinarían. Entraba, además, en los planes de Napoleón, apoderarse de toda la Península Ibérica para afirmar su propio poder.

En su vergonzosa torpeza el rey Carlos IV, influido por el favorito de su esposa, D. Manuel Godoy, á quien había concedido el título de príncipe de la Paz, hizo que, á la ocupación de Portugal por los franceses, contribuyeran tropas españolas que

se apresuró á poner á las órdenes de Junot, general en jefe del ejército imperial, invasor del reino lusitano.

La línea de invasión adoptada por los franceses, aunque la más corta en distancia geográfica, era la peor de todas. Desde que abordó el ejército invasor la Cordillera Carpetana, marchó por comarcas, casi despobladas completamente unas, faltas de comunicación la mayor parte, y de suelo muy accidentado todas; así sucedió que fueron más los que se quedaron rezagados por el camino y se incorporaron después sucesivamente al cuartel general, que los soldados que entraron en Lisboa con su general en jefe el 30 de Noviembre.

Con el pretexto de la guerra de Portugal, Napoleón fué escalonando de la frontera francesa á Madrid nuevas tropas, y parte considerable de ellas se entraron con Murat en la capital de España (23 de Marzo de 1808). Había abdicado Carlos IV la corona en Fernando VII, contra toda su voluntad, á consecuencia del asqueroso motín ocurrido en Aranjuez el 19 de Marzo. Napoleón, con el fingido propósito de dirimir las cuestiones pendientes entre padre é hijo, logró hacerlos venir á territorio francés, para obligar á ambos á renunciar la corona de España en él, que se la confirió á José Bonaparte.

El glorioso levantamiento del pueblo de Madrid contra los pérfidos invasores, ocurrido el 2 de Mayo y ahogado en sangre por Murat, fué chispazo que produjo explosión nacional de odio, venganza y guerra. Se organizaron en las provincias juntas de defensa; sobre la base de las tropas veteranas, se improvisaron ejércitos, y se levantaron numerosas partidas de guerrilleros. Napoleón había creído fácil empresa la de someter á una nación abandonada por sus gobernantes, y se halló frente á frente de un formidable elemento de resistencia, que no había encontrado en ninguna de sus guerras anteriores; un pueblo en masa que se levanta en armas contra él, animado por un espíritu de independencia que mantenía vivo el fuego de la guerra, que no amortiguaban los mayores descalabros. Hasta entonces, vencido el ejército, sometido el gobierno y ocupada la capital, en ninguna nación había hallado resistencia.

Los franceses que traidoramente se habían apoderado de San Sebastián y Pamplona, y de Figueras y Barcelona, y que se hallaban ya en el corazón de España, trataron de invadirla toda rápidamente para someterla á la voluntad de Napoleón, empresa que consideraron fácil, tratándose de una nación sin gobierno constituido, y se puede decir que sin ejército, por lo mal organizado y peor preparado para la guerra que éste se encontraba.

Moncey desde Burgos se dirigió á la vertiente oriental; parte

Organiza-
ción del ejér-
cito español.

de las tropas que se habían hecho dueñas de Barcelona, debían recorrer el camino del litoral del Mediterráneo para incorporarse á las de Moncey, delante de Valencia; Lefebre-Desnouettes, por Pamplona, fué á sitiar á Zaragoza; Dupont invadió la Andalucía, y Vedel y Gobert ocuparon la Mancha para conservar le expedita la línea de retirada. Estas largas expediciones excéntricas, sin ninguna base de operaciones y con tropas insuficientes por su número y por la escasez de recursos para reprimir el levantamiento nacional de los españoles, estaban amenazadas de completo fracaso, y así fué.

Batalla de
Bailén.

Dupont llegó al Guadalquivir, forzó el paso del puente de Alcolea, y entró en Córdoba el 7 de Junio; la saqueó, hizo lo mismo con Jaén, y se retiró á Andújar en la margen derecha del río. Fué reforzado por las divisiones de Gobert y Vedel, de las cuales la primera se situó en Bailén, á unos 23 kilómetros, en la carretera que por el paso de Despeñaperros en Sierra Morena va á Madrid, y forma en su trayecto de Andújar á la cordillera un ángulo agudo con el río. Vedel se incorporó á Dupont en Andújar viniendo de Bailén, al mismo tiempo que Gobert se dirigía á substituirle en esta población, después de haber estado algunos días guardando los pasos de la Sierra.

Reunidas las tropas organizadas por las juntas de defensa de Granada y Sevilla formaron un ejército de 25.000 infantes, 2.000 caballos y 60 cañones, del que tomó el mando en jefe el general Castaños, y el de las tres divisiones y reserva en que estaba dividido, Reding, el marqués de Coupigny, D. Félix Jones y D. Manuel de la Peña, respectivamente.

En consejo de guerra celebrado en Porcuna, los generales españoles acordaron atacar de frente á las tropas de Dupont, y al mismo tiempo interceptar sus comunicaciones yendo parte del ejército á situarse á su retaguardia, después de pasar el río, y corriéndose las partidas de guerrilleros á ganar los pasos de la Sierra: conviene advertir que ignoraban la llegada de las divisiones de Vedel y Gobert. Con sujeción á este plan preconcebido, Castaños con la división de Jones y la reserva avanzó sobre Andújar para estrechar de frente á Dupont, cuyas posiciones cañoneó el 15 de Julio, mientras tanto que las divisiones de Reding y Coupigny se dirigían por la derecha á cruzar el Guadalquivir, agua arriba de Andújar, para cortar á las tropas Dupont de la división francesa que se hallaba en Bailén, y amenazar de flanco y revés su línea de retirada. Reding pasó el río por un vado el día 16, forzó las posiciones de Menjíbar defendidas por una brigada francesa, las persiguió hasta muy cerca de Bailén, derrotó á la división Gobert, que salió en auxilio de aquélla, con muerte de su jefe, y retrocedió á Menjíbar

para unirse con Coupigny, que también había pasado ya el río.

La división Vedel, enviada por Dupont á Bailén, al llegar á esta población, vió que la del difunto Gobert se había dirigido apresuradamente á Sierra Morena, porque había creído que las partidas de guerrilleros que habían ocupado los pasos de la cordillera Mariánica eran fuerzas respetables, y en el temor de que se viese seriamente comprometida, voló en su auxilio; de suerte que Reding y Coupigny pudieron ocupar á Bailén sin dificultad alguna el 18.

Sin saber lo que á su retaguardia sucedía, Dupont cayó por fin en la cuenta de su comprometida situación en Andújar: sigilosamente, para que no lo advirtiese Castaños, la noche del 18 emprendió la retirada á Bailén, y con gran sorpresa suya halló interceptado el camino por las tropas de Reding y Coupigny que, en líneas profundas y artilladas y con la caballería en las alas, le esperaban en posición. A las cuatro de la mañana del 16 empezó la batalla; trataron los franceses de abrirse paso á viva fuerza y sus columnas fueron rechazadas; y después de haberlo sido todo el ejército en una carga general, abrumados sus soldados por la fatiga, el calor y la sed, pidió Dupont una suspensión de armas que le fué concedida, cuando ya Castaños, que había pasado el río, vino á acometer al enemigo por su retaguardia.

Cuando Vedel retrocedió desde Sierra Morena para venir en socorro de su general en jefe, éste había ya capitulado y lo había incluido con sus tropas en la capitulación. Al llegar al campo de batalla atacó á la retaguardia española; pero tuvo que desistir de continuar el combate ante la intimidación de que si no lo hacía así, las tropas de Dupont serían pasadas á cuchillo; 2.000 franceses habían perecido en el combate, y los 20.000 restantes rindieron las armas á discreción. Hay que advertir que Dupont incluyó en la capitulación hasta los destacamentos que habían dejado Gobert y Vedel en la Mancha, y que todos, excepto uno, cumplieron lo capitulado.

Esta derrota, la primera que sufrían las tropas de Napoleón, fué un golpe fatal para su prestigio, demostrando los españoles que se las podía vencer. Por lo pronto influyó de un modo decisivo en todas las operaciones emprendidas por el invasor. Moncey se vió en la precisión de retirarse del reino de Valencia sin haber logrado entrar en la capital, y el sitio que á Zaragoza habían puesto Lefebre y Verdier concluyó siendo otro fracaso para el prestigio de las armas francesas. «Más bien que sitio—ha dicho el conde de Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*—fué una continua lucha ó defensa de posiciones diversas, en que el entusiasmo y personal

Primer sitio
de Zaragoza.

denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas».

Después de vencer á los hermanos Palafox, alma del levantamiento de Zaragoza y su provincia contra el invasor, y á las tropas mal organizadas é improvisadas en su mayor parte, con que trataron de oponerse en su marcha en Tudela y Alagón, había llegado Lefebre á la vista de Zaragoza, en la firme persuasión de que, en el caso de hallar resistencia, le bastaría un golpe de mano para apoderarse de una ciudad sin más defensa que débil tapia aspillera, el malo y antiguo castillo de la Alfajería al O., y el fuerte de Monte Torrero al N., sin más guarnición que unos 300 soldados de distintos cuerpos, y sin un jefe militar que organizase la resistencia, y se encontró desagradablemente sorprendido al ver retroceder su vanguardia, rudamente escarmentada por los zaragozanos. Acostumbrados los generales de Napoleón á la completa sumisión de todos los pueblos de Europa, en cuanto vencían á sus ejércitos, no salían de su asombro ante el heroísmo del pueblo español.

Avanzando en la misma dirección que tenían, atacaron enérgicamente los franceses las puertas de la ciudad en la parte occidental de su recinto, y fueron rechazados con grandes pérdidas. Llegó Verdier, que venía de Vitoria, con bastante artillería y refuerzos que elevaron el efectivo de las tropas francesas á más de 12.000 hombres, tomó el mando é hizo objeto de sus esfuerzos á Monte Torrero, considerado por él llave que le abriría las puertas de Zaragoza, se apoderó de él á mucha costa, estableció en él sus baterías y bombardeó la ciudad. Mientras se verificaba el bombardeo, D. José Palafox logró entrar en la plaza con muy poca gente y se puso al frente de la defensa, la que, hasta entonces, había dirigido el enérgico alcalde corregidor, D. Lorenzo Calvo y Roza.

Un asalto general y otros parciales de los franceses no dieron el resultado decisivo que Verdier esperaba. Ni antes la pérdida de Monte Torrero, ni los horrores del bombardeo después, ni ahora la pérdida del convento de Santa Engracia, fuerte edificio del recinto, del que habían conseguido apoderarse las columnas de asalto, después de sangriento y tenaz combate que duró muchas horas, amilanaron á los valientes zaragozanos. Capitulación les había dicho Verdier, cuando la toma de Monte Torrero le hizo creer que Zaragoza era suya. «Guerra á cuchillo», le había contestado Palafox con la enérgica concisión de un espartano; y persistieron los defensores de la ciudad en su heroica resistencia, hasta que vieron á los sitiadores retirarse con la vergüenza de no haber podido rendir á una ciudad desguarnecida y sin obras de defensa que merecieran tal nombre.



Del mismo modo que en España, en Portugal cundió rápidamente la insurrección iniciada por una parte de las tropas españolas que Carlos IV había puesto á las órdenes de Junot. A fuerza de habilidad y denuedo el general francés y sus soldados pudieron sostenerse sin mengua de su reputación militar, pero inútilmente se esforzaron para someter el país.

Apreciando en su inmenso valor el espíritu de independencia que animaba á españoles y portugueses, para fortalecer los elementos de resistencia que en la Península Ibérica habían surgido como por encanto contra el invasor, con gran asombro de Europa entera y verdadera estupefacción de Napoleón I, Inglaterra se apresuró á enviar ejércitos. Uno mandado por sir Arturo Wellesley desembarcó en Portugal, y su presencia bastó para que la creciente insurrección de los portugueses fuese general en todo su reino. La situación de Junot y sus tropas se hizo insostenible; completamente aislados, privados de todo recurso, y sin ser dueños de más terreno que el que pisaban, después de haber sido derrotado por los ingleses en la batalla de Vimeiro, tuvieron que capitular honrosamente, y se alejaron de las costas de Portugal á bordo de una escuadra inglesa, que los condujo á las de Francia. Este descalabro de los franceses en el reino lusitano coincidió con los sufridos en España. En menos de mes y medio, á contar del día en que se dió la batalla de Bailén, habían abandonado toda la Península hasta más allá del Ebro, y entre este río y la frontera sólo conservaban las plazas fuertes de que traídoramente se habían apoderado. Napoleón pudo convencerse de que se había equivocado al juzgar al pueblo español por sus indignos gobernantes; de que la audaz invasión, sin más garantía de éxito que el injusto menosprecio á los habitantes del país invadido, había sido una loca temeridad; y de la precisión de empezarla de nuevo sin olvido de los principios estratégicos y tácticos.

Para tomar el desquite de tanto descalabro, á fines de 1808 Napoleón I en persona, con un ejército de 200.000 hombres, la flor y nata de sus tropas, entraba en España y emprendía una enérgica campaña ofensiva sirviéndole de línea principal de operaciones la carretera que desde el Bidasoa va á Madrid. Para oponerse á la invasión se hallaban en las Provincias Vascongadas el general Blacke con el ejército llamado de la izquierda, y en Aragón los ejércitos del centro y de reserva, acudillados respectivamente por Castaños y Palafox, y venía por la carretera de Francia el de Extremadura. Ente los cuatro sumaban 83.000 combatientes, cuya diseminación no era lo más á propósito para contrarrestar la ofensiva de un enemigo superior en número y concentrado.

Napoleón en
España.

El plan de Napoleón era batir primero las tropas del centro que, en el extenso semicírculo que en el conjunto formaban los ejércitos españoles, era el más débil, y arrollar, después de separarles, los de las alas; pero no fué así por la impaciencia de los generales franceses en habérselas con el enemigo, y por ser el ejército español de la izquierda el más avanzado de todos.

Como no podía ser menos, los movimientos ofensivos de los franceses, efectuados del centro á la circunferencia, dieron la victoria á las tropas de Napoleón, y los ejércitos españoles fueron batidos separadamente: el de la izquierda en Zornoza y Espinosa, el último día del mes de Octubre y los 10 y 11 de Noviembre; y los del centro y reserva en Tudela de Ebro, el 23 del mismo mes. Antes de esta última fecha Napoleón había batido al ejército de Extremadura cerca de Burgos, y se dirigía á Madrid por Aranda. El 30 de Noviembre forzó el paso de Somosierra en la Cordillera Carpetana, defendido por 10.000 soldados españoles, y por el que le abrió camino una brillante carga que dieron los lanceros polacos, cuando ya la artillería é infantería francesa batían de flanco desde una altura las posiciones enemigas. El 4 del mes siguiente entraba Napoleón por capitulación en Madrid.

Los ingleses comprendieron que desde Portugal podían ser una amenaza constante para las comunicaciones de los invasores con Francia, y á fin de interceptarlas en Madrid y el Ebro, un ejército suyo desembarcó en Lisboa y entró en el antiguo reino de León; pero, acometido por fuerzas muy superiores, vencido en Sahagún y perseguido por Soult, cortada su línea de retirada hacia Portugal por Salamanca, tuvo que dirigirse á la Coruña, donde se reembarcó en la escuadra, después de reñir en las inmediaciones de la ciudad sangriento combate, en que sucumbió su general en jefe, sir Jonn Moore.

En Cataluña la suerte de las armas fué también favorable á los franceses. Gouvion Saint-Cyr, salvando los Pirineos orientales, para acudir en auxilio de Duhesme, bloqueado en Barcelona por el ejército español, llamado de la derecha, compuesto de 25.000 y mandado por Vives, había avanzado por el camino de Hostalrich, destruido la fortaleza Rosas, hecho una falsa demostración sobre Gerona, y batió el 15 de Diciembre á Vives, que hubo de levantar el bloqueo de Barcelona, á cuya ciudad llegó el ejército francés de socorro sin más obstáculos.

Zaragoza, segunda vez sitiada el 20 de Diciembre de 1808 por un ejército que llegó á 40.000 hombres, resistió heroicamente, sufrió los horrores del hambre y de la peste, y se rindió por capitulación, en 21 de Febrero de 1809, después de 25 días de brecha abierta, de los que el sitiador necesitó 52 para poner

Segundo
sitio de Za-
ragoza.

el pie dentro del recinto, y los restantes para ocuparla, por el denuedo con que el pueblo y soldados se defendieron obligando á los franceses á conquistar casa por casa; 20.000 muertos y 13.000 enfermos y heridos en los hospitales prueban la admirable y patriótica tenacidad de los zaragozanos en la defensa de la ciudad. A los sitiadores les costó más de 8.000 hombres el ser dueños de Zaragoza. Dirigió la defensa el general Palafox que, después de la acción de Tudela, se había acogido al recinto de la siempre heroica ciudad. Entre tropas regulares y voluntarios zaragozanos dispuso de unos 30.000 hombres; la población entera, que era en aquellos tiempos de unos 54.000 habitantes, sin distinción de sexo, condición ni edad, demostró un heroísmo únicamente comparable con el de los saguntinos y numantinos en la antigüedad, y con el de Gerona en esta misma guerra de la Independencia.

Dos cuerpos de ejército mandados por Moncey y Mortier pusieron sitio á la ciudad, que había sido convertida por los defensores en una plaza improvisada.

Los franceses recibieron refuerzos, situaron un cuerpo de observación en Calatayud para asegurar las comunicaciones con Madrid, bloquearon por completo la ciudad, con su numerosa artillería rompieron el fuego sobre una extensa parte de recinto, abrieron brecha y dieron un triple asalto simultáneo, apoderándose del convento de San José, del reducto del Pilar y del puente de Huelva, afluente del Ebro que riega por el Mediodía las tapias de Zaragoza; pero resultados tan mezquinos, en proporción de los esfuerzos y sangre vertida, desalentaban á los sitiadores.

El mariscal Lannes, restablecido de la enfermedad que le había retenido en Tudela, vino á ponerse al frente de los sitiadores, hizo que la artillería rompiese de nuevo el fuego contra la ciudad con activa eficacia, y lanzó sus tropas al asalto hasta conseguir que pusiesen definitivamente el pie dentro del recinto. Empezó luego una lucha horrorosa en las calles, en la que cada edificio de alguna importancia, cada manzana de casas, era una fortaleza que costaba raudales de sangre rendir. Una guerra destructora de minas y contraminas iba convirtiendo la ciudad en un montón de escombros ensangrentados, á medida que iban lentamente avanzando los franceses hacia el interior de la población. Exasperado Lannes había preparado nuevas minas y dispuesto baterías que volasen y arrasasen calles enteras, cuando la siempre heroica Zaragoza capituló honrosamente, después de extremar hasta lo imposible la resistencia.

Al principiar el año 1809, la actitud hostil de Austria obligó á Napoleón á abandonar la España. Dejó al lado de su hermano

José al mariscal Jourdan, y tropas distribuídas en cinco ejércitos; de los que tres habían de operar respectivamente por el Levante, Mediodía y Poniente de la Península; el cuarto en el centro de ésta había de servir de enlace á los demás y asegurar la posesión de Madrid; y el quinto guardar las comunicaciones con Francia. «Sistema estratégico, dice Corsi en su *Storia militare*, de triple frente y reserva central, violento y peligroso; pero impuesto por la forma y estructura de la Península Ibérica, la dominación de los ingleses en el mar, y la sublevación del país».

Lord Wellington. La ausencia de Napoleón y la vuelta de sir Arturo Wellesley, que no tardó mucho tiempo en llamarse lord Wellington, á la Península con un ejército inglés, fueron dos grandes males para los franceses, porque el rey intruso, jefe supremo nominal de los ejércitos invasores, no tenía autoridad efectiva ni prestigio para imponerse á sus aguerridos y victoriosos generales, siempre discordes entre sí por continuas rivalidades, y porque el flemático general inglés con su sistema de guerra defensiva-ofensiva, y de posiciones hábilmente escogidas y mejor defendidas por los fuegos cruzados de extensas y delgadas líneas de infantería, había encontrado el dique en que se iban á estrellar los ataques á la bayoneta en profundas columnas, que resumían la táctica napoleónica.

La seguridad de que los invasores estaban privados de toda esperanza de refuerzos, ocasionó una reacción ofensiva de los ejércitos españoles, cuyo resultado inmediato, aun después de derrotado en la Mancha, junto á Ciudad Real, el que mandaba el duque del Infantado y en Medellín el de Extremadura, acaudillado por Cuesta, fué la imposibilidad de coadyuvar á la invasión de Portugal que efectuó Soult desde Galicia, con sujeción á plan concebido por Napoleón, las tropas francesas que operaban en el centro de la Península. Soult llegó á apoderarse de Oporto, pero no pudo marchar sobre Lisboa por el aislamiento y las dificultades que el estado de insurrección de los portugueses le ocasionó. Lord Wellington vino contra él, le sorprendió en Oporto y le obligó á evacuar el Norte de Portugal llegando á tener casi envuelto su ejército en la penosa retirada que el general francés hizo á Galicia. Conseguido tan satisfactorio resultado, retrocedió á Abrantes, para entrar por la cuenca del Tajo con objeto de operar contra las tropas de José Bonaparte, en combinación con el ejército de Cuesta y con el vencido en la Mancha, que había sido reorganizado por su nuevo general en jefe, Venegas. Uno y otro se habían aproximado al Tajo; Venegas, desde los pasos de Sierra Morena, se había internado en la Mancha y establecido su cuartel general en Santa Cruz de Mu-

dela, y Cuesta, por el camino de Extremadura á Madrid, había llegado á la izquierda del Tajo por el puerto de Mirabete. Wellesley vino por la derecha del río con 22.000 hombres, llegó á Plasencia, se adelantó á conferenciar con Cuesta y convino con él en avanzar juntos á batir los 50.000 hombres de que podía disponer inmediatamente José Bonaparte, antes de que Sault, que había concentrado otros 50.000 soldados en la cuenca del Duero, pudiese pasar á la del Tajo por el puerto de Baños y camino que une la provincia de Salamanca con Plasencia. El general Venegas con su ejército, que era de unos 24.000 hombres, pasaría el Tajo por Fuentidueña para amenazar á Madrid, objetivo principal de la campaña, y distraer con esta demostración ofensiva parte de las tropas de Bonaparte. Quince mil portugueses, mandados por Beresford, vendrían de Portugal á vigilar los pasos de la Cordillera Carpetana.

«Los principales defectos de este plan, dice Villalba en su *Táctica de las tres armas*, eran que Venegas estaba demasiado separado del centro de operaciones (130 á 140 kilómetros), y sin relaciones estratégicas posibles, colocándose voluntariamente los aliados en la crítica situación de los franceses, es decir, fraccionados y con líneas dobles de operaciones. Parece, sin embargo, que equilibraba esta desventaja el que podía su demostración fraccionar á los franceses que operaban en el Tajo; pero como una demostración no tiene importancia, sino en relación á lo que se puede temer de las fuerzas que la practiquen, y las tropas de Venegas allegadizas, mal armadas y peor equipadas, no estaban en condiciones de combatir en campo raso y descubierto como el que se asignó á sus operaciones, resultaba por demás imperfecta la combinación. Podían los franceses, como lo hicieron, dejar ese enemigo á la espalda y volver sobre él después de aniquilado el principal (batalla de Almonacid). No dejando fuerza suficiente para contener al enemigo procedente del valle de Duero, cada paso que se diera en dirección al E. comprometía la retirada, si es que no obligaba á Wellesley á no pasar del Alberche.»

En realidad, el éxito de la campaña tenía que depender de que el tiempo estuviese calculado con tal exactitud, y las operaciones las verificasen los aliados con tal precisión, que lograsen derrotar á José Bonaparte antes de que Sault pudiera pasar la Cordillera Carpetana, y viniera á cortar la línea de retirada por la derecha del Tajo á sir Wellesley, pues Beresford, ni por la calidad, ni por el número de sus tropas, estaba en condiciones de cerrar el paso al general francés. Las operaciones, consideradas estratégicamente, eran muy peligrosas.

En cuanto al plan de los franceses, estaba impuesto por és-

tas: esperar la llegada de Soult, y atacar éste por retaguardia y Bonaparte por el frente á los aliados. Por no unirse desde luego el cuerpo de ejército que mandaba el mariscal Víctor con el de Sebastiani, que se había dirigido con el rey José hacia Toledo, éste, á no ser por el desacuerdo entre Cuesta y Wellesley, hubiera sido derrotado por los aliados al replegarse á la izquierda del Alberche, afluente del Tajo por la derecha, cuando éstos se aproximaron á aquel río. No fué así, y por el contrario Cuesta, que llegó á pasar el Alberche, sufrieron un ligero descalabro, y las tropas de Víctor y Sebastiani se unieron cerca de Toledo.

Los aliados, en expectativa del ataque de los franceses, tomaron posiciones á la derecha del Alberche en una serie de colinas, cuya orientación general es de E. á O. Su derecha, que la constituían los españoles, se apoyaba en Talavera, villa situada en la margen derecha del Tajo; la izquierda, formada por los ingleses, se extendía hasta el cerro de Medellín, posición dominante, llave del que fué campo de batalla, á cuyo pie había un valle formado por riachuelos y flanqueado al N. por los peñascales de la Atalaya. Una altura que había en el centro y que había sido fortificada y artillada, servía de enlace de las tropas de la derecha con las de la izquierda.

Sin esperar la llegada de Soult al teatro de operaciones como convenía para asegurar la derrota de los aliados, Bonaparte, hostigado por el impaciente Víctor, atacó á los aliados. Este hizo que una de sus divisiones fuese á sorprender á los ingleses en el cerro de Medellín en la noche del 27 de Julio, después de un ligero cañoneo y de hacer una demostración contra el centro de la línea enemiga. Los franceses fueron rechazados; pero Víctor, insistiendo en atacar el cerro de Medellín, porque dueño de él amenazaría las líneas de operaciones de los aliados, que eran los caminos que van á Extremadura y á Puente del Arzobispo, en la mañana del 28 lanzó al asalto de tan importante posición dos divisiones, y también el éxito fué desgraciado, como también el del ataque que Sebastiani dirigió contra el centro.

Suspendido por tres horas el combate á causa de las vacilaciones de José Bonaparte, á quien su jefe de Estado Mayor, Jourdan, aconsejaba la retirada, y Víctor un nuevo ataque, á las doce se reanudó. Fuerzas de caballería francesa avanzaron hacia Talavera para tener en jaque á los españoles, las dos divisiones de Sebastiani y una de Víctor atacaron el centro, otra del cuerpo de ejército de éste acometió de frente la posición de Medellín, y la tercera trató de envolverla por la izquierda; pero una división española situada por Wellesley en los peñascales

de la Atalaya y una carga de la caballería aliada, que éste había hecho ir al valle inmediato, frustraron esta maniobra y derrotaron á las tropas de Víctor.

En el centro los de Sebastiani, diezmados por el fuego de la infantería y artillería enemiga, fueron acometidos por caballería española y batallones españoles é ingleses que les acometieron por los flancos, y fueron completamente arrollados. Los franceses se retiraron al siguiente día del campo de batalla.

La victoria de los aliados resultó infructuosa por el desacuerdo continuo en que estuvieron Cuesta y Wellesley, por la lentitud del general inglés en las operaciones estratégicas, y por el temor que éste tenía de ver cortada su línea de retirada á Portugal por las tropas de Soult que, en efecto, llegaron á Plasencia el 1.º de Agosto. Cuesta y Wellesley se retiraron á Extremadura; Venegas fué derrotado por los franceses en Almonacid y se acogió á Sierra Morena; Wellesley, al cabo de algún tiempo, fué á encastillarse en Portugal. En Noviembre del mismo año un nuevo ejército español, mandado por el conde de Areizaga, sufría una completa derrota en Ocaña.

Vencida el Austria en Wagram (6 de Julio de 1809) pudo Napoleón enviar refuerzos á su hermano José, rey intruso de España. El ejército del Mediodía, en 1810, invadió la Andalucía, salvando la cordillera Mariánica por tres distintos puntos á la vez, en otras tantas grandes masas. Una de ellas ocupó á Granada y Málaga; las otras dos, reunidas en Córdoba, por la carretera de Andalucía, como línea principal de operaciones, se dirigieron á Sevilla, donde entraron sin resistencia, y desde allí á Cádiz. Tropas españolas, mandadas por el duque de Albuquerque, se anticiparon á los franceses, y entrando oportunamente en la ciudad la salvaron, haciendo posible la resistencia. Los franceses la sitiaron por la parte de tierra.

Seguía lord Wellington encastillado en Portugal, y desde allí era una amenaza que los franceses tenían sobre el flanco derecho de su línea de invasión. Para consolidar la conquista de España les era preciso desalojar cuanto antes del reino de Portugal á tan terrible enemigo, á quien servían de puestos avanzados las plazas fuertes de la frontera hispano-portuguesa y entre ellas principalmente las españolas de Badajoz y Ciudad Rodrigo. Esta empresa la confió Napoleón á uno de sus mejores mariscales, al niño mimado de la victoria, al célebre Massena, que con 60.000 hombres avanzó por la cuenca del Duero, hizo sitiar á Ciudad Rodrigo, que capituló á los 25 días de brecha abierta, después de una vigorosa defensa, honrosísima para su gobernador D. Andrés Pérez Herrasti y la reducida guarnición de la plaza, y cuando no había un solo edificio de la población

Expedición
de los fran-
ceses á An-
dalucía.

Massena en
Portugal-Si-
tío de Ciu-
dad Rodrigo.

que no ostentase ruinosas señales de los efectos de un terrible bombardeo. La toma de la plaza portuguesa de Almeida, contrapuesta á la de Ciudad Rodrigo, la consiguieron más pronto los franceses por la voladura é incendio de un almacén de pólvora.

Batalla de
Busaco.-Lí-
neas de Torres
Vedras.

Ni una ni otra trató de socorrer lord Wellington, que presenció impasible del otro lado de la frontera española el heroísmo de Ciudad Rodrigo y la desgracia de Almeida, y después se retiró á las alturas de Busaco para cubrir á Coimbra y el camino de Lisboa. Massena siguió al inglés por su línea de retirada hacia el valle del Mondego, atacó al enemigo en la meseta de Busaco el 26 de Septiembre, fué rechazado, y cuando por un extenso movimiento de flanco envolvió la posición, se retiró lord Wellington y fué á replegarse al campo atrincherado que cubría por el Norte y Este á Lisboa, y formado por las famosas líneas de Torres Vedras, á las que llegó Massena. Aunque éste conoció que eran inexpugnables, frente á ellas permaneció cinco meses esperando inútilmente una imprudencia del inglés que le proporcionara ocasión favorable para una batalla. Como el país les era hostil y además lord Wellington le había devastado al retirarse, la falta de víveres obligó á los franceses á retirarse hacia Ciudad Rodrigo. En la noche del 5 de Marzo principió la retirada, sin que por algunos días lo advirtieran los ingleses, y hasta que llegó á Pombal no fué molestado el ejército de Massena por ellos; aquí ya empezó la serie de combates de retaguardia, en que se cubrió de gloria el general Ney, que la mandaba, porque, aprovechando lo quebrado y montuoso del terreno, supo tener á raya al adversario sin obtener victorias, pero sin ser vencido, lo que no es poco conseguir en quien protege la retirada de un ejército que ha visto fracasados sus propósitos. Esta retirada, calificada por el general Arteche, en su *Geografía histórico-militar de la Península*, de alarde de fuerza y genio por parte de los franceses, honró á Massena tanto como la mayor de sus muchas victorias, y puede considerarse que terminó con la acción de Fuentes de Oñoro, el 3 de Mayo de 1811, en el que los franceses disputaron vigorosamente la victoria á sus enemigos, y facilitaron la salvación de la guarnición de Almeida, que se abrió paso por medio de los ingleses que habían sitiado esta plaza.

Operaciones
de los ejércitos
franceses en Ara-
gón y Cataluña.
Juña.

Después de haber levantado el bloqueo que sufría Duhesme en Barcelona, Gouvíon de Saint-Cyr llegó por el camino del litoral del Mediterráneo á la vista de Tarragona, y se vió en situación muy crítica por estar rodeado casi por completo de poblaciones en insurrección contra el rey intruso. Pidió refuerzos, los obtuvo y marchó á sitiar á Gerona, plaza fuerte importantí-

simas por su proximidad á la frontera y por ser llave de las comunicaciones de Francia con Cataluña. Empezaron los trabajos del sitio en 6 de Mayo de 1809. D. Mariano Alvarez de Castro, sin otra guarnición que unos 3.000 soldados, á los que se unieron todos los habitantes de la ciudad, hizo una enérgica defensa en que la inteligencia igualó al heroísmo. Por tres veces el general Blacke trató de socorrer á la plaza sitiada para avituallarla, y solamente una logró introducir en ella víveres y un refuerzo de 2.000 hombres. El horroroso bombardeo en que miles de granadas y bombas cayeron en la población, las brechas abiertas en el recinto por las baterías enemigas, los asaltos continuos de los sitiadores y el hambre no bastaron para rendir la plaza. La energía de su gobernador alentaba á los defensores. «¿Y la retirada?», le preguntó un oficial que recibía instrucciones para la defensa de una obra exterior. «Al cementerio», le contestó Alvarez. A tropas que se retiraban de una obra avanzada antes de lo que á la defensa del recinto convenía, las hizo fuego, como si fuesen enemigas, para obligarlas á mantenerse en su puesto.

Disgustado Napoleón por la prolongación del sitio, reemplazó á Saint-Cyr con Augereau. El sitio continuó, el hambre era tan grande que se mantenían los defensores de Gerona con carne de caballo y hasta con alimentos insalubres. La insalubridad y deficiencia de la alimentación produjeron enfermedades que se cebaron en aquellos héroes..... y la plaza no se rendía. Cuando Alvarez cayó postrado en cama, Gerona pidió y obtuvo una capitulación con todos los honores de la guerra. Cuando Augereau vió salir por la brecha los 1.500 hombres á que habían quedado reducidos los defensores de la plaza, se admiró de que aquel puñado de hambrientos hubiera resistido con tanta tenacidad y por siete meses al aguerrido ejército francés. La pérdida de Gerona ocurrió el 12 de Diciembre de 1809.

En Mayo de este mismo año, aprovechando Blacke la concentración de las tropas francesas en la cuenca del Tajo, dispuesta por José Bonaparte, con el ejército de Valencia invadió el Aragón, venció á los franceses en Alcañiz, continuó hasta las puertas de Zaragoza, donde le esperaba en posición el general Suchet que acababa de encargarse del mando de un cuerpo de ejército, y se trabó la acción de Maria. Rechazado Blacke en su acometida, tomó Suchet la ofensiva, arrolló la derecha del ejército español, puso en fuga á éste y se apoderó de su artillería, y á los pocos días le volvió á derrotar en Belchite. Hizo Suchet una demostración sobre Valencia, y frustrado su ataque á esta ciudad se dirigió á Cataluña, y con la conquista de Lérida, Mequinenza y Tortosa separó el principado catalán del reino de Va-

Sitio de
Gerona.

lencia, é hizo imposible que las tropas españolas que se batían en estas dos regiones de la Península pudieran apoyarse mutuamente en sus operaciones. Para completar la ocupación de la Cataluña Baja fué á poner sitio á Tarragona, defendida por numerosa guarnición y con una escuadra inglesa á la vista. A los 44 días de asedio, Tarragona fué tomada por asalto.

Suchet se encaminó á Valencia, fué detenido en su marcha por la heroica resistencia de la guarnición de Sagunto y tuvo que sitiarse esta ciudad. Vino Blacke á socorrerla desde Valencia y fué derrotado el 25 de Octubre de 1811; Sagunto capituló al día siguiente. El ejército de Blacke se acogió, después de su derrota, al campo atrincherado que cubría á Valencia. Suchet le atacó, le desalojó de sus trincheras y le obligó á encerrarse dentro del recinto de la ciudad. El sitio de ésta duró poco; el día 8 de Enero de 1812 capituló.

Sitio de Badajoz.

Desde Andalucía Soult se dirigió á Extremadura y sitió á Badajoz. Las tropas españolas que vinieron á socorrerla fueron derrotadas, y la ciudad se defendió hasta la muerte de su gobernador D. Rafael Menacho, á quien mató una bala de cañón en la muralla; Badajoz capituló. Era la llave de la línea de invasión de Portugal desde el Guadiana, y los propósitos de Soult era marchar sobre Lisboa y amenazar al ejército inglés de lord Wellington por el Sur, mientras Massena lo hacía por el Norte; pero éste había ya emprendido la retirada, y Soult tuvo que desistir de sus propósitos y volvió á Andalucía. Esta misma expedición, verificada al mismo tiempo que Massena invadía á Portugal, ó por lo menos algún tiempo antes de la época en que se verificó, hubiera hecho tal vez que el éxito de la invasión fuera otro.

Batalla de Albuera.

Lord Wellington, en tanto que él perseguía á Massena en su retirada, envió á Beresford con 18.000 hombres á recuperar á Badajoz y la puso sitio en combinación con 4.000 españoles que mandaba el general Castaños. Antes habían recuperado la plaza de Olivenza, que se hallaba también en poder de los franceses. El gobernador francés de Badajoz, general Philipons, la defendió con valor y dió tiempo á que Soult acudiese á socorrerla. El ejército sitiador fué á cerrar el paso al ejército de socorro. Antes se le había incorporado el valiente y tenaz, aunque desgraciado general Blacke, tan incansable hasta entonces en organizar ejércitos como en sufrir derrotas: traía consigo unos 12.000 hombres, que desde Cádiz habían venido á Extremadura por el condado de Niebla.

Situáronse los aliados en una altura inmediata al pueblo de Albuera, paralelamente á los arroyos Chicapierna y Nogales que en Albuera se unen al río de este nombre. En el centro

formaron los ingleses, á la derecha los españoles, unos y otros en dos líneas, y la izquierda la constituían los soldados españoles del general Castaños en primera línea, y tropas inglesas en segunda. Soult vino por la carretera, cuyo trazado viene á formar ángulos muy agudos con el río Albuera y sus afluentes, de los cuales es en algunos trozos casi paralelo, y en la población cruzó aquél por un puente. Simuló un ataque sobre Albuera y pasó el río y los arroyos con el grueso de su ejército para caer sobre la derecha anglo-española. Lo advirtieron los generales aliados con oportunidad é hicieron efectuar á sus tropas un cambio de frente adelantando el centro y la izquierda y retrasando en derecha, de modo que cuando el enemigo concluyó sus manio- bras, se hallaban con frente paralelo al suyo. Avanzaron en columnas los franceses sobre la derecha española y fueron rechazados por el fuego á boca de jarro que le hicieron éstos. Vuelven al ataque precedidos por la artillería y flanqueados por la caballería; pero la española cayó de flanco sobre ellos, cuando ya habían conseguido algunas ventajas sobre la primera línea inglesa, y en la mayor dispersión se retiraron. Los rehace de nuevo Soult y vuelven á la carga con desesperado ímpetu, y por tercera vez el fuego de la infantería en posición, desordena las profundas columnas de los franceses. La victoria quedó ya definitivamente por los aliados.

Desde la retirada de Massena lord Wellington era más que antes el más inminente peligro de los invasores, porque amena- zaba las comunicaciones de éstos con Francia por su natural línea de retirada, y era su ejército el núcleo de resistencia de los españoles y portugueses. En su aparente inacción esperaba una ocasión oportuna para emprender una campaña ofensiva. Cuando comprendió que había llegado, asaltó el 19 de Febrero de 1812 á Ciudad Rodrigo, y pasando después de la cuenca del Duero á la del Tajo, y de ésta á las orillas del Guadiana, en seis días de marcha forzada cayó sobre Badajoz y la tomó también por asalto, volviendo después á la línea del Agueda en el Duero. Esta doble conquista de las plazas fuertes, llaves de la frontera portuguesa en las dos principales líneas de invasión de Portugal, le abrió de par en par las puertas de España. La diseminación por toda España de los 150.000 soldados franceses favorecían los propósitos de resuelta, aunque prudente, ofensiva, á que se había decidido lord Wellington, que pasó el Tormes, se apoderó de Salamanca y se encontró en su marcha por la derecha del Duero con el ejército de Marmont, y el 22 de Julio ocurrió la batalla de los Arapiles. Son éstos dos alturas domi- nantes que ocuparon los ingleses. Marmont quiso tomarlas por un ataque de frente, y cuando vió que no era posible, maniobró

Batalla de
los Arapiles.

contra el flanco derecho del enemigo, amenazando sus comunicaciones. Los ingleses aprovecharon el instante en que la izquierda francesa se hallaba separada del centro, por estar efectuando la marcha de flanco necesaria para ejecutar el movimiento envolvente, cayeron sobre ella por el frente y flanco, y la destrozaron. La derecha intentó un movimiento lateral para socorrerla; pero contenida por las reservas de los ingleses, tuvo que resignarse á cubrir la retirada. En esta reñida batalla, las bajas de ambos ejércitos beligerantes fueron próximamente iguales; Marmont, general en jefe del francés, cayó mortalmente herido en los primeros momentos del combate. Los vencidos se retiraron á Burgos, los vencedores se dirigieron á Valladolid y á los pocos días entraron en Madrid, abandonado por el rey José, su corte y la guarnición francesa, que buscaron refugio en la vertiente oriental al amparo de las tropas de Suchet. Soult tuvo que levantar el sitio de Cádiz y evacuar la Andalucía. Unido en Almansa al rey José, con un ejército de 80.000 hombres, se dirigió á Castilla la Vieja con el objeto de cortar á los ingleses sus comunicaciones con Portugal; pero éstos se apresuraron á situarse de nuevo en la frontera.

Batalla de Vitoria. Nombrado lord Wellington generalísimo de los ejércitos españoles por el gobierno, se efectuó el avance de todos ellos hacia el Norte de España, y él con el suyo marchó sobre la línea de retirada de los franceses, lo que bastó para que el rey José con todo el ejército invasor se retirara apresuradamente á los Pirineos. Alcanzado en la llanura de Vitoria, contra la opinión de la mayor parte de sus generales, se dispuso á aceptar la batalla. Mal dirigidos los franceses, fué fácil la victoria á los aliados. Se habían establecido los franceses en línea paralela al camino real de Francia; para asegurar sus flancos, que quedaban descubiertos, tuvo el rey intruso que destacar fuerzas numerosas á San Sebastián y Logroño. Un ataque de las columnas inglesas sobre el punto de unión del centro y de la izquierda de sus enemigos obligó á éstos á retirarse en desorden (1.º de Junio de 1813). El pánico se apoderó de los vencidos, á quienes sirvió de gran embarzo en todos sus movimientos la inmensidad de bagajes é impedimenta que llevaban consigo. Esta, la artillería, todo, en una palabra, cayó en poder del vencedor.

Fin de la guerra. Los ingleses sitiaron á Pamplona y San Sebastián; Soult con su ejército trató primeramente de socorrer á aquéllos; pero escarmentados por los aliados en la acción de Sorauren, hubo de desistir de su intento. Fué luego en socorro de San Sebastián, pero le cerraron el paso las tropas españolas al mando del general Freire, y en la batalla de San Marcial, la infantería, en línea desplegada, destrozó con su nutrido fuego á corta distancia á

las columnas francesas. San Sebastián fué tomada por asalto, y Pamplona capituló. Lord Wellington se internó en Francia, donde continuó operando por la Gironda hasta la terminación de la guerra.

En la vertiente oriental Suchet fué lentamente evacuándola, y por el camino del litoral se retiró á Francia. Así terminó la invasión de la Península por los franceses.

Considerando en conjunto esta guerra, se observa que los planes estratégicos, preconcebidos, de Napoleón I y de sus mejores generales resultaron fallidos en absoluto al ejecutarlos, cuando menos modificados en su desarrollo, ya por circunstancias que á sus autores no les había sido posible prever, ya por desconocimiento de la índole especial de la guerra. La vida independiente de las distintas regiones españolas, acentuada por exagerado espíritu de provincialismo, sirvió de mucho para rechazar la invasión, porque cada una contaba con elementos propios de defensa, y como sus capitales tenían cuando menos tanta importancia como la del reino, no había para el ejército invasor un objetivo definido, determinado y único, sino muchos, y esa multiplicidad de objetivos y la necesidad de conquistar una por una las distintas comarcas, hacían que las operaciones fuesen tanto más divergentes, cuanto más se extendía la conquista, y las quitaban el carácter metódico y concentrado, predominante en los procedimientos estratégicos de Napoleón y de los generales educados en su escuela. Además, la estructura de la Península, sus abruptas cordilleras, sus numerosos ríos, de corriente torrentosa casi todos, y bastante caudalosos algunos, y la escasez, grande entonces, de vías de comunicación, multiplicaban las dificultades de la invasión y las facilidades de la resistencia. Todos estos elementos pasivos de defensa hubieran sido inútiles, de no aprovecharlos un elemento activo, el pueblo español, que sin distinción de clases sociales se levantó en armas contra el invasor, y dió á la guerra un carácter esencialmente nacional.

Partidas innumerables de atrevidos guerrilleros sorprendían destacamentos, asaltaban convoyes y tenían en constante alarma al soldado francés, que ni en su alojamiento, después de la victoria, tenía segura la vida. Esta continua intranquilidad y zozobra le desmoralizaban. Sus generales acostumbrados á decidir del éxito de una guerra en una sola campaña, y la campaña en una sola batalla por la precisión logística, estratégica y táctica en la ejecución de las marchas, operaciones y maniobras, calculadas de antemano con exactitud casi matemática, se encontraban ahora con entorpecimientos y resistencia donde menos las esperaban. Los habitantes de pueblos insignificantes y de esca-

Consideraciones acerca de la guerra de la Independencia.-- Sus caracteres expedicionales.-- Partidarios.

so vecindario se oponían resueltamente á que los ocupasen los invasores; plazas sin condiciones para una buena defensa la extremaban y detenían delante de sus muros meses y más meses ejércitos considerables; conseguida una victoria que lógicamente debía asegurarles la posesión tranquila de una comarca, los franceses se veían empeñados en combates de más ó menos importancia.

Procedi-
mientos tácti-
cos de lord
Wellington.-
La columna
de ataque y
el orden des-
plegado .

«Las tropas de lord Wellington, ha dicho el general Gómez de Arteche (1), aún inactivas en la frontera del reino lusitano, eran, puede decirse, la base en que se apoyaban las operaciones de los demás ejércitos aliados que defendían la Península, pues que ellos solos llamaban la atención de más de la mitad de las fuerzas francesas, en jaque siempre en Andalucía, Extremadura y Castilla ante el noble lord.»

A la guerra ofensiva, que por necesidad y sistema hacían los franceses, el general inglés opuso la defensiva, y hasta en los momentos en que tomó la ofensiva, porque sin ella no puede haber triunfo definitivo, lo hizo con prudencia extremada, cuidando mucho de asegurar su línea de retirada, y retrocediendo en cuanto la veía amenazada. Le importaba poco que la guerra se prolongase; en guerra de la índole especial de la de la Independencia, el tiempo era un enemigo para el invasor; cuanto más transcurría mayor era el desaliento de éste, que no recogía el fruto de sus fatigas, y mayores alientos cobraba la defensa. En la campaña contra Massena puso lord Wellington de manifiesto sus procedimientos estratégicos, esencialmente defensivos; organización de buenas líneas de defensa, aseguramiento de expeditas líneas de retirada, devastación del país, creación de un campo atrincherado que le sirvió de base de operaciones y reducto de seguridad, concentración de fuerzas, empleo de las plazas fuertes para debilitar el ímpetu del enemigo, retirada firme y metódica sin comprometerse en batalla decisiva ni dejarse envolver, sostenimiento de combates de retaguardia en posiciones escogidas sin extremar su defensa en casos apurados y encastillamiento en el inexpugnable campo atrincherado, donde esperó imperturbable á que el hambre, el desaliento y el acosamiento continuo de las partidas de guerrilleros, ocasionasen el vencimiento, sin derrota de los invasores.

Sus procedimientos tácticos fueron la antítesis de los empleados por los franceses, y determinaron una reacción defensiva; á las cargas á la bayoneta, en columnas profundas, opuso el fuego de fusilería, y la metralla á corta distancia, de tropas desplega-

(1) *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, tomo I, página 54.

das en dobles líneas y establecidas en posiciones defensivas, fuertes por naturaleza y fortalecidas por el arte.

El explícito reconocimiento de la grande influencia de las tropas inglesas en las operaciones de la guerra no es en modo alguno implícita afirmación de que fuera aquélla decisiva en su éxito. Sin el noble tesón y la enérgica entereza de los españoles no hubiera sido la imperturbable pasividad de lord Wellington desde la batalla de Talavera hasta la campaña contra Massena, provocada por la invasión de éste en Portugal, la que hubiera impedido que España, ocupada, á excepción de Cádiz en 1810, por los ejércitos franceses, se hubiese sometido á la dominación extranjera.

«La guerra de la Independencia—como ha dicho el general Almirante—es una magnífica epopeya, origen manifiesto de nuestra regeneración actual.»

Fué y será notable enseñanza de lo que puede un pueblò que quiere ser libre, y merece serlo por su patriotismo.

TERCER PERIODO

Guerras contemporáneas.

Guerra civil en España de 1833 á 1839.—Motivo de la guerra.—Zumalacárregui.—Ejército carlista.—Breve narración de los principales hechos de armas.—D. Luis Fernández de Córdova.—Batalla de Mendigorriá.—Líneas estratégicas del general Córdova.—Espantero.—Sitio de Bilbao.—Batalla de Luchana.—Sitio de Morella.—Levantamiento del sitio y retirada de las tropas mandadas por el general Oráa.—Convenio de Vergara.—Terminación de la guerra.

A la muerte de Fernando VII, acaecida el 29 de Septiembre de 1833, le sucedió en el trono su hija Isabel II, que aún no había cumplido tres años, bajo la regencia de la reina viuda, doña María Cristina. Don Carlos, hermano del rey difunto, se creyó con mejor derecho á la corona que su sobrina por la ley sálica introducida en España por Felipe V, que excluía á las hembras de la sucesión en el trono. Esta ley había sido abolida por Fernando VII en pragmática sanción de 21 de Marzo de 1830, que restableció en todo su vigor las leyes de Partida, que establecían la sucesión en línea directa sin exclusión de las hembras. De los dos partidos en que estaba dividida España, el liberal defendió la causa de la reina, el absolutista la de don Carlos, y estalló la guerra civil.

Donde estalló con más fuerza la sublevación de los absolutistas contra el gobierno de la reina fué en las Provincias Vascongadas, el 5 de Octubre de 1833. Aunque sin lograr su exterminio, las tropas liberales consiguieron al principio fáciles ventajas en los encuentros con las partidas carlistas; pero en cuanto don Tomás Zumalacárregui se puso al frente de la insurrección, la guerra varió de aspecto, porque el genio organizador de este caudillo convirtió aquellas bandas indisciplinadas en ejército, y su talento militar supo aguerrirlas y conseguir una serie de triunfos, rara vez interrumpida, sobre las columnas enemigas, en una campaña de sorpresas y marchas rápidas para la que le sirvieron las fragosidades de la sierra de las Amezcuas de principal ciudadela.

Guerra civil de España, desde 1833 hasta 1839.—Motivo de la guerra.

Zumalacárregui.—Ejército carlista.

Breve narración de los principales hechos de armas. Llegó á introducirse en Vitoria, ciudad bien fortificada y guarnecida, Zumalacárregui, y aunque fué rechazado después de porfiada lucha, la audacia de la tentativa prueba la calidad de las tropas con que se lanzó á tal empresa. Su victoria sobre Carandolet (4 de Agosto de 1834) obligándole á retirarse con su destrozada columna á Viana, su vigorosa defensa del puente de Arquijas, á media legua de Zúñiga, en lucha con las tropas de Córdoba y Oráa, primero (15 de Diciembre de 1834) y contra las del general Lorenzo después (15 de Febrero de 1835), su inmediata victoria sobre éste en Los Arcos y la toma de esta villa, y sus triunfos sobre el general Valdés en las Amezcuas, en Abril de 1835, dieron gran preponderancia á los carlistas en las Provincias Vascongadas, donde muchas poblaciones de importancia como Vergara, Durango y otras cayeron en su poder. La presencia del pretendiente en el teatro de la lucha, desde mediados de Julio de 1834, que verificó su entrada en España por la frontera francesa, había vigorizado mucho el espíritu de insurrección en sus muchos partidarios.

El poco ó ningún éxito de las operaciones y las mudanzas políticas en el partido liberal, trajeron, como ya se ha dicho, un grave mal á la causa de la reina: el incesante relevo de generales en jefes. Sarriñá, Rodil, Mina y Valdés se habían sucedido en el mando en jefe del ejército del Norte, sin conseguir resultados positivos sobre el carlismo. Pero necesitaba éste la posesión de ciudades y poblaciones ricas y de verdadera importancia para obtener crédito en el extranjero, y esto les hizo poner los ojos en Bilbao, y Zumalacárregui la bloqueó el 10 de Junio de 1835. Herido de bala murió el 24 á consecuencia de la herida, y su muerte fué una pérdida irreparable para el pretendiente: á su pericia y talento había debido éste que la guerra se consolidase. El sitio de Bilbao siguió; pero acudieron á socorrerla la mayor parte de las tropas liberales, y los carlistas tuvieron que retirarse. Al hacerlo ocuparon las montañas y desfiladeros por donde podía salir el ejército libertador que se vió encerrado en la hondonada de Vizcaya.

En tan críticos momentos reemplazó D. Luis Fernández de Córdoba en el mando al general Valdés. Con una atrevida y rápida marcha por Orduña á Vitoria frustró los propósitos del enemigo; y luego por Peñacerrada avanzó á su encuentro y se dió la batalla de Mendigorriá. Un doble ataque por el centro y derecha de los carlistas dió la victoria á los liberales, que desalojaron al enemigo de todas sus posiciones, y le causaron más de 2.000 bajas (16 de Junio de 1835).

El plan de operaciones del general Córdoba, no obstante sus defectos, fué el más conforme á los principios estratégicos, en

Don Luis
Fernández de
Córdoba. Ba-
talla de Men-
digorriá.

cuanto lo permitían las exigencias de la política y la necesidad de guardar, en lo posible, de las irrupciones de los rebeldes vastas comarcas, de todos los adoptados por los generales en jefe que se habían sucedido en el mando de las tropas liberales del Norte. Para dar una idea de él se extracta á continuación el magnífico estudio de nuestro insigne tratadista militar Villamartin.

Líneas es-
tratégicas
del general
Córdova.

En 1839 el ejército carlista ocupaba un círculo, cuya circunferencia estaba marcada por la frontera, la orilla derecha del río Arga, Estella, los Arcos, la Peña de Orduña, y la costa hasta Francia. Dentro de este espacio Bilbao y San Sebastián estaban en poder de las tropas de la reina. El teatro de operaciones constituía un inmenso campo atrincherado, en que por la frontera francesa recibía el carlismo cuantiosos recursos que el país, pobre de suyo, no hubiera podido proporcionarle.

Ambos ejércitos carecían hasta de lo más indispensable; pero eran mayores las privaciones del liberal, por ser más numeroso y porque no combatía, como el carlista, en país amigo. Las dificultades tácticas eran todas para aquél porque tenía que atacar forzosamente, mientras que al carlista le bastaba mantenerse á la defensiva, para cuyo sistema de guerra es tan propio todo país montañoso.

En organización y elementos de guerra las ventajas estaban de parte del ejército de la reina. También en el número; pero ha de tenerse en cuenta que, si triplicaba su efectivo al del carlista, que era de 30.000 hombres, por la necesidad de atender á la guarnición de muchas poblaciones, quedaba reducido para las operaciones activas de la campaña á unos 40.000 combatientes.

Se propuso el general Córdova bloquear al enemigo y localizar la guerra á las montañas, estableciendo seis líneas de puestos fortificados. Formaba la primera el río Arga; la segunda el Zadorra; la tercera el Ebro, con fortificaciones en Miranda, Puente Larrá, Haro y Logroño; la cuarta se extendía por la Rioja alavesa; la quinta por el condado de Treviño, y la sexta y última la constituía el alto Arga, que se unía á la primera y se prolongaba hasta la frontera francesa.

Establecido el bloqueo, tres columnas de 20.000 hombres operarían por líneas convergentes y sirviéndoles de base Vitoria, Pamplona y San Sebastián.

Este plan, aunque defectuoso, porque siguiéndolo la terminación de la guerra iba á ser tardía, y la opinión pública exigía que fuese pronta; porque el bloqueo absoluto era imposible, pues ocupando los carlistas una posición central podían concentrarse y caer sobre una de las líneas con fuerzas superiores á las que podrían acudir en defensa del punto amenazado; porque en un país montañoso son difíciles las operaciones combinadas por lí-

neas convergentes; y últimamente, porque cada uno de los tres cuerpos de ejército que habían de operar activamente era inferior al enemigo que, concentrado con oportunidad, podría batirlos sucesivamente, respondía á la necesidad de cubrir y proteger comarcas y poblaciones ricas.

El objeto principal de este plan, que era cortar de Francia al ejército carlista, era plausible, pero no el de cerrarle el acceso á las llanuras de Castilla, cuando por el contrario convenía empujarlo hacia ellas, donde las ventajas serían para el ejército liberal, superior al enemigo en caballería y artillería.

Espartero.- Sitio de Bilbao.-Batalla de Luchana. La guerra se prolongaba y el ejército carlista de alguna importancia, que era el de las Provincias Vascongadas, no podía extender sus operaciones más allá de las colindantes. Para dar impulso á la guerra los carlistas efectuaron expediciones por toda España. Sus esperanzas salieron fallidas. Todas las expediciones tuvieron un fin desgraciado y fué la más notable la realizada por D. Miguel Gómez, que llegó con su gente hasta Algeciras, después de haber recorrido el principado de Asturias, los antiguos reinos de Galicia y León, las dos Castillas y Andalucía, no obstante la tenaz persecución de varias columnas liberales. Derrotado por fin en varios encuentros regresó al punto de partida, sin que su expedición diera el menor resultado favorable á la causa del pretendiente.

Otra vez hicieron los carlistas objetivo de sus operaciones á Bilbao y la sitiaron el 26 de Octubre de 1836. Defendióse heroicamente la invicta villa, y era su situación muy apurada cuando vino á socorrerla el ejército liberal, acaudillado por Espartero. En la noche del 23 al 24 de Diciembre llegó á la línea de bloqueo é hizo objeto de su ataque decisivo al puente de Luchana sobre la ría; los carlistas le habían cortado. Algunas compañías de cazadores pasaron la ría en barcas, y desalojaron á los carlistas de las posiciones que dominaban el puente. Restablecido éste, pasó el ejército la ría y acudieron los sitiadores á detenerlo en su movimiento de avance. Trabóse una reñidísima lucha, al mismo tiempo que arreciaba un horrible temporal de viento y nieve. Quedó la victoria por los liberales, y los carlistas se retiraron, levantaron el sitio de Bilbao y abandonaron en poder de los vencedores todas sus baterías y municiones, y el parque. Grande fué la consternación que la derrota causó en los soldados carlistas.

Como de circunscribirse á mantenerse á la defensiva en las Provincias Vascongadas, no iba á conseguir nunca el triunfo, el pretendiente, con lo mejor de su ejército, al que se unieron en el camino las facciones de Aragón y Valencia, verificó una expedición en la que llegó á las puertas de Madrid el 12 de Agos-

to de 1837; pero tuvo que retirarse por la aproximación de Espartero con numerosas tropas, y después de sufrir varios descalabros volvió á las Provincias. El resultado fatal de la expedición en que cifraban los carlistas halagüeñas esperanzas, fué golpe de muerte para la causa de D. Carlos, porque empezó en sus partidarios á cundir el descontento y á sentirse cansancio de una guerra interminable, en que estaba visto que el ejército de las Provincias no podía intentar empresa alguna fuera de ellas sin experimentar contratiempos, cuando no desastres.

Las partidas carlistas en Aragón y Valencia no llegaron á constituir un ejército hasta el año 1836, en que las organizó Cabrera, joven caudillo de audacia extraordinaria, de valor á toda prueba, de gran energía y de innegable talento militar. En las filas del pretendiente únicamente Zumalacárregui le aventajó en cualidades militares. Sin el abandono en que el gobierno de Madrid tuvo á las tropas que constituían el llamado ejército del centro que operaba en los antiguos citados reinos, tal vez no hubiera conseguido dar consistencia y cohesión á aquellas bandas desorganizadas. Cuando empezaba á tomar preponderancia hubo de incorporarse á Gómez en su expedición, y luego á la del pretendiente. Malograda ésta, volvió á operar con independencia completa en su acostumbrado teatro de operaciones, y á no estar entonces acaudilladas las tropas del centro por un general de la pericia y el mérito de Oráa, no es posible encarecer hasta dónde hubiera llegado en sus empresas. Llegó al colmo el prestigio de que ya gozaba entre los suyos con la sorpresa de Morella en la noche del 25 de Enero de 1838. Hizo de ella su cuartel general y base de operaciones.

Para recuperarla Oráa pidió y obtuvo refuerzos, y fué á sitiaria. Empezaron los trabajos del sitio el 27 de Julio. Abierta brecha, se lanzaron á ella las columnas de asalto; pero desgraciadamente no era practicable y fueron rechazadas. Tratóse al día siguiente de escalar las murallas por distintos puntos con éxito también desgraciado. Entonces Oráa levantó el sitio y dispuso la retirada, que dirigió de una manera admirable á Alcañiz. El sitio duró veintidós días. Oráa fué relevado en el mando del ejército del centro. Fueron en aumento los triunfos de Cabrera, que los manchó con actos feroces de increíble crueldad.

Por el contrario, en el Norte cada día conseguían mayores ventajas las tropas de la reina; pero no obstante, la guerra se hubiera prolongado sin el convenio de Vergara pactado entre los generales en jefe de ambos ejércitos, que se firmó el 31 de Agosto de 1839. Pacificado el Norte, todo el ejército fué á Cataluña, Aragón y Valencia, y en una campaña de seis meses se hizo dueño de todas las poblaciones ocupadas por los carlistas.

Sitio de Morella. — Levantamiento del sitio y retirada de las tropas del general Oráa.

Convenio de Vergara. — Terminación de la guerra.

II

Guerra de Crimea.—Sus causas.—Teatro de la guerra.—Falta de preparación de las naciones beligerantes.—Organización de los ejércitos beligerantes.—Táctica francesa é inglesa.—Batalla de Alma.—Sitio de Sebastopol. Combate de Balaklava.—Batalla de Tracktir.—Toma de Sebastopol.—Juicio crítico de esta guerra.—Fusil rayado.

La cuestión de Oriente no es de hoy.

Guerra de
Crimea.—Sus
causas.

Moribundo el imperio turco, quiso en 1853 el czar Nicolás, por una vigorosa campaña diplomática, precursora de otra militar, concluir de hecho con Turquía. Quería obtener el derecho de ejercer omnímodo protectorado en favor de los súbditos cristianos del sultán, lo que equivalía á arrebatarle la soberanía de la mayor parte de sus vasallos. Francia é Inglaterra se opusieron resueltamente á sus pretensiones; Austria y Prusia tampoco se mostraron propicias á ellas, y el fin de la campaña diplomática fué desdichado para Rusia, que se encontró aislada frente á los ejércitos inglés y francés, aliados con el turco en el momento de confiar á la suerte de las armas el logro de sus deseos.

Teatro de
la guerra.

El teatro de la guerra abarcaba todo el imperio turco, la Rusia y sus provincias asiáticas del litoral del mar Negro. Teatro de operaciones de la primera campaña fué la región inferior de la cuenca del Danubio desde la frontera austriaca hasta la desembocadura del Danubio en el mar, y comprendía los principados danubianos y la Bulgaria.

La Península de Crimea, que fué en definitiva el teatro de operaciones, está unida al continente por el istmo de Perekof y la figura de su contorno es un cuadrilátero irregular. Su ángulo oriental se prolonga hasta formar con la extremidad occidental de las tierras del Cáucaso el Estrecho de Perekof, unión del mar de Azoff, que baña la costa oriental de la Península, con el mar Negro, cuyas olas baten el resto del litoral. Una ciudad interior, Sinferopol, es el punto central de que irradian las vías de

comunicación con el continente y las ciudades de la costa. De ellas parten dos caminos que van á Sebastopol. El mejor, que es el de Voronzoff, al llegar á Alustcha, situada al SE., forma un recodo hacia SO., y por la orilla del mar, atravesando las más fértiles comarcas de la Crimea, va por Baidar á Sebastopol, y el más corto pasa por Batchisarai y cerca de la divisoria de aguas de los ríos Katcha y Belbek se bifurca en dos, una que continúa á Sebastopol y el otro que termina en Balaklava. De Eupatoria á Sebastopol hay un camino que cruza los ríos Alma, Katcha y Belbek, y termina en el que viene de Batchisarai antes de que éste encuentre al Tchernaiá ó río negro, que muere en la rada misma de Sebastopol.

La parte meridional, muy quebrada, pues tres cordilleras de montañas terminan allí en elevadas mesetas, está poblada de bosque en las alturas, de viñedo en las colinas y de árboles frutales en los valles.

Parecía natural que Rusia se hubiera preparado para la guerra. Las mejores pruebas de que no estaba preparada, fueron la lentitud con que comprendió las operaciones al invadir los principados danubianos, y lo pronto que desistió de una ofensiva enérgica al primer insignificante contratiempo que experimentó en las orillas del Danubio.

Organiza-
ción de los
ejércitos be-
ligerantes.

No fueron más previsores los ingleses y franceses, y especialmente los últimos. La declaración de guerra les sorprendió de tal manera, que todos los preparativos se hicieron precipitadamente y, por consiguiente, mal.

A los doce meses y medio de iniciada la guerra, el general en jefe escribía al emperador Napoleón III, que el ejército expedicionario no se hallaba en estado de hacer la guerra, pues sólo disponía de 24 piezas de artillería y los soldados carecían de pan y zapatos.

Después de una breve y estéril campaña en la cuenca del Danubio, resuelta la expedición de la Crimea, el 7 de Septiembre se reunieron las escuadras francesa é inglesa y condujeron á Crimea 30.000 franceses, 22.000 ingleses y 6.000 turcos. Cinco divisiones de infantería, una de caballería, cuatro compañías de ingenieros y nueve baterías de campaña constituían el ejército inglés mandado por lord Raglan. Contando la división turca que se agregó al francés, cinco eran también las de infantería que llevaba á sus órdenes el mariscal Saint Arnaud que, además, disponía de siete compañías de minadores y zapadores y un pequeño tren de puentes, de unos 3.000 artilleros con 68 piezas de campaña que formaban 12 baterías, y de dos solos escuadrones de caballería. Ambos ejércitos llevaban lucido tren de sitio.

La llegada de los ejércitos y escuadras enemigas á la Península de Crimea sorprendió al príncipe Menchikoff, encargado por el czar de defender con 25.000 hombres la parte occidental de la Crimea.

Batalla de
Alma. Con esta sorpresa contaban los aliados para el feliz éxito de su plan, que consistía en desembarcar tropas superiores en número á las de Menchikoff, avanzar hacia Sebastopol apoyándose en las escuadras que caminarían siempre á la altura de los ejércitos invasores, arrollar las tropas rusas que se opusieran á este movimiento de avance y caer pronto sobre la ciudad, cuyas defensas por la parte de tierra eran pocas, antes de que las escuadras, forzando la entrada de la bahía, batieran desde ella la plaza.

En la playa de Oldfort, cerca de Eupatoria, se verificó del 14 al 19 de Septiembre el desembarco, é inmediatamente, ocupada sin resistencia Eupatoria, los ejércitos aliados emprendieron la marcha por el camino de Sebastopol, y antes de la caída de la tarde divisaron al enemigo en las alturas de la izquierda del Alma.

Su notable inferioridad numérica y la necesidad de detener al enemigo lo más posible para dar tiempo á que en Sebastopol se mejorasen las condiciones de defensa, obligaban á los rusos á una batalla defensiva. Por el contrario los aliados, si querían encontrar á Sebastopol desprevenida para sostener un sitio, habían de atacar con ímpetu, prontitud y decisión las posiciones de sus adversarios, que eran formidables; el río Alma les servía de foso natural. El camino de Eupatoria le cruza por un puente de madera cerca de Burluik, y gana las alturas de la margen izquierda por una rambla, dominada al O. por un ribazo, cuyo acceso, tanto más difícil desde el río, cuanto más avanzan las aguas de éste en su curso, es casi imposible desde Almatamak y termina hacia el mar en abruptas cortaduras, de que es una excepción otra angosta rambla que desciende desde Akles á una playa poco extensa. Al E. del camino se eleva con rápidas pendientes al río, una estribación de la Montaña Grande.

En esta altura se extiende la derecha rusa fortalecida con dos baterías. En la otra margen del río é inmediaciones de Tarkliantar hay dos regimientos de cosacos, y emboscados en los plantíos y viñedos dos batallones de infantería.

Doce cañones de grueso calibre y una batería de campaña baten el camino de Eupatoria y el puente de Burluik, que también enfilan, desde la meseta de Akles, dos baterías protegidas por cuatro batallones. La izquierda del ejército ruso, en tres líneas de á cuatro batallones, se extiende por la meseta hasta Almatamak, y un solo batallón defiende la rambla que desciende á la costa.

La reserva general, compuesta de siete batallones, una brigada de húsares y dos baterías, ocupa á derecha é izquierda del camino de Sebastopol una posición central. Fuerte el ejército en la derecha y el centro, resulta débil en la izquierda por confiar su general en jefe, en que es inaccesible la meseta desde Almatamak.

El plan del mariscal Saint Arnaud y de lord Raglan consiste en combinar un doble movimiento envolvente por las alas del ejército ruso, con un ataque central.

Hasta muy cerca del medio día, las tropas aliadas no empiezan á maniobrar. Es imposible á los ingleses efectuar el desbordamiento de la derecha rusa, porque los cosacos, que exploraban sus movimientos desde la orilla derecha del río para oponerse á él, han pasado á la izquierda y se han situado á retaguardia de la extrema derecha de su ejército. La división turca y una francesa que van en vanguardia avanzan rápidamente, pasan el Alma por dos vados, trepan por las ásperas laderas de la meseta, suben, arrastrándolos con gran trabajo, los cañones, despliegan en tiradores y sorprenden á los rusos con su presencia por la izquierda de sus posiciones. El único batallón que en los primeros momentos se les opone, se retira. Envía Menchikoff á reforzarle los cuatro batallones que en la izquierda rusa formaban la tercera línea, y dos baterías; pero el fuego de fusilería de los franceses y el de artillería de las baterías de campaña y de los cañones de la escuadra que, desde la costa, protegen el movimiento envolvente de las tropas francesas, contienen á los rusos ocasionándoles muchas bajas.

El mariscal Saint Arnaud juzga comprometida la situación de las divisiones que se batían con los rusos en la meseta de Akles, y envía una tras otra las que constituyen el centro del ejército aliado, que van á reforzar á aquéllas oblicuando á la derecha; y como este movimiento deja una solución de continuidad en el orden de combate en que avanzan los aliados, también los ingleses tienen que oblicuar á la derecha, y el proyectado ataque central, combinado con un movimiento envolvente por ambas alas, queda reducido á un movimiento envolvente por la izquierda combinado con un ataque central.

Las tropas de Saint Arnaud pasan el río y ganan las laderas de la meseta. Para arrojar de la meseta á la división francesa que ya se halla en la cumbre, Menchikoff va contra ella con la mitad de la reserva general y toda la brigada de húsares. Recibidos sus soldados por una descarga de metralla y fusilados por el certero fuego de la infantería enemiga, cejan. Los húsares tratan de envolver á los franceses por su derecha, y enfilados por los cañones de la escuadra, éstos, más aún que el fuego de fusilería

y artillería del ejército francés, obligan á los rusos á reducirse á la defensiva, y para contrarrestar el desbordamiento de su izquierda verificado por los franceses, efectúan un cambio de frente, oblicuo y á retaguardia, con tal lentitud, que dan tiempo á que todas las divisiones francesas lleguen á la cumbre de la meseta sin encontrar oposición alguna. La izquierda rusa, débil para contener la impetuosidad de todo el ejército francés, se retira hacia el camino de Sebastopol.

Los ingleses en su ataque por el centro avanzan en cinco líneas muy próximas las unas á las otras; los proyectiles de la artillería enemiga abren horribles claros en sus profundas columnas, y llegan á obligar á las dos divisiones de vanguardia á que formen en una sola y extensa línea desplegada cubierta por otra de tiradores. Tienen que vencer la tenaz resistencia de los rusos en Burliuik; el paso del puente les ofrece nuevas dificultades, y no consiguen verificarlo hasta que su artillería apaga los fuegos, dejándolas sin sirvientes, de dos baterías enemigas que lo enfilan. Ya en la orilla izquierda del río, son diezmados por la metralla que sobre ellos lanzan 12 piezas de grueso calibre, desde un fuerte espaldón; se ven obligados por la carga á la bayoneta de dos batallones rusos á retroceder hasta la misma margen del Alma, y allí los esperan á pie firme, y, con una terrible descarga á boca de jarro, los hacen retirarse en desorden; confundidos con ellos llegan á poner su planta en el espaldón, y apenas lo tienen conseguido, la acometida de otros dos batallones rusos les obliga á descender de nuevo por la pendiente hasta la ribera del río, en donde logran rehacerse; y allí su situación es tan desesperada, porque viene contra ellos el príncipe Gortschakoff con casi toda la infantería rusa del centro y la derecha, que no hubieran salido con bien si la artillería francesa, enviada en su auxilio por Saint Arnaud, no introduce el desorden en los soldados del príncipe que se retiran á la desbandada para rehacerse en el espaldón, y en él se muestran dispuestos á una defensa obstinada, que no llevan á efecto, porque reciben del general en jefe orden de retirarse. Todo el ejército ruso efectúa la retirada por el camino de Sebastopol, sin ser molestado por los vencedores, muy quebrantados por la fatiga de cinco horas de combate en que han sufrido muchas bajas; la caballería inglesa no ha logrado pasar el río, y no puede perseguir á los rusos.

Sitio de Se-
bastopol.

Los aliados continuaron al día siguiente su interrumpida marcha, y al llegar al río Belbek, una formidable batería rusa les impidió con su fuego el paso por el puente. Un reconocimiento persuadió á los generales inglés y francés de la importancia de las obras de defensa que flanqueaban el fuerte del

Norte, y les hizo desistir de atacar por este lado á Sebastopol, y decidirse á dirigirse hacia el Sur, para ir á situarse en la meseta de Balaklava.

Al efecto, el día 25, para tomar el camino de Batchisarai á Balaklava, efectuaron una peligrosa marcha de flanco por un difícil camino de travesía, dejando descubierta la línea de retirada y descubierta también el flanco derecho, frente á las obras exteriores de Sebastopol.

Ese mismo día el ejército ruso marchaba hacia el interior de la Península para tomar posición más allá del punto de unión de los caminos de Sebastopol y Balaklava á Batchisarai.

Descendieron los aliados al valle del Tchernaiá, pasaron este río y el canal paralelo á su curso que de él toma sus aguas y que van de la aldea del Tchorgune á Sebastopol; los franceses se establecieron en las montañas de Fediukhine, y los ingleses cañonearon á Balaklava, cuya guarnición tardó poco en rendirse.

La marcha efectuada por el ejército ruso fué una oportuna operación estratégica. Efectuándola consiguió cubrir sus comunicaciones con Rusia por el istmo de Perekof y el Estrecho de Kertch; hacerse dueño de toda la red estratégica de vías de comunicación de la Crimea; asegurar la llegada, en su auxilio y el de Sebastopol, de los considerables refuerzos que no tardaría en recibir; y amenazar el flanco ó retaguardia de los aliados cuando éstos emprendiesen las operaciones del sitio.

La verificada por los aliados, aunque censurable por lo peligrosa, les proporcionó como ventajas positivas: una base de operaciones, la ciudad de Balaklava, mientras al Norte de Sebastopol no tenían ninguna; el estar más á cubierto de un ataque del ejército ruso por retaguardia; y la mayor facilidad de comunicaciones con la escuadra que en las costas del Sur encontraba bahías á que acogerse, y que la permitían anclar cerca de los ejércitos aliados.

Atacado del cólera el mariscal Saint Arnaud entregó el mando del ejército francés al general Canrobert el 26 de Septiembre, y el 29 falleció.

Para facilitar el desembarco de los trenes de sitios y el abastecimiento de víveres, las escuadras se dividieron: quedó en la bahía de Balaklava la inglesa, y fué la francesa á anclar en la de Kamiesch, situada al Norte de la meseta de Kersoneso, que viene á ser un triángulo de 120 kilómetros cuadrados de extensión superficial, que tiene por base los montes de Sapune, desde la extremidad oriental de la bahía de Sebastopol hasta el Cabo de Fialent, y por vértice opuesto á ésta el Cabo de Kersoneso. En esta posición, inmejorable para sostener y rechazar todo ata-

que del ejército ruso, por ser muy pocos los puntos en que era accesible, se situaron los aliados. Subían á ella tres caminos; por la garganta de Balaklava el camino que enlazaba á esta ciudad con Sebastopol; el camino de Voronzoff y el que, desde el puente de Inkermán, venía á unirse al anterior en lo alto de la meseta. Un camino nuevo se separaba del último en el puente citado, costeaba la bahía de Sebastopol, faldeaba la estribación más septentrional de los montes de Sapune, rodeaba en arco de círculo la torre de Malakoff, y venía á terminar en Karabelnaïa ó arrabal de la marina.

Sebastopol se halla situada en una montaña, al S. de la rada á que da nombre, y la separa del arrabal de la marina ó Karabelnaïa su magnífico y seguro puerto, que lo constituye la habia del S. Sus defensas marítimas eran formidables; en la boca de la rada el fuerte de la Cuarentena, y después fuertes y baterías situadas frente á frente, de dos en dos, unos al N. y otros al S. Al empezar la guerra las obras de defensa de la ciudad por la parte de tierra, eran casi nulas. Se reducían en el frente occidental á un baluarte junto á la rada, unido por un aspillero, cuyo trazado horizontal desarrollaba un sistema de ángulos entrantes y salientes, á dos cuarteles situados en los chaflanes de éstos y flanqueados por tres casamatas. En la altura dominante de todo el terreno que se extendía al E., acababa de construirse la torre de Malakoff. Al N. de la rada, exceptuando los fuertes que á ésta defendían, únicamente existía otro muy malo.

Todleben, ingeniero ruso, con actividad prodigiosa, valiéndose de la remoción de tierras en grande escala y combinando obras de campaña y mixtas, hizo en poco tiempo de una ciudad abierta, ya que no una plaza de guerra, un campo atrincherado en muy buenas condiciones de defensa.

Los rusos construyeron en el frente occidental los baluartes de la Cuarentena y Central; próximo á la extremidad meridional de la bahía del Sur, el del Mastil; y en el frente oriental un baluarte delante de la torre de Malakoff, y salientes baterías y trincheras que constituyeron una línea de intervalos: por el contrario, las obras del frente opuesto formaban una línea continua. En el frente meridional, desde la bahía, un navío de 84 cañones contribuiría á la defensa del recinto.

Siete mil soldados, 11.000 marineros y 5.000 obreros del arsenal guarnecían á Sebastopol, y se comunicaban fácilmente con el ejército de Ménchikoff por el camino nuevo, que se llamó de los Zapadores.

A principios de Octubre emprendieron los trabajos del sitio, los franceses por la parte de la ciudad, y los ingleses por la de

Karabelnaia. De proteger los trabajos emprendidos contra toda tentativa del ejército ruso para impedirlos ó entorpecerlos, se encargaron dos divisiones francesas, desde el camino de Voronzoff hasta el desfiladero de Balaklava, y en el valle de este nombre y alturas inmediatas la división turca y parte de la caballería inglesa. Una brigada escocesa guarnecía la ciudad de Balaklava.

Con el objeto de destruir las obras de defensa, recientemente terminadas por los rusos, las escuadras y los ejércitos aliados bombardearon la plaza con poco éxito el 17 de Octubre; únicamente las baterías inglesas destruyeron algunas obras que al día siguiente aparecieron reparadas. Este prodigio de actividad de los rusos dejó admirados á sus enemigos, que entonces comprendieron la necesidad de emprender las operaciones de un sitio en toda regla, si querían obtener la rendición de Sebastopol.

El ejército ruso fué reforzado con una división de infantería, una brigada de húsares, un regimiento de hulanos y diez *sotnias* (escuadrones) de cosacos. Así que llegaron, Menchikoff trató de sorprender á las tropas inglesas y turcas, que cubrían el camino de Balaklava en el valle de este nombre y alturas inmediatas.

El 25 de Octubre las tropas recién llegadas emprenden en tres columnas un movimiento convergente, en el cual el punto objetivo es Kadikoï, población situada en el camino de Balaklava y llave de las comunicaciones de esta ciudad con la meseta de Kersoneso, con Sebastopol y con el interior de la Península. Antes de alborear pasan el Tchernaiá. La de la izquierda, que partió de Tchorgunc, se dirige á Kamara, para amenazar al enemigo por su flanco derecho; la de la derecha, por el camino de Sinferepol y pasando el río por el puente de Tracktir, avanza hacia los reductos más próximos á los montes de Sapune, mientras que del más distante se apodera á viva fuerza la del centro. No tardan las otras en hacerse dueñas de todos los reductos y de Kamara, sin que los turcos opongan la menor resistencia.

Acuden en auxilio de los turcos, que se retiran en desorden, un regimiento escocés y el grueso de la caballería inglesa, y se sitúan en unas alturas inmediatas á Kadikoï los escoceses en el centro, los turcos á la derecha y la caballería á la izquierda.

Dos divisiones inglesas, que están delante de Sebastopol, reciben orden de dirigirse inmediatamente al lugar del combate, otras dos francesas coronan las cumbres de los montes de Sapune, y una de sus brigadas desciende á proteger la izquierda de las tropas que se han situado junto á Kadikoï. Si los rusos no arrollan éstas antes de que lleguen al valle las fuerzas que vienen á socorrerlas, tendrán que habérselas con casi todo el

Combate de
Balaklava.

ejército enemigo, y su inferioridad numérica será tal vez causa de que sufran una derrota.

Ha llegado el momento decisivo del combate. La artillería rusa prepara con sus fuegos una carga de la brigada de húsares.

Estos, aun antes de sufrir la terrible descarga á boca de jarro, que desde las posiciones enemigas les hacen, vuelven grupas. Lánzase entonces la caballería inglesa sobre ellos y los persigue hasta que los cañones rusos la obligan á dar por terminada la persecución. Queda el combate reducido á un mutuo cañoneo, cuando una orden absurda ocasiona el sacrificio estéril, pero heroico, de la caballería ligera de los ingleses en aras de la subordinación.

El general Liprandi, que mandaba las tropas rusas, las reconcentra. Lord Raglan toma aquel movimiento por el principio de una retirada, y temeroso de que los rusos se lleven los cañones ingleses que hay en los reductos, envía orden escrita á la caballería ligera, de dar una carga para recobrarlos. Esta se precipita valerosamente en aquel abismo; pues no es otra cosa para ella el entrante que forman las tropas de Liprandi, que ocupan las alturas en que están los reductos, y la brigada situada en los montes de Fediukhine, y en cuyo fondo se halla la caballería rusa que, sorprendida por tamaño raptó de locura, se deja arrollar en los primeros momentos; pero luego procura dejar descubiertos los flancos de los escuadrones ingleses para que la metralla y las descargas de fusilería den cuenta de ellos.

Una carga que por uno de sus flancos les dan tres escuadrones de hulanos, pone fin á la vertiginosa carrera de los ingleses. Retroceden, y para proteger su retirada los cazadores de Africa cargan á los rusos situados en las faldas de los montes de Fediukhine. Conseguido su objeto, los jinetes franceses vuelven á sus posiciones y termina el combate.

Batalla de Iokermán. En ninguno de los ejércitos beligerantes se advierte esa dirección suprema que concierta y auna los esfuerzos de todos, aprovecha los errores del contrario, subsana los propios, y saca partido de los incidentes inesperados del combate.

Estacionados delante de las fortificaciones improvisadas de Sebastopol, sin poder bloquear esta plaza que comunica libremente por el camino de los Zapadores con el ejército de Menchikoff, que reforzado por un cuerpo de ejército eleva el número de sus soldados á 90.000, la situación de los aliados que por todo refuerzo han recibido una división de infantería francesa y algunos escuadrones de caballería, nada tiene de envidiable.

Al amanecer del 5 de Noviembre dos columnas rusas tratan de sorprender á los ingleses en su línea de circunvalación de-

lante de Sebastopol. La más numerosa sale de Karabelnaïa para envolver el flanco derecho de las posiciones inglesas; otra pasa el Tchernaiá por el puente de Inkermán y ha de trepar á la meseta del Carenero y desplegar allí para atacar el centro y la derecha de la línea inglesa. Tres mil soldados de la guarnición harán una salida por el frente occidental de la ciudad para que los franceses no puedan acudir en socorro de sus aliados, y un cuerpo de ejército efectuará una diversión hacia los montes de Sapune, para distraer á las tropas francesas de observación situadas en ellos.

Llueve. La columna mandada por el general Soimonoff, que ha salido de Karabelnaïa al amanecer, favorecida por una densa niebla, llega sin ser vista á la cumbre de la meseta y forma en dos líneas. Su artillería rompe el fuego contra las trincheras del enemigo, y después la infantería las toma por asalto. Sus defensores, sorprendidos, retroceden en desorden.

Dos batallones rusos encargados de envolver la izquierda inglesa, logran sorprenderla y se apoderan de algunos cañones.

En la extrema derecha de la línea inglesa, la vanguardia de la columna rusa, que ha pasado el Tchernaiá por el puente de Inkermán, se apodera de una batería hecha con sacos de tierra.

Son las siete. La niebla empieza á disiparse. Los ingleses se rehacen y forman en línea desplegada. Los disparos de las carabinas de precisión de sus tiradores hacen estragos en las profundas columnas rusas, mucho más compactas que de ordinario, por la poca extensión del frente en que efectúan el ataque.

Una brigada inglesa desaloja de las posiciones que han conquistado á los dos batallones rusos que sorprendieron su izquierda.

En el centro los rusos vacilan. El general Soimonoff se pone á su cabeza, cae herido mortalmente, y la primera línea retrocede protegida por la segunda. En la derecha los ingleses recobran la batería que acaban de perder y obligan á los rusos á defender el valle.

Transcurren algunos minutos. Llega la columna que viene de Inkermán, y desde este momento la batería de sacos de tierra es el único objetivo de todos los ataques. El combate tiene que ser forzosamente horrible y encarnizado; veinte mil hombres entre rusos é ingleses van á disputarse la posesión de una obra de campaña que mide algunos metros.

Tres regimientos en dos líneas, los batallones de la primera en columna por compañías, los de la segunda en compacta y cerrada masa, avanzan, y no obstante de no desperdiciar los tiradores ingleses ni un solo proyectil en tan seguro blanco,

vuelven á apoderarse de la batería que, á los pocos instantes, recobra de nuevo una brigada inglesa.

Otra se adelanta por su izquierda y empieza á subir la meseta del Carenero para acometer de flanco á las columnas enemigas. Déjense los rusos caer sobre ellos, no en ordenada formación, sino en enorme masa, y entonces la brigada inglesa trata de rehacerse bajo la protección de la batería; pero ya se halla ésta por tercera vez en poder del enemigo y los ingleses son ametrallados cuando menos lo esperaban. Acosados por todas partes, no pierden su cohesión ni sangre fría. Varias veces intentan salir del círculo de hierro y fuego en que se ven acorralados, y aunque el general de la división muere, el jefe de la brigada cae herido y son muchos los oficiales y soldados muertos y heridos, á la cuarta, el éxito recompensa el heroico valor de la brigada inglesa.

Lord Raglan no tiene un soldado con que reforzar sus tropas y pide auxilio á las tropas francesas de observación, á las que no ha engañado la diversión efectuada por un cuerpo de ejército ruso, porque ha sido hecha con tibieza. Los primeros batallones franceses, que con temeraria é irreflexiva carga á la bayoneta acometen á los rusos, son rechazados con grandes pérdidas. Los generales rusos desperdician esta nueva ocasión de conseguir la victoria y dan tiempo á que casi todos los batallones franceses que ocupaban los montes de Sapune, lleguen á la meseta del Carenero, y renueven el combate en las inmediaciones de la batería que tantas vidas ha costado ya. Trábase un combate cuerpo á cuerpo; crúzanse las bayonetas; la superioridad numérica de los rusos les permite á éstas desbordar y envolver á los franceses; pero la oportuna llegada de una brigada y bastante artillería decide la victoria en favor de los aliados. Los rusos se retiran á los mismos puntos de donde partieron al amanecer para dar la batalla; ni franceses ni ingleses están en disposición de molestarles lo más mínimo en su retirada.

En la batalla de Inkermán, como la falta de dirección en uno y otro ejército casi fué completa, puede asegurarse que la superioridad numérica disputó la victoria á las armas de precisión, y que de éstas fué el triunfo definitivo.

La costosa y casual victoria conseguida por los aliados en Inkermán causó en su ánimo el efecto moral de una derrota, porque patentizó lo peligroso de su situación.

El invierno se echó encima. La falta de prendas de abrigo para la tropa, la escasez de leña y la de víveres, aumentaron las penalidades y el abatimiento de los aliados. Rivalizaron Francia é Inglaterra en atender al remedio de tantas privaciones y llegaron á conseguirlo.

A costa de grandes esfuerzos logró Inglaterra cubrir las ba-

jas de su ejército de Crimea, y Francia reforzó el suyo elevando su efectivo á unos 80.000 hombres.

El ejército turco del Danubio empezó á desembarcar el 1.º de Diciembre en la playa de Eupatoria. Tropas rusas saltaron el día 17 de Febrero de 1855 los reductos y trincheras, con que Omer-Bajá había convertido esta población abierta en respetable plaza de momento, y fueron rechazadas. A consecuencia de este nuevo descalabro fué relevado el príncipe Menchikoff en el mando del ejército de Crimea por el príncipe Gortschakoff.

Acordaron los generales en jefe de los ejércitos aliados dedicar los principales esfuerzos contra la torre de Malakoff, y á la vez que se emprendieron los nuevos trabajos al efecto necesarios, se dió gran impulso á todos los ya empezados. A ellos oponía Todleben el sistema de contra aproches aplicado en gran escala y con resultados asombrosos. Surgían como por ensalmo reductos y trincheras en los puntos amenazados con verdadera sorpresa de los sitiadores. *Sitiamos*—escribía el general Niel al ministro de la Guerra francés—*obras de tierra cuya posición y fuerza que las defienden cambian según las necesidades de la defensa. Los rusos han comprendido que bajo la acción de su poderosa artillería pueden hacer movable su recinto.*

Entorpecieron mucho los trabajos de sitio las disensiones entre el general Canrobert y lord Raglan, é imposible toda buena inteligencia entre ambos caudillos, Canrobert dimitió su cargo el 16 de Mayo de 1854. A los tres días fué relevado por el general Pellissier.

Antes de verificarse este cambio de general en jefe habían sido reforzados los sitiadores por 15.000 soldados que envió en los primeros días de Abril á las órdenes de general Lamarmora el rey de Cerdeña.

Coincidió con la llegada de los sardos á la meseta de Kersoneso la del ejército turco de Omer-Bajá.

A mediados de Mayo los aliados habían recibido todos los refuerzos que esperaban, y su fuerza numérica ascendía á 140.000 hombres: la misma, sobre poco más ó menos, del ejército ruso. Pellissier imprimió á las operaciones del sitio una marcha resuelta.

Los aliados tomaron por asalto el 7 de Junio las obras exteriores de Karabelnaïa. Animados por esta victoria, á los pocos días, el 18, asaltaron el recinto mismo de Karabelnaïa; pero los asaltos fueron sucesivos, en vez de darse simultáneamente, y esto hizo inútil el heroísmo de que dieron prueba los aliados que, después de horroroso y sangriento combate, sufrieron un terrible descalabro; de las cuatro columnas asaltantes, inglesa

una y francesas las otras, murieron tres de los generales que las mandaban, uno de ellos el de la inglesa. Para aumento de males el cólera recrudeció, y una de sus víctimas fué lord Raglan.

Batalla de Tracktir. Posiciones importantes que se trata de conquistar en uno de los momentos de ofensiva intermitente, que interrumpen una sistemática defensa pasiva; ataques de frente á una línea fuerte por naturaleza; columnas profundas abrasadas por fuegos convergentes; un solo objetivo central para tropas numerosas; falta de reservas oportunamente situadas, que las apoyen en sus movimientos y protejan su retirada; carencia de plan de batalla; las circunstancias del momento determinando la marcha del combate: he ahí en conjunto lo que fué la batalla ofensiva, empeñada por los rusos el 16 de Agosto en las orillas del Tchernaiá, por orden expresa del czar al príncipe Gortschakoff, de que desalojase á los aliados de la meseta del Kersoneso y los obligara á reembarcarse.

Con los últimos refuerzos llegan á 200.000 los soldados mandados por Gortschakoff; de 70.000 dispuso para dar la batalla; 50.000 entraron en fuego. Todos los 70.000 van hacia el Tchernaiá en una sola columna por el camino que de la granja de Mackenzie va al puente de Tracktir.

Dos divisiones pasan el río por el puente y un vado, y van á preparar por la pendiente de las estribaciones de los montes de Fediukhine, ocupadas por tropas francesas. Por la izquierda otras dos desalojan de las alturas inmediatas á Tchorgune las avanzadas y grandes guardias de los sardos.

El general en jefe con otras dos divisiones y la caballería, espera, en un punto central de la llanura, el resultado de este doble reconocimiento armado por ambas alas, para hacer objetivo principal de los esfuerzos de sus tropas el punto de la línea enemiga en que se obtengan mayores ventajas. No pasan de 18.000 hombres los que defienden las posiciones que van á ser atacadas por los rusos.

El combate empieza antes de amanecer. Las dos divisiones de la derecha han pasado el Tchernaiá y el canal á él próximo, sin hallar resistencia seria, porque la niebla oculta á los rusos de la vista de sus enemigos. Pero á las cinco de la mañana el sol ilumina el campo de batalla, cuando los batallones de una de las divisiones, agrupados en columnas cerradas, muy próximas las unas á las otras por lo angosto de la zona del terreno llano que se extiende entre los montes de Fediukhine y el río, suben en penosa marcha oblicua, á que les obligan las sinuosidades del terreno, por las faldas de los montes. Con un horroroso fuego de fusilería y metralla los franceses, que en línea desplegada co-

ronan las alturas en que están atrincherados, destrozan y desordenan los batallones rusos, y dejándose caer sobre ellos á la bayoneta, los arrojan á la ribera y obligan á repasar el río. Esta desdichada división se oculta detrás de las alturas de Inkermán, y no vuelve á tomar parte en el combate.

La otra división de la derecha ha ganado el puente de Tracktir, sube por la pendiente de la estribación meridional de los montes de Fediukhine en columnas profundas, y tiene grandes bajas que le causan los fuegos convergentes de los aliados, que procuran envolverla el flanco izquierdo, y recuperar el puente para cortarla la retirada. El general ruso Read acude con los batallones más próximos á evitarlo, traba un reñido combate y muere cuando ya toda la división desciende en desorden al valle y repasa el río como puede: los franceses recuperan el puente.

Gortschakoff emplea una división de la reserva y otra de la izquierda para tomar de nuevo el puente, que resulta de este modo el único objetivo de todas las tropas rusas. Como todos estos movimientos no pueden los rusos ocultarlos al enemigo por la disposición del terreno y la claridad del día, los aliados sacan de los puntos menos amenazados fuerzas que vayan á oponerse al ataque central de aquéllos. La artillería de los aliados no contesta al fuego de la rusa, y dispara metralla contra las compactas masas de la infantería enemiga. Los rusos han pasado el río, han vuelto á ganar el puente de Tracktir, han efectuado la mortífera ascensión de las faldas del monte de Fediukhine; pero las mismas causas que motivaron la derrota de las tropas del general Read, originan la de las que ahora atacan con igual empeño y desgracia. Gortschakoff ordena la retirada, que efectúan los rusos sin que les molesten los aliados.

La derrota de las tropas de Gortschakoff en la batalla de Tracktir fué sentencia de muerte para Sebastopol.

Toma de
Sebastopol.

Desde el día siguiente al de la batalla, arreciaron sus fuegos las baterías de los sitiadores contra la plaza, sin permitir, de noche ni de día, que los destrozos y ruinas que causaban fuesen reparados por los rusos. Las obras de ataque continuaron con gran actividad.

Al amanecer del 8 de Septiembre, 800 piezas de artillería preparan el asalto, con un vivo cañoneo. Una lluvia de proyectiles cae en los baluartes del recinto de Karabelnaia y principalmente en la torre de Malakoff. Ocúltanse los defensores tras de las obras interiores para resguardarse del fuego de la artillería de los aliados, y esto da ocasión á que una columna francesa, mandada por el general Mac-Mahón, tras rápida y corta carrera, asalte á las doce del día la torre de Malakoff, sin encontrar en los primeros momentos más que algunos centinelas y artilleros

que se le opongan. Salen de los traveses los defensores y se empuñan combates individuales.

Otras dos columnas han asaltado por otros dos distintos puntos el recinto de Karabelnaïa y han sido rechazadas. Mac-Mahón, en tanto, ha arrojado por completo de la torre de Malakoff á la guarnición que la defendía. Para recobrarla agolpa Todleben batallones y más batallones, pero inútilmente, porque el haber cerrado por la gola el baluarte que constituye la famosa torre ha hecho de ésta un reducto fortísimo, una obra cerrada que los franceses defienden ahora con valor. La mortandad llega á ser tan espantosa, que Gortschakoff, á las cuatro de la tarde, ordena la retirada. La torre de Malakoff domina de tal modo las obras de defensa inmediatas á ella, que su pérdida trae consigo, para los rusos, la de Sebastopol. Los aliados saben que se halla minado el suelo de Sebastopol y Karabelnaïa en muchos parajes, y se guardan muy bien de molestar al enemigo en su retirada.

Llega la noche y un espectáculo grandioso llena de asombro á los vencedores; los soberbios almacenes y cuarteles de Karabelnaïa y Sebastopol, y los fuertes de la rada vuelan con estrépito en sucesiva é imponente explosión.

En los días 9 y 10 de Septiembre se posesionan los aliados de la plaza. Han conseguido ser dueños, no de Sebastopol, de su cadáver.

La toma de Sebastopol no fué un triunfo tan decisivo que produjera como inmediata consecuencia la terminación de la guerra.

Quedaba aún bastante entero el ejército ruso, y era preciso emprender una campaña contra él; pero la diplomacia intervino, y como tan larga y costosa guerra había ocasionado cansancio en las naciones beligerantes y agotamiento de sus fuerzas vivas, se hizo la paz. En el tratado que se firmó en París el 30 de Marzo de 1856 se acordó la neutralización del mar Negro, y el compromiso de respetar las naciones, que intervinieron en la estipulación de aquél, la integridad territorial del imperio turco.

La enseñanza militar que proporciona el estudio de la guerra de Crimea, es poco importante en cuanto se refiere á la estrategia: los ejércitos numerosos y la abundancia de recursos y elementos, en manos de inhábiles estrategos, únicamente dan ocasión á que el choque táctico sea sangriento sin ser decisivo. Considerada tácticamente la guerra de Crimea, se observa que las necesidades impuestas por las armas de fuego de precisión, sientan las primeras bases de la nueva táctica. El fuego gana en ella por el fusil rayado á su constante rival la bayoneta, la pri-

Juicio de
la guerra.-
El fusil ra-
yado.

mera baza en favor del orden delgado y abierto y en contra de las grandes columnas.

Los rusos siempre que fiaron á la bayoneta lo que el fusil había empezado ventajosamente, vieron estrellarse sus esfuerzos ante el fuego por descargas de la infantería enemiga. La artillería desempeñó un importantísimo papel en la preparación y desarrollo de los combates.

III

Guerra de Italia de 1859.—Sus causas.—Teatro de la guerra.—Preparación para la guerra y concentración de los ejércitos beligerantes.—Planes de campaña.—Operaciones estratégicas.—Batalla de Montebello.—Batalla de Magenta.—Batalla de Solferino.—Paz de Villafranca.—Juicio de esta guerra.

Guerra de Italia de 1859.—Sus causas.

En el planteamiento y desarrollo del problema político á que la guerra de Italia dió solución, se presentaron sucesivamente, para después contribuir de consuno á la constitución de una gran nacionalidad, tres importantes factores: la aspiración unánime de un pueblo, como fuerza latente; la perseverancia de un hombre de Estado, como voluntad enérgica que dió el impulso; y el poder de un monarca, de que se valió el hombre de Estado como de instrumento para convertir aquella fuerza latente en motor de una revolución benéfica y justa. El pueblo fué el italiano; el hombre de Estado, Cavour; el monarca, Napoleón III.

Víctima de las ambiciones de poderosos vecinos, clásico teatro de guerras importantes, Italia jamás había logrado constituir una nacionalidad robusta y respetada. Tiranizada á mediados del siglo actual por reyezuelos y duques y por el emperador de Austria, que era dueño absoluto del Véneto y de la Lombardía, las aspiraciones de todos los italianos eran la independencia y unidad de Italia. Al asumir el rey del Piamonte, Carlos Alberto, la representación de estas aspiraciones, y al ser vencido por los austriacos en la batalla de Novara (1849), aseguró para sus descendientes y sucesores la corona del futuro reino.

Por abdicación de su padre, Carlos Alberto, subió al trono de la Cerdeña y del Piamonte Víctor Manuel, que en sus primeros actos como rey hizo pública manifestación de sus sentimientos en favor de la libertad de Italia. Uno de sus ministros, el conde Cavour, llegó á ser el alma de la política europea en lo referente á Italia.

Empezaron las negociaciones diplomáticas para resolver pa-

cíficamente la cuestión de Italia en un Congreso internacional. El Piamonte hacía aprestos militares; Austria solicitó de Inglaterra y Francia que influyesen en el rey Víctor Manuel para que se suspendieran. Respondió Francia con evasivas, y entonces Austria intimó, el 19 de Abril de 1859, al Piamonte para que procediese á un inmediato desarme; el 26 recibió una contestación evasiva, y el 29 el ejército austriaco pasaba el Tessino. La invasión del territorio piamontés por los austriacos la consideró Napoleón III como declaración de guerra, hecha por el Austria á Francia, y dirigió un manifiesto á la nación, que terminaba así: «Austria ha llevado las cosas á este extremo; es preciso que ella domine hasta los Alpes, ó que Italia sea libre hasta el Adriático». Cavour había triunfado.

El teatro de la guerra abarca toda la Italia del Norte, desde el mar Adriático, cordillera de los Apeninos y golfo de Génova, hasta los Alpes; y principalmente la región hidrográfica del Po. El Doria Baltea, el Sessia, el Tessino, el Argogna y el Adda, afluentes de este río por la orilla izquierda, el Tanaro y el Trebia por la derecha, constituyen líneas defensivas de más ó menos importancia por cruzarlos, ya á unos, ya á otros, perpendicularmente, los caminos que de Turín van á Verona, por Milán y Brescia y por Pavía, Cremona y Mantua; y en diversos sentidos, la red de ferrocarriles cuyos puntos extremos dentro del territorio italiano son Suze y Venecia, y los caminos que desde los Alpes vienen á converger, los de O. en Turín y Alejandría, y los del E. en Verona y Brescia.

Teatro de
la guerra.

Legnano, Peschiera y Mantua, plazas fuertes, forman con Verona el famoso cuadrilátero. Venecia en el Adriático, y Génova en el golfo de su nombre, son los puertos de mayor importancia. El camino que desde Génova, salvando los Apeninos, viene á Alejandría y Turín, merece citarse en primer término; fué la línea de operaciones, que con las determinadas por las vías de comunicación entre Suze y Turín, aprovecharon los franceses para la concentración de su ejército, é incorporación al piamontés.

A orillas del Po, Cremona y Vaccarizza; á las del Tessino, Turbigo y Buffalora; y á las del Adda, Cassano, Pizzighettone y Lodi son puntos de paso en el río, junto á los cuales están situadas. En el Piamonte Valenza de Po es la mejor plaza fuerte; en Alejandría se ha construído un campo atrincherado; Novara, Mortara y Tortona son nudos de vías de comunicación.

He ahí en breve resumen las líneas y los puntos estratégicos de mayor importancia en el teatro de la guerra. En su extremo occidental el Piamonte se apresta desde hace tiempo para la lucha y fomenta el espíritu de insurrección en los Estados ita-

lianos que lo rodean, cuya fermentación revolucionaria comprimen los austriacos ocupando militarmente la mayor parte del valle del Po.

Preparación para la guerra y concentración de los ejércitos beligerantes. No obstante de que, en cierto modo, alentando las esperanzas y aspiraciones de los italianos, Napoleón III había provocado la guerra, no estaba Francia preparada para ella cuando Austria dirigió el *ultimatum* al gobierno del rey Víctor Manuel. El útil empleo de las líneas férreas, permitió que la concentración de las tropas francesas en Italia se verificase con maravillosa prontitud, dada la improvisación del ejército de operaciones; pero á mediados de Mayo aún estaba el ejército falto de todo. Se habían reunido 120.000 hombres antes que las provisiones para mantenerlos. Calculaba Napoleón III que podría disponer de 300.000 hombres para emprender las operaciones, y todo lo más eran 200.000 hombres los que había disponibles para tomar parte activa en la guerra al empezar ésta, cuando el 12 de Mayo se puso al frente del ejército.

Faltaba ganado para el material de transportes, y estaba escasa de él la artillería. No terminada aún la transformación del material de ésta para los nuevos cañones rayados, hubo que aprovechar los arzones antiguos. Los parques de artillería é ingenieros no estaban organizados en los cuerpos de ejército. La dotación de cartuchos para los fusiles rayados, de que acababa de armarse toda la infantería, era insuficiente. Hubo que improvisar en el mismo teatro de la guerra el servicio de víveres y de sanidad.

Más previsora el gobierno piemontés, había puesto en juego cuantos recursos tuvo á su alcance para poner el ejército en pie de guerra, movilizandole la guardia nacional, reclutando y organizando regimientos de voluntarios á las órdenes de Garibaldi, construyendo en Alejandría un campo atrincherado, y acopiando víveres suficientes para el abastecimiento de sus tropas. Sin contar con las guarniciones de las plazas fuertes y poblaciones importantes, el ejército piemontés constaba de unos 65.000 hombres, distribuidos en cinco divisiones de infantería y una de caballería, con más de 100 cañones: su general en jefe era el rey Víctor Manuel. Estas tropas, para cubrir á Turín, ocupaban en su mayor parte posiciones á las orillas del Doria Baltea, línea defensiva tan débil que fácilmente la hubieran franqueado los austriacos, de haberlo intentado.

La preparación de Austria para la guerra no aventajó en mucho á la de Francia. Errores políticos y de organización influyeron en que, al tomar la iniciativa en la guerra, no pusiese inmediatamente en campaña tropas tan numerosas como hubiera podido emplear en la invasión del Piemonte, si hubiera re-

forzado su ejército de Italia con todas las fuerzas disponibles en las provincias del imperio. El servicio de transportes era tan incompleto, que los austriacos se vieron precisados á requisar los carruajes de los aldeanos. Para poner en pie de guerra la caballería no se contaba con el ganado suficiente, ni era posible adquirir en breve plazo todo el necesario. El envío de refuerzos al ejército de Italia se hacía con extraordinaria lentitud por la única vía férrea que enlazaba al Austria con el teatro de la guerra; sin embargo de tantos entorpecimientos, á las órdenes del general Giulay se habían reconcentrado, en el ángulo que forman el Po y el Tessino, cinco cuerpos de ejército, cuya fuerza era de unos 120.000 hombres. Su situación era la más á propósito para caer resueltamente sobre el ejército piemontés, abrumarlo con la superioridad del número, y aniquilarlo, antes de que los franceses llegasen en su auxilio. Para efectuarlo necesitaban los austriacos un general en jefe audaz y resuelto, y Giulay no lo era; había que operar con rapidez y energía, y hasta el 29 de Abril no se recibía de Viena la orden para invadir el Piamonte, pasado el Tessino, cuando este río pudieron pasarlo el 27.

El ejército austriaco avanzó primero por su derecha sobre Vercelli y Novara, retrocedió después para dirigirse por su izquierda á pasar el Po, y por último, el 7 de Mayo, atravesó el Sessia para marchar sobre Turín. Pero era ya tarde; al ejército piemontés, reconcentrado entre Alejandría y Valenza para amenazar por un flanco á los austriacos, cuando éstos avanzasen sobre Turín, se habían unido ya los cuerpos del ejército francés, organizados en Lyon por el mariscal Canrobert, que en cinco días acababan de pasar los Alpes por Mont-Cenis y Mont-Genèvre, y habían aprovechado después la vía férrea de Suze á Turín, y, además, el mismo día llegaba á las llanuras de Alejandría la vanguardia de las tropas francesas que, con Beraguey d'Hilliers, hacía poco que habían desembarcado en Génova. El ejército aliado efectuó su concentración sin dificultad alguna, gracias á la lentitud del enemigo en las operaciones. Se elevó su efectivo á 162.000 infantes y 12.000 jinetes. Perdida ya la ventaja de su numérica superioridad, los austriacos se vieron obligados á replegarse detrás de Sessia en la Lomellina. El resultado de estas primeras operaciones fué para ellos una derrota sin batalla.

El caudaloso Po separa los ejércitos beligerantes. En la orilla derecha el ejército piemontés se halla concentrado en Cassale y poblaciones inmediatas. Los franceses ocupan ambas orillas del Tanaro y extienden su derecha hasta Voghera, en donde se halla la división Forey; en segunda línea, el tercer cuerpo de ejército, mandado por Canrobert, está situado en Tortona, don-

Acción de
Montebello.

de también se halla el cuartel general. Las posiciones de los aliados determinan un arco de círculo con su concavidad hacia el Po, y cuyo extremo más avanzado está en Voghera.

En la orilla izquierda los austriacos se extienden en dos líneas. Los tres cuerpos de ejército que constituyen la primera, ocupan á Robbio, Mortara y Lomello; los dos que están en segunda línea se hallan en Albonese y Garlasco; y en la derecha del Po la división del guerrillero Urbán vigila en Stradella la carretera y la vía férrea que, paralelamente, van de Tortona á Plasencia (Piacenza) y Cremona: en conjunto, la línea determinada por los puntos que ocupan los austriacos, afecta la forma de una S invertida, cuyos extremos son Vercelli y Vaccarizza.

Giulay cree que los aliados van á avanzar por el camino de Tortona á Cremona, para pasar el Po en Piacenza ó Plasencia y tratar de envolver la izquierda austriaca, y toma disposiciones para impedirlo. El ejército austriaco efectúa un pequeño cambio de frente hacia el curso del Po, y el 19 de Mayo se halla su derecha en Mortara, su centro en Vaccarizza y su izquierda en Plasencia.

Para cerciorarse de las posiciones que ocupan los aliados, Giulay ordena al general Stadión que, con el quinto cuerpo que manda y la división de Urbán, haga un reconocimiento por la margen derecha del Po. Stadión distribuye los 25.000 infantes, 1.400 caballos y 32 cañones de que dispone, en tres columnas; la de la izquierda, mandada por Urbán, ha de avanzar desde Stradella por el camino de Tortona, y antes de llegar á Casteggio esperará á la del centro, que ha de venir sobre esta población; y la de la derecha irá á abordar á Voghera por el N.

El mal estado de los caminos á consecuencia de recientes lluvias, entorpece la marcha de las columnas del centro y derecha que caminan con mucha lentitud. En tanto Urbán llega á Casteggio y continúa marchando hacia Montebello, y más allá de Ginestrello choca su vanguardia con las grandes guardias de la división Forey; entonces hace alto.

Después de medio día sabe Forey la presencia del enemigo por la carretera de Tortona, y toma resueltamente la ofensiva con los 7.000 infantes y 32 cañones de que dispone, apoyado eficazmente por 1.300 caballos del ejército piamontés. A las cuatro y media toma á Ginestrello tras reñido combate. Urbán se retira á Montebello, donde se halla Stadión, á quien el fuego de la artillería avisó de lo que sucedía, cuando trataba de aplazar el reconocimiento para el día siguiente. Stadión ordena que las columnas del centro y derecha vengán á donde él está.

Algunas de estas fuerzas llegan á tiempo para tomar parte en el combate, pero Stadión dispone que toda una brigada se

sitúe en Casteggio para asegurar la retirada, y otra mandada por el príncipe de Hesse, que forma la columna de la derecha, en vez de caer resultadamente sobre las tropas de Forey que avanzan por la carretera y la vía férrea, se contenta con tiro-tearlas, y, por fin, se dirige á Montebello cuando ya los franceses se han apoderado de esta población tras un reñidísimo y sangriento combate, en que los austriacos se defendieron con gran bizarría en las casas, y, últimamente, en la altura donde está el cementerio.

A las seis y media se retiran sobre Casteggio sin ser molestados por los franceses, que se hallan tan desordenados y tan quebrantados por las pérdidas sufridas, que ni intentarlos pueden.

A las nueve de la noche Forey, por orden superior, abandona á Montebello y regresa á Voghera; Stadión y sus tropas repasan el Po por el puente de Vaccarizza; la división de Urbán se retira á Stradella.

No pudo Stadión efectuar el reconocimiento con mayor desgracia: en vez de amenazar sucesivamente varios puntos sin insistir sobre ninguno, obligando de este modo al enemigo á desplegar la mayor parte de sus fuerzas para venir en conocimiento de sus posiciones, se obstina en la defensa de Montebello, hasta que los franceses lo desalojan de su recinto á viva fuerza; la diseminación de sus tropas y el exagerado afán de situar á retaguardia numerosas reservas le privan de las ventajas de la superioridad numérica. Sin que pudiera ser auxiliado á tiempo, Forey entró en fuego en las condiciones más desventajosas; debió ser anonadado por el enemigo y resultó victorioso, porque cuando el arte militar falta, entre la irresolución y la audacia es de la audacia la victoria. Los austriacos perdieron 1.400 hombres; los franceses tuvieron unas 750 bajas.

La insistencia y tenacidad de los austriacos en el ataque y defensa de Montebello hicieron creer á Napoleón III en un movimiento ofensivo del enemigo sobre Voghera y Vaccarizza, y reconcentró todos los cuerpos del ejército francés entre Valenza y Voghera, dejando en Alejandría á la guardia imperial de reserva; pero cuando se cercioró de que Giulay continuaba en actitud pasiva, se decidió á efectuar un atrevido plan que consistía en ejecutar una marcha de flanco, cuyas primeras etapas habían de ser Voghera, Valenza y Cassale por la derecha del Sessia; ir á cruzar este río en Vercelli; dirigirse después sobre Novara; envolver por su derecha al ejército austriaco; caer sobre él, y batiéndolo, dejar expedito y libre el camino de Milán, objetivo principal de esta operación estratégica. Peligrosa era esta marcha de flanco que se iba á verificar por un arco de círculo de unos 140 kilómetros de extensión, cuya cuerda ocupa-

Planes de
campana.-
Operaciones
estratégicas.

ba el enemigo. Hasta llegar á Vercelli verificaron los aliados el movimiento envolvente resguardados por el Sessia; pero en Vercelli el paso del río se ha de efectuar por tres puentes de caballetes, en una comarca poblada de árboles y viñedo y surcada por barrancos y acequias, y á donde llegarán las tropas sucesivamente por tandas y con largos intervalos de tiempo. Por tarde que se entere el enemigo del movimiento verificado por los aliados, podrá caer sobre ellos, cuando lleguen fatigados por una larga marcha, y estén empeñados en el paso de un río que riega comarcas muy quebradas.

Pero con adversario tan ciego como Giulay, que no se convence de que los aliados le han envuelto por su derecha hasta tres días después de ocurrir los combates sostenidos en Palestro, todo atrevimiento y toda temeridad, no solamente quedan impunes, sino que dan la victoria.

Los aliados, aprovechando las vías férreas y caminos de la derecha del Sessia, efectúan la marcha á Vercelli, del 26 al 30 de Mayo. En este día pasan los piemonteses el Sessia, avanzan sobre la derecha austriaca para cubrir la marcha de las tropas francesas que, por retaguardia de aquéllos, han de continuar el movimiento envolvente y desalojar á los austriacos de Palestro.

Esta población es una posición muy importante que Zobel con cuatro brigadas del cuerpo de ejército que manda, trata de recobrar. Dirige al efecto sus tropas contra los piemonteses en tres columnas que han de converger sobre Palestro; pero en vez de atacarla simultáneamente, se adelanta la columna del centro y es rechazada; luego ataca al enemigo por el Norte de la población la columna de la derecha, y sufre igual suerte; y por último, la de la izquierda que ha conseguido algunas ventajas al avanzar por la orilla izquierda del río, atacada inopinadamente por un batallón francés, en completa derrota retrocede á Robbio, sin que el auxilio que recibe de una brigada que quedó en reserva restablezca el combate: entonces el general Zobel ordena la retirada (31 de Mayo).

El cuarto cuerpo de ejército francés marcha en tanto sobre Novara, y el 2 de Junio llega á esta ciudad: el movimiento envolvente está terminado. Giulay se retira con su ejército para establecerse detrás de la línea del Tessino.

No se da cuenta Napoleón III de que los austriacos se repliegan á la izquierda del Tessino, cree que han de venir á presentarle batalla, y se decide á situar su ejército á caballo de ese río. Mac-Mahón, con su cuerpo de ejército, que ha de constituir el ala izquierda, lo pasará seguido por los piemonteses que formarán la reserva. Aquél ocupará á Magenta, la guardia

Batalla de
Magenta.

imperial á Buffalora, y los otros tres cuerpos de ejército franceses constituirán el centro y la derecha de las tropas aliadas, que estarán separadas unas de otras por la caudalosa corriente del Tessino, sobre el que se echarán puentes en Turbigio y San Martino, que faciliten las comunicaciones entre ambas orillas. En presencia de un ejército que puede considerarse intacto, pues las acciones de Montebello y Palestro no han tenido importancia suficiente para lo contrario, esta maniobra es temeraria.

Ignora también Napoleón III que el general austriaco Clam-Gallas, con el primer cuerpo, que acaba de llegar al teatro de la guerra por vía férrea, y con fuerzas del segundo, está encargado de vigilar la línea del Tessino y guardar sus pasos. En el día 2 de Junio la división de cazadores de la guardia imperial ha echado un puente de barcas en el Tessino, y ha pasado á la orilla izquierda por Turbigio, á donde se dirige también Mac-Mahón al siguiente día, mientras los granaderos de la guardia van á asegurar en San Martino otro paso en el río.

La vanguardia de Mac-Mahón vence á tres batallones enviados por Clam-Gallas á efectuar un reconocimiento, y que le disputan la posesión de las alturas de Roberchetto que dominan la salida del puente de Turbigio. Clam-Gallas, al saber que los franceses han pasado el río, vuela el puente de San Martino, abandona la línea de Tessino y ocupa la de Naviglio Grande, canal de curso paralelo y próximo á éste.

El y Giulay creen que los aliados van á dirigirse á Milán pasando el Tessino por Turbigio. Para atacarlos resueltamente por el flanco derecho cuando avancen sobre la capital de la Lombardía, Giulay va á reconcentrar sus tropas, que se hallan diseminadas entre Bereguardo, Robecco, Abbiate-Grasso y Magenta. Mac-Mahón, el día 4, ha de dirigirse, apoyado por el ejército piemontés, á Magenta y Buffalora, y los granaderos de la guardia por el monte de San Martino que han recompuesto, hacia el Naviglio Grande. Una batalla imprevista para los generales en jefe va á ocurrir: Giulay ignora la situación de los aliados, y á Napoleón III le pasa lo mismo con respecto á los austriacos.

Entre el Tessino y el Naviglio Grande, el terreno es pantanoso; al E. del Naviglio está cubierto de plantíos y arrozales. La carretera y la vía férrea que van á Milán, cruzan juntas el Tessino por el puente de San Martino, se desvían luego, siguiendo por terraplenes para salvar el Naviglio: la carretera en Ponte Nouvo de Magenta, y la vía férrea por un puente defendido por un reducto. Al N., en Buffalora, hay otro puente que los austriacos han cortado, como también el puente viejo de Magenta,

que se hallan al S. del nuevo. La línea de posiciones ocupadas por los austriacos forma un ángulo cuyo vértice está en Buffalora.

La izquierda se extiende desde Buffalora á Marcallo; el centro, desde Buffalora á Robecco, y la derecha de los austriacos está escalonada desde Robecco á Bereguardo. La derecha y la izquierda dan frente al N. y el centro al O.

El 4 de Junio, por la mañana, las dos divisiones del cuerpo de ejército de Mac-Mahón y los cazadores de la guardia se dirigen en dos columnas sobre Buffalora y Marcallo por la izquierda del Naviglio, para caer sobre Magenta. Mac-Mahón con una de ellas desaloja á los austriacos de Cascale y Bernate, llega á Monte Rotondo, y persuadido de que las posiciones que tiene orden de ocupar están defendidas por fuerzas considerables, se retira á Bernate, y espera á que lleguen las otras columnas.

Napoleón III, que está en San Martino, oye tronar el cañón al otro lado del Naviglio, envía en dos columnas á los granaderos de la vanguardia y á los zuavos á ganar el puente del ferrocarril y el Ponte Nuovo de Magenta. Con heroica bravura lo consiguen; las tropas austriacas que lo defendían, huyen arrollando á las brigadas que están en reserva. Los defensores de Buffalora, en el temor de verse aislados y de que los soldados de Mac-Mahón vengan á atacarlos, la abandonan.

Muchos fugitivos llegan á Magenta, donde la confusión es espantosa. Nadie se entiende. Un general de división que acaba de llegar de Corbetta, con la que manda, por sí y ante sí avanza con sus soldados contra los franceses, á los que arrolla y obliga á repasar el Naviglio, y recobra todas las posiciones perdidas, excepto á Buffalora.

La guardia imperial tiene que resistir el ataque de fuerzas triples á las suyas, y si no vienen tropas de refuerzo en su auxilio, tendrá que ceder abrumada por el número. A las tres y media llega una brigada del tercer cuerpo, y sus batallones refuerzan á las tropas francesas que combaten en el puente del ferrocarril, en Ponte Nuovo y en Ponte Vecchio de Magenta.

Giulay, de regreso ya en Abbiate-Grasso, donde se halla su cuartel general, ordena al séptimo cuerpo austriaco que vaya á Magenta, y envía en dirección á Robecco al tercero, que llega á las cuatro, avanza por ambas orillas del Naviglio y ataca á los franceses por su derecha. Coincide su presencia en el campo de batalla con la llegada á San Martino del tercero francés, que por divisiones y brigadas, va entrando en fuego sucesivamente, lo que da por resultado una serie de combates parciales, tan reñidos como poco decisivos.

Por fin llega á la altura de las divisiones que están en Bernate

a otra del cuerpo de ejército que manda Mac-Mahón. Son las cuatro y media. Esta división, mandada por Spinasse rechaza victoriosamente á una columna enemiga, al salir de Marcallo, y sigue su marcha hasta Magenta. Mac-Mahón desde Bernate, se dirige de nuevo á Buffalora; se entera al llegar á sus inmediaciones de que ya está en poder de tropas francesas; entonces señala á sus soldados el campanario de Magenta como punto de dirección; en el camino vence á las fuerzas enemigas que se oponen á su marcha ofensiva, y á la caída de la tarde ataca á los defensores de aquella aldea, al mismo tiempo que Spinasse lo verifica por la estación del ferrocarril. Los austriacos se defienden con heroísmo; la lucha es ruda y sangrienta; Spinasse muere, y los franceses se apoderan de Magenta. Dueños de la posición dominante del campo de batalla, la victoria es de los aliados.

En las márgenes del Naviglio la llegada de una división del cuarto cuerpo obliga á los austriacos á retirarse por la derecha del canal, protegidos por brillantes cargas de un regimiento de húsares. El primero y segundo cuerpo del ejército austriaco se retiran por el camino de Milán. Tal es el desorden y la confusión en que quedan los franceses después de la batalla por efecto de las múltiples peripecias de la lucha, por la falta de un plan combinado y por los inmensos guerrilleros en que, bajo el fuego nutrido y certero de los austriacos, se convierten las columnas de ataque, que le es imposible la persecución del vencido, tan necesaria para recoger el fruto de la victoria. Diez mil fueron próximamente las bajas de los austriacos; á la mitad ascendieron las de los vencedores.

El 8 de Junio entran en Milán Napoleón III y Víctor Manuel, y el mismo día sostienen los austriacos un combate de retaguardia con los franceses en Melegnano, posición inmejorable en el camino de Milán á Lodi, desde la que el general Benedek, con el octavo cuerpo de ejército, que ha protegido la retirada de las tropas de Clam-Gallas derrotadas en Magenta, amenaza el flanco derecho de los aliados. El combate es sangriento; los austriacos rechazan el asalto de una división francesa á las casas y barricadas de Melegnano; la llegada de otra división que amenazaba cortarles la retirada, obliga á los defensores de Melegnano á retirarse.

El día 9 se deciden los austriacos á evacuar la Lombardía, y se retiran hacia el Mincio. La izquierda del ejército lo efectúa por el camino que va de Cremona á Mantua; el centro y la derecha por el de Lodi á Crema y Brescia, acentúan su marcha hacia el NE. para concentrarse en Monte Chiaro.

Los franceses, casi en una sola columna, por el temor que Napoleón III abriga de verse atacado en su marcha por el ene-

Acción de Melegnano.-- Evacuación de la Lombardía por los austriacos.

migo, avanzan muy lentamente por el camino de Brescia, mientras que los piemonteses, con asombrosa rapidez han ido desde Vincercate á esta ciudad, en cuyas inmediaciones se reconcentra el 16 de Junio todo el ejército aliado.

Batalla de Solferino. Reforzados los austriacos por numerosas tropas, el emperador Francisco José I toma su mando en jefe, y los distribuye en dos ejércitos, formado cada uno por cuatro cuerpos de ejército y una división de caballería de reserva. Esta organización, muy natural y acertada si estos dos ejércitos fueran á operar, aunque en combinación y bajo una sola dirección suprema, separadamente en distintas comarcas, habiendo de maniobrar juntos en los mismos campos de batalla es perjudicial, porque sin proporcionar ventaja alguna, los cuarteles generales de sus respectivos jefes son ruedas inútiles que han de entorpecer el impulso recibido de la autoridad suprema. El emperador Francisco José ignora en absoluto la situación y movimientos del ejército aliado. Noticias contradictorias, tan pronto le hacen creer que avanza aquél por el camino de Mantua para envolver por el Sur el cuadrilátero y caer sobre Venecia, como que viene por el camino de Brescia para atacar de frente á su ejército. Mientras cree en el movimiento envolvente ordena que todas sus tropas se dirijan á pasar el Mincio, para esperar en su orilla izquierda los acontecimientos; cuando teme el ataque de frente, elige por línea defensiva la del Chiesa, más ventajosa que la del Mincio: en el curso de este río, tan pronto es una orilla como la otra la dominante. Empiezan las columnas á fluctuar entre el Chiesa y el Mincio en marchas y contramarchas que fatigan al soldado y le desmoralizan, y que además trastornan todos los servicios. Después de haber pasado el Mincio el día 20, y extenderse el 21, el ejército austriaco, en su orilla izquierda desde Peschiera á Goito, un reconocimiento que efectúan tropas de caballería persuade á Francisco José I de que los aliados vienen por el camino de Brescia. Los austriacos repasan el Mincio, y toman posiciones entre este río y el Chiesa, de tal manera, que resultan en dos escalones. El de la derecha y más avanzado lo constituye el segundo ejército, que ocupa á Pozzolengo, Solferino, Cavriana y Foresto, su cuartel general se sitúa en Volta, y la reserva de caballería en Tesse. El de la izquierda le forma el primer ejército. Dos de sus cuerpos despliegan á derecha é izquierda de Guidizzolo, y de los otros dos uno guarda el camino á Goito y Mantua, y el otro, diseminado por la margen derecha del Chiesa inferior y del Oglio, ocupa con su más numeroso destacamento á Marcara. Le enlaza con el núcleo principal de las tropas austriacas la reserva de caballería situada en Gazoldo.

Los aliados han pasado el Chiesa. El plan de Napoleón III es sencillísimo; consiste en avanzar hacia el enemigo y atacarlo de frente en las posiciones que ocupe.

El plan del emperador austriaco consiste en efectuar con su ejército un cambio de frente, para el que ha de servir de eje su derecha que, apoyada en la abrupta estribación de los Alpes que constituye la divisoria entre las aguas del Chiesa y las del lago de Garda y río Mincio, está á cubierto de todo movimiento envolvente. Por las posiciones que ocupan los aliados, resultan éstos en escalones, de los cuales el más avanzado es el de la izquierda. Por lo tanto, les es tan fácil continuar dando frente al O., si el enemigo permanece á la defensiva, como dar frente al S. si avanza por la izquierda austriaca, derecha suya.

El campo de batalla se halla comprendido entre el Chiesa y el Mincio. Por el N. la accidentada estribación de los Alpes, de que ya se ha hecho mención, se extiende en forma de anfiteatro y su punto culminante es Solferino. Al S. el terreno es llano, pero surcado por acequias, y cubierto de plantíos. Entre Medole, Casa Nova y Casa Morino existe un extenso erial donde puede maniobrar perfectamente la caballería. Cursa diagonalmente el campo de batalla el camino que va de Brescia á Mantua por Monte Chiaro, Castiglione, Guidizzolo y Goito. Inmediatas al lago de Garda, y á poca distancia una de otra, unen á Lonato y Peschiera la carretera y la vía férrea de Verona.

Antes de rayar el día todo el ejército aliado, excepto la guardia imperial y el cuartel general se ponen en marcha. Los piemonteses en dos columnas se dirigen á Pozzolengo, Baraguey d' Hilliers (primer cuerpo francés) á Solferino; Mac-Mahón (segundo cuerpo) á Cavriana; Niel (cuarto cuerpo) á Guidizzolo; y Canrobert, con el tercer cuerpo, describe en su marcha un arco de círculo para no tropezar con las tropas de Niel, al dirigirse á Medole.

Casi simultáneamente se encuentran todas las cabezas de columna con los puestos avanzados de los austriacos. En toda la línea se combate. Mac-Mahón desaloja de Casa Morino un fuerte destacamento que la defendía, hace alto, y establece en la linde del erial inmediato una formidable batería para contener á las tropas austriacas, cuando avancen por el camino de Goito á Castiglione. En el camino de Solferino, una de las dos columnas en que marchan las tropas de Baraguey, ha desalojado á los austriacos de varios caseríos.

Una de las columnas piemontesas ha sido rechazada por el enemigo en Madona della Scorpetta. La vanguardia de la otra llegó á Pozzolengo, fué rechazada por los soldados de Benedek y luego sufre una completa derrota en San Martino.

La falsa noticia de que considerables fuerzas austriacas por Mantua vienen á envolver el ala derecha, es causa de que, para cubrir ésta, el tercer cuerpo permanezca en Castel-Gofredo sin auxiliar al cuarto que, después de entrar á viva fuerza en Medole, ha avanzado hasta unos caseríos inmediatos, ha rechazado el ataque de los dos cuerpos de ejército austriacos que estaban en Guidizzolo, y ahora lucha en desigual combate con estos mismos, que para la segunda acometida han sido reforzados por una parte del cuerpo de ejército que vigilaba el camino de Goito; la otra parte sostiene un vivo cañoneo con las tropas de Mac-Mahón en el camino de Castiglione.

Napoleón III dispone que los cuerpos de ejército de Mac-Mahón y Baraguey, la guardia imperial y algunas tropas piemontesas aunen sus esfuerzos para romper el centro de la línea austriaca y separar su ala derecha de la izquierda, posesionándose á toda costa de Solferino, llave de las posiciones que ocupa el enemigo. Al efecto, Mac-Mahón debe ir sobre Cavriana, pero no puede verificarlo mientras no esté seguro del concurso de tropas de Niel, que en incesante lucha con la mayor parte del ejército austriaco, bastante hace con sostenerse en las posiciones conquistadas. De dirigirse Mac-Mahón á Cavriana, podrían los austriacos, avanzando por el camino de Castiglione, romper el centro de la línea francesa y amenazar por retaguardia á las tropas de Mac-Mahón y Niel, que se verían obligadas á declararse en retirada, á la que seguiría la de todo el ejército. Prueba el peligro de dejar grandes claros, la carga de un regimiento austriaco de húsares que, por el que media entre el cuerpo de ejército de Mac-Mahón y el que manda Baraguey, carga valerosamente, arrolla á la caballería de Mac-Mahón, choca con los escuadrones de la guardia imperial que vienen de Montecchiaro y vuelve á incorporarse á su ejército, después de acuchillar al escuadrón que escolta la impedimenta de las tropas de Niel. De verse secundados los húsares por la división de caballería de reserva, próxima al lugar del suceso, las consecuencias de tan brillante carga hubieran sido funestas para los franceses.

A las nueve de la mañana, Stadión, que con el quinto cuerpo se defiende valerosamente en Solferino y alturas inmediatas, al ver que vienen sobre él todo el primer cuerpo del ejército francés, la guardia imperial y parte del ejército piemontés, pide refuerzos. Por orden de su emperador van en su auxilio los cuerpos de ejército de Clam-Gallas y Zobel que se hallaban en Cavriana y Foresto. El primer ejército austriaco, dejando delante de Medole fuerzas que tengan en jaque á Niel, ha de abrirse paso por el camino de Castiglione para amenazar por

retaguardia á las tropas francesas que van al asalto de Solferino.

Benedek, que por primera vez ha rechazado á los italianos, no envía fuerzas en socorro de Stadión, porque teme que todo el ejército piemontés venga sobre él; su pasividad contribuye, y no poco, á que el enemigo consiga la victoria.

Clam-Gallas, á la una ha llegado á las inmediaciones de Solferino; Zobel se encuentra ya en Cavriana. Napoleón III lanza contra Clam-Gallas y Stadión todas las tropas de que dispone, sin dejar ni un soldado en reserva. Este violento choque es decisivo; los soldados de Clam-Gallas se retiran en desorden; y Solferino, asaltado valerosamente después de un combate sangriento y de larga duración, porque la aldea está fortificada con barricadas, todas las casas aspilleradas y los austriacos se defienden con tenacidad y denuedo, cae en poder de los franceses. El primer ejército austriaco hace inútilmente un poderoso esfuerzo para abrirse paso por el camino de Castiglione y se bate en retirada. Mac-Mahón deja parte de su artillería en posición, apoyada por la caballería; ejecuta una variación por su izquierda, cae sobre Cavriana y la toma; Zobel, que la defendía, se bate en retirada.

El primer ejército austriaco intenta aprovechar el movimiento verificado por Mac-Mahón para insistir en el suyo de avance, pero la llegada de Canrobert y su cuerpo de ejército le obliga á continuar la retirada.

De nuevo ha rechazado á los piemonteses Benedek; son las cuatro y media, y todo el ejército austriaco, excepto el cuerpo que él manda, se bate en retirada; también se ve obligado á hacerlo, pero en buen orden, y siempre acosado por los piemonteses. A las cuatro y media una tempestad pone fin á la contienda; cuando termina, los austriacos siguen tranquilamente su marcha en retirada. La confusión y el desorden habituales en el ejército francés después de la victoria, le imposibilitan para la persecución del enemigo, que se rehace y pernocta á corta distancia del campo de batalla.

Ciento setenta mil austriacos y unos 160.000 aliados tomaron parte en la batalla. Unas 18.000 bajas tuvieron aquéllos; fueron más de 13.000 las de éstos.

Ninguna de las victorias conseguidas por los aliados había sido decisiva; eran casi iguales en fuerza numérica los ejércitos beligerantes; el austriaco esperaba considerables refuerzos al abrigo del campo atrincherado de Verona, que Napoleón III parecía decidido á atacar de frente; todo anunciaba larga duración para la guerra, cuando el tratado de paz firmado en Villafranca el 12 de Julio por ambos emperadores, la puso término inesp-

Paz de Villafranca.

rado. La política influyó de una manera decisiva en la terminación de una guerra, que estratégicamente era todavía un problema por resolver.

La unión de la Lombardía al Piamonte, excepto las plazas de Peschiera y Mantua, fué el resultado de esta guerra.

Juicio de
esta guerra.

A pesar de que muy poco, ó mejor dicho, nada, hay que admirar en la campaña de Italia, influyó mucho, entonces, en las convicciones y juicios de los militares sobre la importancia de la caballería y la artillería. La poca participación de aquélla en la campaña, dió lugar á la errónea creencia de que ante el perfeccionamiento de las armas de fuego, y la creciente importancia adquirida por su rival la artillería, había perdido casi por completo la suya, como si de la torpeza ó ignorancia en manejar un instrumento, fuera lógico deducir su incontestable inutilidad. Las brillantes cargas del regimiento de húsares que en la batalla de Magenta protege la retirada del tercer cuerpo austriaco y acuchilla la escolta del mariscal Canrobert, y en la de Solferino penetra por entre las tropas de Niel y Mac-Mahón, arrollando cuanto encuentra á su paso, demuestra claramente que si hubiera habido generales de división y cuerpo de ejército que la emplearan á tiempo, como hubo un coronel que supo mandar su regimiento, la caballería hubiera influido mucho en el desarrollo, y tal vez en el desenlace de aquellas batallas.

La rapidez de las marchas por los nuevos medios de locomoción, y la gran extensión que con su frente ocupan hoy día los ejércitos, hacen que casi todas las batallas sean de encuentro, dijeron entonces tratadistas militares de merecida fama; es verdad, pero no hasta el extremo de que hayan de llegar siempre los ejércitos beligerantes á las manos, ignorando en absoluto, como en Magenta y Solferino, su situación respectiva: el servicio de exploración hábilmente desempeñado, y combinado y organizado con inteligencia, debe evitarlo y lo evita seguramente.

Lo mucho que jugó la artillería en esta campaña, y muy especialmente en Solferino, y el afán de los austriacos en atribuir la causa de sus derrotas al efecto producido en sus tropas por los cañones rayados de los franceses, dieron ocasión á que se empezase á exagerar la importancia de aquella arma, que indudablemente ha aumentado muchísimo; pero no hasta el punto de que pueda llegar nunca, como algunos han creído que pudiera suceder en un plazo no lejano, á arrebatarse la supremacía táctica á la infantería, lo que es imposible, porque ésta es el fiel de la balanza entre la artillería y la caballería, y la pérdida de su supremacía causaría un gran desequilibrio entre los elementos constitutivos de un ejército, que traería consigo un eclipse del

arte de la guerra, parecido al que hubo en la Edad Media, cuando fué la caballería el nervio y núcleo de los ejércitos.

El grande alcance y precisión de los fusiles rayados imponen ya en esta guerra á la infantería el orden abierto como orden fundamental de combate; pero se adopta por iniciativa del soldado, inspirado por el peligro y la necesidad de evitarlo, y no porque lo prescriban los reglamentos tácticos ó lo manden los jefes, y se incurre por los franceses en el mal que este orden trae consigo en tales condiciones: la confusión, que imposibilita al vencedor para perseguir al vencido.

En la guerra de Italia, al amenguar el prestigio y poder del Austria, Francia facilitó inconvenientemente á Prusia la realización de sus ambiciosos planes de engrandecimiento.

IV

Los españoles en Marruecos.—Guerra de Africa en 1859 y 1860.—Organización del ejército expedicionario.—El general O'Donnell.—Batalla de los Castillejos.—Batalla de Tetuán.—Batalla de Wad-Rás.—Tatado de paz.—Juicio crítico de esta campaña.

Los españoles en Marruecos.—Guerra de Africa en 1859 y 1860.

España, por su posición geográfica, por su historia y por las plazas que posee en su territorio, parecía ser la llamada á influir principalmente en este caduco imperio en que el fatalismo mahometano, la barbarie y constante anarquía de los súbditos y cruel despotismo del emperador hacen imposible la marcha progresiva de la civilización. Mas no es así; nuestros continuos trastornos políticos, nuestra mezquina política interior que no deja lugar para ninguna idea grande en el exterior, han hecho que otras naciones se nos adelanten y gocen de un prestigio y una influencia de que nosotros carecemos, poco menos que en absoluto, allende el Estrecho de Gibraltar.

Hubo un corto espacio de tiempo, paréntesis tan feliz como breve de nuestras perturbaciones en el interior, en que á la vez veía España desarrollar su riqueza y aumentar su comercio é industria bajo la gobernación de un general en que era tan grande el talento militar como el político, el capitán general D. Leopoldo O'Donnell, jefe del partido que se llamaba unión liberal, y presidente del gobierno de S. M. la reina Isabel II desde el año 1856, por la época en que sucedió la guerra de Africa en que nos vamos á ocupar.

Los moros vecinos á Ceuta ultrajaron por Julio de 1859 el escudo de armas de España, y venían inquietando hacia tiempo con su constante enemistad á esta ciudad. Para reparar y castigar el ultraje inferido á nuestro honor nacional se declaró la guerra al imperio de Marruecos, y empezó inmediatamente á organizarse el ejército expedicionario en Andalucía de la manera siguiente: un cuerpo de ejército á las órdenes del general

Echagüe en Algeciras; otro mandado por el general Zabala en Cádiz; el tercero en Málaga, su jefe el general Ros de Olano; en Antequera la división de reserva al mando del general Prim, y una división de caballería, al frente de la cual se puso el marqués de San Juan de Piedras Albas: total, tres cuerpos de ejército, una división de reserva y otra de caballería, que sumaban unos 35.000 combatientes. General en jefe del ejército fué nombrado el general O'Donnell por real decreto de 2 de Noviembre de 1859. Su jefe de estado mayor fué el general García.

O'Donnell era un caudillo experto que se había distinguido notablemente en la guerra civil de los siete años. El éxito de las operaciones en la guerra que iba á emprenderse, vino á corroborar el acierto del nombramiento.

El general
O'Donnell.

Al mismo tiempo que el ejército se organizó una escuadra, de que fué jefe D. Segundo Díaz de Herrera, compuesta de dos navíos, dos fragatas y una corbeta de vela, siete vapores de ruedas, tres goletas de hélice y cinco transportes.

El primer cuerpo de ejército fué desde Algeciras á desembarcar el 18 de Noviembre en Ceuta, que fué la base de operaciones del ejército hasta que se verificó el paso de Monte Negrón por las tropas españolas. Al día siguiente de su llegada emprendió el general Echagüe las operaciones con la ocupación del Serrallo, vasto edificio del campo moro, y se empezó la construcción de los reductos de Isabel II y príncipe Alfonso, que con otros que se hicieron después y el Serrallo, constituyeron una línea defensiva de puestos avanzados delante de Ceuta.

Los moros, en número muy superior al del efectivo de las tropas de Echagüe, atacaron con extraordinario denuedo los reductos en construcción los días 22, 23 y 25, siendo muy reñida la acción en este último día y rechazados como siempre los asaltantes, aunque hubo momento en que los moros procuraron con decidido empeño envolver la izquierda de la línea española. El primer cuerpo tenía que hacer frente á toda la morisma, manteniéndose á la defensiva. La llegada del general en jefe y de una división del segundo cuerpo y de la de reserva el día 27, alejó todo riesgo inminente, pero no impidió que los moros renovasen el ataque á los reductos el 28, y que tuviera que entrar en fuego todo el primer cuerpo para rechazarlos.

En el mes de Diciembre desembarcó en el teatro de operaciones el resto del ejército, y se redujeron éstas á proteger la construcción del camino á Tetuán contra los moros, que procuraron á todo trance impedir los trabajos. El día 30 se ordenó la marcha y salió el ejército de la defensiva para tomar la ofensiva: el primer cuerpo de ejército había de permanecer en el campamento y posiciones del Serrallo para cubrir á Ceuta y asegurar

las comunicaciones de las tropas expedicionarias con su base de operaciones.

Batalla de
los Castillejos.

La iniciación de la ofensiva se señaló por una reñida acción con honores de batalla en los altos de los Castillejos. La división de reserva, mandada por el temerario general Prim, que pasó más adelante de las posiciones de que le había mandado el general en jefe apoderarse, para desalojar á los moros de unas alturas inmediatas, desde las cuales molestaban á nuestras tropas con sus fuegos, se vió muy comprometida, y tuvo que ser socorrida por los cuerpos de ejército y más inmediatamente por el segundo. El resultado de la jornada fué una gran victoria en la que el general Prim fué el héroe por su valor, pero en la que no pecó de prudente.

En su marcha á Tetuán tenía el ejército que pasar el Monte Negrón. Defendidos los pasos de éste por los moros iba á ser necesario empeñar una serie de combates de dudoso éxito. El general O'Donnell supo evitarla por una hábil operación estratégica. Entre la mar y las estribaciones del Monte Negrón había una estrecha faja de tierra arenosa; por ella flanqueó el ejército expedicionario á Monte Negrón con gran sorpresa de los moros, á quienes se engañó con demostraciones falsas del tercer cuerpo hacia las posiciones que ocupaban. Ya en las inmediaciones de la ría de Tetuán, y dueño el ejército, con la cooperación de la escuadra, de la entrada de aquélla, puede decirse que ésta fué la movible base de operaciones del ejército, separado de Ceuta y del primer cuerpo por las estribaciones de Sierra Bullones.

Así sucedió que durante los días en que un temporal deshecho alejó á la escuadra de la costa, la situación en el campamento español llegó á ser muy aflictiva porque empezó á sentirse el hambre en él. Ya se preparaba una columna á las órdenes del general Prim para regresar á Ceuta y traer desde ella un convoy, cuando los buques de la escuadra, con grande exposición, se acercaron á la costa, conduciendo víveres en abundancia.

Reforzaron al ejército los voluntarios catalanes y una división mandada por el general Ríos. Prim había tomado el mando del segundo cuerpo, que tuvo que dejar el general Zabala, obligado por sus dolencias.

Batalla de
Tetuán (4 de
Febrero de
1860).

Desde el momento en que el general O'Donnell tuvo recursos suficientes para atender á la manutención de sus soldados, decidió marchar hacia Tetuán para desalojar al ejército moro del campamento atrincherado en que le había situado delante de la ciudad su caudillo el príncipe de Muley el Abbas. El espíritu de las tropas era excelente, en su descenso al valle de Tetuán y al acamparse junto á la ría, la victoria siguió siéndolas favorable; en los días 23 y 31 de Enero habían rechazado, no sin

grandes esfuerzos, los ataques del ejército moro, y ahora iban ellas á ser las que atacasen.

Las disposiciones tácticas del general O'Donnell y su plan de ataque al campamento enemigo, consistieron en un ingenioso orden defensivo-ofensivo, que tuvo que adoptar por ser el ejército moro numeroso, y constituir su principal fuerza la caballería, que era de presumir había de lanzar Muley el Abbas contra las columnas de ataque. Colocó en las dos alas los dos cuerpos de ejército segundo y tercero, en forma de cuña con la mitad de sus batallones en escalones, de los que el del centro era el más avanzado, y detrás de los escalones extremos de cada cuerpo, iba la restante fuerza de éste en dos columnas laterales. Ambos cuerpos de ejército llevaban baterías de montaña para barrer con sus fuegos los flancos. Los batallones marchaban en columna cerrada, para estar pronta á formar el cuadro si se presentaba amenazadora la caballería marroquí. La artillería y la caballería los colocó en el centro entre las dos cuñas que formaban el segundo y tercer cuerpo, y de este modo resultó una especie de frente abaluartado en que la artillería y la caballería venían á ser la cortina. A retaguardia y para rechazar todo movimiento envolvente que pudiera intentar la caballería enemiga, situó la división del general Ríos y fuerza de caballería. Este baluarte humano avanzó con el mayor orden; la infantería con el arma sobre el hombro y la artillería efectuando con la mayor precisión fuego avanzado.

Tan admirable orden de combate mantuvo en respeto á la caballería marroquí. Llegó el ejército español á las trincheras del campamento enemigo, no obstante el fuego de la artillería mora y también del de su infantería; tropas del segundo cuerpo con el general Prim á la cabeza asaltaron por el frente el campamento, y el tercer cuerpo que formaba la cuña ó baluarte izquierdo del orden de combate envolvió aquél por uno de sus flancos, y le asaltó también. La victoria fué completa; el ejército moro se dispersó. A los dos días el ejército español entraba en Tetuán.

Hiciéronse por los moros proposiciones de paz que no fueron admitidas por los españoles. El general O'Donnell hizo objetivo de esta segunda campaña la ciudad de Tánger, y como la empresa era más dificultosa, dispuso que se le incorporase el primer cuerpo de ejército que había quedado en el Serrallo. También aumentó el efectivo del ejército la llegada de los tercios vascongados. Nuestras fuerzas llegaron á 45.000 hombres; los enemigos pasaban de 50.000. Había que forzar el paso del Fondack, desfiladero en el camino de Tetuán á Tánger.

El ejército español se puso en marcha, y después de vencer á los moros en la acción de Samsa, encontró en las alturas de

Batalla de
Wad-Rás.

Wad-Rás á los moros que mostraron singular empeño en envolver á los nuestros, lo que no consiguieron. Esta batalla de Wad-Rás, notable por lo sangrienta y por la tenacidad con que los moros disputaron á nuestras tropas las posiciones que ellos ocupaban, hasta el punto de recobrar alguna después de haberla perdido, para volver á perderla definitivamente, no lo fué tanto considerada desde el punto de vista táctico como la de Tetuán. Ocurrió el 23 de Marzo y fué la última de la guerra.

Tratado de paz. Firmáronse los preliminares del tratado de paz el 25 de Mayo. El emperador marroquí cedió á España el territorio comprendido delante de Ceuta hasta las alturas de Sierra Bullones, y el boquete de Anghera y una indemnización de guerra de veinte millones de duros. Para responder del cumplimiento de lo capitulado, quedó en Tetuán un cuerpo de tropas por algún tiempo.

Juicio de esta campaña. Sus resultados fueron pobres. La elección de Tetuán como objetivo no respondía á nada, porque Tetuán no tiene importancia alguna estratégica ni comercial. Debió ser desde luego Tánger; tal vez exigencias diplomáticas de Inglaterra influyeron en que no fuera así. Después de la entrada en Tetuán, conseguido el objeto de vengar el ultraje recibido, la segunda parte de la guerra fué innecesaria, porque para la posesión definitiva de Tánger y aun para tomarla se hubieran presentado iguales dificultades que para elegirla como objetivo desde el principio de la guerra; hay motivo para creer que se presentaron. Tal vez se expuso inútilmente al primer cuerpo haciéndole desembarcar con anticipación al resto del ejército. Si el mal tiempo hubiera impedido, como pudo ser, el desembarco de las tropas, el general Echagüe se hubiera visto en situación algo apurada. Además, la anticipación suya al resto del ejército no reportó ventaja alguna positiva.

El paso de Monte Negrón en 6 de Noviembre de 1859 y la batalla de Tetuán, son la operación estratégica y el hecho táctico más notables de la campaña, y honran al invicto general O'Donnell.

El resultado positivo de esta guerra fué la convicción de que la nación estaba dispuesta á coadyuvar con entusiasmo á toda empresa en el exterior que respondiese á nuestras gloriosas tradiciones; de que nuestro soldado, por su sobriedad, sufrimiento de las penalidades, y valor, continuaba siendo el de todos los tiempos de nuestra historia, y de que no faltaban generales que supieran conducirlo á la victoria.

La guerra de Africa nos dió un prestigio en Marruecos que no hemos sabido conservar.

V

Guerra de 1866 en Alemania.—Causas de la guerra.—Organización del ejército prusiano y del austriaco.—Preparación para la guerra.—Primeras operaciones.—Campaña de Bohemia.—Operaciones estratégicas.—Combates que precedieron á la batalla de Sadowa.—Batalla de Sadowa.—Retirada de los austriacos.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de esta guerra.—Ventajas de la nueva organización del ejército prusiano.—Importancia de la artillería.—El fusil de aguja.

Necesidad histórica fué la guerra de 1866; Moltke lo ha dicho.

Prusia aspiraba desde principios de este siglo á la hegemonía en Alemania, y para conseguirla mejoró constantemente su estado militar hasta llegar á obtener una organización militar tan perfecta, que le permitió movilizar su ejército en breve plazo. Para arrebatar al Austria su supremacía en la Confederación germánica le sirvió de pretexto la incorporación, que pretendía á su territorio, de los ducados de Elba que, en lucha desigual con Dinamarca, habían fácilmente conseguido Austria y Prusia reunidas para Alemania. Negóse aquélla á las pretensiones de ésta y una proposición de ejecución federal que presentó contra Prusia en la dieta de Francfort el 14 de Junio de 1866, ocasionó el rompimiento definitivo. Casi todos los Estados de la Confederación se decidieron por Austria, y Prusia, para equilibrar la partida, consiguió la alianza de Italia, que ansiaba incorporarse el Veneciano para asegurar y completar su unidad.

En calidad las tropas prusianas aventajaban á las austriacas; el servicio obligatorio había nutrido las filas del ejército de Prusia de soldados, cuya superioridad sobre los austriacos, reclutados entre los desheredados de la fortuna, era innegable. En preparación pronta para la guerra, rápida concentración de los ejércitos de operaciones y buena organización de los servicios, también estuvo la superioridad de parte de los prusianos.

Guerra de 1866 en Alemania. —Sus causas.

Organización del ejército prusiano y del austriaco. —Preparación para la guerra.

nos; en veinte días fueron conducidos en ferrocarril á las fronteras de Sajonia y Bohemia unos 200.000 infantes y 54.000 caballos, que el 5 de Junio estaban en disposición de invadir el territorio enemigo. El mando supremo le asumió el rey Federico Guillermo; su jefe de Estado Mayor fué el barón Moltke.

Los austriacos verificaron la concentración de sus tropas con su tradicional lentitud. Casi todas estaban ya en Moravia, y su general en jefe Benedek, decía el emperador el día 16 de Junio, que aún tardaría once días en terminar la concentración del ejército del Norte que iba á hacer frente á los prusianos y á componerse de 227.000 soldados de infantería, 23.000 caballos y 790 cañones, distribuidos en seis cuerpos de ejército, cuatro divisiones de caballería y una reserva de artillería. Los demás Estados de la Confederación germánica habían de lanzar contra Prusia 130.000 hombres; de ellos 100.000 sajones reforzaron el ejército austriaco del Norte. El del Sur, con un efectivo de 140.000 hombres, mandado por el archiduque Alberto, debía operar en Italia contra el rey Víctor Manuel.

Las tropas prusianas formaron tres ejércitos: el de Elba, mandado por Herwarth de Bittenfeld, y compuesto de tres divisiones de infantería y tres regimientos de caballería, que sumaban un total de 46.000 combatientes y 144 cañones, se reunió en las inmediaciones de Torgau, y verificaría la ocupación de la Sajonia; el primer ejército, que le constituyeron en el ángulo de las líneas fronterizas de Prusia con Sajonia y Bohemia tres cuerpos de ejército y uno de caballería de reserva, cuya fuerza numérica ascendía á 93.000 combatientes y más de 300 cañones, mandados por el príncipe Federico Carlos; y el segundo, que le compusieron en la Silesia, á las órdenes del príncipe real Federico Guillermo, 115.000 hombres y 360 cañones, á que ascendían los efectivos de tres cuerpos de ejército el de la guardia real y una division de caballería.

Además, otro ejército de 56.000 hombres, mandado por el general Vogel de Falkenstein, iba á operar en la cuenca del Meín.

Primeras
operaciones.

Las primeras operaciones estratégicas de los prusianos las efectuó el ejército del Meín y tuvieron por objeto la ocupación del Electorado de Hesse y del reino de Hannover, y su mérito consistió en la rapidez con que las tropas muy superiores en número á las que habían puesto en pie de guerra dichos Estados, los invadieron simultáneamente por todas sus fronteras, ahuyentaron al ejército electoral, y encerraron en un círculo de hierro, cuyo radio fué disminuyendo de día en día, al hannoveriano, que se vió obligado á capitular, después de haber conseguido en Lagensalza un éxito táctico. El 17 de Junio empezaron y el 29 fué la capitulación de los hannoverianos; en una campaña de tan

pocos días, las tropas del general Vogel de Falkenstein se habían hecho dueñas en absoluto del centro de Alemania, y al anticiparse á los proyectos de ocupación que respecto al Hannover y el Hesse electoral tenían los aliados, evitaron un grave peligro para Prusia.

Por los mismos días el ejército de Elba verificó la invasión de la Sajonia, que facilitó á los prusianos el acceso al reino de Bohemia por la cuenca del Elba y la reunión, en uno solo, de dos de los tres ejércitos que desde los primeros momentos concentraron en las fronteras bohemia y sajona; es decir, les puso en condiciones de tomar la ofensiva, sin temor á que se viera invadido su propio territorio por los austriacos y sus aliados. El ejército sajón, sin oponer resistencia, evacuó la Sajonia y se internó en la Bohemia para incorporarse al austriaco.

Cuatro fueron los teatros de operaciones en esta guerra: en Italia la cuenca del Po; y en Alemania, el reino de Hannover y el Electorado de Hesse-Cassel constituyen uno; la cuenca del Meín otro; y el más importante, porque en él se decide el éxito de la guerra, le forman el reino de Sajonia, las provincias prusianas de Brandemburgo y Silesia, el reino de Bohemia, la Moravia y el Archiducado de Austria. En este último Berlín y Viena son los puntos objetivos principales, y las vías de comunicación que las enlazan las principales líneas de operaciones. De ellas, la vía férrea se bifurca en Dresde en dos líneas: la que sigue el valle de Elba por Theresienstadt y Praga á Pardubitz, donde se une con la otra que viene por Zittau, Josephstadt y Koeniggraetz, cruzando el Moldau y el Eger afluentes del Elba por su izquierda. En Trubau vuelve á bifurcarse para unirse de nuevo en Lundemburgo, á donde vienen á parar la línea oriental por el valle de Morawa, pasando por Olmütz, y la occidental por el valle de Litlawa y la ciudad de Brünn. La carretera de Berlín á Viena encuentra en su trazado á Görlitz, Gitchin, Sadowa, Koeniggraetz y Olmütz. Perpendicularmente á estas líneas de operaciones, y paralelamente á la línea fronteriza de Bohemia y Sajonia con Prusia, se extiende la vía férrea prusiana de Oppeln y Leipzig y la austriaca de Praga y Cracovia. Enlazan puntos estratégicos importantes y son líneas secundarias de operaciones las carreteras de Breslau á Gitchin por Trautenau, y á Koeniggraetz por Glat, desfiladero de Nachod y plaza fuerte de Josephstadt. El corazón, por decirlo así, de este teatro de operaciones es el reino de Bohemia, extenso cuadrilátero limitado por los montes de Bohemia al SO., los de Moravia al SE., los de Riessen-Gebirge al NE. y los Erz-Gebirge al NO. Dentro de este cuadrilátero se halla la región superior del Elba muy accidentado por las estribaciones de los mon-

Campana
de Bohemia.

tes citados. Considerado en conjunto este teatro de operaciones, ofrece más ventajas para una defensiva vigorosa que para una ofensiva resuelta.

Operaciones estratégicas. En los cálculos de Benedek entró el efectuar una campaña ofensiva; pero la ocupación de la Sajonia por los prusianos y la celeridad con que éstos, sin temor ya á una invasión inmediata de su propio país, se le anticiparan en la ofensiva, redujo al general austriaco á limitarse á un plan defensivo, que consistía en oponer el núcleo de sus fuerzas á las tropas prusianas que por el Norte habían invadido la Bohemia, y á vigilar y guardar con algunos cuerpos de ejército los caminos que enlazaban con este reino á la Silesia por los desfiladeros de los Riessen-Gebirge.

Efectuada la ocupación del reino de Sajonia y reunidos en uno solo el ejército del Elba y el primero, los prusianos invadieron la Bohemia en dos grandes masas, aquellos dos ejércitos por el N.; y el segundo por el NE. Los peligros y dificultades de este plan de campaña han sido definidos por su mismo autor, el general Moltke, al afirmar que una línea central de operaciones entre dos ejércitos invasores que avanzan por líneas convergentes hacia el corazón del territorio invadido, es ventajosa si hay espacio para ir á batir á uno de los dos á una distancia de algunos días de marcha, y queda tiempo para volver después contra el otro. La distancia que mediaba entre las dos grandes masas invasoras era de unos 190 kilómetros, que equivalía por lo menos á ocho días de marcha; el punto designado para su unión, dentro del territorio dominado por el enemigo, era Gitchin. Fácilmente podía el ejército austriaco acudir con tiempo á ocupar la línea central, tan ventajosa según el testimonio del mismo general Moltke, para quien la garantía de éxito de tan arriesgado plan de campaña estaba en las noticias de que, en algunos días, no podrían reunir los austriacos el grueso de sus fuerzas en el N. de Bohemia, y la seguridad consiguiente de que los ejércitos invasores tendrían en su favor la superioridad numérica, porque únicamente cuerpos de ejército aislados podrían oponerse á su movimiento de avance. Todos los cálculos del célebre estratego alemán hubieran resultado fallidos sin el desconocimiento en que estuvo siempre el general Benedek de las operaciones del enemigo, porque el ejército austriaco pudo llegar á tiempo para sacar todo el partido posible de su situación central respecto á las dos grandes masas invasoras, y aun no habiendo sucedido así, por telegrama tuvo que ordenar el rey de Prusia al príncipe Federico Carlos, en la mañana del 29 de Junio, que avanzase rápidamente para librar al segundo ejército de la situación difícil en que se veía, á pesar de una serie de combates victoriosos.

El ejército de Elba, que era el de la derecha, avanzó desde la frontera sajona por el camino que conduce á Munchenggraetz en una sola columna, y el primero con un gran frente de marcha en cinco por la vía férrea de Zittau, carretera de Görlitz y otros tres caminos. Ambos ejércitos sostuvieron combates de vanguardia, el día 26, con avanzadas austriacas, que se retiraron dejándolos expedito el acceso al río Isser, afluente del Elba por la derecha. La vanguardia del ejército de Federico Carlos echó un puente de barcas sobre el río en reemplazo del que habían cortado en Turnau los austriacos, y se apoderó sin hallar resistencia de esta población, del que se había retirado el enemigo para replegarse sobre Munchenggraetz.

Combates
que precedieron á la
batalla de
Sadowa.

El cuerpo de ejército que mandaba el general austriaco Clam-Gallas y el ejército sajón que se le había incorporado, y eran las únicas fuerzas aliadas que inmediatamente podían oponerse á los invasores, recibieron orden telegráfica de Benedek, de conservar á toda costa á Munchenggraetz y á Turnau, y se dirigieron á recobrar este punto que acababan de evacuar, con ánimo de sorprender á los prusianos, y al efecto empezaron á pasar el río por el puente de Podol; pero á las siete y media de la tarde había enviado Federico Carlos tropas hacia esta población, que desalojaron á cuatro compañías austriacas del pueblo y del puente; una brigada austriaca los recobró, y el combate nocturno se prolongó hasta la una de la madrugada, en que un batallón prusiano que esperó rodilla en tierra y en cuatro filas á otro austriaco que avanzaba á su encuentro, rompió sobre él un nutrido fuego, le obligó á retroceder cargando sobre él á la bayoneta, le puso en fuga, y entraron confundidos fugitivos y perseguidores en Podol, del que los prusianos quedaron definitivamente dueños.

La ocupación de Turnau y la toma de Podol abrieron el camino de Gitchin á los prusianos, que amenazaron desde estas poblaciones la línea de retirada de los austro-sajones, que en la imposibilidad de sostenerse en la línea defensiva de Isser, en la madrugada del 28 de Junio, dejando en Munchenggraetz una brigada, se dispusieron á emprender la retirada para incorporarse al grueso del ejército austriaco que había de llegar el 30 á Gitchin; pero en esto cayeron sobre la brigada de retaguardia varias columnas prusianas del primer ejército y luego una división del ejército del Elba; y muy quebrantada aquélla y otras dos brigadas más que vinieron en su apoyo, fueron las tres desalojadas de todas las posiciones que sucesivamente ocuparon, por fuerzas muy superiores en número á las suyas, y á la una de la tarde se batieron en retirada. Por dos caminos distintos se retiraron sajones y austriacos, y la retaguardia de éstos

en la noche misma del 28, sostuvo un combate desgraciado en el desfiladero de Podkost.

En el enlace de los caminos que de Turnau á Munchenggraetz conducen á Gitchin, se situaron las tropas austriacas de Clam-Gallas y los sajones, dispuestos á mantenerse en las posiciones ocupadas con gran tesón, en cumplimiento de la orden telegráfica de Benedek. Su centro estaba á cubierto de todo ataque, porque el frente de la posición era inaccesible, pero no así las alas, que fueron asaltadas por dos divisiones prusianas que se batieron en la ignorancia de que lo hacían simultáneamente, porque la montaña de Brada, que separa á los dos citados caminos por los que habían venido aquéllas, impidió que de una á otra llegase el fragor del combate. Ambas fueron rechazadas al atacar de frente, y entonces efectuaron movimientos envolventes para acometer á los aliados por los flancos. Cuando el combate estaba más empeñado, Clam-Gallas y el príncipe Alberto de Sajonia se vieron sorprendidos por la orden de retirada de su general en jefe. A las ocho de la noche fué comunicada á las tropas, en las que causó un efecto desastroso, pues se retiraron con tal precipitación y desorden, que tres batallones quedaron olvidados en la montaña de Brada, y fueron destrozados por los prusianos.

Los vencidos se acogieron á Gitchin, de donde fueron desalojados por los prusianos después de un combate nocturno, que empezó antes de media noche y concluyó al amanecer del 30 de Junio. Federico Carlos y sus tropas habían llevado á feliz término su misión.

En la ejecución del plan de campaña arrojó los mayores riesgos el segundo ejército prusiano, que tuvo que efectuar la invasión de Bohemia por líneas convergentes de operaciones, erizadas de obstáculos naturales, y en las que largos y difíciles desfiladeros, á través de los Riessen-Gebirge, daban acceso á angostos valles regados por ríos de curso torrencial, cauce profundo y márgenes cubiertas de rocas. Empezó su marcha ofensiva en tres columnas; por la derecha un cuerpo de ejército fué á Trautenau; dos por la izquierda, salvando el desfiladero de Nachod y el valle de Methau, á Skalitz; y por el centro la guardia real se dirigió á Eypel. El 25 de Junio empezaron el paso de los Riessen-Gebirge.

En ese mismo día todo el ejército austriaco se hallaba ya en Bohemia y su cuartel general en Josephstadt. Benedek envió dos cuerpos de ejército á vigilar la frontera de Silesia, y se obcecó en no dar importancia á las operaciones verificadas por el príncipe real de Prusia, y en prometer á Clam-Gallas y al príncipe Alberto de Sajonia el próximo auxilio de todo el ejército, para después no cumplir su promesa.

Al amanecer del 27 de Junio el segundo ejército prusiano descendió de los Riessen-Gebirge, y sus dos alas chocaron con los cuerpos de ejército que Benedek había enviado á la frontera, siendo las consecuencias de la doble acción que se empeñó en las dos extremidades del extenso frente con que avanzaba, un descalabro de importancia en Trautenau y una costosa victoria en Nachod, que probaron lo arriesgado de las operaciones que había emprendido. La vanguardia del cuerpo de ejército que venía por la derecha se apoderó de Trautenau, á costa de un breve, pero rudo combate con las avanzadas austriacas, y sin asegurar la posesión de lo conquistado, ni tampoco la entrada de los desfiladeros, en cuyo paso aún están empeñadas las dos columnas en que caminaba el resto del cuerpo de ejército, siguió adelante, y, en combinación con una de éstas, atacó en unas alturas que están al Sur de la población, á una brigada austriaca por el frente y los flancos, en línea de columnas de compañía, protegidas por nutridas guerrillas: los austriacos, que acababan de llegar, se retiraron en orden.

En apoyo de esa brigada, que constituía su vanguardia, vino todo el décimo cuerpo de ejército austriaco que reanudó el combate, y preparó con el certero fuego de sus 60 cañones el ataque definitivo al enemigo, que, á las cuatro de la tarde, verificó en tres líneas.

Los prusianos sin casi artillería, pues la mayor parte quedó á retaguardia de las columnas de marcha, sin poder utilizar su caballería, porque el terreno no era á propósito, fueron precipitados hacia Trautenau, donde tampoco pudieron sostenerse. Aquella misma noche, excepto una brigada que cubrió y protegió su retirada, los prusianos repasaron la frontera y retrocedieron hasta los vivacs de que habían partido para iniciar la invasión.

La acción en Nachod, que dió la victoria al ala izquierda prusiana, fué también muy reñida. Había su vanguardia pasado el desfiladero de Nachod y entrado sin dificultad en esta población, subido á una meseta que domina los caminos de Skalitz y Neustad, cuando llegó por este último el otro cuerpo de ejército austriaco, que Benedek había enviado á la frontera. Después de reñidos combates tan pronto favorables como adversos, la vanguardia prusiana fué rechazada hasta la cresta de la rápida pendiente por donde había descendido al valle de Methau, y allí, en lucha desigual y desesperada con 21 batallones, gracias á las brillantes cargas de su caballería á la austriaca, y al fusil de aguja de que estaba armada su infantería, se sostuvieron por más de tres horas, tiempo suficiente para que el total de la columna prusiana pasase el desfiladero de Nachod, y viniese á tomar parte en el combate. Envueltos entonces los austriacos

en un círculo de fuego de fusilería y artillería, abandonaron el campo de batalla y se retiraron á Skalitz.

Ambos cuerpos de ejército austriacos, así el vencido en Nachod, como el vencedor en Trautenau, por no recibir oportunamente refuerzos sufrieron el 28 un doble descalabro. Para tomar el desquite de la derrota sufrida y abrir el paso de Riessen-Gebirge á la columna de la derecha, la guardia real prusiana, que había pasado ya esta cordillera, atacó por la derecha al cuerpo de ejército austriaco vencedor. El general Gablentz que lo mandaba, llegó á convencerse de que no habían llegado los refuerzos que había pedido al general Benedek, y ordenó á sus tropas la retirada. El ayudante portador de esta orden á la brigada que después de la acción de Trautenau se había situado en esta población, cayó con su escolta prisionero de los prusianos; la orden, como era consiguiente, no fué recibida por aquella fuerza que, en Altz-Rognit, aldea inmediata á Trautenau, había puesto en grave apuro á dos batallones prusianos, pero que acometida por toda una división de la guardia real, fué completamente destrozada. Después de esta victoria de la columna prusiana del centro, la del ala derecha pudo pasar tranquilamente los Riessen-Gebirge.

En el ala izquierda del frente prusiano, el general Steinmentz, que mandaba el cuerpo de ejército vencedor en Nachod, efectuó un ataque de frente y flanco sobre Skalitz, acto inconcebible de audacia que pudo costarle muy caro, porque se expuso á tener que luchar con tres cuerpos de ejército enemigos: el vencido en Nachod que había pasado á la orilla derecha del río Aupa; otro que había venido á relevarlo; y un tercero que avanzó desde el interior de Bohemia en apoyo de los otros dos. Pero Benedek, no obstante de haber venido á Skalitz para enterarse de lo sucedido, persistió en no conceder importancia á las operaciones del segundo ejército prusiano, y para efectuar la concentración de todo el ejército austriaco dió orden de retirada á los dos cuerpos de ejército situados más á vanguardia. Uno de éstos, que había pasado el Aupa, estaba ya batiéndose cuando tan malaventurada orden empezó á cumplirse, causando pésimo efecto en la moral de los soldados, á quienes se hizo emprender la retirada en el instante mismo de romperse el fuego. Las posiciones de los austriacos eran además muy desventajosas, porque sin apoyo en las alas, y con el río á la espalda, para cruzarlo, si fuesen rechazados, habrían de atravesar la ciudad de Skalitz.

Los prusianos atacaron en línea de guerrillas reforzadas por columnas de compañía y de medio batallón; los austriacos se batieron con denuedo, y una brigada salió en columna al en-

cuentro de una división enemiga que efectuaba un movimiento envolvente, y con heroico valor, sin que desmayara el ánimo de sus soldados al ver las muchas bajas que tenían, llegó á 50 pasos de los prusianos; pero á tan corta distancia, era tan mortífero el fuego de la infantería enemiga, que á pesar de los extraordinarios esfuerzos de los oficiales para contenerlos, los soldados austriacos retrocedieron en desorden, perseguidos por grupos de tiradores. Siguieron á este incidente de la batalla un combate de artillería y el ataque victorioso de los prusianos á la estación del ferrocarril de Skalitz, y concluyó el combate por un ataque concéntrico de las tropas de Steinmetz á la ciudad, que, después de tenaz resistencia, evacuaron los austriacos que pasaron el río Aupa, protegidos por la artillería, y se retiraron sin ser molestados por el vencedor. El cuerpo de ejército austriaco que días antes se había batido en Nachod, presencié inactivo desde la otra orilla del Aupa la batalla, sin intervenir en ella.

Dueños los prusianos de Skalitz y Trautenau, lo fueron de la línea del Aupa. Las tropas austriacas se reconcentraron todas en una meseta á la derecha del Elba, excepto un cuerpo de ejército que permaneció en la izquierda, cuya falsa situación le ocasionó una derrota al ser envuelta su derecha por los vencedores de Skalitz, que avanzaron hasta el Elba, como también todo el ejército del príncipe Federico Guillermo, apoderándose la guardia real de Könighinhof, llave de esta línea defensiva, defendida por un solo regimiento austriaco.

Todo esto fué preciso, para que el general Benedek se diese cuenta del peligro que le amenazaba por no haber apoyado con firmeza á los dos cuerpos de ejército que tratan de cerrar el paso á las tropas del príncipe real.

Coincidiendo con esta serie de derrotas la toma de Gitchin por el primer ejército prusiano, y la retirada de Clam-Gallas y los sajones á Sadowa, quedó descubierto el flanco izquierdo y amenazada la retaguardia del ejército austriaco, que tuvo que retirarse á Koeniggraetz.

La ventaja estratégica de su posición central se había convertido en desventaja táctica, desde el momento en que los dos grandes ejércitos invasores habían verificado su aproximación tan felizmente.

Las rápidas y afortunadas operaciones estratégicas y los triunfos tácticos de los ejércitos invasores habían asegurado de un modo absoluto su reunión definitiva, cómo y cuando conviniera á sus generales, y se verificó en el campo de batalla con el ruidoso aparato de una completa victoria. La separación voluntaria de las dos grandes masas invasoras las proporcionaba

Batalla de
Sadowa.

ventajas tácticas para combinar un doble ataque al enemigo por el flanco y el frente, y no daba ocasión á ningún peligro estratégico ni táctico desde el momento en que, separados por un día de marcha, si todo el ejército austriaco acometía á uno de los dos prusianos, se vería á su vez atacado inmediatamente por el otro.

Benedek se decidió á aceptar una batalla decisiva, cuando el enemigo viniera á su encuentro, y situó al ejército en posiciones inmejorables por el frente, no tanto por el flanco derecho, y que dejaban bastante que desear en el izquierdo. Los dominaba la meseta de Chlum, llave de todas ellas, y que podía servir de reducto central para las tropas. A retaguardia el río Elba constituía un verdadero peligro para los austriacos si eran batidos. Cubría el frente el río Bistritz, subafluente del Elba, de pocos vados, de cauce más ancho que profundo y de márgenes anchas, y en ellas ó sus inmediaciones se hallan las aldeas de Benatek, Sadowa y Nechanitz. Todo el terreno es ligeramente ondulado y poblado de trecho en trecho de aldeas y bosques, que podían servir de punto de apoyo á tropas que se batiesen á la defensiva. Entre el Bistritz y el Elba se extiende una serie de alturas de pendiente rápida al Bistritz, y suave al Elba.

Por el Norte, entre el Bistritz y el Trotina, hay de Benatek á Racitz una distancia de cinco kilómetros, que era el único espacio libre para un ataque del enemigo por el flanco derecho á las posiciones austriacas, pues el terreno entre el Trotina y el Elba es pantanoso. La carretera de Gitchin á Koeniggrætz corta al río Bistritz casi perpendicularmente y le cruza por el puente de Sadowa.

En la línea de batalla los sajones, dando frente á Nechanitz, formaban la extrema izquierda, y en segunda línea les apoyó un cuerpo de ejército austriaco y para proteger su flanco izquierdo una división de caballería; en el centro dos cuerpos de ejército ocuparon las alturas que hay entre el Bistritz y el Elba, y con destacamentos avanzados, varias aldeas en las márgenes de aquel río, entre ellas Sadowa; y constituyeron la derecha otros dos cuerpos de ejército, desde la meseta de Chlum á Nedelitz y desde esta población al Elba. En segunda línea y como reserva general se situaron á los dos lados del camino de Koeniggrætz dos cuerpos de ejército de infantería, el de caballería de línea, una división de caballería ligera y la reserva de artillería. El ejército austriaco que ocupaba las posiciones indicadas, ascendía á 215.000 hombres y disponía de 770 cañones.

Reconocimientos que mandó efectuar el príncipe Federico Carlos, hicieron saber á los prusianos la situación del enemigo, y á propuesta de aquél, el Estado Mayor del rey de Prusia acor-

dó que, el día 3 de Julio, el primer ejército atacase de frente á los austriacos para entretenerlos y facilitar un doble movimiento envolvente por ambas alas, que el ejército del Elba efectuaría por el flanco izquierdo de los austro-sajones, y el segundo por el derecho.

Muy de madrugada, el primer ejército se aproximó al Bistritz, y el del Elba se puso en marcha hacia Nechanitz. La lluvia torrencial y la niebla que entorpecieron su marcha les favorecieron, no obstante, porque imposibilitaron que el enemigo supiera su movimiento de avance. Al empezar la batalla las tropas austriacas estaban en movimiento para ocupar las posiciones que se les había designado, y sorprendidas por la presencia del enemigo, se apresuraron á entrar en línea sin tener tiempo para reconocerlas, y se dió el triste caso de que algunas fuerzas se batieran á pecho descubierto sin utilizar trincheras próximas al sitio de la lucha, porque ignoraban su existencia.

Antes de las ocho de la mañana, el ejército del Elba llegó á Nechanitz, pasó el río Bistritz, desalojó á las avanzadas sajones de las posiciones que ocupaban y amenazó seriamente la izquierda de la línea austro-sajona. De los tres escalones en que por el centro marchaba el primer ejército, la división Fransecki, que formaba el más avanzado, pasó el Bistritz y se apoderó de Benatek, se internó en bosque inmediato, y atrajo sobre sí á todas las tropas austriacas de la derecha, de las que solamente una brigada permaneció en las inmediaciones del Trotina. Quedó por completo descubierto el flanco derecho del ejército austriaco.

La división Fransecki retrocedió paso á paso, pidió refuerzos y recibió la orden de no cejar, aun cuando sucumbiese, y de internarse en el bosque á toda costa para tener empeñadas en un rudo combate á todas las tropas austriacas de la derecha. Los otros dos escalones del ejército del príncipe Federico Carlos pasaron también el Bistritz y sin hallar gran resistencia desalojaron á los austriacos de Sadowa y de otra aldea de la margen izquierda de este río. A las diez de la mañana, el primer ejército era dueño del valle de Bistritz; pero cuando trató de ganar las vertientes de la orilla izquierda, se vió detenido en su marcha por el terrible fuego de 160 cañones, que fué imposible acallar por el de la artillería de Federico Carlos, muy inferior á la enemiga en número y emplazamiento: la situación del primer ejército llegó á ser desesperada.

A las once de la mañana, la llegada del segundo ejército al campo de batalla cambió radicalmente el aspecto del combate. No tuvo que vencer más resistencia al presentarse sobre el flanco derecho del enemigo, que la de algunos débiles destacamentos, y amenazó la retaguardia de las tropas austriacas que se batían

en el bosque de Benatek. Estas se rehicieron, efectuando un cambio de frente á retaguardia á la vista de los prusianos, y presentándoles un flanco en la marcha, y vinieron á situarse, desde las alturas del Chlum á Lochenitz por Nedelitz. La primera é inmediata consecuencia fué la fácil ocupación, por los prusianos, de todos los puntos tan vigorosamente defendidos hasta entonces por sus adversarios.

Un audaz golpe de mano de la primera división de la guardia real fué el decisivo de la batalla. Por el claro que en su marcha de flanco dejaron las tropas austriacas al efectuar el cambio de frente indicado, oculta por la niebla y sinuosidades del terreno subió á las alturas del Chlum, y con un rapidísimo y nutrido fuego anunció su presencia á los defensores que, creyendo habérselas con fuerzas superiores á las que realmente les atacaban, desalojaron precipitadamente sus posiciones, abandonando la artillería.

Atónito Benedek al saber que las alturas de Chlum se hallaban en poder del enemigo, fué él mismo á cerciorarse de si era verdadera la noticia, y envió además dos batallones que fueron recibidos á tiros y retrocedieron. Fué entonces á reunirse á la reserva general y halló á su paso batallones prusianos que descendían de Chlum. Trató de detenerlos con las tropas más inmediatas y le fué imposible, porque los rechazaron y continuaron hasta la carretera de Koeniggraetz.

El desconcierto en la derecha austriaca fué completo: los dos cuerpos de ejército que lo formaban se retiraron hacia el Elba, y la mayor parte de los soldados pasaron este río por los puentes de Predmeritz y Lochenitz.

También fué favorable la suerte á los prusianos en la izquierda de la línea austro-sajona. Su objetivo principal era la aldea de Problus, y para atacarla avanzaron por líneas convergentes, y aunque al principio fueron rechazados por los sajones, se rehicieron y se apoderaron de ella y de todas las posiciones de ésta. A las tres de la tarde, las dos alas del ejército austro-sajón habían sido batidas y envueltas.

Por este doble fracaso, la situación de las tropas del centro de la línea austriaca era apuradísima; ocupaban las alturas de Lipa y de Langenhof prolongación de las de Chlum; iban á ser atacadas por el primer ejército que tenían enfrente; el segundo y el del Elba habían rebasado sus dos flancos; su línea de retirada estaba amenazada, y, para que no fuesen envueltos, fué preciso que la reserva general, aún intacta, facilitase su retirada al mismo tiempo que salvaba de completa destrucción á los cuerpos de ejército de la derecha. La guardia real prusiana los desalojó de aquellas alturas, y el primer ejército verificó su movimiento de avance.

Los esfuerzos supremos de la reserva general para recobrar las alturas de Chlum, llave del campo de batalla, fueron los últimos que hicieron los austriacos con ánimo de disputar la victoria á sus adversarios. Tres veces lo intentaron y otras tantas, envueltos, bajaron en desorden. Sin el fuego protector de baterías situadas oportunamente, las brigadas, que últimamente se lanzaron al asalto de tan importante posición, hubieran caído prisioneras. La caballería prusiana de reserva, hasta entonces estacionada en la derecha del Bistritz, pudo ya pasar el río, y se lanzó en persecución de los vencidos, que no fueron destrozados por completo, gracias á la abnegación de la suya que acudió á sacrificarse por la salvación de la infantería, y por brigadas se lanzó al encuentro de los escuadrones prusianos, y rechazó su choque en las llanuras de Langenhof. Amenazada después su retaguardia, en precipitada fuga se dirigió á Koeniggratz.

En la izquierda austro-sajona fué también el mismo el desarrollo del último período de combate. Reforzados los sajones por una brigada austriaca intentaron una reacción ofensiva de la que muy pronto desistieron y se retiraron á pasar el Elba. Caballería sajona y austriaca contuvo por el pronto al enemigo y á su caballería; luego fué la artillería la que protegió la retirada.

La batalla terminó de noche. Ascendieron las pérdidas de los prusianos á 10.000 hombres y las de los austro-sajones fueron cuádruples.

Era imposible á los austriacos defender el paso del Elba, y se retiraron al campo atrincherado de Olmütz. El archiduque Alberto, que había vencido á los italianos en Custoza, y venido después á reemplazar en el mando del ejército del Norte á Benedek, ordenó á éste que, á toda prisa, y antes que las operaciones de los prusianos lo hicieran imposible, viniera con todo el ejército al campo atrincherado de Florisdorf, próximo á Viena, y que constituía la más formidable defensa de la capital austriaca. Tres cuerpos de ejército lo verificaron, pero otros tres no, porque tropas del segundo ejército prusiano, batiendo á las de Benedek en puntos inmediatos á la línea férrea, interceptaron ésta para los vencidos, y la llegada del primer ejército á Ludemburgo hizo completa su incomunicación con Viena. Benedek, á marchas forzadas, fué á pasar la cordillera de los pequeños Karpathos, desviándose del camino directo de Viena.

El primer ejército prusiano y el del Elba se aproximaron al Danubio, y el 19 de Julio se hallaban sus avanzadas á unos 20 kilómetros de Viena. Al día siguiente se acordó una suspensión de hostilidades, y el 23 de Agosto se firmó en Praga el tratado de paz entre Austria y Prusia. Austria dejó de ser considerada como Estado alemán; los ducados del Elba, el principado de

CEU
Universidad
San Pablo
Biblioteca Universitaria

Retirada de los austriacos.--Fin de la guerra.

Hesse y el reino de Hannover se incorporaron definitivamente á Prusia. Los italianos, á pesar de su derrota en Custoza, por la victoria de sus aliados los prusianos, consiguieron la incorporación del Veneciano al reino de Italia.

Consideraciones acerca de esta guerra. — Ventajas de la nueva organización del ejército prusiano.

Si se examinan en conjunto todas las operaciones de esta guerra, y se sintetizan en breve resumen las enseñanzas que de su estudio se obtiene en el triple concepto estratégico, táctico y de organización, se observa desde el punto de vista estratégico los peligros de verificar operaciones ofensivas por líneas convergentes dentro del territorio dominado por el enemigo, que en Bohemia exponen á los prusianos á terribles fracasos, de que se libran por su audacia, actividad y energía, y por la impericia de los generales austriacos y ciega obcecación de Benedek.

Desde el punto de vista táctico se ve que el fusil de aguja falla en favor del orden abierto, que la superioridad de la artillería austriaca no basta á compensar las ventajas que aquél proporciona á los prusianos, y que la caballería, si bien se hace cada vez más difícil su mando, conserva su importancia táctica y se sacrifica para proteger la retirada de las tropas que han sido vencidas. Por último, desde el punto de vista de organización, prueban lo perfecto de la prusiana la rápida concentración y movilización de los ejércitos de operaciones, y la facilidad y prontitud con que las tropas del ejército activo fueron reemplazadas por la *landwehr* en la ocupación del país conquistado, bloqueo y guarnición de las plazas fuertes.

Importancia de la artillería.

El aumento de importancia de la artillería la probó en Sadowa la austriaca conteniendo en su movimiento de avance el primer ejército prusiano, y cubriendo la retirada de las tropas austriacas y sajonas del centro é izquierda de la línea de batalla, cuando ya la caballería no bastaba para hacerlo.

El fusil de aguja.

El fusil de aguja contribuyó eficazmente á los éxitos tácticos de los prusianos, porque el nutrido fuego que por la rapidez de la carga podía hacer con él la infantería, hacía que los esfuerzos de ésta equivaliesen con ventaja á los de otra superior en número, y que los ataques en columna del enemigo fuesen rechazados, y las columnas destrozadas por el fuego únicamente sin necesidad de emplear la bayoneta. Sin citar más ejemplos de esta guerra que prueban las ventajas del nuevo armamento de la infantería prusiana, bastaría recordar que la división Fransecki, á pesar de su heroísmo, no habría podido sostener la lucha con dos cuerpos de ejército austriaco en el bosque de Benateck, si el fusil aguja no hubiera compensado su grande inferioridad numérica. Antes de esta guerra, los rutinarios, enemigos por sistema de toda innovación, consideraron peligroso y perjudicial el fusil de retrocarga, puesto en las

manos torpes del soldado, por lo general rudo y biñoso. Los admirables resultados de su empleo por los prusianos produjo una reacción poderosa, y llevados de la impresión del momento, afirmaron muchos en absoluto que el fusil de aguja y el maestro de escuela habían sido los exclusivos vencedores del ejército austriaco. Exageración manifiesta, porque contribuyeron á la victoria de Prusia, en primer término, su preparación admirable para la guerra y la habilidad estratégica de sus generales, secundada por la torpeza é irresolución de Benedek.

VI

Guerra franco-alemana en 1870.—Causas de la guerra.— Organización de los ejércitos beligerantes.—Fusil Dreyse y fusil Chassepot.—Preparación para la guerra.—Movilización.—Teatro de la guerra y de operaciones.—Planes de campaña.—Acción de Wissemburgo.—Batalla de Woerth.—Batalla de Forbach.—Operaciones militares en las inmediaciones de Metz.—Batallas de Gravelotte, Mars-la-Tour y Noisseville.—Bloqueo de Metz. Operaciones estratégicas del ejército de Mac-Mahón.—Batalla de Sedán.—Sus consecuencias.—Ojeada sobre las operaciones posteriores hasta el fin de la guerra.—Tratado de paz.—Consideraciones acerca de esta guerra.—Importancia de la artillería.—Empleo de la caballería.—Servicio de exploración.—La nueva táctica.

Guerra franco-alemana.—Sus causas. Prusia aspiraba á realizar la unidad germánica; Francia, desde 1815, ambicionaba la incorporación de todas las provincias alemanas del Rin á su vasto territorio, y estas dos naciones se disputaban la preponderancia militar y política en Europa. La candidatura de un príncipe alemán para el trono español, entonces vacante, fué el pretexto de un rompimiento entre ellas. No obstante de que la candidatura fué retirada por indicación expresa del rey de Prusia al candidato, el gobierno francés exigió satisfacciones que Prusia no podía dar sin mengua de su decoro, y la declaró la guerra. Toda la Alemania hizo causa común con Prusia.

Organización de los ejércitos beligerantes.—Fusil Dreyse y fusil Chassepot.—Preparación para la guerra. Movilización. La concentración del ejército francés de operaciones se verificó haciendo uso de los caminos de hierro para mayor rapidez, pero sin método ni regularidad. De que la movilización de las reservas no se efectuase con la rapidez que la concentración del ejército de operaciones, y de que ésta resultara desordenada, fué la causa principal la defectuosa é incompleta preparación de Francia para la guerra. Los reservistas, para incorporarse, habían de dirigirse primero á los depósitos de sus regimientos á equiparse y armarse, y desde allí al sitio de la frontera donde se hallaban éstos, y como los depósitos estaban en la mayor

parte de los casos muy lejos de la residencia de los reservistas, y lo mismo sucedía con los regimientos respecto á los depósitos: hubo soldados que para llegar á sus banderas tuvieron que recorrer por dos veces toda la Francia.

De aquí resultó que terminó la guerra sin que los cuerpos hubiesen alcanzado el total de su efectivo. Además, todos los servicios auxiliares, así el sanitario como el de municionamiento, el material de guerra y la organización de la guardia móvil como reserva, resultaron deficientes. No es, por lo tanto, extraño que el ejército de operaciones, que había de ser de 300.000 hombres, no pasara de 260.000, distribuidos en ocho cuerpos de ejército que se concentraron en Strasburgo, Saint-Avold, Metz, Thionville, Bitche, Chalons, Belfort y Nancy. En la composición de cada uno de ellos entró una división de caballería y una reserva de artillería; en tres eran cuatro las divisiones de infantería; en cuatro eran tres; y únicamente el formado con la guardia imperial contaba solamente dos. Como reserva general de caballería se habían organizado tres divisiones. A retaguardia del ejército de operaciones había 300.000 hombres de reserva. Napoleón III fué el general en jefe del ejército francés, y su jefe de estado el mariscal Le Boeuf.

La perfecta organización de las reservas hizo que los alemanes verificaran su movilización con tanta rapidez como orden. Con el efectivo completo cada uno de los 16 cuerpos de ejército, á los siete días de declarada la guerra, estaban perfectamente organizados en los distritos que les estaban asignados para la recluta y movilización de sus regimientos. Terminada la movilización, la concentración en la frontera se efectuó con rapidez, pero sin precipitación, y al efecto se emplearon las vías férreas con regularidad y orden perfectos, porque de antemano había el gobierno prusiano convenido con las empresas de ferrocarriles independientes del Estado, y con los directores de las que pertenecían á éste, hasta los más minuciosos detalles de este importante servicio. Desde luego todos los cuerpos de ejército se concentraron en los puestos que debían ocupar en el frente de invasión ó defensa, según el desarrollo de las operaciones diera lugar á la ofensiva ó á la defensiva, con precisión matemática, y de este modo resultaron formando el primer ejército en el ala derecha, y á las órdenes del general Steinmetz tres cuerpos de ejército y dos divisiones de infantería que se concentraron en las inmediaciones de Coblenza; cinco cuerpos de ejército, dos divisiones de caballería y la guardia real prusiana, el segundo ejército ó del centro, que á las órdenes del príncipe Federico Carlos se concentró alrededor de Maguncia; y tres cuerpos prusianos, dos bávaros y uno de badenses y wurtem-

burgueses, con dos divisiones de caballería el tercer ejército ó de la izquierda, que á las órdenes del príncipe real de Prusia se reconcentró entre Landau y Maxau. A los diez días de empezar la concentración, perfectamente organizado y dispuesto á entrar en campaña, se hallaba en la frontera, dividido en los tres ya indicados, todo el ejército alemán con un efectivo de 460.000 hombres. Su general en jefe era el rey Guillermo, que tenía por jefe de Estado Mayor al barón de Moltke. Detrás de él la reserva constituida por tres cuerpos de ejército activo y la fuerza de la Landwehr se elevaba á 740.000 hombres. A contar del día en que se declaró la guerra, en diecisiete se obtuvo resultado tan asombroso, por el cuidado con que Prusia había procurado mejorar su preparación para la guerra, desde la de 1866. Las mejoras más notables fueron la perfecta organización del servicio de etapas y el fomento de sociedades particulares para el socorro de los heridos. Prusia con su ejemplo y consejos había logrado que todas las naciones alemanas perfeccionaran todo lo posible su organización militar. En lo que aventajaba únicamente el ejército francés al alemán era en el armamento de la infantería; el fusil Chassepot, de retrocarga, era muy superior al Dreyse. En él y en las ametralladoras fundaban grandes esperanzas de triunfo los franceses. Los sucesos de la guerra probaron que el mejor armamento, si bien es un factor importante para el éxito táctico en los combates, no es el decisivo, pues éste se halla subordinado principalmente al acierto en las operaciones estratégicas y maniobras tácticas.

Teatro de la guerra y de operaciones.

En el vasto teatro de la guerra que abarcaba toda la Francia y toda la Alemania, el de operaciones se circunscribió al territorio, en su mayor parte francés comprendido entre el Rhin, las fronteras suizas é italiana, los Pirineos, el Océano y la Bélgica. Sus principales puntos estratégicos, á más de aquéllos en que concentraron los cuerpos de ejército alemanes y franceses, eran Hamburgo y Sarrebruck en territorio alemán; París, objetivo principal de la ofensiva alemana; Montmédy, Toul, Verdun, Sedán y Mezières, plazas fuertes de la frontera; Lutzelburgo y Saverne en los pasos de los Vosgos; Wisemburgo, Pont-á-Mousson y Stenay en los de ríos de importancia, y Frouard, Reims, Epernay en los empalmes de vías férreas ó carreteras, en territorio francés. Líneas estratégicas naturales de importancia eran el Rhin, la cordillera de los Vosgos y los ríos Mosela, Argonna oriental y occidental Mosa, Marne y Sena; de operaciones las líneas férreas de París á Strasburgo, á Mulhouse y á Thionville, y las muchas carreteras que, en la tupida red de comunicaciones que cruza á la Francia, van de su capital á la frontera del Este.

El plan de campaña de Napoleón III era concentrar sus tropas en tres ejércitos, uno, de ellos en reserva en Châlons-sur-Marne y los otros dos más numerosos en Metz y Strasburgo que avanzarían á pasar el Rhin entre Maxau y el valle del Mein, é interponerse entre la Alemania del Sur y la del Norte; pero como no pudo anticiparse al enemigo en la ofensiva, se vió obligado á la defensiva.

Planes de
campaña.

El plan de los alemanes consistía en tomar por base de operaciones la cuenca del Rhin en su curso medio, avanzar á la frontera francesa y ejecutar una gran conversión estratégica, en la que el primer ejército serviría de eje, y el tercero ó de la izquierda sería el que recorriese mayor distancia. Efectuada con éxito la continuarían para envolver al ejército francés, arrojarlo hacia el O. ó el N., según los movimientos que éste verificase, cortar desde luego sus comunicaciones con el Mediodía de Francia, y tratar de acorralarlo contra el mar ó contra la frontera belga. Con una defensiva bien organizada y dirigida, el ejército francés hubiera estado en condiciones buenas para imposibilitar el éxito de la conversión proyectada y ejecutada por los alemanes; pero como su adopción le fué impuesta por inesperadas derrotas, todas las ventajas fueron para el invasor, que avanzaba en ofensiva bien combinada, á la que oponían los franceses desconcertada defensiva.

Al emprender la ofensiva cinco cuerpos del ejército alemán de la izquierda, avanzaron, para invadir la Alsacia, y efectuaron una marcha estratégica en dirección al Lauter, afluente del Rhin y línea fronteriza entre la Baviera Rhenana y la Alsacia. Los tres cuerpos de ejército franceses destinados á operar en ésta, aún no habían terminado su concentración, y se hallaban sus fuerzas tan diseminadas, que no pudieron acudir en auxilio de las del primer cuerpo, con el que, por más avanzado en la dirección que traían los invasores, chocaron antes éstos. Habíase formado el primer cuerpo francés en Strasburgo, y sus divisiones, según se iban organizando, iban á situarse en la frontera; la segunda, mandada por el general Abel Douay, se hallaba ya en Wisemburgo, donde ocupaba una buena y dominante posición táctica, cuando el día 4 de Agosto, al amanecer, fué atacada por un cuerpo de ejército bávaro, que sostuvo el combate por más de dos horas, fué después reforzado por otro prusiano que desplegó á la izquierda suya para envolver la posición ocupada por las tropas francesas, y ponerle en contacto con un tercer cuerpo también prusiano, que, atravesando el Lauter, vino á amenazar la línea de retirada del enemigo. Rodeada la división francesa por tres cuerpos de ejército, muerto su general en el combate, después de sostenerse heroicamente en sus posiciones

Acción de
Wisemburgo.

por más de siete horas, á las dos de la tarde se retiraba vencida.

Batalla de
Woerth.

Al día siguiente de la derrota de la división de Douay, el mariscal Mac-Mahón reconcentraba las fuerzas del primer cuerpo, que es el que manda desde que se empezó la organización del ejército de operaciones, y ordena que se le incorporen inmediatamente una división del séptimo y todo el quinto cuerpo de ejército, que no llega á tiempo para tomar parte en la batalla que se empeñó el día 6. El emperador ha dispuesto que tome el mando supremo de todas las tropas que operan en la Alsacia.

Con unos 45.000 hombres á que asciende el efectivo total de sus tropas, en la noche del 6 de Agosto, ha ocupado una inmejorable posición defensiva en un contrafuerte de los Vosgos, que se extiende de Norte á Sur, á retaguardia del río Sauer, que viene muy crecido y solamente podrán pasar los alemanes por los puentes de Lagensulzbach en el camino de Wisemburgo; Woerth en el de Soultz, y el de Gunstett en el de Lauterburgo, y que se hallan, respectivamente, en la izquierda, centro y derecha de la línea defensiva de los franceses. Fuerzas destacadas ocupan los pueblos que dan nombre á los puentes, y, detrás de estos puntos avanzados, el grueso de las tropas de Mac-Mahón apoya su izquierda en Nechviller, su centro en Froeschviller y su derecha en Elsatzhausem. A retaguardia se halla Reichshofen, de donde parten: el camino que por el NO. va á Bitche y enlaza la Alsacia con la Lorena; el que por el O. va á Saverne, y es línea principal de retirada á Nancy, y el que por el Sur va á Haguenau. La posición táctica y estratégicamente no puede estar más hábilmente escogida, y además la extensión de su frente, que es de unos ocho kilómetros, es proporcionada al número de soldados que ha de defenderla.

Todo el tercer ejército alemán avanza en la dirección en que se hallan las tropas que Mac-Mahón acaudilla. El príncipe real de Prusia, al advertir la presencia del enemigo, hace que su ejército efectúe una pequeña conversión para dar frente al O. en línea de batalla sobre la posición enemiga.

La derecha alemana se dirige al puente de Langensulzbach, el centro sobre el de Woerth, y la izquierda al de Gunstett. El combate empieza al amanecer, y hasta las doce del día no tiene más objeto, por parte de los alemanes, que efectuar un reconocimiento armado. En este primer período, la izquierda y la derecha alemana no consiguen ventaja alguna, y el centro ocupa á Woerth, después de que su numerosa artillería, con su cierto fuego, ha obligado á los franceses á retirarse. Lánzase los alemanes al asalto de las alturas inmediatas á Woerth, y son rechazados.

Entonces es cuando el príncipe real se decide á empeñar la batalla seriamente. La derecha alemana desemboca por el puente de Langensulzbach, avanza resueltamente sobre Nechviller y obliga á la izquierda francesa á replegarse sobre Froeschviller; el centro pasa el puente de Woerth y toma las alturas de que antes fué rechazado, y la izquierda cruza el río por el puente de Gunstett, arroja la derecha enemiga, sufre una brillante carga de una brigada francesa de coraceros que logra cubrir la retirada de la infantería, pero que tiene que retirarse completamente destrozada por el fuego de fusilería y artillería de los alemanes, que después de rechazarla siguen avanzando, se apoderan de la aldea de Elsatshausen, sufren y hacen fracasar otra carga de caballería, en que son atacados por toda la división de coraceros de la reserva francesa.

Rechazadas ambas alas de la línea, el centro francés se ve atacado de frente y por el flanco izquierdo en Froeschviller, por el centro y la derecha de los alemanes, cuando la izquierda de éstos avanza sobre Reischshofen, efectuando un movimiento envolvente para amenazar la línea de retirada del enemigo. Antes de verse cortados, los franceses se retiran por los tres caminos que parten de Reischshofen. Una división de las que han tomado parte en el combate y otra del quinto cuerpo de ejército, que en aquel momento llega al campo de batalla, protegen el movimiento de retirada y logran contener la persecución de los vencedores á los vencidos.

Por haber prolongado la resistencia hasta el último extremo, la retirada de las tropas vencidas fué desordenada fuga. Reorganizadas la mayor parte de ellas en Saverné, ya en orden, continuaron la marcha á Luneville, y luego, por ferrocarril, á Chalons, donde el 20 de Agosto se les unieron los cuerpos de ejército que, partiendo de Bitche y Belfort, donde se hallaban, aprovechando la vía férrea, evacuaron también la Alsacia.

Excepto una división badense que fué á bloquear la plaza fuerte de Strasburgo, todo el tercer ejército alemán se dirigió á los Vosgos, y en varias columnas franqueó esta cordillera sin encontrar obstáculo alguno por la negligencia de los franceses en dejar impracticables los caminos, y el día 12 llegó á las orillas del Sarre, en el curso superior de éste.

El mismo día en que Mac-Mahón era vencido en Woerth, el segundo cuerpo de ejército francés sufría una completa derrota en la frontera lorenesa. Después de efectuar un reconocimiento armado por la margen derecha del Sarre, reconcentró sus fuerzas el general Frossard en las alturas de Spicheren á alguna distancia de la margen izquierda. La situación del segundo cuerpo de ejército en esta posición avanzada era muy peligrosa,

Batalla de
Forbach ó
Spicheren.

porque se hallaba 16 kilómetros á vanguardia de la extensa línea en que, desde Sarraguemines á Saint-Avold, entre el Sarre y su afluente el Nied, estaban desplegados los otros dos cuerpos de ejército que operaban en la Lorena. La excesiva extensión de la línea hacía que ésta fuese débil, y poco á propósito para que las tropas francesas pudiesen efectuar rápidas operaciones ofensivas en un día determinado. Desde el 5 tenía el mando supremo de estos tres cuerpos el mariscal Bazaine.

Los ejércitos alemanes primero y segundo convergieron hacia el valle de Sarrebruck. Por bastante tiempo los soldados de Frossard sostuvieron con firmeza el ataque del enemigo, pero no recibían refuerzos, y éste sí, porque los generales alemanes tenían órdenes precisas y dirigían sus tropas con perfecto acuerdo mientras los franceses no, y á esto se debió que el tercer cuerpo francés, cuya oportuna presencia en el campo de batalla hubiera dado la victoria al ejército imperial, llegase cuando el quinto cuerpo, abrumado por la superioridad de la artillería alemana sobre la suya, y por la superioridad numérica de las fuerzas enemigas con que tuvo que luchar, y que llegaron á ser tres cuerpos de ejército, envuelta su ala izquierda por dos divisiones que pasaron el río por el puente de Sarrebruck y atacaron en columnas de compañías, cortada su línea de retirada en la carretera y vía férrea á Saint-Avold por otra división que vino de Saarlouis y ocupó á Forbach, población situada á retaguardia de la posición francesa, se había retirado á Sarreguemines.

Napoleón III ordenó la retirada de todas las tropas de la Lorena á Metz, para que desde allí amenazasen el flanco derecho de los alemanes si éstos continuaban su movimiento de avance, y en efecto, el día 12 se hallaban todas en los alrededores de tan importante plaza fuerte de la línea defensiva del Mosela. Un cuerpo de ejército vino de Chalons á reforzarlas.

La forzosa evacuación de la plaza de Bitche por el cuerpo de ejército francés que en sus alrededores se había concentrado al empezar la guerra, permitió el íntimo enlace de los tres ejércitos alemanes que resultaron dueños de la Alsacia, por su doble y simultánea victoria en Forbach y Woerth.

Temerosos los generales alemanes de que Mac-Mahón intentase alguna reacción ofensiva, y perdido el contacto entre la caballería alemana exploradora y los franceses por algunos días, continuaron sin precipitación alguna, pero siempre con decisión, su movimiento estratégico de conversión á la derecha ó cambio de frente, para lo cual el primer ejército ocupó primeramente las alturas de Spicheren y avanzó después hasta el Nied, afluente por la izquierda del Sarre, en dirección á Metz, en tanto que el segundo ejército por el camino de Saint-Avold llegaba á Pont

Operaciones militares en las inmediaciones de Metz.

á-Mousson en el Mosela, y el tercer ejército, para ganar luego la línea de este río iba á Nancy.

El general Bazaine había ordenado la retirada de las tropas reconcentradas junto á Metz á Verdun sobre la línea del Mosa, y al efecto, con algún retraso por la crecida de este río, habían pasado el Mosela todas ellas, excepto el tercer cuerpo de ejército, que para proteger el movimiento tomó posiciones en Borny, cubriendo los caminos que de Saarlouis y Sarrebruck conducen á Metz. Mientras el segundo ejército alemán, para envolver á Metz, pasaba el Mosela, el primero debió permanecer á la expectativa; pero animado su general por los triunfos obtenidos y viendo que el enemigo se retiraba, atacó el día 14 en sus posiciones al tercer cuerpo francés, que en este combate de retaguardia contuvo al enemigo, retirándose después de terminada la lucha.

Batalla de
Borny.

Retardada la retirada de los franceses por el combate de Borny y por el hacinamiento de impedimenta en los alrededores de Metz, la emprendieron el 16 en dos columnas de dos cuerpos de ejército cada una, precedidas por divisiones de caballería, utilizando los dos caminos que de Metz van directamente á Verdun, y que hasta Gravelotte, á corta distancia de aquella plaza, forman uno solo. Tan desorientado se hallaba el mariscal Bazaine respecto á los movimientos efectuados por el enemigo, que temía su presencia por el Norte sobre el flanco derecho de su línea de retirada, cuando se presentó por el Sur amenazando el flanco izquierdo de la columna francesa de la izquierda, que por Vionville se dirigía á Mars-la-Tour. Eran tropas del segundo ejército alemán, que después de pasar el Mosela en Pont-á-Mousson, avanzaban hacia el Norte para cortar el camino á Verdun por Mars-la-Tour. El fuego de su artillería obligó á la división de caballería francesa, que venía en vanguardia, á replegarse á Vionville.

Batalla de
Mars-la-
Tour.

Trabóse reñida batalla, en cuyo transcurso los franceses verificaron un cambio de frente para entrar en orden de combate paralelo al camino de Metz á Mars-la-Tour, que los alemanes querían interceptar y sus adversarios mantener expedito. Para conseguir estos opuestos fines, fué sangrienta la lucha que el segundo cuerpo francés sostuvo por bastante tiempo con el tercero prusiano, que en el primer choque se apoderó del pueblo y del bosque de Vionville. Sucesivamente acudieron al campo de batalla uno por uno todos los cuerpos del ejército de Bazaine, prolongando el frente de combate por la derecha para amenazar seriamente el flanco izquierdo de los alemanes. A poco de llegar los primeros refuerzos, el segundo cuerpo francés, muy quebrantado por las muchas horas que llevaba combatiendo, y

en las que la superior artillería enemiga le había causado grandes bajas, fué relevado por la guardia imperial, hasta entonces situada como reserva en Gravelotte. Tanto la caballería francesa como la alemana dieron atrevidas cargas; aquélla, para proteger el avance de los refuerzos y su despliegue, y ésta para sostener el centro de la línea de combate de los suyos.

En una de ellas una brigada alemana atravesó las líneas enemigas y chocó con una división de caballería francesa. En este choque la caballería alemana resultó completamente destrozada; fueron muy pocos los jinetes que se salvaron; pero había conseguido que el tercer cuerpo alemán pudiera sostenerse hasta la llegada del décimo, que muy fatigado por la larga marcha que acababa de verificar hacia Mars-la-Tour, se presentó oportunamente para evitar que los franceses envolvieran á aquél por el flanco izquierdo.

También llegó después con otro cuerpo de ejército el príncipe Federico Carlos, y verificó un doble ataque sobre el centro é izquierda de la línea francesa, que fué rechazado. La noche puso fin al combate; ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, que en realidad quedó indecisa; pero el resultado fué más favorable á los alemanes, porque ellos no habían empeñado en el combate más que parte de sus fuerzas, y los franceses todas, y porque habían detenido la retirada del ejército de Bazaine á Verdun. En esta batalla de encuentro, en que los alemanes, por no haber conseguido la superioridad numérica, no pudieron verificar el ataque convergente que les había dado la victoria en Wissemburgo, Woerth y Forbach, hubo en las maniobras tácticas falta de precisión por una y otra parte, y por la de los franceses la confusión y el desorden que, ya en la guerra de Crimea é Italia, nunca supieron evitar sus generales.

Le era ya imposible al ejército de Bazaine tomar la ofensiva, reconquistar el perdido camino directo á Verdun, y continuar por él su marcha á esta plaza. Tampoco le era posible sostenerse en las posiciones en que quedó después de la batalla. Tanto para seguir adelante, como para no retroceder, había el inconveniente de que los generales alemanes disponían de cuerpos de ejército que no llegaron á tomar parte en la batalla, y las tropas francesas estaban muy quebrantadas por las muchas pérdidas sufridas en tan larga y ruda lucha. Replegarse alrededor de Metz, hubiera sido de un efecto moral deplorable, y, además, era exponerse á verse acorralado junto á esta plaza. Bazaine determinó dirigirse á la línea del Mosa por los caminos que van á Verdun desde la frontera septentrional de Francia; pero antes le era preciso reorganizar y municionar sus tropas, y, al efecto, se retiró con ellas el 17 para situarlas en posiciones más á reta-

guardia. Por el error persistente en que estaba de que el enemigo pretendía cortar sus comunicaciones con Metz, cuando, precisamente, trataba de acorralarlo junto á ella, Bazaine hizo que su ejército efectuase un cambio de frente á retaguardia y por la derecha, que le aproximó á Metz y colocó la mayor y mejor parte de la reserva detrás del ala izquierda que, situada sobre el camino de Metz á Gravelotte, entre esta población y Rozerieulles, apoyada su extrema izquierda en el Mosela. En el centro, las tropas francesas ocuparon varias granjas susceptibles de buena defensa, y la población de Amanvillers, posición que aseguraba su enlace con el ala derecha que se extendía hasta Saint-Privat. Reforzada el ala izquierda y la derecha no, y muy lejos de ésta la reserva, prescindiendo de la fortaleza de la línea de posiciones ocupadas, puede asegurarse que el mariscal Bazaine situó sus tropas de la manera más á propósito para que los alemanes continuasen el grandioso movimiento de conversión, que habían emprendido para envolverlas y acorralarlas en Metz.

El mismo día en que se retiraban los franceses, se encontraba el ejército alemán á lo largo del camino de Verdun. Convencido su Estado Mayor de la retirada del enemigo, se decidió á efectuar un movimiento ofensivo general. El primer ejército, sirviendo siempre de eje á la conversión, ocupó los bosques inmediatos al Mosela, al Sur del camino de Gravelotte, y vigiló los desfiladeros y camino de Gravelotte á Metz. El segundo ejército avanzó hacia el Norte, para determinar el sentido en que se había de efectuar el cambio de frente, y seguir á los franceses si marchaban á Verdun, ó terminar la conversión y arrojarlos sobre Metz. Este movimiento le efectuó en escalones, avanzando en tres líneas; tres cuerpos de ejército formaban la primera, dos la segunda y uno la tercera.

Al medio día empezaron el combate las avanzadas, la acción se fué desarrollando en todo el frente á medida que los cuerpos alemanes iban entrando en línea. Sus esfuerzos para envolver por la derecha la línea francesa se dirigieron sobre Amanvillers, en la creencia de que ésta no se extendía más allá, y convencido de que no era así, desplegaron la guardia real y otro cuerpo de ejército hacia la izquierda, prolongando en este sentido la línea de ataque para envolver la formidable posición de Saint-Privat: apoyaba el movimiento envolvente numerosa artillería.

La izquierda francesa, fuerte de suyo y bien apoyada por la reserva, se sostuvo con firmeza contra el primer ejército alemán, que consiguió pocas ventajas en sus insistentes ataques. El centro francés también se mantuvo por largo tiempo en sus posiciones. El combate decisivo fué en Saint-Privat.

Batalla de
Gravelotte.

La guardia real, temerosa de que la noche se echara encima sin poder desalojar de esta posición á la francesa, la asaltó con intrepidez y denuedo, y fué rechazada. Numerosas baterías alemanas concentraron sus fuegos sobre Saint-Privat, reduciendo la población á escombros, y apagaron el fuego de las baterías francesas. Tres cuerpos de ejército alemán verificaron un ataque concéntrico, y se apoderaron de la población en el momento mismo en que las tropas francesas la evacuaban al verse privadas de la protección de su artillería, sin esperanza alguna de refuerzo, y escasas de municiones. La retaguardia sostuvo el ataque, pero le fué imposible rechazarlo: el ala derecha francesa se retiró hacia Metz sobre el Mosela.

Descubierto por esta retirada el flanco derecho del centro de su línea, los franceses perdieron la aldea de Amanvillers, de que hasta entonces no pudo el enemigo apoderarse, no obstante de sus muchos y vanos esfuerzos, y defendiéndose enérgicamente efectuaron un cambio de frente á retaguardia, y fueron rechazados en dirección á Metz: en el resto de la línea no adelantaron gran cosa los alemanes. Bazaine, persistiendo en su error, había cuidado con exceso de proteger y reforzar la izquierda de su línea, y abandonado por completo la derecha. Su error fué de fatales consecuencias, porque los alemanes habían completado su movimiento envolvente, y bloquearon á su ejército y á Metz con 200.000 hombres.

Bloqueo de Metz.

Desde el punto de vista táctico, la victoria de los alemanes no fué completa, pero sus consecuencias estratégicas y morales fueron inmensas. Al día siguiente de la batalla de Gravelotte ó Saint-Privat las tropas francesas se reconcentraron junto á Metz, y al amparo de sus fuertes.

Los alemanes, en vez de esforzarse para obtener la inmediata rendición de Metz y del ejército de Bazaine, seguros de que con el bloqueo establecido quedaban inutilizados una y otro, continuaron su movimiento de invasión en dirección de Chalons y París, que efectuaron el tercer ejército y uno nuevo, organizado con la guardia real prusiana y dos cuerpos de ejército, y que desde las inmediaciones de Metz marchó desde luego hacia Verdun.

Batalla de Noiserville.

Hasta los últimos días de Agosto, en que supo que el ejército organizado por Mac-Mahón en Chalons había de venir por el camino de Montmédy y Thionville para sacarle de la angustiosa situación en que se hallaba, Bazaine nada hizo para romper la línea de bloqueo. Entonces lo intentó por el NE., avanzando por el camino de Saarlouis para ganar el de Thionville, pero sin la energía y decisión necesarias. Las tropas francesas se batieron con valor: el tercer cuerpo de ejército, mandado por

Leboeuf, por dos veces se apoderó de la aldea de Noisseville y en ella se sostuvo rechazando repetidos ataques al enemigo hasta última hora. Trató además de expugnar otras posiciones más al Norte, y no lo consiguió, porque Bazaine no envió tropas que le apoyasen.

La salida de los bloqueados, por la timidez y desconcierto con que fué dirigida, más bien pareció efectuada para practicar un reconocimiento armado, que para romper decididamente el bloqueo. Después de larga lucha, la batalla, que principió en la mañana del 31 de Agosto, terminó á las tres de la tarde del día 1.º de Septiembre con la victoria de los alemanes, que, gracias á la convergencia y concierto de sus maniobras, recuperaron á Noisseville y todo el terreno que habían ganado los franceses en el primer día de combate.

Esta derrota coincidió con la de las tropas de Mac-Mahón en Sedán.

En el campo atrincherado de Chalons del Marne, con los tres cuerpos de ejército que habían evacuado la Alsacia después de la batalla de Woerth, uno más de nueva organización y dos divisiones de caballería se formó, á las órdenes del mariscal Mac-Mahón, un ejército de 140.000 hombres. Contra él iban á operar los 150.000 del tercer ejército alemán, que habían avanzado lentamente desde Nancy hacia el Mosa, en cuya orilla izquierda se encontraban el día 20 de Agosto, y que después continuó su marcha en dirección del río Marne; y los 80.000 del cuarto ejército formado en el momento mismo de iniciar el bloqueo de Metz, y que á las órdenes del príncipe real de Sajonia había avanzado también por derecha é izquierda de Verdun: la superioridad era en todos conceptos de los alemanes.

Dos planes de campaña podía adoptar Mac-Mahón, uno ofensivo y otro defensivo. Consistía el defensivo en retirarse al campo atrincherado de París para completar allí la organización de su ejército, aumentar su efectivo con dos cuerpos de ejército nuevos y que ya estaban casi organizados, vigorizar la disciplina de sus soldados, y prolongando la línea defensiva por la ocupación de posiciones á ambos flancos, impedir que los alemanes pudiesen, de modo alguno, bloquear la capital de Francia.

Para verificar el ofensivo, cuyo objetivo principal tenía que ser obligar á los alemanes al levantamiento del bloqueo de Metz y del ejército de la Lorena, era preciso efectuar una rápida marcha de flanco en que por líneas excéntricas, desviándose de la base de operaciones, el ejército francés había de avanzar en dirección al NE. y entre la frontera belga y los ejércitos alemanes, tercero y cuarto, ir velozmente á caer sobre la retaguardia de los que bloqueaban á Metz, y maniobrando en combina-

Operaciones estratégicas del ejército de Mac-Mahón.

ción con las tropas de Bazaine, derrotarlos, ó por lo menos obligarlos á levantar el bloqueo y retirarse. No había más garantía de éxito que la prontitud y el secreto en la ejecución, para que el enemigo no advirtiese la operación emprendida, hasta que ya las tropas de Mac-Mahón hubiesen hecho tres ó cuatro jornadas. La marcha como de flanco respecto á los ejércitos alemanes, tercero y cuarto, que ya habían pasado el Mosa por el curso de este río anterior á Verdun, y excéntrica por añadidura, era muy peligrosa, porque había muchas probabilidades de que los alemanes atacasen á sus adversarios por el flanco derecho de éstos y aun por retaguardia, envolviéndolos y cortando su línea de retirada hacia el interior de Francia, y arrojándolos sobre la frontera belga.

La incertidumbre que predominó en el Estado Mayor de Mac-Mahón, contrario á la ofensiva porque apreciaba sobre el terreno las dificultades, ó mejor dicho la imposibilidad, y apremiado por las excitaciones del gobierno, que desde París y bajo la presión del temor de que estallase una revolución popular en cuanto la retirada de las tropas sobre la capital hiciese patente la serie de derrotas sufridas por las armas imperiales, ordenaba la ofensiva, ocasionó que, por el retraso en emprenderla, se verificase todavía en peores condiciones.

El día 23, los franceses en cuatro columnas avanzaron hacia el NE. desde Reims. Se dirigían á pasar el Mosa por los puentes que hay entre Mouzon y Stenay, y ya había llegado la columna de la derecha á Vouziers en el camino de Reims á Stenay, cuando por algunos prisioneros, hechos á las avanzadas alemanas por la caballería ligera que iba á vanguardia en exploración, supieron que los ejércitos alemanes tercero y cuarto avanzaban hacia el N.

En efecto, habían éstos pasado el Mosa, la caballería del tercero en su marcha á París había rebosado á Chalons, y los cuerpos de ambos ejércitos se hallaban escalonados con el escalón izquierdo á vanguardia, cuando supieron el 26 la operación emprendida por el enemigo, é inmediatamente dieron frente al Norte, resultando escalonados con la derecha á vanguardia, y el cuarto ejército por la cuenca del Mosa avanzó para ir á cerrar al enemigo el camino de Stenay y el paso del río, en tanto que el tercero marchó por ambas vertientes del Argona oriental, línea divisoria entre el Mosa y el Marne para acometer por el flanco al ejército francés.

Al saber Mac-Mahón la presencia de los alemanes en el teatro de operaciones, comprendió que ya era completa la imposibilidad de marchar á Metz y ordenó la retirada. En la noche del 27 había sido el combate entre las avanzadas, y el 28 debía em-

pezarse la retirada, cuando órdenes terminantes del gobierno de París para que se continuase la operación emprendida, le obligaron á Mac-Mahón á dar contraorden, y el ejército francés que se hallaba reconcentrado al Norte del camino de Vouziers á Stenay, siguió su marcha al Mosa en dos columnas, de á dos cuerpos de ejército cada una, la de la derecha por el camino citado, y la de la izquierda por el que conduce á Mouzon.

En la marcha desordenada de los franceses, [fatigados por tan frecuentes cambios de dirección, la columna de la derecha se vió hostigada continuamente por la vanguardia de los alemanes. Para evitar una acción que por la proximidad del enemigo hubiese sido segura de intentar el paso del Mosa por Stenay, de nuevo los franceses cambiaron de dirección para pasarlo más al Norte, y resultaron en retaguardia los cuerpos de ejército que formaban las columnas de la derecha.

Uno de ellos, el quinto, rendido de fatiga, vivaqueó en Beaumont, y el 30 de Agosto, atacado por un cuerpo del cuarto ejército alemán, perdió su primera línea de posiciones y tomó otra más á retaguardia. Reforzados los alemanes por otros dos cuerpos de ejército efectuaron un ataque convergente.

Nula fué toda resistencia, inútil la protección que desde la otra orilla del Mosa trató de prestarle el duodécimo cuerpo, estéril el sacrificio de un regimiento de coraceros que cargó sobre el enemigo para dejar expedito el camino, en completa derrota el quinto cuerpo francés pasó el río.

El resto del ejército francés se encontraba ya á la derecha del Mosa, y como era absoluta la imposibilidad de continuar la operación emprendida, Mac-Mahón ordenó la retirada á Sedán, en donde todas sus tropas se concentraron el día 31. El terreno ocupado por los franceses en los alrededores de Sedán formaba su triángulo, cuya base era el Mosa, sus otros dos lados el barranco de Givonne al E. y el Floing ó Ylly al O. y el vértice opuesto al calvario de la aldea de Ylly. Las márgenes interiores de los barrancos constituían buenas líneas defensivas, sin más defecto que el poco fondo que tenían por hallarse los barrancos muy próximos á Sedán.

Los alemanes desplegaron en extensa línea, para envolver por ambas alas al enemigo y acorrolarlo alrededor de Sedán. Un cuerpo de ejército bávaro se apoderó del puente de Bazeilles el 31 de Agosto, y al amanecer del 1.º de Septiembre inició el combate por el E., atacando la aldea de Bazeilles, en la extrema derecha de la línea defensiva del enemigo; el cuarto ejército avanzó por la derecha del Mosa, y según fueron llegando escalonadamente sus cuerpos de ejército, prolongaron paralelamente al barranco de Givonne, hacia el N., el frente de com-

Batalla de
Beaumont.

Batalla de
Sedán.--Sus
consecuencias

bate. En la margen izquierda del Mosa frente á Sedán, se situó otro cuerpo de ejército bávaro, y puso en batería toda su artillería para ofender por retaguardia á los defensores de los barrancos de Givonne y Floing. Todos los cuerpos prusianos del tercer ejército pasaron el río, excepto uno que quedó en reserva, por el puente de Donchery al O. de Sedán, y fueron á desplegar en línea perpendicular al camino que de Sedán conduce á Mezières.

Herido Mac-Mahón, tomó el mando el general Ducrot á las seis y media de la mañana, y comprendiendo que los alemanes estaban verificando un movimiento envolvente para bloquear al ejército francés, dió órdenes para que de los dos cuerpos de ejército que defendían el barranco de Givonne, se situase uno en el calvario de Ylly, para contener en su avance á las tropas alemanas de la derecha, y el otro viniese á unirse al que se hallaba de reserva en el campo atrincherado de Sedán, y al que defendía el barranco de Floing, y en esfuerzo común hacer una enérgica tentativa para abrirse paso por el camino de Mezières. Era el único medio de salvación del ejército francés; pero desdichadamente á las nueve de la mañana reclamó y obtuvo el mando en jefe el general Wimpfen, que se apresuró á deshacer todo lo hecho por Ducrot.

Los bávaros tomaron á Bazeilles, no obstante la enérgica y larga resistencia de la división de infantería de marina que la defendió heroicamente hasta que ya no fué posible más; tanto por el E. como por el O. los prusianos continuaron el doble movimiento envolvente con tan buen resultado, que á las dos de la tarde la guardia real, que formaba parte del cuarto ejército, se hallaba en contacto con el ala izquierda del tercero.

Encerrados en un estrecho circuito de fuego y hierro los franceses, fueron rechazados sobre Sedán. Las cargas de la caballería francesa por el camino de Sedán, y el tardío esfuerzo que hizo el general Wimpfen para abrirse paso por el E., no dieron resultado. Todas las tropas francesas en la más espantosa confusión se agolparon en Sedán bajo el fuego concéntrico de las baterías alemanas, que barrían con sus disparos aquellas compactas masas de hombres dominados por el más justificado pavor. Napoleón III, que se hallaba en Sedán, sufrió la merecida afrenta de ordenar que se enarbolase bandera blanca pidiendo capitulación. El emperador y todo el ejército francés quedaron prisioneros de guerra de los alemanes.

Las consecuencias inmediatas de la derrota de Sedán fueron la revolución del 4 de Septiembre en París, la caída ignominiosa del imperio, la proclamación de la república, y la constitución de un gobierno popular que se llamó de la defensa nacional.

Los vencedores se dirigieron inmediatamente á París y la bloquearon el 17 de Septiembre. El bloqueo de tan extensa y populosa ciudad pudo ser completo por el oportuno empleo que los sitiadores dieron á su numerosa caballería, para impedir toda comunicación de la capital de Francia con el exterior.

Ojeada sobre las operaciones posteriores hasta el fin de la guerra.

Había probabilidades de éxito en la resistencia de París, si oportunamente podían acudir en su socorro los ejércitos que organizasen las provincias, y mientras el de la Lorena entretuviese en el bloqueo de Metz á los dos ejércitos alemanes primero y segundo, que representaban 200.000 hombres menos que apoyasen el sitio de París y ahogasen en germen la reorganización militar de Francia; pero desgraciadamente el mariscal Bazaine, con inacción suicida, dejó que la desmoralización tomase rápido incremento en sus vencidas tropas, dió tiempo á que los recursos materiales para intentar operaciones vigorosas faltasen, y llegó á verse en la precisión de firmar una capitulación vergonzosa el 27 de Octubre, en la que influyó la plaza de Metz.

Los ejércitos alemanes 1.º y 2.º pudieron entonces internarse en Francia, uno por el Norte y otro por el Occidente y Oriente, operaron contra los nuevos ejércitos de la nación, invadida antes de que su organización estuviese terminada, y los impidieron socorrer á París. Cuando el armisticio firmado el 28 de Enero de 1871 puso fin á la guerra, el ejército del Norte, á las órdenes del general Faidherbe, improvisado, mal equipado é instruído, había sostenido por espacio de dos meses una activa campaña con otro alemán, aguerrido, igual en número y superior en disciplina, organización y pertrechos, sin experimentar derrotas irremediables.

En la cuenca del Loira se organizó un ejército que mandado por el general Aurelles de Paladines, venció á los bávaros en la batalla de Coulmiers el 9 de Noviembre, inició un movimiento ofensivo para socorrer á París, del que tuvo que desistir por la presencia de fuerzas enemigas muy superiores, se acogió al campo atrincherado de Orleans, fué desalojado de él por el príncipe Federico Carlos y quedó dividido en dos partes: una, en la orilla izquierda del Loira, á las órdenes de Bourbaki, que reemplazó á Aurelles en el mando, y fué á operar en el Este de Francia; y en la orilla derecha otra que, mandada por el general Chanzy, después de una serie de combates poco decisivos y hábiles retiradas hacia el Oeste, fué vencida por el príncipe en la batalla de le Mans los días 11 y 12 de Enero de 1871.

Las tropas de Bourbaki en el Este trataron de socorrer á Belfort, plaza situada por 60.000 alemanes, que su general Werder

dividió en ejército sitiador y de observación, y antes de la llegada del ejército francés consiguió notables ventajas sobre Garibaldi y sus voluntarios, que combatían con poca fortuna por la Francia republicana en los confines de esta nación con la Suiza y la Alemania. Bourbaki simuló dirigirse contra el ejército de observación para caer sobre las tropas sitiadoras; pero Werder conoció sus verdaderas intenciones, y antes de que llegasen á las inmediaciones de la plaza se posesionó y fortificó en las alturas que al SO. de Belfort domina el Lissaine. Atacado por los franceses los días 15, 16 y 17 de Enero, consiguió rechazarlos. Estos combates se conocen bajo el nombre de batalla de Héricourt.

Dos cuerpos de ejército que envió el rey de Prusia á reforzar las tropas de Werder, al saber la victoria obtenida por éste, se dirigieron al Mediodía á cortar á los vencidos la retirada á Lyon, como lo consiguieron. Acorralado el ejército de Bourbaki contra la frontera, tuvo que internarse en Suiza.

Tratado de
paz.

La derrota de todos los ejércitos franceses y el hambre abatieron á los defensores de París, y malogrado el último esfuerzo que el 19 de Enero hicieron para romper las líneas de bloqueo, el 28 se firmó un armisticio, y el 26 de Febrero el tratado de paz. Francia perdió la Alsacia y parte de la Lorena y tuvo que pagar una indemnización de guerra de 5.000.000.000 de francos. Alemania se constituyó en imperio, y el rey de Prusia, general en jefe de los ejércitos vencedores, fué proclamado emperador.

Consideraciones acerca
de esta guerra.

A la mejor preparación para la guerra debieron el triunfo los alemanes, porque la prontitud con que, gracias á ella, se verificó la movilización y concentración de sus tres ejércitos, hizo posible que se anticipasen en la ofensiva á los franceses, y que emprendiesen las operaciones con decisión y sin vacilaciones perjudiciales á su conjunto, cuando aún los cuerpos de ejército enemigos se hallaban diseminados por la frontera sin haber terminado su movilización y concentración, efectuadas con precipitación desordenada; y porque la perfecta organización de sus reservas permitió que, después de conseguidas las primeras victorias, los ejércitos de operaciones continuasen sin interrupción y con todo desembarazo la ejecución de un plan invasor, y sin tener que cuidarse para nada de las plazas fuertes francesas que dejaban á retaguardia: un nuevo ejército de landwehr, tan numeroso como el que más de ellos, avanzó de Alemania á sitiárlas, perfectamente pertrechado de todos los elementos necesarios para el caso.

Es verdad que la gran conversión con la extrema derecha por eje, en que consistió su plan de campaña, era grandiosa, estaba

perfectamente estudiada hasta en sus menores detalles y fué ejecutada con precisión matemática; es innegable que siempre consiguieron la superioridad numérica en el momento de la acción táctica por la acertada combinación de las operaciones estratégicas; pero téngase en cuenta que no encontraron en el desarrollo de éstas obstáculos de entidad, por el desconcierto que produjeron en el enemigo la defectuosa preparación é inacabadas concentración y organización, y porque los mismos generales franceses con sus errores, como Bazaine en las operaciones que precedieron al bloqueo de Metz y del ejército de la Lorena, y Mac-Mahón en la obligada marcha excéntrica que para socorrerlos se vió obligado á emprender desde Chalons por imposiciones de la política, coadyuvaron al logro de los propósitos de los invasores en vez de entorpecerles. Puede decirse que los únicos obstáculos serios que hallaron los alemanes fueron el valor heroico con que se batieron los soldados franceses, y las ventajosas posiciones tácticas defensivas en que supieron situarlos sus generales. El procedimiento táctico que dió á los alemanes triunfos decisivos en los campos de batalla, fué el empleo de ataques convergentes por el frente y los flancos, que podían efectuar por su numérica superioridad. En los combates en que no la tuvieron como en Mars-la-Tour y en muchos de los que sostuvieron contra los ejércitos del Norte y Oeste, sus victorias no fueron tan completas, y hasta experimentaron contratiempos de importancia.

Hicieron los alemanes un acertado empleo de su magnífica artillería, que influyó poderosamente en el buen éxito de los combates: maniobró con la misma desenvoltura que la infantería, preparó é hizo posible con sus fuegos los ataques de ésta á las posiciones de los franceses; en Saint-Privat la precedió en el movimiento envolvente sobre la derecha del enemigo, al que obligó con sus fuegos á evacuar la población en que se había sostenido gallardamente; y en Sedán contribuyó de un modo eficaz á la realización del movimiento envolvente, efectuado por las tropas del príncipe real de Prusia, para cortar la línea de retirada del enemigo por el camino de Mezières, y las baterías bávaras, desde la margen izquierda del Mosa, ofendiendo por retaguardia á las tropas defensoras de los barrancos de Givonne y Floing, completaron la derrota de los franceses. Estos hechos son prueba concluyente del incremento de la importancia táctica de la artillería en las guerras modernas, por la movilidad maniobrera, alcance, rapidez y precisión en los disparos, que ha conseguido.

Por el contrario, ha disminuído la importancia táctica de la caballería. Las cargas, tan brillantes como infructuosas, de la

Importancia
de la artillería.

Empleo de
la caballería.

caballería francesa en Woërth, Mars-la-Tour y Sedán, son testimonio irrecusable de que la oportunidad de su empleo táctico la han dificultado extraordinariamente los fusiles y los cañones de retrocarga que multiplican los fuegos en breve tiempo y espacio, y que con su precisión y alcance ofenden de un modo terrible á los escuadrones, desde el momento mismo en que inician la carga. Todavía es eficaz y lo será siempre su empleo para la persecución de los vencidos y para su sacrificio en pro de un ejército que se retira; necesita mayor abnegación y heroísmo que nunca tuvo, porque no es ya su misión conseguir fáciles victorias, sino disputar ó aminorar á costa de grandes pérdidas las del enemigo.

Servicio de
exploración.

Pero si ha perdido algo en importancia táctica, ha ganado mucho más en importancia estratégica. El servicio de exploración hecho á gran distancia del ejército que se destaca, ocultando completamente los movimientos de éste, desorientando al enemigo respecto á la dirección que trae, y procurando por el íntimo y continuo contacto con las tropas del adversario averiguar los movimientos de éstas, requieren en la caballería soldados de natural despejo y clases y oficiales inteligentes, de iniciativa y conocedores del teatro de operaciones en que exploran. En este servicio será por mucho tiempo el modelo perfecto lo hecho por la caballería alemana en la guerra de 1870-71.

La nueva
táctica.

Desde ésta ha partido la introducción, en los ejércitos europeos, de la nueva táctica, pues en ella se vió á la infantería alemana rechazar en línea desplegada las cargas de una caballería valerosa, en los ataques avanzar en los tres escalones de guerrillas, sostenes y reservas, y emplear con éxito, para el momento del asalto á las posiciones enemigas, las columnas de compañía con notable ventaja sobre las columnas de batallón en que atacaban los franceses.

Hoy día que todas las naciones procuran, á la medida de sus fuerzas, mejorar y perfeccionar su organización y estado militar, la buena preparación para la guerra es indispensable garantía del triunfo, y llevará siempre ventaja á las improvisaciones, aunque éstas sean las de genio. La guerra va perdiendo mucho de lo que tenía de arte, para hacerse cuestión de números, problema matemático resuelto en el papel antes de llevarlo al teatro de operaciones.

VII

Guerra ruso-turca.—Causas de la guerra.—Campana en el Asia Menor.—Toma de Kars.—Campana del Danubio. Primeras operaciones.—Paso del Danubio por los rusos.—Plewna.—El general Gurko en los Balkanes.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de esta guerra. Campos atrincherados.—Los raids de la caballería rusa.

El vencimiento de Rusia en Crimea habia aplazado, pero no resuelto, la cuestión de Oriente. En 1877 creyó Rusia llegada la ocasión propicia de redimir de su vasallaje á los pueblos cristianos sometidos al yugo de Turquía, y de realizar sus aspiraciones de engrandecimiento y conquista en la cuenca del Danubio y Península de los Balkanes.

Guerra ruso-turca.—
Causas de la guerra.

La insurrección de la Herzegowina y la guerra de Servia y Montenegro con Turquía fueron el proemio de la guerra ruso-turca. Sofocada la insurrección, vencida Servia é impotentes los montenegrinos para contrarrestar por sí solos el poder de Turquía, Rusia quiso recabar del sultán una Constitución benéfica para los súbditos cristianos de éste; Turquía se negó á satisfacer sus exigencias, y en 12 de Abril de 1877 el czar le declaró la guerra.

Los teatros de la guerra son dos: uno en el Asia y el otro en Europa. Abarca el primero el Asia Menor y la región del Cáucaso, y le constituyen principalmente la Georgia, provincia rusa, y la Armenia, provincia turca. Es muy quebrado y son difíciles en él las comunicaciones, porque forman la frontera abruptas y extensas ramificaciones de la cordillera del Cáucaso. Tiflis, capital de la Georgia, y Erzerum, de la Armenia, están unidos por tres caminos: el Occidental pasa por Akhatzik, por Ardahan el Central, por Alejandropol y Kars el Oriental. Son también, como éstos, líneas de operaciones de importancia estratégica: el de la costa, que va de Poti á Trebisonda por Batum; y en el E. los dos que, en dirección próximamente occidental, van desde Erivan á Kars y Erzerum. Esta ciudad es el pun-

Campana en el Asia.

to estratégico de mayor importancia, por ser nudo de casi todas las vías de comunicación del Asia Menor, y porque á su llanura vienen á morir todas las estribaciones de las vertientes meridional y occidental de la cordillera fronteriza.

El día 24 de Abril los rusos toman la ofensiva é invaden la Armenia. Su ejército se eleva á 120.000 infantes, 25.000 jinetes y 350 cañones; el general en jefe es el gran duque Miguel, pero en el momento de la invasión manda las tropas el general Loris-Melikoff. El ejército turco en el Asia, inferior al ruso, no pasa de 80.000 hombres y 220 cañones, y consta de pocas tropas regulares; pero las irregulares son valientes, aunque algo indisciplinadas y poco instruídas. Esta heterogénea composición del ejército obliga á su jefe, el bajá Mucktar, á mantenerse á la defensiva, y en actitud exageradamente pasiva se sitúa al principio en las inmediaciones de Kars, y luego delante de Erzerum con el grueso de sus fuerzas.

El objetivo principal de la ofensiva rusa es Erzerum; el inmediato Kars, llave de las llanuras de la Armenia; y los secundarios Batum, puerto en que desembarcan los refuerzos que, á Mucktar, envían de Europa; Ardahan, punto de cruce del camino de la frontera á Erzerum, con el que une á Kars con Batum; y Bayazid, en el único camino por el cual los invasores pueden envolver las montañas de Songhali, magníficas posiciones defensivas en el camino de Kars á Erzerum.

Los rusos efectúan la invasión en tres agrupaciones, y por tres líneas muy apartadas unas de otras, sin enlace posible á través de aquel laberinto de montañas. En la derecha del frente de invasión, el general Oklobjio avanza desde Poti, por el camino de la costa, sobre Batum; en el centro Loris-Melikoff con el grueso de las fuerzas rusas, en dos columnas, sobre Kars; y en la izquierda Tergukassoff por el camino de Erivan á Bayazid y Erzerum. Esta diseminación de fuerzas ocasiona á los rusos descabros, que hubieran sido mayores de adoptar los turcos un plan de campaña defensiva menos pasivo.

Oklobjio tiene que detenerse á ocho kilómetros de la frontera por el mal estado del camino, y se establece en un campo atrincherado. Cuando arreglado el camino, intenta abrirse paso desalojando de sus posiciones á fuerzas turcas muy superiores en número á las suyas, no lo logra, tiene que replegarse y emprende la retirada el día 30 de Junio. A su retaguardia la población mahometana de la región del Cáucaso se ha insurreccionado, y en combinación con la flota turca los insurrectos se han apoderado de la plaza marítima de Shukum-kalé.

Por el centro una de las dos columnas, mandada por Loris-Melikoff en persona, llega á las inmediaciones de Kars, la otra

toma por asalto á Ardahan en los días 16 y 17 de Mayo, y después ambas reunidas sitian á Kars. Poco antes de la llegada de los rusos el ejército turco se ha retirado de las inmediaciones de esta ciudad, dejándola bien guarnecida.

Tergukasoff, en la izquierda, ocupa á Bayazid sin resistencia el 8 de Mayo, continúa después su marcha, y á 60 kilómetros de esta ciudad se detiene y establece en un campo atrincherado. No obstante de que en esta marcha temeraria tiene la seguridad de chocar con el grueso del ejército turco; de que su flanco izquierdo está á cubierto y sin protección desde su salida de Bayazid, y de que su línea de retirada está amenazada por la guarnición enemiga de Wan y la población armada de todo este distrito turco, que se extiende al Sur del camino de Bayazid á Erzerum, Tergukasoff obedece la orden de continuarla, que recibe de Loris-Melikoff, á fin de atraer sobre él la atención de las tropas turcas, para que éstas no socorran á Kars.

Los turcos se van retirando sin oponer resistencia seria, para atraer la débil columna rusa á la inmejorable línea defensiva y posición estratégica central que ocupa Mucktar con su ejército delante de Erzerum, en las vertientes de las montañas de Songhali que terminan en el río Aras. Su izquierda vigila el camino de Kars, su derecha en Deli-Baba el de Bayazid, y se halla de este modo dispuesto á oponerse al avance de las columnas rusas que puedan venir por ambos á efectuar un ataque simultáneo.

Tergukasoff desaloja, en 16 de Junio, una división turca, de una fuerte posición que ésta ocupaba á vanguardia de la extrema derecha del ejército turco, y atacado á su vez el 21 por numerosas tropas que al efecto concentra Mucktar, se sostiene valerosamente en línea extensa, á fin de no verse envuelto por los flancos: por falta de municiones se ve en la precisión de replegar sus fuerzas, y después, al saber que 15.000 turcos, procedentes de Wan, han recuperado á Bayazid, se retira por el camino que va directamente á Erivan. Con fuerzas enemigas respetables á retaguardia, y todo el ejército de Mucktar enfrente, sin una plaza en que buscar refugio y apeyo en caso de un descalabro, y sin seguridad de ser socorrido por Loris-Melikoff, con quien está casi por completo incomunicado, no le es posible persistir en su ofensiva sobre Erzerum, y más cuando sabe que 15.000 hombres, mandados por Heimán y destacados de Kars por Loris-Melikoff para que se le incorporen, han sido rechazados por los turcos en Zewin el 26 de Junio.

Su infantería ha asaltado infructuosamente la posición turca, fuerte de suyo, pues la constituyen las vertientes de abrupta garganta, por la que se abre paso un torrente, y muy fortalecida con trincheras y reductos. La caballería y artillería á caballo que

Heimán ha enviado á envolver la posición por su flanco derecho, y á evitar que Mucktar, desde Deli-Baba envíe refuerzos á sus defensores, por dificultades del terreno se retrasan, llegan á la altura del flanco enemigo cuando el combate ha terminado, y tienen que retirarse precipitadamente. De haber sido simultáneos este ataque y el de Tergukassoff á Deli-Baba, tal vez el éxito hubiera sido favorable; «pero en las ofensivas convergentes— como dice Corsi al narrar este combate— tiene que faltar necesariamente la unidad de los intentos y la simultaneidad de los actos, cuando las columnas han partido de sitios lejanos, sin posibilidad de acuerdos preventivos bien precisados, y avanzan separados, durante mucho tiempo y hasta el último momento por grandes distancias y obstáculos que no permiten el cambio diario de noticias y órdenes», y así ha sucedido en esta ocasión.

Tergukassoff, al retirarse, efectúa una reacción ofensiva para salvar á la guarnición rusa de Bayazid, que se sostiene aún en la ciudadela, y conseguido su propósito, continúa su retirada á Eriwan. En observación de sus movimientos se sitúan en una meseta próxima las tropas turcas que, al mando del bajá Ismail le han seguido hasta la frontera oriental de la Armenia.

Frustrado el movimiento combinado sobre Erzerum, Loris-Melikoff levanta el sitio de Kars y se retira á Alejandrópolis. Mucktar va tras él y se aproxima á la frontera septentrional; pero como casi todas sus tropas regulares han ido á Europa después de los últimos combates, y las han substituído otras irregulares, considera temerario emprender operaciones ofensivas en territorio ruso, teniendo enfrente un ejército enemigo superior al suyo en calidad y número, y se concreta á situar éste y atrincherarle en las alturas de Jagni y Kizil Tepe que cubren el camino de Kars, y en ellas espera á que los rusos tomen de nuevo la ofensiva.

El 2 de Octubre atacan á los turcos tres columnas rusas, de las que la más numerosa ha de envolver la línea enemiga de posiciones por su izquierda, en tanto que una cuarta columna ha de rebasarla por la derecha, para apoderarse, á retaguardia de ella, de la montaña de Aladja. En la izquierda turca llegan los rusos á apoderarse de las alturas de Jagni, pero son desalojados de ella por el enemigo que, rebasando entonces la derecha de las columnas rusas, las obliga á retirarse.

Convencido Mucktar por la sangrienta experiencia de este combate; de que la línea ocupada por sus tropas es débil por lo extensa, las hace efectuar un cambio de frente á retaguardia, para situarlas en otra más próxima á Kars y más concentrada. El ala derecha del ejército turco ocupa las montañas de Aladja, el centro el monte Avliar, y el ala izquierda las de Wiginkiei.

Al amanecer del día 15 de Octubre atacan los rusos la nueva línea enemiga, cuando ya una columna mandada por el general Lazariéff, que cuatro días antes emprendió de noche la marcha para rebasar la derecha turca y caer sobre su retaguardia, ha batido el día anterior las tropas turcas que trataron de detenerla. Ahora se generaliza el combate; el centro turco se sostiene con firmeza; la derecha es envuelta y arrollada, y la izquierda, después de ser atacada de frente y por el flanco, se ve acorralada por las tropas de Lazariéff que, después de apoderarse de una altura situada detrás de las de Wiginkiei, descienden desde éstas á cortar la línea de retirada á Kars al ejército turco, que se dispersa y huye; otra división, cercada en la montaña de Aladja por fuerzas rusas muy superiores en número, rinde las armas.

El derrotado ejército de Mucktar se retira más allá de las posiciones que antes ocupó en Deli-Baba Zewin, y se sitúa en las alturas de Deve-Bayum, después de haberse incorporado las tropas de Ismail, que, hasta entonces, han permanecido inactivas observando á la división rusa de Tergukassoff. Esta, que encuentra franco el paso, viene á unirse á los vencedores de Aladja, que han rebasado á Kars y avanza por el camino de Erzerum.

Apoyan los turcos la derecha en montañas inabordables; en el centro, su línea defensiva presenta por su frente obstáculos que así dificultan el ataque de los rusos como las reacciones ofensivas de los defensores; y únicamente por la izquierda, un angosto valle da acceso menos dificultoso á las posiciones en que Mucktar ha situado sus tropas.

Heiman, que ahora manda en jefe á los rusos, hace que dos columnas, acometiendo el centro y derecha de la línea enemiga (4 de Noviembre), imposibiliten á los turcos reforzar su izquierda, y contra ésta combina un ataque de frente con otro de flanco. Apodéranse las tropas que atacan de frente de una altura que domina el valle, y esto hace posible el ataque de flanco que se verifica con éxito. La débil resistencia de los turcos, desmoralizados desde la derrota de Aladja, facilita mucho esta nueva victoria de los rusos.

De perseverar los vencedores en la persecución de los vencidos, posible hubiera sido la inmediata rendición de Erzerum; pero cuando Heiman la bloquea, Mucktar se ha impuesto con terribles amenazas á los habitantes, y la ciudad no se rinde. Con el bloqueo de Erzerum, coincide el sitio de Kars por 30.000 rusos mandados por el general Lazariéff. La toma de Kars es de importancia capital para los rusos, si han de afirmar las ventajas conseguidas y continuar la ofensiva. En cuanto llega el tren

de sitio la bombardean sin éxito, y entonces la asaltan en la noche del 18 y mañana del 19 de Noviembre. Dirigido admirablemente este asalto nocturno, se apoderan de la plaza, y los 17.000 hombres que la guarnecen, después de intentar inútilmente abrirse paso por el camino de Erzerum, caen prisioneros.

Después de la toma de Kars, la guerra en el Asia Menor languidece sin que hasta su terminación se verifique ninguna operación de importancia.

Campañas
del Danubio.
Primeras operaciones.

En Europa el teatro de operaciones comprendía, en la margen izquierda del Danubio, la provincia rusa de Besarabia y el principado de Rumanía; en la derecha, la Dubrudja y la Bulgaria, y toda la Península que de la cordillera de los Balkanes recibe nombre. Constantinopla, capital de Turquía, iba á ser el objetivo principal de los rusos; mas para llegar á él tenían que forzar el paso de dos formidables líneas defensivas: era una el Danubio en su curso desde los confines del Austria hasta su desembocadura en el mar Negro, y la otra la cordillera de los Balkanes, que se extiende al Sur y á unos 120 kilómetros de tan caudaloso río.

En la margen derecha del Danubio, fortalecían la línea defensiva, entre otras de menor importancia, las plazas fuertes de Widin, Nicópolis, Sistowa, Rustchuck y Silistria. Estas dos últimas con Varna, puerto del mar Negro y Schumla, nudo de vías de comunicación en la cuenca del Danubio y Península de los Balkanes, forman un cuadrilátero de fortalezas que constituye la principal defensa de la Bulgaria. Después de pasar los Balkanes, todas las líneas de operaciones convergen en Andrinópolis.

A fines de Abril y principios de Mayo, los rusos pasaron el río Pruth, excepto un cuerpo de ejército que continuó en la orilla izquierda de este río dando frente á la Dubrudja, y desplegaron á lo largo del Danubio y en la margen izquierda de éste hasta Kalafat, plaza fuerte rumana, opuesta á la turca de Widin; y desde ella hasta los confines de la Servia los rumanos formaron la extrema derecha de la línea. El ejército del Sur, que así llamaron los rusos al que iba á operar en la cuenca del Danubio, se componía de 350.000 hombres, con 40.000 caballos y 990 piezas de artillería: su general en jefe era el gran duque Nicolás.

Disponían los turcos de un ejército de 250.000 hombres, 9.000 caballos y 350 cañones. La agrupación más numerosa se hallaba en el cuadrilátero formado por Rustchuck, Silistria, Schumla y Varna; un cuerpo de ejército tenía su cuartel general en Widin; una división ocupaba la Dubrudja, y el resto del ejército se extendía á lo largo del Danubio, la defensa de cuyos pasos, así como también de las poblaciones de la ribera, estaba

confiada á destacamentos bastante numerosos para debilitar el cuerpo principal á que pertenecían, é insuficientes para impedir por sí solos el paso del río al enemigo.

El bajá Abdul-Kerim mandaba el ejército turco del Danubio, y Osmán el cuerpo de ejército que se hallaba en Widin.

El plan de campaña del gran duque Nicolás consistía en destacar á la Dubrudja un cuerpo de ejército que cubriese el Danubio inferior, y amenazase por el E. el cuadrilátero, y principalmente su vértice más avanzado que es la plaza de Silistria; y después, mientras los rumanos desde Kalafat, batían con su artillería á Widin, para entretener las tropas del bajá Osmán, que formaban la extrema izquierda de la línea turca, efectuar con el grueso del ejército el paso del río, en el espacio que media entre Rustchuck y Nicópolis, para envolver por el O. el cuadrilátero, romper por mitad la línea defensiva de los turcos, destacar hacia Widin tropas suficientes que entretuviesen á las de Osmán, y observasen y contrarrestasen las operaciones que éstas efectuasen, y en tanto, operar contra el ejército de Abdul-Kerim, en dirección al E., al S. ó en ambas, según los movimientos y operaciones que éste verificase.

En la situación de las fuerzas turcas era su flota del Danubio, compuesta de 15 buques acorazados y 19 de madera, la que más eficazmente podía oponerse al paso del río por los rusos, especialmente hacia la Dubrudja; pero el empleo eficaz de secciones de torpedos y el fuego de las baterías rusas, echando á pique algunos buques, la intimidó de tal manera, que una parte descendió hasta las bocas del río, y otra remontó éste, y fué á unirse á las que se hallaban estacionadas entre Silistria y Nicópolis.

El cuerpo de ejército ruso, que continuaba en la Besarabia en los días 21 y 22 de Junio, pasó el río en barcas, y por un puente que su vanguardia, después de desalojar de unas alturas inmediatas Matchín á las avanzadas turcas, estableció cerca de Braïla, y en pocos días fué dueño del curso inferior del Danubio, desde Silistria hasta el mar Negro, ocupando todas las plazas fuertes del N. de la Dubrudja, que la débil división turca, que se hallaba en ésta, ni siquiera intentó defender.

Para pasar el río con el grueso del ejército, el gran duque Nicolás, desorientó á los turcos con movimientos y concentración de tropas en varios puntos de la ribera, y acumuló todo el material de puentes y muchos barcos en Zimnitsa, población rumana situada cerca de Sistowa. Hubo grande acierto en la elección del paraje para cruzar el río, porque en las inmediaciones de Sistowa, eran pocas é irregulares las tropas turcas que había, y Rutschuck y Widin, que eran los puntos más próximos

Paso del
Danubio.

en donde el enemigo tenía fuerzas de consideración, estaban á bastante distancia, para que antes de que éstas pudiesen acudir á impedirlo, no tuvieran tiempo los rusos de haber pasado el río y de afirmarse en su margen derecha. Además, de Sistowa parte el camino que conduce al puerto de Schipka, el menos elevado y más practicable de todos los de la cordillera de los Balkanes.

El 27 de Junio, una división rusa empezó el paso del río en barcas y pontones, y á las tres y media de la mañana llegó á la margen derecha, saltó á ella, y fué recibida á tiros por los centinelas turcos. Entonces las baterías rusas, desde la orilla izquierda, empezaron un vivo cañoneo. Los batallones de la brigada turca que había en Sistowa, fueron acudiendo á oponerse al desembarco de los rusos; pero aunque se batieron con denuedo, á las ocho tuvieron que hacerlo en retirada, y al medio día una brigada rusa atacaba á Sistowa, que apenas fué defendida por el enemigo. Desde este momento, la operación capital del paso del Danubio podía darse por efectuada. Antes del 28, tres divisiones rusas le habían pasado ya, las demás tropas lo hicieron en los días siguientes, y establecieron un largo puente que pudieron utilizar desde el primer día de Julio.

Una vez pasado el Danubio, el Czar vino á tomar el mando en jefe de las tropas. Animados por tan grande éxito en operación estratégica tan difícil, los rusos hicieron principal objetivo de las subsiguientes operaciones, el puerto de Schipka, para apoderarse de él cuanto antes, y descender á los valles de la Rumanía, sin tener en cuenta que por el flanco derecho de su línea de invasión les amenazaba, desde Widin, el cuerpo de ejército de Osmán, y sobre el flanco izquierdo tenían el cuadrilátero, y en él todo el grueso del ejército turco. Aun conseguido su objeto y dueños del puerto de Schipka, cuanto más avanzaban, más amenazados estarían de ver cortada su línea de retirada, y cualquier afortunada operación de los turcos á su retaguardia, podría ocasionarle irremediable desastre.

Los dos cuerpos de ejército que constituían el centro del ruso, avanzaron en decidida ofensiva hacia los Balkanes; otro, y los dos rumanos marcharon sobre Nicópolis, se apoderaron de ella, el 16 de Julio, y formaron la derecha del frente de operaciones; otros dos dieron frente al E. para amenazar las plazas del cuadrilátero, y uno quedó en reserva en Sistowa. El ejército ruso formaba un ángulo saliente, y el centro que venía á ser el vértice, iba alejándose de la base de operaciones á medida que se acercaba á los Balkanes. Los valles del Jantra y del Lom, ríos afluentes del Danubio por la derecha, y de los cuales aquél se extiende entre Schipka y Sistowa, y éste hacia el cuadrilátero, constituían el teatro de operaciones.

De apoderarse del pueblo de Schipka, por medio de un rápido movimiento de avance que sorprendiese á los turcos, se encargó el general Gurko con un cuerpo volante de 15.000 hombres, del que las tres cuartas partes eran tropas de caballería. El 7 de Julio desalojó de Tirnova, población en la vertiente septentrional de los Balkanes, á la guarnición turca y se dirigió por malísimo camino hacia el E., para salvar la cordillera por un puerto que flanqueaba al de Schipka, único que las fuerzas turcas encargadas de la defensa del centro de los Balkanes, tenían guardado por fuerte destacamento, pues creían impracticables todos los demás.

La presencia del general Gurko, á espaldas del puerto de Schipka, sorprendió á los turcos, y los batallones aislados que encontró á su paso en la vertiente meridional fueron batidos por él, que el 17 había de efectuar un ataque por retaguardia á los defensores de Schipka, en combinación con el centro del ejército ruso, que abordaría de frente el desfiladero. No pudo Gurko concurrir, y la vanguardia del ejército ruso fué rechazada. Al siguiente día atacó Gurko solamente y no logró desalojar al enemigo de sus posiciones; pero el efecto moral que en las tropas turcas causó el ver cortada su línea de retirada por las de Gurko, las decidió á abandonar el desfiladero y, en dispersión, retirarse por bosques y montes. Franco el paso, la vanguardia del ejército ruso le ocupó, descendió después por la vertiente meridional al llano de Andrinópolis, se apoderó de Eski-Sagra y se fortificó en ella para amenazar igualmente á Filipópolis y Andrinópolis, ciudades importantes de la Rumelia.

El general en jefe turco fué merecidamente destituido á causa de su ineptitud y reemplazado por el bajá Mehemet; Osmán salió de Widin con ánimo de caer sobre la derecha de los rusos y para cubrir el camino de Constantinopla, los turcos organizaron un ejército, al cual se incorporaron los 20.000 hombres que mandados por Suleimán hacían la guerra en el principado de Montenegro. De este ejército tomó el mando el bajá Reuf, ministro de Marina.

La línea rusa era muy débil en el centro entre Widin y Rustchuck.

En su precipitación por salvar cuanto antes la cordillera de los Balkanes, y con la excesiva confianza que tenían en el éxito de la campaña, descuidaron los rusos el afianzar y ensanchar su base de operaciones en la margen derecha del Danubio, y el cubrir el flanco derecho de su línea de invasión. Hasta el 15 de Julio no atacaron á Nicópolis, sin haber tenido en cuenta que si las tropas turcas de Osmán hubieran venido á esta plaza, Sistowa habría corrido inminente peligro, y la línea de retirada de

El general
Gurko en los
Balkanes:

Plewna.

todo el ejército invasor hubiese estado seriamente amenazada. Osmán Bajá emprendió su marcha en virtud de orden expresa del Sultán, tarde ya para la liberación de Nicópolis, pero á tiempo para poner en grave apuro al cuerpo de ejército ruso que mandaba el general Krudener, único que quedaba para atender á la defensa de Nicópolis y Sistowa, guarda del puente construído sobre el Danubio, protección del flanco derecho de la línea de invasión y ensanche del frente ofensivo por el O. de la Bulgaria.

Si la tardanza en operar sobre Nicópolis no perjudicó al éxito de la operación, lo contrario sucedió al no intentar con tiempo Krudener la ocupación de Plewna, población á orillas del Wid, río que muere en el Danubio, junto á Widin, y punto estratégico de gran importancia, porque de él parten vías radiales de comunicación, que conducen por Lowatz á los pasos occidentales de los Balkanes; por Widin, á la margen derecha del Danubio, en la Bulgaria occidental, y á Biela y Sistowa, situada sobre la línea de invasión del ejército ruso. Sin enterarse de las fuerzas enemigas que la defendían, envió á Plewna una brigada y un regimiento que simultáneamente la abordasen, aquella por el N. y éste por el S.; una y otro avanzaron sin previos reconocimientos, flanqueos, enlace alguno entre sí, y, en una palabra, sin precauciones de ningún género, y en la madrugada del 20 de Julio, al llegar á las inmediaciones de la población, fueron recibidos con fuego terrible por tropas atrincheradas que les eran muy superiores en número. En impetuosa acometida llegó la brigada, desbordando la izquierda turca, hasta las barricadas que cerraban la entrada de la población por el camino de Nicópolis, y el regimiento, entre Plewna y Grivitza, aldea inmediata al río de su nombre, afluente del Wid, desalojó de triple línea de trincheras á los bachibuzuks; pero abrumados por los numerosos refuerzos que salieron de Plewna é impotentes para defender el terreno conquistado, los valientes soldados rusos se vieron obligados á retroceder y á retirarse con grandes pérdidas. Más que por éstas, por el efecto moral que en ambos ejércitos beligerantes produjo el descalabro sufrido en Plewna, fué terrible para los rusos. Detuvo su marcha triunfal en la Bulgaria, evidenció los peligros de la temeraria invasión á que se habían lanzado con escasas fuerzas y sin preparación sólida, y dejó ver claro á los turcos que si el avance de algunas tropas desde Wichin á Plewna entorpecía de tal modo las operaciones de los rusos, una ofensiva combinada de las tropas de Mehemet Alí, por E., de Reuf y Suleimán por el O., pondrían en grandísimo aprieto al ejército ruso, que á fines de Julio se encontraba entre aquellas tres grandes y preponderantes masas de tropas

enemigas, de las que dos desde Rustchuck y Plewna amenazaban de cerca los pasos del Danubio. La incapacidad de los turcos para la ofensiva, salvó á los invasores.

Era de todo punto necesario un desquite pronto, que anulara el efecto moral del funesto resultado del primer ataque de Plewna, que arrancara del poder de los turcos este punto estratégico avanzando sobre el flanco izquierdo de la línea de invasión, y que inutilizara para todo movimiento ofensivo á las tropas de Osmán. Al efecto, se reforzó el cuerpo de ejército de Krudener con brigadas del mandado por el príncipe Schakovskoi hasta completar un total de 32.000 infantes, con tres brigadas de caballería y 176 cañones. Los generales rusos convinieron en un plan de maniobras simultáneas, concéntricas y vigorosas, que había de efectuarse el día 30 de Julio.

En los diez días transcurridos desde el primer asalto de Plewna por los rusos, el bajá Osmán que, con las tropas que aún quedaban en Widin, se dirigía entonces apresuradamente á aquella ciudad, había llegado á ella, á donde también acudieron tropas de Sofía, y ya con 42.000 hombres había mejorado notablemente las fortificaciones de las inmediaciones de su posición, ejecutando las más importantes del campo atrincherado que proyectaba.

Rodeando el valle en que se encuentra Plewna y coronando las alturas que le limitan, la línea defensiva se desarrollaba en forma pentagonal y se apoyaba por sus dos extremos en el río Wid que cerraba el perímetro. Constituíanle líneas continuas de trincheras-abrigo reforzadas por reductos que muchos de ellos dominaban los caminos que convergen en la población. Eran los más importantes al N. el situado sobre el camino de Nicópolis, otro al S E. próximo á la aldea de Radichevo, y un tercero en posición intermedia respecto á estos dos, y que cerca de Grivitza dominaba el camino de Biela y era la llave de aquellas posiciones. Las aldeas Bukova, Grivitza, Radichevo y Bogot eran puntos avanzados exteriores á la línea defensiva.

El día 30 de Julio, los rusos atacaron por segunda vez á Plewna en dos grupos separados: uno de ellos mandado por Krudener avanzó sobre el frente que determinaban Burkova y Grivitza por el NO.; y otro por el SE., mandado por el príncipe Schakovskoi se dirigió hacia Radichevo. El general Skobelev con una brigada de cosacos flanqueó por la izquierda esta columna de ataque, avanzó de Rogot á Krichina, efectuó su reconocimiento sobre el río Wid, rechazó los ataques de numerosa infantería y obligó á algunos batallones á retirarse á Plewna, y en Krichina se sostuvo hasta última hora desempeñando cumplidamente su misión de proteger y librar de un movimiento

envolvente por la izquierda la columna de ataque del príncipe Schakovskoi.

Esta, después de un vivo cañoneo, avanzó con ímpetu arrollador, entró en Radichevo á viva fuerza, se apoderó de la primera línea de trincheras, obligó al enemigo á desalojar la segunda, pero no pudo posesionarse de ella, porque el mortífero fuego que los turcos hicieron desde la tercera línea, se lo impidió. Una columna de la reserva turca que vino en socorro de los suyos, decidió del éxito del combate por este lado, y los rusos retrocedieron paso á paso.

El ala derecha de los invasores, obligada por la precipitación de la columna de Schakovskoi en lanzarse al asalto de las posiciones enemigas antes de tiempo, se vió precisada á precipitar también la cometida.

Todos los esfuerzos de las tropas del general Krudener tuvieron por objeto la toma del reducto de Grivitza, pero fueron inútiles, no obstante el valor heroico de la infantería rusa. Convencido de que era vano el sacrificio estéril de tantos valientes, dió la orden general de retirada, que se verificó sin que persiguiese á los rusos el vencedor, que por excesiva prudencia se privó de recoger el fruto de su victoria, y permitió á los vencidos que se reorganizasen á siete kilómetros de Plewna. Los rusos tuvieron 6.000 bajas; los turcos muchas menos, porque se batieron parapetados detrás de las trincheras.

Después de este segundo descalabro de los rusos en Plewna, el movimiento ofensivo del ejército turco de la Rumelia, á las órdenes de Suleimán, obligó á las tropas del centro del ejército enemigo á evacuar los puntos que habían ocupado en las vertientes meridionales de los Balkanes. Pudo Suleimán sin dificultad alguna salvar la cordillera por el desfiladero de Trajano, situado al O. del de Schipka, dirigirse á Plewna, por el camino de Lowatz, y unidas sus tropas á las de Osmán, hacer objetivos de una enérgica ofensiva á Nicópolis y Sistowa. Pudo también por cualquiera de los pasos orientales de los Balkanes ir á unirse al ejército de Mehemet y con el cuadrilátero por inmejorable base de operaciones, con ambos ejércitos reunidos, operar en vigorosa ofensiva contra el ala izquierda de las diseminadas tropas invasoras. Ni lo uno ni lo otro hizo y lanzó al asalto de las posiciones del enemigo en el puerto de Schipka á sus soldados, que tomaron las más avanzadas, hicieron esfuerzos tan heroicos como inútiles para apoderarse del desfiladero y después de sangrientos combates sostenidos desde el 22 de Julio al 27, hubieron de desistir por entonces de nuevos asaltos.

La falta absoluta de acertada combinación de las operaciones de los tres ejércitos turcos que rodeaban al invasor, hizo

posible la permanencia de éste en la Bulgaria. El estacionado en el cuadrilátero, se había concretado á sostener combates de vanguardia con el ala izquierda rusa, que mandaba en jefe el príncipe heredero de Rusia, y estaba compuesta de tres cuerpos de ejército, uno de los cuales vigilaba los pasos de los Balkanes orientales y cubría á Tirnova, y otro en la extrema izquierda del frente de combate observaba á Rustchuck y se extendía hasta el Danubio: el tercero en posición central hacia Popkioi, servía de lazo de unión entre los otros dos.

El 21 de Agosto salió el ejército turco de su actitud pasiva, y una serie de combates victoriosos, al finar el mes, había desalojado el cuerpo de ejército del centro de sus posiciones avanzadas, obligándole á replegarse hacia Popkioi. Volvióse después contra las tropas rusas de la extrema izquierda, las desalojó de las alturas de Kazalewo; pero fué rechazado al atacar las que defendían la posición de Aklava. Sin embargo de este contratiempo de los turcos, los rusos evacuaron la línea del Lom, afluente del Danubio, y se retiraron á la determinada por el más occidental de los ríos, que con sus aguas formaban aquél. El bajá Mehemet no los persiguió y renunció á la ofensiva contra la extrema izquierda de los rusos, que acababa de iniciar con habilidad, aunque con excesiva cautela. Propúsose ahora aislar al cuerpo de ejército enemigo, que vigilaba los Balkanes orientales para favorecer las operaciones del ejército de Rumelia, mandado por los bajás Reuf y Suleimán, amenazando el camino de Biela, línea de retirada de los defensores de Schipka. Al avanzar las tropas de Mehemet, rechazaron en Simankioi (14 de Septiembre) á una división rusa que les salió al encuentro, atacaron con denuedo (24 de Septiembre) las posiciones que en Tcharskoi ocupaba el enemigo, y fueron rechazados. Bastó este descalabro para que Mehemet desistiese por completo de la ofensiva, que sin confianza en el éxito había emprendido. Fué destituido y le reemplazó Suleimán que, ya por entonces, había insistido en apoderarse del puerto de Schipka, tratando de tomar por sorpresa, en la madrugada del 17 de Septiembre, el monte de San Nicolás, llave de las posiciones rusas en el desfíladero. Aunque 3.500 turcos de una de las tres columnas encargadas de efectuar la sorpresa, llegaron á escalar el monte, la victoria fué de los rusos.

En el transcurso del mes de Agosto, el ejército ruso se vió reducido á mantenerse á la defensiva delante de Plewna, atrincherándose en las posiciones que ocupaba. A principios de Septiembre, fué reforzado por las tropas rusas y por los rumanos, que pasaron el Danubio para cooperar á la expugnación del formidable campo atrincherado de Osmán.

Con un efectivo de 90.000, de que era general en jefe el príncipe Carlos de Rumanía, y jefe de Estado Mayor el general ruso Zotow, se emprendió la nueva tentativa para apoderarse de Plewna á viva fuerza. Sabido de los rusos por la triste experiencia adquirida en las sangrientas jornadas del 20 y del 30 de Julio la dificultad de abordar el campo atrincherado por el E., resolvieron hacer objetivo principal de la embestida las posiciones y obras que constituían el frente meridional de aquél, en donde el enemigo parecía que no había completado sus medios defensivos. Además convenía contrariar todo lo posible las comunicaciones de las tropas de Osmán con el exterior, y era por el Sur por donde eran más fáciles.

Por esto la primera operación de los expugnadores de Plewna, fué el rápido y repentino ataque de Lowatz, población situada á retaguardia de la prolongación proyectada del frente de combate. El 3 de Septiembre se preparó por un enérgico bombardeo. La infantería rusa, que ya había desalojado á los defensores de Lowatz de las obras de defensa exteriores, hizo objeto de sus ataques un gran reducto que defendía la entrada de la ciudad. No obstante el terrible fuego del enemigo, las columnas de ataque, convergiendo hábilmente sobre aquél, se hicieron sus dueñas y entraron en Lowatz, de la que se retiró la guarnición, que fué acuchillada en su retirada por una brigada de cosacos. Los refuerzos enviados desde Plewna por Osmán, únicamente llegaron á tiempo para impedir que continuase la persecución de los vencidos.

Incorporadas de nuevo al ejército ruso las tropas vencedoras en Lowatz, verificó éste un movimiento convergente sobre Plewna. Un bombardeo de algunos días precedió al asalto de las posiciones turcas por las columnas de ataque, y las baterías avanzaron progresivamente hasta donde fué posible que acompañaran á la infantería para protegerla y apoyarla en su marcha ofensiva. La embestida fué general; pero los principales esfuerzos de los rusos se dirigieron á las obras defensivas del SE.

La potencia defensiva del campo atrincherado era extraordinaria. En los frentes amenazados habían levantado los turcos doble y aun triple línea de obras de campaña. Las trincheras que las enlazaban tenían gran desarrollo y hacían posible varias líneas de fuegos simultáneos y cruzados. La artillería turca era poca; pero á sus fuegos suplía con ventaja el de fusilería, que hacían los defensores con armas de repetición del sistema Martín Henri sin economía de municiones, y en muchas ocasiones á boca de jarro contra las columnas de ataque.

En estas condiciones y dadas las del soldado turco, inmejorables para la defensa de obras fortificadas, compréndese, des-

de luego, cuántos obstáculos se presentaron á los rusos desde que empezaron los movimientos ofensivos. En la extrema derecha de los aliados, los rumanos tomaron en los primeros días del bombardeo una obra avanzada que flanqueaba otra más importante; en la izquierda, la vanguardia de las tropas del príncipe Imerinsty, mandada por el bravo general Skobeleff, ocupó la aldea de Brestovetz y se dirigió después contra la línea de obras defensivas y trincheras de los turcos en las alturas denominadas Montañas Verdes, á orillas del río Wid y próximas al camino de Lowatz, sin que el denodado valor con que afrontaron los soldados á pecho descubierto el terrible fuego del enemigo, y la insistencia con que se lanzaron por dos veces al asalto de las posiciones que querían conquistar, ni el arrojo con que rechazar las reacciones ofensivas, dieran positivo resultado; Skobeleff tuvo que replegarse con sus tropas fortificándose en las posiciones que antes había ocupado.

Los efectos del bombardeo no fueron ni con mucho los que se esperaban, y como la escasez de municiones no permitía prolongarlo más, se resolvió por los generales rusos precipitar el asalto general, que se efectuó el 11 de Septiembre simultáneamente contra tres puntos: el reducto de Grivitzza, las obras defensivas situadas al Norte de Radichevo y las posiciones de Krichina.

El asalto de las posiciones de Krichina y las Montañas Verdes se confió á Skobeleff, que lanzó contra ellas su primera línea, compuesta de cuatro batallones que al toque de calacuerda avanzaron resueltamente. Agobiados por las granizadas de proyectiles que sobre ellos llovían, así por su frente como por los flancos, los soldados rusos se detuvieron vacilantes y se echaron en tierra para responder con el fuego al del enemigo. Se envió un regimiento de refuerzo y también se vió precisado á detenerse.

Más temible en momentos tan críticos la retirada que el avance, el general Skobeleff envió doce compañías á reforzar y renovar el ataque; su ímpetu fué tal, que reanimaron los restos de los batallones de primera línea, llegaron todos unidos á las trincheras, obligaron á los turcos á refugiarse en los reductos, y se apoderaron del más occidental de tres que fortalecían las líneas de trincheras. A su abrigo se acogieron las tropas de asalto, y los turcos dirigieron sus fuegos convergentes á aquella considerable masa de hombres que tenía su flanco izquierdo completamente descubierto, y, aprovechando esta circunstancia, trataron de desbordarla y atacarla de flanco y revés; pero la oportuna intervención de la reserva rusa bastó para rechazar el movimiento ofensivo del enemigo, que tuvo que refugiarse en las

trincheras de que había salido para recobrar el reducto. No se contentaron los rusos con estas ventajas; su caballería ocupó el pueblo de Krichina, y la infantería, sin dar tregua un momento á la encarnizada lucha, se apoderó de otro reducto y continuó su difícilísima ofensiva contra las restantes obras de defensa.

El ataque por el centro lo efectuaron los rusos, haciendo principal objetivo del reducto que cerraba el camino de Radichevo á Plewna. Todos los esfuerzos de las tropas rusas fueron ineficaces. Diezmadas por los fuegos cruzados de los turcos, en menos de media hora no quedaban apenas restos de los seis batallones. Otra, de dos regimientos, da un nuevo asalto al reducto, llega hacia el foso, pero no es sostenida por la reserva, y, sin que logre penetrar dentro de la obra, tiene que retirarse bajo el mortífero fuego de los defensores, que causa en ella pérdidas enormes.

En el ala derecha de los aliados, á costa de mucha sangre y de resueltos ataques, rechazados y renovados, para apoderarse de unas trincheras que le flanquean, una columna de rumanos, en combinación con otra rusa, por un doble asalto simultáneo, se apodera del reducto de Grivitza.

Los mezquinos resultados del asalto general, dado el día II, no fueron después compensados por otros mayores; al contrario, en la izquierda, donde, gracias á la bravura temeraria del general Skobelev, se habían conseguido las más positivas ventajas, los turcos, reforzados por tropas que Osmán sacó de su ala izquierda, donde eran menos necesarias, recuperaron todas las posiciones perdidas, sin que el denuedo con que llegaron las tropas de Skobelev á rechazar repetidos movimientos ofensivos de sus adversarios, sirviera más que para hacer mayor el derramamiento de sangre. La enormidad de las bajas sufridas y el cansancio de sus valientes soldados, después de tantas horas de incesante y mortífero combate, obligaron á Skobelev á replegar sus tropas y evacuar todo lo conquistado. El heroísmo de la infantería rusa había resultado ineficaz ante el fuego terrible de los fusiles de repetición, dirigido sobre las columnas de asalto, por los turcos, desde obras defensivas de campaña.

Convencidos los rusos de la imposibilidad absoluta de apoderarse de Plewna á viva fuerza, la concedieron los honores de un sitio en regla, como si el campo atrincherado de los turcos fuese una plaza fuerte. Todleben, el famoso ingeniero de Sebastopol, se encargó, el 24 de Octubre, de dirigir el bloqueo.

El camino á Orkaina y Soffa era segura línea de retirada, libre de obstáculos, para los defensores de Plewna; fuertes destacamentos defendían á Telich, Gorni-Dubnak y Dony-Dubniak, puntos estratégicos de importancia próximos á esta ciudad, y

un ejército de socorro, formado en Sofía, había avanzado hasta Orkraina, y, con fuerzas de consideración en Tetewen y Etropol, ocupaban los caminos de Filipópolis y Sofía, los pasos de los Balkanes. Esta línea de retirada de los turcos fué el objetivo de las primeras operaciones de los rusos, y se ordenó, al general Gurko, que se apoderase de ella con 1.300 caballos y tres divisiones de infantería.

El éxito fué pronto y completo: el 24 de Octubre, Gurko se apoderó, á viva fuerza, de Gorni-Dubniak é hizo prisionero al destacamento que la defendía; el de Telich se rindió el 28, sin combate, después de sufrir un ligero bombardeo la población; y el de Dony-Dubniak tuvo que replegarse á Plewna, sin esperar la acometida de las tropas rusas, que ocuparon el pueblo inmediatamente.

Para impedir que el ejército turco de socorro intentase romper el bloqueo, se confió á Gurko la difícil misión de operar contra él, para obligarle á repasar los Balkanes. En el transcurso del mes de Noviembre, y por efecto de las rápidas correrías de su caballería y las marchas forzadas de su infantería, Gurko fué apoderándose de todos los puntos estratégicos ocupados por tropas del ejército de socorro, á las que sorprendía, casi siempre, la inesperada presencia de las columnas rusas. Aunque por poco tiempo, las operaciones de dicho ejército de socorro, cuando vino á mandarlo Mehemet Alí, injustamente separado del mando del ejército del cuadrilátero, detuvieron algo su atrevido avance, apenas este caudillo turco fué llamado á Constantinopla para organizar la defensa de la capital de Turquía, Gurko logró su objeto, obligando á repasar por completo los Balkanes á las tropas únicas que podían socorrer á Plewna.

Otra línea de retirada, aunque no tan segura como el camino de Sofía, era el de Rahova y Widin. Con igual fortuna que Gurko, por el S., operaron, por el NE. de Plewna, los rumanos. Su caballería verificó afortunados reconocimientos. El 19 de Noviembre un batallón rumano amenazó, por retaguardia, las obras de defensa exteriores de los turcos, en Rahova, al mismo tiempo que tropas rusas efectuaban sobre ellas un movimiento envolvente. Los turcos eyacuaron, voluntariamente, la plaza, fueron batidos en su retirada, y se acogieron á Widin.

Desde este momento el bloqueo de Plewna fué completo.

Sin esperanza de socorro exterior, Osmán se decidió demasiado tarde, pues nunca debió esperar para intentarlo á verse en la última extremidad, á romper la línea de bloqueo.

De no romperla, la rendición de Plewna y sus defensores era cuestión de tiempo, y no mucho.

El general Todlebén había dado un gran impulso á los traba-

jos de contravalación de los rusos delante de Plewna. Se fortificaron todas las posiciones ocupadas por los sitiadores; se establecieron baterías, que concentrasen sus fuegos, sobre cada una de las obras defensivas de los turcos; se reforzaron las trincheras con lunetas y reductos; y se efectuaron los aproches como en un sitio regular. Obligado por las numerosas bajas que causaban en sus tropas los trescientos cañones, cien de ellos de sitio, puestos en batería por los rusos, con sus continuos disparos, Osmán las retiró de los reductos avanzados á trincheras de más abrigo y más á retaguardia. Además, situó las reservas fuera del alcance de la artillería enemiga, al abrigo de repliegues del terreno y prontas, siempre, á rechazar un ataque repentino de los rusos.

En la noche del 10 de Noviembre había efectuado Osmán una salida enérgica, para sorprender la línea de bloqueo, por el Sur. Batallones turcos, en bastante número, se lanzaron sobre las trincheras defendidas por las tropas del general Skobeleff, y no tan sólo fueron rechazados, sino que á la mañana siguiente, trocándose los papeles, los rusos, en acertado y vigoroso movimiento ofensivo, se apoderaron de las trincheras y reductos de las Montañas Verdes, y con esto hicieron imposible que el enemigo intentase, siquiera, abrirse paso por el camino de Lowatz.

No volvieron las tropas de Osmán á efectuar ninguna otra salida de importancia hasta el 10 de Diciembre, en que, al amanecer, pasaron el río Wid y se lanzaron con tal denuedo é ímpetu al asalto de líneas atrincheradas de los rusos, que se apoderaron de dos lunetas y llegaron hasta la tercera línea de defensa del enemigo y penetraron en ella. La llegada de refuerzos considerables de los rusos y la imposibilidad de que por la distancia á que se habían dejado éstas, pudiesen ser apoyados los turcos por sus reservas, hicieron que su victoria fuese efímera. Rechazados hacia el río, desalojados de todo terreno conquistado, envueltos por todas partes y herido su general, no hubo salvación posible para los defensores del campo de Plewna: Osmán-Bajá se vió en la triste precisión de capitular.

La rendición de Plewna decidió en absoluto el éxito de la guerra. El paso de los Balkanes occidentales fué una arriesgadísima y penosa operación militar, que empezaron las tropas del general Gurko en 21 de Diciembre, y en la que emplearon diez días, afrontando horribles temporales de nieve y marchando por caminos imposibles. Combates victoriosos en los días 31 de Diciembre y 1.º de Enero, les abrieron el camino de Sofía, ciudad que evacuaron los turcos.

Al paso de los Balkanes por Gurko, siguió el avance del centro del ejército ruso por el puerto de Schipka. Radetzki,

Fin de la
guerra.

que lo mandaba, hizo que dos columnas, por estrechos desfiladeros, se dirigiesen á envolver las posiciones ocupadas, por el ejército turco, al otro lado del puerto, mientras él, con el grueso de sus fuerzas, las atacaba de frente. Envuelto el ejército turco del bajá Reuf, se rindió (15 de Enero de 1878).

El 17 de Enero era derrotado en Filipópolis un cuerpo, único, de los del ejército que por tanto tiempo habían permanecido en el cuadrilátero, que había pasado los Balkanes orientales. Todos los demás se habían embarcado en Varna para ir á Constantinopla, y desde allí, por vía férrea, á Andrinópolis. Los turcos pidieron un armisticio que, previa la ocupación de Andrinópolis por tropas rusas, les fué concedido.

El tratado de paz de San Stéfano puso fin á la guerra. Sus estipulaciones, muy favorables á la Rusia, fueron modificadas por el Congreso de Berlín, en el que intervinieron las grandes potencias europeas. Servia y Rumanía fueron declaradas independientes con el título de reinos; la Bulgaria constituyó un principado dependiente de Turquía; Bosnia y Herzegowina quedaron bajo el protectorado de Austria, y á sus vasallos de la Rumelia hubo de conceder el sultán franquicias y libertades.

La guerra ruso-turca fué un notable contraste entre las exageraciones de los dos sistemas opuestos de guerra: el de una defensiva tenaz y persistente que degenera en inerte pasividad esterilizadora, á causa de la ausencia completa de la menor reacción ofensiva después de las victorias obtenidas por la habilidad innegable de los turcos en la elección y defensa de posiciones; y el de una ofensiva resuelta, iniciada temerariamente con insuficiencia de medios, producto de una confianza en las propias fuerzas y del menosprecio del enemigo, una y otro exagerados en extremo, que se desarrolla en una invasión aventurada, emprendida por los rusos, sin cuidarse de afirmar la base de operaciones ni cubrir los flancos del ejército invasor; ofensiva que cuando se remedian estos defectos y se han vencido los obstáculos que la entorpecieron, resultado más bien de la propia impremeditación que de los aciertos del adversario, es vigorosa, rápida, irresistible, merced á una caballería infatigable que acredita grandes cualidades estratégicas en sus atrevidas correrías ó raids, y á la que el turco no puede oponer otra que, en número ni en calidad, se le parezca. Efectos inmediatos de este contraste, son: el paso del Danubio, admirablemente preparado y ejecutado por los rusos, y la absurda defensa turca de una línea fluvial de tanta importancia; la imprudente invasión de la Bulgaria, efectuada por los rusos, sin precauciones, como si el llegar á Constantinopla fuera para el invasor cuestión del tiempo indispensable para recorrer la distancia que media de las orillas del Danubio á las costas de

Consideraciones acerca de esta guerra.

Bósforo, y la lentitud inexplicable de los turcos en intentar operaciones de guerra, que impidan al invasor enmendar sus descuerdos y le hagan pagar cara su imprudencia; la ceguedad y desconocimiento del valor táctico del obstáculo que le sorprende, cuando surge casi por escotillón en el teatro de la guerra, el campo atrincherado de Plewna como plaza fuerte que no figuraba en los planos de su Estado Mayor, y se lanzan, al asalto de aquellas formidables obras improvisadas, con la cabeza baja y los ojos cerrados, sin desistir de su empeño de tomarlas á viva fuerza, hasta que ríos de sangre, vertida estérilmente por sus valientes soldados, convence á los generales de la imposibilidad de su intento, y la prudencia exagerada con que Osmán no piensa siquiera en la persecución del enemigo, rechazado por sus tropas, y deja que con toda tranquilidad reuna los elementos necesarios para encerrarlo en un círculo de tierra, fuego y hierro que le ahogue y del que le sea imposible salir; el atrevimiento y decisión con que, después de la rendición de Plewna, Gurko salva los Balkanes occidentales sin que le arredren el temporal, la falta de caminos transitables, ni la probable resistencia del enemigo, y la flojedad con que éste le cierra el camino de Sofía; el concierto con que operan las fuerzas invasoras, y el desconcierto con que lo efectúan los ejércitos turcos por el absurdo y contraproducente empeño del gobierno de Constantinopla en dirigir y verificar desde la capital las operaciones.

La rápida carga y nutrido fuego del armamento moderno han ocasionado un aumento extraordinario de la importancia de la fortificación improvisada. Ya no es posible el ataque de posición alguna á pecho descubierto, á no ser por sorpresa, ó en combates nocturnos, que tan frecuentes fueron en la guerra ruso-turca, y se necesita, para expugnarla, levantar trincheras contra trincheras é ir removiendo tierras al mismo tiempo que se avanza. La pala y el zapapico son tan necesarios, por no decir indispensables para el soldado de infantería, como el fusil y la bayoneta. Los campos atrincherados á que puede acogerse un ejército sin privarse de acción estratégica, juegan en la guerra ruso-turca un papel importante, tanto en Asia como en Europa. Plewna ha sido una revelación, y la influencia decisiva que ha ejercido en esta guerra, comparada con la insignificante de las formidables plazas del famoso cuadrilátero búlgaro, ha hecho posible la pregunta de si substituirán con ventajas los campos atrincherados á las plazas fuertes. Estas puede sortearlas un ejército invasor, aquéllos no, porque se improvisan allí donde el desarrollo de las operaciones de la campaña los hace necesarios; un ejército no puede acogerse á una plaza fuerte sin condenarse á una pasividad perjudicial, y en el campo atrincherado.

do no se priva de acción estratégica y tiene más facilidades para la acción táctica; sobre la defensa de un campo atrincherado no pesa la influencia de los intereses de la población; sobre la de una plaza fuerte siempre; las trincheras-abrigos, con su insignificante elevación, oculto su trazado por las sinuosidades del terreno en su natural desarrollo que busca el de las curvas de nivel, hacen menos eficaces los disparos de la artillería enemiga, que los robustos baluartes de una fortaleza. Sin incurrir en exageración se puede afirmar que los campos atrincherados tienen una importancia que nunca alcanzaron antes de ahora, y que la de las plazas fuertes ha disminuído.

Al narrar la guerra ruso-turca, inconscientemente, por parte del narrador y por la fuerza misma de los hechos narrados, resulta ser la primera figura del cuadro el general Gurko, al frente de numerosa caballería que, con sus rápidas correrías y atrevidas marchas excéntricas á larga distancia de la base de operaciones, prepara, hace posible cuando no la encuentra ella misma, la solución de los más arduos problemas estratégicos. Ella pone en manos del ejército invasor con el puerto de Schipka, la puerta principal de entrada en la Rumelia; por sus operaciones contra el ejército de socorro, se hace efectivo el bloqueo que rinde á Plewna y obliga á capitular á Osmán-Bajá; con temeridad justificada por el objetivo que persigue, se lanza al paso de los Balkanes orientales, y sus rápidos movimientos de avance desconciertan y hacen imposible á los ejércitos, que el gobierno turco improvisa, la organización de la defensa de Rumelia y de Constantinopla.

Los raids
de la caba-
llería rusa.

Cuando el armamento moderno de la infantería, la fortificación improvisada y la potencia de la artillería moderna entorpecen la acción táctica y dificultan la estratégica en toda operación prevista, la rapidez de ejecución de operaciones imprevistas que produzcan sorpresa, es procedimiento importantísimo para la consecución de pronta y decisiva victoria, y ese procedimiento sólo puede aplicarle el arma de las sorpresas, la caballería, que ha ganado en importancia estratégica lo que ante el fusil rayado y de retrocarga ha perdido en importancia táctica, y que, en esos raids ó correrías de que se debe á los americanos en su guerra de separación el privilegio de invención, ha librado á la guerra moderna de la lentitud de una guerra de posiciones, y empleando la tercerola con más frecuencia ó tanta por lo menos como la lanza, ha resucitado la debatida importancia de los dragones, que hoy lo son todos los jinetes. En la exageración de todo lo nuevo no ha faltado quien haya llegado á afirmar la conveniencia de substituir la caballería por infantería montada, en que el caballo sea únicamente un medio de lo-

comoción. Estos visionarios no comprenden que, aun hoy día, con todos los obstáculos que á la acción táctica opone el fuego de fusilería, más terrible que el de la artillería, sin un ataque á la bayoneta ó una carga de caballería, no se podrá en la mayor parte de los casos salvar un ejército que se retira vencido, afirmar una victoria que se inicia, ni recoger el fruto de la victoria conseguida. Mientras el efecto moral sea mayor que el material en los ejércitos, la caballería será necesaria.

Una reflexión para terminar estos estudios de HISTORIA MILITAR. La necesidad de combatir en orden disperso ha hecho imposible, dentro de la acción del fuego, toda otra maniobra que la de avanzar ó retroceder, y la inspiración del genio que cambiaba en un solo momento por una maniobra feliz toda la faz del combate empeñado. Hoy día, la preparación anterior, la organización costosísima de ejércitos numerosos y de no menos numerosas reservas con un material inmenso de guerra que consume las riquezas de los pueblos, influye en el éxito de las campañas más que el acierto estratégico y la habilidad táctica. El talento previsor predomina sobre el genio que improvisa. Moltke ha hecho imposible á Napoleón.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

CONCEPTO GENERAL DE LA HISTORIA É IMPORTANCIA DE LA HISTORIA MILITAR.....	V
---	---

PRIMERA ÉPOCA

TIEMPOS ANTERIORES Á LA INVENCION DE LA PÓLVORA.....	1
--	---

PERÍODO GRIEGO

Reclutamiento.—Organización de la falange.—Penas.—Recompensas.—Instrucción.—Sistema de guerra.—Orden oblicuo.—Batallas de Leuctria y Mantinea	3
---	---

PERÍODO ROMANO

I.

Reclutamiento.—Organización de la legión.—Orden de batalla.—Sistema de guerra.—Reformas de Mario y César.—Administración.—Instrucción.—Penas.—Recompensas.—Atrincheramientos.—Castrametación.—Polioreética.—Paralelo entre la falange y la legión.....	11
--	----

II

Primeros pobladores de España.—Su traje y armamento.—Honderos.—Formaciones.—Caballería.—Colonias griegas y fenicias.—Colonias cartaginesas.—Dominación de los cartagineses.—Organización militar.—Caballería.—Elefantes.—Táctica.—Polioreética.—Sitio de Sagunto.—Segunda guerra púnica.—Estratagema de Aníbal, Tessino, Trebia, Trasimeno y Cannas.—Expulsión de los cartagineses de la Península.—Batalla de Zama.....	27
--	----

III

Dominación de los romanos en España.—Indíbil y Mandonio.—Viriato.—Numancia.—Rivalidades entre Mario y Sila.—Sertorio.—Rivalidades entre César y Pompeyo.—Batalla de Munda.....	42
--	----

IV

- Decadencia del imperio romano.—Invasión de los bárbaros.—Batalla de los Campos Cataláunicos.—Fin del imperio romano..... 52

EDAD MEDIA

I

- Godos.—Reclutamiento.—Organización militar.—Táctica.—Armas ofensivas y defensivas.—Atrincheramientos.—Castrametación.—Instrucción.—Penas.—Recompensas.—Administración.—Legislación militar.—Expedición de Wamba á la Galia..... 57

II

- Los árabes.—Su organización militar.—Su invasión en España.—Batalla de Guadalete.—Batalla de Poitiers..... 61

III

- Influencia del feudalismo en el arte militar.—Preponderancia de la caballería.—Milicias feudales.—Nulidad de la infantería.—Armas ofensivas y defensivas.—Administración.—Disciplina.—Fortificación.—Influencia de las Cruzadas en el régimen feudal..... 70

IV

- La reconquista y el régimen feudal en España.—Primer período de la reconquista.—Reclutamiento.—Organización.—Infantería.—Caballería.—Almogávares.—Armamento.—Fortificación.—Campamentos.—Modo de combatir.—Las leyes de Partidas consideradas como Código militar.—Ordenes militares.—Primera aparición de tropas permanentes en la España cristiana.—Hermandades.—Tropas permanentes de los califas..... 79

V

- Algunos sucesos militares de la Reconquista.—Covadonga.—Roncesvalles.—Catalañazor.—El Cid.—Alfonso VIII.—Batallas de Alarcos.—Batalla de las Navas de Tolosa.—Empleo de la reserva.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Empleo de la artillería en el sitio de Algeciras.—Batalla de Aljubarrota..... 87

SEGUNDA ÉPOCA

- TIEMPOS POSTERIORES Á LA INVENCION DE LA PÓLVORA.—RENA-
CIMIENTO DEL ARTE MILITAR 99

PRIMER PERÍODO

Los Reyes Católicos.—El Gran Capitán.

I

Páginas.

- Primeros anuncios del Renacimiento del arte militar en el siglo XIV.—Alfonso XI iniciador de los ejércitos permanentes.—Arqueros ingleses en Crecy y Poitiers.—La infantería de los husitas alemanes.—La infantería suiza en Grandson y Morat.—Expedición de Carlos VIII á Italia 101

II

- Reyes Católicos.—Estado militar de España en su reinado.—Medidas que tomaron para robustecer el poder real.—Influencia de estas medidas y de la guerra y conquista de Granada en el Renacimiento del arte militar. 114

III

- Campaña del Gran Capitán en Italia.—Operaciones.—Primera campaña.—Toma de Ostia.—Segunda campaña.—Batalla de Ceriñola.—Batalla de Garellano.—El Gran Capitán establece los cimientos del arte militar moderno.—Organización de sus tropas. Adelantos que hizo en estrategia, en táctica y en fortificación. . 118

IV

Descubrimiento de América.

- Hernán Cortés.—Conquista de Méjico.—Batalla de Otumba.—Francisco Pizarro.—Conquista del Perú. 132

V

- El Cardenal Cisneros.—Reclutamiento de las tropas.—Milicias provinciales.—Conquista de Orán.—Liga Santa.—Batalla de Rávena.—Papel importante que hicieron en ellas la infantería y artillería.—Invasión del Milanésado.—Infantería suiza.—Batalla de Marignano. 136

SEGUNDO PERÍODO

Supremacía militar de España.

I

Páginas.

Causas que la produjeron.—Reclutamiento.—Tercios.—Composición de los ejércitos españoles.—Capitán general.—Maestre de Campo general.—Otros empleos.—Caballería pesada y ligera; infantería y artillería; armamento; formaciones.—Orden de marcha.—Orden de batalla.—Ejercicios.—Gonzalo de Ayora.—Sistema de guerra.	145
---	-----

II

Carlos V y Francisco I.—Batalla de Pavía.—Nuevas guerras de Italia.—Asalto y saqueo de Roma.—Sitio de Nápoles.	152
---	-----

III

El emperador Carlos V.—Guerra contra los protestantes en Alemania.—La artillería en esta guerra.—Campaña del Danubio.—Cañoneo de Ingolstadt.—Campaña del Elba.—Batalla de Muhlberg.—Reinado de Felipe II.—El duque de Alba en Nápoles.—Guerras con Francia hasta la paz de Cateau-Cambressis.—Batalla de San Quintín.—Batalla de Gravelinas.	160
---	-----

Guerra de los Países Bajos.

IV

Su carácter especial.—Descripción del teatro de la guerra.—Adelantos en fortificación.—Ingenieros italianos.—Ciudadela de Amberes.—Recursos empleados en estas guerras para el ataque y defensa de las plazas.—Las inundaciones como medio de defensa.—Sistema de guerra.—Disciplina.—Marcha del Duque de Alba desde Italia á los Países Bajos.—Campaña contra Luis y Guillermo de Nassau.—Batalla de Gemmingen.—Sitio de Harlem.—D. Luis de Requesens.—Batalla de Mook.—Sitio de Leyden.—Expedición á la isla de Douweland.—D. Juan de Austria.—Batalla de Gembloux.—Alejandro Farnesio.—Sitio de Maestricht.—Sitio de Amberes.—Expedición de Alejandro Farnesio á Francia.—Enrique IV y Alejandro Farnesio.—Consideraciones militares sobre las campañas de Flandes.—Adelantos hechos por Mauricio de Nassau.—Batalla de Nieuport.	172
---	-----

V

- D. Juan de Austria.—Batalla de Lepanto.—Incorporación de Portugal á España.—Batalla de Alcántara..... 201

De Gustavo Adolfo á Federico II.

I

- Gustavo Adolfo.—Reformas que introdujo en la infantería y en la artillería.—Su orden de batalla.—Movilidad de su ejército.—Sus procedimientos tácticos y estratégicos.—Organización y táctica de los ejércitos de Tilly y Waldstein.—Batallas de Breitenfeld y Lutzen..... 211

II

- Decadencia militar de España.—Sus causas.—Organización del ejército á mediados del siglo XVII.—Infantería, organización.—Armamento, formaciones.—Caballería, organización.—Trozos, compañía, carabinos, dragones, armamento, formaciones.—Artillería.—Adelantos que se han hecho en esta arma.—Escuelas de artillería.—Insurrección de Cataluña.—Insurrección de Portugal.—Guerra en la Valtelina y Alemania.—Sucesos en los Países Bajos.—Batalla de Rocroi..... 220

III

- El ejército francés en el último tercio del siglo XVII.—Reclutamiento.—Organización.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Fortificación.—Vauban.—Sistema de guerra.—Turena.—Adelantos que hizo en el arte de la guerra.—Batalla de las Dunas.—Turena y Montecucculi.—Operaciones en el Schutter y en el Renchen..... 228

IV

- El ejército español en tiempo de Felipe V.—Reformas que hizo en la organización de las tropas.—Infantería.—Supresión de los tercios.—Regimientos de provinciales.—Formación de la infantería.—La caballería se organiza como la de Francia.—Artillería.—Guerra de sucesión en España é Italia.—Batalla de Almansa.—Batalla de Villaviciosa..... 237

TIEMPOS MODERNOS

PRIMER PERÍODO

Federico II

- Federico II de Prusia.—Reclutamiento.—Mejoras que introdujo.—

Infantería: su organización táctica.—Acción del fuego y de la bayoneta.—La caballería deja de hacer fuego.—Sus progresos.—Seydlitz.—Artillería.—Federico establece la montada.—Orden de batalla.—Maniobras.—Establecimiento de la Escuela de Estado Mayor.—Consideraciones que tenían los oficiales en Prusia.—Batallas de Rosbach y de Leuthen.—Orden oblicuo.—Los ejércitos europeos imitan al prusiano.....	247
--	-----

SEGUNDO PERÍODO

Revolución francesa y el imperio.

I

Revolución francesa.—Levas en masa.—Organización de la infantería, caballería y artillería.—Organización del ejército en divisiones y brigadas.—Táctica.—Sistema de guerra.—Batallas de Valmy y Jemmapes.—Campaña de la frontera española.—El general Ricardo.—Napoleón Bonaparte.—Reformas que introdujo.—Campaña de Italia en 1796.—Montenotte.—Millesimo.—Dego.—Mondovi.—Campaña de Marengo.....	262
---	-----

II

Guerras del imperio.—Organización de los ejércitos imperiales.—Cuerpos de ejército.—Grandes reservas.—Guardia imperial.—Causas de los triunfos de Napoleón.—Armonía entre la estrategia y la táctica.—Campaña de 1805.—Batalla de Austerlitz.....	280
---	-----

III

Guerra de la Independencia en España y Portugal.—Invasión francesa.—Organización del ejército español.—Batalla de Bailén.—Primer sitio de Zaragoza.—Junot en Portugal.—Napoleón en España.—Segundo sitio de Zaragoza.—Campaña de 1809 y 1810. Lord Wellington.—Batalla de Talavera.—Expedición de los franceses á Andalucía.—Massena en Portugal.—Líneas de Torres-Vedras.—Operaciones de los ejércitos franceses en Aragón y Cataluña.—Sitio de Gerona.—Sitio de Badajoz.—Batalla de Albuera.—Batalla de los Arapiles.—Batalla de Vitoria.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de la guerra de la Independencia.—Sus caracteres excepcionales.—Partidarios.—Procedimientos tácticos de Lord Wellington.—La columna de ataque y el orden desplegado.....	288
---	-----

TERCER PERÍODO

Guerras contemporáneas.

I

Páginas.

- Guerra civil en España de 1833 á 1839.—Motivo de la guerra.—Zumalacárregui.—Ejército carlista.—Breve narración de los principales hechos de armas.—D. Luis Fernández de Córdoba.—Batalla de Mendigorria.—Líneas estratégicas del general Córdoba.—Espantero.—Sitio de Bilbao.—Batalla de Luchana.—Sitio de Morella.—Levantamiento del sitio y retirada de las tropas mandadas por el general Oráa.—Convenio de Vergara.—Terminación de la guerra..... 311

II

- Guerra de Crimea.—Sus causas.—Teatro de la guerra.—Falta de preparación de las naciones beligerantes.—Organización de los ejércitos beligerantes.—Táctica francesa é inglesa.—Batalla de Alma.—Sitio de Sebastopol.—Combate de Balaklava.—Batalla de Tracktir.—Toma de Sebastopol.—Juicio crítico de esta guerra.—Fusil rayado..... 316

III

- Guerra de Italia en 1859.—Sus causas.—Teatro de la guerra.—Preparación para la guerra y concentración de los ejércitos beligerantes.—Planes de campaña.—Operaciones estratégicas.—Batalla de Montebello.—Batalla de Magenta.—Batalla de Solferino.—Paz de Villafranca.—Juicio de esta guerra..... 332

IV

- Los españoles en Marruecos.—Guerra de África en 1859 y 1860.—Organización del ejército expedicionario.—El general O'Donnell.—Batalla de los Castillejos.—Batalla de Tetuán.—Batalla de Wad-Rás.—Tratado de paz.—Juicio crítico de esta campaña..... 348

V

- Guerra de 1866 en Alemania.—Causas de la guerra.—Organización del ejército prusiano y del austriaco.—Preparación para la guerra.—Primeras operaciones.—Campaña de Bohemia.—Operaciones estratégicas.—Combates que precedieron á la batalla de So-

dowa.—Batalla de Sadowa.—Retirada de los austriacos.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de esta guerra.—Ventajas de la nueva organización del ejército prusiano.—Importancia de la artillería.—El fusil de aguja.....	353
---	-----

VI

Guerra franco-alemana en 1870.—Causas de la guerra.—Organización de los ejércitos beligerantes.—Fusil Drespe y fusil Chassepot.—Preparación para la guerra.—Movilización.—Teatro de la guerra y de operaciones.—Planes de campaña.—Acción de Wissemburgo.—Batalla de Woerth.—Batalla de Forbach.—Operaciones militares en la inmediaciones de Metz.—Batallas de Gravelotte, Mars-la-Tour y Noisseville.—Bloqueo de Metz.—Operaciones estratégicas del ejército de Mac-Mahón.—Batalla de Sedán.—Sus consecuencias.—Ojeada sobre las operaciones posteriores hasta el fin de la guerra.—Tratado de paz.—Consideraciones acerca de esta guerra.—Importancia de la artillería.—Empleo de la caballería.—Servicio de exploración.—La nueva táctica.....	368
--	-----

VII

Guerra ruso-turca.—Causas de la guerra.—Campaña en el Asia Menor.—Toma de Kars.—Campaña del Danubio.—Primeras operaciones.—Paso del Danubio por los rusos.—Plewna.—El general Gurko en los Balkanes.—Fin de la guerra.—Consideraciones acerca de esta guerra.—Campos atrincherados.—Los raids de la caballería rusa.....	387
--	-----

IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN

DE

RAFAEL G. MENOR

(ANTES MENOR HERMANOS)

COMERCIO, 57, Y SILLERIA, 15

TOLEDO



En este Establecimiento se hallan de venta todos los libros declarados de texto para las

ACADEMIAS MILITARES

así como los de la preparación y Apuntes para el ingreso en las mismas.

LIBROS PARA TODAS LAS CARRERAS



GRANDES TALLERES

DE

IMPRESA Y ENCUADERNACION

DE

RAFAEL G. MENOR

(ANTES MENOR HERMANOS)

COMERCIO, 57, Y SILLERÍA, 15.—TELÉFONOS 3 Y 4

TOLEDO



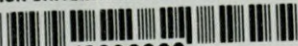
Se hacen toda clase de encuadernaciones, desde
la de más lujo á la más económica.



GRAN SURTIDO EN NOVELAS Y DRAMAS

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10030300



RAFAEL G-MENOR TOLEDO

